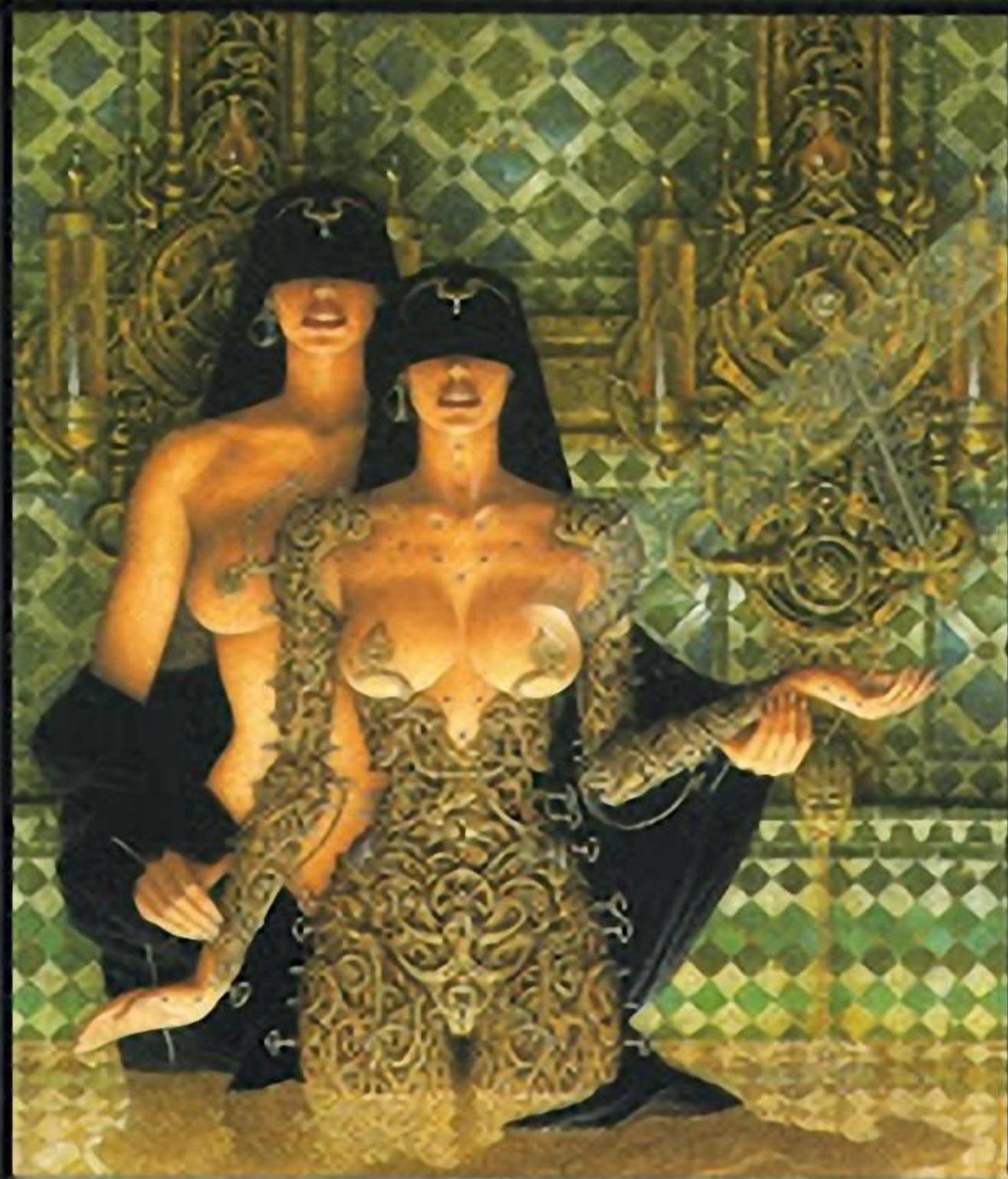


VÍCTOR CONDE
EL TERCER NOMBRE
DEL EMPERADOR



T ciencia - ficción

Lectulandia

El Emperador Gestáltico formado por la comunión mental de cuatro Arcontes se muere. Los poderes fácticos trabajan para sustituirle y asegurar la continuidad de un gigantesco Imperio cuya piedra angular son sus capacidades psíquicas. La búsqueda de candidatos lleva a los exploradores hasta las puertas de Esperanza, planeta donde vive la joven niña prodigio Sandra, cuyo terrorífico pasado infantil la ha condicionado en contra de un Imperio que ella considera opresor y dictatorial. Pero en su interior puede esconderse la tercera candidata para ocupar el trono policéfalo, el Tercer Nombre del Emperador, y de su decisión dependen mil planetas que están a punto de enfrentarse al mayor peligro de su historia: una fuerza imparable y destructiva de origen desconocido y un alcance que trasciende épocas y lugares, galaxias y líneas temporales, hasta amenazar el mismo fin del Universo.

Lectulandia

Víctor Conde

El tercer nombre del emperador

Metaverso - 1

ePUB v1.0

Mezki 26.02.12

más libros en lectulandia.com

ISBN 13: 978-84-95495-26-6

ISBN 10: 84-95495-26-0

Título: El tercer nombre del emperador

Autor/es: Conde, Víctor (1973-)

Lengua de publicación: Castellano

Edición: 1ª ed., 1ª imp.

Fecha Impresión: 05/2002

Publicación: Equipo Sirius, S.A

Materia/s: 821.134.2-3 - Literatura española. Novela y cuento.

Para mis padres.

Para Aurora Plata
Lo mejor de Alejandra lo recordé de ti.

Quien está al sol y cierra los ojos
al principio no sabe qué es el sol
y piensa muchas cosas llenas de calor.
Mas abre los ojos y ve el sol
y no puede ya pensar en nada,
porque la luz del sol vale más que los pensamientos
de todos los filósofos y de todos los poetas.

Fernando Pessoa, Poesía

You lock the door
And throw away the key
There's someone in my head but it's not me

Pink Floyd, Dark side of the moon

En realidad, todo comenzó con un incendio.

Y con un grupo de náufragos varados en un planeta extraño, con máscaras de oxígeno ocultando sus rostros, y marcas del titánico esfuerzo de sobrevivir hiriendo sus pies y manos. Tratando desesperadamente de apagar el incendio que consumía todo su futuro: la astronave semillera, las larvas, los depósitos de combustible, los libros... Todo su porvenir en aquel infierno gris disolviéndose en un agresivo manto de llamas, la noche que la más joven cartógrafa del equipo eligió para dar a luz.

El fuego químico ardía ferozmente bajo la ventisca, negándose a morir pese a los esfuerzos de los colonos por extinguirlo con el barro del cenagal y la tierra inculca que se escondía debajo. La astronave se hundía más y más en el lecho fangoso de una cuenca geológica y lo poco que quedaba al descubierto se desvanecía en volutas de humo tóxico.

La joven que se desgañitaba sintiendo desgarrarse su vientre esperaba tendida en el interior de una tienda, con dos mujeres a su alrededor, una gasa húmeda evitando que sus dientes se astillasen, y mucha sangre y líquido amniótico manchando sus piernas. De reajo, a través de las raídas paredes, podía ver a su esposo correr junto a los demás tripulantes, arrancando fuerzas de la flaqueza y dejándose la piel en el suelo tratando de llenar sus destartalados cubos de polvo.

Cuando el médico de a bordo, extenuado y sangrante, entró en la tienda de la joven y decidió hacer la cesárea, la muchacha le agarró fuertemente por el brazo, lo atrajo hacia sí, y susurró con desesperación:

—Corta si tienes que hacerlo, pero sácamelo ya. Tengo que ir a ayudar a mi marido.

Esa mujer fue la madre de Alejandra Valeska.

Prólogo - El cazador

Las delicadas fosas nasales del imp se contrajeron bruscamente ante el olor de la muerte. Ya conocía aquel aroma, mezcla del azucarado gris del miedo y el penetrante rojo de la sangre. Como tantas veces antes, la sutil intuición de la cercanía de su enemigo hizo que se tumbara sigilosamente entre la maleza, al abrigo de miradas indiscretas, los sentidos alerta ante cualquier nuevo mensaje que pudiera traer el viento.

Nada se movía en el mar de hierba. La brisa jugueteaba con los tallos del maíz, meciéndolos de un lado para otro en hipnóticas mareas de color. Los mensajes de mil tipos diferentes de insectos en celo y las invisibles fronteras que delimitaban sus sexos llegaban en complejos paisajes olfativos.

El animal se movió reptando hacia un saliente rocoso. Una familia de ardillas grises huyó despavorida en cuanto pisó una madriguera. Aunque el imp era su depredador natural, no les prestó la más mínima atención. Se limitó a registrar sus débiles pautas de pensamiento y realizó un veloz rastreo de las cercanías. Las ardillas desaparecieron de su línea de visión, aunque mentalmente las monitoreó durante un centenar de metros.

Estaba sudando copiosamente, y eso era peligroso, ya que dejaba un rastro distinguible en el espectro físico. El imp transpiró un poco a través de su piel, para liberar toda la carga posible de partículas. Lentamente, para no provocar ruido de fricción, restregó el lomo contra la piedra.

No había nubes en el cielo. La luna huía con prisa hacia el horizonte dejando tras de sí un manto de estrellas, pero su débil luz aún bastaba para perfilar en plata el contorno de las suaves colinas. Nada parecía salirse de lo normal, pero el imp había aprendido a no subestimar a su enemigo. Este había demostrado ser astuto en muchas ocasiones, momentos en los que un simple error le habría llevado a las puertas de la muerte. Durante más de tres años y doscientos millones de kilómetros, aquel ser le había dado caza. Lenta, inexorablemente, había ido cerrando el cerco, un embudo de familiaridad y conocimiento mutuo del que cada vez era más difícil escapar. En varias ocasiones creyó haberle burlado, pero su gozo había demostrado ser efímero al girar la siguiente esquina, al alcanzar el siguiente planeta.

Él le había encontrado de nuevo. Siempre.

Un leve sonido cruzó la noche. No fue más que un susurro entre la hierba, un entrechocar de tallos al ser cruzados por algún otro animal en busca de comida. Pero la campiña quedó en silencio. Los insectos callaron sus canciones de amor.

Silencio.

Unos metros a su izquierda, un solitario animalillo se atrevió a gorgojar entrecortadamente. Otro le contestó. Nada ocurrió.

Había sentido la presencia de su enemigo dos horas antes, en forma de un casi imperceptible arañazo en su campana de vigilancia psíquica. Un rastro similar volvió a disparar su eco como un aullido lejano. Inmediatamente, desconectó todas las emisiones activas de pensamiento y echó a correr colina abajo, hacia la gran llanura. Sus sentidos buscaron la entrada más cercana a las grutas. Desgraciadamente, ésta se encontraba a más de trescientos metros: una eternidad.

La conciencia del huésped navegó como un destello de locura a través del neocórtex del animal, un susurro psíquico aparentemente a salvo tras las blindadas defensas mnémicas del imp. No había elegido esta especie por casualidad: el nivel de comunión del imp con el Metacampo era el mayor conocido dentro del reino animal, en más de cuatrocientos mundos explorados. Sólo otro ente biológico conocía un grado aún mayor de comunión sináptica, una planta anfibia de los pantanos de Khensis, al límite de la región explorada del Brazo Espiral. Evidentemente, no servía para sus propósitos.

El imp comenzó a arrastrar su reptilesca silueta de dragón de Komodo por entre la maraña de tallos, concediendo prioridad a la velocidad por encima del sigilo. Cruzó rápidamente el cauce seco de un riachuelo (el metro y medio de desprotección más terrorífico desde hacía meses) y se hundió de nuevo en la maleza como un pez nadando en aguas tranquilas. Por un momento, una idea loca pasó por su abultada cabeza. ¿Debería arriesgarse a un reconocimiento mental de la zona?

Si lo hacía, si alzaba sus pantallas para explorar todo el abanico de energía metapsíquica de la llanura, se descubriría inmediatamente. Cualquiera con un mínimo de sensibilidad mnemática podría triangular su posición con la celeridad y precisión de una bala. A cambio, él podría establecer con exactitud la localización de su enemigo, si es que estaba allí. Ambos se descubrirían, y empezaría la caza de verdad. No era un plan muy práctico, pero el miedo era un mal consejero, y de eso al imp le sobraba en aquellos momentos.

Tragando saliva, decidió ponerlo en práctica.

Medio segundo después, corría desesperado hacia las rocas.

La respuesta había sido instantánea y avasalladora. A menos de cuarenta metros hacia el sur (¡cuarenta metros!), una potente baliza psíquica había lanzado una onda de reconocimiento. Ya no importaba el ofuscamiento. De entre la hierba surgió una figura oscura, erguida sobre dos patas, que apuntaba hacia él con un fusil cromado. El imp recorrió decenas de metros de una zancada. Las patas traseras eran arqueadas masas de músculo, diseñadas para proyectar el resto del cuerpo hacia delante en forma de largos saltos casi horizontales. Pero Ka, la conciencia huésped del imp, sabía perfectamente que tales proezas de celeridad natural no eran nada comparadas con la velocidad de un láser.

La figura humanoide no se movió de su posición. Apuntó cuidadosamente hacia

su blanco, que se acercaba a unos riscos. Aquella zona de la Meseta estaba surcada por una infinidad de túneles y galerías desecadas, recuerdo de épocas en las que la superficie del planeta aún no poseía atmósfera, y toda la actividad geológica apreciable era el lento fluir de eternas corrientes subterráneas de agua.

El sensor de infrarrojos y la computadora táctica establecieron la posición y trayectoria del blanco. No era fácil; se movía mucho y de manera aleatoria. Con un ademán, el cazador apagó la computadora del traje y pasó a tiro manual. El rifle pesaba un poco sin los servos que ayudaban a estabilizarlo, pero podía pasar. Sólo necesitaba un segundo de letal precisión, y el juego habría terminado.

La banda de frecuencias mnémicas era un rosario de advertencias de peligro. Cuidado, cantaban los insectos. Cuidado, gritaba el maizal entero. El imp corría ignorando el dolor en las gastadas articulaciones. Maldita sea, maldición, pensaba Ka, lamentando haber elegido un espécimen tan viejo para ser su vehículo. La próxima vez, si es que había próxima vez, escogería con más sabiduría.

La entrada a la caverna apareció a unos lejanísimos veinte metros. Era una grieta circular, una fisura excavada en mitad de un grupo de monolitos de piedra. Odiando cada metro, ordenó al imp saltar más lejos aunque reventara. En el perímetro de su hipersensibilizada visión, el cazador alzó el cañón hacia él con la letal tranquilidad de un depredador.

Vamos, pensó con un acceso de pánico; corre, maldito animal, o este podría ser el fin de ambos...

Casi no oyó la detonación. Fue la reacción psíquica de odio de su perseguidor lo que le golpeó una décima de segundo antes de que la zona comenzara a saltar en pedazos. Un huracán de impactos perforó la tierra y taló de raíz los cientos de tallos que le protegían, pero el imp ya no estaba allí. Su cuerpo sudoroso temblaba medio oculto tras una providencial roca. Ka pudo oír mentalmente la rabia del tirador desde aquella distancia.

No se permitió ningún sentimiento de alivio. La primera andanada había fallado milagrosamente, pero sólo otro milagro aún mayor le salvaría de una segunda.

Entonces captó la onda.

El tirador permanecía de pie a unos doscientos metros, mirando en todas direcciones con aire confundido. También él había sentido la pulsión. De repente, el aire comenzó a vibrar. Un volumen oval de unos veinte metros de longitud chispeó y onduló como si fuera una ventana a un paisaje de aire sobrecalentado.

Ka ordenó al imp lanzarse contra las rocas.

El tirador, ignorando la presión psíquica, siguió al animal a través de la mira. Un fuerte viento gimiente empezó a levantar un remolino de polvo y restos de hierba destrozada. El hombre no se inmutó. Cambió al cañón láser. Un vector de luz carmesí horadó el aire y marcó la trayectoria que el denso haz de energía seguiría en cuanto él

apretara el gatillo.

Una décima de segundo antes de que el animal se ocultara tras la pared de granito, disparó. Una décima bastaba para que la luz partiera en dos al imp. Una décima...

La nave abandonó el túnel que la hacía pasar del Metacampo al plano relativista, produciendo una alteración local y momentánea de las leyes físicas. Una bala no habría resultado afectada, pero el haz se volvió oblicuo. Como remarcando el campo de anulación, siguió una trayectoria que lo llevó a estrellarse contra uno de los monolitos, astillándolo en mil pedazos.

El imp desapareció por la oscura boca del túnel con un alarido mental de triunfo.

El cazador arrojó con furia su arma sobre la hierba, presto a seguirle, pero se detuvo en cuanto distinguió el estandarte que la nave lucía pintado en el casco, en la fiera y distante mirada de los leones gemelos que blasonaban un escudo de colores diamantinos.

Ka no cabía en sí de gozo. Desconectó todas las emisiones mentales de onda legible y se inclinó hacia la abertura, contemplando absorto la nave espacial. Era un aparato magnífico, un caza de combate de línea esbelta y aspecto amenazador. Una rampa apareció en su panza y por ella descendió un hombre que se aproximó al cazador con cautela. Éste, por primera vez, se quitó la capucha de su armadura. Ka se sorprendió ante la aparente juventud de su perseguidor. Era un varón humano de raza negra, con unas fieras pupilas azules inyectadas en sangre que marcaban el alcance de su furia. Aparentaba unos 29 ó 30 años bien llevados. Era alto y fornido, el físico de alguien que llevaba años huyendo entre mundos. Su rostro no le decía nada. Su actitud y gestos tampoco Pero sus ojos...

El hombre que había descendido a tierra era distinto. Vestía un uniforme oscuro de una pieza, sin insignias, y tenía el doble de edad que su perseguidor, Ka no estaba muy versado en las diferencias biológicas temporales de la raza humana, pero algo en aquella persona lo hacía diferente. Un porte altivo y educado, una pose tranquila pese a su aparente desprotección. El hombre, de pelo y barba canos excelentemente perfilados, habló pausadamente y con autoridad:

—¿Eres Evan Kingdrom, del principado de Astalus?

—¿Quién lo pregunta? —contestó el joven, airadamente. Era la primera vez que Ka oía su voz.

—Eso en este caso es lo de menos, amigo mío. Se lo aseguro.

Tras unos minutos de deliberación, de los que Ka apenas pudo oír unas frases, el cazador subió a la nave junto al viejo del pelo blanco. Con una suave contracción del Metacampo, el aparato volvió a fundirse en la nada. Lo último en diluirse y desaparecer fueron los dos leones y la serpiente escarlata del escudo del Emperador.

Desde su escondite, Ka (y por extensión el imp), sonrieron maliciosamente,

enseñando los colmillos. Una palabra escapó en un silbido por entre sus apretadas mandíbulas.

Evan.

Por fin conocía el nombre de su enemigo.

Pronto, los papeles iban a invertirse.

PRIMERA PARTE - Sandra

Capítulo 1

Los rumores sobre el estado convaleciente de algunos de los Arcontes Imperiales, y con ellos el del propio Emperador, se extendieron como la pólvora a principios de la temporada estival parisina. Algunos sórdidos detalles sobrepasaron los férreos muros del Palacio de Invierno, en los Campos Elíseos, y corrieron de boca en boca para pasar con inusitada rapidez de rumor a habladorías no confirmadas, luego a tema de conversación, y de ahí a creencia popular.

Flujos de haces cuánticos de Línea Rápida radiaron conversaciones privadas y teorías fantasiosas por todo el Brazo Espiral. Los media, vigilados atentamente por la Oficina de Relaciones Públicas de la Corte, trataron con insistencia que la gente dejara de creer en fantasmas informativos hasta que la noticia fuera oficial, pero la medida no hizo sino contribuir a avivar el fuego del clamor popular. Los consejeros imperiales sabían que bastaba con plantar la semilla de un miedo generalizado para que se extendiera como fuego en el bosque; un temor ardiente fluyendo incontrolado sobre la maleza.

Las primeras en alertarse fueron las cofradías de comerciantes, cuyos enormes containers necesitaban de la proyección mnémica para recorrer las gigantescas distancias entre sus puntos de origen y destino. No había motores lo suficientemente potentes como para propulsar a velocidades Riemann a naves-mundo de semejante masa, y sus anillos de sacerdotes teleuteranos permanecían inactivos sin la presencia psíquica del Emperador. Los ejecutivos de las compañías que controlaban los vuelos de aprovisionamiento se reunieron y hablaron; hablaron y urdieron planes y contrastaron ideas. Y cuando todo se redujo a las premisas básicas e inalterables de lo que había que hacerse con más urgencia, exigieron resultados.

Las oficinas de las dos Logias mixtas en Delos, la capital financiera, burocrática y militar del Imperio, tuvieron que hacer frente de la noche a la mañana a una marea incontenible de llamadas y mensajes llegados a través de la LR desde los repetidores de la nube de Oort y la Ultranet. El flujo informático era tan denso y en tantos códigos e idiomas homologados por el Imperio, que las inteligencias virtuales de los ordenadores de control tuvieron que trabajar a destajo procesando el maremágnum, distinguiendo llamadas importantes de simples preguntas asustadas, amenazas de muerte o vaticinios sobre la caída del Sistema a razón de cincuenta mil por segundo durante muchas horas.

El rumor pronto sobrepasó las murallas de la casa santuario de la Logia Bizantyna, en la segunda luna de Delos, Mitra, y llegó a los preocupados oídos de la Madre Regidora Elizabetha Moriani, líder de la Orden. No era un buen momento para las malas noticias; la Madre se encontraba en pésimo estado de salud, sufriendo de unas fiebres locales que ella prefería curar sin medicina, siguiendo una vieja

costumbre familiar. Sin embargo, en cuanto el primer telegrama llegó a los ordenadores del monasterio, la Madre Moriani mandó llamar a su médico particular y le ordenó sanarla de inmediato.

Unas horas después, mientras varios centímetros cúbicos de nanosinérgicos acababan radicalmente con la infección, Moriani subía a una nave enlace de alta velocidad, y se proyectaba a través de las nieblas del Metacampo directamente a dos órbitas del mundo madre. No había tenido tiempo siquiera para concertar cita con la única Arconte que en ese momento se encontraba en Palacio, pero Moriani sabía de sobra que no la necesitaba.

* * *

El aparato que la trasladaba era un alfil de escudería terrestre, conducido por manos expertas por un licenciado de la escuela del aire de la Orden, la única rama de la organización que aceptaba varones en sus filas. Una rémora virtual semiinteligente le asistía en el vuelo. Curiosamente, era ese acompañamiento artificial lo que ponía un poco nerviosa a la Madre.

Cabeceando ligeramente por proa, la nave penetró en la atmósfera terrestre convertida en una lágrima de luz. Extendió suavemente sus alas de perfil variable y planeó durante doce minutos en los que sobrevolaba el Trópico de Cáncer, realizando la aproximación final al majestuoso monumento parisino que era el Palacio Merovingio, residencia oficial de la deoEmperatriz. Pese a que el Mediterráneo occidental estaba siendo inundado por una serie de tormentas con densas precipitaciones, los Campos Elíseos disfrutaban de un magnífico día.

La Madre dedicó unos segundos a respirar el tonificante aire de su mundo natal, libre de gases nocivos. No en vano, la tecnología de quimiomorfosis que hacía posible la terraformación de mundos hostiles en prácticos para la vida, también podía aplicarse allí. La atmósfera terrestre era como una Meca natural a la que había que emigrar al menos una vez en la vida. Cuando aquel oxígeno perfecto entró en sus pulmones, Elizabetha comprendió el porqué.

El palacio acusaba una febril actividad. Uno de los majestuosos edificios que componían el complejo estaba siendo restaurado. Cientos de aracnoformers de limpieza escalaban la arquitectura neogótica de sus torres como arañas de metal, afinando aristas, limpiando gárgolas y tapizando desperfectos. Varios grupos de albañiles, enfundados en exoesqueletos EV, sustituían con precisión la viga maestra que sostenía una de las campanas de la torre Bernini, mientras el enorme badajo de bronce flotaba mansamente en un campo sustentador a doscientos metros de altura. Parecía un elemento robado de la torre central que coronaba el ábside del majestuoso edificio, un campanario de níveos peristilos góticos esculpido enteramente en campos

de suspensión semitransparentes. El EV se posó en una de las torres del ala norte. Su pasajera bajó a toda prisa para que el viento que corría a aquella altura no afectara a su recién vencida enfermedad. Recorrió los pasillos exquisitamente decorados con alfombras que llevaban el símbolo de los leones gemelos bordado en hilo de oro, se identificó una sola vez ante una puerta que apenas un centenar de personas en todo el Imperio habían llegado a cruzar, y tomó aire antes de sumergirse en la histeria colectiva.

* * *

La colina sobre la que se alzaba el punto geodésico no parecía mucho más alta que sus vecinas. Tan sólo cien metros la separaban del valle desde donde partía el camino, que por enésima vez recorría el viejo de la capucha gris.

El hombre parecía más débil de lo que en realidad era, quizás por su andar pesado, o su silueta encorvada que se obstinaba en avanzar metro a metro por el camino bajo el peso de los bártulos. Una pesada gabardina de explorador protegía su reuma del frío. Debajo de ésta se adivinaba un traje de vuelo parchado y lleno de remiendos, con señales de haber visto reconvertida su función original en varias ocasiones.

El viejo Silus, mientras arrastraba su cansina terquedad colina arriba, se entretenía en contar los pasos que todos los días daba hasta la cumbre. Hoy quinientos. Mañana, tal vez cuatrocientos noventa. Era un récord con un solo competidor, lo que no lo hacía muy emocionante. Su nieta, Sandra, se lo había reprochado mil veces: a su edad, un hombre sensato no se daría esas palizas en vano. Pero Silus veía aquel recorrido diario a través de un prisma diferente.

Hizo un breve alto al llegar a su piedra favorita. Como siempre, dejó caer las posaderas sobre su arqueada superficie con un suspiro de alivio. La vara conductora no pesaba mucho, y era fácil portarla si se lograban mantener sus tres metros y cuarto de longitud en equilibrio sobre el hombro. Las urnas eran otra historia. Eran casi media docena, y su número llegaba a pesar más que su masa.

Sus articulaciones protestaron cuando les llegó el turno; Silus las recompensó con un pequeño masaje, mientras dejaba que su vista se perdiera en las luces que llegaban desde el valle. Reunión había crecido mucho en los últimos veinte años. Silus recordó cuando puso pie por primera vez en el planeta, con los primeros colonos que habían llegado en la nave espacial. Eran recuerdos tan lejanos e inconcisos que, de no ser por las ruinas del vetusto navío que aún se erguían en la orilla del lago, él mismo habría dudado de su veracidad. A su mente vinieron antiguos nombres y rostros desaparecidos. Una vieja anécdota relacionada con un asunto de faldas le hizo sonreír.

Habían construido con sus propias manos las primeras barracas del valle y enterrado las primeras semillas. Ahora, la luz ultravioleta de los campos de cultivo hidropónicos le impedía mirar fijamente las granjas.

Para no aletargarse demasiado, empezó un monótono reconocimiento del material. Las urnas estaban bien. Los cierres sellados y firmes; el vacío de su interior no se estropearía echando a perder una buena cosecha. El cable conductor... bueno, las venas limadas de su superficie se debían tan sólo al desgaste, no al maltrato de manos negligentes. Se aseguró que los cables tributarios de conexión a tierra estuvieran bien empapados de agua con sales, y siguió revisando. La vara estaba perfectamente, aunque uno de sus segmentos parecía ligeramente mal alineado.

Silus frunció el entrecejo al descubrir señales de roces en una de las puntas. El nombre de su nieta le vino instantáneamente a la cabeza. Podía imaginársela trepando como una cabra montesa por las escarpadas faldas de los acantilados, apoyándose descuidadamente en la vara (en su vara) para mantener el equilibrio.

Con una destreza nacida de la costumbre, sacó una pequeña botella de chiva del bolsillo de la gabardina y se escanció unos tragos revitalizadores.

Un trueno cercano le recordó que la tormenta pronto estaría sobre la colina. Rápidamente volvió a empacar el material y continuó subiendo, silbando una antigua tonada.

Un viejo limonero esperaba junto a la desembocadura del camino, ya en la cima, con sus raíces desarraigadas descansando junto al punto geodésico. Ignoró a Silus educadamente mientras éste vencía jadeando los últimos metros.

—No... no sé cómo demonios te las arreglas para llegar siempre primero, maldita planta —suspiró el viejo, descargando el material en la hierba. El árbol siguió sin responder. Era gracioso verle concentrado en un proceso tan básico como era su alimentación, como si estuviese escuchando una sinfonía natural que llegase hasta sus hojas a través del viento.

—Está bien —dijo Silus, optando por la introspección—. Vamos allá. Se está haciendo tarde.

La onda de un trueno sacudió los tallos de hierba. Silus se preparó. Colocó las varillas periféricas en círculo hasta abarcar un diámetro de unos veinticinco metros. Las urnas de contención iban en un anillo concéntrico interior, muy separadas del perímetro. Silus las encendió una a una, comprobando por el sonido que los condensadores alcanzaban el umbral de prevolcado.

Los manuales sugerían que había que hacer comprobaciones con manómetros y medidores de densidad, pero a través de los años los pastores habían acabado por desarrollar una escala propia de efectividad basada en el prosaico método del sonido: un murmullo era buena señal, un ronroneo (la máquina estaba «chata») significaba algo de resistencia en los conductores, y un traqueteo (la máquina «berreaba») eran

problemas.

Otro rayo hendió el cielo con fiereza. El pastor se preparó, colocándose en el centro de los anillos. Colocó la clave voltaica de la vara en mínima impedancia, sosteniéndola en equilibrio para que ninguno de sus extremos tocase accidentalmente el suelo. Lanzó una mirada desafiante a los estratocúmulos que iban adquiriendo un color verdoso a dos mil metros sobre su cabeza, y alzó la vara, manteniéndola enhiesta ante la furia de la tempestad.

—Muy bien, condenada —ladró al viento—. Lánzame tu mejor golpe.

—No vas a conseguir que ella sea una niña para siempre, Silus —la voz del limonero, no más audible que un susurro de hojas danzando bajo la lluvia, logró sobresaltarle.

—¿Y tú qué sabrás? —contestó el viejo, sin dejar de mirar el sinuoso vientre de las nubes—. Lo más parecido que has tenido nunca a una hija es un arbusto que ni siquiera te saluda.

—Es cierto que nunca he sido humano, pero puedo asegurarte que he tenido más contacto con ellos que tú. Y he sido confidente de tu nieta muchas veces.

Silus le lanzó una mirada aviesa. El limonero lo ignoró, contrayendo con cuidado las ramas más delicadas para protegerlas del viento. Su volumen se tornó ligeramente esférico, al tiempo que el resplandor de una descarga perfilaba unos rasgos humanos en el tronco. El artista que lo había creado, Ray Fellony, había querido dar cuerpo a una fantasía a partir del busto de su fallecida esposa, Sofía, convirtiéndolo en un ente que fuera una síntesis de lo humano y lo natural. Su único fallo fue que Ventrell, el limonero, era varón y no hembra, pese tener el rostro de Sofía grabado a fuego en sus cromosomas vegetales.

—Venga ya —se burló el pastor—. Como si mi nieta no tuviera nadie más en quien confiar que en una planta.

—Tienes razón. A lo mejor no tiene.

—Ventrell, a veces hablas demasiado, incluso para ser un árbol.

Silus no quería hablar de su nieta con alguien tan parecido a una conciencia parlante como la vieja planta, pero tampoco había rechazado el tema de raíz, lo que dejaba claro que aquella era una conversación necesaria aunque largo tiempo postergada.

Sandra había perdido a sus padres en una revuelta contra las fuerzas del Emperador, muchos años atrás, cuando solo era una niña. Silus la había adoptado y la había hecho llamarle abuelo, un adjetivo que, por azares del destino, ella nunca pudo adjudicar a nadie. ¿Acaso no tenía derecho a influir en su futuro? Ella no recordaba a los padres de sus padres, pero sí a éstos últimos, y sabía cómo los había perdido. A pesar de eso, aún la sorprendía a menudo mirando hacia arriba, soñando con costas lejanas en otros planetas, con una expresión que Silus conocía demasiado bien.

—¿Y qué te ha contado? —preguntó intentando hacerse el desinteresado, mientras vigilaba el cielo.

—No pienso decírtelo.

—¡Maldita sea, Ventrell!

—Una vez leí un libro donde venía recogido un fragmento de sabiduría humana muy perspicaz: «No enseñes a un ratón ciego el camino a la trampa». No sé exactamente lo que significa, pero algo me dice que se te aplica a la perfección. —Su voz estaba modulada para encajar con la de un hombre de unos cincuenta años, con un matiz tranquilizador perfectamente estudiado que a Silus le sacaba de quicio.

—Yo veo más que cualquiera en este pueblo que tenga mi edad. Aún puedo leer de noche sin gafas... Y conozco mejor a mi nieta que tú.

—Ya. Y apuesto a que todavía crees que sigue siendo virgen. —El árbol se apartó un poco de él al lanzar esta puntilla, no fuera a golpearle con la vara.

—¿Qué quieres decir? ¡Por supuesto que lo es!

—Deberías vigilar lo que pasa en tu granero, Silus. A lo mejor te llevabas una sorpresa.

—Oye, maldito saco de termitas, yo...

—Cuidado —avisó el árbol. Un violento rayo descendió sobre las varillas del perímetro. Con velocidad cegadora, trazó una curva de luz incandescente a lo largo del anillo, rodeando la colina de arcos voltaicos. Silus enfocó la vara hacia el caudal de energía, pero su acción llegó un segundo tarde. Los acumuladores sobrepasaron el nivel de tolerancia y descargaron a tierra antes de que Silus pudiera reconducir la descarga a las vasijas.

—¿Ves lo que has hecho? —rezongó el pastor—. La he perdido por tu culpa.

—No. La estás perdiendo por la tuya. Sandra ya no es una niña, Silus. Tiene casi quince años, por mucho que te pese. Tiene edad para retozar en los maizales con los chicos. O para aprender algo de aeronáutica, si es lo que le gusta.

—Amigo mío, a Sandra no le conviene saber nada de naves estelares, ni de aviones, ni de nada que sea capaz de volar y no tenga plumas. Sabes perfectamente que sufre de vértigo.

—Tonterías —la voz del sintético se tornó más dura—. Si eso fuera verdad no se pasearía por los riscos saltando como una cabra. Es a ti a quien no le interesa que ella aprenda. Temes que abandone el nido, como hiciste tú cuando eras joven.

—Cuando era joven y estúpido, querrás decir. Mira, Ventrell, tú sabes tan bien como yo lo que hay allá arriba. Has estado allí.

—Sí, y he logrado volver ileso —replicó el árbol con suspicacia—. No está nada mal para un viejo limonero reptante.

—Ella no es un limonero.

—No, pero es igual de ácida. Por Dios, si hasta ha aprendido a apreciar la salsa de

aguacate que perpetras cuando te las quieres dar de buen cocinero.

—¿Insinúas que mi salsa es mala?

—Insinúo que tal vez ella prefiera un aliño diferente.

—Ventrell, ¿sabes lo que...? —restalló Silus.

Otro rayo segó su réplica. El haz incandescente cabalgó el anillo de contención pugnando por escapar a la tierra, pero el pastor fue más rápido. Alzando la vara superconductor, acercó uno de los extremos al perímetro, dejando el otro orientado hacia la toma externa. Como un río salvaje que hubiera encontrado de nuevo su cauce, la energía atravesó la vara focalizándose en una vasija. Medio segundo después, el rayo malgastaba su furia encerrado en una urna de cristal.

—¡... y tú no eres quién para decírmelo! —concluyó Silus, cuando amainó el estruendo y su voz volvió a ser audible—. Mi nieta es la persona más querida de todo el pueblo. Todos la respetan como no me han respetado a mí nunca, así que no me hables de soledad o frustración. Esa niña llegará a ser alguien importante.

—Exacto. Será la persona más importante de este grupo de cabañas. Y haz el favor de no confundir respeto y cariño vecinal con lo que ella en realidad necesita.

—¿Y qué se supone que es eso?

El limonero sonrió.

—Es posible que me crearan sin lagrimales, pero aún así sé lo que es sufrir de soledad. Lo llevo escrito en los genes.

Un relámpago lejano perfiló la mirada que la mujer del tronco lanzó a Silus de soslayo. Ante el silencio del pastor, Ventrell se retiró de la cima de la colina, aguardando a que su viejo amigo terminara el trabajo. Se quedó observándolo en silencio, oyéndole refunfuñar. Era divertido, casi surrealista, ver a aquel achacoso y terco saco de huesos domar la naturaleza con su lanza tecnológica, atrayendo rayos del cielo para encerrarlos en vasijas, mientras murmuraba impropiedades contra todo y todos los que tenían la osadía de pasarle en ese momento por la cabeza.

—Ella aún es una niña —barruntaba el pastor—. No tiene ni idea de lo que hay ahí fuera. No sabe de lo que huimos cuando vinimos a parar aquí.

—Debes dejar que lo descubra por sí misma, Silus. Tú no estarás aquí eternamente, y ella terminará haciendo lo que desea.

—Como siempre —refunfuñó Silus, cansadamente.

—Como siempre. Y tú debes prepararla, hacer que se anticipe a la llegada de la civilización. Imagina la cantidad de cosas que pueden haber cambiado en cuarenta años. A lo mejor ya no hay Imperio. A lo mejor el Emperador ha muerto.

—Ya, y a lo mejor los árboles hablan.

—A lo mejor —sonrió Ventrell—. El universo acabará por alcanzarnos, amigo mío. Incluso aquí. Y ella no siente sino odio en su interior. Odio hacia gente que nunca ha visto, y ganas de visitar lugares que no existen. Como alguien que yo

conocí.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Silus, en un susurro afectado. Dejando vagar la vista, aspiró la brisa perfumada de lirios que llenaba el ambiente. En el fondo, aquel viejo árbol tenía razón, y él lo sabía. Su nieta había sufrido mucho gracias al Emperador y su política expansionista, pero allí, en aquel lugar en el extremo del universo conocido, términos como «política» y «colonización» parecían carentes de sentido. Todo eso quedaba muy lejos, en otros lugares llenos de gente y de rencor.

Tal vez fuera cierto, y el Emperador ya hubiese muerto.

No, se dijo; cosas así no pasan nunca.

* * *

—¡Sandra! ¡Sandra! ¿dónde has metido las escobas?

—En su sitio, mamah. En el armario.

La obesa matrona volvió a revisar el trastero.

—¿Terminaste de limpiar la cocina?

Despegando algunas bolas de pelo de las cerdas de la escoba, mamah entró en la habitación contigua al salón. Era el dormitorio de Silus.

Sandra estaba sentada en la cama, de espaldas a la puerta, limpiando con esmero el marco de una de las antiguas fotografías de su abuelo. Sus manos acariciaban pensativas los recovecos del marco, como palpando los recuerdos que encerraba la desvaída emulsión.

—Sí, mamah. Y te he dejado un poco de chiva enfriándose en el congelador —asintió, volviéndose.

—A y, mi niña es un encanto —sonrió la mujer, propinándole un sonoro beso. Ella aguantó el round de cariño con estoicismo—. ¿Has dejado la cena de tu abuelo en la despensa? Si la encuentra fría, va a pasarse rezongando toda la noche...

—Sí, mamah. Y también he fregado los platos.

—Muy bien —aprobó la matrona, mirando a través de la ventana—. Espero que el tozudo de Silus vuelva pronto, antes de que empiece a llover, o se volverá a resfriar. No sé por qué demonios tiene que salir en una noche como ésta. No lo sé.

Sandra sonrió. Estaba acostumbrada a las diatribas de la vieja mamah, tanto que a veces creía que aquella mujer sólo hablaba a base de quejas. Era una mujer muy buena y entregada, que se había pasado la vida cuidando de los suyos con desvelado mimo, pero nada parecía estar nunca a su gusto. Ella tampoco entendía a su abuelo. Sandra había aprendido a pastorear hacía muy poco tiempo, pero ya había desarrollado un sentido de la responsabilidad del que Silus carecía casi por completo.

Se soltó el moño para que su pelo, recién lavado, acabara de secarse. Una

abundante melena rubia cayó en cascada sobre su espalda, provocándole un escalofrío al transmitirle la humedad a través de los poros.

Sus verdaderos padres se habían opuesto desde un principio a que ella aprendiera el pintoresco y casi desaparecido oficio de Silus. Pero pastorear tormentas era una actividad de irresistible belleza, y muy útil para la comunidad. Cuando terminaba de estudiar sus lecciones sobre matemáticas, electrónica y botánica —todo lo que una chica decente debía saber para sobrevivir en su entorno—, Sandra cogía a escondidas los enseres de su abuelo adoptivo y subía a las colinas a cazar rayos y encerrarlos en sus laberintos de cristal. Le encantaba observarlos allí dentro, peleando, bramando, luchando feroces antes de ser descargados en los acumuladores de la villa. Parecían genios encabritados, presos en lámparas tecnológicas de las que sólo escaparían para hacer realidad un deseo: calentar hogares fríos y proporcionar luz en las oscuras noches de invierno.

Con un ramalazo de nostalgia, dedicó un minuto de sus pensamientos a sus padres. Les echaba de menos, y mucho. Ella era muy pequeña para recordar todos los detalles de aquella época pretérita y sombría, pero una imagen se había grabado a fuego en su alma: un momento de la fatídica noche en que su madre le había besado en la frente por última vez. La noche en que los Hombres Extraños habían entrado en el pueblo. Sandra recordaba haber visto bajar grandes barcos del cielo (era muy pequeña para cuestionarse cómo sus sedosas velas podían hacerlos volar como los pájaros), y descargaron soldados con leones tatuados en el pecho.

Los intrusos saquearon toda la comida y las reservas de luz, y luego se encerraron por turnos en los dormitorios de las casas para hacer cosas con su madre y otras mujeres de la aldea.

Durante años, los dibujos que surgían de sus inexpertas manos contuvieron formas macabras, juegos de luces y sombras para esconder los miedos reflejados en aquellos trazos inseguros. Aún guardaba muchas de aquellas láminas, en las que se exhibían dragones y fantasmas, fuego y criaturas demoníacas que su mente iba definiendo a golpe de simpleza, de estereotipo, pero que transmitían con efusiva claridad el mensaje de soledad de una niña.

Observó el envés del cuadro, donde brillaban con el contraluz huellas de tempranos dibujos y raspaduras en el cartón como arcaicos fósiles de sueños. Estaban los soldados —siempre representados mediante seres con alas de murciélago, sin rostro y de piel blanca como el mármol—, y su feroz emblema, dos leones gemelos con las fauces llenas de dientes afilados. Vaharadas de escritura barroca surgían de sus bocas encerradas en lazos de grafito, sin más significado que el de representar una lengua incomprensible.

Sandra tembló al sentir llegar de nuevo la horrible presión de la incertidumbre, del vacío que se crea en el corazón de una niña que corre por pasillos preguntando a

los soldados dónde está su padre, soldados que están sacando grandes bolsas de basura de la cocina. La niña se arrastra por los recovecos de su casa y encuentra a su madre al fondo de uno, en brazos de unos hombres que se la llevan a la habitación donde ellas suelen jugar siempre a escondidas, y es a escondidas como escucha los inexplicables gritos que surgen de detrás de la puerta, reverberando con una terrible resonancia infantil.

Era divertido en cierta forma. Cuando era niña y necesitaba encontrar una explicación racional para todo lo que sucedía en el mundo, no podía aceptar en manera alguna que el enorme cielo nocturno estuviese lleno de cosas horribles que en cualquier momento pudieran bajar a la tierra a hacerla sufrir. La bóveda que contenía las estrellas era demasiado hermosa y atrayente como para admitir que, tras aquellos distantes puntos de luz, pudieran esconderse unos horrores tan caprichosos, tan aleatorios. Siempre que los representaba en sus dibujos, el monarca de aquellas malvadas criaturas aparecía oculto en una caverna, un templo infernal bien enterrado bajo tierra, plasmado con la marcada estética de mausoleos y cuentos sobre el purgatorio que tanto prodigaba el cura de la aldea.

Así, si los temores estaban enterrados a prudente distancia bajo sus pies, si ella podía mantenerse siempre por encima y verlos venir, se sentía mucho más segura.

Un ruido la sacó de sus cábalas. Ocultó los dibujos con la mano y se apartó un cabello de la frente con rapidez, como volviendo a situarse en la realidad. Su abuelo estaba parado en el umbral de la puerta, mirándola con una sonrisa triste.

—Esa fue la noche en que tu padre y yo nos fuimos de pesca al lago —dijo, señalando la foto—. Tu madre no quiso venir porque tenía miedo a los insectos.

Silus entró en la habitación y se sentó al lado de su nieta, pasándole el brazo por encima del hombro. La chica olía a azafrán y a lavanda.

—¿Tenía miedo de las hormigas? —preguntó ella.

—¡Qué va! Eran las cucarachas lo que temía. Le daban tanto asco que, después del día en que tu padre la llevó de excursión y una se le metió por debajo de la falda, no volvió a acercarse a la orilla a menos de medio kilómetro. —Silus carcajeó al recordarlo. Sandra volvió a colocar el retrato en su sitio, prestándole toda su atención. Los momentos en que estaban juntos y nacía entre ellos la nostalgia eran pocos y había que atesorarlos.

—No me digas...

—Sí, no hubo manera de que volviera a ese lugar, y mira que lo intentamos. Tu madre era una gran mujer, pero también el animal más terco que jamás fue parido a este lado de la estrella Parménida.

Sandra rió musicalmente, y su abuelo puso cara de circunstancia.

—¡Oye, no te rías, que esto es serio! Recuerdo una vez en que tu padre y yo trazamos un plan para llevarla hasta el río y que se diera un remojón.

—¿Y funcionó?

—¿Bromeas? No sé cómo, pero debió enterarse del complot, y el día anterior, nos dijo que si nosotros o cualquiera la hacía pasar por aquello de nuevo, él —parodió el gesto con los ojos muy abiertos y los colmillos bien visibles bajo las encías—, él pagaría en sus carnes la osadía.

—¿En sus carnes?

—En sus doloridas carnes, tras dormir un mes entero en el sofá.

La joven volvió a reír, imaginando a su padre corriendo despavorido ante una expresión de rabia de su madre o una escoba en ristre.

—Él tenía interés por llevarla de paseo en barca, un viejo sueño romántico que acariciaba desde que abandonó su mundo natal —continuó Silus dulcemente—. Pero Ana era tan terca que el pobre se tuvo que conformar con salir a acampar en las colinas. ¿Te acuerdas de alguna de aquellas excursiones?

—Por supuesto que sí —mintió Sandra—. Cómo iba a olvidarlas.

Silus miró a través de la ventana, buscando un horizonte en el que perder la vista. En su lugar encontró una severa expresión de reproche de Ventrell. El árbol había ocupado su sitio favorito en el jardín, junto a un grupo de gardenias con las que acostumbraba a monologar, y le observaba con las ramas extendidas al viento. Finas venas conductivas de fibra óptica relucían en el haz de sus hojas captando la tenue luz ambiental.

El pastor maldijo en silencio, arrepintiéndose por enésima vez de haber conocido un ser tan sabio e íntegro como aquella planta sintética. Ventrell era la mejor de todas las personas que conocía, lo que no estaba nada mal para alguien de su condición, pero a veces resultaba un muro de rígida sapiencia moral contra el que se estrellaban todos sus intentos de fallar como un humano de tres al cuarto.

Cavilando en silencio, acarició el sedoso pelo de su nieta. Ella sonrió acogiendo con placer el suave masaje, cuyo gesto generalmente traía asociado un cuento o un caramelo.

—Oye, Sandra...

—¿Sí?

—Mira, he estado pensando en algo últimamente.

Un sonido como de hojarasca aplastada por pies desnudos le llegó desde el jardín. Era lo que Ventrell asociaba con una carcajada contenida. Silus reprimió un impulso de tirarle las vasijas por la ventana.

—Tú... —continuó, jugueteando con sus cabellos.

—Yo —Sandra sonreía ante la vacilación de su abuelo.

—Tú. Sí. Eh...

—¿Qué quieres decirme? Venga, tranquilo.

—¿Te gusta mi salsa de aguacate? —espetó el viejo, en tono firme.

—¿Cómo?

—Me refiero a si... Bueno, si alguna vez te la has comido por hacerme feliz.

—Pues, no sé... Tal vez alguna que otra vez. Pero pocas, muy pocas, en serio. ¿Por qué?

—Verás, a veces me pregunto... No muy a menudo, claro, pero sí de vez en cuando... Si a lo mejor esta forma de hacer las cosas, ya sabes, de preparar la salsa... Si en realidad es así como a ti te gusta.

Sandra se subió un poco la parte de atrás del pantalón del pijama, ahogando un tosido entre las palmas. Elevó el mentón reflexivamente.

—No está mal cómo la haces —aventuró, divertida—. Aunque a veces noto que le falta algo de picante.

—Picante. —Silus se rascó la axila con la vista sostenida en un pensamiento—. Ya. ¿Y nada más?

—Un poco de requesón no le vendría mal, triturado y espolvoreado a la manera como lo hace mamah. Haciendo como así...

—La joven pastora pinzó dos dedos como frotando alas de mariposa. Silus sacudió levemente la cabeza, captando un probable significado (no estaba muy seguro de que en realidad se estuviesen diciendo algo).

—Pero te gusta cómo la preparo, ¿no? Al menos se le nota el sabor a aguacate.

—Si lo logras distinguir por debajo del regusto a tequila, tal vez.

—¿Cómo? —se ofendió Silus, enrojando de vergüenza.

—Es tu ingrediente secreto, ¿no? —dijo Sandra, imitando sin darse cuenta una pose de su abuelo—. Un chorrito mezclado con el aliño para diluir el regusto a alcohol.

—¿Mamah lo sabe? —preguntó el viejo, aterrado. Cuando se trataba de esas cosas, la entrañable pero intransigente matrona no bromeaba. Sandra estalló en una carcajada.

El pastor suspiró, sintiendo que empezaban a faltarle las palabras.

—Cariño... Mira, sé que a veces no he sido muy transigente contigo. Este planeta es tu hogar, pero es un hogar muy pequeño, y desde que te conozco he tenido una extraña sensación. Como si el destino te estuviese preparando para algo más que estar aquí envejeciendo con un puñado de ancianos locos.

—Pero a mí me gusta esto. No me importa estar en Reunión —repuso ella, buscando una explicación en los ojos del pastor.

—Me refiero a todos esos libros que estudias. Tú... bueno, eres una persona muy inteligente, eso nadie lo niega. Pero me he fijado en que prestas mucha atención, quizá más de la que tú misma crees, a estudiar lo que hay más allá. Lo que dejamos atrás al venir aquí.

Sandra asintió con la cabeza, apartándose un mechón dorado de la frente. Silus se

fijó en que su cabello ya estaba abandonando el rubio intenso de su niñez para adoptar un sombreado cobrizo que contrastaba muy bien con el rosa oscuro de su piel.

—Ya he acabado el primer tomo de los de tapa azul —dijo ella, casualmente.

—Ah. ¿Y qué tal? ¿Has aprendido mucho?

—La verdad es que... No me he enterado de nada. Absolutamente en blanco —golpeó su frente con la mano como espantando pensamientos.

—Es que los libros azules son complicados. Hasta que no acabes con los verdes no estarás preparada para afir... afran...

—Afrontarlos.

—Eso —suspiró—. Niña, algo me dice que ni todos los viejos achacosos de este o cualquier otro pueblo del planeta lograremos que permanezcas con nosotros para siempre. Eso me asusta, pero en el fondo también me alegra. Porque significa que ya te estás haciendo lo suficientemente mayor como para decidir por ti misma.

Sandra se quedó mirándolo un momento. El perfil de su abuelo resplandecía con el baile de destellos que las vasijas condensadoras proyectaban contra la pared. Se sorprendió al verlas amontonadas en una esquina, junto al ropero de los pijamas, con la fuerza más temible de la Naturaleza luchando por liberarse en su interior. Eso le encantaba de su abuelo, la trivialización de detalles que cualquier otro (empezando por la pobre mamah) hubiera considerado prioritarios. Antes de formular su siguiente pregunta, dejó que pasaran unos segundos.

—Abuelo, quiero que me cuentes qué fue lo que les ocurrió a mis padres —exigió, sin atisbo de nerviosismo.

Silus dio un respingo.

Ya está, pensó tensándose: la pregunta que había temido desde hacía diez años.

Sandra esperó, totalmente tranquila. Sus profundos ojos azules eran capaces de mirar tan fijamente que podían perforar cualquier fachada, y uno siempre tenía la extraña sensación de que estaban mirando algo muy distinto a la controlada imagen exterior de la gente. Era un don que ella sabía aprovechar muy bien, y lo hacía sin palabras.

—Bueno, será mejor que retire las vasijas antes de que mamah me pegue con la escoba —carraspeó Silus, tratando de levantarse de la cama. Ella no le dejó. Apoyó la mano suavemente en su regazo y continuó mirándole, con aquella expresión relajada, sosegada e inteligente que había desarmado el corazón de, literalmente, todos los jóvenes de su edad que había desde su pueblo a Alfa del Centauro.

—Está bien —concedió el viejo, y pareció más cansado que nunca. Sandra se echó sobre sus rodillas, como hacía cuando era pequeña, y cruzó las manos sobre el vientre.

Por un momento, Silus se encomendó a los dioses que se escondían en las

estrellas, y a los que sólo rezaban los marineros que los habían conocido al navegar entre ellas. Luego prosiguió con voz queda:

—Verás, Sandra. Como habrás supuesto, y si la memoria no me falla ya te he contado otras veces, el Universo es muy grande, mucho más que la distancia que hay de aquí a la granja más lejana, mucho más que la que hay entre aquí y cualquier estrella que seas capaz de ver con tus propios ojos cuando oscurece.

Sandra sonrió. Le encantaba el tono de cuento de hadas que usaba a veces su abuelo, sobre todo cuando quería contar cosas verdaderas como la vida misma. Por supuesto, lo que le contaba no era nada nuevo. Ella había memorizado todos los libros de astronomía y navegación estelar que Silus había rescatado de las bodegas del Navegante, pero no quería interrumpirle. Continuó en silencio, moviéndose un poco para encajar bien la espalda en sus rodillas y escuchar a gusto el resto de la historia.

—La cuna de la civilización es un mundo que orbita una estrella muy, muy lejana, llamada Sol.

—¿Como la nuestra?

—Exacto. Esta bola de gas que nos ilumina no se llamaba así originalmente. Hace mucho tiempo, en la Tierra, un astrónomo la descubrió a través de un telescopio muy potente, y le puso un nombre técnico.

—¿Un nombre técnico?

—Algo así como HYYp-34567-D. Es lo que sucede cuando ya no quedan nombres bonitos ni imaginación para inventarlos. Pero cuando llegamos aquí, resultó que echábamos tanto de menos nuestro sol y nuestro planeta, que la bautizamos de otra manera para que la distancia no nos pareciese tan enorme.

—Nunca me has hablado de la Tierra. La evitas cada vez que recuerdas el cielo —puntualizó Sandra, tratando de reconducir el tema a su terreno.

—Uhm... Hace mucho tiempo, antes incluso de que los hombres descubrieran la existencia de los Ids y el Metacampo, eh... ¿Sabes lo que son, no?

Sandra asintió, impaciente. Sí, sí, lo sabía.

—Pues antes de la llegada de esos alienígenas, los únicos seres inteligentes que los hombres han encontrado fuera de la Tierra hasta la fecha, las astronaves no podían viajar instantáneamente de un lugar a otro. Sucedió allá por el año n3. No existía el poder de mover cosas con la mente como hace el que los terrestres llaman Emperador —Silus se quitó la chaqueta, aún empapada de lluvia—. Los viajes eran increíblemente largos y lentos, tanto que a veces duraban generaciones enteras.

—¿Fue eso lo que os pasó a vosotros?

—Oye, niña, no soy tan viejo —protestó Silus—. ¿Qué estás insinuando?

—Nada, nada —rió ella—. Perdona. Prosigue.

—Bien. Pues resulta que hubo un periodo de casi cuatro siglos en que la

Humanidad, es decir, todo el conjunto de la especie, salió del planeta madre para colonizar otros mundos, en lo que se llamó la Gran Dispersión. De eso hace ya varios miles de años. Esos pioneros llegaron increíblemente lejos, mucho más de lo que parecía posible con la tecnología de la época. Y se alejaron tanto unos de otros, que después de casi tres milenios de expansión y alteraciones genéticas casi ni se recordaban. De hecho, cuando los primeros exploradores de las diferentes ramas en que se había disgregado la Humanidad se encontraron de nuevo, se llegaron a tomar unos a otros por alienígenas.

La mirada del anciano se tornó melancólica, como quien recuerda algún error pasado que cambió toda su vida.

—Todo eso acabó con el descubrimiento del Metacampo, y de los misteriosos seres que lo poblaban. Ellos nos enseñaron a hacer muchas cosas con el poder de nuestras mentes, cosas que desconocíamos que fueran posibles. Muchos no lo han admitido nunca, pero esa mierda ha sido de lo peor que le ha sucedido a esta especie. Su descubrimiento permitió a los hombres volver a encontrarse de nuevo, aunque vivieran a miles de años luz de distancia. —Sandra conocía de sobra la unidad, así que Silus no se detuvo ahí—. Pero como sucede siempre, basta que le sea concedido un don a un hombre, para que tropiece con su primera piedra.

El viejo se levantó, asomándose a la ventana. Aún seguía lloviendo en la campiña. Cerró los postigos para que el frío no entrara y pudiera hacer enfermar a su nieta.

—Las ansias de colonización resurgieron en la civilización con más fuerza que nunca. Y se volvió a hablar de unificación, y del temor a lo desconocido, al hermano que, de repente, se convierte en vecino. Así fue como empezó a gestarse lo que hoy llamamos el Imperio, la unión de todas esas ramas de la Humanidad que, hasta hace poco, estaban tan lejanas unas de otras como el homo sapiens lo estaba del erectus.

—Comprendo —susurró Sandra, con la vista perdida en la foto del lago. De fondo, tras las figuras abrazadas de su abuelo y su padre, se distinguía el viejo fósil de la nave estelar, el Navegante—. Abuelo, ¿tú conociste al Emperador?

A Silus le sorprendió un poco la ingenuidad de la pregunta. Sandra había vivido toda su vida rodeada por un espacio cultural limitado, un lugar donde todo el mundo se conocía y se respetaba. Los demás asentamientos humanos de Esperanza, Aemonis al sur, Estefana al noroeste y Pax Meritae al norte, eran lo que ella entendía como lugares lejanos. El concepto de «ciudad» tal y como Silus lo había conocido no entraba dentro de los patrones de referencia de su nieta.

Tomándose su tiempo para organizar las ideas, le explicó lo que era una urbe, el concepto de «masa», y las teorías sobre conciencias globales y conducta gestáltica tan de boga en el pensamiento de su época. Sandra no lo entendió.

—Debe ser horrible —fue su apreciación—. ¿Entonces, nadie se conoce entre sí?

¿Cómo es posible, viviendo tan juntos y apretados?

—Bueno, sí que se conocen. Yo conocí a tu abuela. Y tu madre a tu padre. Esas cosas también suceden allí. E incluso tienes la oportunidad de estar con gente importante de veras, si estás en el lugar adecuado. Al Emperador en sí mismo no lo conocí, lógicamente, pero una vez, justo antes del comienzo del viaje, pude estar con uno de sus integrantes. La Arconte Beatriz De León —recordó—, tercera candidata a la Convocación por la Familia Romanov e hija adoptiva de la Logia Bizantyna.

No fue tanto la retahíla de cargos y honores como el tono solemne del viejo lo que embargó a Sandra. Asombrada por haber logrado sacar a la luz una parte del pasado de su abuelo que nadie (ni siquiera su difunta esposa) había logrado ver antes, le animó a proseguir:

—¿Conociste a la Arconte imperial? ¿Cómo?

—Oh, fue durante una fiesta celebrada en palacio antes de la partida. En realidad no hablé con ella. Sólo tuve la oportunidad de estrecharle la mano cuando desfilábamos ante el Ejecutivo en la ronda de bienvenida.

—¿Cómo era? —preguntó Sandra, intrigada.

—Pues... joven. Tenía la misma edad que tú ahora. Pero me transmitió una sensación muy fuerte. Una imagen de... realeza. No sé si me entiendes.

Silus se recostó en la cama. Estaba más tranquilo: Sandra parecía haber olvidado su pregunta original. Ahora jugueteaba con un hilo que sobresalía del costado de su pijama con expresión introspectiva.

—Ya debe haber muerto... —aventuró ella.

—No te creas. Esa gente acumula décadas de deuda temporal en sus viajes por el espacio relativista. Es tan probable que sea un fósil cuaternario como que siga tan fresca como una linda flor. Una como tú. —Sandra sonrió mientras su abuelo la besaba en la frente—. Bien, es hora de que los viejos nos vayamos a la cama. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió la joven, devolviéndole el beso. Silus escondió las vasijas bajo una lona para que mamah no las encontrara hasta la mañana siguiente.

Sandra le observó marcharse, con algo de admiración hacia los secretos que guardaba aquel hombre en su interior.

—¿Vas a ir mañana al cementerio? —preguntó el viejo consultando un calendario que colgaba de la pared, con fotos de la Tierra pero adaptado a los periodos anuales de Esperanza. Al día siguiente se cumplía el aniversario de la resistencia a la incursión terrestre en la que murieron los padres de Sandra.

—Claro que sí. ¿Quieres que les diga algo de tu parte?

—Uhm... no. No, yo mismo les haré una visita alguna tarde. Por cierto... —se detuvo—. Ventrell me estuvo comentando algo sobre...

—¿Sobre qué? —inquirió su nieta, adoptando una expresión absolutamente

inocente y encantadora.

—De... eh... —titubeó Silus. La contempló allí sentada, mirándole, y por primera vez se fijó en las incipientes curvas que se insinuaban bajo las telas holgadas de su pijama de lana. Notó lo firmes y generosos que comenzaban a ser sus pechos de adolescente, y el intenso azul de su mirada. No era la mirada de una niña.

—Nada —suspiró—. Hasta mañana, cariño.

—Hasta mañana —respondió Sandra—. Pero la próxima vez me explicarás lo de los soldados —le advirtió, antes de que pudiera escaparse. Sonriendo, su abuelo desapareció de su vista y fue a discutir un rato con la matrona.

Sandra durmió intranquila aquella noche, preguntándose hasta qué punto la deoEmperatriz, la Arconte que dominaba los destinos de todas aquellas personas-unidades cuyo número costaba imaginar, no era sino una prisionera de su propia cabaña de cristal.

* * *

El teniente coronel Lucien Armagast estaba de pie ante uno de los grandes ventanales de cristales tintados que iluminaban el salón Vincenzo de Palacio. Sobre él se proyectaba la imagen invertida del Arcángel Gabriel, una figura justiciera que gritaba al cielo segmentada en cientos de polígonos coloreados.

Contemplaba absorto el magnífico paisaje que se podía disfrutar desde el altozano. Los jardines de Pravia, una de las obras maestras de bioarquitectura del mundo, desplegaban su magnificencia al sol de la mañana. No era un paisaje fácil de entender. El geningeniero que lo diseñó había programado un complejo laberinto matemático de líneas quebradas, elipsis y semicírculos en los genes de las plantas trepadoras para que al crecer, la simple mano del azar y la extrapolación numérica construyeran una obra de arte de difícil clasificación. Siguiendo el ejemplo de un forzado conjunto Brandel, el laberinto se había desarrollado a partir de un núcleo esférico para propagarse fractalmente en cuatro direcciones. Los podadores reales habían sufrido para delimitar sin brusquedades las fronteras de aquel inmenso jardín agresivamente matemático.

Lucien elevó la vista y contempló las lejanas bóvedas de cañón del techo, reforzadas con arcos fajonados que transmitían elegantemente toda la presión estructural a los contrafuertes exteriores. La mezcolanza de estilos partía de las formas clásicas del periodo preindustrial terrestre, pero alcanzaba su cénit en la magnífica combinación que se hacía de él y los movimientos propios de su época, como aquel espléndido (y carísimo) espejo de superficie líquida que cubría un espacio muerto en la pared sur. Por su superficie cristalina corrían ondas no concéntricas que dibujaban nereidas y ninfas acuáticas. Al acercarse, observó cómo

se apartaban gentilmente de la zona sobre la que se reflejaba su imagen. El soldado se examinó cuidadosamente: el uniforme azabache de la Orden de Caballería Templaria y sus insignias de mando lucían un perfecto lustrado. Ni una sola arruga estropeaba el impoluto planchado de las hombreras y el pantalón.

Lucien era alto y bastante atractivo. Se había separado de su esposa en cuanto su hijo ingresó en la Academia Militar a favor de la Marina. Como él solía decir, una esposa que le exigiera tal cantidad de deberes y atenciones dejaba excluida cualquier otra de manera permanente. Eso no significaba que no tuviera sus aventuras, pero solía dejadas atrás una vez que su fragata abandonaba una costa conquistada, y el infinito vacío espacial se abría ante sus ojos. Ya contaba con una espléndida hoja de servicios y un historial de méritos militares que, de él haberlo permitido, le habrían facilitado un rango tres veces superior. En el fondo lo ansiaba, pero le costaba mucho abandonar la silla de capitán.

Ahora se preguntaba si su requerimiento en palacio contribuiría tal vez a hacer realidad ese deseo.

Un sonido de pisadas le hizo concentrarse. Unos sirvientes surgieron de nichos ocultos tras las columnatas y se dirigieron a las entradas para atender a los recién llegados. En total silencio, un enjambre de casacas almidonadas instaló una vajilla de té sobre una de las mesas estilo Teodoro VIII que ocupaban los puntos áureos del salón, y desapareció como por arte de magia. Lucien se acercó a una de estas mesas con aire distraído, mientras observaba de reojo quiénes eran los recién llegados.

Reconoció la voz del primero antes de que apareciese. El almirante Francisco José Ramírez de Palma era un hombre enorme, de más de cien kilos de peso y un perfil bulímico poco contenido que llevaba con envidiable orgullo. Su rostro oval bordeaba con mucha carne unos ojos pequeños, demasiado afilados para no resultar inquisitivos, y una boca de labios muy finos, casi de mujer. Nada había sido esculpido en quirófano; la turbadora presencia del máximo responsable de la flota imperial era un regalo de la Naturaleza. El almirante era de los que pensaban que la integridad de un hombre podía medirse por la generosidad de sus apetitos, y era de sobra conocido en la corte por sus muchas indulgencias.

Junto a él, la delicada figura del consejero mayor de asuntos estratégicos, el Caballero Stellan Sorensen, lograba transmitir la misma presión psicológica que su contertulio con casi sesenta kilos menos de peso. Aquel hombre de rasgos ladinos era, probablemente, la persona más peligrosa en los vastos dominios del Imperio, independientemente de en qué bando estuviera. Daba miedo llegar a entender que alguien tan aparentemente frágil y amanerado pudiera representar una amenaza para cualquiera que estuviese por debajo del Emperador.

El último miembro de la comitiva era una mujer. Intrigado, Lucien descubrió a la capitana de navío Elena Stevana de Whelan. Venía enfundada en su traje de servicio,

no en las habituales galas que exigía la compañía. Eso significaba que iba a salir inmediatamente a una misión. Y dada la expresión sombría e introspectiva de la capitana, dedujo que tal encargo no debía de ser muy fácil de cumplir.

—Ah, ya está aquí nuestro invitado —dijo el consejero Stellan, dibujando una parodia de sonrisa en su faz aguileña—. Confío en que no le hayamos hecho esperar demasiado.

—En absoluto —respondió Lucien, haciendo una leve inclinación de cabeza que sólo la mujer devolvió.

—Teniente coronel, le presento a la capitana De Whelan. No sé si habrá oído hablar de ella.

—Nos conocimos en una ocasión —terció Elena, dejando que Lucien le besara la mano—. Hace tiempo, cuando estaba en la Academia.

—Sí, yo impartía clases de estrategia y pensamiento paralelo en el último curso. Fue mi más brillante alumna —explicó Lucien.

Se estaba fijando en cómo se había desarrollado aquella chiquilla. En efecto, fue su alumna, y la más aventajada del grado, pero le costó una sanción gubernativa cuando le acusó de acoso sexual tras una de sus clases de apoyo.

Y con razón, pensó, recordando cómo había intentado besarla mientras le tocaba el pecho, y cómo ella le había partido en la cabeza uno de sus trofeos al mejor profesor del año. Lucien no la había visto desde entonces. Elena seguía teniendo un cuerpo pequeño, casi de niña, y un aire de colegiala que aún le seducía, pero unos vistosos galones en sus hombreras la situaban totalmente fuera de su alcance. Probablemente Elena sería la capitana más joven de la flota y una de las pocas mujeres que habían logrado detentar ese cargo. No estaba mal, pensó, para una niña procedente de familia humilde y no terrestre.

—Azúcar de Caledonia —aprobó el consejero, tomando con dedos frágiles una taza de té de la mesa—. Esta vez se han esmerado. ¿Ha probado algo tan exquisito alguna vez, coronel?

—No, señor —dijo Lucien, resistiéndose a servirse una taza. El almirante y la capitana no se habían movido—. Pero he oído hablar de sus... propiedades.

—Sí, dicen que es un estimulante de inusitada eficacia. Pero mezclado con este café resulta un combinado de excelente sabor. ¿No le agradan las pequeñas paradojas, oficial?

—Bueno, será mejor que comencemos —urgió el almirante, con su voz de oso—. Coronel, si no me equivoco, su último destino ha sido el de capitán de un lanzamisiles táctico, en la frontera de Tita Gémini.

—El Alexander, señor —aclaró Lucien, carraspeando.

—¿Un buen navío?

—¿Perdón?

—¿Ha sido un destino satisfactorio? ¿Se ha sentido contento con su tripulación?

—Sí... Una dotación excelente. La mejor con la que he tenido el placer de trabajar.

—¿Y la nave? Supongo que un crucero de esas características equipado para un posible conflicto a gran escala, debe ser capaz de soportar fuertes castigos sin pestañear, ¿me equivoco?

—No, señor. El Alexander aún no ha sido llevado al extremo de su resistencia o de sus capacidades de combate, dado que no hemos entrado en combate real, pero creo poder afirmar que si se diera tal circunstancia daría todo lo que se espera de él.

—Pero de su historial se denota que usted ha combatido en diversas ocasiones.

—En efecto. En mis anteriores destinos capitaneé fragatas pesadas, y con una, el Lionel, participé en al menos seis enfrentamientos no simulados —Lucien puso énfasis en el al menos—. El puesto en el Alexander me fue concedido como gratificación después de uno de estos combates.

—La revuelta de Mia Tetis 3 —intervino el consejero—. Oí decir que su actuación fue tan brillante como... contundente.

Lucien sopesó la expresión calculadora de Stellan, preguntándose a dónde quería llegar. Por supuesto, recordaba con viveza aquella revuelta. Los ciudadanos de Mia Tetis se habían alzado en armas para evitar pagar los impuestos tributados a la Corona. Se aliaron con una flota pirata que llevaba varios años operando en el sector, suministrándoles armas y servicios para que atacaran cualquier nave imperial que penetrase en el sistema. Fueron acusados de apología del terrorismo y apoyo unilateral a una facción armada disidente, y amenazados con un bloqueo comercial a largo plazo.

Lucien fue el encargado de poner en orden la situación. La política imperial esquivaba cualquier tipo de negociación con terroristas, pero concedía al pueblo sublevado un margen de tiempo para que la diplomacia actuara y el conflicto se desarrollara pacíficamente. Con Mia Tetis la política cambió.

La fragata cañonera de Lucien llegó al sistema el vigésimo cuarto día del tercer mes de 981, según el calendario local, el dieciséis de mayo del 6624 d.C., del n3, según el almanaque de a bordo. Los diplomáticos indígenas esperaban con los brazos abiertos y amplias sonrisas en sus rostros, sus gestos amables cargados de cientos de triquiñuelas legales y argumentos moralistas a favor de su causa. Cuarenta horas después, Puerto Blanco, la capital estado más importante del planeta, era una ruina humeante. Lucien había esperado a que toda la población evacuara la zona, y luego había disparado sus baterías de rayos Hd contra el sustrato base que reposaba bajo la urbe. Los haces de partículas reaccionaron con yacimientos de hierro y níquel, y convirtieron la tierra en un radio de doscientos kilómetros en un lago de magma hirviente.

La rebelión cesó formalmente veinte horas después.

—Muy bien —el Almirante bajó la mirada, como meditando. Evidentemente, aquel no era un gesto de indecisión sobre lo que iba a decir, sino de cómo hacerlo. Concentró su atención en la capitana De Whelan—: Como ve, contará con una tripulación adiestrada, capitana. Confío en que el talento compense su falta de experiencia en lo subsiguiente.

—Gracias, señor.

El coronel vaciló. Su mirada se cruzó un instante con la de Elena. Evidentemente, se esperaba que él dijera algo.

—¿Disculpe? —fue lo que se le ocurrió—. No... no entiendo.

—Coronel Lucien, usted es uno de los mejores soldados con los que cuenta actualmente la Armada —comenzó Ramírez, mesándose sus escasos cabellos—. Y la capitana Elena nuestra joven promesa con más talento. Ambos se habían estado ganando desde hace tiempo un ascenso. Un cambio... con vistas al beneficio de todos.

El teniente coronel tembló. Le estaban quitando el Alexander para dárselo a aquella chiquilla. ¿Qué clase de locura anidaba en las dependencias palaciegas?

El consejero empujó sutilmente al grupo para que ocuparan un lugar específico en la esquina norte del salón. Una zona de sombra, pensó Lucien. Pero, ¿por qué aquí, en Palacio? ¿Qué hay que temer de estas paredes silenciosas?

—Va a ser relevado del mando de su nave —expuso el almirante, modulando la voz a mnemoglos. El Id del coronel captó una onda de estática mnemática que invadía la zona, haciendo que la conexión local con la metared desapareciera. El almirante continuó—: Su puesto al frente del Alexander será ocupado por la capitana. Su nuevo destino, con efecto inmediato, es la Oficina de Administración.

La Oficina. El servicio secreto. Lucien tragó saliva.

—Esto es todo para usted, capitana. Preséntese al general Von Brawn cuando ocupe su cargo. Buena suerte y buen viaje —dijo Ramírez, sin siquiera mirar a la aludida. Elena hizo una reverencia formal y se marchó en silencio, con más prisa por salir de allí que por empezar a cumplir con su encargo... fuera cual fuera éste.

—Oficial, no se alarme —terció Stellan, tocando el hombro de Lucien con una mano huesuda como una garra, en un raro gesto coloquial—. Le aseguro que su elección no ha sido nada precipitada. Usted era el único candidato posible, a decir verdad. Su experiencia en el mando y su capacidad para tomar decisiones rápidas e importantes son virtudes que por desgracia, pocos hombres poseen. Estén dentro o fuera de la Armada.

—¿Misión?

—Armagast, creo que estará al corriente de la delicada situación que actualmente se vive en la cámara de Gobierno —el almirante cruzó las manos a la espalda—. El

Emperador se muere.

Lucien asintió. La delicada salud de al menos dos de los cuatro Arcontes que integraban el Emperador era tema de dominio público. Desde hacía meses, las proyecciones de naves estelares a grandes distancias se habían ido reduciendo a lo indispensable, signo inequívoco de lo extrema que era la situación. Lucien recordó que la edad de los Arcontes Vladimir Urievitch, de los Borgia, y Hans Gruendal, de los Tybani, debía rondar ya los ciento treinta y seis años, una edad avanzada incluso con los tratamientos de rejuvenecimiento más sofisticados. La más joven del grupo, la ex hermana bizantina Beatriz de León, rondaba ya las cuatro décadas subjetivas, y había realizado la Convolución que la había convertido en Arconte a los doce años.

—Eso significa que ha llegado para nosotros la penosa hora de empezar a buscar su sustituto —continuó Ramírez, clavándole el furioso negro de sus ojos—. Los protocolos Drisden ya han concluido, y nuestro santo Patriarca ha dado a conocer los nombres de quienes serán los nuevos portadores de su sabiduría.

Lucien respiró hondo. Su corazón latía desbocado. Sabía lo que vendría a continuación, y era un honor que no le llenaba de jolgorio.

—Usted será quien encuentre a los nuevos Arcontes imperiales. La ceremonia de la Convolución ha de realizarse mientras el actual Emperador aún sigue vivo... e íntegro.

Ese último detalle era importante. El ente psíquico autoconsciente que nacía de la unión de las mentes de los cuatro Arcontes, el que sesenta mil millones de súbditos llamaban con fervor su Emperador, no podía estar completo si alguno de sus integrantes moría o era sustituido. La Convolución, el proceso por el cual los nuevos candidatos fundían sus psiques para dar cuerpo en el Metacampo al nuevo ente gestáltico, debía realizarse cuando el anterior monarca aún existía, o se corría el peligro de que la reencarnación psíquica fuera imposible.

—Esta vez no se realizará una búsqueda a gran escala ni alertaremos a la Flota, salvo en el caso del segundo nombre, cuya localización es responsabilidad de los servicios secretos. Es imprescindible que la localización del primero se lleve a cabo con la máxima discreción y confidencialidad. Una nave, un grupo de hombres y un solo capitán. Irán a por el primer sujeto, y lo traerán a palacio sin demora.

—¿Una sola nave?

—No deberá cruzar el Metacampo, coronel. Sus pasillos tienen ojos y oídos aguzados —terció Stellan—. Incluso los muros de palacio son inseguros. Corren malos tiempos para los intereses de la Corte.

El Id de Lucien se agitó como una culebra en algún punto al fondo de su consciencia, pero hasta que no salieran de la zona de sombra no podía comunicarse con su portador, así que decidió esperar.

—¿Por dónde debo empezar? —preguntó Lucien, intentando concentrarse.

—El primer sujeto es una joven, una muchacha de los mundos exteriores. Sólo conocemos su nombre de pila: Alejandra, de un planeta cercano a la Marca Exterior cuyas coordenadas le serán facilitadas. No sabemos nada más sobre ella. Deberá encontrarla y traerla en primer lugar, antes de proseguir la misión.

—¿No sería mejor que completara la búsqueda antes de...?

—Se hará como está dispuesto —atajó Ramírez, con cierta brusquedad—. Partirá inmediatamente. Un esquite de enlace le aguarda; una vez en camino recibirá el resto de las instrucciones.

—Claro, señor —se disculpó Lucien, maldiciendo interiormente.

—Hay algunas personas que conspiran contra los intereses del Emperador, y que estarían dispuestas a todo porque los candidatos no fueran encontrados. Confiamos en su buen hacer para que tal cosa no suceda.

—Entiendo.

Los intereses. No el Emperador mismo. Ya veo.

—Hemos preparado para usted un incursor clase Evangelista con sistema de salto autónomo Riemann. Su nueva tripulación y demás detalles le esperan a bordo.

—Buena suerte, coronel Lucien —concluyó Stellan, con una sonrisa—. Estamos en sus manos. Vaya y sea nuestro veloz mensajero.

—Sí, señor —dijo Lucien, controlando un disparo de adrenalina ante el anuncio de su nuevo cargo—. Inmediatamente.

El coronel hizo una genuflexión, esta vez correspondida, y se alejó con paso veloz pero marcial hacia una de las puertas del salón. Al pasar por delante del espejo de las nereidas, Lucien se permitió desviar la vista para contemplar al nuevo mensajero imperial. La imagen que le devolvió aquel estanque estaba cargada de gloria.

Stellan sacó un pañuelo de un bolsillo del pantalón y se limpió la nariz mientras Lucien abandonaba la sala. Un grupo de silenciosos sirvientes salió tras él, retirando los inutilizados cubiertos de té. Para el consejero, la distancia a la que ambas clases sociales se encontraban de él era literalmente la misma. Salió de la zona de sombra, seguido de Ramírez, quien había adoptado un gesto facial característico, un fruncimiento de la mandíbula torciendo hacia dentro los labios.

—¿Crees que lo logrará? —preguntó Stellan, buscando con la vista los ojos de su contertulio. No los encontró.

—No es él quien me preocupa, sino nuestra capitana.

—¿Temes que no esté a la altura?

—No es eso —dijo el almirante, aliviando un picor en su cabeza—. Es lo que ocurrirá si llega a cumplir su misión.

—¿Y entonces?

—Entonces improvisaremos.

Ramírez miró a través del ventanal y observó, como minutos antes hiciera Lucien,

los recovecos fractales de los jardines de Pravia. Stellan, comprendiendo que ya no había más que decir, se retiró sin saludar. Mientras se iba, un pensamiento intranquilo pasó por su cabeza. A un hombre como él no le preocupaban detalles tales como el futuro de todo un pueblo, o la consecución de una misión de importancia vital para la estabilidad del Sistema.

Lo que pasó por su cabeza fue una duda mucho más mundana: por qué De Palma se había colocado tan sutilmente al borde de la zona de sombra en cuanto volvieron a quedarse solos.

* * *

—No ha ido tan mal —susurró una voz femenina directamente al área de Wernicke del encéfalo del almirante. Ramírez asintió, y esperó a que la burbuja de transparencia psíquica se abriera en el interior de la zona de sombra. Ésta se convirtió en un hemicyclo hueco cuyo meridiano estaba situado justo en la pared, una isla de privacidad para él y su contertulio.

—Sospecha algo. Es peligroso.

—Tal vez, pero no se arriesgará a ser el primero en mover. Los años de servicio y su talante precavido juegan en su contra —dijo la voz de mujer. Pese a la finura de sus tonos, era indudablemente la de alguien de cierta edad, alguien que supiera controlar tan bien la facultad telepática que incluso tuviera matices subjetivos y motivos de apoyo deliberadamente perfectos. Ramírez conocía muy bien aquella voz, y a su dueña, la Madre Elizabetha Moriani, regidora en jefe de la Logia Bizanty.

—No me fío de él.

—Stellan es un hombre muy peligroso, pero aún lo es más aquel que ha de venir —susurró Moriani, mientras el campo se expandía y contraía como un organismo vivo, respirando con las impresiones mnémicas de sus ocupantes—. Debemos temerlo todo de quien no sabemos nada.

Había un doble significado en las palabras de la Madre que no pasó desapercibido. La incertidumbre era el peor enemigo de un plan bien construido. Ramírez conocía la existencia de la operación Antártida desde el comienzo de su gestación, casi una década atrás, pero no se podía ejercer control alguno sobre una variable desconocida.

Los nuevos Arcontes.

Iban a ofrecer la divinidad y el futuro de toda su civilización a una quimera, a alguien que había sido designado por un simple sueño. Aunque el soñador fuera el mismo Emperador.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó.

—Nada —contestó la voz—. Esperar. Te avisaremos cuando hayamos puesto en

marcha el plan. Creemos que la Arconte Beatriz nos ayudará. Ten confianza, amigo mío: el destino favorece a los cautos.

La presencia de la Madre Superiora se deslizó hacia la nada con un rumor de velos de seda. La burbuja de transmisión psíquica desapareció con ella, y la zona de sombra se apoderó de nuevo del lugar. El almirante permaneció unos instantes contemplando el exterior. Muy abajo, a veinte pisos de distancia, vio la silueta del coronel Lucien acercarse a la plataforma donde reposaba el esqui de enlace, y subir a él con paso solemne. La pequeña nave se tomó unos momentos para chequear el combustible y los motores, y desplegó sus iridiscentes alas de mariposa al sol estival. Como un majestuoso insecto de metal, se elevó hasta fundirse con las nubes. Ramírez elevó una plegaria para que acompañara a aquel soldado que partía a los cielos.

Que Dios nos ayude si estamos equivocados, pensó, y salió de la zona de sombra.

Capítulo 2

Cuando la nave enlace del coronel Armagast despegó, Evan Kingdrom esperaba con ansiedad la llegada de una explicación. Ya se había cansado de recorrer por enésima vez la pequeña sala de espera en donde aguardaba desde hacía horas, y se había obligado a sentarse en uno de los cómodos sillones que la flanqueaban.

Hacía muchos años que no había estado en Palacio. Desde que había sido teniente de la Guardia Legionaria, el cuerpo de voluntarios más duro del Ejército de tierra; cuando la vida aún tenía el sabor de los buenos tiempos, antes de la muerte de Laura.

Recorrió la estancia con la mirada. Para un observador no acostumbrado, la fastuosidad decorativa sería suficiente para impedir que uno se fijara en los pequeños detalles, en las grietas de humedad que había en la pintura de las esquinas, en el desgaste de los muebles de caoba.

La puerta de la sala se abrió con un chasquido. El soldado se puso inmediatamente en pie, como si al final le hubiera llegado el turno de protestar y vérselas con alguien. Un sirviente cruzó la sala, ignorándole, y desapareció por la puerta contigua. Cuando Evan se acercó al hombre para preguntar, éste cerró la puerta sin brusquedad, pero sin siquiera mirarle. El soldado sintió crecer la furia.

Al minuto apareció de nuevo, esta vez sosteniendo el pomo de la puerta para evitar que los servos llevaran la hoja de madera de nuevo a su lugar.

—La Arconte Imperial Beatriz De León le recibirá ahora —expuso, con voz átona.

Evan casi se desmayó del susto. En silencio cruzó la puerta de madera tallada. No sabía a qué nuevo estadio de sofisticación y esplendor decorativo pasaría esta vez, pero decidió que ya nada le sorprendería.

La austeridad del nuevo recinto le pilló por sorpresa.

El despacho era un lugar amplio y despejado, con los escasos muebles distribuidos de manera que se acentuara la simplicidad. Las paredes eran de un suave azul marino aterciopelado, y el suelo estaba recubierto por una alfombra porosa que sus pies agradecieron. Una mesa, un archivador usado y varias sillas ergonómicas constituían todo el mobiliario. Una terminal holográfica y el parpadeo de un control táctil bajo el cristal pulido de la mesa eran los únicos elementos tecnológicos apreciables.

La pared opuesta era un ventanal polarizado construido en una sola pieza. La regulación espectral estaba en automático, por lo que el material se ajustaba por sí mismo a la intensidad de luz incidente. Una nube ocultó el sol mientras Evan estaba mirando, y el ventanal se aclaró un poco para que la densidad de la luz dominante en la habitación no variara.

La Arconte Imperial, pensó, con el cerebro embotado de sensaciones. Estoy en el

maldito despacho de una de las integrantes del maldito Emperador.

Había dos personas trabajando en silencio cuando él entró. Por sus ropas, dedujo que eran dos secretarias. Vestían trajes de hombre adaptados a sus formas femeninas. La mayor en edad, una mujer de unos cuarenta años elegantes, pelirroja y altiva, le miró fugazmente al entrar y luego prosiguió con su trabajo. Terminaron de sacar unos papeles del viejo archivador (una reliquia no automatizada, de apertura manual), y la más joven se los llevó a otra sala.

Evan se fijó en un cuadro que dominaba la pared norte, una imagen de la Arconte. La firma del artista era casi más impresionante que el retrato en sí: lo había realizado el tenebrista Delian Stragoss, casi dos décadas objetivas atrás, antes de suicidarse convirtiendo químicamente su sangre en pintura para uno de sus cuadros. Por la fecha de la placa adjunta, la obra pertenecía al periodo inmediatamente anterior a la muerte del artista. Evan nunca había sido un entendido en pintura, pero logró sintonizar con la enorme fuerza de aquella imagen congelada. Presentaba a simple vista un esquema clásico, engañosamente superficial. La Arconte lucía sin estentoreidad una belleza serena y mayestática. En el momento del retrato contaría con unos treinta años estándar. Una abundante melena negra caía sobre su espalda abriéndose en un abanico de reflejos azabaches. Curiosamente, el retrato la recogía de espaldas, parcialmente virada hacia el observador para que su hermoso perfil griego quedase remarcado en la única zona iluminada del lienzo.

—Hermoso, ¿no es cierto?

Con un respingo, Evan se giró hacia su interlocutora. Era la mujer encorbatada, que abandonó su puesto tras la mesa para admirar el fresco. Olía a perfume agotado tras una dura jornada de trabajo.

—Sí —convino Evan—. Me gusta la corriente tenebrista. Este es de Stragoss, ¿no?

—Ajá —asintió ella, apartando una pelusa que había caído en el marco. Había un algo tremendamente familiar en su pose que Evan no lograba identificar—. ¿Le gusta la pintura?

—Bueno, a veces veo alguna exposición o busco referencias en la Red... Poco más. Pero reconozco el autor, y el estilo al que pertenece.

—Enmarcar a este gran pintor en una corriente artística es de las pocas cosas capaces de hacer que se revuelva en su tumba, se lo aseguro.

—¿Hace mucho que lo tienen?

—Desde que lo pintó.

—Debió ser caro —derivó Evan, sintiéndose estúpido.

—Lo más importante de Delian —prosiguió ella, descartando el asunto del dinero con un ademán—, era su forma de entender la oscuridad. Él odiaba la luz. Solía decir que la única claridad que dejaba pasar al interior de sus pinturas era la imprescindible

para que éstas resultaran visibles. Pero si uno se fija... —señaló una región semioculta por la negrura, que a ojos inexpertos podía parecer totalmente homogénea—. No toda la oscuridad es igual. Existen paisajes ocultos en ella. Delian pintaba sustrayendo luz, no agregándola. Matizaba el contorno invisible, el reflejo oculto... Era un hombre muy extraño.

—Ya... Bueno. Está bastante bien para haber sido pintado de memoria.

—¿De memoria? —preguntó la secretaria, extrañada.

—Sí —explicó Evan—. Sé que no es necesario tener al modelo delante, y menos cuando se trata de una mujer tan importante como ella —apuntó con un dedo a la Arconte, como si ésta pudiera replicarle desde el interior del lienzo—. Basta una unidad de almacenaje sensorial situada en el quiasma óptico para que el artista recuerde todos los detalles con sólo un vistazo del modelo.

—Oh, no —contravino la mujer, soltando una musical carcajada—. Delian era de los de la vieja escuela, se lo aseguro. Él copió del original durante semanas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Evan, intrigado.

—Porque después tuve dolores de espalda durante casi un mes.

Si en ese momento se hubiese acabado la civilización, o un enorme desastre bíblico hubiera sacudido el planeta, Evan no habría reaccionado. Se quedó mirando a su interlocutora, sin aliento. No podía ser, aunque... el mismo mentón anguloso, las mismas sombras bajo los ojos que le daban una expresión siempre triste, los labios finos y perfilados, tan perfectos... Sólo había cambiado el color y el corte del pelo (ahora lo llevaba corto, casi como el de un hombre) y un par de años traducidos en unas canas de más. Evan volvió a mirar rápidamente a la mujer del cuadro, y de nuevo a aquella chica con traje de oficina y de gestos tan mundanos, que ahora se mesaba el pelo con una mano mientras la otra hacía una jarra en la cintura. La deoEmperatriz rió con simpatía ante su cara de perplejidad, y Evan se ruborizó hasta confundirse con la pared.

—Us... usted... —balbuceó.

—Soy una maleducada. Permítame presentarme: soy Beatriz De León. Encantada.

Ella le tendió la mano, y Evan la estrechó todavía en estado de shock. Su tacto era firme y amable, el de una mujer afable pero acostumbrada al mando. Prolongó el apretón un segundo más de lo esperado.

—Han pasado unos cuantos años —comentó, señalando al cuadro—. Pero aparte de mi hermosa melena no echo en falta nada más.

—Pues... eh... sigue usted igual de joven —tartamudeó Evan.

—Es muy amable. Pero dejemos la pintura. El tiempo apremia y quedan muchas cosas por hacer.

Evan la siguió hasta la mesa y ambos tomaron asiento. Era increíble lo cercana

que podía resultar aquella mujer sin perder nunca de vista la estructura del mando. Acomodándose, la Arconte presionó levemente una esquina de cristal de su mesa, y un teclado digital apareció taladrando el vacío sobre el barniz. La holoconsola se iluminó, mostrando el sello imperial, dos leones gemelos enfrentados, sus cuerpos unidos por una serpiente escarlata que simbolizaba el tronco común de la especie.

Tras la cristalera, las nubes se apartaron para dejar pasar el sol y el ventanal se oscureció levemente. Unas tenues sombras crecieron sobre el rostro de la Arconte. Evan se dio cuenta de la genialidad del desaparecido pintor al descubrir lo bien que le sentaba la oscuridad a aquella impresionante mujer.

—Seguramente nadie le habrá explicado nada todavía —comenzó ella—. ¿Ha hablado con el coronel Connor?

Evan asintió, recordando al hombre que le había sacado de las praderas de Dévoros.

—Me dijo que la Guardia requería mis servicios inmediatamente para un asunto de la mayor importancia, pero no mencionó de qué se trataba.

—Sí. El nuestro es un problema secular, pero no por previsible menos peligroso.

—Ah, ya estáis aquí. Espero no llegar tarde. —Todos se volvieron hacia la puerta anexa al escritorio, por donde entró el coronel Lyndon Connor, con su habitual traje negro sin insignias y su pelo y barba canos pulcramente cortados.

Evan conocía la leyenda que había trascendido a nivel popular sobre aquel hombre, aunque muy pocos lo conocían en persona. En la Academia Naval se le estudiaba en quinto año, en la asignatura de estrategia y desarrollo táctico. El coronel se había ganado a pulso un bien merecido lugar en los libros gracias a sus brillantes maniobras en guerras libradas cuando él era aún un lactante. Al ver de nuevo al joven, Connor le saludó dándole la mano, no sin antes hacer una leve genuflexión ante su reina.

—Empezaba a introducir al ex soldado Kingdrom en nuestro... problema —explicó Beatriz. Connor asintió levemente.

—Señor Kingdrom, usted es civil en la actualidad, si no me equivoco —dijo el coronel, sentándose.

—Sí, señor.

—Y por lo tanto habrá pasado un tiempo alejado de los asuntos internos del Ejército.

—Así es... pero he intentado ponerme un poco al día en el viaje. No me he sorprendido en exceso.

—Es cierto, pocas cosas se resisten tanto al cambio como la vida cortesana —sonrió Connor—. Para eso tenemos las trivialidades diarias. ¿Fuma usted?

—Eh... No, gracias —se disculpó Evan, mientras su contertulio extraía un cigarrillo gris de un bolsillo de su pantalón y lo encendía. El olor a madera quemada

de la nicotina se extendió como un fantasma siguiendo el oblicuo perfil del humo.

—He olvidado traer su pequeña computadora —se disculpó Connor, palpando el bolsillo donde guardaba el tabaco—. Lo lamento. Quería devolvérsela yo mismo, pero me he entretenido con otros detalles. ¿Sabe?, hay algo que me intriga sobre ese singular aparato. Al analizarlo encontramos varios programas ilegales muy difíciles de conseguir. ¿Son los que le ayudaron a entrar en Dévoros?

Evan asintió. Era consciente de la presencia callada de la deoEmperatriz.

—Esa tecnología es increíble —meditó el coronel—. Me pregunto si algún día llegaremos a estar realmente a salvo de nuestras virtudes creativas. ¿Le interesa la informática, Evan?

—En realidad no —contestó el soldado, recordando el altísimo precio que había tenido que pagar para obtener aquellas insustanciales ganzúas digitales—. Bueno, sólo en la medida en que puede ayudarme a conseguir ciertos propósitos.

—Estuvo casado, ¿no es cierto? Con una mujer de lo llamada Laura Santángel. Ella murió, al parecer asesinada...

—Ese... es un tema que me es incómodo tratar.

—... Al parecer asesinada por su huésped Id, el único caso que se conoce de homicidio virtual perpetrado por una de estas criaturas. —Connor exhaló una vaharada—. Según mis informes, eso ocurrió hace casi tres años, y desde entonces usted ha dedicado su vida a encontrar a ese ente, ese... «Ka». De hecho, creo que yo mismo le interrumpí en tan delicada operación.

El soldado se ruborizó.

—Usted violó una frontera de máxima prioridad al ir a Dévoros —expuso Connor—. ¿Por qué?

—Mi objetivo decidió que tal lugar sería un buen escondite para eludir el rastreo —explicó Evan, decidiendo que era inútil negar lo evidente—. Tuve que afrontar muchas dificultades para poder seguirle, penetrando en territorio de máxima seguridad aún a riesgo de que me encontraran.

—Esa proeza no debió resultarle demasiado difícil. No para alguien con un currículum tan impresionante como el suyo. —Connor ojeó sus papeles—. Academia Legionaria, promoción secreta con honores y destino inmediato a una unidad de incursión directa; medalla al valor y la lealtad, periodo de entrenamiento de cuatro años en Mundo Stygma... Planeta santuario de los Guerreros Espíritu, ¿no? Un cuerpo de élite expertos en la combinación de tácticas marciales y disciplinas mnémicas. Tengo entendido que los seguidores de su dogma poseen un código de honor parecido al de los antiguos samuráis, con máximas y epigramas inquebrantables.

—La consagración es un instrumento de poder —recitó Evan.

—Y ese código también exige la autoinmolación por semejante acto, en el

hipotético caso en que llegara a producirse. Jamás un Guerrero Espiritu traicionó el sagrado juramento.

—Jamás.

—Si es así, ¿cómo pudo suceder que abandonara la Orden, señor Kingdrom? — Los ojos del coronel se afilaron—. ¿Cómo dejó atrás a los suyos, a sus deberes y normativas, con tanta facilidad? ¿Cómo pudo abandonar el camino para lanzarse a la condena y la repulsión por parte de aquello y aquellos a los que había amado y entregado su vida? —Una vaharada—. ¿O nos estamos equivocando al estimar su grado de compromiso con lo que en el fondo considera su deber más prioritario?

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Evan, nervioso.

—Usted es un derivante, señor Kingdrom. Un humano con poderes psíquicos naturales, producto de una adaptación evolutiva de la especie a su nueva condición de pensamiento bipolar. No necesita de un Id, a diferencia de la inmensa mayoría de la gente, para conectar con el Metacampo.

—Mucha gente lo es —se defendió Evan—. Que yo sepa, las Logias están formadas exclusivamente por derivantes, ¿no?

—Calma, Evan —terció la Arconte—. No se le está juzgando.

—Precisamente es su condición de... llamémoslo así, «autónomo», lo que nos interesa —Connor sostuvo la ceniza de su cigarrillo sobre el cenicero, sin desprenderla—. Su capacidad para disfrutar de la relación simbiótica con el plano psíquico sin dar nada a cambio, convirtiendo esa relación en parasitaria. A lo largo de estos tres años, ha desarrollado un sistema de rastreo mnémico altamente especializado que ha empleado en perseguir al asesino de su esposa. Ahora nos puede ser útil a todos.

—Evan, le necesitamos para que cumpla con un encargo. Probablemente el más importante que haya desempeñado nunca.

—No entiendo.

—Lo hará —dijo enigmáticamente Beatriz, poniéndose en pie. Caminó hasta una de las puertas, abriéndola. El amplio dintel enmarcó a la Madre Moriani, que entró sola. Intercambió unas palabras en susurros con la Arconte, y examinó a los presentes, sobre todo a Evan. Luego ocupó irreverentemente el sillón que hace unos instantes fuera de la Arconte, y extrajo un diminuto frasco de cristal de bohemia del pliegue de una de sus mangas. Evan contempló el pequeño recipiente como quien mira a una cobra enfurecida. Tenía forma de huso ensanchado, una lágrima poliédrica de siete esquinas.

Al depositarlo sobre la mesa, el frasquito quedó en reposo sobre su vértice inferior, sin caer ni oscilar, como si ese fuera su estado de equilibrio universal.

—Evan Kingdrom —comenzó la Madre, con voz de contralto—. Esto es el gak. ¿Sabes lo que es?

Negó con la cabeza, mintiendo.

—El gak es una sustancia fermentada a partir del ácido nucleico de las células mutantes de los imps, unos animales que habitan el planeta Dévoros. ¿Qué sabe usted de los imps, señor Kingdrom?

—Que son la única raza de seres vivos no naturales, que no fueron creados por el ser humano.

—¿Sabe usted quiénes los crearon?

—No... Puede que alguna de las otras ramas de la Humanidad que emigraron en la Gran Dispersión, o...

—No se sabe quién lo hizo —acotó Moriani—. No fueron los hombres de la Tierra, ni ninguna de las cuatro ramificaciones conocidas de la especie que habitan el Brazo Espiral. El secreto de su génesis está tan enterrado en el pasado del planeta que hasta ahora no hemos descubierto ni un indicio. El propio Dévoros no poseyó un hábitat natural primigenio en sus comienzos.

Evan asintió, perplejo. Eso no lo sabía.

—Por supuesto que no lo sabía —dijo Moriani—. Nadie lo sabe. El genoma de esas criaturas, los imps, se ve constantemente alterado por el influjo de unas enzimas llamadas genopronas, que hacen que las células muten espontáneamente a cada división mitótica, alcanzando nuevos niveles de complejidad en su ARN. Es el mayor acelerador evolutivo que se conoce.

Evan contempló el frasquito. El líquido que había en su interior parecía fluir en mareas sutiles y prefijadas.

—El gak es la sustancia más prohibida del Universo conocido, señor Kingdrom. Todos sus ingredientes derivan de la fermentación de la genoprona. Es el elixir que permite a los elegidos por el Emperador realizar la Convolución. —Hizo una pausa de rabiosa eficacia—. Usted deberá tomarla.

Evan se puso en pie. Todos esperaron su reacción con calma.

No sabía qué decir, ni qué hacer. No sabía si salir corriendo o gritar pidiendo auxilio. Pero, ¿quién iba a socorrerle allí? ¿Cómo oponerse a los deseos de personas como aquéllas? Aterrorizado, miró el frasco esperando una explicación.

—Tómelo. Ahora —ordenó Moriani, y Evan se descubrió a sí mismo obedeciendo.

Los tres le miraron. Evan recogió el frasco de encima de la mesa. Lo colocó sobre la palma extendida, y vio cómo adoptaba la verticalidad de manera automática.

—El elixir es un potente alucinógeno, señor Kingdrom —expuso Moriani, con calma—. Le hará ver cosas, algunas reales y otras no. Usted deberá decidir cuáles creer.

Evan destapó la pócima. El líquido carecía totalmente de olor. Temblando un poco, vertió el contenido en su lengua, esperando inconscientemente sentir un sabor

amargo. No paladeó nada. Sólo una débil sensación de frío le confirmó que el líquido había bajado por su garganta.

Tras unos segundos, nada sucedió. La ausencia total de sabor se hacía extensible a los líquidos bucales básicos, como la saliva. Parecía como si su sentido del gusto hubiera desaparecido.

Este es el verdadero sabor de la sustancia, pensó.

—¿Qué me pasará ahora?

—Confíe en sus instintos, Evan —dijo la Madre.

—No veo a qué se...

Calló de inmediato. Sí que había sucedido algo. La Arconte había desaparecido. El lugar que ocupara hacía tan sólo unos instantes tras la Madre Bizantyna estaba vacío. También el color de la luz dominante había variado. El sol todavía estaba alto en el cielo, pero la tonalidad era de media tarde, haciendo los azules más intensos y los blancos más verdosos. No, no era eso. Es que su pupila había corregido algunos errores de adaptación al espectro.

Comenzó a saborear la impresionante vivacidad con que captaba el entorno. Colores firmes, sonidos densos, impresiones texturadas invadiendo sus sentidos. De repente, la persona que ocupaba la silla era la Arconte Beatriz. La Madre Regidora se había volatilizado. No era un cambio apreciable. Un instante estaba allí, y al otro no, pero el cerebro no recordaba haber notado el cambio.

Es el gak. ¿Qué me está haciendo?

—¿Qué sabe usted sobre el poder, Evan?

—No la entiendo —susurró con voz pastosa, como quien habla en sueños.

—El poder. La potestad de imponer tu voluntad sobre la de cualquier ser viviente con o sin la ayuda de otro —dijo Beatriz—. Es una cosa extraña, irreal. Sin sentido, cuando se piensa directamente en ella.

Las paredes de la sala empezaron a cambiar sutilmente de perspectiva, como alargándose sin variar la longitud de sus aristas. Pese a todo, Evan no tenía los sentidos embotados. Al contrario, le daba la sensación de estar más despierto de lo que había estado nunca.

—El poder es un engaño a gran escala —continuó la Arconte—. Nos lo otorgan los demás para que podamos hacer cosas en contra de su voluntad, sabiendo que aún así nos respaldarán. No existe en la orden que se da, sino en la persona que la cumple. —Señaló la insignia de los leones proyectada por la holoconsola—. Dígame, ¿qué ve usted aquí?

—El escudo —susurró el cazador, notando cómo las voces jugaban con ecos en el interior de sus oídos—. Símbolo de la voluntad suprema. El poder del Emperador...

—No es nada. —La Arconte se levantó y señaló el paisaje que había detrás del ventanal. Una legión de sirvientes, soldados, jardineros, restauradores, obreros,

embajadores, estudiantes y curiosos eran englobados en el inmenso espacio que delimitaba el marco.

«Ellos son el poder, Evan —explicó—. El símbolo en sí no es nada, sólo su reflejo en una pupila asustada le otorga consistencia. Nosotros somos el epítome resumido de su miedo, la encarnación de su respeto. El poder no se mide en dinero, ni en balas, ni en naves o terreno conquistado. Son personas, señor Kingdrom. El poder es una unidad demográfica.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Qué es lo que quieren que haga?

—No, Evan. La pregunta exacta es, ¿qué es lo que usted quiere a cambio?

Beatriz se giró, solemnemente.

—Deberá poner su vida en juego para llevar a cabo la tarea que le vamos a encomendar. No es un simple trabajo que requiera atención absoluta. Es algo más. A partir de ahora vivirá sólo para concluirlo, para traernos a nuestros sustitutos, antes de que el resto del Imperio los encuentre.

«Ya ha sido designado un cazador oficial para que localice a los nuevos Arcontes. El mejor que han podido encontrar en el vasto terreno de los dominios humanos. Usted deberá ser más rápido que él. Trabajará sólo para las personas que hay en esta habitación y para nadie más. A partir de ahora, vivirá única y exclusivamente para cumplir este encargo. Tarde lo que tarde, haga lo que haga, este es el nuevo sentido de su existencia. A cambio, podrá pedir lo que sea.

Lo que sea.

—¿Qué quiere usted, Evan? ¿Qué es lo que más anhela en esta vida?

Un nombre vino a su mente. Un nombre perdido, grabado a fuego en su alma.

—Ni... ni siquiera el poder del Imperio podría darme eso... Es algo que ya no pertenece a esta vida.

Lo que...

Laura.

* * *

La capitana Elena De Whelan abandonó por última vez la Tierra en un velero de cristal.

Apoyada contra el respaldo de su diván de aceleración, una vez la pequeña nave enlace hubo escapado de la gravedad terrestre, se distrajo contemplando la azulada curva de un horizonte que difuminaba sus contornos a medida que la distancia iba restando definición a los detalles.

Los Urales aparecían claros aquel día. La línea carmesí del amanecer los había sobrepasado hacía muy poco, partiendo en mil destellos sus cortantes laderas. Un frente nuboso de mediana magnitud avanzaba por el costado nororiental de Asia

hacia el sur, hacia la frontera con Mongolia. Vaharadas de color estratificadas en tonos pastel se deslizaban por el perfil achatado del polo, como mareas de fuego ardiendo en las nubes. Eran auroras boreales, más extensas y brillantes que de costumbre. Su hipnótico resbalar por la superficie del mundo la hizo cerrar los ojos por un instante.

Elena pensó en los mongoles y en sus caballos. Desde esa altura, sus praderas sin límite eran pedazos de mármol fracturado relleno de vetas carmesíes en forma de ríos y montañas. Parecía mentira, pero incluso desde allí daban la sensación de espacios amplios y deshabitados.

Pese a que adoraba aquellos momentos (a ellos había dedicado su vida), no había podido evitar que esta partida le dejara un regusto amargo. La misión que le había sido encomendada era muy importante, todo un honor para alguien sin demasiada experiencia, pero también duraría mucho, años o décadas de deuda temporal acumulada, y había algunas cosas, algunas personas, que no podrían esperar tanto tiempo. Al abrigo de la sublime visión de su mundo adoptivo, pensó por última vez en su novio, Per, y la última noche que habían pasado juntos. Aquella relación ejemplificaba a la perfección lo que había sido su vida en los últimos siete años. Curiosamente, de todo lo que se dijeron, de todos los grandes momentos y todas las promesas, lo que Elena recordaba con más viveza era un detalle aparentemente menor. Había sucedido hacía apenas seis horas. Acababan de terminar de hacer el amor y estaban sentados desnudos sobre la cama del pequeño piso que él tenía en la capital, París. Ella estaba frente a él, cortándole el pelo. Per nunca había sido un hombre muy guapo. Ni siquiera parecía escandinavo. Su poblada melena negra y el abundante vello oscuro que cubría su pecho le daban un aspecto más sureño, más animal. Elena le había conocido en un concierto, un año antes de esa última celebración. Él tocaba la batería electrónica, ella observaba desde la quinta fila. Lo que pasó a continuación era inevitable, ya que Per tenía una vida y unas ideas totalmente opuestas a las que siempre había llevado Elena: locura y temperamento impulsivo frente a moderada prudencia y planificación del futuro. Y había funcionado muy bien.

Pero tras aquella última noche juntos, ella le había dicho:

—No me esperes.

Y él había contestado:

—No lo haré.

Y no hicieron falta más palabras.

—Seis minutos para el anclaje, señora —anunció el piloto. La capitana se despejó y centró la vista en su destino. El Alexander estaba anclado en el cono de sombra de la Tierra; todo lo que podía verse de él era un enorme panel de ventanas iluminadas de distintos colores, con predominio de azules y blancos. Era como una metrópoli

construida en medio de la nada.

—Aquí lanzadera orbital T-023 en maniobra de aproximación. Denme el vector —pidió el piloto. Una voz femenina contestó en la banda de noventa megahercios:

—Lanzadera T-023, le tengo en mi pantalla. Transmito los datos para la aproximación final. Adelante.

Mientras la pantalla digital CSG del piloto se llenaba de datos y ángulos, una extensa región de espacio totalmente negro ocultó las estrellas. No era el Alexander, aunque también aumentaba de tamaño debido a que el arco balístico de aproximación de la lanzadera pasaba muy cerca. Elena se acercó al piloto para poder ver con claridad a través de la escotilla delantera.

La enorme masa circular de la antena Hayama-Lindenberg inspiraba respeto. Sus sesenta kilómetros de diámetro orbitaban en perpetuo silencio alrededor del Ecuador y eran visibles desde la Tierra como una segunda Luna. No había señal de actividad en su opaca superficie, pero Elena sabía que eso era una ilusión, un espejismo para ojos que no sabían operar en las frecuencias adecuadas. Aquel era el centro de la comunicación entre los mundos del Imperio. En el tiempo que ella necesitaba para tener un solo pensamiento, por aquella superficie circulaban doscientos millones de terabytes de información digital, procedentes o salientes al espacio. Elena se maravilló. El milagro de la comunicación instantánea más allá del espacio y el tiempo se había vuelto tan trivial que muy pocos eran capaces de mirar monstruos como aquel con un mínimo del respeto que merecían.

El desarrollo en el siglo anterior de la comunicación instantánea por emisiones de partículas más rápidas que la luz, llamada coloquialmente Línea Rápida, había revolucionado y potenciado fuera de cualquier medida las relaciones entre las diversas ramas de la Humanidad, sitas a años luz de distancia. La LR, un sistema de bombardeo de información codificada a través de haces pulsátiles de taquiones, hacía posible que dos personas o máquinas que estuvieran alejadas cien años luz una de la otra hablaran sin retardo temporal de la señal.

Elena nunca había entendido muy bien cómo funcionaba, pero sabía lo suficiente de electrodinámica cuántica como para captar las nociones básicas: un mensaje era enviado hacia un repetidor en un haz de partículas degenerativas. Recorría con un impulso inicial de un noventa por ciento de la velocidad de la luz y en aceleración constante la distancia que lo separaba de su objetivo, trazando una curva que lo mantenía viajando durante siglos o milenios. En el punto álgido de esa curva, las partículas degenerativas ya habían perdido suficiente masa como para rebasar con creces el umbral de c , y empezaban a caer hacia atrás en el tiempo. Si la trayectoria del disparo y el porcentaje degenerativo de los taquiones eran los adecuados, podía conseguirse que la señal hiciera coincidir la fecha de su emisión con la de su llegada. Elena sonrió. Le gustaba pensar que durante los próximos cinco o seis mil años, la

gente estaría recorriendo un espacio surcado por los fantasmas de conversaciones mantenidas mucho tiempo atrás, entre personas que llevarían siglos en la tumba.

—Ajustando velocidad de giro y trayectoria a la rotación del Alexander — comunicó el piloto. No podía ver sus ojos, pero se los imaginaba vibrando rápidamente bajo los anteojos virtuales de frente opaco, controlando todos los indicadores de velocidad y rumbo.

La proa del Alexander apareció iluminada por el sol de la mañana. La nave se estaba moviendo para colocarse en la ventana de lanzamiento, rotando suavemente sobre su eje para imprimir una débil gravedad en las zonas donde ahora era necesaria, las bahías y almacenes situados en la periferia. Otros cruceros de batalla se acercaban ya para formar el primer grupo de salida. Elena distinguió al Intrépido, al Ejecutor y al Nairana, éste último flanqueado por una nube de cazas de asalto planetario. El general Von Brawn, comandante en jefe de la misión, viajaba en aquella majestuosa estación de batalla móvil, orgullo del regimiento dorado de la Flota.

Él era ahora el máximo responsable de la operación, la más brillante y agresiva demostración de fuerza militar colonial en la breve historia del Imperio.

Alrededor de los cruceros de gran tonelaje flotaban perezosas y en perfecta sincronía otras naves menores: varias pinazas aceleradoras de transporte de tropas, con sus escudos de deflección geométrica orientados en fase espejo, cañoneras danzantes y bombarderos orbitales de simetría extensible, sus lanceros plegados en configuración de rueda. Del poniente nacarado que incendiaba el perfil del disco planetario venían transportes de masas pesadas, con su panza vibrando en un ultravínculo recursivo para que la valiosa carga de hadrones no perdiera su pureza electrónica en contacto con el espacio einsteiniano; naves-cuerda de enlace LR que arrastraban sus largas colas de nanopolímeros de conducción por varios cientos de kilómetros, como invisibles flagelos de células nerviosas de titanio; bombas vivas en explosión congelada evolucionando lentamente en el interior de vibrantes campos de estasis, y sofisticados incursos tripulados sin masa física, veloces asesinos esculpidos enteramente en campos de fuerza de chispeantes contornos, generados desde su blindado corazón mecánico.

También esperaba ya junto a la ventana de proyección un látigo de fuerza Skronn, una de las pocas naves empáticas construidas en los avanzados astilleros de Mundo Stygma, patria de los Guerreros Espíritu. Elena jamás había visto ninguna antes, y le comunicó la sensación de estar contemplando un luchador independiente y difuso, un proyectil gigantesco fotografiado un segundo antes de atravesar el corazón del enemigo.

Pero lo que más llamó la atención de la joven fue el estilizado casco de una nave anclada en la bahía dorsal del Alexander: era un crucero ligero de asalto, probablemente un incursor de la clase Evangelista. Sus formas eran

comparativamente reconocibles, pero saltaba a la vista que aquel aparato había sufrido recientes y serias modificaciones. Troneras lanzamisiles de alta velocidad, nucleares tácticos bajo el casco, nodos de baterías de haces ultradensos, pantallas anticinéticas, varias capas de blindaje reactivo y una selva de bulbos para instrumentos de análisis multispectral alteraban su aerodinámico diseño, haciéndolo marcadamente más agresivo. Aun así, los veinticinco metros de longitud del incursor poseían una de las líneas aerodinámicas más atractivas del arsenal de la Flota.

Desde el interior de las ventanas de polímero de permeabilidad variable a la luz, únicas zonas transparentes del casco, se apreciaban formas oscuras desplazándose con atareada celeridad de un lugar a otro. Grandes grúas múltipodas de gravedad cero desestibaban la carga de la nave madre, trasladándola a los depósitos del incursor. Elena se fijó en los dos motores gemelos Riemann que surgían por popa y en las alas de configuración variable para trayectos de alta velocidad en atmósfera. Era una máquina pensada para matar y correr.

La lanzadera se acercó lo suficiente como para que pudiera leerse el nombre, tallado en un costado: San Juan.

—Entrando en bahía tres. Aproximación final concluida. —La lanzadera transparente ancló justo al lado del San Juan, ante las curiosas miradas de los controladores de vuelo y el personal de pista. Elena los ignoró y abandonó el velero enlace en cuanto la presión del anillo de paso se hubo restablecido.

Los pasillos del Alexander parecían los de un antiguo buque de guerra de finales del siglo veinte. Eran estrechos, metálicos y llenos de escotillas a nivel del suelo y techo, con escalerillas que ahora cruzaban longitudinalmente las paredes, pero que serían verticales cuando se encontraran bajo aceleración.

Saludó al oficial de sentina, cuyo silbato la recibió con la nota característica de bienvenida. Era un esquelético joven caucasiano, con acento francés y un poco amanerado, de unos diecinueve años.

—Bienvenida a bordo, mi capitán —saludó el hombre—. Soy el alférez Bouchez.

—Gracias, alférez —correspondió Elena—. ¿De quién es el crucero de asalto que hay anclado en la bahía cinco?

El suboficial dudó un momento.

—Es la nave del coronel Armagast, señora. Lleva anclada ahí desde ayer, repostando combustible.

Elena le miró con expresión neutra. Coronel.

—¿Dónde está ahora el ten... el coronel?

—En la bahía, me parece, supervisando el material. Pero creo que... ¡señor!

La capitana ya no le escuchaba. Echó a andar por los pasillos con su paso rápido habitual, saltando de un pozo de gravedad a otro a medida que iba cruzando cubiertas. Conocía el trazado interior del Alexander porque había servido en otro

lanzamisiles y todos eran muy parecidos. La mayoría de los hombres que se cuadraron a su paso no sobrepasaban los veintidós años. Iba a parecer una colegiala al frente de un grupo de boy-scouts. ¿Esta era la famosa y experimentada tripulación que había merecido tantas alabanzas por parte del ex teniente coronel Lucien?

La bahía cinco estaba situada en el plano dorsal del navío, por detrás de las turbinas de corrección de maniobra. Era un muelle abierto al espacio, protegido por campos de contención de segunda magnitud que mantenían el aire y el calor a salvo del exterior. La actividad era febril. Los robots de trabajo formaban una fila cargando bártulos y microdespensas hidropónicas para la comida. Una enorme grúa de aspecto cruciforme se deslizaba por el techo, cargando una lanzadera de descenso con pintura de camuflaje para mundos con climatología convectiva, que llevaba acoplado un segundo cañón de treinta milímetros en la proa. Las cadenas que la sostenían procuraban mantener su enorme masa al límite de la región de presión de gravedad, y permanecían ligeramente inclinadas por efecto de la rotación. Más allá, otras dos lanzaderas eran colocadas en sus cunas de inclinación, que las mantendrían en posición vertical hasta que el crucero entrara en aceleración y pudieran descansar sin brusquedad sobre lo que en ese momento era la pared oeste del hangar, pintada con señales de pista.

—¡Elena! Me preguntaba cuándo llegarías.

La voz resonó desde detrás de un waldo de carga. Al apartarse, la capitana descubrió a Lucien vestido con el uniforme reglamentario, con los nuevos galones bien visibles en las hombreras. Estaba revisando la lista de material junto a un teniente del Alexander.

—Coronel —saludó ella, sin molestarse en ocultar su disgusto.

—Envíeme tres unidades más de rifles Gauss y una armadura Alfa. Que la carguen inmediatamente —ordenó Lucien, despachando al teniente. Elena esperó pacientemente a que él continuara—. Bienvenida a bordo, capitana.

—¿No debería ser yo quien dijera eso, señor?

—Bueno, me tomé la libertad de empezar a preparar el San Juan sin avisarte, es cierto, pero contaba con el permiso del Almirantazgo. Si quieres puedo hacerte llegar las órdenes.

—No hace falta —¿Hacérmelas llegar? ¿Cuándo ya te hayas ido, amigo?—. ¿Tiene todo lo que necesita?

—Sí, aunque me gustaría que me hicieras un pequeño favor. Presenta mis respetos al general Brawn. Ya habré partido para cuando él llegue.

—El Nairana está en aproximación final.

—Lo sé —dijo Lucien, sonriendo. La urgencia de su misión le otorgaba ese tipo de exenciones—. Debe ser un gran orgullo para una chica como tú haber recibido el mando de esta nave, ¿no?

—Es muy gratificante.

—Te voy a ser sincero, Elena. Eh... ¿Puedo llamarte así, no?

—Como guste, señor.

—Bien, pues. El reparto de destinos ha sido caprichoso esta vez, y no me sorprendería que obedeciera a motivos más políticos que personales. Me sorprende bastante todo lo que está pasando, si te digo la verdad.

El tono de semidisculpa que empleaba Lucien sugería que se refería a sí mismo y a su destitución aparentemente desmotivada como capitán del Alexander, pero Elena se quedó con la segunda lectura. Una chica como tú.

—Quizá su experiencia sea más importante en otro lugar, señor. Debería alegrarse de que le hayan encomendado el mando de uno de los nuevos juguetes de la flota — Elena señaló el incursor con un ademán desapasionado—. De todas formas, le prometo cuidar de su nave y su tripulación hasta que regrese.

—Me lo imagino.

Con un crujido seco, las mangueras de combustible se desprendieron del casco del San Juan, haciendo ruido al límite de la burbuja de aire.

—Hora de partir. Te deseo suerte, Elena, sea cual sea tu misión, allá en...

—En nuestro lugar de destino, sí. Le deseo lo mismo, señor —sonrió la oficial.

—Está bien —se despidió Lucien. Pero antes de irse se volvió por última vez, diciendo:

—Espero que el pasado no influya en nuestra relación actual, capitana.

—Por supuesto que no, coronel.

Lucien esperaba algo más de ella, pero se tuvo que marchar con eso. Elena estaba asombrada. ¿Era posible que aquel hombre no hubiera cambiado nada en todos aquellos años? Era un buen líder en el campo de batalla, capaz de arrastrar a los hombres a las hazañas más atrevidas y los actos de guerra más violentos, pero había que ver con qué facilidad perdía la cabeza ante un par de tetas y una sonrisa bonita.

Aunque sea una tan graciosa como la mía, pensó la capitana, retirándose.

Al abandonar el hangar, pasó junto a una caja de metro y medio de altura por dos de largo, en cuya placa de control rezaba:

Fre: 23CC / unid. cob.

#Alfa#

—6069C087IIJ2

ref DxV3405

Elena acarició con respeto aquella simple caja de plástico, pensando en la monstruosidad tecnológica que albergaba en su interior: Una armadura de clase Alfa, lo último en sistemas defensivos unitarios del arsenal de la flota, diseñados para crear

ejércitos de un solo hombre. Elena dudaba que se hubieran fabricado más de mil unidades en todo el Imperio.

Una vez más, se preguntó qué clase de encargo sería tan importante como para que hubieran liberado a un perro del talante de Armagast sin correas que lo sujetaran.

Capítulo 3

En el sueño, Evan aún se encontraba en el despacho de la deoEmperatriz.

Un regusto amargo en sus labios le recordaba tangencialmente que había probado algo, no estaba muy seguro de qué. Pero sí sabía que había sido peligroso, que había cometido un pecado intransigible. Una sustancia prohibida, una manzana podrida del Edén.

Lejos, en algún recoveco de su memoria activa, danzaban formas de mujeres ataviadas con ropas que parecían jeroglíficos, cambiando de aspecto y significado como anagramas vivos de ideas absurdas. Lentamente, recordó. El sueño, la pesadilla, la visión. Había visto cosas imposibles, pero su libertad de huir, de regresar pacíficamente al mundo real, había desaparecido. Algo le ataba con cadenas de furiosa sensación de urgencia y realidad al escenario paradójico que llenaba sus fantasías.

Recordó la habitación, y las personas que había en ella. La reina y su cohorte de esclavos decapitados: la hechicera y sus acolitas preparando mejunjes telúricos en calderos tecnológicos. Cerró los ojos dentro del sueño, y recordó.

Sígame.

Sígame...

—Sígame —deletreó la voz de la Arconte, desgranando perezosamente las palabras.

Y el sueño volvió a él. Se acordó del despacho. Y del cuadro realizado por un pintor muerto. Tambaleante, había acompañado a Connor y a Beatriz hasta una esquina del despacho, directamente frente al ventanal que dejaba ver el inmenso paisaje floral. La Arconte tocó entonces un resorte secreto del panel y el propio espejo se curvó hacia dentro, creando un paso sin fracturas en su superficie. Evan resopló con asombro. Era un cristal dinámico de clase seis, una gigantesca aglomeración de moléculas cristalinas dispersas unidas entre sí por un campo magnético que mantenía las celdas formando conjuntos isomórficos flotantes.

Como imitando un relieve de deformación relativista, el ventanal se hundió arrastrando consigo parte de la imagen que reflejaba. La comitiva atravesó el túnel hasta llegar a un pasillo secreto oculto en los muros del palacio. Sin una orden específica, el espejo se cerró tras ellos.

El oscuro túnel avanzó durante unos doscientos metros hasta desembocar en un ascensor de servicio, que les llevó a las dependencias inferiores del edificio. De alguna manera, en todo momento Evan era consciente de la irrealidad de todo aquello. No existían pasajes secretos escondidos tras las paredes de aquellos fríos despachos, y las personas que le guiaban a través de los recovecos de la visión eran quimeras.

El pasillo acabó bruscamente tras una esquina, abriendo sus paredes para formar una angosta habitación. El lugar olía a mohó, a humedad encerrada. Era un mausoleo de unos veinte metros de largo por sólo uno setenta de alto, por lo que Evan tuvo que agacharse para no rozar el techo con la cabeza. Tanto Beatriz como el coronel eran más bajos que él, por lo que no tenían muchos problemas. El lugar estaba tenuemente iluminado por unas antorchas de fósforo sintético que ardían sin calor en las paredes. En el centro simétrico de la habitación se abría un pequeño pozo rectangular, con escaleras talladas en la roca para facilitar el descenso.

El artesonado de las vigas que sostenían la cúpula sobre una cruz de delgadas arterias de piedra reclamó su interés. Evan se fijó en los grabados de aquellas antiguas paredes. Estaban en un idioma que no entendía, un alfabeto de influencias sánscritas no visuales. Alguien había recubierto grandes fragmentos de aquellas paredes con cientos de diminutas columnas de caracteres, divididas en secciones, y cada sección estaba encabezada por un ideograma: grandes elipses y vectores cruzados con símbolos versales, como planetas dibujados en órbitas superpuestas. Parecía una capilla consagrada a la veneración de un conocimiento perdido, un vasto almacén de datos sobre astronomía. Cada ideograma representaba un planeta, y cada línea una órbita. Pero no habían dibujado estrellas. Alguien había suprimido los astros, pero había dejado ecuaciones matemáticas ocultas que mostraban dónde había que buscar sus perigeos.

De repente, se tensó. Había alguien... o algo, encerrado allí, con ellos.

Un reflejo condicionado se disparó en su neocórtex, alzando sus pantallas psíquicas.

—¿Qué demonios...? —susurró. Sus hipotéticos compañeros permanecieron en silencio, aguardando. Evan se puso en guardia.

Ahora notaba la presencia con claridad. No era un Id. Cuando uno de los habitantes del Metacampo estaba cerca, él podía rastrear su palpito en las frecuencias telepáticas del individuo anfitrión. Tras los años que había pasado dando caza a su enemigo, el Id que había matado a su esposa después de que ella lo hubiera adoptado como huésped, ese reflejo se había desarrollado mucho, convirtiéndose en un sexto sentido telepático extremadamente sensible.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó. En lugar de obtener respuesta, Evan vio que la Arconte y al coronel comenzaban a bajar las escaleras. Tras un momento de duda, les siguió.

El polvo cubría las paredes y el suelo, y formaba montones en las esquinas. La nueva planta era circular, y en el centro se erguía un féretro de metro y medio de altura, labrado con epigramas faraónicos. La tapa del sarcófago mostraba una figura tallada en relieve, y aunque tenía forma humanoide, las deformaciones abigarraban su estructura ósea dándole un aspecto gargolesco. Sus proporciones eran

antropomórficas, sin duda, pero brutalmente deformadas por encima del esternón y en los miembros, alargados al extremo de la monstruosidad. Sus manos acababan en larguísimos dedos coronados por uñas o garras. Dos alas pétreas nacían de su espalda, plegándose sobre el cuerpo como una manta protectora. Aquel ser no tenía rostro, sino un par de agujeros simétricos un poco por debajo de su frente, que tiraban de la esculpida piel dando el aspecto de una horrible contracción sin boca ni fosas nasales. Una cresta sagital nacía a la altura de los parietales y se prolongaba hasta formar una estructura redonda a la altura de la nuca, donde podían haberse anclado potentes mandíbulas.

Evan se estremeció. La presencia que había notado en la capilla estaba junto a él. No podía verla, pero su impresión mnémica era tan potente que, subconscientemente, miró en una dirección y altura determinadas, como si los ojos de la cosa estuviesen situados exactamente allí. La temperatura general había bajado unos grados.

La luz de la antorcha osciló. Evan tragó saliva, y se fijó en la criatura esculpida en el féretro. Él había visto antes esa forma, pero... ¿dónde? Le venía a su mente como el resto de lo que había visto antes; las escrituras, los extraños ideogramas, los dibujos de aquel sistema solar sin estrella... Como si fuera algo que siempre hubiera estado allí, almacenado en la pequeña carga de memoria genética que venía con la especie.

No era sólo él. Todos habían visto figuras como aquellas antes. Pero, ¿dónde? ¿Cuándo?

La forma mutó sustancialmente. De los contornos escondidos en la piedra surgió el rostro de un anciano, que luchaba por elevar un brazo y señalar desde su cenotafio hacia él. Una avalancha de dudas y emociones afluyó de repente desde su interior, dinamitando sus palabras. Otra presencia, otro lugar. Un hombre viejo con un pulmón de metal. Llanto que él no había derramado circulando por sus mejillas, dejando cicatrices bajo ojos perlados por la rabia. Reflejos de un presente que no era el suyo, cuajado de emociones venideras por la muerte de un ser querido.

Evan miró su pecho —sus pechos de mujer, bajo los cuales el suelo estaba más cerca, mechones de cabello del color del oro derramándose sobre sus brazos como sedas de metal fundido—, y allí se abría la herida de un amor perdido. Él era el caballo troyano, el vientre lleno de hombres que gritaban por su piedad y su desgracia; el uroboros que se mordía la cola haciendo entrechocar dos mitologías.

Porque ellos aún descansan en su tumba, y los artífices de mi destino mueren cada noche a salvo en sus cabañas de cristal, para nacer de nuevo al día siguiente en el vientre de la santa presencia de cuatro nombres.

Los cuatro nombres. Los nombres del Emperador, Aquel Que Surgió de la Caja junto a los males del mundo. Un primer nombre para el anterior monarca, la Muerte de todas las cosas. Un segundo nombre para el ente que nace y se hace fuerte a partir

de un lienzo hecho de tres hombres y una mujer —sus cuerpos son páginas en blanco sobre las que él pinta los contornos de un nuevo ser; palabras de pasión, versos sobre lienzo: Un tercer nombre para el tercer candidato. Una niña nacida lejos entre las estrellas, a quien pertenecen los ojos robados y los gritos que surgen de la habitación donde los soldados hacen daño a su madre.

A mi madre.

Entonces, en un fugaz acorde de locura, Evan vio el rostro del Enemigo.

* * *

La Festividad de la Reafirmación, el día primero del mes de mayo (el planeta Esperanza sólo tenía once meses, pero los colonos habían preferido conservar la nomenclatura terrestre y eliminar febrero), era una fecha importante.

Este año tocaba celebrarla en Reunión, lo cual acarreaba gran responsabilidad y toneladas de trabajo. La sede de la fiesta se celebraba cada año en una aldea diferente, de manera rotatoria, y los conciudadanos veían en ella la oportunidad de mostrar todos los encantos que su localidad tenía y las demás no. Este tipo de pensamiento rural de competitividad nunca había agradado mucho a Sandra, ni siquiera cuando era más pequeña y aún no entendía bien el tema de las rivalidades entre adultos. Pero le encantaba la fiesta en sí. El pueblo se llenaba de luces y colorido, y, lo más importante, docenas de chicos de otras aldeas se desplazarían este año a Reunión a la caza de jovencitas atractivas como ella.

Sandra siempre había sido un hueso duro de roer en cuanto al tema de las relaciones con los varones. Pese a que le fascinaba el sexo y las galanterías e idioteces que hacían los chicos durante el cortejo, era una incorregible romántica. Un día había descubierto entre los trastos que su abuelo había salvado de la vieja Nave un cajón lleno de antiguas noveletas rosa, propiedad de algún pasajero nostálgico. Sandra las había devorado con pasión, ocultándolas entre la montaña de libros de física y geología. Sabía que lo que estaba aprendiendo en aquellas amarillentas páginas no era la realidad, sino una distorsión comercial de ésta, pero aún así lloraba con cada final triste y deseaba con fervor vivir una de esas aventuras. No de las trágicas, claro; ella quería sufrir un poquito al principio (porque, al parecer, el sufrimiento estaba intrínsecamente ligado con el amor), pero luego quería encontrar su propio príncipe. Y que la raptara y llevara lejos y todas esas cosas.

Un griterío de niños la esperaba en la ventana cuando se asomó para contemplar el nuevo día. La granja, al ser una de las primeras en construirse cuando su abuelo fundó el pueblo, gozaba de una ubicación muy céntrica. Los empleados de la Alcaldía habían estado muy ocupados limpiando las calles y colocando banderolas por todo el pueblo, adornando los lugares más emblemáticos y proveyendo de banderas y

guirnaldas a los vecinos para que decoraran las fachadas de sus casas. Alrededor del pozo se había instalado una improvisada carpa con un escenario, donde los músicos tocarían toda la noche canciones alegres, más y más atrevidas a medida que el chiva y el vino fueran fluyendo.

Al acordarse del chiva, Sandra procedió a comprobar si la botella todavía seguía intacta en la nevera. Como había imaginado, no había ni rastro de ella. Molesta, fue a comprobar la habitación de su abuelo. Tan sólo eran las ocho de la mañana, pero el viejo ya se había marchado. Sandra acabó de ducharse y vestirse, pensando en algún nuevo escondite para las botellas que le confiscara a Silus. Probablemente, ya estaría comenzando a emborracharse en compañía de sus habituales en el bar de Py. Para cuando llegara la noche tendría una cogorza de concurso y no podría ni sostenerse en pie. Sonriendo, abandonó la granja.

Le encantaba pasear desde por la mañana por las calles del pueblo, haciendo las compras y tomándose tiempo para visitar a sus amistades. El intenso verde que la tormenta había inyectado en la tierra se abría paso sin esfuerzo por entre las veredas pobremente asfaltadas, subrayando con canales herbáceos los dinteles de las puertas y los desagües de las avenidas.

Compró pan en el único horno del pueblo que tatuaba noticias en la masa, y mientras comía aprovechó para enterarse de los últimos cotilleos de la región. Una nueva veleta con forma de hogaza de pan de eucaristía apuntaba vacilante hacia el sudoeste desde el campanario de la iglesia. El párroco, un viejo con un conocimiento exhaustivo de las Escrituras llamado Miguel, luchaba encaramado en lo alto de una escalera contra la desfachatez de un jilguero que había osado construir su nido en la viga que sostenía la única campana de la torre. No se dio por aludido cuando ella pasó irreverente por debajo de la escalera y atentó contra al menos tres supersticiones locales a la vez.

A su abuelo siempre le había asombrado el grado de aceptación que Sandra tenía en la comunidad. Todos la querían y respetaban, disfrutando del carácter afable y la eterna sonrisa que la joven lucía en su rostro. También la tenían respeto, y una cierta clase de miedo derivado de los asombrosos conocimientos y capacidades de la chiquilla. Según relataba Silus una y otra vez a sus coetáneos del bar, en medio de ebrias sinfonías de exageraciones y medias verdades, Sandra era probablemente la persona más inteligente de todo el planeta. A nadie le sorprendía: el viejo se sentía muy orgulloso de su nieta y lo demostraba. Una vez la había sorprendido leyendo con interés uno de sus vetustos manuales de ingeniería de sistemas informáticos, reliquia de sus tiempos de piloto naval. Y no sólo lo estaba entendiendo, sino que además le formulaba preguntas complejas, implorando que él aclarase sus dudas. Silus jamás había logrado sobrepasar el capítulo once, que explicaba en detalle la teoría de construcción de algoritmos de pensamiento intuitivo y las ecuaciones de proyección

no lineal; ella iba en ese entonces por el trece, y contaba tan sólo diez años. El viejo siempre se había preguntado si esa capacidad para entender las cosas no tendría algo de sobrenatural.

Sin embargo, había algo que Sandra jamás había comprendido, y tenía que ver con sus aventuras con pintorescas muestras del sexo opuesto. Desde que había salido con su primer novio, a los doce, había tenido otras dos relaciones de tipo sentimental, más un error serio, y aún con su portentosa inteligencia para asesorarla jamás había logrado entender a los hombres. Todos eran tremendamente sensibles y atentos, pero luego mostraban reacciones totalmente infantiles cuando llegaba la hora de establecer una pauta de comportamiento para el futuro, o de plantearse con seriedad preguntas de cierta trascendencia pero sin sentido práctico inmediato. La mayoría sólo querían acostarse con ella, y los demás, los más atentos, regalarle flores y promesas, susurrarle cosas bonitas al oído, y luego acostarse con ella.

Aquella mañana, su último novio, un chico imberbe de diecisiete años llamado Marco Girodi, la sorprendió al cruzar por delante de la iglesia. Iba montado en un precioso corcel tintado, Perla, una yegua que volvía a Sandra loca de celos de lo hermosa que era. Ella adoraba a aquel animal, y la fastidiaba sobremanera verlo cabalgado por semejante imbécil.

—¡Sandra! —gritó Marco. La joven, resignada, se acercó al grupo.

—Hola, Marco —dijo desapasionadamente, acariciando la tez del corcel. Perla resopló de alegría al verla—. ¿Tu padre sabe que te has llevado su rifle?

Miró el enorme cañón que colgaba adosado a una de las alforjas del caballo. Era una escopeta de cartuchos que el padre de Marco usaba para cazar conejos.

—No, no lo sabe, pero da igual —respondió el chico, fijándose en su escote—. Oye, nos vamos a cazar. ¿Te apetece que luego quedemos?

—No sé, Marco. Ya he quedado para salir con mi abuelo.

—¿Con tu abuelo?

—Sí, ¿por qué? —se defendió ella ante las mal disimuladas risitas de los demás chicos—. Al menos él es un hombre maduro.

El joven se envaró, mientras sus amigos reían la ocurrencia. Perla relinchó con evidente disgusto ante el tirón de bridas que le propinó su jinete.

—Eso es que tienes otro novio, ¿verdad? —bufó—. Ni siquiera me tienes en cuenta ya para eso.

—Mis relaciones son asunto mío, Marco. Además, que yo sepa, jamás te he pedido consejo ni otorgado poder para darlo. Y tú y yo ya no salimos juntos. Métetelo en la cabeza.

Los chicos volvieron a cuchichear, esperando a ver qué hacía su avasallado líder. Pero Marco se limitó a espolear a la enfadada Perla y salir galopando hacia las colinas, los cascos recién herrados repicando con fuerza sobre los adoquines. Los

demás no tardaron en seguirle.

Sandra se preguntó por enésima vez qué demonios había visto en aquella guapa masa de músculos sudorosos sin materia gris.

Parecía arrastrar una maldición de corte afectivo: gracias a su figura, todos los chicos caían rendidos irremediabilmente a sus pies, lo que le impedía tener amigos. Y cuando alguno lograba entusiasmarla y convencerla para que salieran juntos alabando su mente, acababa lanzándose sobre su cuerpo a la menor oportunidad.

—En fin —meditó para sí misma, continuando su camino al mercado—. Alguien debe odiarme mucho allá arriba.

* * *

El estilizado casco del San Juan volvió al espacio normal sin un sonido, cerrando el conducto Riemann a popa con una delicadeza casi antinatural. Varias sondas de exploración fueron lanzadas automáticamente mientras los tripulantes despertaban en los nichos de estasis inducido.

Variando sólo unos grados su ruta original, el incursor entró en una curva de deceleración de tres horas y media que acabaría colocándolo a dos órbitas de distancia del planeta. El ordenador de a bordo analizó velozmente todos los datos disponibles sobre el Sistema, y los cotejó con los nuevos que iba recibiendo en tiempo real.

La estrella HYYp-34567-D era un cuerpo ígneo de la secuencia principal parecido al Sol, un tipo G, clase V. Su diámetro y luminosidad eran ligeramente inferiores a los de éste, pero el impacto térmico sobre la atmósfera en los planetas era compensado por la proximidad de sus órbitas. El segundo cuerpo en orden de cercanía era un pequeño mundo terraformado, clase cinco en la vieja escala Leogotti, con soporte vital autónomo y población de escasa importancia asentada exclusivamente en una región templada del hemisferio norte.

Los análisis espectrográficos revelaron una atmósfera de composición química similar a la terrestre en un noventa y ocho coma nueve periódico por ciento, con las zonas más puras concentradas en franjas de alisios que se desplazaban siguiendo una curva toroidal de frente difuso, alrededor del hemisferio boreal. A medida que el aire se iba alejando de esa zona, se iba enrareciendo con elementos no catalogados por la escala de terraformación estándar. El telescopio descubrió las señales de impacto de múltiples cometas sobre zonas equidistantes del meridiano cero (ante la falta de datos, el ordenador siempre tomaba como Ecuador el plano medio perpendicular al eje de revolución del planeta, y como meridiano principal el que quedaba orientado al sol en el afelio perfecto de la órbita). Estos enormes cráteres rodeados de una aureola de gases básicos señalaban que el bombardeo cometario había sido la técnica

principal de conversión de la atmósfera.

Mientras los tripulantes se despertaban y aseaban, proceso que duró unos cuarenta minutos tras el comienzo de la deceleración, la nave buscó en su memoria todos los datos que hubiera disponibles sobre el asentamiento humano de HYYp-34567-D—Beta. Estudió desde órbita los núcleos habitados buscando el de mayor importancia demográfica o nivel tecnológico, y comenzó a radiar en todo el espectro de frecuencias los mensajes de saludo y de conexión habituales con los sistemas informáticos de tierra.

No hubo respuesta alguna.

* * *

Sandra se dirigió al cementerio una vez acabadas las compras. La colina que albergaba el camposanto era difícil de subir. A poco de empezada la escalada, el sendero se perdía entre grupos dispersos de manzanos y volvía a aparecer como un arroyo jugueteón, serpenteando entre sotos de árboles enanos. La falda de la joven revoloteaba ciñéndose a sus esbeltas piernas, y repeliéndolas al instante según el capricho del viento.

Tal acción suponía tener que dar un rodeo bastante grande para llegar a casa, pero había algo especial aquel día que quería conmemorar. El aniversario de la muerte de sus padres había tenido lugar una semana antes, y ella había cumplido con el ritual llevando flores. Sandra no creía en la existencia del dios de sus padres, ni en la de ninguna fuerza oculta y poderosa que controlara místicamente los destinos de la gente, pero le gustaba aquella parte de la simbología católica: enterrar a los muertos era como cerrar un círculo, como festejar la liberación del espíritu y su retorno a la tierra. Además, nadie se quejaría si ella decidía desempolvar una vez al año su pequeño tesoro particular de folclore costumbrista.

La tumba de sus padres aún seguía adornada con el ramo que ella había ofrendado, pero había algo más. Alguien había plantado una rosa junto a la lápida de su madre. Sandra sonrió. Su abuelo siempre había estado enamorado de ella, desde que la conoció en la Academia, antes del Gran Viaje. Pero Ana se había casado con otro hombre, frustrando sus planes. Pese a todo, Silus nunca la había olvidado. Nunca venía el día del aniversario de la Matanza del 27 por temor a que la gente le viera cumplir con su ritual privado, pero Sandra le conocía muy bien: cuando todo el mundo había honrado a sus muertos y a los amigos que habían caído en el negro día de la revuelta, Silus escalaba hasta allí con su botella de chiva medio vacía, una pala, y una rosa de su propio jardín. Plantaba la flor al lado de la lápida de su amada y elevaba una simple y blasfema plegaria a los cielos, pidiendo a su viejo amigo, el padre de Sandra, que abrigara bien a su esposa, ya que ella solía enfermar con

facilidad y en las vastas planicies del Cielo debía de hacer mucha corriente.

Sintiendo que las lágrimas afloraban a sus ojos, Sandra dejó aparte las bolsas de la compra y se arrodilló frente a la tumba de su padre. Sonándose la nariz, leyó:

**Aquí yace un verdadero truhán,
Un hombre que lo único que quería en vida
Era morir por su amada,
Y lo único que quiso en la muerte,
Vivir con ella para el resto de sus días.**

Sandra acarició la fría piedra y elevó la vista, contemplando el valle. Se dio cuenta de lo apropiado de aquel lugar para honrar a los que descansaban en las postrimerías del desastre, y de lo bien que encajaba con el estilo de sus tristes soliloquios.

Desde la colina se podía ver a una gran distancia. Por los caminos que cruzaban el valle desde Pax Meritae al norte, Aemonis al sur, y Estefana al noroeste llegaban ya las primeras carretas cargadas de gente y víveres para contribuir al banquete oficial. Algunos vehículos a motor levantaban estelas de polvo marcando su recorrido por las colinas. Grupos sueltos de jóvenes a caballo se preparaban para acompañar a otros que, como Marco, habían decidido aprovechar la mañana probando su puntería con los conejos.

Ensimismada escuchando el vaivén cadencioso de los sauces, se recostó sobre la hierba. El viento traía olor a lirios y a fritanga desde el valle. Cordero tal vez, con bastante salsa, o calentado a la brasa desde por la mañana para que la carne fuera transpirando el aroma de la hoguera.

Respiró profundamente, cerrando los ojos. Hacía bastante tiempo que no disfrutaba de la tranquila armonía interior que generaban las cosas sencillas, básicas. Miró las nubes, y se preguntó si las fiestas se celebrarían igual en aquellas grandes urbes de las que le había hablado su abuelo. Trató de hacer un ejercicio mental, imaginando cual debía ser el perfil de una de aquellas metrópolis vista desde arriba. Su mente cogió el paisaje de Reunión y lo multiplicó por mil, extendiéndolo por todo el valle y las llanuras de más allá del lago. Lo que vio fue una extensión inacabable de cabañas, caminos de tierra y hermosas plazas laureadas de flores y guirnaldas. Tal vez algunas naves ancladas sobre la ciudad como globos de metal, balanceándose con errática poesía al son de los alisios. Una extensión perfecta de la semántica de su ciudad a la de un planeta extraño. Y sobre todo gente, muchísima gente, de cientos de razas y colores diferentes, tanta que solo imaginarlo resultaba ridículo para alguien con sus estándares.

No. Seguro que no se parecen en nada a esto.

Cumpliendo con una costumbre infantil, miró al cielo e intentó buscar a sus padres. Un profundo azul aguamarina teñía como agua de mar el firmamento. Había algunos cúmulos de nubes navegando sin prisas, islas nacaradas en las que se consumían impotentes los restos de la furia de la pasada tormenta. A través de ellos lucía un sol espléndido y sus rayos atravesaban la nívea espuma de las nubes, fragmentados en un septeto de colores.

Desde niña, Sandra se había preguntado si con tanta tecnología que tenían los hombres, con la capacidad de hacer milagros que ella no podía ni llegar a imaginar, se podría resucitar a sus padres. Si las mismas máquinas incomprensibles que se los habían llevado podrían traerlos de vuelta.

Magia. Milagros encerrados en un cable.

Con una sacudida de cabeza, alejó esos pensamientos. Tal vez debido a su educación atea, o a ese profundo rencor amarrado a una estela de recuerdos que hervía en lo más profundo de su alma, su instinto apantallaba su corazón ante cualquier tendencia a creer en dioses escondidos en redes de frecuencias y líneas de fibra óptica.

Además, si alguien debía devolverle a su familia, no debían ser aquéllos que se la arrebataron.

Ese día tampoco había ni rastro de sus padres, al menos en las nubes cercanas. Se preguntó si estarían satisfechos de ella, y se juró a sí misma que, ocurriera lo que ocurriese, lucharía porque sus muertes no hubieran ocurrido en vano.

* * *

Uno de los habituales del bar de Py, un veterano minero de radiación llamado Sturglass Banjorn, ya estaba totalmente borracho cuando su receptor de onda ultracorta recibió el aviso de llegada del San Juan.

El instante en que el aparato comenzó a gorgojar ruidos de estática y datos digitales, él estaba bailando una conga con su amigo Silus sobre el mostrador del bar. A Py no le molestaba que sus clientes favoritos hicieran ese tipo de cosas, pero prefería verles alejados del gran espejo que había tras el mostrador y las botellas. Ya eran alrededor de las siete de la tarde, y la fiesta pronto estaría en su apogeo, atrayendo más visitantes ruidosos a su negocio. Por el bien del local, Py no quería que todos se pusieran a imitar a aquellos dos. Junto a su mujer y algunos chicos que se habían unido, lograron bajar a los danzantes y subirlos a otra mesa, más endeble pero más tranquilizadora para el carácter previsor del dueño.

Muchas leyendas corrían sobre lo que Py añadía a las clásicas recetas del aguardiente para mejorar la mezcla. Algunos eruditos de bar, como Silus o el propio Sturglass, habían contribuido a dar cuerpo a las catorce versiones de chiva que se

podían fabricar, muchas de ellas confeccionadas a lo largo de alucinadas noches en que la casualidad y la resistencia a los efectos de la experimentación científica (los químicos eran a la vez catadores y jueces) jugaban un papel más importante que el de la ciencia. Había productos que estaban tradicionalmente prohibidos, como el aceite de motor, el tabaco o las salsas picantes, siempre que los catadores no se hubieran puesto de acuerdo previamente. El experimento de la noche se llamaba «cazalla caliente», y tenía más potencial como empuje de bielas que como mejunje culinario. Banjorn estaba midiendo milimétricamente la diferencia con una práctica nacida de años de experiencia.

Mientras, la mujer de Sturglass, Betty, escuchaba a la insoportable radio de su esposo emitir gruñidos y cloqueos ininteligibles. Y supuso lo que cualquiera en sus cabales hubiera supuesto en tal situación: el viejo trasto estaba otra vez estropeado.

Gruñendo amenazas por lo bajo, salió de la casa apresuradamente y cruzó las dos calles que la separaban del único santuario en donde veneraban al dios de Sturglass, el alcohol. Betty encontró a su marido rodeado de botellas.

—¡Horace Sturglass Banjorn! —gritó, para que su voz pudiera ser audible por encima de la música y los gritos—. ¡Vas a acompañarme a casa ahora mismo, y te vas a despejar esa cabezota! ¡Tu maldito aparato está recibiendo señales otra vez!

Sturglass y Silus se miraron, paralizados en mitad de una cabriola. Lentamente, cayeron hacia un lado mientras escupían una carcajada. Ambos se estrellaron contra el suelo del bar con un golpe sordo, ante la hilaridad general. No sin algo de esfuerzo, Betty logró levantar pesadamente a su esposo en tanto Silus seguía con los pies por encima de la cabeza, preso de un ataque compulsivo de risa.

—¡Llévatelo, Betty! —gritó alguien, alzando una jarra—. ¡Enséñale a comportarse!

De alguna manera, diez minutos después, Sturglass estaba sentado en su silla de mimbre frente al aparato receptor. Alguien (quizás él mismo) había vomitado sobre su pantalón y ahora la prenda apestaba a chiva mezclado con un pequeño porcentaje de bebidas menos estimulantes. Sturglass buscó con la mirada perdida a su alrededor algún trozo de tela para limpiarse, mientras su mujer peroraba de fondo.

—¡No sé por qué me casé contigo! —decía, mientras su marido se limpiaba la mancha del pantalón con el mantel de la mesa—. Debí haber hecho caso a mi madre y haberme ido con aquel empleado de correos de Puerto Soldado. Aquél sí que era un buen partido, un hombre hecho y derecho y con un trabajo decente. Pero no, me tuve que juntar con una masa de vómitos andante como ésta.

Sturglass eructó, satisfecho con la mancha de su pantalón. Ahora, en lugar de una salpicadura babosa en la pernera, era un manchón húmedo extendido por casi toda la prenda. De fondo, sobre las peroratas habituales de su mujer, oyó subconscientemente un ruido de estática, algo que no logró identificar, pero que le era tremendamente

familiar. Como el ritmo de una canción abstracta que hacía años que no reverberaba en sus oídos.

Quizás fuera un inusitado momento de claridad lo que sacudió sus embotados sentidos, o el condicionamiento nacido de la práctica, pero en un valioso instante de lucidez, Sturglass Banjorn creyó oír algo. Algo familiar. Un tipo de señal que no escuchaba desde hacía décadas.

—... Y tú nunca te preocupas de lo que a mí me pasa, no. ¡Cómo iba a importarle yo al señorito, teniendo él a sus amigotes del bar para pasárselo bomba! —peroraba Betty, a sabiendas de que su marido no la escuchaba—. Cuánta razón tenía mi madre, que en paz descanse, la que...

—Silencio.

Betty cerró la boca al instante, ante la sorprendente seriedad en la voz de su esposo. Sturglass tenía una mano levantada, pidiendo paz, mientras con la otra —y sin asomo de temblor o borrachera— giraba el dial del receptor. Un grupo de gorjeos y restallidos sacudían los cincuenta megahercios, e iban aumentando de potencia. Había una subportadora desplazada, en una banda menor. Sturglass desechó la basura digital de alta frecuencia y trató de aclarar la señal superpuesta. De repente, de los altavoces surgió una voz de mujer modulada en una banda más estrecha que la principal. Su tono marcial era tan inhumano como amenazador:

—{...} baliza de tierra no localizada//Espero instrucciones// Registro en multibanda iniciado a las 14:00 horas//Operador desconocido {...}

Sturglass se puso en pie con tal violencia que casi tiró al suelo la emisora y el resto de cachivaches que se acumulaban sobre la mesa. Dejando que las conclusiones le penetraran como hierro candente, extrajo en un tiempo inusitadamente corto una cinta del receptor, cogió un reproductor, la chamarra y sus gafas, comprobó las frecuencias que estaba empleando el emisor, y salió corriendo de la casa. Betty, anonadada, casi no pudo alcanzarle.

—¡Horace! ¿Dónde demonios vas ahora? —le gritó, asustada—. ¿No irás a volver al bar, verdad, pedazo de alcohólico?

Pero a Sturglass Banjorn se le había pasado la borrachera de golpe.

* * *

El coronel Lucien salió del inodoro cediéndoselo a su segunda al mando, la teniente Irida Móntez. El uso preferente del baño era una de las pocas cosas verdaderamente recompensantes del mando, y él lo disfrutaba con holgada satisfacción.

Todavía tenía los músculos un poco doloridos como efecto de la aceleración R, así que puso en práctica las recomendaciones del médico y se dio unos masajes

suaves en las articulaciones. Cruzó algunos pasillos que se fueron iluminando a su paso hasta llegar a la sala de reuniones. Allí esperaban sus cuatro oficiales, tratando de despejarse con una taza de café caliente y unas pastas. El efecto R provocaba en los humanos una tensión puramente psicósomática. Las neuronas del encéfalo y el sistema linfático se veían afectadas por una sobrecarga en la tensión que circulaba por la red dendrítica, provocando las agujetas y el malestar general que tanto molestaban al salir de los nichos de estasis. Lucien trató de convencer a su estúpido cerebro de que a sus músculos no les ocurría nada, que todo era un molesto espejismo masoquista.

En algún lugar al fondo de su consciencia, su Id retozaba perezoso. Le transmitió telepáticamente sus impresiones sobre el resto del equipo; curiosamente, aparte de Móntez sólo había otro portador. Los otros tres eran planos. Lucien se sorprendió, preguntándose por qué el Mando había elegido gente sin capacidades mnémicas para la misión.

—Buenos días —saludó al entrar. Sus subordinados devolvieron el saludo con voz apagada.

La sala de reuniones era funcional, ocupaba poco espacio y el que había siempre estaba ocupado. Alrededor de una mesa circular se distribuían varias sillas extensibles, que podían quedar plegadas bajo ella si no se usaban. Una serie de holoproyectores formaban un racimo en el techo, mostrando imágenes bicromáticas de datos y curvas de estado flotando como fantasmas sobre el amasijo de servilletas y botes de azúcar. El reloj dual de a bordo señalaba las seis cincuenta a.m., hora de la nave, y las siete y veintidós p.m., hora del objetivo.

Ramko Ashakawa, teniente segundo y doctorada en xenobiología por Yale, se limpiaba una gota de café que había caído en su pulcro uniforme mientras masticaba un poco de hierba de té. Era una asiática de rasgos agresivos y angulosos, con aspecto demasiado masculino como para resultar atractiva a primera vista. A Lucien le parecía una antigua samurái de tiempos del Japón feudal, que hubiera sustituido la espada y la armadura por una pistola de alta velocidad y un traje de vuelo.

Uriel Armagast, su tocayo de apellido, era el oficial táctico. Era un hombre joven y eficaz, con los veinticuatro años más precoces que el coronel había visto desde la capitana De Whelan. Pertenecía a una familia adinerada y de buena posición social, y quizás eso le había otorgado el carácter egocéntrico y despreciativo que le caracterizaba. Lucien lo conservaba a su lado por sus dotes para tomar decisiones tácticas veloces y su ojo para adivinar estrategias complejas con gran cantidad de elementos en juego. Sin embargo, procuraba mantenerlo a distancia salvo para asuntos estrictamente profesionales.

El tercer ocupante de la mesa era un hombre de raza negra de impresionante constitución. El teniente segundo Gus Sterling era probablemente la persona más

grande y musculosa que Lucien había conocido nunca. Irónicamente, sus funciones distaban de cotejar con su aspecto agresivo. Tenía una mente muy capaz, y poseía tres doctorados en medicina, psicología y psiquiatría. Al fijarse en él, el Id del coronel susurró algo por detrás de su oído, señalándole como el portador del grupo.

El último oficial presente en la sala, el alférez de Infantería de Marina Eduardo Santana, era probablemente el que mejor le caía al coronel y el único con quien había servido anteriormente. Durante tres años había estado a las órdenes de Lucien a bordo del Lionel, y había participado en la revuelta de Mia Tetis como líder de escuadra. Eduardo era un hombre simple, descendiente de una familia con buen historial militar y amante de las órdenes sencillas y el trabajo bien hecho. Lucien se alegró mucho cuando supo que estaba destinado en el San Juan.

Los cuatro oficiales hicieron un amago de levantarse cuando su superior entró en la sala, pero Lucien les atajó con un ademán.

—Tranquilos, siéntense. Buenos días a todos: ¿Cómo lo llevan?

Afirmaron encontrarse mejor. Lucien se sirvió unas tostadas y un cortado de la cocina. Se encontraban a tres horas escasas del final de la deceleración, pero el líquido de las tazas todavía retenía una inclinación de un grado estando en reposo.

—He estado analizando los datos recogidos por los sensores —empezó Ramko con su voz grave, casi de varón—. Tenemos cuatro asentamientos importantes, todos de dase tres: aldeas y conjuntos nómadas de no más de dos mil habitantes. Todos se han establecido en la región de la placa tectónica principal donde el aire tiene mayor densidad de oligoelementos respirables.

—¿Tecnología? —preguntó Lucien, sorbiendo de la taza. El café humeaba.

—Escasa. Yo diría que el equivalente a una sociedad agrícola postindustrial, con la maquinaria fundamentalmente dirigida al trabajo en el campo y la cobertura de unos servicios mínimos en los hogares. En las grabaciones se distinguen algunos vehículos de combustión aislados, pero la mayoría de la población utiliza los de tracción animal.

—¿Animales autóctonos?

—Todo especies terrestres: caballos, perros, conejos, ganado bovino y porcino estabulado... Lo que se suele encontrar en una nave semillera al uso. Precisamente hemos encontrado los restos de un transporte varados en la costa de un lago cercano a una de las aldeas. Un tanker Mikoru-Spencer clase V, obsoleto desde hace varias décadas.

—¿Ha habido algún intento de comunicarse con nosotros, o de responder a nuestras llamadas?

—Negativo —intervino el teniente Armagast—. Al parecer no poseen ninguna antena de recepción, o no quieren hacer uso de ella.

—O sea, que no saben que estamos aquí —reflexionó el coronel—. ¿Por dónde

debemos empezar, señor Sterling?

—Según las fotos que nos ha proporcionado el ordenador hay un movimiento importante de población en torno a uno de los asentamientos, el segundo en orden de extensión. Casualmente el más cercano a los restos de la nave colonial.

—¿Algún ritual indígena?

—Tal vez, señor —carraspeó el psicólogo—. Creo que se trata de una fiesta.

—Oh —exclamó Lucien, agradablemente sorprendido.

—Al menos, su forma de decorar las zonas urbanas corresponde. Ese tipo de costumbres no suele variar demasiado con el tiempo. Por la forma de vestir y los colores que han elegido para expresar alegría, yo diría que los colonos tuvieron sus raíces en la cultura panoceánica terrestre. En concreto, en formas culturales de la región indoeuropea.

—¿Una festividad religiosa? —preguntó la primera oficial Móntez, entrando en la sala. Era una mujer muy hermosa, de origen hispano, afilada y fibrosa como el canto de un látigo. La rigidez prusiana de su espalda hacía eco de una mirada severa y relajada, unos ojos de ángel en un rostro pétreo. Al llegar Móntez, Ramko se puso ligeramente en pie. Por la expresión de su rostro, Lucien dedujo que era la siguiente en la cola del inodoro.

—¿Religiosa? No; es más una celebración de corte político —expuso Sterling, haciendo uso de la consola. Un grupo de proyecciones tridimensionales apareció flotando sobre la mesa. Eran tomas aéreas de la actividad que reinaba en el pueblo. El ordenador ajustó la tercera dimensión en base a cálculos de distancias relativas al suelo—. Hemos encontrado una iglesia y lo que parece ser un cementerio, pero no da la impresión de que la mitología sea el motivo de la festividad.

—Mejor; así no interrumpiremos ningún ritual. ¿Cuál fue el último contacto que esta gente tuvo con alguien del exterior?

—Hace una década tuvo lugar un enfrentamiento entre la población indígena y un destacamento de la Compañía 806 de la Marina Mercante. Al parecer hubo algunos heridos y saqueos. Hemos de tener cuidado.

Lucien asintió.

—Bien. Alférez, prepare un grupo de contacto. Cuatro hombres, usted, el señor Sterling y yo. —Santana asintió, tomando nota mental de las instrucciones—. No quiero armas visibles. Que lleven chalecos ablativos y distintivos de la Flota, pero nada de pistolas. Equípelos con agujas de presión. No quiero que esa gente se piense que vamos a colonizarlos.

—Entendido —coreó Santana, retirándose presto a cumplir sus órdenes. Su entusiasmo agradaba a Lucien, ya que tendía a volverse contagioso.

—Eso es todo. Reunión dentro de una hora —concluyó el coronel ante la expresión satisfecha de la teniente segundo Ashakawa, que salió disparada rumbo al

servicio.

* * *

Sandra tenía puesto el primer vestido de fiesta que lucía en su vida, y era una experiencia maravillosa.

Se trataba de una magnífica prenda azabache con reflejos perlados, falda larga y abierta al lateral, que había pertenecido a su madre. Quería estrenarlo desde hacía tiempo, pero había resultado imposible debido a una simple cuestión de talla: su madre había sido una mujer hermosa y fuerte, de complexión vigorosa y muy femenina al tiempo. Sandra había tenido que esperar varios años a que su cuerpo se desarrollara lo suficiente, pero ahora contemplaba con aprobación cómo su cintura encajaba a la perfección en el vestido, sus piernas asomaban por fin por debajo de la falda, y su pecho rellenaba sin exuberancias pero elegantemente el generoso escote. El conjunto se remataba con un collar de diamantes de línea fina (material de imitación, por supuesto, pero su matrona sabía que en aquel pueblo casi nadie iba a notar la diferencia), que trazaba un precioso círculo de destellos facetados en torno a su cuello.

Procuraba no moverse demasiado, por si aquella obra de arte decidía ceder por alguna parte. Ella y mamah se habían pasado las últimas horas de la tarde encerradas en el cuarto de costura, lustrando y dando esplendor al vestido como si fuera una pieza de orfebrería. La habitación en sí era bastante pequeña. Apenas había sitio para una mesa de costura, dos sillas de madera, unos cuantos cestos llenos de ropa y alfileres, y un fabuloso espejo de cuerpo entero en la pared. Mamah solía ganarse su dinero haciendo arreglos para otras mujeres y hombres del pueblo, y se le notaba la destreza en las manos y en los ojos.

Con extrema mesura, la matrona recogió los cabellos de la joven en un remolino detrás de la nuca, mientras iba escupiendo alfileres y trabas de la boca. Sandra contempló las primeras fases del peinado, y frunció el ceño. Aquello no parecía tener buen aspecto.

—¿Estás segura de que esta es la forma correcta de recogerlo? —preguntó insegura, mirando los rulos que aguantaban aquel moño deforme.

—Estate tranquila, niña, y deja trabajar a tu mamah —espetó la mujer, dándole un par de cariñosos tirones de los flecos—. Ya verás cómo te sorprende al final.

—¡Au! —se quejó Sandra.

—Esta vieja aún recuerda algunos trucos de cuando era joven.

—¡Ouch!

—Vas a dejar patitiesos a esos chavales, ya verás —dos tirones más.

—¡Oy!

—Te va a quedar precioso —concluyó, sonriendo satisfecha ante su obra. Sandra contempló horrorizada la cosa que tenía colgando detrás de la cabeza. Lo miró desde varios ángulos, intentando buscarle algún perfil atractivo, sin conseguirlo más que con una inclinación absurda del cuello. Sandra se imaginó andando por la fiesta con el rostro pegado al hombro, y se santiguó mentalmente.

—Es... bonito —dijo, con voz queda. Mamah soltó una sonora carcajada, acariciando el hombro de la niña.

—No, no, espera —susurró tranquilizadamente—. Aún no hemos acabado. Fíjate ahora.

Entonces la matrona quitó una sencilla traba, liberando la melena recogida. Ésta se abrió como la cola de un ave del paraíso, adoptando una forma que aureolaba a la perfección el ovalado rostro de la chica. Sandra se quedó boquiabierta. Era perfecto.

—¿Qué te dije? —dijo la matrona, saboreándola Sandra seguía anonadada contemplando su reflejo en el espejo. ¿Cómo demonios lo había hecho?

—Oh, mamah, es... —Se volcó en un fuerte abrazo a la obesa mujer, y estampó un sonoro beso en su mejilla que hizo desaparecer la mayor parte del carmín.

—¡No, no lo hagas! —sonrió mamah, limpiándose—. Ahora tendrás que pintártelos otra vez, tonta. Venga, empieza o llegarás tarde.

La matrona se retiró de la habitación silbando una alegre melodía mientras Sandra, sin muchas prisas, reiniciaba la operación. No le importaba llegar tarde.

Media hora más tarde, estaba lista. Cogió un tul para protegerse los hombros del relente nocturno y salió a la calle. Podían escucharse dos orquestas tocando a la vez en la cercana plaza, y grupos dispersos de gente que iban y venían vagabundeando por los callejones. Sandra los examinó, sopesando posibilidades. Reunión era un pueblo muy familiar y tranquilo, pero en noches como esa había que andarse con cuidado.

—Estás exultante —susurró una voz hecha del ambarino crujido de las hojas otoñales. Sandra se volvió con una sonrisa y descubrió a Ventrell, el árbol sintético, plantado tranquilamente al borde del jardín.

—Gracias —dijo ella, ruborizándose.

—Te pareces mucho a tu madre. Tienes su misma... majestad.

Sandra se acercó a él. El rostro femenino que dibujaban las vetas del tronco sonrió, y extendió una rama para que las hojas acariciaran delicadamente la piel de la chica. Sandra depositó un beso en una flor.

—Vaya, me vas a hacer parecer un árbol de madera roja. Mejor guárdate eso para la legión de chicos que te esperan ahí fuera.

—¡No pienso besarlos a todos! —rió ella.

—Tal vez, pero alguno será el príncipe afortunado esta noche, estoy seguro. Ve y diviértete. Y no les des tregua.

—¿Tú no vienes?

—Me parece que no —Ventrell se rascó una termita con una rama transversal—. Las fiestas de tu gente llevan un ritmo muy acelerado para el pausado fluir de mi savia. Prefiero quedarme aquí, viendo cómo decae la condición humana desde la cima de la progresión evolutiva a los suburbios del autocompadecimiento racial y la vergüenza ajena.

—Ventrell, eres un poeta —dijo Sandra, despidiéndose con una última caricia a sus pétalos extendidos. El árbol la vio marcharse y fundirse como una gota de esplendor en la marea de liviandad de la condición humana. Elevó la vista al cielo, vaticinando con asombrosa perfección el tiempo como le había enseñado a hacer su creador —y el complejo programa de análisis meteorológico que atesoraba en sus cromosomas vegetales—: Algunos cúmulos de nubes tormentosas se estaban agrupando sobre las colinas, pero la probabilidad de precipitaciones era bastante baja. Si todo iba bien, la temperatura seguiría estable y las estrellas brillarían como ascuas incandescentes sobre beatos y pecadores.

Un detalle le llamó la atención: había una estrella más esa noche en el firmamento. Un débil punto de luz blanco azulada que se desplazaba lentamente hacia el suroeste. Su movimiento pasaba desapercibido en contraste con la incansable marcha de las nubes, pero él lo cazó enseguida.

Con un escalofrío que sacudió sus ramitas periféricas, al árbol comenzó una lenta exploración del cielo buscando alguna sorpresa inesperada.

* * *

Sandra no había visto una celebración tan concurrida en toda su vida. Alrededor del pozo y el escenario donde actuaban los juglares se habían dispuesto una serie de mesas largas de madera, con suficientes sillas para todo aquel que quisiera disfrutar de la estupenda gastronomía de Esperanza. En sendas hileras se alineaban centenares de platos tallados en madera llenos de carne, verduras, ensaladas, pastas, cocidos, retortas de maíz, sopas, condimentos, aliñados y algún que otro secreto desempolvado para la ocasión.

Pero sobre todo, por encima de los olores y el gusto de las comidas, lo que creaba el ambiente de familiaridad y tradición eran los sonidos. Los hombres solían reunirse en torno a grupos folclóricos llamados cepas, con un maestro de melodías en el centro, dos o tres anillos de platos y jarras siempre llenas a su alrededor, y un grupo de guitarristas y tamborileros distribuidos en torno a la posición de éstas. Continuaban tocando a la vez que daban buena cuenta de los filetes de cerdo, lo que hacía que la melodía adquiriese formas a veces surrealistas.

A Sandra le gustaban especialmente los trajes: estaban confeccionados con lino y

lana teñidos de vivas tonalidades que, sobre todo los de las mujeres, parecían una explosión de colorido cargada de pañuelos, chales y colgantes. Los que lucían los varones eran diferentes: se basaban en el contraste entre claros y oscuros, usaban sombrero de ala estrecha y bufanda gris enrollada alrededor de pechos ceñidos de borrego. Sandra se imaginó vestida de varón, y se hizo la solemne promesa de salir así el año siguiente.

—¡Perdone! —prorrumpió un hombre al pasar corriendo junto a ella. No llegaron a tocarse, pero la joven estuvo tan cerca de él como para sentir el hedor a alcohol. Le reconoció: era Sturglass Banjorn, uno de los compañeros de su abuelo en las juergas del bar de Py. Parecía llevar una prisa enorme, como si su última copa estuviese en juego. Sandra se disponía a seguirle para ver si localizaba a Silus, cuando una voz masculina la detuvo.

—¡Sandra! —gritaba Marco Girodi, sin su yegua y subido al pozo con un par de botellas medio vacías en el regazo—. ¡Eh, Sandrita!

La muchacha estudió seriamente la posibilidad de hacerse la distraída, pero ya había vuelto la cabeza instintivamente hacia ellos. Suspirando, esperó a que Marco se acercara con su andar torpe y bebido.

—Hola, Marco.

—¿Qué haces aquí sola? Oye... —La escrutó descaradamente de la cabeza a los pies, soltando un bufido de animal en celo—. Vaya... Estás tremenda.

—Supongo que viniendo de ti, eso es un halago. Muchas gracias.

—¿Has...? —eructó, y Sandra apartó la vista, buscando desesperadamente una salida—. ¿Has quedado ya con tu abuelito? Creo que lo vi bailando encima de las mesas de Py hace un rato.

El resto de la pandilla de Marco ya les había alcanzado. Algunos rieron la ocurrencia, mientras la mayoría contemplaban como hipnotizados el escote de la muchacha. Esta se giró, dándoles la espalda y haciendo como si buscara a alguien.

—¿En el bar, dices? Bueno, pues dejemos que se divierta.

—¿Y tú? ¿Te estás divirtiendo?

—Sí, Marco. Mucho.

—Concédeme este baile —gimoteó él al tiempo que los juglares cambiaban el compás. Marco compuso una de sus expresiones graciosas, una que a Sandra siempre le había gustado.

—No sé, Marco, tengo que...

—Por favor, por favor, por favooooor... —El joven se puso de rodillas, alzando y haciendo descender los brazos como adorando a una antigua diosa. Sandra no pudo reprimir una sonrisa, y le pellizcó con fuerza el brazo para que se levantara.

—¡No hagas eso!

—Por ti me subiré al escenario y entonaré una balada de amor.

—Está bien, te concedo el baile. —Sabía que Marco era perfectamente capaz de hacerlo. La borrachera no ayudaba.

—Ja. Esperadme aquí, vosotros —ordenó el muchacho a sus compañeros.

Marco y su princesa se dirigieron al tumulto que se había congregado frente al escenario. La orquesta tocaba un tema muy alegre, y pronto los dos se movían a gran velocidad por entre los demás bailarines, haciéndose un hueco natural en la alegría.

Los chicos de la pandilla contemplaron descorazonados cómo su líder disfrutaba de la compañía de la reina del baile, pero en el fondo sabían que las posibilidades que tenía Marco de llevársela a algún rincón poco iluminado por los farolillos no eran pocas, sino matemáticamente inexistentes. Aún así, todos miraban a Sandra moverse como un faro en medio de la muchedumbre, focalizando y transmitiendo a su alrededor toda la magia de la noche, y su sonrisa les hizo pensar con nostalgia en olvidados nombres de mujer.

* * *

Silus había logrado levantarse por cuarta vez del suelo (las tres primeras se había caído; la última estaba intentando encontrar una copa que había dejado allí la vez anterior), y trataba de acabar una seria partida de dominó con otros tres compañeros, tan borrachos como él. No oyó a Sturglass gritar su nombre en mitad de la algarabía del bar, y menos aún buscarle ansiosamente entre las mesas.

El pastor de tormentas tenía una cinta de banderolas rodeándole la cabeza, y observaba con ojos licuados las doce fichas que tenía delante —al empezar nadie se había acordado de que las reglas del juego sólo permitían repartir siete; todo el mundo empezó a coger piezas alocadamente hasta que se vació la mesa—. A esas alturas, la partida estaba en un punto culminante. Alguien había lanzado un seis doble, encajándolo con audacia en una ficha con menos unidades, y ahora le tocaba a él. Su paladar anticipó el sabor de un nuevo sorbo de chiva.

Lenta, fríamente, contempló la cadena de fichas con expresión calculadora, y se llevó parsimoniosamente la jarra de licor a los labios.

—¡Venga, Silus, déjate de mierdas! —gritaron a coro sus adversarios, a los que dedicó una sonora carcajada.

—¡Eh, Silus! ¡Silus! —gritó alguien a su espalda. Por supuesto, le ignoró, y eligió una ficha al azar.

—Esta misma... —dijo para sí, y colocó al revés la ficha en el tablero. Los otros aprobaron la jugada.

—¡Silus, escúchame! —Sturglass apareció en su línea de visión, sacudiéndole por los hombros—. ¡Es importante!

—No... no hagas eso, o vas a ver como pinto de marrón tripa el tablero —se

quejó el pastor, deshaciéndose de la presa.

—¡Atiende! Tienes que despejarte... Uhm, ya sé. Espera un segundo.

El pastor no le vio marcharse, ni agarrar una jarra de agua fría del tonel de Py. Las fichas habían cambiado sobre la mesa. Alguien se había llevado la que él había puesto para añadirla a su colección particular Silus, indignado, cogió otra, y el objetivo del juego cambió radicalmente, del descarte a ver quién lograba quedarse más piezas. El viejo reía histéricamente cuando la ducha fría cayó sobre sus hombros.

Soltó tal alarido que se pudo oír en la plaza donde Sandra bailaba siguiendo los acordes de los bardos.

—Así me gusta —dijo Sturglass, satisfecho, y arrastró a su amigo a una esquina del bar, sentándolo en un taburete.

—¿Por... por qué has hecho eso? —protestó Silus, tiritando.

—Para despertarte. ¡Escúchame! Esto es muy importante. ¿Recuerdas las señales de las que hablaba mi mujer?

—Nnnno.

—¿Sabes quién es mi mujer? —tanteó Sturglass.

—¿Es que ya te has casado?

—Joder.

El minero buscó velozmente con la vista alguna otra jarra maldiciendo por lo bajo, pero Silus le agarró de la manga, riendo.

—Tranquilo, era una broma. ¿De qué señales me hablas?

—¿Recuerdas que Betty me vino a sacar del bar porque mi receptor estaba otra vez captando estática, no? Ya sabes que lo dejo siempre encendido y listo para grabar cualquier cotilleo que esos sinvergüenzas de Aemonis lanzan al aire.

Silus asintió, cansado. Lo sabía, lo sabía.

—Pues escucha esta —El minero extrajo un reproductor de su chamarra raída y lo puso en funcionamiento junto a la oreja de Silus.

Un zumbido empezó a surgir del aparato a medida que las bobinas arrastraban la cinta. Unos sonidos comenzaron a hacerse apenas audibles por encima del estruendo del bar. Py había construido su local con paredes de cemento, como Silus había hecho con su granja. Iba en contra de la tradición general (la costumbre era utilizar madera, mucho más barata y fácil de conseguir), pero su sentido práctico prefería la solidez a la estética.

Al principio, la expresión de Silus no varió un ápice. De hecho, Sturglass le notó más preocupado por un hilo que surgía de sus pantalones. Estaba tirando de él tratando de arrancarlo, pero lo único que conseguía era deshilar más la prenda. Silus iba a decir algo, enseñándole el trozo de hilo a Sturglass, cuando se paralizó. Agarró el reproductor con una mano firme, y se lo pegó más al oído.

Durante un largo minuto, se limitó a escuchar. Luego sus ojos se abrieron hasta

casi salirse de las órbitas.

—¿Cuándo dices que has grabado esto!? —rugió, agarrándole por los hombros con fuerza.

—Ya te lo he dicho —contestó Sturglass, zafándose a duras penas—. Acabo de recogerlo hace menos de veinte minutos. El tiempo que he tardado en grabarlo y venir a buscarte.

Silus se acercó a la mesa más próxima y le arrebató de las manos una jarra de un cuarto de litro de chiva a un aldeano. Haciendo caso omiso de sus protestas, se la bebió de un trago. Luego pareció más despejado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sturglass.

—Busca a todos los hombres que tengan un arma y no estén muy borrachos —la voz de Silus era firme y decidida—. Reúnelos en la Iglesia. Saca al padre Miguel del carromato de las putas y que se despeje, le vamos a necesitar.

—De acuerdo —dijo Sturglass, presto a marcharse. Silus le detuvo.

—Pero hazlo con discreción, ¿entiendes? Que nadie, y digo nadie, más de los estrictamente necesarios se entere de lo que pasa. Es mejor tener a la gente ocupada divirtiéndose que corriendo histéricos de un lado para otro.

—Muy bien.

El minero salió precipitadamente del local, tratando de disimular ineficazmente su prisa, mientras Silus, fajándose el pantalón, se sentaba de nuevo en el taburete.

Ya están aquí.

Una mujer pasó cerca de él, mandándole un beso volado mientras otro hombre tiraba muerto de risa de su falda.

Han llegado, al fin. Están aquí.

Con sorprendente seriedad, se puso en pie y se dirigió a la salida. Cuando pasó cerca de la mesa donde había estado jugando, alguien gritó:

—¡Eh, Silus, ven y acaba la partida, hombre! ¡Tom te ha robado ya once fichas!

Pero el pastor ya no escuchaba. Se le había pasado la borrachera de golpe.

* * *

Sandra estaba disfrutando de la fiesta. Por un momento, un simple segundo en que Marco la había atraído hacia sí y ella se había dejado abrazar, pareció que todo volvía a ser como antes, y la felicidad la embargó. No le gustaba mucho la manera que tenía Marco de hacerla dar vueltas, y menos con aquellos tacones, así que había tomado la iniciativa pidiéndole que se dejase llevar. Intentó no pensar en lo destrozados que iban a quedar sus preciosos zapatos al acabar la noche, y se vengó de Marco dándole pie para que diera un par de vueltas muy seguidas bajo su mano. El chico, visiblemente mareado, no pasó de la segunda y dio con sus huesos en el suelo

con un chapoteo. Sandra trató de controlar la risa mientras le ayudaba a levantarse.

—Buena pirueta.

—Zorra —se quejó él, y Sandra no pudo soportarlo más. Partida de risa, le dio un beso en la mejilla apartándole un poco el barro de la cara. Marco se aplacó, riendo también, y olvidó el traspié, su mente puesta en ese último beso.

Iba a intentar devolvérselo cuando una mano perentoria se apoyó en su hombro. Marco se giró para encontrar la mirada de Sturglass.

—Chico, tienes que hacerme un favor.

—¿Qué?

—Tienes que ir a buscar a tu padre. Y rápido. Dile que se despeje y que coja su escopeta, que la necesitaremos. Nos vemos en el patio trasero de la iglesia.

—Pero, ¿por qué demonios...? —se quejó el muchacho. Pero el tono tajante y la mirada de urgencia del minero hacían obsoleta cualquier réplica. Sturglass desapareció entre la gente con tanta celeridad como había llegado, dejando a la pareja estupefacta.

—¿Qué ocurre, Marco? —preguntó Sandra—. ¿Qué te ha dicho?

—No lo sé... —el joven meditó unos segundos y luego la besó en la mejilla, con semblante grave—. Creo que ocurre algo. Vete a casa.

—No. Dime qué ocurre, Marco.

—¡Joder, no lo sé!

El muchacho salió corriendo en dirección a su casa. Sandra, preocupada, le observó marcharse y esperó unos segundos, sin saber qué hacer. Luego fue a buscar a su abuelo.

Sturglass había logrado reunir a tres hombres, todos armados con escopetas de caza menor. Silus había desempolvado una pistola de agujas de sus tiempos de aventurero, con culata retraíble y cañón ahusado, pero ni siquiera sabía si los paquetes de munición funcionarían. Por eso se había traído la vara.

Silus contempló a su tropa en silencio. El padre Miguel intentaba ponerse de nuevo los calzones mientras vomitaba en la esquina del convento. Lo miró con desaprobación; llegado el caso, aquel hombre era el único guía que podía atraer medianamente la atención de la multitud. El alcalde estaba fuera de juego: era un hombre hipertenso que tomaba pastillas para dormir. Aunque lograsen despertarlo, las drogas lo mantendrían en estado de semivigilia al menos otro par de horas más. Y él necesitaba gente despierta.

Sturglass apareció con prisas trayendo a otro recluta más. Era Tom, el compañero de juergas del bar, que todavía aferraba una pieza de dominó entre los dientes. Sostenía como podía una pistola de clavos rescatada de su taller de carpintería.

—¡Por Dios! —se lamentó, señalando al nuevo recluta. Sturglass se excusó con un encogimiento de hombros:

—Me dijiste que trajera a quien estuviera disponible, y eso hago. Girodi no ha aparecido, pero se me ocurrió que podríamos usar a éste.

—Sturglass, cuando una idea cruza por tu mente realiza el camino más corto de Esperanza. ¡Eh, Tom!

El aludido sonrió, mostrando más encías que dientes.

—¡Stu, por amor de Dios, si no puede ni sostenerse en pie! ¡Mírale!

—De esho nada, compadre —refunfuñó Tom, enarbolando la pistola. Todos los demás se apartaron de un salto de la trayectoria del cañón, agachando las cabezas—. Puedo clavar el ojo de un mosquito con eshto sin que me tiemble el pulso.

—Sí, si el mosquito es tan idiota como para meterse de cabeza en el cañón —espetó Silus, tratando de calmarse—. Está bien. Esto es lo que tenemos. Tendrá que bastar.

—¿Qué es, Silus? —preguntó uno de los reclutas, el dueño de la pescadería—. ¿Qué estamos haciendo detrás de la iglesia, viendo cómo el cura vomita?

Los demás apoyaron la pregunta. Silus tomó aliento y se cargó al hombro su vieja vara de pastorear.

—Os lo voy a explicar con la mínima cantidad de palabras necesarias. Esta tarde...

El viejo cerró la boca de repente, como si le hubiera dado una parálisis repentina. Los demás rieron.

—Hombre, tampoco hacía falta que simplificaras tanto —dijo el pescadero.

—¡Silencio!

Todos callaron. Silus parecía ido, con un dedo levantado y la vista perdida en algún punto entre él y sus compañeros.

—¿Qué pasha? —dijo Tom al cabo de un momento, chupando el cañón de la pistola.

—Yo tampoco oigo nada...

Sturglass cerró la boca, dándose cuenta que eso era lo que Silus escuchaba: el silencio. Un silencio abrumador había caído bruscamente sobre el pueblo, una calma repentina más aterradora que cualquier sonido.

Los seis hombres junto con el tambaleante cura salieron de su precario escondite andando despacio, como temiendo llegar tarde a la comprensión de un hecho de dominio público. Llegaron a la plaza tras recorrer unos metros alfombrados con restos de vasos aplastados y comida llena de hormigas. Todo el mundo seguía allí, algunos todavía paralizados en ridículas posturas de baile o subidos a los tejados de las casas vecinas. Los músicos sostenían sus instrumentos con los dedos congelados en acordes silenciosos.

Todos miraban hacia la calle que comunicaba la plaza con la carretera del norte, el enlace con Pax Meritae.

Silus localizó a su nieta milagrosamente, casi chocando con ella. No se dirigieron una palabra; nadie habló ni se movió durante unos largos instantes. El pastor miró en la misma dirección que el resto, y sintió que su corazón daba un vuelco.

Parados a la entrada del pueblo, haciéndose eco del estupor general, había siete extranjeros.

Todos eran varones, de distintas edades y complexiones físicas. Cuatro de ellos, los que iban en retaguardia, eran muy jóvenes, soldados de mirada agresiva firmemente plantados sobre sus pies. Sus ojos se movían nerviosamente por las casas tratando de hacerse un mapa mental de la zona. De entre los cabecillas destacaba un hombre negro de complexión tremendamente robusta, que observaba a la multitud como si estuviese resolviendo un complejo puzzle matemático.

Silus se envaró al reconocer los trajes de campaña de la Armada Imperial, pese a que lucían un diseño bastante diferente del que él había conocido. Las pesadas armaduras de plástico ultradenso se habían sustituido por delgados trajes acolchados, de cerrado negro y azul frío para el tejido principal, rojo y amarillo para las insignias y distintivos.

Sandra tenía la vista clavada en el hombro del que parecía ser el jefe, un hombre apuesto y maduro que mantenía los brazos separados del cuerpo en señal de pasividad. La prenda lucía un parche del color de la sangre, en cuyo interior se distinguían dos leones gemelos tatuados en oro.

Silus abrazó a su nieta, notando que respiraba entrecortadamente.

Como ninguno de los presentes reaccionó, el cabecilla del grupo de soldados se adelantó unos pasos, y se dirigió a la población con voz firme:

—Bueno. Está claro que no nos esperaban. —Nadie rió el chiste, así que prosiguió, buscando un posible líder—: Soy el coronel de la Marina Imperial, Lucien Armagast. Mis hombres y yo hemos desembarcado en su planeta cumpliendo con órdenes dictadas por la Oficina de Administración, a través de su representante y del Comandante en Jefe del Ejército. Y... bueno, nos gustaría hablar con aquel de ustedes que esté al mando, sin tener que interrumpir la fiesta.

Silus miró de reojo al padre Miguel. El cura estaba medio adormilado en brazos de Sturglass, con la sotana manchada de vómitos. Maldiciendo para sí mismo, dio un paso adelante, destacándose. Su nieta le seguía muerta de miedo, pero aunque no salió de su mutismo tampoco se movió de su lado.

Tu madre estaría orgullosa, pensó Silus, y tomó aliento. Si iba a decir algo, tenía que procurar que aquella fuera una primera toma de contacto en condiciones.

El cabecilla de los recién llegados, aliviado de encontrar a alguien concreto a quien dirigirse, dio unos pasos hacia él, su uniforme marcial abriendo anchos senderos en la multitud. Ambos hombres permanecieron frente a frente, a dos metros de distancia. Silus carraspeó.

—Hola —fue lo único que se le ocurrió.

—Hola. Buenas noches —respondió el recién llegado.

—Buenas noches. Eh... disculpe nuestra actitud, pero es que hace mucho tiempo que no vemos extranjeros en Esperanza.

—¿Esperanza? —se extrañó Lucien. Sterling se apresuró a comunicarle mentalmente sus apreciaciones—. Ah, claro, Esperanza. En nuestros archivos consta bajo otra reseña.

—Ya... —Pasaron unos tensos segundos en los que nadie abrió la boca. El militar le miraba con expectación, sin atreverse a interrumpirle. Silus optó por lo único que en ese momento pasó por su colapsada cabeza—: Oiga, si no es una pregunta descortés, ¿podría decirnos qué han venido a hacer aquí?

Lucien pareció un poco incómodo. Había captado el miedo y el rechazo que flotaban en el ambiente, así como el tono sesgado en el acento de aquel viejo con pinta de haber salido de una fiesta con alto gradiente de alcohol. Sterling le sugirió telepáticamente que no hiciera mención por el momento a su misión, y que tratara de conectar con el cabecilla. La multitud se haría eco de la reacción de éste.

¿Conectar? ¿Cómo demonios quiere que lo haga? ¿No ha visto sus caras?, comunicó el Id de Lucien.

Aquí se esconde un resentimiento mayor del que esperaba. No me extrañaría que el motivo de la celebración fuera algún tipo de consorcio independentista, contestó Sterling. Su Id transmitía símbolos y constructos visuales de precaución en una banda telepática secundaria.

¿Y ahora me lo dice?, pensó Lucien. Teniente, luego hablaré con usted en mi despacho.

—Abuelo, creo que estamos siendo descorteses. Deberíamos invitar a estos caballeros a unirse a nosotros en la celebración. Quizá podamos entablar un primer lazo.

Todos miraron con asombro a la joven que había pronunciado esas palabras. Sandra se sonrojó un poco, rezando porque el maquillaje fuese lo suficientemente denso.

Lucien estaba asombrado. Aquella chiquilla, quien quiera que fuese, tenía un don capaz de atraer la atención de la gente. El Id de Sterling permanecía silencioso.

—Creo que esta hermosa joven tiene toda la razón —opinó el coronel—. Venimos en paz, y no portamos armas. Les pido que nos perdonen si nos hemos presentado sin avisar, pero no recibimos ninguna respuesta a nuestros mensajes radiados.

—No me extraña —dijo Silus—. En Reunión no hay ninguna antena dirigida al espacio. Somos un pueblo amante de la soledad. Pero mi nieta tiene razón; hemos sido descorteses. Síganme y puede que encontremos algo de bebida en los toneles de Py, si es que no se la han ventilado ya.

La gente expulsó aire en un murmullo de alivio. Silus, todavía de la mano de su nieta, guió la comitiva al bar. Sandra le estaba cortando la circulación de la muñeca, pero caminaba erguida y con paso seguro. Precedidos por Py, que limpiaba a toda prisa las mesas con un paño húmedo, tomaron asiento en silencio. Muchos aldeanos permanecieron alrededor haciendo como que continuaban con sus propios asuntos, pero sin perder de vista a los extranjeros.

El hombre negro parecía bastante hosco, pero a Sandra le indujo confianza. Les observaba con curiosidad pero con respeto, como quien estudia el comportamiento de un ecosistema que no ha visto nunca. Miraba las ropas de la gente y sus posturas, observando sólo los detalles. Sandra se ruborizó cuando él la pilló mirando fascinada uno de sus féreos bíceps: en Reunión jamás había habido un culturista que llegase hasta ese extremo de solidez corporal.

El segundo oficial, sin embargo, la inquietó. En sus hombreras había una estrella menos que en la del hombre negro, pero era algunos años mayor. Parecía introvertido, callado y atento a cualquier movimiento de más. Sus brazos reposaban relajados sobre las piernas, pero sus hombros estaban tensos. Se había sentado con las piernas arqueadas y el torso separado del respaldo de la silla, listo para ponerse en pie de un salto si algo iba mal.

Pero era el hombre que estaba al mando el que más atraía su atención. Había algo en él... tan sutil que no podía verse a simple vista. Algo en aquel rostro que era a la vez una expresión afable y un paradigma de la marcialidad.

Hay que ir con mucho cuidado, pensó Sandra.

—Es un bonito lugar, este —comenzó Lucien, rompiendo un poco el hielo—. ¿Cómo dicen que se llama? No consta en nuestros archivos.

—Reunión.

—Bonito nombre. Y «Esperanza». Nombres así son para lugares cargados de optimismo, ¿no?

—Es posible —asintió Silus.

—¿De dónde vienen ustedes? —intervino el dueño desde la barra. El soldado probó un sorbo de chiva antes de responder:

—Por aquí no se suelen ver muchos viajeros, ¿verdad? Entonces no es de extrañar que se sorprendan. Venimos de la Tierra.

La noticia produjo cierto estupor en los presentes. Lucien se fijó en que únicamente la niña se había sorprendido favorablemente. Los demás, incluido el viejo, se mostraron recelosos y algo incómodos. Para relajar tensiones, el coronel procedió a presentar al resto de la oficialidad que le acompañaba, dejando a la tropa aparte. De esta manera también ellos podrían participar en la conversación.

Sterling tomó la delantera:

—¿Qué se celebra? Veo una multitud reunida en un pueblo con mucha menor

capacidad para alojarlos.

—Es una fiesta nacional —Silus buscó una explicación rápida—. Se celebra... eh...

—La conmemoración de un evento —concluyó Sandra—. Nuestra llegada a Esperanza. Es una fiesta muy bonita.

—Eso desde luego —asintió Lucien con satisfacción.

—Supongo que con su infraestructura tendrán bastantes problemas para abastecer a semejante cantidad de gente con comida y bebida, ¿no? ¿Cómo saben cuánta deben preparar? —preguntó el psicólogo.

Lucien miró de reojo a su subordinado, sin saber a dónde quería llegar. Sterling le ignoró, concentrándose de manera un tanto exagerada en el viejo para que éste se sintiera obligado a responder.

—Bueno, siempre sabemos cuántos niños nacen y cuántos carcamales como yo mueren, así que... —sonaron unas risas—. Digamos que el volumen de personas no varía mucho de un año para otro.

—Pero hay bastante gente repartida por las cuatro aldeas del planeta, y cada una de éstas es numerosa. ¿Tienen ustedes algún sistema de censo, o algún archivo de nacimientos? ¿Algo donde consultar quién es quién en Esperanza?

Lucien se humedeció los labios, felicitando al teniente para sus adentros. Tal vez aquello funcionase.

—No, nunca lo hemos necesitado hasta ahora. Teníamos una lista de pasajeros en la nave, pero ya es obsoleta. Muchos se han ido y otros han venido.

—¿Ni siquiera las instituciones públicas se preocupan de hacer un recuento? ¿No pagan impuestos?

—La verdad es que no —rumió Silus, receloso—. ¿Por qué lo preguntan?

—Es curioso que no tengan industria ni contacto con naves estelares —cortó Lucien, cambiando de tema—. ¿Cómo es eso posible? Esperanza está lejos del cúmulo central, pero no es la Frontera. Hay planetas civilizados e industrializados a casi el doble de distancia que este.

—¿Los hay? —se extrañó Silus. Cuando ellos habían decidido fundar Reunión, Esperanza era la cota más alejada del núcleo del Imperio que se podía encontrar en los mapas. Ahora había mundos industrializados más allá.

Pues sí que cambian las cosas en cuarenta años, pensó, acordándose de Ventrell.

—En realidad no están tan lejos de la Marca —prosiguió el soldado—. Existen mundos terraformados más allá de la nebulosa del caballo con la misma zeta negativa que ustedes, pero se colonizaron hace relativamente poco. A estas alturas ya son planetas industrializados y prósperos —carraspeó—. Su caso, de todos modos, es bastante singular.

—Bueno, no tanto como usted se piensa —Silus se sirvió otra jarra—. Esperanza

no es un mundo rico en minerales, ni está situado en una zona de gran valor estratégico. Es un sitio donde podemos vivir a nuestro gusto; nacer, crecer y morir en medio de trivialidades cotidianas. Lo mismo que en muchos otros lugares, supongo.

—Tiene razón —convino Lucien—. Es un buen lugar donde perderse y formar una familia cuando se está cansado de todo.

—Y eso me lleva a formularme una pregunta —murmuró el viejo, frunciendo el entrecejo.

Allá vamos, se dijo Sandra, y cogió la mano de su abuelo por debajo de la mesa. En ese momento se dio cuenta de qué era lo que la inquietaba del jefe de los soldados: en todo el tiempo que llevaba sentado a la mesa, no había parpadeado ni una sola vez.

—Es referente a su presencia aquí —continuó Silus—. No es que nos moleste, claro, pero... No logro encajar las piezas. Si no somos de interés estratégico, ni podemos ofrecer grandes beneficios económicos a ningún inversor, ¿por qué han viajado ustedes desde tan lejos? ¿Por qué han perdido tanto tiempo para llegar a esta bola de barro? ¿O es que están aquí por casualidad?

El coronel apoyó las manos sobre la mesa, cruzándolas en un gesto de seriedad. Se estaba pensando la respuesta, y eso asustó más a Silus que cualquier otra cosa.

—Señor...

—Silus.

—Eh, Silus. De acuerdo. Señor Silus —empezó el jefe de la expedición—. Nuestra presencia aquí no es accidental, es cierto. Un problema de índole interna ha requerido que mis hombres y yo nos desplazáramos en persona para visitarles, ya que el destino ha querido que sólo ustedes puedan ayudarnos a resolver ese... inconveniente.

Hubo murmullos y cuchicheos, pero Silus los acalló con un gesto.

—Dejadle hablar —ordenó.

—Gracias. Disculpe mi torpeza, pero la falta de información sobre este lugar es desesperante. Eso en mi trabajo supone un gran inconveniente. Aquí, en Esperanza, ¿están al tanto de las noticias de última hora en la Red? —Lucien observó satisfecho los rostros de incompreensión—. Veo que no. Bien. Por motivos que son clasificados de alto secreto, debo hablar urgentemente con una persona de este planeta.

Los murmullos arreciaron. El alférez Santana se encrespó, acariciando con el dedo índice la aguja de presión que ocultaba en la manga.

—Pero, debido a que no conocemos más que unos pocos datos sobre esa persona, y el que este sea un lugar prácticamente deshabitado, eh... sin ofender. —Silus le dedicó un gesto trivial, invitándole a proseguir—... Y visto que casi toda la población se encuentra aquí esta noche, me da la impresión de que nuestro trabajo se va a simplificar mucho. —Los ojos de los leones que blasonaban las insignias parecieron

destellar malignamente bajo la luz de las lámparas del bar.

—Y quién... ¿Quién es esa persona a la que buscan, y para qué? —preguntó Silus, al fin.

—El porqué es un asunto privado entre el Emperador y esa persona. El quién, bueno, sólo tenemos algunos datos sueltos. Sabemos que es una mujer, que es joven, y...

Sintiéndose estúpido, Lucien sopesó rápidamente las opciones, el tiempo disponible, los pros y los contras... y se resignó. Ante la falta de censos o documentos escritos que poder consultar, decidió acudir al sistema básico.

Tantos años estudiando Táctica y Procedimientos para esto.

—Está bien —continuó, en tono de extrema confidencialidad—. ¿No sabrían decirme ustedes cuántas personas cuyo nombre de pila sea Alejandra hay en Reunión ahora mismo, no?

* * *

Evan despertó con la mayor resaca que había tenido en su vida, y había soportado algunas muy duras. Los colores caían lentamente hacia su mezcla estándar de rojos, verdes y azules, pero en el trayecto su mente tuvo tiempo de apreciar formas y movimientos distantes.

Es el gak.

Con los sentidos aún entumecidos por la droga, recorrió la estancia para comprobar dónde se hallaba. Estaba tumbado en una cama de hospital. Una leve presión palpitaba en su antebrazo; Evan alzó la cabeza para ver qué la producía, y un repentino mareo le hizo ver el lugar patas arriba. En una mesa adjunta a la cama había una bandeja con algunos restos de comida liofilizada, bebida estimulante y vitaminas, todo en prácticos tubos para lactantes. Se incorporó, un poco más despacio para que no le sobreviniera otro mareo, y buscó una salida.

La habitación era bastante pequeña, decorada en tonos pastel. No tenía ventanas, pero un tragaluz sito en el techo le comunicó que todavía era de día. Estaba a punto de llamar a alguien cuando la puerta se abrió y entró un enfermero, llevando unas toallas limpias. Al verle, dibujó una amplia sonrisa.

—Veo que ya está usted despierto —comentó con voz afable—. Se nos estaba saliendo del cuadro de casos normales.

—¿Dónde estoy? —preguntó Evan, con la lengua pastosa y las mandíbulas doloridas.

—Todavía en Palacio, no se preocupe. El servicio aquí es gratuito, siempre que venga usted recomendado. Y, amigo, sus referencias son inmejorables.

—¿Qué día es?

—Nueve de septiembre, ¿por qué?

Llevaba casi una semana en coma.

—¿Quién... quién me trajo hasta aquí?

—El coronel Connor. Nos pidió que le avisásemos en cuanto usted hubiese despertado. Espero que no le moleste que lo haga.

—Por favor —invitó Evan, rascándose con fuerza un picor que le invadía la espalda. Su propio olor le desagradó. Probablemente le habrían aseado con toallas y desodorantes, pero notó que le hacía falta una ducha de verdad. Y tenía ganas de vaciar la vejiga.

El enfermero se disculpó y salió de la habitación, llevándose la bandeja de comida. Supuso que Connor o un subalterno aparecerían tarde o temprano. Mientras, intentó hacer unos ejercicios de calentamiento. Los brazos y el abdomen al menos le dolían, pero las piernas las tenía dormidas, aletargadas. Comenzó a masajearlas hasta que las familiares punzadas de las agujetas hicieron acto de presencia.

Apenas cinco minutos después la puerta volvió a abrirse. Connor entró, sonriente.

—Buenas tardes, señor Kingdrom. ¿Cómo ha dormido?

—Digamos que he tenido sueños incómodos.

—Eso está bien —aprobó el coronel, las manos en los bolsillos—. Espero que se haya recuperado del todo. Es hora de que se ponga a trabajar.

—Por supuesto —susurró, poniéndose en pie—. ¿Qué me ha ocurrido?

—Dígame usted. ¿Qué vio mientras estaba bajo la influencia del gak?

Evan recordó las impresiones psíquicas del encuentro. Notó enseguida una huella psíquica implantada en un rincón oscuro de su mente, una región oculta que antes no estaba allí. Eso le sorprendió. Un derivante aprendía con bastante rapidez a analizar su propia estructura mental en busca de lesiones encubiertas. Pero allí había una zona de penumbra. Un lugar oscuro, cegado por las tinieblas de una represión condicionada. Era la primera vez que veía algo así en su propia mente. Miró a Connor sin saber qué decirle.

—¿Qué ocurre, Evan?

—No... no lo sé. Creo que algo no va bien.

—¿Qué ha visto?

El soldado se puso en pie. Como un navegante casual a través de su propio cerebro, trató varias veces de internarse en la zona oscura, pero algo le repelía. Le dio miedo ese lugar. Parecía como si algo se hubiera alojado allí y estuviese preparado para saltar sobre él si se acercaba demasiado. Volvió al mundo real con la celeridad de un latido, y recogió el mando de su cuerpo en mitad de una exhalación.

—Recuerdo impresiones muy fuertes —explicó—. Aterradoras. Nunca antes había visto nada igual.

—¿Puede describirlas? —le animó Connor, sumamente interesado.

—Es como si... por un momento, hubiera estado dentro de la cabeza de esa cosa. Recuerdo con claridad sus pensamientos.

—Siga.

—Ese ente... me resultaba muy familiar —meditó el soldado—. No sé si sabré explicarlo. Despertó en mí una especie de afinidad racial, como un recuerdo olvidado que surgiera de repente a la luz. No puedo describirlo de otra manera. Pero no puede ser, ¿verdad? A menos que... aquella estatua...

—¿Qué más recuerda, Evan? Es importante que me lo diga.

—Un hombre. —Paseó de nuevo, como si los movimientos pudieran avivar la llama del recuerdo—. Un hombre muerto, cuya forma actual no le pertenece. Y una mujer extraña, una niña que se aleja. ¡No! No se aleja. Viaja lejos, muy lejos, pero está siempre cerca del ente. En estrecho contacto con él.

—Ya veo —susurró el coronel, mesándose la barba cana y afilada.

—Mis sentidos se obstinan en perseguir esas presencias fantasmales, pero creo que sólo es una proyección. Es el ente quien las está buscando, y lo que yo hago es hacerme eco de su ansia. Una caja de resonancia motivacional.

El coronel asintió, aparentemente satisfecho, y consultó la hora.

—¿Qué era, coronel? —preguntó—. El sueño no fue una simple alegoría. Usted sabe que esa catacumba existe. Lo veo en su mente. ¿Qué era esa cosa?

—Eso, Evan... Es algo que tiene que ver con su misión. Lo entenderá en su momento.

—No, en su momento no —dijo aprensivamente—. Usted no lo entiende. Mis pantallas siempre han sido las más potentes que un humano ha sido capaz de desarrollar. Ni siquiera los miembros de las Logias que he encontrado en el curso de mis viajes poseen recursos de defensa tan poderosos como los míos. Es un don.

Connor le observó, impertérrito.

—Ese... lo que sea —continuó Evan, harto de acertijos— penetró tan fácilmente en mis protecciones como si no estuviesen ahí. Fue una comunión psíquica, en un grado tal de intensidad como jamás había visto antes. Por un momento, yo fui esa presencia.

—Comprendo.

—Dudo que lo haga.

—Si se encontrara de nuevo con el rastro de esas personas que dice haber visto, ¿podría reconocerlo? ¿Sería capaz de seguirlo?

—¿Bromea? Tengo su reflejo mnémico tan claro en mi mente que es como si estuviera viendo un maldito retrato —replicó Evan—. ¿Son ellas los... mis objetivos?

Connor pareció meditar la situación unos momentos, y luego palmeó el hombro de su contertulio, dando por terminada la reunión.

—Nos veremos en el muelle seis, dentro de una hora. Le proporcionarán ropa

adecuada cuando salga de aquí. No se retrase.

—¡No, espere un momento! ¿Qué dem...?

Evan paró en seco su queja. Tras un repentino parpadeo, se encontró a sí mismo tumbado en la cama, con el anillo de presión en torno a su brazo. La puerta de la habitación se abrió y entró un enfermero portando unas toallas limpias. Se sorprendió al ver al paciente retirando las sábanas.

—Veo que ya está usted despierto —sonrió, dibujando un gesto afable en su rostro.

Evan comprendió por qué Connor no había usado detectores de escuchas para escurar la conversación.

* * *

El muelle seis era una plataforma de despegue situada en el ala sur del edificio. Estaba casi desierta de personal cuando Evan llegó. Tan sólo un par de unidades automáticas de apoyo trabajan activamente acabando de reabastecer la cápsula que descansaba en su centro.

Connor esperaba en un extremo de la pista, hablando con un técnico de vuelo. Eran las únicas personas que había en la plataforma. Evan se sintió levemente decepcionado; había guardado esperanzas secretas de que la Arconte en persona hubiese estado allí para despedirse.

Él mismo rió su propia inocencia.

—Evan. Por fin —saludó Connor, despidiendo con un gesto al ayudante de pista.

—Coronel.

—Me alegra que esté listo. Debe partir enseguida. Este enlace le llevará a la pinaza que espera en órbita. Su destino es Damasco; acompañará al grupo de escolásticos de un equipo de investigación pentaísta, que estudiarán durante las próximas semanas una inteligencia artificial naciente, un ninot. Espeto que se encuentre a gusto con el traje.

En la escasa hora que había transcurrido, Evan había tenido tiempo de ducharse, comer algo y vestirse con el sayo eclesiástico que le habían proporcionado. Cuarenta botones le habían entretenido durante cinco minutos.

—La talla es correcta —dijo—. Lo que me extraña es su elección.

—En el lugar donde va a ir pasará totalmente desapercibido. Esta es su documentación.

Connor le entregó una cartera a juego con la moda del conjunto. En su interior encontró un carné de identificación fabricado en plástico transparente, un fajo de billetes color turquesa con numeración en dos códigos distintos, algunas credenciales y una foto antigua de una mujer que no conocía.

—¿Quién soy ahora?

—Un especialista en arquitectura de personalidad IA. Volará con el concilio de ecuménicos como observador. No se preocupe, ellos no le harán preguntas.

Evan le miró sin entender.

—Pero yo no entiendo nada de psicología de inteligencias.

—Su objetivo sí, no se preocupe. Él le instruirá sobre lo que debe decir y hacer. Péguese a ella en cuanto le sea posible y todo irá bien.

—¿Quién es la chica? —preguntó Evan, guardándose la cartera en un bolsillo de la sotana.

—Su objetivo —Connor sonrió, acompañándole hasta la rampa del aparato—. Trabaja en Damasco. Su nombre es Fedra; la localizará a través de los pentaístas. Ella está íntimamente relacionada con el ninot.

Evan se instaló en el interior de la cápsula. El sillón lo abrazó como si estuviese vivo.

—Espero que recuerde cómo se pilotan —inquirió Connor, apoyando una mano en la compuerta de ala de gaviota—. No le será difícil; es un corcel muy pequeño.

—¡Un momento! ¿Sabe ella quién soy yo?

—No.

Se dispuso a protestar, pero el coronel le silenció con un gesto.

—La velocidad es un factor importante. Reúnase con el resto de los pentaístas, encuentre a nuestro hombre y vuelva. Y recuerde que la Oficina le estará buscando. No descuide su espalda en ningún momento.

—Espero que sepan lo que están haciendo.

—Confiamos plenamente en usted. Créame, es la mejor elección.

Connor iba a cerrar la carlinga, pero Evan le detuvo.

—Laura.

—¿Qué?

—Mi mujer. Laura. Ella es a quien quiero a cambio. Ustedes hablaron de poder. De aspiraciones vitales. Pues bien; quiero que ella vuelva. No me importa cómo ni cuándo, pero la quiero conmigo.

—Está bien —asintió el coronel, como si ya hubiese estado esperando esa petición—. Lo haremos. La traeremos de vuelta. Ahora váyase, Evan, y tenga cuidado: no se fíe de nadie. Ni siquiera de usted mismo.

—¡Un momento! ¿Quién es mi objetivo real? ¿Y por qué habló de él en pasado?

—Porque está muerto. —Connor selló la carlinga antes de que Evan pudiera protestar, y transmitió:

«Su objetivo es un pintor que lleva veinte años estándar convertido en uno de sus propios cuadros, señor Kingdrom: Delian Stragoss.»

* * *

La tormenta arreciaba de nuevo.

En el jardín de la granja de Silus, Ventrell pasaba el tiempo observando el cielo. Trozos de banderolas mojadas y vasos arrastrados por el viento trataban de colarse por los huecos de la cerca. Reunión tenía entonces el aspecto de una ciudad fantasma. Los únicos signos de vida eran los destellos de luz en algunas ventanas, producidos por los hogares que rescataban a los ciudadanos de las bajas temperaturas de la noche.

Ventrell se concentró en una figura que cruzaba con prisas la calle, rumbo a la taberna. Reconoció los gestos de Marco, el hijo de Antonio Girodi. Llevaba un objeto tubular y alargado enfundado en una vaina de tela.

El árbol reflexionó. Llevaba toda la tarde sintonizando con las frecuencias que usaba la nave extranjera, para comunicarse con el equipo de tierra. La vigilancia de Ventrell había sido pasiva en todo momento: no quería que le localizara ningún sensor de rastreo.

Con la lentitud que caracterizaba a los de su especie, se desarraigó y avanzó por la calle rumbo a la plaza central.

* * *

Marco se secó las botas en el felpudo del bar. Encontró a Sturglass en su lugar favorito, cerca de la barra, hablando acaloradamente con unos compañeros. No había rastro de la mitad de los soldados imperiales. Dedujo que habrían vuelto a su nave espacial. Sin embargo, el coronel seguía sentado en la misma mesa, hablando confidencialmente con Silus y su nieta.

Esquivando a algunos grupos, Marco llegó hasta Sturglass, tocándole con la escopeta. Al verle, el minero le dio la bienvenida fervorosamente y le pasó el arma a Py para que la escondiera tras la barra. El muchacho notó que la suya no era la única en el local: algunas formas puntiagudas deformaban los abrigos cuando sus propietarios se inclinaban para servirse otra cerveza.

—No es un proceso fácil de entender —comentaba Lucien—. Los candidatos a Arcontes no se sufragan popularmente, ni poseen un derecho de cuna que les garantice la ascendencia al trono. Cada monarca elige a sus sucesores entre aquellas personas cuya comunión psíquica es la adecuada para que el Regente nazca espontáneamente tras su combinación inicial. Es lo que llamamos Convolución.

—Me parece que todo esto es una locura —protestó Silus—. A lo mejor no le he entendido del todo bien. ¿Está sugiriendo que mi nieta es uno de los elegidos para acceder al trono?

—Algo así, sí.

—No me lo puedo creer —Silus se llevó las manos a la cabeza, repitiendo—: No me lo puedo creer.

—Todo cambio de regente implica un trauma para la estructura social del Imperio, Silus. Ningún castillo de naipes tan frágil resiste un golpe en la base de su diseño, a menos que podamos asegurar con rapidez su continuidad funcional, su estabilidad en el tiempo. No podemos aspirar a entender las complejas leyes que rigen el Metacampo, ni por qué algunas personas son bendecidas con poderes paranormales y otras no; por qué algunos nacen para ser reyes y otros para ser soldados o granjeros. Es un hecho, un don fortuito que nos ha sido regalado, y hay que aceptarlo como tal.

—Lo que sigo sin entender es por qué ella —graznó el pastor, al que empezaban a hacer efecto los litros de alcohol.

—El Emperador mismo, en su infinita sabiduría, la ha designado como uno de los vértices en el diagrama de su sucesión. Alejandra, aquí presente, tiene el inmenso honor de poder convertirse en un Arconte imperial, si supera los requisitos apropiados.

—¿Y cuáles son esos requisitos? Que yo sepa, todo eso de lo que usted habla tiene que ver con el Metacampo, ¿no? Con la conexión a la metared.

Lucien asintió, consultando el reloj. Habían previsto en un principio una espera de dos a cuatro órbitas del San Juan para darse tiempo a encontrar a la joven, pero ya que habían resuelto el problema con tanta celeridad, prefería partir de inmediato. Cuanto más tiempo pasaran allí, mayor peligro corrían de que hubiera un problema imprevisto (incluso un levantamiento popular), y la chica resultara herida.

—Teniente, prepare la lanzadera —murmuró pasando a mnemoglos. Un chasquido le respondió en el comunicador:

—Estamos despegando.

—Ha de saber —continuaba Silus, con la voz congestionada—, que mi nieta nunca ha tenido poderes psíquicos. ¡Jamás en la vida! Ni sabe siquiera lo que es un meta... eurk, eso.

—¿Cómo? ¿Nunca ha tenido contacto con el Metacampo? —se sorprendió el coronel; aquello sí que no lo esperaba.

—¡Jamás! Y le diré otra cosa: ella nunca querría abandonar su casa ni a su familia, si la tuviera. Y no la tiene por culpa de gente como ustedes.

Sturglass hizo una señal a algunos de sus conciudadanos. Py extrajo un par de bultos de detrás de la barra, mirando nerviosamente a su alrededor. Marco se tensó. En el local sólo quedaban tres soldados: Lucien, aquel al que llamaban alférez y un infante. Marco buscó consejo en los ojos de Sturglass, pero éstos estaban perdidos en una laguna de arterias rojizas provocada por el abuso de chiva. Era una mala noche

para trazar planes coherentes.

Pero por nada del mundo iba a permitir que aquellos cerdos se llevaran a su novia.

Mientras, Lucien contemplaba a Sandra como sopesando posibilidades. La chica no había abierto la boca desde que él pronunció su nombre. ¿Entendería aquella chiquilla el honor del que se la estaba haciendo meritoria? ¿Conocería la magnitud y las implicaciones reales de la noticia que acababan de darle? Sinceramente, lo dudaba.

Su reloj emitió una señal de aviso. Optó por:

—Hemos de irnos —al tiempo que se levantaba—. Necesito una respuesta. El transporte va a alcanzar la ventana de lanzamiento dentro de escasos minutos, y debemos estar a bordo con suficiente antelación.

Los soldados se pusieron en pie, sin perder de vista a la niña. Sandra seguía sin reaccionar.

—¿Una respuesta? —dijo Silus, levantándose. Temblaba tanto que necesitó el apoyo de la silla para conseguirlo—. ¿Está seguro de que quiere una?

—Me temo que sí.

—Coronel, hay doce hombres armados repartidos por el bar —susurró Ashakawa por el intercomunicador—. Podemos incinerarlos a todos desde aquí arriba sin tocar a nuestros hombres ni a la chica. La seguridad del resto no puedo garantizarla por encima del cuarenta por ciento.

—No —murmuró Lucien—. Están borrachos. Una bala perdida podría alcanzar a la niña. Prepárese para vaporizar el pueblo entero si es preciso cuando hayamos salido de aquí.

* * *

En la plaza, Ventrell irguió sus ramas para sintonizar mejor aquellos mensajes de difícil decodificación. En medio de un absurdo silencio, una lanzadera de enlace sobrevoló el poblado, un ave ligera pero de aspecto amenazador. El piloto realizó unos giros preliminares antes de descender y posarse junto a los vacíos escenarios.

* * *

—Señores, ha sido un placer conversar con ustedes, pero el tiempo apremia —concluyó Lucien, y miró a la chica—: Sandra, tienes que venir con nosotros. Si no superas las pruebas, y es posible que eso suceda, estarás de vuelta antes de que te des cuenta. Si no es así... Bueno, entonces te espera una gran responsabilidad, una deuda de honor ante muchos mundos y billones de personas. Muchas más de las que dejas

atrás.

—¿Cómo se atreve? —le interrumpió Silus, exacerbado—. Viene aquí, nos dice que su gente necesita nuestra ayuda, y que la va a tomar queramos o no. Ustedes siguen siendo los mismos, no importa cuántos años pasen. Se llevaron a los padres de esta chica hace años, y ahora quiere raptarla a ella.

—Las cosas no son tan sencillas, Silus.

—Usted lo ha dicho. Son muy complejas. Y por eso ella se va a quedar aquí —repuso tercamente.

Sandra elevó la vista y se enfrentó al oficial, por primera vez.

—¿Qué ocurrirá si me niego? —dijo con calma.

El soldado la ignoró, concentrándose en alisar unas arrugas que se habían formado en su pantalón.

Y la amenaza implícita sonó más alto que la algarabía del local. Sandra vio los leones del estandarte, y una ola de recuerdos terribles la sacudió como un terremoto. Durante un segundo estuvo otra vez en aquellos pasillos vacíos, sintió el pavor y escuchó los gritos desgarrados de su madre mientras era violada por los soldados.

Cuando volvió a la realidad, uno de ellos todavía estaba de pie delante de ella, ofreciéndole la Corona.

La Corona.

Sandra miró en derredor y vio a sus compatriotas, sus vecinos y amigos, su única familia. La gente a la que amaba. Dolía reconocer la facilidad con que sus sueños habían abdicado ante el avasallador peso de los acontecimientos.

No puedes negarte.

La joven se puso en pie.

—Como próxima Arconte y deoEmperatriz —dijo, y su voz no tembló en absoluto—, te doy la primera orden. Deja a este pueblo en paz e iré con vosotros. Si cualquier otra nave de guerra de la Flota vuelve a aparecer en Esperanza, pagaréis por ello.

—¡No! —gritó Silus, agarrando a su nieta por el traje. El ademán del pastor deslizó un asa por debajo del hombro de la chica—. ¿Qué estás diciendo, chiquilla?

Sandra no le contestó. Colocándose bien el vestido, acompañó a Lucien al exterior. Allí les esperaba la lanzadera, con la rampa de entrada desplegada. El teniente Sterling les hacía señas desde el interior:

—¡Vamos, vamos!

—Eres muy valiente, niña —murmuró Lucien para que sólo Sandra pudiera oírle—. Estás salvando la vida de tu pueblo, y la de todo un Imperio.

—No —corrigió ella—. Estoy salvando la tuya.

Los aldeanos se habían dispuesto en abanico frente al local: ya no se molestaban en ocultar sus armas. Silus se adelantó unos pasos. Vio que el hombre de la lanzadera

enarbolaba una pistola de diseño desconocido.

—¡Alto! —gritó una voz apenas audible en medio del vendaval. No era la de Silus.

La comitiva se giró al pie de la rampa. Sandra, horrorizada, distinguió a través de las lágrimas la figura de Marco, recortada frente a la puerta del bar, sosteniendo su escopeta.

—¡Marco! —gritó. Lucien se colocó delante de ella, para protegerla de cualquier disparo.

—Quieto, chico. No sabes lo que haces.

—Al contrario —contestó con acritud el muchacho—. Lo sé muy bien, maldito bastardo. No dejaré que te la lleves.

—Marco, no lo hagas —suplicó Sandra, pero su voz no atravesó el ruido de la tempestad. Silus se acercó trastabillando al joven, haciéndole un gesto de contención.

—Tranquilo, muchacho. Te matarán antes de que puedas disparar —se giró hacia su nieta—. Sandra, por favor, no te vayas. No tienes por qué hacerlo.

—No me queda otro remedio, abuelo —sollozó la chica. Algunos mechones de su pelo caían desordenados sobre su frente.

—Todo esto es innecesario —dijo Lucien, furioso—. Alejandra, sube al aparato. Debemos partir:

—¡Sandra, espera! —Silus avanzó unos pasos.

El martilleo del arma de Marco sonó claro y potente. Todo lo demás pareció transcurrir a cámara lenta: alguien gritó. Silus dio un salto hacia el chico. Detonó una explosión, pero no provenía de ninguna escopeta. El ruido había sido más frío, más tecnológico. Sandra chilló, y corrió a sostener el cuerpo ensangrentado de su abuelo.

Lucien giró a tiempo para ver cómo Sterling apretaba el gatillo. El lanzadardos de munición blindada sólo necesitó un disparo para derribar al anciano.

La cara del chico, Marco, era una máscara de horror. La escopeta no disparada temblaba bajo sus dedos. De no ser por la intervención del anciano, él habría recibido esa bala.

Sandra recogió el cuerpo de Silus. Un orificio perforaba uno de los pulmones. El proyectil se había alojado en su caja torácica y había explotado, pulverizando el pulmón derecho con la metralla. Un reguero bermellón brotaba al ritmo de los entrecortados latidos de su corazón, dejando escapar la vida sobre las manos de la joven. El pastor aún estaba vivo, e intentaba localizar la cara de su nieta con movimientos compulsivos de sus pupilas. Su delgado cuerpo temblaba presa de débiles estertores.

Marco contempló la escena gimiendo de terror, sintiendo cómo la culpa hacía astillas su interior.

El viento tiró una maceta de uno de los balcones adornados de la plaza. El crujido

que provocó al tocar el suelo fue lo único que se oyó en la aldea por espacio de unos segundos.

—Coronel, en posición —siseó la voz de Ramko en el comunicador—. Seis minutos para rebasar la ventana de traslación. Deben subir ya.

—Recibido.

El coronel contempló la espalda de la chica, encorvada sobre la patética figura del pastor. En el fondo, lamentaba lo que había pasado: consolar a la chica y separarla del viejo les costaría preciosos minutos que no tenían.

Lucien avanzó hacia ella, dispuesto a decir algo, pero se paralizó ante un murmullo ahogado.

—Iré con vosotros si me prometes que viviré.

—¿Qué?

—Magia —susurró Sandra, levantándose en un impresionante acto de volición—. Magia tecnológica. Sé que podéis hacerlo. Podéis revivir a los muertos y curar a mi abuelo.

Sandra elevó la voz por encima de la tormenta, y todos pudieron asombrarse de la decisión que escondían sus palabras.

—Si me prometes que lo haréis, iré con vosotros y seré vuestra reina.

Lucien asintió, conmovido por el espíritu de la chica. Jamás había conocido una fuerza semejante. Aunque no lo admitiría en voz alta, en ese momento se sintió orgulloso con la idea de poder servir algún día a las órdenes de aquella mujer.

—Lo prometo. Ahora vamos. Teniente...

Adelantándose a la orden, su factótum recogió el cadáver. Nadie se movió cuando la rampa de la lanzadera se cerró sobre la encorvada figura de Sandra. Ella tampoco se volvió para echar una última mirada a su hogar. Fue durante un instante cuando se paró y atesoró un simple sonido, o tal vez un perfume, pero no concedió a su corazón el hiriente placer de un último vistazo.

Los efectores de gravedad elevaron la nave hasta hacerla desaparecer tras el opaco manto de las nubes.

Nadie en Reunión pronunció una sola palabra más aquel día. Todos se retiraron en silencio a sus casas o de vuelta a sus respectivos poblados. Sólo quedó un testigo de los hechos para saludar a la aurora, un árbol parlante que de repente se sentía viejo y cansado. Unas gotas de savia resbalaban por las grietas de su corteza, buscando su camino por sendas que dibujaban los oscuros ojos de una mujer muerta mucho tiempo atrás. El árbol la dejó fluir en gran cantidad, expresando su hondo pesar a las titánicas tormentas que se adivinaban en lontananza, hasta que ni siquiera la lluvia pudo borrar su cauce.

Así fue como, por vez primera en su vida, el árbol Ventrell lloró.

Capítulo 4

La flota surgió del Metacampo como un espejismo.

Los agresivos contornos espinados de los buques de guerra se perfilaron en colores oscuros contra el disco de Nubia Sagitarii, una estrella azul de tercera magnitud cuyo fulgor apenas bastaba para ocultar el núcleo de la nube de protomateria que giraba a su alrededor.

Nada más cobrar consistencia física, un enjambre de alas ligeras surgió de los hangares para rodear en anillos concéntricos los planos de rotación de los destructores. Las cuatro enormes moles de batalla tomaron rumbos diferentes, dispersándose perpendicularmente al eje de agregación de la nube. Cientos de sensores de exploración y radioescuchas peinaron el espacio en un radio de una UA, buscando señales de tecnología. Macrotaxis pananalíticas de simulación virtual reprodujeron modelos informáticos del entorno hasta una profundidad estructural de cien mil nanómetros, infiriendo la actuación de cualquier núcleo de influencia gravitatoria y electromagnética no natural. Los radares doppler catalogaron las velocidades de doscientos veinte mil objetos de masa no despreciable y sus trayectorias relativas, buscando cambios bruscos de rumbo o aceleración. Los hambrientos sacerdotes del Teleuteron expandieron sus consciencias cabalgando las fluctuaciones del Metacampo, persiguiendo rasgos de presencias mnémicas activas, sin resultado.

Por tercera vez consecutiva, la flota no encontró nada de lo que buscaba.

Elena observaba el espacio a través del foso táctico del Alexander. Disfrutaba de un plano general del núcleo en formación del sistema. La Sagitarii era una esfera aterciopelada de una tonalidad a caballo entre el iridiscente lapislázuli de los mares de la Tierra y el agresivo azul primario de la electricidad salvaje: una canica refulgente que flotaba en el centro del disco de polvo y rocas emitiendo destellos espinados de colores fríos y sombras por entre las capas de hidrógeno, helio y núcleos de carbono. A su alrededor, girando como manchas negruzcas en la nitidez del gris químico de la nube, orbitaban los nodos de condensación. Elena contempló el más cercano, preguntándose si alguna vez aquel embrión de planeta llegaría a poseer vida.

Uno de los más hermosos placeres del viaje estelar era recuperar pequeñas cantidades de la ilusión inherente al ser humano de poder hacer descubrimientos, de ver por primera vez lugares o seres que nadie hubiera contemplado jamás. La frialdad objetiva de la lógica y el cientificismo operaba constantemente en contra de tales sentimientos, pero en momentos como aquél a Elena le resultaba difícil no ponerse un poco soñadora. ¿Estaría evolucionando el germen de la vida en los inmensos espacios que ellos profanaban con sus ojos electrónicos? ¿Qué eran aquellas extrañas cortinas que pintaban de intensos colores el anillo de radiación de la estrella?

El perímetro de su visión aún estaba borroso. Era como si las imágenes que bordeaban su campo visual cayeran hacia el centro sin moverse del sitio, un efecto colateral del viaje por el Metacampo. El tamizado chasquido de docenas de engranajes articulando en sus sienas hizo que cerrara los ojos un segundo. Para viajeros no acostumbrados, eso y la sensación natural de inestabilidad ante la falta de gravedad solía ser una combinación fatal que generalmente acababa en el inodoro. Elena pensó en los centros de proyección, lejos, en las entrañas de la nave, donde ni siquiera ella tenía autorización para entrar: los santuarios de los sacerdotes que entraban en comunión mnémica con el Emperador en cada salto y hacían posible la focalización de su poder.

Normalmente la telekinesia era una facultad fuera de las posibilidades de los portadores de Ids, y proyectar un objeto de un lugar a otro del plano físico una hazaña al alcance de unos pocos. Pero el poder allí demostrado... Elena no podía ni imaginar el potencial necesario para proyectar cuatro lanzamisiles pesados de un billón de toneladas, contando la carga útil, a años luz de distancia, a lugares nunca vistos en las profundidades del Brazo Espiral.

Concentrándose en un sencillo ejercicio de estabilización de la mirada, empujó a la náusea a iniciar su retirada.

—¿Señora?

La comandante Nedma, caballero legionario de la Falange Canadiense y segunda oficial en la escala de mando del Alexander, apareció tras las cortinas de hologramas, en pose marcial.

—Informe, Segundo —pidió Elena, estirándose imperceptiblemente para despejarse.

—El general Brawn ha convocado una reunión física en el Nairana. Ruega la asistencia de todos los capitanes y representantes de las Logias. Al parecer quiere comunicar algo relacionado con la operación.

—De acuerdo. Asuma el mando y ordene que me preparen una lanzadera. ¿Está avisado nuestro capellán?

—Sí, señora.

Elena dejó el puente con prisa. Quería tener tiempo de darse una ducha rápida y cambiarse de uniforme en lo que la lanzadera se preparaba.

Aquellas reuniones sorpresa la inquietaban. Brawn no hacía desplazarse sin motivo a los capitanes en plena incursión en territorio enemigo.

Ese último pensamiento en realidad parecía fuera de lugar. Ella era probablemente la única capitana de la operación Antártida que no estaba convencida al cien por cien de la existencia de un enemigo tangible, real, en el vacío que ahora exploraban. La Quinta Rama, si es que existía, podía ser perfectamente un grupo de civilizaciones con un grado de desarrollo post atómico, cuya máxima expresión

destructora fuera el poder nuclear, algo que contra sus escudos de curvatura Riemann tendría la misma eficacia que un arsenal de piedras y hachas de sílex.

La lanzadera la recogió cuando su cabello aún no estaba del todo seco y la llevó cruzando el anillo de agregación hasta la enorme mole del Nairana. Lejos, como largos cables reflectantes tendidos entre las estrellas, las naves-cuerda extendían sus axones formando intrincados telares superconductores para crear gigantescas antenas LR. La lanzadera atravesó uno de estos velámenes compuestos casi enteramente de espacio vacío, y buscó su lugar en los perimétricos de defensa que rodeaban la nave capitana, como un insignificante pez nadando entre majestuosos cardúmenes de ballenas de metal.

El Nairana no era un navío mucho mayor que el Alexander, pero su arquitectura asimétrica plagada de baterías de rayos Hd y proyectores de campos anticinéticos le conferían un aspecto remarcadamente más amenazador. Una doble alineación de esclusas lanzamisiles de alcance planetario peinaban la panza en dos calles paralelas, a lo largo de la sección central. En un ángulo muerto con respecto al eje de disparo se abrían las heridas iluminadas de medio centenar de catapultas de lanzamiento para cazas de asalto e incursores, sus luces de pista escapando al espacio muchos metros más allá del casco. Una docena de satélites defensivos rotaban perezosamente en órbita estacionaria sobre la torre de control, enhebrando la flota con sus haces de comunicaciones de fluctuantes impulsos como en una telaraña de fuego.

Unos minutos después del ataque, la capitana De Whelan ocupaba su asiento en el salón de reuniones. A su alrededor se disolvían los grupos de oficiales cuya conversación había sido interrumpida por la entrada en la sala del general Frederik Von Brawn. Por raro que pareciese, era la primera vez que Elena le veía en persona. Von Brawn no era un hombre alto y erguido, de esos que poseen un don natural para atraer a la gente (al contrario que Armagast, admitió con reluctancia). Más bien parecía un decano egregio sacado de algún polvoriento mausoleo, con tantas medallas en su pecho como estrellas había en el vacío que se extendía más allá del casco blindado de la nave. Tendría unos sesenta años, pero parecía aún más viejo, como gastado por décadas de terca permanencia al frente de un navío de combate.

El resto de capitanes y primeros capellanes del Teleuteron se sentaron cuando Brawn ocupó su lugar, dando por iniciada la reunión. A la diestra del general se colocó un hombre maduro de aspecto noble, que lucía un emblema templario. Se trataba de Gundhal Svonn, caudillo de los Guerreros Espiritu de Mundo Stygma.

—Antes de nada —comenzó Brawn—, quiero responder públicamente a unas inquietudes que el capitán Nesses, junto a otros oficiales, me han hecho llegar estos últimos días.

Hubo algunos susurros de pantalones y cambios de posición en las sillas.

—Al parecer existe cierta preocupación por los rumores de que una pequeña

cantidad de astronaves desconocidas han sido avistadas los pasados meses cerca de algunos mundos de la Marca, como Damasco o Gamma Scuti. —Hubo asentimientos de cabeza y breves tosidos—. Algunos analistas han postulado que tales artefactos podrían provenir de una hipotética avanzadilla de toma de contacto. Exploradores de la Quinta Rama.

«Tal vez sea así —reflexionó—. Podemos asumir como posible el hecho de que ellos también hayan decidido dar un primer paso, enviando grupos de contacto como el nuestro. Pero eso no debe dar lugar a comentarios sobre una posible invasión. Les recuerdo, señores, que la nuestra es una misión de paz, dedicada a realizar con seguridad ese hipotético primer contacto y evaluar el nivel tecnológico y militar de las colonias perdidas. Debemos suponer que ellos estarán tan ansiosos como nosotros de dar este paso.

Elena meditó sobre el calificativo. Sonrió con cierta sorna, sopesando el poder destructivo que tenían los cuatro cruceros pesados que integraban esa «misión de paz».

—De todas maneras, y en previsión de un ataque, la Comandancia de Flota ha dispuesto que dos destructores, el Embajador y el Constelación, junto con una flotilla de fragatas de escolta, patrullen los sistemas antes mencionados. Si se dan nuevos avistamientos estarán en posición de investigar y de, en última instancia, defenderse. Y ahora —invitó el general, entrelazando los dedos bajo la barbilla—, expongan sus análisis.

El primero en hablar fue el capitán Luis Nesses, del Intrépido. Era un hombre de unos treinta años, de serena rigidez y rostro hierático.

—General —saludó. Brawn le correspondió con una leve contracción del mentón—. Los análisis preliminares del sistema no han revelado datos anormales sobre su composición o comportamiento evolutivo.

Vaya novedad, pensó Elena, recostándose. Aquello podía durar horas.

—Sin embargo, creemos haber descubierto algo en la cercana nube gaseosa que el ordenador ha bautizado Crino 626.

Todos se incorporaron ligeramente. Eso sí era algo nuevo.

—Explíquese —pidió Brawn con voz átona.

—La nebulosa 626 es una aglomeración de bolsas de gas aisladas en nucleosíntesis constante, creemos que asociada a la retroalimentación de la enana azul que orbitamos. Su curva de quimiosinergia es normal, pero la gráfica pica unos grados por debajo de la teórica normal cuando se aproxima a la densidad estimada del nitrógeno. Lo curioso es que la región de debilidad química no es homogénea; traza un sendero a lo largo de la nube.

Hubo murmullos a lo largo de la mesa de reuniones. Antes de que Nesses expusiera su teoría, ésta ya era de dominio público.

—Creemos que alguien ha usado un sistema recolector de partículas de nitrógeno e hidrógeno y ha trazado un camino a lo largo de la nube.

—¿Según qué disposición? —El que había hablado era Dimitri Yuronovich, del Ejecutor.

—Es una curva de aceleración tradicional para naves sin capacidad de salto R. La estela de opacidad química desaparece a pocos miles de kilómetros de la nube, pero su momento angular es lo suficientemente pronunciado como para adivinar el resto del curso que debió seguir el objeto que la provocó. Según nuestros cálculos, se lanzó a una órbita de aceleración en torno a la enana azul, lo suficientemente cerca de ella como para aprovechar el tirón del pozo gravitatorio y acelerar a velocidad de fuga.

—Interesante —valoró Brawn con su habitual falta de entusiasmo. Haciendo chasquear las uñas de sus dedos, estudió los diagramas que Nesses hizo proyectar en el centro de la mesa.

Una línea roja zigzagueó en el aire ilustrando las trayectorias de las naves principales. La estrella apareció como un profundo agujero gravimétrico en el centro de la rejilla. La predicción de rumbo del objeto no identificado era un abanico verde oscuro con gradaciones de color representando porcentajes de fiabilidad. Pasaba a través del lugar que ahora ocupaban sus naves y escapaba del pronunciado foso de la rejilla para desaparecer en dirección a la cara de Brawn.

—Es una buena noticia. La prueba fehaciente de que nuestras suposiciones sobre la localización aproximada de los mundos colonizados por la Quinta Rama son correctas. Denme sus impresiones, por favor.

—¿Un estatocolector? —preguntó Augusto Riva, segundo del Ejecutor.

—Eso creemos —dijo Nesses, tomando asiento.

—Pensaba que esa tecnología ya estaba obsoleta. De hecho, me parece que no se puede alcanzar la velocidad de fuga con una nave equipada con ese sistema de impulsión, a menos que se estuviese acelerando durante meses. Y aún así...

—Desconocemos su grado de avance tecnológico.

—Eso es un tópico —se defendió el ruso—. Lógicamente, si se trata en realidad de la Quinta Rama, y hasta ahora nada hemos encontrado que indique lo contrario, debemos suponer que como mínimo poseen la tecnología que estaba en posesión de la raza humana en el momento de la Gran Dispersión. E incluso podríamos suponer que lograron desarrollar los avances que se alcanzaron en épocas inmediatamente posteriores en otros lugares, y por otros medios. Y eso incluye los estatos.

—O tal vez poseyeran dos sistemas diferentes pero funcionando en paralelo —aventuró Nesses—. Pudieron empezar utilizando un sistema de propulsión convencional durante la primera fase y luego recolectar átomos de nitrógeno y helio para usarlos como masa de reacción. Eso les permitiría alcanzar una fracción considerable de la velocidad de la luz.

—Sí, pero entonces tendríamos una estela constante que poder seguir, y sólo hemos detectado fluctuaciones en el seno de proyección. No se ha encontrado nada más.

No necesariamente tendríamos que haberlo hecho, reflexionó Elena para sí. Cuando una nave estatocolectora aceleraba hasta velocidad pararelativista, lo que dejaba tras de sí eran mareas de partículas que se alejaban en ángulo sólido a la velocidad de la luz, abriéndose en abanico hasta que la velocidad se transformaba en pérdida de energía, o hasta chocar y ser repelidas por un campo magnético suficientemente potente. Eso podría explicar las hermosas cortinas de gas ionizado que hacían refulgir el cinturón de radiación del sistema.

Elena notó que uno de los sacerdotes la observaba. Si no recordaba mal, se llamaba Gunhis Ahl, o Zhal, o algo así. Era el primer capellán de su propia nave, el Alexander. Elena le había conocido poco después de subir por primera vez a bordo, durante una reunión de la oficialidad, pero no había intercambiado con él más que unas pocas órdenes e impresiones sobre la capacidad estructural de la nave para soportar el campo de proyección. En cuanto se dio cuenta de que ella le miraba, el hombre apartó la vista, integrándose de nuevo en la conversación.

Aquellos esquivos sacerdotes y la aureola de calculado tenebrismo que acompañaba todo su mundo siempre la habían puesto nerviosa. De todas las Logias, la suya era la más oculta, la más mística y rodeada de conceptos cabalísticos. Elena había oído rumores sobre los santuarios teleuteranos escondidos tras cuyos muros la imaginación popular situaba todo tipo de prácticas inusuales y secretos rituales de herética importancia. Rió para sí misma ante lo ridículo de la idea. Aquellos hombres, por muy estafalaria que fuera su religión sincretista hecha de una mezcla de dogmas tecnológicos y paganas verdades de fe, eran magníficos navegantes y estudiosos del cosmos. Eran los representantes del Emperador en las naves de la Flota (siempre presentes en grupos de diez, independientemente del tamaño del navío), y la funcional eficacia y el aprovechamiento de sus habilidades se sobreponía a cualquier rechazo que pudiera surgir ante sus extrañas costumbres.

—No hay señal de fluctuaciones en el Metacampo —siseó el clérigo, escondiendo las manos en las holgadas mangas de su túnica—. Ni presencia de Ids.

—Eso no es de extrañar.

Todos miraron hacia Elena. La capitana se ruborizó un poco, pero mantuvo la espalda recta y la cabeza erguida. Era la primera vez que intervenía en una reunión de consejo.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Ahl, con cara de estar bastante interesado en su respuesta. El general unió las manos bajo el mentón y clavó sus pupilas en las de ella, esperando.

—Bueno... Es de sobra conocido que los Ids no pueden manifestarse sin la

conexión mental con un huésped físico. —Elena hablaba despacio, midiendo bien el tono—. Si no hay nada vivo en un radio de muchas UAs, tampoco es probable que haya presencia tangible de esas criaturas.

—Tiene razón —concedió el sacerdote—. El... contacto con un huésped es sólo un vínculo manipulativo hacia el mundo real. Pero ellos siguen existiendo, escondidos en la frondosa espesura psíquica de su hábitat natural. Y dejan impresiones activas que se pueden rastrear.

Eso no lo sabía, pensó la capitana. Qué interesante.

—¿Qué podemos pensar de eso entonces? —inquirió el general.

—Como ya he especificado en mi informe, en los centros de proyección cada vez se nos hace más difícil sintonizar las armonías necesarias para hacer saltar las naves. Esto es porque nos estamos acercando al límite de la esfera local del Metacampo. Dentro de poco es posible que no podamos proyectarnos y tengamos que confiar en medios de desplazamiento... más al uso.

Los otros sacerdotes cruzaron miradas llenas de información mnémica. Elena se hizo eco de la preocupación general:

—Creí que el Metacampo era infinito.

—Y lo es —explicó Ahl, con evidente reluctancia a iniciar una batalla dialéctica—. Pero no ilimitado. Digamos que es una esfera en continua expansión, como el Universo físico.

—¿Conocían estos límites con antelación? —preguntó el caudillo de los Guerreros Espíritu. Su voz era lisa y breve como el encuentro entre un martillo y un yunque.

—No hasta ahora.

—¿Y qué margen nos queda para abandonar su zona de influencia?

—Calculamos que unos dos segundos de paralelaje más, antes de perder totalmente la alineación armónica. Espero que eso baste para cumplir nuestra misión.

—Posiblemente —dijo Nesses—. El rastro de hidrógeno es reciente. Es factible que el objeto que lo haya producido aún se encuentre cerca, aunque inoperativo.

—Muy bien —concluyó el general—. Informen a sus respectivas unidades de que una vez acabada la inspección de este sector seguiremos el rastro de aceleración del objeto. Muchas gracias a todos.

Ese era el rasgo que definía de un tajo el carácter de Brawn. Podía estar en órbita alrededor de un mundo alienígena en plena ebullición de actividad, que hasta que no acabara de verificar los pasos anteriores del reglamento no se dignaría a prestarles la menor atención. Precisamente fue el seco timbre de la voz del general lo que la sorprendió cuando se disponía a abandonar la sala:

—Capitana De Whelan, ¿haría el favor de quedarse un momento?

Junto a Brawn aguardaba el caudillo. Brawn esperó cortésmente a que ellos

tomaran asiento para ocupar el suyo. Ofreció un té que ambos rechazaron en silencio.

—Capitana, es un placer tenerla bajo mi mando —comenzó el viejo—. Creo que esta es su primera misión como capitán de crucero, ¿no?

—Sí, señor.

—Estoy seguro de que lo hará bien. Me he dado cuenta de que los demás oficiales la miran con un poco de recelo —sus arrugados dedos tamborilearon en el apoyo de la silla—. Pero es normal. No es algo frecuente el que se otorgue un puesto de tal importancia, y menos en una misión delicada, a alguien sin mucha... experiencia.

—A mí también me ha sorprendido, señor.

—Por favor, no sea tan marcial. Puede hablar con libertad.

—Gracias.

—Conocí a su padre —comentó Brawn, reclinándose en el sillón—. Estuvo bajo mi mando en dos periplos, la migración de Pavonis en el veinte y cuando el asunto de la represión kudeana, diez años después. Era todo un soldado, siempre dispuesto a acatar las órdenes y a callar cuando no le convenía abrir la boca.

Elena asintió insegura.

—¿Ya ha comenzado a hacer planes para cuando acabe esta misión?

—¿Perdón?

—Su próximo destino. Supongo que querrá estar cerca del Almirantazgo, buscando un puesto de posición. Ese tipo de estrategias eran muy propias de su padre.

—Yo... eh... tengo mis propios proyectos, señor.

—Sí, es lo que siempre ocurre con las familias de brillante linaje militar. Los hijos tratan de despegarse de la fama arrastrada por su apellido alegando que desean hacer méritos propios.

Elena se envaró, elevando el mentón y la vista como hacía cuando estaba en la Academia. Procuró que el suave temblor de sus muñecas no se dejase traslucir en la entonación:

—Con el debido respeto, señor... La admiración que siento hacia mi padre y mi linaje familiar no puede ser más grande, pero siento que debo buscar las conclusiones propias de mis actos. Sería un error acomodarme en una fama inmerecida, pese a que ésta... —dudó—... pese a que ésta probablemente me haya ayudado a llegar lejos en el escalafón.

—Ya veo. —Una consola parpadeó con un breve chillido junto a la butaca del general, que se abstraigo momentáneamente de la conversación—. Discúlpeme un momento. ¿Sí?

—Señor, hemos acabado con el reconocimiento del sector —dijo una voz metálica. Brawn se incorporó.

—Enseguida voy.

La capitana continuaba con la vista fija en el techo, en pose marcial, mirando

quizás a un cambio drástico en su carrera. Las palabras de Brawn la confundían.

—Dentro de poco, si somos lo suficientemente veloces y cautos, es probable que entremos en contacto con los mundos que fueron colonizados por la Quinta Rama antes de su desaparición total —continuó el general—. Algunas de nuestras mentes más egregias han considerado oportuno incluirla a usted en el esquema de la misión por motivos que aún me parecen bastante vagos. Eso es algo que no pienso discutir, pero tengo la desagradable sensación de que algo se planea a mis espaldas. Es posible que usted posea una mente militar digna del mayor de los genios, pero eso no la coloca por encima de ninguno de los capitanes con más años de experiencia al frente de un navío. Quiero que lo recuerde cuando hagamos contacto. No toleraré ninguna iniciativa que se salga de la cadena lógica de procedimientos.

El puede retirarse quedó suspendido en el ambiente. Elena se puso en pie, sin un murmullo, alisándose con parquedad el uniforme. Saludó y salió de la sala.

—¿Qué le dije, Svonn? —musitó Brawn, cuando se hubo cerrado la puerta—. Toda una soldado.

En el pasillo, Elena se cruzó con el capitán Nesses, que inmediatamente interpretó su expresión.

—No te preocupes por lo que te haya dicho el viejo.

—¿Perdone?

—El viejo. Está un poco senil, aunque sigue sosteniendo tantas medallas como para liderar seis invasiones más.

Elena sonrió. Nesses era más amable en persona que en la holosala de reuniones.

—Su técnica para con los jóvenes es esa. Un sofisma directo al mentón seguido de una finta dialéctica. Luego un giro trivial a la normalidad y ya eres suya. Todos hemos pasado por eso alguna que otra vez.

—¿Y lo superasteis?

—Bueno, digamos que se puede vivir con ello... siempre que no estés sirviendo en su misma flotilla.

Un par de corredores en rampa les condujeron a una cubierta inferior. Elena notó la sutil inclinación del eje gravimétrico cuando cruzaron el meridiano de giro de la nave. Entró en un ascensor, sosteniendo la puerta.

—¿Vuelves al Alexander? —preguntó Nesses—. Tenemos una reunión en la cantina de oficiales.

—No, prefiero regresar —repuso Elena—. Es bastante probable que Brawn se deje caer por allí dentro de un rato para dar impresión de contacto con la tropa, y no quiero que me vea con una copa en la mano.

—Muy bien.

—Dime una cosa...

—Luis.

—Luis, ¿qué opinión tienes de mí?

Nesses entornó los ojos, como pensando. De repente a Elena le pareció un hombre tremendamente atractivo.

—Me parece que eres un misterio —dijo, seguro de sus palabras—. Creo que ni siquiera tú sabes lo que estás haciendo aquí.

Elena dejó que pasaran unos segundos antes de contestar. Aquel hombre tenía algo especial en los ojos que le recordaba a su ex novio, Per. Su misma... idiosincrasia.

—Tal vez.

—Cuéntamelo cuando lo descubras...

—Tal vez —repitió Elena con una sonrisa, dejando que las puertas del ascensor ocultaran su rostro.

La flota volvió a desaparecer en el infinito.

* * *

El robusto golem de polímeros reactivos que custodiaba la entrada al jardín de amapolas se apartó diligentemente cuando la Madre Moriani respondió con un susurro a su parco quo vadis. La suave brisa espolvoreaba la fragancia de las flores en la dirección de los alisios, alejando de ella el desagradable olor de la robustez del ángel guardián.

Más allá de su imponente sombra protectora, el camino serpenteaba a lo largo de la cara norte de una colina hasta morder su propia cola junto a la cerca de protección. La energía contenida en los potentes campos de fuerza quinientos chisporroteaba al límite del espectro de visión.

De pie en el centro de la colina, ligeramente encorvado para alcanzar los tallos más cortos de las flores, se encontraba un hombre de mediana estatura y edad avanzada. Vestía una simple túnica de corte griego bordada con unos símbolos de protección espiritual en oro y jade. Su pelo cano casi había desaparecido de su cabeza, salvo por un fino y transparente semicírculo que aún remarcaba su nuca y la parte anterior de las orejas. Murmuraba para sí mismo mientras elegía con evidente esfuerzo entre dos flores que añadir al copioso ramillete que sostenía en su diestra. No se volvió hacia Moriani cuando ésta se acercó pisando con fuerza sobre los adoquines para llamar educadamente la atención.

Sí lo hizo la persona que estaba junto a él, alguien a quien la Madre conocía: su tercera hija biológica, de raza oriental (un desliz genético que había decidido tener veintisiete años atrás, durante una visita a las fuentes estáticas de Tsui Ramys 3 con el entonces Patriarca Consorte de la Orden), llamada Bárbara. Moriani usó la tercera iteración de su apellido:

—Consejera Vlakova.

—Madre Regidora.

Ambas mujeres se abrazaron y besaron con satisfacción, contentas de verse de nuevo tras el último y atareado lustro. El protocolo familiar de la Corte les permitía intercambiar un primer saludo diegético en presencia del anciano. El siguiente movimiento en la conversación debía incluirle por obligación.

—Señor, la Madre Moriani ha venido para verle —anunció Bárbara con voz melodiosa. El hombre se giró para contemplar a la recién llegada, y dibujó una sonrisa en su poco agraciada faz.

—Ah, Elizabetha. Qué contento estoy de verte.

La Madre hizo una leve genuflexión ante su deoEmperador, acercando los labios a los arrugados nudillos pero sin llegar a tocarlos. El perfume de las flores penetró con fuerza en sus sentidos.

—He venido con la mayor urgencia en tanto he sabido de vuestro estado de salud —dijo—. Me alegra ver que las noticias eran como de costumbre exageradas.

—Sí, gracias a Dios —rió el anciano, comenzando a avanzar por el sendero. Las dos mujeres le siguieron al paso a diferentes alturas—. Esos chicos de la prensa siempre lo exageran todo. ¿Qué tal te va a ti por la Orden?

—Bueno, las cosas no cambian con facilidad. Seguimos en la brecha.

—Ya veo. ¿Todavía te escribes con Abilati, de Tebas?

—No... Francesco falleció la pasada primavera.

—Oh —el anciano dejó que una contracción de su mandíbula escondiera su labio inferior—. No lo sabía.

—Un infarto de miocardio, al parecer.

—¿El corazón? —se extrañó el hombre mientras arrancaba otra flor, espantando una mariposa con un ademán casual—. Es extraño, siempre tuvo una salud de hierro. A menos que...

—Creo que debemos fiarnos más de la otra hipótesis —carraspeó Moriani.

—Uhm. El viejo zorro se había ganado muchos enemigos. Es una pena. Me gustaban sus chistes de loros.

La comitiva arribó a un banco de piedra de diseño rústico que encajaba en el entorno creando una sensación de atemporalidad. Moriani y el hombre de la túnica se sentaron, mientras Bárbara se mantenía a unos respetuosos metros de distancia, dirigiendo su atención a una llamada a través de un canal de seguridad.

El deoEmperador miró hacia la cercana residencia palaciega, estudiando sin mucho ánimo a los jinetes que esperaban en los jardines. El lejano anillo de defensa que circundaba el meridiano cero del planeta resplandecía en el cielo, convertido en un enorme arco iris vertical que cortaba en dos las tormentas de gas de la ionosfera. Hacia el sur, cerca de donde asomaría la segunda luna, se elevaba el gigantesco tallo

de la Torre Babelia, uno de los dos ascensores espaciales de que disponía Delos para unir la tierra con el cielo. Vladimir Urievitch II suspiró, haciéndose eco del cansancio que acumulaban sus viejas articulaciones.

—¿Cómo van los preparativos en la Tierra? —El paso a los temas serios siempre lo subrayaba con un ligero endurecimiento de la voz.

—Vamos con retraso. Esperamos la llegada de la niña de modo inminente, pero cada vez surgen más problemas.

—¿Han establecido contacto con ella?

—Sí. Ha sido un grupo mínimo.

—¿Cómo de pequeño?

—Un incursor. No querían levantar sospechas.

—¿Quién no quería? —sonrió el Arconte—. ¿La Oficina al completo o tan sólo Stellan Sorensen?

Moriani no sabía qué decirle. En realidad, era inquietante lo poco que sabía sobre lo que en realidad estaba pasando, lo poco que nadie podía concretar. Detrás de ellos, Bárbara volvió al mundo real tras concluir la llamada y consultó su reloj de muñeca.

—Cuídate de los idus de Invierno —recitó el monarca—. Y esmera la seguridad de la niña cuando llegue. Desde que ponga el pie en tierra se convertirá en el foco de todas las miradas. ¿Sabes algo de ella?

—Lo poco que filtra el Ejército. Afortunadamente De Palma es un hombre con recursos —Moriani se refería más a la sutil capacidad de transmitir la información que a la de obtenerla—. Es una adolescente bien constituida, recia para la media, dado que su mundo tiene unas décimas más de gravedad que el nuestro. Posee una inteligencia y una capacidad para aprender asombrosas, pero sufre de ciertos... problemas emocionales.

—¿Algo grave?

—No —Moriani sacudió la cabeza—. Pero espero que no necesitemos una intervención mnémica directa. Queremos que su potencial se desarrolle sin interferencias.

—He oído decir que nunca ha demostrado tener contacto con el Metacampo.

La Madre corrigió su postura en el banco, incómoda. Aquel era un tema que los había cogido a todos por sorpresa.

—Sí... Bueno. No nos lo esperábamos, desde luego. Ya estamos estudiando el enfoque del problema. Podría tratarse de un talento latente, o de una habilidad subarmónica no observable pero activa. Es posible, empero, que su elección sea un error. Que nos hayamos equivocado de persona.

Vladimir sonrió con parsimonia, entrelazando las manos sobre su regazo. Era el gesto de la constatación de una verdad asumida.

—Elizabetha —murmuró—. Durante mis años como deoEmperador he tenido

muchos presentimientos, de los cuales he de admitir que una pequeña parte no han resultado ser del todo fiables, pero siempre fue debido a errores de interpretación sobre el material de partida. Sin embargo, lo de esa chiquilla va más allá de una simple premonición. ¿Me entiendes? Su nombre brilla en los preliminares de la Convulsión —hizo una pausa—. En otro orden de cosas, ¿cómo va la invasión?

—De Palma me comentó que la Oficina había estado llevando parte de la organización administrativa de la operación Antártida antes de su puesta en marcha. Eso no es competencia de ellos, a menos que la Armada haya admitido una redistribución de funciones y haya decidido compartir algo con las agencias rivales.

—La Oficina no mete sus narices en nada que no vaya a reportarles beneficios, ya sea económicos o estratégicos —asintió Urievitch—. Pero es extraño que lo hagan tan abiertamente.

—¿Una maniobra de refocalización?

—No. —El monarca sacudió la cabeza—. No me lo parece. Creo que Stellan conoce muy bien el terreno que pisa, pero no se arriesga a ir más allá por miedo a las reacciones de los demás grupos. Aunque ciña espada en todas las diatribas, no es hombre que desenfunde en público.

—Es un comportamiento lógico.

—Y estúpido —sentenció Urievitch, rascándose un grano en la arrugada barbilla—. Si confía demasiado en la moderación, el entorno puede cambiar espontáneamente y estropearle el plan.

—No me parece que Stellan sea el verdadero peligro. —Moriani habló despacio. Sabía que no poseía pruebas de lo que estaba diciendo, y de lo peligroso de sus conjeturas—. Es demasiado retorcido como para realizar maniobras tan burdas. No, creo que detrás se esconde alguien.

—¿Quién?

—No lo sabemos aún. Los trancisionistas crecen en número a diario, pero no suponen una amenaza organizada. A veces se queman en público, lo que es bastante molesto... U organizan manifestaciones con alborotos y disturbios. Pero no suponen más que una arista política en algunos Parlamentos, fácil de manejar. Creo que el verdadero problema no tardará en mostrarse. El cebo está a punto de aparecer y servirá de disparador. Es el problema de conocer a tu enemigo.

—Ya. —El monarca bajó la vista, concentrándose en el ramillete.

De repente se convirtió en la fría y arquetípica figura de contornos bronceos que sus plebeyos veían cada día en el dorso de sus monedas—. ¿Te gustan las flores, Elizabetha?

La Madre asintió, y de pronto volvió a ser consciente de las fragancias del entorno.

—Son hermosas —musitó el anciano—. Pero Dios las creo frágiles para

enseñarnos algo sobre el precio de tal belleza. —Se giró hacia ella—. Os conozco y sé que no vacilaréis en hacer cualquier sacrificio con tal de salvaguardar la estabilidad de nuestro sistema. Pero recordad que esa no es una virtud exclusiva de los imperialistas.

Por primera vez, aunque fugazmente, puso sus manos sobre las de la Madre. Su tacto era frío y tranquilo.

—Ten mucho cuidado con los cebos. Y dale un saludo a De Palma de nuestra parte.

Elizabetha asintió, suponiendo que las personas implicadas en ese saludo iban más allá del plural mayestático que incluía sólo a Urievitch. Con un silencioso gesto de connivencia, se retiró por el sendero, no sin antes despedirse de Bárbara y hacerla prometer que visitaría Mitra para finales de año.

Diez minutos después estaba sentada en el alfil que tenía destinado para uso privado mientras estuviera fuera de la protección de los muros de la Orden. Esos muros que a veces le habían llegado a parecer excesivamente férreos, poco acordes con la voluntad de las hermanas de abrir sus conocimientos al resto de la comunidad. Había momentos en que el agobio de las reglas y los rituales de autocontrol relajaban sus duras facciones y parecían un alivio, una tierra de nadie llena de trampas que las protegían de los peligros del exterior. Un exterior lleno de demonios que anidaban en los sueños.

Moriani suspiró. No sabía si aquel era uno de esos momentos, pero la sensación correspondía. Sus pensamientos parecían convergir hacia un punto de fuga definido por el fatalismo del fracaso; del fin de una aspiración vital, quizás un plan excesivamente bien estudiado. No podía saberlo.

Viola, su acólita asistente, descansaba en el asiento contiguo, el cuello colocado en una pose poco natural pero idónea para que los músculos se relajaran durante la aceleración inicial del vuelo. Comprobaba visualmente en la consola los últimos informes que llegaban del monasterio arzobispal, pero un sutil parpadeo en la conexión transcéfala de su nuca revelaba que al menos la mitad de su consciencia activa vagaba por las autopistas de luz de la Línea Rápida. Moriani observó sus labios, leyendo las huellas de palabras quebradas y suspiros nasales en el cuchicheo que la muchacha mantenía consigo misma, y logró identificar a su interlocutor: estaba hablando con Vanessa Helmstad, encargada en jefe de relaciones públicas de la Agencia de Orientación Folkgeist, en la Tierra, discutiendo sobre la estrategia que adoptaría la Administración para concienciar a la opinión pública de las ventajas y reformas que traería la próxima Convolución. Más de veinte años de publicidad subjetiva y condicionamiento ideológico habían familiarizado tanto a la población con los nombres y estrategias de sus actuales gobernantes que ahora aparecerían problemas a la hora de reeducarlos.

A Moriani le agradaba mucho Viola. Aparte de parecerse a su hija, le recordaba la época en que ella misma era aprendiz, aunque su educación nunca coincidió con la rama en que aquella joven se había especializado. Ella había sido preparada desde que ingresó en la Orden para ocupar uno de los puestos claves. Su nombramiento dos décadas subjetivas atrás como Madre Regidora fastidió a muchos pero sorprendió a pocos. Moriani estaba bastante satisfecha con su cargo y con lo que había logrado hacer en él desde entonces, pero a veces envidiaba a Viola, a su aparente despreocupación con las enormes responsabilidades del mando, y sobre todo a su juventud. Una juventud que ella había empleado en prepararse para momentos de crisis como el que les sobrevinía.

El juego en cuestión estaba empezando a volverse peligroso. Las otras dos Logias que junto a las Hermanas Bizanty extendían sus fichas por el tablero de intrigas consistoriales (el Teleuteron y la Corporación Eisenstain) tenían sus propios límites de tolerancia, y sus propios planes. Elizabetha pensó una vez más en los intereses de cada jugador, y en cuáles podrían ser sus peones.

Stellan no jugaba por libre, estaba claro. Eso significaba que el Servicio Secreto ya tenía una inclinación definida, y probablemente un papel importante que desempeñar. La pregunta no era cuál, sino cómo lo detectarían cuando se pusiese en funcionamiento. La maniobra de De Palma al apoyar su iniciativa de enviar a Armagast a por la niña, pese a todas las implicaciones indirectas, había sido sumamente propicia. El Ejército jugaba contra la Oficina poniéndose de su parte, hasta que Stellan lo descubriera y lo utilizara para aplastar ciertas cabezas, incluida la del almirante. Era increíble lo parecidas que eran las maneras de pensar de aquellos dos hombres en el plano personal y lo opuesto de sus objetivos.

Si tuviéramos más datos, deseó. Pero la pista del plan de la Oficina para traer y custodiar a la pequeña se perdía más allá de aquel solitario incursor y su agresivo capitán soldado.

El Emperador no actuaría, salvo de manera pasiva; sería el juez distante que vigilaría que ninguna de las facciones atacara abiertamente a las demás. Quizás la Arconte Beatriz les ayudase; no en vano, ella había sido una Hermana antes de formar parte del cuarteto convolutivo, y ahora se adivinaba como su as en la manga más poderoso. Pero estaba a la vista, y eso hacía que su juego resultase predecible. Sólo había que recurrir a ella como último recurso. La Armada era la más débil de las facciones: estarían muy ocupados con la invasión como para ser capaces de cubrir nada más.

No, los peones de las otras Logias debían ser personas cercanas a la Corte, gente que pudiera estar cerca de la niña cuando llegara a Palacio. Gente que pudiera extender su influencia sobre ella sin mediadores ni delegados, para asegurarse cierta atracción sobre el péndulo cuando éste empezase a girar.

Misteriosas criaturas.

Ahora que la especie parecía abocada a una catástrofe sin precedentes, los fiordos más peligrosos seguían siendo las viejas rencillas, los exacerbados localismos que parecían constituir fines en sí mismos más que excusas para encontrar soluciones a problemas de mayor envergadura. Decidió que tal vez fuera hora de que alguien diera un inesperado y contundente golpe de timón a la política ideológicamente semiprogresista del Imperio.

Un fugaz destello del sol en la ventanilla hizo que apartara los ojos del mar de nubes que sobrevolaban a gran velocidad. Moriani suspiró, dejando vagar sus pensamientos.

Aquel era el verdadero origen de todo: las vastas praderas de la mente. Sus senderos y encrucijadas. Las Logias habían nacido como respuesta humana a la invasión del Metacampo, para estudiar en profundidad y con detenimiento la lenta transformación de la humanidad de Portadores a Derivantes en respuesta al nuevo entorno de comunión mnémica. Adaptación o extinción, así era y así había sido siempre. Pero la motivación original se perdía como un farol en el bosque tras la telaraña de intereses y cambios bruscos que cada cierto tiempo sacudían la estructura del Imperio.

Las cuatro ramas evolutivas conocidas de la raza humana, con todos sus árboles combinados alocadamente en un crisol de interdependencia, formaban un complejo puzzle donde con frecuencia aparecían muchas más fichas de las necesarias para completarlo: las relaciones entre los pueblos de distintos mundos, el previsible choque de ideologías, los intereses económicos y expansionistas de cada mundo-estado con soberanía propia; la Quinta Rama, cuyas primeras huellas se empezaban a seguir ahora... No, no era nada sencillo. Había que coordinar demasiados factores impredecibles, unir los intereses de demasiada gente. Era un paisaje tan complejo que no importaba cuán arriba estuviese uno, que nunca sería capaz de verlo en perspectiva.

Paradójicamente, el principal problema seguía siendo que, por muy avanzada que estuviera la tecnología en materia de comunicaciones, el ser humano se empeñaba en conservar una perspectiva localista de su posición en el Universo. Para una persona que vivía en una granja de calor de Marte y que consideraba que el pueblo vecino era un lugar remoto, pensar en otros planetas en términos de proximidad era una paradoja fuera de su alcance.

Y detrás de todo, como la textura oculta del fondo que la mayoría veían plano y oscuro, estaban los Ids. Vigilando desde la sombra, escondidos en los salones surreales del inconsciente colectivo, allí donde los sueños calculaban su imposible lógica. Compartiendo su inapreciable regalo con la Humanidad a cambio de lo que fuese.

¿En qué consistía realmente esa peculiar relación simbiótica? ¿Qué estaban dando de verdad los seres humanos a cambio?

Tal vez el Metacampo fuera sólo eso, había pensado muchas veces: una enorme pesadilla colectiva que los oscuros motores de la ambición humana dilataban en el tiempo. A veces, cuando Elizabetha cerraba los ojos, se descubría buscando entre los sombríos recovecos de su conciencia un espía silencioso, un ser que pudiera haber penetrado en su cabeza cuando ella dormía. Buscando cualquier imperfección en sus andamios de costumbres y manías, cualquier huella impresa en un sueño. Algún ruido que pudiera traer el viento de sus pensamientos desde las profundidades de algún recuerdo.

Y a veces, solo a veces, creía haber oído algo.

—¿Perdón? —reaccionó, dándose cuenta que Viola estaba hablando con ella.

—Lo lamento —se disculpó la acólita, apagando la consola—. Creo que la he interrumpido.

—Oh, no te preocupes. No estaba pensando en nada importante. ¿Qué me decías?

—Acabo de hablar con Vanessa Helmstad. Le manda saludos y deseos de que recobre la buena salud.

—Devuélvele el cumplido cuando puedas, junto con algunos caramelos para su hijo. ¿Qué más?

—Parece que han adoptado una estrategia publicitaria, algo sin precedentes. No ha querido entrar en detalles, pero creo que van a manipular todos los campos de influencia disponibles, desde persuasión audiovisual directa hasta un retoque sutil y progresivo del refranero popular y de las frases clave de la Biblia y el Corán, publicando una nueva edición de cada uno con tendencias más remarcadas hacia la tolerancia al cambio.

—Muy típico. ¿Cuánto durará la operación?

—Unos veinticinco años estándar —Viola consultó sus notas mentalmente—. Pero esperan hacer extensible la influencia a las próximas generaciones incitando nuevas tendencias musicales y literarias controladas, para que sean sus motivos de reflexión y diversión en el futuro. Habrá que convencer a muchos críticos.

—Ajá —asintió la Madre, pensativa.

El piloto del alfil tosió. A Moriani le llamó la atención un hecho tan simple debido a su reciente estado convaleciente, y se preguntó si el hombre habría pasado los últimos controles médicos. A través de la ventanilla, el paisaje se tornó borroso, al tiempo que la nave reducía altura y se internaba en el sempiterno manto de nubes.

La acólita desconectó el cable transcefálico de su nuca. El enlace usaba una pequeña porción del ancho de banda de la nave, demasiado insignificante como para que el ordenador de vuelo notara su falta.

—¡Ay! —se quejó la joven, frotándose el cuello con dos dedos.

—¿Qué te pasa?

—Esto escuece...

—Deberías cambiar la conexión por una artificial.

—Prefiero no pasar otra vez por el quirófano, gracias —rechazó Viola, arreglándose el cabello para que ocultara el orificio de cable ancho—. Aún tengo malos recuerdos de la última vez. Y las naturales se disimulan mejor.

—Sí, pero en las artificiales no crecen nervios... —Moriani se detuvo en mitad de la frase, como escuchando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Viola, extrañada.

—Espera —ordenó Moriani, dándose cuenta que algo iba mal.

El piloto temblaba ligeramente.

El interior del alfil se componía de dos simples compartimentos, la carlinga de pilotaje y el espacio de los pasajeros, separados por una abertura en el tabique que cerraba la cabina. El campo de aislamiento estaba desactivado, y Moriani podía ver cómo la espalda de su piloto se contraía arrítmicamente, presa de estertores convulsivos. Varias manchas de sudor se abrían paso a través de la fina tela del uniforme de vuelo. El horizonte artificial se mantenía estable gracias a la rémora virtual, pero muchas luces de emergencia sacudían con sus destellos el tablero de control.

Un disparo de adrenalina puso a la sacerdotisa en tensión.

—¿Qué sucede? —preguntó Viola, trabando su cinturón de seguridad.

—No lo sé.

A través de la ventanilla surgió de nuevo la claridad. Habían rebasado el manto de nubes. Los picos nevados de la cordillera que bordeaba la península de Izara, residencia del deoEmperador en Delos, aparecieron varios kilómetros por debajo.

—Estamos descendiendo —informó Viola. Moriani se inclinó hacia delante. El brazo izquierdo del piloto estaba contraído sobre su pecho, agarrotada su muñeca y dedos.

Moriani pensó en sacarle de allí y colocarse los anteojos para acceder al puente virtual de la nave, desde donde podría controlar la rémora y hacer que el ordenador de navegación guiara el aparato a tierra. Sin embargo, algo le extrañó: el traje de vuelo del piloto tendría que tener un dispositivo para detectar irregularidades en el pulso. El ordenador debería poder darse cuenta de lo que estaba pasando y activar todos los protocolos de emergencia.

Un fuerte bandazo la hizo saltar sobre el asiento. Tuvo que agarrarse al apoyabrazos para no ser lanzada al suelo. Los medidores físicos del tablero aún seguían arrojando datos. Un grupo de dígitos de color rojo iba aumentando a gran velocidad, mientras otros disminuían al mismo ritmo.

Viola sintió llegar el miedo. Su adiestramiento la mantenía con la boca cerrada,

pero su piel empezaba a adoptar una palidez expresiva. La consola había caído al suelo y yacía enredada parcialmente con el cable de conexión transcéfala. El ángulo de caída empezaba a ser peligrosamente pronunciado haciendo notar los primeros efectos de la ingravidez. Viola sintió cómo el estómago pugnaba por aplastarse contra sus pulmones, enviando ácidos chorros de bilis garganta arriba.

Un olor nauseabundo les llegó desde la cabina. El hombre había perdido el conocimiento, pero sus miembros se agitaban presa de calambres espontáneos. El olor se hacía más penetrante.

—¡Nave! —gritó Moriani—. ¡Activa los protocolos de seguridad! ¿Me escuchas?

El ordenador no respondió. Un temblor sacudió el armazón del alfil. Aterrada, la acólita miró por la ventanilla. Las alas estaban colocadas en posición de vuelo a baja velocidad. La computadora no las había cerrado, y pequeñas grietas comenzaban a hacerse visibles a lo largo de sus nervaduras. No se trataba de un simple accidente. El sistema de seguridad debía en todo momento poder cerrar las alas para adecuar el dinamismo del aparato a la presión del aire.

Alguien había saboteado el alfil. Era la única explicación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Viola, aferrando con tanta fuerza el asiento que sus nudillos se teñían de blanco.

—¡Nave! ¡Activa los protocolos! ¡Código de alerta uno! —volvió a gritar Elizabetha. No recibió respuesta. Olvidando el mecanismo de seguridad, se volvió hacia su ayudante:

—¡Escúchame bien! Alguien ha saboteado el alfil. Vamos a tratar de proyectarnos fuera de aquí.

La acólita se fijó en sus labios, completando el mensaje, y asintió. Viendo que era imposible comunicar, Moriani trató de establecer un enlace telepático, pero enseguida cortó. Algo había salido del cuerpo del piloto, abriéndose paso a través de los tejidos blandos del cuello.

La delgada silueta afilada de un buscador-cuchillo se elevó en medio de un fulgor azulado de campos sustentores, goteando sangre sobre el cadáver. El pequeño aparato se mantuvo estático unos momentos, mientras calibraba su posición en el interior de la nave. Cerca de él, unas fracturas hicieron mella en el fuselaje, astillando uno de los paneles del cristal blindado multifacetado de la carlinga. El viento comenzó a rugir con fuerza en el interior del habitáculo de pasajeros, haciendo volar papeles y cables de un lado a otro con gran violencia. El pequeño ingenio ensangrentado no se movió un ápice.

Vocalizando con cuidado, Moriani ordenó sin emitir sonidos a la aterrada acólita que no activase ninguna defensa ni escáner psíquico. Sin perder de vista al aparato, recogió los pliegues de su falda sujetándolos con los muslos. El pequeño asesino adoptó una configuración de estrella de ocho puntas, utilizando cuatro de ellas como

sustentores de campo y cargando las afiladas aristas de las demás con resplandeciente energía carmesí. Lentamente, apoyando sus campos en las zonas de mayor fuerza estructural del habitáculo, comenzó a explorar el interior del alfil.

Las dos mujeres observaban sin hacer un solo ruido al artefacto. Viola respiraba con dificultad. La presión del aire a aquella altura era insuficiente para inflar sus agotados pulmones. Sus ojos se cruzaron con los de su superior en una pregunta silenciosa. Si cualquiera de las dos activaba por acto reflejo una sonda mnémica o irradiaba cualquier mensaje en el plano psíquico, el buscador la detectaría. Moviéndose muy lentamente, Elizabetha destrabó su cinturón. Sólo tenían una posibilidad de salir de aquella trampa mortal, y era proyectándose a un lugar seguro.

El buscador se activaba por presencias mnémicas. Si permanecían en total mutismo psíquico, era posible que no las detectara. Y eso era lo que preocupaba a Elizabetha. Allí faltaba algo. Un detalle que completara la trampa. Algo que asegurase la destrucción del aparato y su muerte. Pero, ¿qué? ¿Una bomba?

Observó cómo el pequeño asesino flotante penetraba en el habitáculo de pasajeros. Escuchó la entrecortada respiración de Viola, una mancha temblorosa al límite de su visión. El aparato volvió a temblar, esta vez con más violencia. De reojo, vio que las alas tenían ya un treinta por ciento de curvatura. Pronto se partirían, y entonces...

El piloto dejó de temblar. El terrible olor era cada vez más fuerte, pese al vendaval. La Madre sintió cómo la sangre comenzaba a manar de sus fosas nasales, impregnando sus labios con un sabor rancio. Ya había oído hablar en ocasiones de aquel tipo de explosivo, pero jamás lo había visto en acción.

En el cuadro de mandos de la cabina los números que indicaban la altura seguían disminuyendo a toda velocidad. El rastreador-cuchillo pasó entre ambas mujeres, dirigiéndose hacia el compartimento de popa, sus aristas chisporroteando luz abrasadora. El piloto exhaló violentamente un chorro de gases. Su piel estaba adquiriendo un tono cetrino, y muchas arterias habían reventado con la presión. La espontánea mutación mitocondriana estaba devorándole por dentro, canalizando a través de su sistema sanguíneo un flujo de sustancias volátiles extraídas de los tejidos, huesos y músculos, sus reservas de grasa y órganos internos.

Él era la bomba.

Viola estaba tratando de decir algo, pero Moriani la ignoró. Sólo había una oportunidad de salir de allí. Concentrándose, trató de poner en práctica un truco que había aprendido de joven. El cuchillo atravesaría su cabeza con la celeridad de una bala en cuanto levantara sus escudos o tratase de teleportarse, pero había formas de comenzar a preparar el ritual sin activarlo.

Visualizó mentalmente las coordenadas del lugar a donde quería proyectarse. Todas las hermanas bizantynas que alcanzaban el misterio de la proyección siempre

tenían uno o más lugares seguros grabados en la mente, para momentos de emergencia. En su caso, y teniendo en cuenta que el destino debía estar en las inmediaciones, sólo había un lugar posible: el palacio residencial. Los departamentos para las visitas, en la segunda planta del ala oeste. Rezando para que no estuvieran demasiado lejos, Moriani alineó en silencio las armonías de proyección.

No tuvo tiempo de seguir cavilando. La nave volvió a sacudirse, perdiendo el horizonte y girando sobre su eje incontroladamente. Los objetos sueltos se convirtieron en un torbellino de manchas borrosas que volaban en todas direcciones. Algo afilado y de pequeño tamaño la alcanzó en la sien, dejándole un corte del que empezó a manar sangre. Plumas, papeles, cables, todo se difuminaba en el estruendoso maremágnum.

De repente, sucedieron varias cosas:

Las células del piloto, convertidas en una inmensa destilería de complejos químicos volátiles, alcanzaron su punto crítico. La piel ardió, los músculos se disolvieron haciendo de reactivos para la detonación. Viola, presa de un ataque de pánico, se derrumbó. Moriani iba a gritarle que no lo hiciera, pero su aviso llegó un segundo tarde. El cuerpo del piloto explotó en una nube de fuego químico, destrozando el panel de control y la endeble estructura de la carlinga. La bola de llamas pareció expandirse en todas direcciones con la velocidad del pensamiento, pero la reacción mnémica de la acólita llegó primero.

Como un disparo físico, su onda mental accionó el mecanismo de cierre de la esclusa que aislaba la carlinga. Los campos de protección se activaron, deteniendo la explosión en el umbral. La acólita comenzó a sonreír, pero en ese momento algo le atravesó la cabeza. El rastreador-cuchillo perforó limpiamente el asiento y la nuca de la chiquilla, saliendo por la región occipital del cráneo con un sordo estampido de sangre y materia encefálica. Durante un segundo, mientras recobraba el equilibrio, el artefacto se mantuvo a unos pocos centímetros de la faz de la Madre Regidora, y ésta pudo oler el nauseabundo perfume de la muerte. Entonces entendió por qué el buscador no había sido detectado por los sistemas de rastreo.

También era orgánico.

Moriani apartó la vista de golpe, abriendo su mente a las armonías de disparo de la proyección. Sintió cómo la energía procedente del Metacampo invadía como un océano de luz y fuerza vital los recovecos de su mente. El aire comenzó a titilar a su alrededor. En ese momento la nave perdió el ala de estribor, y se precipitó en una violenta barrena hacia tierra. El campo que sellaba la carlinga se extinguió cuando falló el suministro de corriente, y Elizabetha comprobó con terror que toda la proa de la nave había desaparecido. La explosión había volatilizado todo rastro del puente, y ahora un enorme vacío se abría tras el abollado tabique de separación. Los profundos valles de la cordillera se acercaban girando locamente.

Restarían unos escasos tres segundos antes del impacto. El proyectil buscador, como atraído por el grito de una presa descubierta, dirigió su atención hacia ella. La letal simetría de sus cuchillas refulgía contra un fondo de roca y campos nevados. Moriani rezó. No había tiempo para nada más.

De improviso, el buscador se disparó hacia ella, dejando un rastro azul en el aire.

—¡Ahora! —gritó Moriani, sin saber si lo había pronunciado o si había sido un alarido mental. Sus armonías se alinearon con la base sinérgica de la mente del Emperador. La matriz sensitiva del Metacampo se abrió ante ella y le dio la bienvenida. Su cuerpo comenzó a desaparecer del plano físico con un chisporroteo de energía, la enorme presión marcando arrugas en su frente. Un gemido de alerta parpadeó un instante a la boca del túnel: Demasiada energía. Demasiada distancia. Se dio cuenta muy tarde. Chorros de pensamiento sólido cristalizaron en la matriz llenando de agujas su cerebro. La ardiente cinemática raspó las paredes de su cabeza mientras la realidad se convertía en la superficie convexa de un espejo. Justo una décima de segundo antes de que el proyectil cuchillo atravesase el espacio donde estaba su cabeza y perforara el casco de la nave, la Madre activó los corolarios de transformación de energía cinética.

Instantáneamente, y a muchos kilómetros de distancia, los muebles y un sirviente que limpiaba los suelos en el segundo piso de la residencia palaciega, ala oeste, volaron por los aires catapultados por una violenta explosión de aire. La energía cinética concentrada en el cuerpo de las dos mujeres se redirigió hacia el entorno, levantando mesas y lanzando escobas y cubos de agua contra los óleos de las paredes. Sin impulso, Moriani y el cadáver de Viola se desplomaron sobre el suelo como dos árboles derribados por el viento.

La Madre se encontró en los brazos de un hombre, o de una mujer, no sabía quién ni cómo. Un grupo de personas caminaba y gritaba a su alrededor, algunas ayudándola, otras moviéndose con desesperante lentitud de un lado a otro. Los sonidos se aplanaron, quedando relegados a un cúmulo de ecos que provenían de un fondo impreciso. De reojo, pudo ver un cadáver cubierto por una sábana. La mancha de sangre tatuada en la tela parecía una mariposa de alas asimétricas. Pensó «Viola», pero el nombre no le sonó a nada, sólo estaba anclado al filo de su consciencia como un débil espejismo distante: una imagen sobreimpresa en una pupila ciega tras haber mirado a una luz muy brillante. Una fotocomposición de un recuerdo. Un cisne con el cuello roto.

Elizabetha se desmayó.

Capítulo 5

La escalinata de la nave enlace se extendió con un siseo de goznes engrasados, al tiempo que la radiante luz del nuevo sol invadía la antesala de desembarco con fiereza estival. Sorprendentemente, no hubo vítores ni gritos indignados de protesta llenando el ambiente, solo un lejano andante melódico de bienvenida procedente de una orquesta uniformada con los colores de la bandera.

La compuerta descubrió progresivamente la encorbatada figura de un funcionario escoltado por dos robots múltipodos armados con cañones rotatorios y proyectores de escudos inerciales, y varios difusos representantes holográficos de diferentes gobiernos planetarios.

Con los sentidos embotados, Sandra descendió el escaso metro y medio de rampa hasta tocar por primera vez la tierra de lo que en adelante sería su nuevo hogar. Delos, un planeta que ella había imaginado muy diferente durante los días de viaje desde Esperanza. Las personas que allí aguardaban le regalaron amplias sonrisas, y el que encabezaba el grupo, el hombre de la corbata ridícula y el traje almidonado, le ofreció un ramo de rosas recién cortadas. Sandra aceptó el ramo sin decir nada, su interés demasiado descentrado como para pensar en nada que no fuera...

Su abuelo. Ignorando al jefe de protocolo, la chica se giró hacia la panza de la nave para ver cómo descendían unos soldados arrastrando la camilla en que reposaba el cuerpo de Silus en animación suspendida. Ante el estupor de los miembros del comité, Sandra saltó de la rampa y se colocó al lado de la camilla. El cuerpo del anciano apenas era visible a través del cristal combado que cerraba la tapa del féretro de estasis. Sólo su pecho blanquecino y el rostro congelado en un rictus de sufrimiento estaban al descubierto. De la herida de su pulmón no había ni rastro, cauterizada con material quirúrgico y vendada con cintas de metal que actuaban como matrices generadoras de nanosinérgicos. Los ojos de su abuelo estaban cerrados y su cabeza se movía al ritmo de los cambios de aceleración horizontal, pero Sandra podía ver con agradecida satisfacción cómo su débil aliento aún empañaba la superficie plastificada de la mascarilla de aire.

La comitiva dejó atrás al desconcertado grupo de recepción y avanzó con rapidez y agresividad a través del sendero de baldosas hexagonales, pasando con eficiente brusquedad militar a través de grupos de jardineros y podadores.

—¡Deprisa! —urgió Sandra, aferrada con fuerza a la camilla como si eso pudiera insuflar algo de esperanza al marchito cuerpo que descansaba dentro—. ¡Tenemos que ir más rápido!

El político les alcanzó jadeando, secándose la frente con un pañuelo. A su lado avanzaban con paso fluido los dos robots de seguridad, sus armas apuntando en ángulo cerrado hacia el sendero.

—¡Señora! —jadeaba—. Esto es del todo irregular. Los soldados pueden encargarse de eso. Usted no debería...

La joven no le escuchaba. Tenía la vista puesta en el camino, comprobando que una esperanzadora puerta lo remataba con sus postigos abiertos de par en par, y atenta también a algunos fugaces detalles de lo que había a su alrededor, de la inmediatez de aquel paisaje alienígena que aún estaba tratando de penetrar por sus sentidos.

Con el rostro pegado a una escotilla transparente, en la fría prisión de su camarote, había imaginado otros parajes muy distintos, mientras contemplaba los hipnóticos destellos estroboscópicos de los hiperconos de luz cuántica. Lo que percibieron sus pupilas cuando se acostumbraron a la cegadora luminiscencia de aquel sol extranjero fue espacio abierto, desocupado: una extensión de terreno cruzado por paseos que serpenteaban a través de selvas de flores aromáticas. El sendero cruzaba un tramo del enorme patio hasta desembocar en la casa de piedra más grande que la joven hubiera imaginado jamás. Era verdaderamente un palacio de cuento, de esos que aparecían en las ilustraciones de los libros que sus padres le leían de pequeña, con docenas de torres de tejados resplandecientes, afiladas saeteras y minaretes coronados por agujas de fastuosa elegancia. Cientos de estandartes blasonados con leones dorados y brillantes escudos que representaban a los mundos del protectorado imperial flameaban al cálido aire de la mañana. En el cuadro faltaban los caballeros, pero Sandra no se sorprendería si en lugar de cruzados vestidos con cotas de malla se encontrase con una legión de templarios cibernéticos, dispuestos a caer rendidos a sus pies.

Ahora yo soy una reina en potencia. No es una pesadilla, es real; real como todo lo que me rodea.

Antes de llegar al fin del camino, Sandra pudo ver casi de refilón cómo una figura envuelta en un traje de gasas la observaba con atención desde uno de los ventanales. Antes de que pudiera fijarse en ella, un par de soldados le dieron el alto. En sus rostros se leía la tensión que imponía el cumplimiento del deber, pero una mirada cargada de odio y amenazas implícitas por parte de la joven les hizo apartarse. Esa fue la primera gran lección que Sandra aprendió de Delos y la Corte Imperial: que su figura ya era en cierto modo temida y respetada. La segunda lección la aguardaba unos metros más allá, cuando los soldados la apartaron con diligente firmeza de la camilla y la obligaron a esperar en un desolado pasillo de paredes de mármol mientras se llevaban a su abuelo a un lugar desconocido. Las vistosas plumas coloreadas de sus yelmos cimbreaban con gallardía, y en sus ojos no había compasión, sólo deber. Sandra entendió.

Había puertas que ella, pese a todo el poder y la importancia que pudiera llegar a obtener, no podría cruzar jamás.

—¡Señora! Espere un momento, por favor —suplicó el edecán, alcanzándola.

Junto a él flotaban las figuras translúcidas de los embajadores holográficos, presa de un silencio fantasmal.

—Sea bienvenida en este glorioso día a las puertas de la Casa Santuario —continuó—. Mi nombre es Alan. Soy su asistente personal y observador de la etiqueta y el protocolo. Mi misión será orientar su vida mientras resida con nosotros. Si desea cualquier cosa, yo...

—Sí, deseo una cosa —respondió Sandra inmediatamente, para sorpresa de su contertulio—. Me gustaría saber a qué casa de curación han llevado a mi abuelo.

—¿Qué...?

—Mi abuelo. El hombre que se estaba muriendo en la camilla de hace un momento. Encuéntrelo y luego hablaremos —ordenó la joven, desafiante. Se giró para contemplar la panza del aparato del que había desembarcado. La ya familiar silueta del coronel Armagast se adivinaba entre la tropa que descargaba material y los droides de pista. Estaba charlando con uno de sus subalternos directos (una mujer de una raza que ella nunca había visto antes, llamada Ramko), y se reía de algo gracioso con la pose modulada por el distanciamiento propio del mando. Sandra le odió en ese momento más que nunca, más de lo que jamás podría odiarle en los días venideros, y lo apuntó como cabeza de una larga lista de personas a las que desde ese momento consideraría enemigas.

—Discúlpeme...

La joven se giró hacia el oficial de protocolo con brusquedad. La expresión de malestar aristocrático en la cara del edecán se desvaneció.

—Este... Comprendo que la situación debe ser de una gran presión para usted, pero estoy seguro de que todo saldrá bien. Como decía, mi nombre es Alan, y procuraré satisfacer sus necesidades y guiarla a través de la estructura social cortesana con la mayor diligencia.

—Alan —repitió ella.

—A su servicio. Su abuelo será llevado con la mayor urgencia al hospital de Palacio, donde será atendido por el mismo equipo médico que se ocupa del resto de la corte —dijo con satisfacción, esperando ver asomar un gesto de tranquilidad en el rostro de la chiquilla. No sucedió—. Estos caballeros son dignatarios venidos en representación de las embajadas de los protectorados intermedios, y se han adelantado para presentarle sus respetos en nombre de los cónsules y jefes de Estado que acudirán a la cena.

Sandra sintió que perdía el sentido durante unos breves instantes. Todo empezó a volverse borroso, mientras su famélico estómago le recordaba que apenas había probado bocado en los días de viaje desde Esperanza. Se apoyó en la pared del corredor mientras se concentraba en respirar. Ante el gesto de horror que cruzó la cara del funcionario, un grupo de invisibles sirvientes surgió de nichos ocultos y se

mantuvieron alerta. El edecán les detuvo, inclinándose sobre Sandra. La niña tenía casi tan mal aspecto como el anciano que había llegado en la camilla. Oscuras bolsas rompían el suave trazo de sus párpados. Llevaba ropa de vuelo conseguida a bordo de la nave, aunque su holgada talla hacía que las mangas, que llevaba recogidas a la altura del antebrazo, formaran grandes pliegues cubiertos de sudor.

Al minuto, la posible sucesora de la corona entraba presurosa a un lavabo acompañada de las sirvientas, mientras el delegado de protocolo guardaba un incómodo silencio. Con una reverencia dio un último adiós a los entes etéreos, que se desvanecieron susurrando entre ellos palabras inaudibles.

La puerta del servicio se entreabrió al cabo de unos momentos dejando ver parte del busto de una sirvienta, que le susurró:

—Ha vomitado un poco de líquido; vamos a necesitar algo de comida en el acto. Y compresas.

Y volvió a cerrar la puerta.

* * *

La Madre Moriani llegó al principesco salón Carlos III casi al mismo tiempo que su deoEmperatriz. Repuesta ya de la traumática experiencia del alfil, caminaba con holgura arrastrando sus largos vuelos de susurrante seda de Mitra por la habitación.

Cruzó taconeando los treinta metros de alfombra carmesí que la separaban del ábside central, una pagoda elevada sobre seis estatuas de oro pulido. Dos sillones egregios separados por un espacio equivalente al de la diferencia de edad de los primeros reyes descansaban en el centro simétrico del recinto. Detrás del ábside se elevaba en casi toda la inmensa altura de la pared un escudo tallado en mármol y piedra noble que representaba el blasón imperial, los leones y la serpiente.

La comitiva que acompañaba a la Arconte había llegado también. No era un grupo formal, más bien una escolta de sirvientes ensimismados en los detalles que iba descubriendo el aparatoso traje de su señora a medida que evolucionaba por la habitación; aparte, cuatro secretarios vestidos como ejecutivos y portando maletines de monitorización LA e inalámbricos mnemoglos —el grupo de contacto que siempre acompañaba a la Arconte a todas partes, ofreciendo y requiriendo datos continuos sobre asuntos de Estado de máxima prioridad—, varios agentes secretos de la Oficina, el edecán Stawton, y otros dos estirados jóvenes a quienes Moriani no conocía. Estos lucían los exquisitos modales aislacionistas y vestían el traje formal (chaqueta y corbata de colores claros, pantalones de pinza y pelo cortado sobre los temporales), propios de la Corporación Eisenstain.

Moriani los observó de soslayo. Probablemente son sus representantes designados para el grupo de análisis, pensó. El varón era un joven europeo de color, fino y

estirado, con un tono de piel tan diluido que casi parecía caucasiano. La mujer que lo acompañaba no medía más de metro cincuenta, y poseía rasgos nórdicos evidentes en su pulcro cabello plateado y el rubicundo vello sedoso que cubría su piel. Unas pupilas sutilmente tintadas con un tono azulado diferente del biológico estándar la identificaban como Recitadora del Códice, una rama de la escuela Eisenstain especializada en estrategias de memoria computacional.

La Arconte Beatriz saludó a Moriani con una leve inclinación de cabeza cuando ambas mujeres se encontraron a los pies del trono bicéfalo. Llevaba el pelo recogido en un moño sujeto por una perla diamantina, un capricho millonario de minúsculo tamaño en cuya composición cristalográfica se había esculpido la estereografía de una paloma sobrevolando un lago. Lucía un vestido isabelino de cuello alto y chorrera de encajes trenzados, un conjunto que le daba un aspecto regio, como si acabara de escaparse de un cuadro lleno de atávicas figuras de otros tiempos de tenaz orgullo abolengo. Sus pestañas estaban remarcadas con un rímel de oscuridad estigia, que acentuaba el falso esmeralda de sus pupilas con una aureola de misterio ancestral, muy de esfinges e imperios caídos. Por su expresión de disimulado divertimento, parecía estar tomándose un descanso de su poco opulenta manera de vestir, volviendo a refugiarse en el juego del modismo como hacía cuando era pequeña. Una reina de verdad jugando traviesa a ser princesa de diseño.

—Madre Moriani —saludó la Arconte.

—Excelencia —respondió la bizantyna, haciendo una reverencia y besando la mano tendida.

—Por fin habéis venido. Temía por vuestra salud.

—Me honráis. Todo quedó en un mal pasajero, afortunadamente... para mí.

La Arconte se permitió una mirada piadosa.

—Lo lamento de veras. Sé lo mucho que Viola significaba para vos.

—Sois muy amable —agradeció Moriani, esperando mientras la Arconte escalaba con gracia los peldaños y ocupaba solemnemente el sillón izquierdo del trono. El joven estirado de la Corporación, de igual rango en la comisión de análisis que Moriani, se situó en silencio a su lado, presentándose en voz muy baja él mismo y a su compañera.

La Madre se preguntó por qué motivo aún no habría llegado el representante de la tercera facción.

Un niño vestido con una guerrera roja llena de broches de oro y zapatos de charol se acercó hasta el edecán y le susurró algo. Este asintió, dando permiso para que una puerta lateral se abriera (no la principal, que con sus jambas de diecisiete metros necesitaba dos motores gemelos rotativos para moverse), y dejara pasar la comitiva que acompañaba a la niña.

Moriani y la Arconte permanecieron calladas, expectantes. Mucho habían oído en

los últimos días sobre la persona que estaban a punto de conocer. Los informes del capitán de la nave que la había encontrado eran explícitos a muchos niveles, incluyendo el detallamiento de los sucesos inmediatamente anteriores al abandono del planeta Esperanza. Un oficial de a bordo había disparado certera pero negligentemente contra un ciudadano de la aldea de la chiquilla —que resultó ser además un pariente cercano—, provocándole muerte clínica casi instantánea. Los servicios médicos de a bordo le habían mantenido en una cámara de estasis procurando retrasar el comienzo del rigor mortis hasta su ingreso en una clínica interina del Palacio, donde los expertos en nanocirugía y bionética trataban de reparar con tecnología lo que la Naturaleza ya había dado por perdido.

Nada de eso se le había dicho a la chiquilla.

Los informes sobre su temperamento y nivel intelectual eran contradictorios. Armagast se había encontrado con una diablesa de porte y modales exquisitos y un profundo odio azul grabado en sus pupilas. Stawton y las mujeres que habían cuidado de ella desde que puso el pie en Delos describieron una niña desvalida, de salud precaria e inestable debido a un prolongado y extenuante esfuerzo físico y mental, y totalmente dócil en lo que se le pedía que hiciera o dejara de hacer. Sólo habían pasado tres días desde que se encontraba en palacio, y aún no había abierto la boca salvo para pedir comida o formular alguna petición menor, como que se le proporcionara ropa cómoda o que se le indicara cuál iba a ser su aseo personal. Su aseo personal. Moriani ya empezaba a entrever cuál era el posible punto de vista de la niña. De alguna forma, había tomado parte del regalo que se le daba sin llegar a aceptarlo del todo, y lo utilizaba en su provecho. Como una cobra aprovechándose de la indulgencia y caridad de su enemigo mientras sana sus heridas.

Al parecer, y si los informes no mentían, poseía una segmentada pero extensa educación. Sabía leer y escribir, poseía conocimientos más que rudimentarios de matemática, geología, física y astronomía, y se le notaba una clara robustez, de alguien acostumbrado al ejercicio físico. Poseía, para su relativamente corta edad, una madurez y un conocimiento intrínseco del mundo muy desarrollado.

Y lo más importante con diferencia: había dado una respuesta totalmente plana en los sondeos mnémicos previos. De hecho, en lo que se refería a habilidades supraempáticas, la niña era un completo cadáver. Total y absolutamente plana.

Su nombre brilla en los preliminares de la Convolución, había constatado Urievitch.

Moriani frunció el ceño.

La comitiva entró en la sala. Al principio la Madre no pudo verla. Varias mujeres vestidas con quimonos geishas, las sirvientas de primera clase, surgieron de la pequeña puerta formando un racimo. Se acercaron hasta abordar la alfombra principal y se abrieron en abanico, dejando pasar a la niña.

Los presentes contuvieron imperceptiblemente el aliento.

La joven iba vestida con un traje sencillo de dos piezas, sin más refuerzos que unos pendientes del mismo color que su cabello, unos zapatos de tacón con los que no parecía llevarse muy bien, y una falda corta que vestía con elegancia su cintura. Medía escasamente metro sesenta y cinco de estatura —por encima de lo corriente para los estándares femeninos de su planeta—, pero los tacones la hacían parecer más alta. Su largo pelo cobrizo caía en cascada sobre un lado, dejando que algunos flecos menores ocultaran el sano tono rosado de su frente y sus mejillas. De nariz recta y breve, usaba dos filtros azulados en sus fosas nasales que tamizaban con un casi inaudible silbido el aire de Delos, una mezcla sutilmente diferente a la de su mundo de origen que ya le había provocado mareos y un desmayo en el momento de su llegada. Moriani había sido informada de que el condicionamiento enzimático de los procesos metabólicos de respiración celular de su cuerpo, iniciado en el viaje a bordo del San Juan, pronto acabaría, pero en previsión de más desmayos se había decidido que los portara unas jornadas más.

Cuando llegó a la altura del ábside, se adelantó un paso demasiado corto, como temiendo abandonar la compañía de las sirvientas, y practicó una entrenada reverencia. Parecía más concentrada en equilibrarse sobre los altos tacones en un entorno de gravedad diferente que por encontrar su lugar en el esquema social de la recepción. Concluida la genuflexión, la joven volvió a retirarse, como queriendo ocupar su lugar en la fila. Asustadas, las sirvientas retrocedieron otro paso automáticamente.

Elizabetha y la Arconte cruzaron una mirada.

Sandra miraba a su alrededor con preocupación, como estudiando el terreno. Su mano izquierda se había quedado congelada en el punto final de la pose, no sabiendo a dónde ir desde allí. Estudió de reojo a las calladas geishas que esperaban en semicírculo detrás de ella, pero estaban muy inclinadas, casi rozando el suelo, los brazos apretados contra el vientre y escondidos dentro del quimono. Una pose que, sin duda, no se esperaba de ella.

Iba a tartamudear algo, cuando la Arconte intervino.

—Bienvenida a Delos, Alejandra —comenzó, con una suave derivación francófona en la entonación—. Ante todo quiero que sepas que lamento profundamente el accidente ocurrido con tu abuelo.

Sandra se paralizó. Había esperado todo de aquel primer contacto con la cúpula del poder, excepto que alguien —y menos ella— se hubiese tomado la más mínima molestia en informarse sobre sus problemas. Cabeceó, los ojos clavados en las hebras carmesíes de la alfombra, empezando tímidamente otra reverencia. La Arconte la detuvo con otra frase.

—Sé que esto es muy distinto del ambiente saludable y natural al que estás

acostumbrada, pero espero que podamos hallar la manera de que te encuentres cómoda.

—Gracias... su majestad.

Beatriz sonrió. La voz de Alejandra sonaba juvenil y aterrorizada, pero segura de sus palabras. Y no había usado modismos propios de su país o comunidad desde que había llegado. Era un detalle sutil pero importante, el que la chiquilla se esforzara por usar y mantener una pronunciación canónica del lenguaje universal del Imperio.

—Alejandra, estas personas están aquí para instruirte y estudiarte, para averiguar si realmente eres quien nosotros esperamos que seas —dijo la Arconte, señalando a los representantes de las Logias—. La Madre Elizabetha Moriani, suprema Regidora de la Logia Bizanty, y Fausto Kopelsky, inspector en jefe para esta comisión por parte de la Escuela Eisenstain. Estarás al cargo de ellos a partir de ahora. Todos esperamos que, si nos hemos equivocado y todo esto no resulta sino un lamentable error, lo confirmemos con la mayor brevedad y podamos llevarte de vuelta a tu mundo sin dilación. Y en el caso contrario... —la Arconte se inclinó hacia ella, alterando un poco la severidad de su pose—... Entonces espero que puedas aceptarnos de corazón como tu nueva familia. Ahora dime, ¿cuáles han sido tus primeras impresiones sobre la capital?

Sandra meditó la respuesta. Aquella mujer trataba de tender un puente hasta ella por medio de la afabilidad, pero desde luego sopesaría todas sus ideas y opiniones fría y despiadadamente, evaluando cada detalle según un baremo desconocido. La joven decidió no bajar la guardia.

—Posiblemente... desconcierta —Le costó encontrar una frase que encadenara con eso—: Tal vez algo de miedo. Todo es... No sé. Demasiado grande. Demasiado nuevo.

—¿Es cierto lo que dicen sobre el odio que sientes hacia nosotros, Nos, el Imperio? —La monarca pronunciaba con tanto cuidado que casi se podía escuchar la puntuación—. Hay una desgraciada paradoja en los hechos que nos ha reservado el destino. Hechos que, para serte sincera, no sabemos cómo enfocar.

—Er... Bueno. —Maldita sea. No estaba preparada para preguntas tan directas. ¿Dónde estaba el sofismo romántico de la realeza?—. Mi Señora, os mentiría si os dijese que es falso... Pero también sé que las condiciones en que la vida se me ha presentado no me han dejado opción para mucho más. Entiendo lo que son los sesgos de opinión, si es a eso a lo que os referís.

—Y entiendes también su futilidad, bajo ciertas circunstancias.

—Entiendo... la gran ayuda que prestan a la hora de asimilar el mundo. La facilidad que dan para entender la vida... y a las personas que ésta pone en tu camino. La Arconte sonrió. En sus ojos se leía ya la huella de una primera opinión.

—Confieso que esta primera reunión me tenía preocupada. —Sandra no supo qué

pensar de eso—. Me preguntaba cómo serías. Si te habrían descrito bien.

El infame Lucien. ¿Qué palabras habría pronunciado respecto a ella? ¿Cómo la habría visto desde su postura mercenaria e incorruptible? ¿Qué clase de opinión podría forjarse de ella el asesino de su abuelo?

—Espero no haberos decepcionado —dijo tímidamente.

—No, no —rió la Arconte—. Por fortuna, sois todo lo que se había dicho de vos. Sin embargo, todavía hay mucho que tenemos que aprender unos de otros.

Soy lo que esperaban. Madre, tengo miedo.

—El regalo que se te ofrece es tan inmenso y complejo que tal vez no llegues a entenderlo nunca, pero quiero que sepas que es algo tan necesario para la supervivencia de la estructura de las cosas como el esqueleto lo es para sostener los músculos que guían un cuerpo humano. Tu sabiduría y tu sentido común te ayudarán a entenderlo. Nosotros sólo vamos a guiarte y asesorarte durante los primeros pasos del camino.

«Alejandra —la Arconte entrelazó los dedos sobre su regazo—, pese a que esto es sólo una primera toma de contacto y no es mi intención alarmarte, quiero que seas consciente de algunas cosas que son reales, que están ahí y afectan a todos los movimientos que nos vemos obligados a llevar a cabo. Supongo que una mujer preocupada por la ciencia y el conocimiento como tú habrá oído hablar de hechos, de acontecimientos históricos, que a primera vista y ante un observador no instruido pueden parecer equivocaciones, productos de severos errores de juicio. La política expansionista que imperaba a comienzos del gobierno de Nos, el actual Emperador, necesaria para la época pero restrictiva si se utilizase hoy en día, está llena de ese tipo de acciones ambiguas. Comprender los motivos desde dentro, desde el punto de vista de la mente que los concibe y no de la persona que los sufre, es uno de los primeros y más importantes pasos a dar para llegar a gobernar. Esas características intrínsecas son algunos ideales relacionados con conceptos abstractos como la obligación, el honor, la lealtad... que no por pasados de moda o ignorados en muchos lugares del vasto reino de lo humano dejan de existir. Esos conceptos fundamentan las bases de la estructura de poder humana. —La Arconte inspiró, seleccionando las palabras—: Los hombres y mujeres que conforman la especie son individuos con conciencia racial. Son partes individuales de una gran estructura dotados de un sentido del todo, con capacidad para preocuparse por sus coetáneos, por sus hijos, por individuos de su raza que aún no han nacido, que ellos jamás llegarán a conocer.

Beatriz se levantó, girándose hacia el majestuoso emblema de leones gemelos que cubría la pared a su espalda.

—Esto es lo que simboliza el estandarte del Emperador. No es el símbolo impuesto de una ideología partidista, sino el reflejo de unos principios de orden universal que rigen el comportamiento humano allí donde el Hombre se realice, no

importa si es en el corazón del Imperio o en el más lejano de los puestos fronterizos. Fuerza, lealtad, honor, dedicación... Sacrificio —leyó, traduciendo del griego clásico la consigna que fulguraba esculpida bajo los leones. La solemne trascendencia de las palabras resonó en la sala con la robustez del mármol en que estaban inscritas.

—Sacrificio —repitió—. Por el resto de la Humanidad, por la identidad y conservación de la especie. No por mantener incólume un sistema arbitrario privándolo de la posibilidad de avanzar, de prosperar, incluso de derrocar a sus líderes e implantar otros con diferentes credos o motivos, sino por hacer que ese sistema se mantenga en pie el tiempo suficiente como para que llegue el que lo ha de sustituir para que se avance el paso. Es lo que significa tener conciencia global.

Sandra contempló fijamente el estandarte, apreciando gracias a su gran tamaño detalles que antes había pasado por alto. Los Leones de Aquiles, erguidos sobre sus patas traseras en una pose sugerentemente antropomórfica, tenían garras sólo en la pata inferior, un poco contraída, siendo la superior, la desarmada, la que mandaba. Sus testas rubicundas aparecían cubiertas por coronas hechas de cadenas de aminoácidos con sus enlaces helicoidales cruzados. Los rostros de los feroces animales estaban enfrentados, pero no combatían. Ambos eran como recias columnas orgullosas de portar los estandartes en los que se homenajeaba a la vida y al desarrollo de las virtudes humanas. Se enfrentaban, sí, pero no luchando, sino escoltando a la serpiente que se contorsionaba perpendicularmente a la fuerza de sus zarpas. El cuerpo del ofidio estaba fragmentado en cuatro —ahora cinco, entendió ella por fin— segmentos desunidos, cada uno de igual longitud que los demás pero decorado con diferentes entramados de escamas, mantenidos como uno solo gracias a las banderolas que portaban los nombres de las cinco virtudes humanas. El tronco común de la raza, en principio disgregado, nacía y se reforzaba con la entereza de los ideales.

—Estas enseñanzas encierran graves riesgos —dijo Beatriz, las sedas de su vestido perdidas en un bosque de pliegues y reflejos—. Las decisiones claves para determinar la supervivencia, no ya de una parte o una facción, sino de todo el conjunto de la especie, son siempre ambiguas. La entereza de un gobernante, ya lo descubrirás por ti misma, no consiste en ser muy inteligente para llegar a la conclusión de que tiene que plantearse ciertas decisiones difíciles, sino en ser íntegro y consecuente con su ideología a la hora de tomarlas.

«Es muy cruel pertenecer a la especie humana, Alejandra. Muchos de entre los pensadores que dedicaron su vida a la filosofía y se plantearon estas cuestiones desearon después no haber sido capaz de llegar a ellas, porque conocerlas significa compromiso, dolor y sufrimiento, e ignorarlas simplicidad, ignorancia y, en muchos casos, hasta felicidad. Vivir feliz sumido en una fantasía en que los problemas son tan lejanos que siempre son resueltos por otros, en que los peligros mortales que nos son

extraños son tan fortuitos que nunca llegan a alcanzarnos —la Arconte bajó la vista—. En que el universo es demasiado grande y las noticias suceden siempre en lugares tan lejanos que nunca llegarán a inmiscuirse en nuestras vidas.

«Todo aquel que piensa con seriedad en el poder, en el poder de verdad, acaba cuestionándose sus motivos, y odiando su impoluta perfección. Todo el que decide tener un hijo y lo ama de veras sabe que puede que algún día tenga que dar la vida por él, y que la decisión crucial deberá ser tomada de forma inmediata, sin tiempo para pensar en ella, confiando en que sin duda es la correcta. El desgraciado estado en el que se encuentra tu abuelo es una consecuencia trágica de una de esas decisiones. ¡No, no vuelvas a antiguas conclusiones! —advirtió, girándose hacia la joven.

Sandra sostuvo su mirada, sintiendo regresar el odio de nuevo. Pero algo inclasificable lo contenía.

—No mires con los ojos condicionados por el pasado —continuó implacable la deoEmperatriz, acercándose a ella. Algo de la fiereza de los leones gemelos brillaba con intensidad al fondo de sus ojos—. El día en que tú seas Emperatriz... te darás cuenta de que no es diferente de ser quien eres ahora. Sólo difiere en el grado de entereza y en la capacidad para serenarte y ver las cosas no sólo desde tu propia y personal perspectiva, sino también de la de tu enemigo, y preguntarte por qué él piensa así en lugar de pensar como tú... Por qué él está dispuesto a morir por una religión que no es la tuya, por ejemplo, pese a que tú crees con la misma convicción que tu dios es el correcto y verdadero, y sabes que sólo uno de los dos puede tener razón.

La Arconte llegó hasta el pie del ábside, a menos de un metro de la joven. Sandra creyó que el corazón iba a salirsele del pecho.

—... Entonces, y sólo entonces —concluyó, matizando cada palabra—, sabrás con certeza que en cualquier situación, ante cualquier problema, tendrás las mayores posibilidades de tomar la decisión correcta.

Un pesado silencio cayó tras las palabras de la deoEmperatriz. Sandra no sabía qué pensar. Había planeado decir un montón de cosas, de exigir explicaciones por lo de su abuelo, por lo de sus padres y su comunidad, pero después de esto... Aquella mujer sabía muy bien de su pasado, de lo que había ocurrido en Esperanza en los días de la revuelta. Sandra no podía arrojarle a la cara esas verdades esperando, tal y como había imaginado, que la reina de reinas se sonrojara y admitiera en público lo falaz de sus argumentos. Había dejado claro directamente y sin rodeos que ellos estaban al tanto de sus sentimientos, de sus preocupaciones. Y que no les importaban en absoluto. Había destruido de un tajo inmisericorde todo lo que la había mantenido envuelta en un falso halo de entereza hasta entonces, mostrándole que frente a los elevados principios que regían los actos de sus secuestradores, su opinión personal carecía totalmente de valor.

Qué ilusa había sido, qué inocente e impetuosa, al subestimar con tanta facilidad a una de las cuatro personas a las que casi todo el resto de la Humanidad rendía pleitesía.

—¿Lo entiendes, Alejandra? —preguntó la deoEmperatriz. Sandra despegó la lengua del paladar, respondiendo:

—Creo... Estoy casi segura de que sí.

—Muy bien —dijo Beatriz, sonriendo satisfecha—. Esa es la respuesta más inteligente que me han dado nunca.

La Arconte se retiró sin mediar palabra, arrastrando consigo su estela de ayudantes. Sólo quedaron allí el edecán Stawton, la sacerdotisa y el ejecutivo, que permanecían con las pupilas clavadas en las de ella, silenciando oscuras meditaciones.

—Creo que esto es todo —dijo el edecán, rompiendo el hechizo, y con un par de palmadas ordenó a las geishas que se retirasen. Sandra iba a seguirlas, pero la mujer de la túnica la detuvo.

—Tú no. Debemos empezar cuanto antes.

* * *

La comisión había dispuesto, sobre la base de una sugerencia de Moriani aprobada con sorprendente ecuanimidad por las otras dos facciones, que la batería de pruebas no se realizaría en ninguna de las aulas de metodología y control del Instituto de análisis y experimentación psíquica, abreviado ITAS, el organismo oficial mancomunado que las Logias administraban en colaboración con una delegación de vigilancia del Gobierno. Por el contrario, se realizarían en el propio palacio bajo control directo de los representantes de las Logias, ciertos organismos privados no gubernamentales y del propio Emperador, a través de sus Arcontes.

El salón elegido a tal efecto fue el Aristóteles, una referencia que disgustó un poco a Vladimir Urievitch por motivos que no quiso hacer públicos. Estaba situado en el ala oeste del edificio, con vistas a la ciudad circundante y al Museo de las Artes. Normalmente se usaba como refectorio en pausas de conferencias importantes o exposiciones que tenían lugar en el contiguo Paraninfo de las Letras. Los sirvientes habían retirado las mesas y sillas meramente decorativas —enfundándolas en vainas de plástico en espera de que el experimento terminara y los periodistas invadieran el lugar ávidos de canapés—, habían instalado unas funcionales sillas plegables de respaldo recto, una mesa ancha de fibroplástico y un equipo de cámaras y sonido. El jerez esparcía su sugerente aroma desde las botellas sin etiquetas que estaban descorchando.

Sandra fue escoltada hasta el lugar a diez minutos de empezar la sesión. Moriani

y Fausto Kopelsky, su homónimo de la Corporación, habían insistido ante el foro de contacto en que probablemente no verían nada; que harían falta muchas sesiones y muchas baterías de tests de diversos tipos, desde la psicología común al análisis inductivo de personalidad Id o los sondeos de triada mnemométrica para llegar a las primeras conclusiones. Pese a todo, los representantes de las partes interesadas seguían en sus trece, y estarían en palacio cuando se convocara a la niña y a los examinadores.

Así, a las ocho menos diez de la tarde, cuando Sandra atravesó las puertas del salón, una docena de ojos electrónicos de movimiento automático comenzaron a seguirla como ciclópeas rapaces carroñeras. Una suave música tintineaba al límite de la audición, relajando el ambiente. Jazz.

Había mucha gente abarrotando el lugar. Sandra contó una veintena de psicólogos, psiquiatras y doctores de diversa índole, algún que otro rostro conocido de la política local a quien identificó por los programas de la Red que había seguido en los últimos días, cónsules, dignatarios y otros grupos dispersos sin finalidad aparente.

También estaban los fantasmas holográficos que habían acudido a recibirla el día en que había desembarcado en Delos, sus contornos azulados y verdes ocupando un sitio vacío en los círculos de gente real. Todos se distribuían en corpúsculos agrupados por temas de conversación o graduación social. Sandra buscó con la vista a la mujer vestida como una eclesiástica (Moriani, si no recordaba mal), o a la Arconte en persona. No vio a ninguna de los dos. Al entrar, los presentes se concentraron en ella y comenzaron a aplaudir. La joven se sonrojó, notando cómo disparaba los comentarios en voz baja y las miradas reprobatorias de la mayoría de las mujeres. Algunos hombres se mesaron los gruesos bigotes y comentaron cosas entre ellos moviendo la cabeza a veces de arriba a abajo, a veces hacia un lado.

Su guía, una joven sirvienta de rasgos orientales llamada Kori Naba, la condujo hasta el grupo central de personas y se presentó ante el edecán, desapareciendo como por ensalmo a un gesto de éste. La joven aspirante tragó saliva. Los aplausos fueron muriendo con sequedad. Le costó casi diez segundos darse cuenta de que la Arconte Beatriz estaba delante de ella, vestida con un sencillo traje formal de oficina, el pelo corto de un color sutilmente más ocre y una copa de champaña en la mano. A su lado aparecieron de repente el coronel Connor, Moriani, y el joven representante de la Corporación, ataviados con unos sencillos uniformes de faena distintivos de sus respectivas Logias.

—Dama Valeska —saludó el joven, haciendo una reverencia. Era la primera vez que alguien la llamaba por su apellido sin iteraciones, algo poco usual en aquella cultura—. Estamos preparados para empezar. Si lo desea, puede ocupar ya su asiento.

Sandra se sentó frente a la mesa de análisis, llevándose una mano a la cara para

colocar disimuladamente los filtros de aire en su sitio. Los condenados hacían segregarse la mucosa y tendían a salirse de las fosas nasales.

Sobre la mesa, los examinadores habían dispuesto dos simples barajas de superficie roja colocadas boca abajo en abanico. No había más máquinas ni más misterio que un par de dossiers apilados en una esquina. El primero en sentarse delante de ella fue Kopelsky. Tocó una de las cartas viradas de la mesa, del montón de la izquierda, y realizó una simple pregunta:

—Por favor, tenga la amabilidad de decirme de qué carta se trata.

Sandra contuvo la respiración, asustada. ¿Ya había empezado la prueba? ¿Así, sin preparativos ni oraciones ni ofrendas a los poderes que iban a invocar? Los invitados la miraban, atentos y callados. De repente temió decepcionarles, defraudarles con un engaño. ¿Qué esperaban que hiciera, magia?

Ante su desconcierto, el examinador explicó:

—Existe una disciplina llamada mnemónica predictiva, que consiste en visualizar objetos o formas ocultas a partir de una conexión indirecta con lo que nosotros llamamos el árbol de probabilidad universal. Se trata de una disciplina que tarda años en madurar para poder ser usada conscientemente, pero que en la mayoría de los sujetos se manifiesta al principio de forma espontánea. ¿Siente usted algo, alguna sensación, una imagen que le llame la atención por causas que no puede explicar?

Sandra esperó unos segundos, meditando, y optó por la prudencia:

—No, ninguna en absoluto.

La respuesta arrancó comentarios entre los presentes. La chica miró a su alrededor, algo nerviosa. Había demasiados ojos clavados en ella, y se sentía ridícula forzando la pose.

Parece más preocupada por la imagen que pueda dar que por el experimento en sí, transmitió Moriani a su compañero de evaluación. Kopelsky asintió mentalmente, enviando sus primeras dudas en forma de constructos de paciencia:

—La falta de concentración sería un problema, si de verdad estuviésemos buscando algo.

Otras pruebas comenzaron a sucederse. La niña, más tranquila al cabo de la primera media hora, cruzó las piernas cuidando que la falda no escalase por ellas más de lo necesario, y comenzó a rellenar tests de respuesta múltiple. Connor se decidió a acercarse a Moriani, con una copa de jerez en la mano, saludándola con un beso casual. Los presentes comenzaban a disgregarse, entendiendo que la prueba sería un proceso largo y confuso para los no instruidos. Moriani se alejó un poco de la mesa de canapés, privatizando la conversación.

—Me enteré tarde de lo del atentado. Fue algo calculado —comentó Connor, en voz baja.

—Digamos que es decisión de las musas de la fortuna el que siga viva. O tal vez

de las del cinismo cruel —Moriani evocó los últimos momentos de Viola—. No comprendo cómo a la gente de Seguridad se les pasó.

—Una bomba viva. Debió haber disparado las alarmas nada más acabar con la capacidad de reacción del piloto. El alfil también debía estar manipulado.

—Pero, ¿por qué no destruir toda la nave? ¿Por qué mostrar la trampa tan abiertamente? No parece que la verdadera razón del atentado fuese acabar con mi vida —observó, cavilosa—. Si te digo la verdad, estoy harta de tantos pulsos de poder y tentativas estériles. Los segregacionistas se deben estar partiendo de risa imaginando las implicaciones.

—Lo averiguaremos. ¿Cómo va ella? —Connor señaló con una inclinación de la copa hacia la joven aspirante, que seguía concentrada en cumplimentar una prueba de rapidez mental.

—Es un misterio —sentenció la Madre con aire contrito—. No tiene absolutamente ninguna conexión con el Metacampo.

—¿Es plana?

—No. —Moriani se apartó de la mesa de canapés, que ya empezaba a ser asaltada por algunos invitados aburridos—. Hasta los planos poseen unas reminiscencias mnémicas en la actividad sináptica del subcórtez, producto de la fricción que sus pensamientos conscientes provocan en la frontera del Metacampo al no poder ser asimilados.

—Una especie de reverberación de rebote.

—Más bien una fuerza gemela de sentido contrario, producto de un reflejo de rechazo hacia el Metacampo —corrigió la Madre, juiciosamente—. Al ser repelidos provocan la aparición de ruidos armónicos a veces visuales, a veces táctiles... abstractos y sin concreción iconica de ningún tipo. Sin embargo... —Calló unos segundos. La niña chupaba el lápiz con el que rellenaba el formulario, la mirada perdida intentando comprender uno de los apartados—. Ella no posee esta reverberación. Es como si su mente operase en una frecuencia aparte, fuera del espectro en el que se mueve el resto de la especie. No tiene explicación.

—Eso ya demuestra que es única...

—Pero no nos sirve de nada si no lo podemos aprovechar. De todas formas, no deja de ser curioso en el esquema global la forma que van tomando los hechos. Esta es la primera vez que tenemos una polivariante focal.

—¿Una polivariante?

—Es una posibilidad que hasta ahora sólo conocíamos porque se intuye en las ecuaciones trigramáticas de la Versión Eisenstein. Al principio, cuando estábamos rescribiendo las fórmulas de su trigramma principal apoyándolas en nuestros postulados, vimos que si las depurábamos lo suficiente aparecían posibilidades sorprendentes. Los resultados inferían la existencia de un montón de formas

alternativas de Convolución... una de las cuales es la derivación que lleva mi nombre.

—Ah, sí —recordó Connor—. Leí algo sobre el tema hace unos años. La opción de polivarianza con foco único, ¿no?

—Exacto. En lugar de surgir una entidad consciente de la suma de varios focos, es una única mente la que pone la semilla de la que surgen los demás elementos. Sería como tener una mente gestáltica que nace a partir de múltiples personalidades generadas por una sola persona, en lugar de varios individuos distintos.

—¿Estás insinuando que...?

Moriani sacudió la cabeza.

—No. No aún, pero es una posibilidad interesante. Si tan sólo la chica estuviera dentro del cuadro de casos probables... —Escancié el vino con parquedad—. Estaremos seguros cuando analicemos a los demás candidatos.

—Presencia inferencial —explicaba el examinador a propósito de un test basado en secuencias de figuras geométricas—: La capacidad de prever las sendas probabilísticas que desde el pasado o el futuro desembocan en las consecuencias del presente. Medir los hilos que operan nuestra realidad contextual, su origen y longitud, creando un lazo de paradojas con un centro entropico que podemos evaluar y predecir mediante matemática común.

Sandra se rascó la punta de la nariz, los ojos muy abiertos y atentos. Su maravillosa candidez era una comodidad en lo imposible.

—¿Se está demostrando algo con esto? —se interesó Connor.

—¿Con la prueba de hoy? —Moriani se alzó de hombros—. Absolutamente nada. El verdadero estudio se hará en privado, sin todo este conjunto de alimañas cerca.

—Y tienes previsto que empiece...

—Ya ha empezado, desde que la niña puso el pie en el planeta. Tecnología de evaluación diseñada exclusivamente para ella.

Kopelsky descubrió una carta. La niña mostró un dibujo automático. No se parecían en nada.

—¿Has tenido oportunidad de ver a tu hija? Me comentaron que había entrado a formar parte del grupo de contacto de Urievitch.

—La saludé cuando me entrevisté con él, justo antes del atentado. Me alegro mucho de que haya conseguido llegar hasta allí.

—Nunca dudé de ello —asintió Connor—. Desde que la conozco ha venido demostrando que si en algo se parece a su madre, es en la terquedad.

Moriani premió su afecto con una sonrisa.

Mientras, el representante de la Corporación, Fausto Kopelsky, se había puesto en pie para estirar las piernas en tanto la aspirante continuaba con los formularios. Alisándose con un movimiento la parte de atrás de la chaqueta, fijó su vista en uno de

los ventanales que contemplaban el contorno art-nouveau del Museo. Allí estaba el reflejo de Moriani, intercambiando con Connor algunas impresiones entre sorbos de jerez. Otros invitados se movían a su alrededor y comenzaban a pedir permiso para abandonar la sala con la excusa de fumar o ir al lavabo y poder acceder al pasillo. El joven se preguntó si las personas a las que en realidad iba dirigida la demostración, ocultas tras los ojos de las cámaras, ya se habrían convencido de lo evidente: la niña carecía por completo de comunión mnémica o contacto con el Metacampo. Lo más probable es que la prueba preconvolutiva fuera un rotundo fracaso, y eso representaba un problema con mayúsculas. Todas las maniobras comerciales puestas en marcha sobre masas de datos probabilísticos y líneas de macroeconomía tenían como referencia fundamental el que la Convolución se llevase a cabo dentro de un paréntesis temporal breve, no menos de dos años estándar (los de Delos ya, no los de la Tierra) ni más de diez. Los créditos imperiales durarían ese tiempo, pero no aguantarían más de una década de predicción comercial e inflación en Bolsa.

El sistema empezaba a auto adaptarse a la pérdida de sus pilares básicos, en un desesperado intento por sobrevivir. El Emperador terminaría por diluirse y morir, probabilidad ya presente en todos los sondeos de mercado de los consorcios mercantiles. Encontrar a los nuevos aspirantes sin una referencia previa podría llevar décadas, tal vez siglos. El Imperio no sobreviviría. Vendría una época de caos y aislacionismo reaccionario sólo evitable —y aprovechable— por aquellos que tuvieran acceso a la tecnología más reciente en materia de transportes: la impulsión Riemann y el Hipervínculo, la anticinética, los velámenes de curvatura relativista y derivados.

Kopelsky se rascó la nuca, meditando a la manera de su curia. Postular, estructurar, teorizar y rebatir; y si el organigrama derivaba en una respuesta recurrente, repetir los pasos hasta lograr salir del bucle conceptual. Ante el primer resultado, una decepción: acababa de recibir un diagnóstico de pura paranoia de los automatismos de evaluación de su mente.

¿Y si otra facción se nos adelanta?

Pensando en la necesidad de ir estableciendo alianzas con las demás partes en previsión de un colapso venidero, se dejó llevar por las letanías de concentración hasta una cala de preparada tranquilidad en la vasta preplanificación inducida de su pensamiento. Futuro. Supervivencia como novedoso factor clave en los intereses de una civilización basada en el cambio y en la adaptación a entornos hostiles. En este caso, el tiempo era el premio a ganar.

De pronto, se dio cuenta de que la niña le estaba mirando. Había un pensamiento velado en sus ojos, la fugaz comprensión de algo que despertaba sus sospechas.

—¿Ocurre algo? —preguntó el examinador, componiendo una expresión de estar por encima de todas las dudas, de estar ahí para resolverlas.

—No... Nada —dijo ella, pensativa—. No era nada importante.

Kopelsky se extrañó. Había algo raro en su mirada.

Una mano de mujer se apoyó con delicadeza en su hombro. Era Inka, su acompañante y Recitadora del Códice.

—La Arconte va a abandonar la sala —dijo sedosamente en danés.

—Muy bien. Aprovecharemos para hacer una pausa.

Aún sentada, Sandra se estiró con disimulo, volviendo a colocarse los filtros de la nariz en su sitio. Kopelsky la miró, con un rictus de disgusto en su cara. ¿Por qué tenía tantas dudas? ¿Cuál era la causa de que no logran descifrar las claves que ocultaban las capacidades de comunión mnémica, las mismas que reunían sin saberlo todos los aspirantes?

Era complicado de entender. Aquella chica guapa y espabilada llevaba un tesoro y no lo sabía. Algo o alguien la había tocado al nacer con una varita mágica y había dicho: Serás tú. Sin motivos aparentes. Sin máculas observables que aportaran pistas sobre el porqué de su elección. No existían linajes psíquicos fiables o rastreables en el tiempo. Un hijo de padres planos podía perfectamente ser un elegido para realizar la Convolución, o podía estar condenado a perpetuar a través de su descendencia el grupo de factores que lo hacían estéril al contacto con el Metacampo.

¿Qué demonios habría visto la chiquilla?

Una voz rozó su conciencia como arrastrando campanillas. Era Inka:

—Ha llegado Stellan Sorensen.

Kopelsky se acercó a la ventana a mirar. En efecto, el transporte del Consejero acababa en estos momentos de tomar tierra en una plataforma. La parte frontal de su contorno segmentado ya se había posado, y de los enormes tubos de descenso desembarcaban los primeros pasajeros mientras el resto de la nave aún se retorció expulsando chorros de vapor para acabar de aterrizar. Distinguió el encorvado y nervioso andar de Sorensen, que se dirigía con prisas hacia uno de los vehículos de pista. Junto a él caminaba una figura que le llamó la atención, la de un joven elegante y despreocupado que seguía al Consejero sin compartir su premura.

El delegado de la Corporación sonrió. El representante teleuterano del Grupo de Análisis. La tercera facción hacía acto de presencia con una de sus magníficas y téticas entradas.

—Está bien —dijo en voz alta, acallando las conversaciones—. Prosigamos.

Capítulo 6

Frustrada, Sandra cerró la puerta de su habitación. Desastre. Esa era la expresión. Desastre total. Se sentía impotente, inútil y sobre todo muy enfadada consigo misma. Por no haber superado las pruebas. Por haber decepcionado a tanta gente. Por haber permitido que todo aquello prosperara sin oponer resistencia.

Poco podría haber cambiado, lo sabía, pero se echaba en cara el no haber sido más dura, menos predispuesta a dejar que los demás alteraran de esa manera su vida... ¿para qué? No había superado las pruebas. No era ninguna reina, ni lo sería nunca. Se sorprendió al descubrir algo de decepción en su interior. Todo el lujo y las promesas la habían confundido, llegándola a hacer creer que ya era dueña y señora de toda aquella gente a la que en realidad odiaba.

No soy nada.

Con furia, arrojó un jarrón hacia una pared, contra la que se hizo astillas. La habitación ya no era tan grande como le había parecido cuando la instalaron. Hasta ella llegó una frase desde algún lugar inconcreto: El futuro es una entelequia brumosa. ¿Qué significaba? Era una idea inusual. ¿Cómo se atrevía su mente a pensar algo así? ¿Acaso estaba empezando a escuchar voces, como el resto de los locos que la rodeaban?

Se acercó a la ventana. Desde que había llegado, se había pasado la mayor parte del tiempo que le dejaban tener para sí misma mirando a través de aquellos grandes cristales, observando incrédula y fascinada la maravilla de la civilización. Delos DC era una ciudad gigantesca: millones de espigas de cemento y acero surgiendo de la tierra como un tumor tecnológico, kilométricas arterias de ardiente energía bajo la piel asfaltada, la transpiración del romántico neón en las fachadas. Sandra perdió su vista en el infinito desdibujado más allá de la martilleante lluvia gris. Un laberíntico mundo de perspectivas verticales que se extendía en todas direcciones hasta tocar el horizonte.

Se esforzó por encontrar personas en aquel inmenso cuadro de luz que era la urbe nocturna, pero casi no pudo ver a nadie, salvo las compañías de soldados que custodiaban el palacio, ocasionales transeúntes que circulaban por los diferentes estratos de aceras o los rostros difuminados que cruzaban encerrados en borrosas carcasas de metal. La enorme variedad de aeronaves la fascinaba. Flotaban impulsadas horizontalmente por fuerzas tan incuestionables como la gravedad, desafiando la lógica, al ganado pulso a la evolución de los pájaros. Era maravilloso, pero sólo era tecnología. Tecnología rellena de componentes humanos.

¿Cómo puedo estar delante de millones de personas y no poder ver a ninguna?, pensó, secándose las lágrimas de rabia que se mecían en sus párpados. Conectó la holoconsola de forma casi subconsciente. La memoria del buscador virtual despertó

en la Red y la enlazó con los programas. Un ciclo de debates se abrió en una ventana, junto a pequeños enlaces flotantes que llevaban al buscador central de información, y a una sección de misceláneo —llena de todas las direcciones que habían asombrado a Sandra en su insaciable exploración de aquella cultura, incluyendo algunos extravagantes canales sobre sexo—. Los presentes en el programa debate discutían sobre lo apropiado de la invasión. Una de las mujeres, que lucía en sus afilados pómulos la firma sugerida de un escultor ARN de moda, era al parecer la abanderada de una postura apologista del pacifismo, «dejemos a la Quinta Rama en paz»:

—Que se ocupen de sus asuntos —decía en estéreo envolvente—. Apuesto a que ellos tienen los mismos problemas de escasez energética que nosotros, por lo que anexionarlos sólo conllevaría una carga administrativa extra. No creo que el Imperio esté preparado para acoger varios mundos más llenos de refugiados de guerra.

Su contrario, un obeso mecenas de piel tostada, abogaba que:

—... Son ellos o nosotros. Si no les controlamos ahora pueden volver en cualquier momento invadiendo nuestro espacio con una fuerza de expansión y asentamiento. Y entonces usted irá vestida a la moda de lo que ahora se lleve en vaya a saber qué estrella, no lo que dicte el señor ese que firma su chaqueta. (Epígrafe irónico subtítulo: ¿No es eso lo que estamos haciendo nosotros?).

Otra cadena mostraba los resultados de un censo entre la gente en edad de trabajar sobre las posibilidades de abrir la Red a nuevas formas de empleo:

—Bueno, no sé —decía un adolescente de aspecto simplón y sintaxis breve—. Habrá nuevas oportunidades, nuevas formas de ganarse la vida. Espero que los cursos de aprendizaje no sean muy caros... y que los extraterrestros también usen refrigeradores, no sé... como los que usa todo el mundo, ¿no? Eh... Sí, sí, claro. Me dedico a reparar electrodomésticos, ¿por qué?

—Mientras no vengan a quitarnos nuestro puesto de trabajo no habrá problemas —opinaba otro, de ademanes agresivos—. Supongo que cuando los hayamos anexionado se dictará una política de priorización para miembros de los Mundos Interiores, en cuestiones arancelarias y en el reparto de los nuevos patrimonios. Que no tengamos problemas a la hora de, bueno, yo no lo llamaría exactamente expolio...

La publicidad alentaba a la población a reproducirse mediante campañas optimistas de planificación familiar y un aumento de simbolismo sexual en los anuncios (muchas mujeres voluptuosas acariciando y llevándose casualmente a la boca los más variopintos objetos cotidianos). Sandra sacudió la cabeza. ¿Se daría cuenta de verdad esa gente de lo que estaban haciendo con ellos?

De pronto se acordó de mamah. Fue un pensamiento que le vino a la cabeza sin motivo aparente. ¿Dónde estaría la vieja y entrañable matrona, siempre enfadada por cosas triviales, siempre dispuesta a trabajar por el bienestar de su pequeña princesa? ¿Con quién se pelearía ahora por las noches por un vaso de chiva antes de acostarse?

Los recuerdos amenazaban con hacer llegar las lágrimas de nuevo. Sandra las contuvo, decidida a no sufrir más. Ellos no habían quedado atrás, no para siempre. Algún día volvería, y en el peor de los casos llevaría consigo todo el poder necesario para cambiar las cosas o para nombrarlas perennes y verdaderas. Aunque fuera la Emperatriz de un trono compartido, al que en realidad no tenía absolutamente nada que aportar.

La risa explotó desde su garganta en un brote histérico e incontenible. Nada que aportar. Como una piedra angular de barro, como... Las metáforas le fallaron.

—¿Desea que comience a preparar su baño? Hoy tenemos jabón de Manila, un fragante perfume de rosas y conchas del mar que enjuagará su piel con aroma de...

—¡No! —restalló Sandra, volcando su furia sobre la computadora de patrones de conducta de la habitación.

Calma. Contención. Así no vas a llegar a ninguna parte.

Unos tímidos nudillos golpearon en la puerta. Sandra se envaró, secándose las lágrimas con el reverso de la manga.

—Pase —concedió. La puerta se entreabrió y el familiar rostro oriental de Kori Naba, su sirviente personal, apareció en el umbral.

—¿Qué deseas? —inquirió, deseando que la joven se marchara y la dejara un rato a solas.

—Es que he tenido que desplazarme hacia la zona de cuidados clínicos del ala contigua para realizar unos quehaceres y creo... —dijo Kori con su acento característico, mezclando eles y erres en un sonido muy nasal—. Creo que he localizado a su abuelo, señora.

Sandra dio un respingo. Su abuelo. El corazón empezó a cabalgar con velocidad en su pecho.

—¿¡Dónde está!? ¿Puedo verle?

—El doctor Cousens me ha dicho que ahora está despierto.

La joven pudo a duras penas acabar la frase. Sandra salió corriendo de la habitación, olvidando sus filtros sobre la cómoda, y la obligó casi a rastras a guiarla al hospital. Algunos guardias que la vieron pasar levantaron una ceja, pero no hicieron nada. Dos ascensores y varias escaleras más tarde arribaron a un ala del edificio marcada con señales de silencio y paredes recubiertas de losa sanitaria.

La recibió una enfermera enfundada en un aséptico uniforme verde, sentada tras un mostrador. Sandra parpadeó, sin saber qué decir. La enfermera cruzó unas palabras con la sirvienta, y de mala gana indicó entre aspavientos una puerta del final del pasillo. Las dos adolescentes echaron a correr hasta llegar a una puerta cuyo sencillo letrero lucía un 72 en números negros y brillantes. Sin poder mitigar un ligero temblor en las manos, Sandra agarró el pomo. Éste giró por sí mismo, al tiempo que la puerta se abría. Otra mano lo sostenía en el extremo contrario, la de un hombre de

unos cuarenta años vestido con una túnica blanca. El doctor la reconoció, pero no la dejó entrar hasta que los enseres de limpieza y las toallas estuvieron recogidos. Sandra se estremeció al ver unos pies pálidos y huesudos, que descansaban sobresaliendo de unas sábanas.

—Su abuelo es un hombre fuerte —sonrió el doctor—. Sin duda se repondrá en un corto plazo de tiempo.

—¿Puedo... puedo verle? —tartamudeó la joven, señalando la cama. El olor era penetrante, ácido. Se acordó de sus filtros nasales.

—Sí, pero no puede quedarse mucho tiempo. Son las normas. —El médico consultó su reloj de pulsera—. Tiene diez minutos.

Sandra asintió, apartándose un poco para que Cousens y las enfermeras salieran. Kori Naba cerró diligentemente la puerta tras ellos, dejándola sola con el hombre que yacía en la cama. Oía su respiración, jadeante y arrítmica. Un tenue silbido acompañaba cada exhalación, como si el aire fuera y viniese a través de tubos de plástico. Varios monitores mostraban cifras y curvas asintóticas sin significado.

Su abuelo era un anciano desnudo que parecía fundido a la cama por multitud de cables; un cadáver insepulto, arrugado y marchito. La herida del pulmón ya había cicatrizado, pero estaba recubierta por un parche acuoso bañado en una solución de nanomáquinas, que entraban en la piel por osmosis ayudando a plaquetarla y equilibrando su PH. De su nariz y recto surgían tubos de plástico translúcido por cuyo interior circulaban líquidos, así como de la válvula cardíaca que bombeaba una solución azul de su pecho con cada diástole.

Un parche lingüístico rodeaba su cuello, interpretando los movimientos de su nuez y cuerdas vocales. La hueca voz del sintetizador saludó a su nieta al entrar:

—¡Sandra! Has tardado, condenada niña...

La joven se llevó una mano a la boca para reprimir un sollozo.

—No te preocupes por tu abuelo, querida —cloqueó el altavoz—. A este viejo le quedan aún muchas travesuras y guarradas que probar con las mujeres antes de partir. Por favor, ven.

Sandra obedeció, sentándose en una banqueta junto a la cama.

—Estás guapísima —dijo el altavoz, sin reproducir la ternura—. Si mamah te viese ahora...

—¿Estás... estás...? —susurró Sandra, arrepintiéndose de la pregunta—. ¿Cómo estás?

—Bueno —silbó el aparato—. No podré correrme una juerga en el bar de Py en una temporada, pero tampoco es tan grave. Supongo que tendré un aspecto mucho más desagradable de lo que me siento en realidad.

—Mentiroso.

—¿Cómo estás tú? ¿Te tratan bien?

Sandra asintió.

—Mi princesa... Siempre dije que eras una reina. Aún antes de que esta gente tuviera que empeñarse en demostrarlo.

—Yo no soy nada —dijo ella, tratando de sobreponerse—. Nada en absoluto.

—Tonterías. Tú eres mi nieta. Y no hay ninguna igual en todo el maldito universo. Y que vengan... —el aparato tosió dos veces. Sin saber si debía interpretar esos sonidos o no, tradujo uno de ellos por algo parecido a «gato»... que vengan a decirme lo contrario. Por cierto...

El viejo atrajo la cabeza con pesadez a una posición un poco más cómoda.

—¿Ya has visto al Emperador?

—No. Bueno, no exactamente. He conocido a uno de los Arcontes. La mujer.

—Beatriz —asintió el anciano, con irreverente familiaridad—. La pequeña mocosa. Supongo que ya se habrá convertido en una mujer hecha y derecha.

—Es una engreída —dijo Sandra, en tono un poco infantil. El viejo soltó unas arcadas de risa.

—Ah, pequeña. La realeza siempre es igual; distante y consabida como el vuelo de un pájaro. Tendrás que acostumbrarte.

—Pero es que yo no quiero acostumbrarme... Lo que quiero es que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Cariño, eso es del todo imposible —dijo Silus, lentamente. Quería asegurarse de que ella lo entendiera—. Hay momentos en la vida en que nuestro destino toma un rumbo nuevo e impredecible, y por lo general las decisiones que eso conlleva son irrevocables. Como cuando dejamos la Tierra, ¿te acuerdas?

La pregunta era claramente retórica, pero su nieta asintió; entendía lo que quería decir.

—Todo lo que ha pasado es culpa mía.

—No. Es culpa de tus padres, por haber parido semejante maravilla —eso logró arrancar de la chica una sonrisa—. No hemos querido venir, pero ya que estamos aquí... vamos a aprovecharnos.

—Lo siento —sollozó ella—. Lo siento tanto...

Una mano sarmentosa se agitó en un ademán de rechazo.

—Escúchame bien, niña; yo no me arrepiento de nada que haya hecho en mi vida, ¿me oyes? De nada. Ni de haberme enamorado de tu madre, ni de haber respetado su decisión de casarse con tu padre, ni de haberte criado y limpiado los mocos los últimos dos lustros —tres tosidos—. Y mucho menos de estar aquí, contigo. Aunque tenga un maldito tubo de plástico metido en el culo.

Sandra se sonrojó. En su interior comprendía y aprobaba lo que su abuelo estaba tratando de decirle, aunque fuera algo tan crudo y frío, tan inhumano como la verdad.

—Todo árbol debe sufrir el invierno, cariño, si quiere crecer alto y sano y estar

preparado para soportar el siguiente otoño...

—Te quiero —susurró ella.

—Lo sé, pequeña. Yo también.

Hubo una pausa en que un regulador de presión controló una dosis de nanosinérgicos inyectados en el cuerpo del enfermo. Por un momento su conciencia pareció alejarse.

—Anoche escuché tu voz —dijo Silus, perdiendo la vista en el techo—. Estabas aquí, conmigo.

—Claro que sí —consintió la niña, secándole un poco de sudor de la frente con una gasa higiénica que la enfermera había dejado en el aparador.

—No me sigas el juego como a los viejos, niña. Aún no estoy senil. Si te digo que te oí es que te oí, y punto. Estabas allí, justo allí...

Silus levantó pesadamente una mano, señalando hacia un lugar indeterminado frente a la cama. No había nada salvo la pared. Sandra le miró sin comprender.

—Deberías dormir, abuelo.

—Viniste y me hablaste, y me dijiste que volverías —continuó el anciano, ignorando a su nieta. Sus ojos lagrimeaban—. Para despedirte.

—Yo no me pienso despedir de ti. Nunca, ¿me oyes?

—Me dijiste... «volveré para verte, sólo a ti». Y desapareciste como un ángel. Como un maldito ángel. Envuelta en una auro... auru... ¿cómo infiernos se dice?

—Aureola.

—Eso —aprobó con voz meliflua—. Una aureola de luz, cantando... con voz celestial. Estabas preciosa, como ahora. Más que nunca...

El anciano se relajó. Con un espasmo de puro terror, Sandra se puso en pie, comprobando los instrumentos. Todo seguía normal: el viejo se había quedado dormido, arrastrado por la lenta pero inexorable acción de los sedantes.

La puerta se abrió de nuevo con un chasquido. Detrás apareció la enfermera, trayendo nuevas toallas y un bote de jabón epidérmico. Al ver al anciano dormido arrugó el entrecejo.

—Vaya, ahora será más difícil. Señorita, voy a lavar a su abuelo. Necesito que se vaya —ordenó sin admitir reservas. Sandra asintió, abandonando la habitación con docilidad.

Echó una última mirada atrás, hacia los pies huesudos y pálidos como el mármol, y se dejó acompañar por Kori Naba a sus habitaciones.

* * *

Los ecos de la decepcionante ronda de evaluación ya se habían apagado en el salón Aristóteles. De los altavoces ocultos tras las paredes brotaron unos arpegios

sobremodulados, seguidos por un corte de sonido y un chasquido de estática. Unas voces lejanas reverberaron en el pasillo, seguidas de pasos presurosos y un apagado de luces.

El enjuto delegado de la Corporación Eisenstain, Fausto Kopelsky, recogía el material de examen con expresión cabizbaja. Al fondo de su austero maletín gris ceniza se agrupaban los informes, las barajas ordenadas, las baterías de tests clasificados... Los papeles con las mediocres respuestas de la chiquilla eran los últimos.

Algo no hacía más que rondar de manera poco tranquilizadora por su cabeza. Eligió uno de los tests negativos que la examinanda había fallado, extrayéndolo de la carpeta clasificada Alto Secreto. El encabezado rezaba:

Batería MMPID-35v. Ref. Morín-Miranda tipo 3: Razonamiento y extrapolación espacial sobre ejes isométricos en la escala Alexander. Capítulo segundo. Factorización mediante componentes principales (coeficiente sigma): Orden decreciente de importancia en función del porcentaje de varianza que explica ítems con saturaciones bajas. Error aleatorio cero.

—Error aleatorio cero —repitió para sí.

Los tests del ITAS eran complejos. Se basaban en crear una simulación informática del Metacampo, una maqueta conceptual algo simplista regida por una física de manipulación libre del entorno. Existían varios grados de dificultad: los más básicos comprobaban que el sujeto tenía un mínimo conocimiento para entender y poder manipular el entorno virtual que simularía posteriormente la mnémica. Los siguientes, emulando abiertamente procesos de trabajo de las macros, acercaban al examinado al universo de los flujos de datos; cómo identificarlos, analizarlos y ordenarlos. Los eruditos en la nueva ciencia del pensamiento, bajo los muchos nombres que adoptaban sus variantes, habían trabajado duramente para tratar de encontrar un modelo matemático que representase de alguna manera el Metacampo y sus características.

Y jamás se habían encontrado con un caso como el de Alejandra. ¿Cómo incluirla en los paradigmas sin admitir lo tambaleantes que eran sus cimientos?

Recapituló conceptos en su mente, buscando la respuesta.

Algo va mal, algo que ella vio.

En los tiempos de Fundación se había llegado a dos conclusiones importantes: La primera, que la unión fáctica huésped-anfitrión no podía ser desligada a efectos de análisis de flujo de causas y efectos. En una simulación informática de los procesos telepáticos (que, al fin y al cabo, no eran sino una forma más de retroalimentación entre dos focos generadores de decisiones cercanos, la mente humana y la extraña), cada instante de reconocimiento de un estado mental influía en el siguiente. Cada germen de una idea era semilla para la posterior y fruto de la precedente.

La lógica que armaba la noción de continuidad en el pensamiento humano había demostrado ser una extrapolación compleja de las reglas de lógica elemental de un programa binario: si A era igual a B, entonces la permanencia de B en la memoria en el segundo siguiente aseguraba la existencia de A, al menos a un nivel de coherencia matemática. Pero si C era la suma de ambos, y en un segundo instante temporal sólo existían C y B, la presencia de A era necesaria, aunque jamás hubiera estado presente antes, para que la fórmula que calculaba y hacía posible la realidad de C pudiese ser cierta. Como la ley universal que de pronto es necesaria e ineludible, imposible de obviar en una explicación coherente de la realidad, a partir del momento en que es descubierta por el investigador. A esto se le llamaba inferencia estructural.

La manipulación de factores temporales hacía imprescindible que esta jerarquía se extendiese hacia delante y atrás en el tiempo desde el momento en que el primer humano entró en el Metacampo, como ondas de sucesos en un mar de probabilidades. Este modus ponendo ponens de aparente diafanidad silogística surgía claro de las ecuaciones cuando, al tomar como premisa un condicional (el Id) y su antecedente (el anfitrión), se infería como conclusión el consecuente más directo (la estructura de mente avanzada).

Así, y siempre desde un punto de vista matemático, la aparición de los entes mnémicos conocidos como «Ids» en un determinado momento hacía necesario que hubiesen existido siempre, debido a que representaban la diferencia tangible entre lo que era la mente humana por sí misma, y aquello más avanzado en lo que se había convertido después de la comunión mnémica (y que funcionaba a partir de los cambios que esa estructura había desarrollado en el pasado).

La explicación racional de fenómenos como la Proyección podía compararse a las curvas de cronotorsión de la Línea Rápida, usando sofisticadas funciones de conversión materia/energía, en lugar de los simples muestreos de información empleados en las telecomunicaciones. Pero esto sólo era posible si la energía manipulada disponía de un espacio temporal amplio, casi infinito, para trazar sus curvas de retroalimentación holgadamente y rematar la función mc^2 . Y, para que esto sucediese, las estructuras de mente avanzada ya deberían de haber existido —y funcionado— tiempo atrás, mucho antes de la Primera Convolución. En las simulaciones predictivas de la relación Id/portador, uno de los dos era en cualquier momento dado el constructo que el otro necesitaba para continuar siendo probable, más que posible, en ése instante preciso de tiempo. Y ya que había que cotejar a dos niveles, el físico y el menos tangible de la realidad mnémica, cada uno de los sujetos definía al otro en su parcela de existencia. Las observaciones no podían separar los resultados propuestos por el portador de los cotejados por el ente telepático, como si, en realidad, éste nunca hubiera existido como tal hasta que encontró y se fundió con su anfitrión.

Esta era una hipótesis que le intrigaba particularmente: ¿Habrían podido existir los Ids antes de encontrarse con los seres humanos?

O, si se pulsaba hasta el extremo el vector de probabilidades espacio temporales, hasta su más frío sustrato lógico... ¿Habrían existido de verdad los seres humanos antes de que entrasen en escena los Ids?

La otra conclusión importante descubierta por los investigadores, en su mayor parte integrantes de las Logias, fue que en verdad existían alternativas coherentes y funcionales a esta norma, excepciones voraces a la regla que parecían poner en jaque la integridad de todos los postulados. Un pensador podía cabalgar a lomos de un cogito ergo sum metafísico hasta la locura, preguntándose con afectada solemnidad si la raza humana en realidad había estado allí antes que los Ids, hasta llegar a un imponderable que echaba por tierra toda la filosofía pancreática. Pero había un dato cartesiano que era real y tangible, imposible de negar: existían planos. Gente no portadora que jamás había podido «alinearse» con el Metacampo. Gente que, aunque no era totalmente ajena a éste —el caso de la pequeña Sandra sería el primero en toda la Historia metafísica en que se observaba una desconexión total—, no podían servir de anfitriones para los organismos enlace.

Por lo tanto, tendría que existir un nivel residual de funcionamiento en el Universo. Un metafísico margen de error donde pudieran seguir coexistiendo dos estructuras de la realidad alternativas y no complementarias: en una, el tiempo era un telón rígido como una progresión aritmética, constante e indeleble. En la otra, no existía un avance, una progresión definida hacia ninguna parte. En él, el tiempo, todo el tiempo del Universo, transcurría en un solo instante interactivo, retorcido sobre su eje como un espejo convexo lleno de espejismos de sí mismo, pero con un orden superior de dependencias algebraicas que aseguraba que pudiesen computarse unos segundos después de otros en un reloj. La mente humana era el ejemplo más claro de continuidad no inercial que ejemplificaba el andamiaje por el que se regía todo el sistema, expandiéndose momento a momento en varias dimensiones a golpe de lógica interna.

La cuestión era: ¿cómo podía un constructo, un cosmos instantáneo, expandirse en una dirección determinada si no había un punto de referencia externo sobre el que validase todos sus cálculos?

Los expertos habían extrapolado una posible solución práctica: éste cosmos, si existía, debía constituirse como un espacio no infinito, sino ondular. Con un desarrollo de expansión-compresión cíclico, como una rueda que gira y gira, siempre avanzando pero sin ir a ninguna parte, acabando en el mismo instante en que empezó. Algo lo suficientemente grande y recursivo como para dar cancha a toda la energía que provocaban sus iteraciones. Y todo con un «ruido de fondo» en sus procesos, una niebla de indeterminación matemática en cuyos entresijos pudiera esconderse ese otro

cosmos no puntual que sirviera como grupo de control para los cálculos del primario, ambos superpuestos y utilizando como nexo de unión la materia (las teorías hablaban de duplicidad de fórmulas y cálculos, en ningún caso de masa física).

Era en este cosmos secundario donde, en teoría, permanecerían almacenados los «cálculos» de todos los planos. Aún quedaba por averiguar, sin embargo, dónde actuaba la mente humana. En cuál de los dos paradigmas de reglas propuestos.

Durante las últimas décadas se había hecho famosa una corriente de pensamiento singular, emparentada con el positivismo de Kepler y de amplia repercusión en los grupos de opinión de la Red. Partía del hecho de que la mente humana era una tormenta de sucesos con base bioquímica que tomados en conjunto daban coherencia a un sentido abstracto del yo. Diez trillones de neuronas que funcionasen al mismo tiempo no tendrían por qué desarrollar conciencia propia, pero existía una frontera teórica a partir de la cual se producía una reacción de pensamiento. Esta frontera no tenía que ver sólo con el volumen de conexiones nerviosas implicadas (el tamaño del cerebro de un mono era inferior al humano, pero una base de datos mil veces superior construida siguiendo un patrón biológico común en los vertebrados no poseía su cualidad de ente sintiente).

La clave residía en su estructura.

Había un algo enigmático en la disposición espacial de las reacciones eléctricas, y en el orden en que se producían, que permitía generar una reacción de inteligencia. Un «algo» que definía el desconcertante albedrío de la entelequia humana.

Fausto se rascó la frente, abriendo carpetas de recuerdos.

Se defendía ecuménicamente que los intercambios de información entre neurotransmisores eran la punta del iceberg de una onda de movimiento sísmico en las bibliotecas atómicas del sistema nervioso. Un grito de electricidad y cambios de valencia que se abría camino de sístole en diástole a golpe de proteínas, que cuando sacudía toda una red nerviosa creaba milagrosamente un eco en forma de recuerdo o pensamiento consciente. No una reacción aislada, sino todo un movimiento ondular que sacudía la integridad del sistema. Esto y la influencia de la teoría metaestática habían llevado a descubrir las claves para la inteligencia artificial: una IA no era una máquina con un sistema nervioso gigantesco, equivalente al de miles de cerebros dispuestos en cadenas sumatorias, sino más bien una máquina cuya memoria virtual trabajaba en el orden adecuado. Un orden tetradimensional que incluía la ortogonal tiempo en las operaciones.

Al ser humano le había llevado milenios crear un ordenador que fuese capaz de operar con métrica temporal, generando partículas negativas capaces de retroceder desde reacciones acontecidas en el factum inmediato (que, en física de computación de ese nivel, equivalía a apenas picosegundos de diferencia respecto al reloj interno del aparato, en resolución temporal alta), para conseguir lo que sus antepasados ya

denominaban «inteligencia simulada»: un eco de sapiencia en un laberinto de placas superconductoras que enviaban reverberaciones hacia delante y atrás en la cuerda general de probabilidades, de manera que la máquina contestaba subconscientemente a muchas de sus propias preguntas antes de que fueran formuladas. Una inteligencia mecánica era, pues, posible gracias a un espacio ínfimo de subconsciencia virtual, una espesura de penumbras algebraicas donde según los teóricos se alojaban los hipotéticos sueños de estas criaturas.

La existencia de esta estructura, la Frontera Eisenstein de procesos sintientes, trasladaba el hecho de pensar —y su cabriola más compleja, la introspección—, a un campo determinista. Lo convertía en algo reproducible y, lo que era aún mejor, representable sobre una hoja de papel.

La teoría que a partir de estos hechos estaba convulsionando las sedes intelectuales de las Logias era bastante simple: la frontera Eisenstein, en la cual la Corporación basaba toda su ciencia, conformaba el elemento A del trigramma. Los Ids, el consecuente que hacía posible la fórmula de la inteligencia avanzada. Y la mente humana, el campo de batalla donde tan complicados fenómenos tenían lugar.

Los Ids.

¿Eran reales estos seres? ¿Tal vez alienígenas de biología simbiótica que necesitaban de anfitriones psíquicos para subsistir? ¿O meros sueños desquiciados producto del bagaje inconsciente de los seres vivos, que habían decidido rebelarse contra sus creadores como los perros de Circe?

Kopelsky, en el fondo, era de los que opinaban que los Ids no eran más que la sustancialización de una técnica freudiana de control de represiones, a la que la evolución en un entorno de agresiva selección natural, la tormenta de sucesos de la mente, había hecho madurar hasta alcanzar por sí misma la Frontera Eisenstein. Reacciones de inteligencia dentro de reacciones de inteligencia, usando como motor la evolución de conceptos. Creación de vida a partir de la materia inerte, de un conjunto de reacciones químico eléctricas que sólo tenían sentido si un observador las tomaba en conjunto y hacía de receptor para el eco, lo que vulgarmente se conocía como verificación de campo.

En este caso, el observador podría haber sido el propio Id, creado por la tormenta de sucesos al rebasar ésta accidentalmente la Frontera. Una especie de controlador interino que estuviese mirando cuando el accidente se produjese, para asegurar que hubiera una verificación que diese estabilidad a los resultados, y creado por el propio accidente.

Este ente insustancial, pues, habría nacido para ser la constante que necesitaba la fórmula de la inteligencia avanzada para completarse: La forma más agresivamente autodeterminada de selección natural presente en la Naturaleza.

De esta manera, el Id cumplía con todas las condiciones para que la teoría

funcionase: no rompía el trigrama de continuidad, sino que ocupaba un honroso segundo puesto, haciendo de balanza en el cosmos puntual respecto del progresivo; no podía desligarse de la unidad mental que conformaba con su anfitrión, asegurando así la continuidad de sucesos que daba forma en el tiempo al pensamiento humano; y, lo más importante en la práctica, explicaba de una manera algo simplista el porqué la actividad cerebral hacía posible prodigios como la telequinesia, la proyección o la telepatía, al trabajar con una concepción del todo que incluía al plano físico dentro del trigrama principal, como elemento de unión necesario para que la mente avanzada cupiese dentro del espejo convexo.

Las teorías siempre funcionan sobre el papel.

Fausto sonrió ante sus dudas. ¿Qué pretendía encontrar? ¿Una prueba silogística que demostrase que la realidad entera era una excusa para explicar la existencia de la mente humana? ¿Un patrón antropocéntrico de distribución del Universo, donde las cosas eran cosas porque un ser capaz de darles nombre las miraba y las conocía por sus valores y funcionalidades potenciales? Los razonamientos se soslayaban mostrando ecuaciones cuyos números obligaban al cosmos a adaptarse para cobijarlas, no al contrario. ¿Y quién iba a negar su existencia? El hombre parecía haberse ganado a pulso una concepción ególatra del espacio que lo cobijaba, el dudoso privilegio de saberse único y con poder de decisión en un entorno incapaz de generar explicaciones alternativas.

Era un concepto audaz. Aterrador, tal vez. Si ese era el poder de la lógica, de la sumisión de lo existente a las reglas de su nivel de probabilidad... ¿qué otorgaba preferencia a una explicación sobre las demás, a una cosmología creada en un momento dado en el tiempo sobre la siguiente? ¿Era más real el Universo porque todos los observadores daban por sentado que existía, o porque nadie había encontrado una refutación convincente hasta la fecha?

¿Estaría encerrada una completa reestructuración de la realidad en la resolución arbitraria de una ecuación, que la simple casualidad aún no había hecho salir a la luz?

Acorralar a la experiencia, como Kant, buscando sus condiciones de eventualidad, o reducir el mundo a un estado de correlato noemático de la conciencia, eran campos de batalla perdidos. Ante la subjetivización del poder sintético de la matemática, lo concreto había degenerado en una totalidad incapaz de existir por sí misma.

—¿Señor?

La voz del empleado le sacó de sus cábalas.

—¿Sí?

—Me preguntaba si va a tardar mucho. Vamos a cerrar el salón, pero podemos esperar si lo desea.

—No, no se preocupe —dijo Kopelsky, guardando los documentos en la maleta—. Pueden cerrar. Yo ya he terminado.

El ejecutivo cerró las trabas magnéticas del maletín y abandonó la sala. Caminó con impaciencia hasta el ascensor que lo llevaría directamente al segundo subterráneo, donde esperaba su EV particular.

* * *

Había algo mal. Algo que ella vio.

Existía un error bastante simple en uno de los tests de predicción matemática. Alguien con una mente preparada para el cálculo no tendría que haber caído en ningún caso en tan burda trampa. Su solución casi se regalaba al examinado, con vistas a llenar un cupo estadístico de aciertos por cuestiones de validez interna del test. Cualquier alumno prodigio lo habría acertado.

Ella no.

Fausto recordó el momento. Alejandra permaneció concentrada durante casi diez minutos, mordisqueando el lápiz, mirando fijamente aquella pregunta. Él se había dado cuenta del repentino parón y estuvo a punto de incitarla a que continuara, dada la escasa importancia del apartado. Pero había decidido esperar, optando por averiguar qué la retrasaba. Al poco rato, ella tachó una opción incorrecta, y siguió adelante. Con su caligrafía minúscula y acelerada, había apuntado una opción inexistente en el test: Ninguna de las anteriores. Luego había dibujado un cuadradito a la derecha de la frase y lo había marcado.

Kopelsky sonrió. ¿Era esto algún tipo de venganza, un arrebató de rebeldía con vistas a invalidar la prueba? Todo era posible.

El EV había salido ya del atasco y se aproximaba al hotel. Aterrizó con presteza en el hangar del ático. Kopelsky bajó del coche, despidiendo al chofer con un ademán, y se dirigió sin tardanza a sus aposentos. Estaba ansioso por comprobarlo.

Inka estaba cenando cuando entró. Le saludó sin levantarse desde su puesto al frente de una mesa rectangular que flotaba sobre el suelo. Tras ella, una pared había desaparecido convertida en una retícula de canales de televisión desprovistos de canal de audio. Unos cascos color crema sin cables vibraban en los oídos de la joven mientras su tenedor se movía con soltura y pulcritud por el menú.

—Has tardado —dijo Inka, sabiendo que su propia voz, que obviamente no escuchaba, no debía superar un cierto volumen. Él asintió mientras dejaba la gabardina sobre un perchero robot chapado en oro que acudió a su paso.

—Lo lamento —transmitió—. Pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué es?

—Algo concerniente al test.

Fausto extrajo la terminal portátil. Los datos aguardaban tras el salvapantallas. Pidió, más por curiosidad que por verdadero interés, que el ordenador resolviera la

ecuación del ítem treinta y tres. La máquina tardó un milisegundo en dar una respuesta.

Los párpados del ejecutivo se alzaron. Permaneció unos segundos en silencio, contemplando de hito en hito la pantalla de cristal. Su compañera, intuyendo que pasaba algo, se giró hacia él.

—¿Ocurre algo? —dijo con su voz, quitándose los cascos. Como cada vez que comía copiosamente, lo cual no era mucho para alguien que debía mantener una línea esbelta por contrato, el color de sus pupilas se había tornado por unos minutos más violáceo.

—No... bueno, sí que ocurre —dijo Fausto, repitiendo la operación. El ordenador volvió a dar el mismo resultado—. He descubierto un error en uno de los ítems algorítmicos.

Inka se permitió una leve muestra de asombro, alzando casi imperceptiblemente una ceja. Tomó un sorbo de vino blanco y esperó a que su pareja se explicara.

—Fíjate aquí, en el ítem número treinta y tres de la batería 6 12 -A —no le mostró la pantalla, ya que ella lo visualizaría en su mente con claridad—. La respuesta estándar da como respuesta la tercera opción.

—Cierto.

—Pues bien. Observa.

En pantalla apareció un desarrollo matemático. Cuando se aproximaba a la resolución final, el programa daba un error de cálculo y paraba la operación. No se podían igualar las ecuaciones.

Inka dio con la respuesta casi un segundo antes que él, y lo celebró engullendo otro pedazo de filete: para el abanico muestral dado, la mayoría de los números escogidos como prueba eran estadísticamente los del centro de la muestra. De ellos, había tres, los más probables, que rompían la ecuación, ya que igualaban tan perfectamente las incógnitas en ambos lados que al despejar el ordenador siempre acababa con dos valores probabilísticamente idénticos. Dos cantidades ecuánimes que parecían diferentes en la forma, pero que conservaban el mismo valor aritmético neto a efectos de computación. Como a y A , siendo pronunciadas en voz alta.

Está dividiendo entre cero. El ordenador no lo había previsto estadísticamente, dictaminó Kopelsky. Inka volvió a concentrarse en los canales de televisión y en su comida, dando por asimilado el pintoresco suceso.

Fausto recordó lo que se le había pedido a la niña que buscara: una estructura oculta bajo otros organigramas presentados a simple vista. Ella había fallado porque había ido más allá. Se había distanciado de la prueba en sí, analizando la estructura general del examen en lugar de sus ítems. Tras sopesarla, decidió que ésta era incorrecta en sus planteamientos.

Está dividiendo su talento entre nuestra eficacia.

Pidió a la máquina que introdujera ese factor entropico en todas las respuestas. El cerebro fotónico navegó a la velocidad de la luz por entre su red neuronal de espejos y tuvo listo el informe en dos décimas de segundo. El porcentaje de aciertos en todas las pruebas subió casi un sesenta por ciento.

Era una espiral de lógica difusa que caía en tirabuzón hacia el sustrato mismo de los criterios de observación y evaluación, cuestionando su eficacia. Un pleonasma de inflorescencias matemáticas, expresado con elegante descaro en la elección de sus respuestas.

Todo eso, en realidad, no demostraba nada que tuviera que ver con poderes paranormales. La chica era extraordinariamente predictiva, sí. Poseía un talento genuino y poderoso para la extrapolación matemática —y probablemente un fuerte sentido del cinismo ad hoc—, pero nada más. Sin embargo, qué lección les había dado en un simple test de evaluación de tercer nivel. Fausto se deshizo burlonamente de un sombrero imaginario. Aquella mocosa les había evaluado a ellos, no al test, hallando una media de errores y aciertos en las baterías y cuantificándolos. Y, tras sopesar los resultados, les había puesto un simple aprobado.

Error aleatorio cero.

* * *

El día posterior a la prueba, Sandra se encontró con una sorpresa. Moriani había planificado un viaje a algún lugar, pero por condiciones meteorológicas adversas en la zona el vuelo se demoraría. Consecuencia: tenía un par de horas libres.

Kori Naba le trajo un vestido nuevo por la mañana y lo colgó mientras ella se aseaba. Luego retiró la bandeja con los restos del desayuno y la dejó a solas.

Sandra revisó el armario cuando salió de la ducha: todo un cuarto interior que medía casi lo mismo que su antigua habitación de la granja. Con extremo cuidado, extrajo la nueva prenda de la bolsa de plástico y la examinó. Era un traje de fiesta azulado, mucho escote, falda larga hasta los tobillos, lentejuelas. Al lado de la bolsa había una caja con zapatos de tacón alto.

—Madre mía —musitó, comprobando la longitud de los tacones. ¿Acaso esperaban que creciera diez o quince centímetros para ponerse a la altura del resto de la población? Ella no se avergonzaba de ser bajita.

Tenía intención de aprovechar el repentino lapso de libertad para visitar el único lugar del palacio que la atraía sin remisión: la biblioteca. Se deshizo de la toalla que tenía enrollada sobre el torso y se vistió con su ropa de ejercicios, prescindiendo de la parte superior de la ropa interior. Luego se ató una toalla a la cintura y abandonó la habitación, guardándose la llave electrónica en el lazo del pelo. Se había autoimpuesto un régimen diario de ejercicios para compensar el exceso de calorías de

la dieta autóctona. Tras la primera semana en Delos, había contemplado horrorizada el par de gramos que la insolente pesa se atrevía a sumar en los reconocimientos médicos. Toda la carne, la pasta, la fruta... Delos era un ecosistema que nadaba en la abundancia, no como su planeta natal, donde los inviernos eran duros y a veces había que llegar a extremos de racionar la comida. Su expresión había hecho reír tanto al médico que se había marchado muerta de vergüenza, alegando una urgencia fisiológica.

Pensativa, cruzó al galope junto a unos soldados que la observaron mientras se cuadraban con retraso e intentaban ocultar los cigarrillos. Acelerando el trote, dejó atrás el primer grupo de ascensores y bajó en zancadas de dos escalones una larguísima escalinata en espiral. Se estaba fijando en cómo algunos de los jóvenes que se iba encontrando en el camino bajaban la vista instantáneamente hasta su pecho, que se mecía libremente siguiendo la cadencia de la carrera. El no llevar sujetador parecía una práctica poco habitual entre las mujeres de Palacio, y saltaba a la vista entre los varones con mucha facilidad. Decidió desandar el camino a pie para evitar que el sudor le mojase la camisa, y procurarse una prenda íntima poco restrictiva para posteriores ejercicios.

Corriendo durante veinte minutos y consultando su posición en las terminales, arribó por fin a la biblioteca. Las majestuosas puertas dobles que la custodiaban la recibieron con la mirada de docenas de ojos tallados en metal noble. Un artesano llamado Lorenzo Ghiberti las había realizado para el Baptisterio de la catedral de Florencia en dos periodos distintos; durante las primeras dos décadas y media del siglo XV terráqueo una de las hojas, y durante dos más la gemela, según explicaba una placa adjunta donde se recogía una máxima del autor. Observando las leyes de la óptica.

Sandra consultó en su reloj el tiempo de la carrera: seis segundos mejor que ayer. Con una sonrisa, se destrabó el lazo del pelo y desanudó la toalla, sosteniendo la tarjeta de la suite con la boca. Aspirando con fuerza —ya no necesitaba los filtros, pero los conservaba para emergencias—, penetró en el recinto.

Un ominoso silencio aislaba el lugar del exterior. Ante ella se abría un edificio majestuoso y abovedado, alzado sobre una planta de cruz griega con naves cruzadas divididas en estantes colmados de libros. El techo relucía bajo la luz artificial de enormes filigranas que iluminaban los frescos de la cúpula: imitaciones de la Alegoría de la primavera de Botticelli, la Muerte de la Virgen de Caravaggio, las Meninas de Velázquez o Los pastores de Watteau conducían la vista del ilustrado a través de la evolución artística de la humanidad, hasta desembocar en el espacio vacío que rodeaba el ábside.

El cimborrio central estaba pintado con un fresco original, la Consagración del Paraíso, en el que cientos de minúsculas figuras mitológicas acudían a adorar al rey

de los Sueños, encarnado en un lienzo en blanco. En la parte inferior del políptico se agrupaban nagas, basiliscos y aves del Paraíso. A su alrededor volaban palomas de destellante pureza, portando ramas de abedul en sus picos de oro y alabastro. Arriba el cielo, abajo la tierra, separados por un río de almas humanas a la manera de columna salomónica, que desde el cuerpo del Soñador y sus guardianes envueltos en ricas armaduras de acero damasquinado, enlazaba con las nubes de marfil extendidas por la frontera superior. Unos párrafos en latín de la Biblia Vulgata de San Jerónimo describían cómo el cronógrafo del génesis se sintió maravillado ante los prodigios que albergaba el jardín celestial.

Directamente debajo de la pintura, diversos empleados y consultores bibliográficos paseaban con tranquila familiaridad entre las mesas y las librerías, mandando a callar educadamente a grupos de niños sorprendentemente jóvenes, o solicitando títulos concretos a los libreros informatizados.

Sandra se estremeció al darse cuenta de que el volumen de información recogido en aquellos miles de libros no era sino una minúscula fracción del fondo total de la biblioteca. La inmensa mayoría de las obras, textos, manuales, ensayos, tratados, reliquias, compendios e incunables ofertados se encontraban en una pequeña sala contigua, que aprovechaba un espacio intersticial entre el transepto y las pilastras para almacenar miles de gigas de información en soporte digital, en pequeñas tarjetas moleculares de memoria de menos de un palmo de longitud.

Los volúmenes que primero llamaron su atención fueron los que estaban expuestos bajo el epígrafe *Supraempáticas*: algunas obras cumbres de la metaciencia como la *Telepresencia Cognoscitiva*, de un tal W. Mattieu, o el *Manifiesto Kernel*, firmado por un grupo de investigación con muchos et alia al dorso. Pero no fueron los únicos; en perfecto estado de conservación y catalogadas por temas y autores, había expuestas obras de Víctor Hugo, Da Vinci, San Agustín, Homero, Tagore, Keats, Cervantes, Lutero, Twist, Kant, Freud, Stalin, Simmons, Platón, Borges, Watt... Todas traducidas a cientos de idiomas y dialectos y en miles de formatos físicos o digitales.

Cogió uno al azar mientras paseaba. El título rezaba en caracteres dorados:

Alicia en el País de las Maravillas.

Sandra sonrió. Ése no lo conocía. Guardándoselo, siguió con su errático deambular unos minutos más.

—Estaba segura de que vendrías aquí.

La voz la sobresaltó. La Madre Moriani estaba esperándola sentada en una pieza de contornos barrocos. Sandra se alegró de verla. De todos los miembros de las misteriosas Logias que había conocido, era con la que mejor y más segura se sentía. No sabría explicar por qué, pero intuía que tendría que ver con un aire de protección maternal, de seguridad, que emanaba de ella. Parecía como si Moriani viera en

Sandra un reflejo de alguien que perdió.

—Me conocéis mejor que yo misma —correspondió la joven. La Madre le guardaba una silla.

—Supuse que tendrías curiosidad por conocer nuestra pequeña reserva de cultura. ¿¡Pequeña reserva!?, se asombró la niña, abriendo mucho los ojos.

—Esto es... impresionante. Jamás había imaginado que un lugar así pudiera existir... —Sandra hizo un gesto extensivo a todos los pasillos que confluían en el reservado. Sus ojos refulgían con sincera devoción—. Las pinturas están equivocadas. Esto es en verdad el paraíso.

Moriani asintió.

—Sí. Es una lástima que la Humanidad tardase tantos siglos en darse cuenta. Tantos años perdidos, sumidos en la ignorancia y la barbarie. —Escondió las afiladas manos en los pliegues de su túnica—. Cuéntame lo que te aflige, joven dama.

Sandra vaciló. Sabía a qué se refería.

—No sabría por dónde empezar —resumió con esfuerzo.

—¿Es cierto lo que cuentan sobre tus pesadillas?

—Es algo extraño de contar. Veo cosas en mis sueños; lugares y personas que no he conocido nunca, pero que, de alguna manera, sé que son reales. Veo a través de unos ojos que no son míos, que... —la frase osciló y murió.

—¿Los ojos de quién?

—No lo sé con seguridad... o tal vez sí. Los ojos son los míos, pero la mirada no. A veces tengo miedo de recordar cosas que han pasado, que me han pasado, en lugares que no conozco. Otras veces recuerdo con nostalgia a alguien, y deseo más que nada en el mundo volverlo a recuperar, pero no sé quién es. Decidme, madre Moriani, ¿me estoy volviendo loca?

Moriani caviló unos instantes, más para encontrar la forma que el contenido.

—No —expuso, sin más preámbulo. La niña se relajó imperceptiblemente—. No, a tu cordura no le ocurre nada. Lo que experimentas son efectos colaterales de tu despertar mnémico.

—¿Mi... despertar?

—Dime, Sandra; esas otras personas que dices que ven por tus ojos...

—Los Centinelas.

—¿Centinelas?

—Yo los llamo así —la joven se tocó la sien—. Están aquí dentro, ocultos tras un muro de follaje y ramas de árboles. En la espesura. Yo no les puedo ver, pero ellos usan mis sentidos como ventanas hacia el mundo.

—Ya veo. Entonces, esos... espías, esas presencias, ¿cómo de cerca las sientes de ti? ¿Cómo de familiares?

—Son vecinos y amigos de mis recuerdos. Viven en ellos, se alimentan de sus

figuraciones, pero no se dan cuenta de que están aquí dentro. Es muy extraño. De todas formas, no nos sirve de nada si no lo podemos aprovechar.

—¿Qué? —de repente, Moriani pareció confundida. Sandra parpadeó, ausente.

—Pues... que no deja de ser curioso en el... esquema global, la forma que van tomando los hechos. Esta es la primera vez que tenemos una polivariante focal —dijo, con un aleteo de ensoñación en la mirada. Moriani calló, estupefacta. Recordaba perfectamente aquella misma conversación.

—Son cosas que oigo desde pequeña —explicó Sandra—. Por eso siempre me han gustado los libros. Tienen todas las respuestas.

Cuidadosamente, Moriani rebuscó en su memoria y reprodujo:

—Ah, sí, leí algo sobre el tema hace unos años. La opción de polivarianza con foco único.

—Sí. En lugar de surgir una entidad consciente de la suma de varios focos, es una única mente la que pone la semilla de la que surgen los demás elementos —continuó la niña—. Sería como tener una mente gestáltica que nace a partir de múltiples personalidades generadas por una sola persona, en lugar de las de varios individuos distintos.

—¿Estás insinuando que...?

—No. No aún, pero es una posibilidad interesante. Si tan sólo yo estuviera dentro del cuadro de casos probables... —Suspiró con la tristeza de un observador experimental desconsolado—. De todos modos, estaréis seguros cuando analicéis a los demás candidatos.

Moriani no podía creer lo que oía. Se había producido una transcripción casi literal de la conversación que ella misma había mantenido con Connor en el salón Aristóteles, en la primera ronda de análisis. La niña la estaba viviendo por primera vez (tal vez literalmente) pero desde su propio punto de vista, como si en realidad ella fuese...

No. No podía ser. Moriani sintió la sangre enrojeciendo sus mejillas por la excitación. Sandra se mordía una uña con la vista perdida en uno de los estantes llenos de libros, sus párpados entrecerrados mientras intentaba leer un título de un volumen demasiado alejado. No se había dado cuenta de lo que había pasado.

—¿Entiendes... en profundidad lo que acabas de decir? —preguntó la Madre. Sandra pareció volver a la realidad.

—¿Entender qué?

La sacerdotisa la miraba de hito en hito.

—Me encantaría saber tantas cosas... —dijo la joven soñadoramente—. Vivir suficiente para leer todos los libros que hay aquí. No, todos los del mundo entero. ¡De todos los mundos!

Moriani sonrió e hizo un gesto, archivando mil cosas en la mente para después.

Un empleado de la biblioteca se apresuró a traer unas minúsculas tarjetas de memoria, depositándolas sobre la mesa. Ninguna tenía nombre, sólo un número de serie grabado en el frontal.

—Ahora puedes preguntar con toda libertad. ¿Qué es lo que deseas saber?

Sandra tomó aliento y respondió casi enseguida:

—¿Qué es el Metacampo, y cómo fue descubierto?

Moriani introdujo la primera tarjeta en la ranura de la mesa de proyección. El aire sobre ésta titiló y aparecieron unos mensajes de optimización de código flotando como fantasmas a escasos centímetros de la tabla.

—Existen varias teorías para explicar qué es o cómo actúa —comenzó, cruzando los brazos—. Todas parten de la base de que esa especie de espacio tántrico de proyección de pensamientos sigue unas leyes universales, leyes que son extrapolaciones directas de las que rigen el espacio físico. Hay acuerdo tácito en que existe un espacio de traslación, una forma de «éter», mensurable y continuo, y unas unidades energéticas que se trasladan a través de él a velocidades relativistas: Los pensamientos en sí mismos. —Moriani entornó los ojos—. Pero antes de seguir, quiero dejar bien claro que nadie sabe con seguridad lo que es el Metacampo. Nadie, ni siquiera el Emperador.

Sandra parpadeó. Flotando en la penumbra de la sala aparecieron imágenes en blanco y negro de hombres vestidos con trajes de época. Una fotografía bidimensional color sepia mostraba un salón Victoriano con diversos caballeros de aspecto aristocrático sentados en cómodos divanes y fumando en pipa. El flash de magnesio del fotógrafo se reflejaba en un escudo nobiliario que colgaba expuesto en la pared del fondo.

—Esta es la sociedad Ferdinand Foch para caballeros, inaugurada en el 1923 del calendario gregoriano de referencia de la Tierra. Foch, tras sus campañas como mariscal en Marneh, Arcouse y en la línea del Piare, se retiró a Nueva Inglaterra, donde fundó una sociedad de estudiosos e intelectuales dedicada a analizar lo que él llamaba las voces de los muertos. Al parecer —un grabado del militar tocado con su gorro de Generalísimo de los Aliados llenó el espacio tridimensional—, Foch defendió hasta su muerte que era capaz de oír los gemidos de los muertos en el fragor de la batalla, cómo caían sus almas hacia los infiernos, y cómo cantaban describiendo el futuro desde las atalayas de su nueva condición. Datos importantes aportados por estas «voces» permitieron a Foch salir victorioso de algunas contiendas que serían recordadas como ejemplos de la más impresionante intuición militar. Foch murió creyendo que eran los ángeles bíblicos los que hablaban con él y le ayudaban a ganar su victoria contra los prusianos.

«Una sucesora suya, su esposa y médico personal Claudia Coleridge, que no pudo ingresar en la sociedad por motivos sexistas y se tuvo que conformar con ser

miembro honorario, era una conocida médium. Se había casado con Foch tras asistirle como psiquiatra en un hospital de campo en Saint Dennis. Allí Foch le contó con todo lujo de detalles sus conversaciones con el más allá y las visiones de los paisajes quiméricos que venían a su mente en el éxtasis de la batalla. Al parecer, la propia Claudia participó de estos adustos contactos en más de una ocasión, enviándole muestras de su trabajo a los coetáneos de Charcot y Breuer, a lo largo de la segunda mitad de la década de los veinte. Durante las décadas que siguieron a la muerte de su marido, Coleridge recopiló pacientemente todas las transcripciones de conversaciones mantenidas en las sesiones psicoanalíticas, única forma de terapia pujante, y las conversaciones en el salón de té de la asociación. Todos esos apuntes, publicados en 1932 por una editorial inglesa y traducidos al francés, son el primer testimonio histográfico que existe sobre contactos mnémicos probados y documentados.

—¿Tenían contacto con los Ids en aquel entonces? —preguntó Sandra, absorta en los retratos de los cejijuntos caballeros ingleses.

—No como lo describiríamos hoy en día. Creemos que lo que Foch vio y escuchó fueron ecos tangenciales de la frontera con el Metacampo, como las reverberaciones que los planos captan en la actualidad. Debió ser de los primeros en desarrollar evolutivamente una sensibilidad mnémica apreciable, que se manifestaba aleatoriamente. Probablemente eran la excitación y el trance que el general alcanzaba durante las batallas lo que disparaba la sensación. Es posible que Foch sólo oyera a los «muertos» en una sola ocasión e imaginara las demás, o que asumiera como propios los testimonios de soldados que estaban al borde de la muerte y hablaban de hipertúneles de luz. La Historia es imprecisa en muchos aspectos.

—Pero eso ocurrió hace casi cinco mil años —reflexionó Sandra—. No me imaginaba que el contacto con los Ids fuese tan antiguo.

—Y probablemente lo es mucho más. Gurús históricos de la talla de Jesús de Nazareth o Siddhartha Buda hablan en sus testimonios de contactos con presencias espirituales y visitas a planos paralelos de la existencia, de los que regresaban manifestándose a veces fuera de su tiempo y lugar. Tienes que entender, Alejandra, que la adaptación del ser humano al Metacampo no es sino un proceso evolutivo natural, y por ello se mide en siglos y eones, no en décadas. La Humanidad siempre ha creído en fantasmas, en espíritus de la otra vida que la asustaban y, en cierta forma, tranquilizaban al confirmar que había un cierto tipo de vida tras la muerte.

La joven recordó el símil de su propia experiencia con la ciudad. Tal vez los Ids hubieran estado desde siempre ahí, ocultos tras los muros y ventanas de una urbe ilusoria a la que el hombre miraba desde su atalaya del mundo físico pensando que era el único habitante que la poblaba.

—¿Y tienen algo que ver realmente con los muertos? —preguntó, interesada.

Moriani buscó las palabras.

—Bueno, eso depende de la interpretación. Esto nos lleva al primer acercamiento: el de la Logia Teleuterana.

La Madre pulsó unas fibras de la mesa a contraveta y otra parte de la memoria holográfica se hizo visible. Un diagrama de círculos concéntricos llenos de caracteres kanji con un eje alfanumérico de rotación llenó el aire.

—La relación con el mundo de los espíritus, si es que éstos existen, siempre ha sido esquiva y misteriosa —explicó—. Desde sus comienzos, con las preocupaciones metafísicas de los primeros homínidos, ha tenido que ver con las pasiones, movimientos que los místicos usan como llaves somáticas para llegar hasta presencias distantes. Estas añoran la vida terrenal y sus placeres, la energía de los sentimientos humanos y su potencial místico. De ahí la tradición de ofrecerles en sacrificio vidas o simbologías materiales como catalizadores de energías dispersas que flotan en el plano etéreo.

«La cosmología teleuterana proviene de una interpretación cabalística del phenomena psíquico. Según los evangelios apócrifos de la Orden, el mundo físico es una ilusión, una prisión para los sentidos y la carne. Los seres inteligentes nacen esparcidos por la tierra y se reúnen en comunidades de pensamiento, utilitarismo o interés económico. Todos estos conglomerados, estas ciudades, son reflejos de una sola urbe universal de cuyo nombre desconocido son anagramas los de los primeros asentamientos humanos de la Historia. Es en las profundidades de esta urbe cabalística, en el trazado de sus calles y la asimetría de su arquitectura desquiciada, donde se ocultan los secretos matemáticos que rigen la Verdad Suprema.

—¿Verdad Suprema? —preguntó Sandra, algo perdida.

—Sí, un decálogo de principios vitales que tejen la urdimbre de la realidad, uniendo la sustancia real de la materia con un engrudo metafísico. Un karma espiritual que se fermenta con la acción dinámica de los pensamientos conscientes.

—Es decir, que la acción de pensar mantiene cohesionado el Universo —reflexionó Sandra. Moriani asintió:

—En cierta medida, pero también lo dilata en el tiempo. Ellos piensan que los espíritus de los difuntos se convierten tras abandonar el primer estado de la existencia, el mundo terrenal o gompa, en tensores energéticos de la realidad: el kyba o engrudo tántrico autoconsciente que cohesiona el Universo. Son pavimentos vivos de la ciudad oculta, un reflejo de la necesidad humana por dividir espacialmente la realidad según leyes físicas aun en un entorno de puro pensamiento. Eso explica todas las leyendas que hablan de lugares para describir el estado de diferente energía psíquica que, teóricamente, nos espera tras la muerte.

—¿Teóricamente?

Moriani señaló el holograma. Sus anillos mostraban correlaciones de ideas

complejas resumidas en los meticulosos trazos de los ideogramas.

—Ten en cuenta que todo esto no son sino teorías demiúrgicas que los vivos construyen para explicar el por qué de todo: de la vida, del mundo físico, la existencia y el destino, etc. Pero nadie puede confirmarlas porque, al menos hasta ahora, no hemos sido capaces de hablar con los muertos. Los sacerdotes del Teleuteron que ingresan en la orden de los Vagabundos son una especie de grupo de contacto con mentes y lugares de la ciudad oculta, de donde extraen todas las ideas en una gnosis basada en paradigmas semejante a la de Platón... La idea principal es que la arquitectura volátil de la ciudad oculta está formada por una base de fórmulas y conceptos puros, algo así como si el mundo psíquico fuera una reminiscencia retroalimentada del físico..

—... Del que éste toma la esencia de las ideas perfectas a cambio —entendió Sandra, por fin—. Ambas realidades se definen la una a la otra en círculo. ¡Por eso interactúan!

—Es algo así —sonrió Moriani, contenta de la presteza mental de su pupila—. Sus matriarcas oniromantes son otra prueba de que la mente humana es un libro abierto a sucesos que provocan oscilaciones en la tela del tiempo, que pueden percibirse y estudiarse como ondas en la superficie de un lago.

—Como la presencia inferencial de la que me habló el señor Kopelsky —aventuró la niña. Moriani asintió.

—Ese es un concepto de la metaciencia que la Corporación comparte con nosotras, las Hermanas Bizantynas. En el fondo vienen a servir para la misma cosa, pero sus fundamentos teóricos difieren.

—¿Cómo es posible?

Un carillón lejano marcó una cadencia de once notas. En la boca del pasillo, un empleado de la biblioteca comprobó a cierta distancia que no necesitaran nada, y luego volvió a desaparecer atendiendo a sus deberes rutinarios.

—Alejandra, el universo es una realidad formada por la interacción de fuerzas antagónicas —prosiguió Moriani, en tono salmódico—. Esta verdad es asumida como apriorística por todas las Logias. Ahora bien, cada una tiene su propia versión de la identidad de estas fuerzas primordiales. Los evangelios teleuteranos afirman que la realidad física es resultado de una interacción bipolar entre dos fuerzas, la mente y el significado, expresadas por niveles de alineación armónica. Como ambas son de distinto signo, el cosmos tiende, en su búsqueda de la estabilidad de menor energía, a dividirse en tantas alineaciones subarmónicas como sean necesarias para que se llegue a un estado de equilibrio. La primera división que tuvo lugar tras formarse el universo daría pie a los cinco elementos conocidos: agua, fuego, aire, tierra y vida. La segunda, a la segmentación de éstos en tipos y categorías escalonadas, y así sucesivamente. Todo es un juego tetradimensional de estabilidad entre fuerzas de

signo contrario.

«Esta búsqueda de la estabilidad divide el mundo cabalístico en varios planos superpuestos, polarizados según los dos sexos, llamados yin y yang en algunas culturas, que también se interpretan como una alegoría de los dos mundos. Cuando ambos se acercan producen una tercera fuerza perpendicular que rige el azimut de la estructura. Esta tercera fuerza es lo que llamaríamos voluntad, la chispa de la vida que define a los seres sintientes. De hecho, los teleuteranos creen que este vector tiene una longitud que es constante para un determinado momento en la evolución, y que en la actualidad vale diez chakras. —Esta es una medida tanto de longitud como de duración, lo que nos da una idea del tiempo que en teoría le resta de vida a la especie humana.

—Y tendrá una correspondencia directa con algún concepto natural, ¿no?

—Evidentemente, todo es cotejable. Los pensamientos mismos de los seres humanos no tendrían entonces su origen en el cerebro, que es un mero vehículo de conexión con el cuerpo, sino en un punto ki situado diez centímetros por debajo del corazón. A ese lugar nosotras lo llamamos enclave Hellmann, pero no estamos seguras de su localización. Como verás, el diez es un número de gran importancia cabalística para los estudiosos de la Verdad Suprema.

«En esta ecuación tan compleja, cuando se juntan dos pares de distinto signo e igual alineación armónica, digamos una voluntad regidora y un significado manipulable, se crea una direccionalidad y una intensidad de flujo en esa parcela local de realidad.

—¿Como una suma de vectores? —preguntó Sandra.

—Eso es —convino la Madre, cambiando de postura para evitar que se le durmiese una pierna—. Si la verdad dogmática de la ciudad oculta es cierta, y por tanto necesaria, una adecuada alineación entre la mente que rige, es decir, el conjunto portador-Id, y la idea representada en la arquitectura volátil de la ciudad, pueden expresarse como una alteración en la sombra que esa idea tiene en el mundo físico.

Sandra asintió, comprendiendo. Cuando hablaban de la ciudad oculta, el mundo de los constructos originales que había entrevisto Platón, se referían a una dimensión pavimentada por las almas de los muertos que eran incapaces de olvidar las formas que vieron en vida. Una tétrica idea del cielo/infierno, unidos en un estado de mente aislada. Por eso los seres humanos habían adorado desde sus comienzos primitivos a animales, estrellas o rocas, formas representativas e inmutables de un orden constante en la Naturaleza. Las pinturas rupestres que, al contrario de lo que creían los antropólogos, no eran representaciones de animales reales, sino calcos directos de las formas puras que aparecían en los sueños de los primeros oniromantes.

Así pues, para crear la voluntad regidora se necesitaba un sustrato ligado al mundo terrenal, la mente del portador, y un representante que pudiera acudir

directamente a la fuente del conocimiento, la «ciudad oculta» de ideas puras: el Id.

—Entiendo... —dijo la joven, con la mirada perdida en la flotante constelación de imágenes. Moriani cabeceó con aprobación.

—Este es sólo un punto de vista de los tres posibles. He empezado por él debido a que surgió el tema de la relación vida y muerte. Otro día te hablaré de las ecuaciones trigramáticas de la escuela Eisenstein, o de nuestra Panoplia Postulaica. —La Madre se puso en pie, alisándose los faldones y recogiendo las tarjetas de memoria—. Ahora debes prepararte. Partiremos en una hora.

—¿Dónde iremos? —preguntó Sandra, sin mucho interés. Después de la clase intensiva y la carrera en lo único que pensaba era en una ducha fría y una muda de ropa.

—A continuar con tu despertar —dijo Moriani enigmáticamente, y se marchó desapareciendo entre los acantilados de estantes llenos de libros.

Suponiendo que no tendría tiempo para leer Alicia en el País de las Maravillas, Sandra corrió hasta el estante del que lo había extraído prometiendo recuperarlo en cuanto tuviera ocasión. Pronto se dio cuenta de que se había perdido. Había tantas estanterías idénticas que no sería capaz de encontrar la original. Frustrada, decidió pedir ayuda a uno de los empleados.

Un ruido la asustó. Se había metido en un callejón oscuro formado por dos enormes paneles atestados de volúmenes de tapa roja. La luz era tan tenue que daba la impresión que había anochecido de repente.

Prosiguió desfilando un minuto por aquel intrincado laberinto de angostos pasajes. A su alrededor, largas filas de lomos dorados y estampados con caracteres turquesa proclamaban secretos clasificados de la B a la L. De Babbit a Lewis, Sinclair. Al girar la esquina de uno de los paneles, casi soltó un grito al chocar con alguien. Sandra reculó sobre sus pasos, dejando caer el tomo. Se trataba de un joven bastante más alto que ella, vestido con una simple camiseta de cuello abierto y unos pantalones negros. Iba descalzo, y una máscara ocultaba su rostro. En su diestra portaba una fusta color sangre de medio metro de longitud, decorada con hebras de seda. Unas pupilas esmeraldinas la estudiaban con curiosidad desde las aberturas de la máscara de porcelana. Parecía un demonio salido de los frescos que adornaban el techo de la sala.

—¿Quién... quién es usted? —balbuceó Sandra.

El joven no respondió, pero comenzó a arrastrar un gesto con el brazo de la fusta como moviéndolo a cámara lenta, haciendo un giro de muñeca que culminó en un brusco movimiento y con la fusta apoyada verticalmente sobre el suelo. Lentamente se quitó la máscara. Se trataba de un muchacho de unos diecisiete o dieciocho años, increíblemente hermoso y bien constituido, moreno y de semblante pétreo. La contempló durante unos segundos sin decir nada, y luego hizo sonar su dulce voz de

chelo:

—Dama Alejandra. —Una pausa que le erizó el vello de la nuca—. Os saludo.

—¿Quién sois?

—Me llamo Gabriel. Formo parte del grupo de análisis.

Sandra le miró con desconfianza. Ni Moriani ni Kopelsky habían hablado de otro examinador, a menos que...

—Represento a la Logia Teleuterana —aclaró, esbozando una reverencia.

La joven comprendió. Así que aquí está la tercera facción.

—Sólo deseaba saludaros. Pronto nos veremos, y dispondremos de más tiempo para charlar —el joven volvió a colocarse la máscara y, realizando un fugaz bucle con la fusta, se alejó de ella. Sandra no intentó retenerle.

Serenándose, depositó el libro que había venido a devolver en un estante al azar y, con el extraño encuentro aún en la mente, se marchó sin mirar atrás, escalando los peldaños de salida de la biblioteca como si no estuvieran allí.

* * *

La alarma de comunicaciones parpadeaba intensamente. El coronel Lucien entró velozmente en la sala de reunión virtual del San Juan, y aisló el entorno apretando un botón. La estancia se desdibujó y desapareció. Por unos instantes, el coronel estuvo flotando sin caer en medio de un grupo de nubes dispersas, que cruzaban atravesándole a gran velocidad: una vista exterior de la propia nave. El incursor se alejaba a gran velocidad de la superficie del planeta y pronto, en menos de dos minutos, alcanzaría la ventana de traslación.

—Conecten —ordenó Lucien. La imagen de las nubes desapareció y con ella la sensación de movimiento. Estaba ahora en una estancia mal iluminada (No; eran sus ojos, todavía cegados por la luz del exterior), donde había otras tres personas.

—Bienvenido, coronel —dijo el Consejero Stellan.

—Las órdenes fueron de despegue inmediato, señor.

—Estamos al tanto de las circunstancias —acotó Stellan, marrullando un tono de impaciencia—. Coronel, quiero que vea algo.

En la imagen, el Consejero extrajo aparentemente de la nada un diminuto nodo ARN de memoria viva, que colocó en una consola. Sobre ésta apareció una imagen tridimensional flotando con la densidad cromática de un holograma. La simulación en alta resolución permitió a Lucien percibir los detalles: era un cuadro de bordes difuminados en el que danzaban algunas figuras desenfocadas. Lucien creyó distinguir un puerto de ataque, unos técnicos de pista y un hombre de color vestido de manera eclesiástica, cuyos contornos se combaban al acercarse al extremo de la imagen. Los colores rojos y verdes desaparecían en una amalgama de violetas, y los movimientos

bruscos dejaban estelas pixeladas en el aire.

—¿Sabe qué es esto, coronel?

Lucien asintió. Conocía la tecnología de microcámaras celulares. Lo que veía era una adaptación analógica de la memoria de una cámara oculta, situada tras la córnea de una persona de más o menos metro ochenta, con un leve problema de astigmatismo. La mayoría de las afecciones del ojo tendían a desaparecer en la visión del nanospía —que se camuflaba ágilmente entre los bastoncillos cercanos al punto focal del ojo para captar con claridad la imagen reflejada por la retina—, salvo los que atañían directamente a una mala orientación del mecanismo ocular. La información de lo que la máquina presenciaba quedaba grabada en su sistema neuronal básico, en forma de variaciones electroquímicas impresas en un córtex neuronal, y luego se traducían a un código matemático que convertía cada impulso de neurotransmisor en un semicampo de imagen en baja resolución. De ahí la mala calidad de la cinta.

—Lo que ve, coronel —explicó el Consejero, cruzando los brazos—, es una fracción de una película tomada en secreto desde la pupila del almirante Francisco De Palma.

Guardó unos segundos de silencio mientras la información hacía mella en la mente del coronel. Stellan señaló la imagen bidimensional.

—Esta grabación se realizó sin el consentimiento del almirante, ni del Alto Mando de la flota. Coronel, quiero que se dé cuenta del grado de confidencialidad de lo que se le va a revelar a continuación.

Lucien asintió, perplejo, su mente aún perdida en extrañas combinaciones. Recordó que él ahora y desde aquella lejana reunión en el Palacio de Invierno, a todos los efectos, trabajaba para la Oficina de Administración, el servicio secreto, y estaba directamente bajo el mando del Consejero y su junta de dirección.

—El mismo día en que usted partió en busca de la aspirante, De Palma mantuvo una reunión a espaldas de la Administración con el hombre que ve aquí —Stellan congeló una imagen distorsionada del joven de piel oscura, en mitad de una mueca—. Hemos averiguado que su nombre es Evan Kingdrom, un ex soldado retirado del servicio por voluntad propia hace algunos años.

«Creemos que el almirante De Palma, apoyado por una serie de personas colocadas en puestos clave de la organización, está organizando un grupo alternativo de rastreo para encontrar los... el aspirante que queda. Desconocemos su motivación y el porqué se le ha ocultado esta información a la Oficina. Usted deberá encontrar al cazador, y eliminarle. Ponga rumbo a Damasco, el mundo virtual en la constelación del Dragón. Encuentre a este hombre y acabe con él antes de que esté en disposición de hallar al aspirante.

—Sí, señor —Lucien tragó saliva.

—Una cosa más...

—¿Sí?

—Puede haber... problemas —sugirió el Consejero. Por primera vez, sus acompañantes cambiaron ligeramente de posición, mostrando cierta intranquilidad—. No sabemos por qué De Palma eligió a este hombre. Tenemos nuestras dudas sobre su procedencia.

—¿Otro cazador?

—No, y esto es lo más importante: puede tratarse de un Guerrero Espíritu. El asunto es muy delicado.

El coronel iba a replicar, exteriorizar todo lo que en ese momento pasaba por su cabeza, cuando la transmisión comenzó a apagarse, y volvió progresivamente la imagen exterior de la nave. Habían rotado dándole la espalda al planeta y sólo quedaban estrellas y un vacío sobrecogedor.

—¿Y... qué debemos hacer si el almirante interviene directamente? —preguntó Lucien. Stellan afiló sus cetrinos ojos.

—Paciencia, coronel. Paciencia.

SEGUNDA PARTE - Evan

Capítulo 7

Francisco De Palma permanecía inmóvil como un centinela vestido de blanco en la plataforma de observación de la fragata cañonera Perseo. A través de la gruesa cristalera, el reflejo de las constelaciones llegaba tardío y licuado, haciendo que los lejanos puntos de luz resbalasen por la superficie de cristal como gotas de agua meciéndose al paio de los vientos solares. Eran como imágenes fantasmales sobreexponiéndose a cámara lenta sobre una pupila de silicio.

Francisco sonreía. Al antiguo explorador que aún había en su interior le gustaba disfrutar del espectáculo del empuje supralumínico hasta que los ciclos de aceleración acababan, y la nave penetraba plácidamente en el Hipervínculo. Era como nacer a una realidad distinta. Un lugar sin mácula donde los hombres entraban y salían apresuradamente procurando no hacer demasiado ruido, como un visitante en una mansión gigantesca y dormida. Entraban y volvían a salir, pero tomando un sendero diferente, y así sus ojos eran iluminados de repente por luz milenaria en el momento en que nacía de una estrella, y aún no era el pasado sino el presente, y el navegante podía contemplar mundos girando alrededor de soles extraños.

Viajar por el espacio.

—¿Almirante? —susurró una voz de mujer cerca de su oído.

—¿Sí?

—La llamada que solicitó está preparada. Puede hablar desde su camarote si lo desea.

—Muchas gracias. —No sin cierto pesar, se despidió del majestuoso paisaje que se divisaba desde la ventanilla y salió de la sala.

Los pasillos del Perseo normalmente estaban saturados de cientos de personas que iban y venían, saliendo y entrando de puertas y ascensores con oscuros propósitos cuyo denominador común parecía ser la urgencia. En cuanto dobló la primera esquina, sus obligaciones se presentaron en forma de un adusto oficial superior del departamento de ingeniería, que corría hacia el elevador portando un cuaderno digital de apuntes. Al encontrarse, el veterano oficial saludó a su superior con un ademán que era al mismo tiempo una invitación para que éste pasara primero.

—Me he enterado de que hoy es el cumpleaños de su hija, señor —dijo el ingeniero, con su habitual rigidez—. Le felicito. Y permítame transmitirle también los saludos a su pequeña, aunque creo que ya no se acordará de mí.

—Gracias, Myron —sonrió De Palma. Conocía a aquel hombre desde prácticamente toda la vida, y nunca había logrado entender por qué se afanaba en mostrarse tan distante como sus rangos aún cuando estaban en privado—. Y no te preocupes, que Renée te recuerda muy bien. Ella te llama tío My.

—Oh. Tío My. Me gusta. ¿Y su esposa?

—Como siempre. Engordando y ganando tranquilidad y sabiduría con los años. Al tener que cuidar y organizar la casa ella sola, está adquiriendo unas envidiables habilidades para el mando y la estrategia. Imagínate, cuidar de siete niñas, todas con el talante de su padre.

—Una hazaña. Pero me pregunto si la planificación familiar no tendrá previsto en el presupuesto espacio para otra más...

—No, no —rechazó De Palma con un aterrado aspaviento—. Siete es un buen número, bonito y simétrico. Lo decidió ella, así como quitar el ridículo chaleco de manga quebrada del uniforme, ya sabes..

—El que va encima de la camisa cruzada, lo sé. Yo lo odio. El modisto de la oficialidad de la Marina debe ser un espía infiltrado para socavar nuestra moral.

—Sí, la verdad es que esa cosa horrible mina la moral de la tropa. Imagínatelos a todos firmes en la sala de conferencias mirando hacia arriba y viendo un par de patéticos viejos mal vestidos hablándoles de la patria —se burló el almirante—. Dantesco. Creo que a veces debería confiar en la intuición de mi esposa y dejar que ella gobierne este tinglado. Tiene talento, créeme.

—¿Cómo para dirigir este desastre que llamamos flota?

—Ya ves. El otro día me aconsejó invadir Amnutra.

Ambos rieron distendidamente al tiempo que las puertas del ascensor se abrían, descubriendo un nuevo pasillo con un grupo de jóvenes oficiales que se cuadraron aterrados al ver quién ocupaba el transporte. De Palma se despidió de su amigo con un apretón.

—Bueno. Deberíamos vernos más a menudo. Cuando tengas tiempo, vente a la cantina de la cubierta B y ordenaré al maître que nos invite a algo.

—Prometo que lo haré, señor. Buena suerte con lo de su hija y dígame de mi parte que en el espacio, el fuego de las velas de cumpleaños forman pompas de jabón.

—Lo haré, descuida —se despidió De Palma, apartándose para que los jóvenes ocuparan con presteza el ascensor.

Dos minutos después cruzó la puerta de su camarote, el más espacioso y confortable de la nave, y pidió acceso al canal de conexión con Delos desde la terminal de su escritorio. Hablar desde el Hipervínculo era un proceso caro y engorroso. A Francisco le recordaba todos aquellos capitanes de submarinos de las grandes guerras terrestres, ocultos bajo acantilados de agua salada y luchando por enviar señales de radio al aire para que alguien les informara de qué ocurría fuera. La Línea Rápida casi había logrado suprimir esa opresiva sensación de soledad y distancia, pero en el caso de una nave de guerra que surcaba el espacio camuflada en una superdimensión numeraria, las teorías comunes no funcionaban.

—Línea establecida y constante. Pueden ustedes hablar —avisó la terminal. En la pantalla se iluminó una imagen inesperada: un enorme oso de peluche llenaba el

cuadro. En la esquina inferior comenzó a caer una cuenta regresiva. Inmediatamente el peluche se retiró, dejando ver la graciosa manita de Renée mientras llamaba emocionada a su madre.

—¡Mira, mamá! ¡Mamá, ya está funcionando! —gritaba, excitada. Francisco sonrió, saludándola con un agitar veloz de sus dedos. Su mujer debía haber cambiado el color de las paredes y el tapizado de las sillas, ya que le sonaban poco familiares. El gran angular de la cámara permitía ver un fregadero, una nevera y el viejo estante de mimbre, lleno a rebosar de ceniceros, gatos de porcelana y escudillas de adorno.

Su mujer apareció llevando en brazos a la hija de diez años, de ojos negros como el espacio y brillantes como novas. En ella se conjugaban la complexión robusta de su padre y el semblante aristocrático y decidido de su madre, con aquella risa segura de tener mucho tiempo por delante. Ariadna sí que había cambiado de aspecto en aquellos breves meses. Lucía el pelo más corto y teñido a mechas, con un rizo largo y asimétrico acomodado a un lado del orondo rostro con sugerente gracia. Mandándole un beso volado, al almirante se le enterneció la voz:

—Hola, cariño. ¿Me has echado de menos?

—¡Papá, hoy es mi cumpleaños! —gritó entusiasmada la pequeña.

—Lo sé, pequeñina, lo sé. Y te he comprado un regalo.

—¿Dónde? —el oso sufrió los nervios de Renée, viéndose apretujado hasta que los ojillos de plástico sobresalieron de las órbitas.

—Debes de ser la única niña de la galaxia que no pregunta «cuál» —dijo Ariadna, mesándole los rizos.

—Te he comprado un monstruo. Un ser de otro mundo, feo y grande...

—Con antenas —exigió la niña. Francisco accedió, poniendo cara de ogro:

—Con antenas y largos tentáculos atrapa niñas.

Renée rió ante la mueca, y corrió a guardar a su oso cuando su limitada paciencia infantil decidió que ya estaba todo dicho. Ariadna sonrió, posando un beso con la punta de sus dedos en el cristal de la cámara, que recortó su huella dactilar. Su Id sopló una brizna de ternura en cada dirección de aquel monitor que los separaba.

—Te echo de menos —dijo con voz afectada, aunque la alegría se le notaba en los ojos.

—Y yo a ti, tesoro.

—¿Dónde estáis ahora? Oh, lo siento.

—No te preocupes, esto es un canal codificado —precisó Francisco—. Estamos acercándonos al perímetro defensivo, a un par de minutos del final del cono, así que en cuanto salgamos del Hipervínculo tendremos ya a Delos en pantalla.

—¿Lo verás a simple vista?

—Por supuesto.

—Entonces no estás tan lejos.

A él le encantaban los pensamientos simples pero llenos de misterio con que su mujer le sorprendía a veces. Tenía toda la razón del mundo; si podían verse a simple vista, es que no estaban tan lejos.

—Estaba preocupada. La LR ha dicho que ha habido más avistamientos de naves extrañas, cerca del Núcleo. Creo que en los mundos exteriores están alerta ante lo que pueda pasar.

—No tienes por qué preocuparte, cariño —la tranquilizó el almirante—. No son más que rumores. Ahora mismo nos disponemos a hacer una inspección del Lyrae, por si acaso. ¿Cómo siguen las cosas por ahí?

—Bueno, un poco como de costumbre. La niña ha empezado otra vez a ir al colegio.

—¿En segundo curso?

—No, en tercero. Se nota que hace tiempo que te fuiste —bromeó su mujer.

—Sí, desde antes de partir. Creo que mi cabeza ya estaba en la nave antes que yo empezara a hacer las maletas. Oye, lamento...

—No, no tienes por qué disculparte. Tú tienes tu trabajo, y eso importa para muchísimas personas. Y para mí también.

—¿En serio?

—En serio —sonrió—. Sólo espero que no se desate ninguna guerra que pueda fastidiar tu jubilación.

—Espero que no —el almirante bajó la vista hasta los números de la esquina de la pantalla, que ya empezaban a parpadear. Su mujer mimetizó el movimiento, dirigiendo la vista hacia el lado opuesto de su terminal.

—Se va a cortar la conexión. Y me quedan muchas cosas que contarte.

—¿Sólo muchas?

—Más que demasiadas. ¿Me has comprado algo también a mí?

—Por supuesto. Ariadna...

—No lo digas.

—Está bien —sonrió el Almirante, sin excesiva fuerza de voluntad.

Ariadna sonrió, levantando un dedo amenazadoramente.

—Francisco, no se te ocurra decirlo.

—Hasta muy pronto —concluyó el almirante, un segundo antes de que la conexión se interrumpiese para que la respuesta de su mujer no tuviera tiempo de remontar la línea.

Pensar en su familia siempre había sido como un seguro de vida para su conciencia, como el ancla que todo marino acaricia en la noche de tormenta para recordarse a sí mismo que siempre hay posibilidad de escape. Se había casado por tercera vez hacía once años, uno antes de que naciera Renée, y desde luego eso había sido la convivencia con su esposa: un triunfo. La prueba de que hasta los militares

podían aspirar a algo más que el reconocimiento de la patria y un sueldo seguro de por vida. Muchas veces se había preguntado qué haría si las perdiera. Ya era muy mayor para enamorarse otra vez, y no podría soportar otro fracaso.

Ser viejo es volver a llegar a las mismas conclusiones sobre la vida que tenías cuando eras joven, sólo que con argumentos para defenderlas, pensó. Se recordaba de niño, fermentando travesuras en el patio de atrás de la casa de sus padres, jugando con sus hermanos a ser astronautas. Navegando en gigantescas astronaves de cartón, más veloces que el rayo y con una potencia destructora sin igual en el Universo conocido. Que él recordara, los alienígenas siempre tenían antenas.

La alarma de seguridad comenzó a sonar de repente. No era un aviso general, era una llamada para la oficialidad. Apagando rápidamente la consola procedió a salir de su camarote, abrochándose los gemelos. Cuando alcanzó el pasillo principal de la cubierta, una leve sacudida en la misma estructura de la realidad distorsionó por un momento los sonidos, ahuecándolos como si se encontrara bajo las aguas de un río: la nave había abandonado el Hipervínculo. Un oficial apareció corriendo a su lado. Era un técnico en comunicaciones de radiación.

—¿Qué ocurre, teniente?

—¡Señor! —el joven saludó con algo de congoja—. Estamos recibiendo señales de origen desconocido. La computadora las está cotejando.

—¿Se sabe ya algo?

—Aún es pronto, señor. Yo, eh... todavía no lo sé —titubeó el hombre, ruborizándose un poco.

—No se preocupe, teniente —le tranquilizó Francisco, apretando el pasa ¿Lo ves, Ariadna, querida?

El puente físico del Perseo era un recinto pequeño, aséptico, con varias docenas de personas apretadas en una orografía que recordaba la de un submarino. Todos llevaban gafas CSG sobre los ojos, y sus manos ignoraban las consolas que tenían delante para realizar complicadas maniobras y gestos en el vacío. Un alférez lo saludó al entrar, guiándole hasta uno de los dos fosos tácticos que se levantaban en el centro de la sala. El otro estaba ocupado por la capitana del navío, una terrestre llamada Vaira, a la que De Palma apenas veía a través de las cascadas de hologramas y proyecciones tridimensionales que la rodeaban como una nube semiesférica de datos. En cuanto De Palma asentó los pies en la base del foso, la realidad del entorno pareció explotar en una nube pixelada de información. De repente estuvo en medio del Puente Virtual Único desde el que se comandaban todas las naves de la flotilla.

Era una habitación enorme, atestada de personas en movimiento simulado y hologramas flotantes. Sobre el mismo espacio se superponían, aparte del nivel físico, dos virtuales, uno para las personas y los programas de apoyo, el otro para un diagrama táctico invisible al que se accedía variando el ángulo de visión estimado

para cada par de ojos humanos. El techo y el suelo estaban bien definidos, así como la gravedad y las posiciones relativas de los tripulantes, pero las paredes habían desaparecido. En su lugar estaba la nada, el vacío del espacio con todas sus estrellas y el lejano y compacto disco del sol de Delos, Lucifer.

Mucho más cerca brillaba la parpadeante esfera del cañón RR Lyrae, girando sobre su eje de revolución a razón de doscientas ochenta veces por minuto. La matriz energética que se alimentaba de la pulsante estrella de neutrones brillaba en forma de delgadas cintas superconductoras de metal líquido, distribuidas perpendicularmente al plano de rotación del racimo de polos magnéticos del astro. La Madeja, que alcanzaba el millón y medio de kilómetros de anchura en el punto menos achatado de su curso elipsoide (la potencia de los campos no permitía que las órbitas a menos de cuatrocientos kilómetros de la estrella fueran círculos perfectos), giraba a gran velocidad en caída libre para contrarrestar el tirón de treinta millones de g.

Pequeños aceleradores Riemann mantenían las cintas a una velocidad comparada próxima a c , a la vez que iban corrigiendo automáticamente su trayectoria para que el ángulo de corte con las líneas del campo electromagnético no variara. Tan sólo esta fricción con los potentísimos campos del pulsar conducía un flujo constante y muy potente de electricidad hacia los acumuladores de compresión gaussiana que esperaban en un punto de equilibrio de la órbita, absorbiendo energía y utilizando parte de ella para mantenerse en un Hipervínculo fractal permanente, apenas media vibración por debajo del espacio normal einsteiniano.

Las retículas de las otras dos naves de guerra que acompañaban al Perseo, de menor eslora, colgaban al extremo de vectores definidos por números de distancia y arcos de ángulo. A estribor —en el extremo del disco que hacía las veces de techo brillaban marcas de gradación angular—, a dieciséis grados nor-noreste y doce metros de distancia, las consolas y los uniformes de los tripulantes cambiaban de color. Del azul oscuro y blanco de los uniformes del Perseo, a los grises y ocre de los integrantes de los otros puentes: era el centro de mando de la Genghis.

Ramírez saludó a Vaira, que permanecía de pie a su izquierda. La capitana tenía los brazos ligeramente abiertos, los dedos sumergidos en varios planos holográficos.

—Bienvenido, señor —saludó la capitana.

—Informe —pidió el almirante. Delante de él se hicieron visibles varias pantallas repletas de números. Una cordillera de picos y profundos valles de longitudes de onda en vivos tonos de azul.

—Empezamos a recibir la señal hace cuatro minutos. Llega perpendicular a la eclíptica, treinta y cinco grados sobre el eje central, con origen a unos doce minutos luz. Coteja con las emisiones de los avistamientos registrados en Beta Scuti y Sigma Cerea Tres.

—¿Doce minutos? —preguntó De Palma, asombrado. Están cerca, muy cerca.

—En efecto. Por la manera en que nos llegan, creo que se trata de un mensaje deliberadamente lanzado hacia este sector. La dispersión es casi nula. Los sistemas están diseñando un algoritmo de interpretación que pueda intuir su lenguaje, pero parece que hay algunas dificultades. Con su permiso, me gustaría probar una variante del protocolo.

—Hágalo.

Francisco meditó sobre la señal. Su foco se volvía muy excéntrico al pasar cerca de la estrella de neutrones, envolviéndola y dejándose acariciar por las nubes de iones que cabalgaban su rabiosa ecosfera. Pero había demasiada precisión en la amplitud de arco para que el tropiezo con la estrella fuese algo casual. No, más bien parecía como si...

—... el objetivo fuera la propia estrella —susurró.

Los programas de correlación tuvieron lista una versión sonora de la señal en pocos segundos. No era un flujo caótico de impulsos binarios, ni una algarabía descontrolada de picos emisión-respuesta característicos de un sistema de exploración láser. La curva de sonoridad parecía el extravagante canto de un grupo de ballenas siderales. La transcripción omitía el sesenta por ciento de la complejidad de su perfil espectrográfico, pero aún así el almirante pidió un muestreo.

Todos callaron. De los altavoces surgió un cántico digital profundo y sobrecogedor, texturado de sonidos de baja frecuencia y armónicos quebrados. El Id del almirante se retorció inquieto en algún lugar al fondo de su mente, bailando al son de la extraña música como si produjera en él un efecto embriagador o de profunda conmoción. De Palma nunca había oído nada igual. Sus ojos se cruzaron con los de Vaira y con los de los capitanes de las otras naves, cada uno en pie en su propio foso táctico.

—¿Dónde han obtenido las muestras de comparación?

—De entre las registradas en el último avistamiento. —Vaira consultó los datos de la Genghis—. Se catalogó hace seis semanas. A escasos minutos luz del sistema de Damasco.

—Manténgame informado —pidió el Almirante, al tiempo que abandonaba la realidad consensuada del espacio digital y volvía al puente físico del Perseo—. Y quiero un canal directo con Von Brawn. Necesito saber exactamente dónde está ahora el grupo de la Operación Antártida.

De Palma abandonó el puente dejando a los atareados oficiales tratando de descifrar la señal y recuperándose de la respuesta de sus respectivos Ids. La huella de un fenómeno inusual aún se leía sutilmente en los rostros de todos los que eran portadores. Se preguntó cuántos de ellos seguirían todavía oyendo los ecos de la sobrecogedora canción.

De camino a su camarote, un nombre volvió una y otra vez a sus pensamientos.

Damasco.

* * *

—Damasco —anunció el piloto de la pinaza. Evan entró en la cabina de control para disfrutar del panorama en aproximación del famoso mundo turquesa... y no lo vio.

La nave sobrevolaba la baliza exterior de aproximación a puerto. Delante, y evolucionando suavemente sobre una luna yerma y gris, apareció el Núcleo, una masa de metal y plástico del tamaño de una ciudad, punteada con luces de posición y fugaces destellos de soldadura. Un entramado de vigas reforzadas relucía sobre un esqueleto de titanacero, con nodos de control de inercia para compensar la tracción deformadora del efecto de marea.

Una enorme fábrica en órbita, eso parecía a simple vista el más feérico y veleidoso paraíso intelectual y proselitista del Imperio.

—Tomemos asiento en la terraza —sugirió Sen Yapur, uno de los becarios pentaístas que mejor había congeniado con él durante la travesía. Evan le siguió, saltando y resbalando sobre las espiraladas mareas de efecto coriolis que bañaban el contorno circular de la pinaza, hasta situarse en una terraza bordeada por un pasamanos de enlucido mudéjar.

Casi todo el pasaje, una veintena de becarios, investigadores, presbíteros y teólogos pentaístas ya se encontraban allí. De repente la burbuja de observación se hizo transparente, salvo una sección de la balconada y una línea pintada en el suelo que indicaba qué era «abajo», y estuvieron flotando en el espacio.

—¿A dónde nos dirigimos exactamente? —preguntó Evan. Sen Yapur se encogió de hombros.

—Supongo que a la región propiedad de la Iglesia Pentaísta. Creo que han pagado toda una península con forma de cruz dioclesiana al sur de la capital.

—¿De veras? ¿Cuánto dinero cuesta eso?

El seminarista se encogió de hombros. La pinaza atravesó veloz el espacio perimetral de la estación y comenzó a sobrevolar una intrincada red de curvas que aguantaba el peso de todo un mundo. Pequeños saltadores monoplazas revoloteaban en todas direcciones; suponían el método más común de viajar por el interior del abigarrado espacio geométrico del Núcleo, dado que vehículos de mayor envergadura se verían irremediamente atrapados en la tela de soportes cinéticos como escualos en una inmensa red de pesca.

La pinaza comenzó la deceleración final y dio un inesperado bandazo a estribor. El puerto de anclaje ya era visible a proa.

—Acabamos de sortear un obstáculo —observó Yapur.

—¿No podríamos verlo? —pidió Evan. Los demás pasajeros estuvieron de acuerdo y uno intercambió unas palabras con el asistente de vuelo. Ya era hora de ver el planeta que supuestamente orbitaban. La burbuja cambió de configuración, conectando con la señal portadora de Damasco, y el paisaje se transformó de repente.

Ya no flotaban en el espacio. Sobrevolaban a gran velocidad un enorme lago bordeado de montañas nevadas, una de las cuales la nave había esquivado segundos antes. A sus pies vieron pasar fugazmente un pueblecito pesquero, asentado al filo de un litoral capaz de destripar cualquier bajel en un arrecife —si Evan no se había equivocado, creía haber visto cuatro drakkars normandos fondeados en el muelle—.

Varios pesqueros se deslizaban a media vela entre los largos espigones que se adentraban en las aguas de la rada, con anillos de gaviotas revoloteando por encima de los mástiles oliendo la captura. Los racimos de constelaciones de la bóveda celeste escondían formas de mujeres exóticas, símbolos religiosos y publicidad subliminal de las marcas patrocinadoras de esa región del cielo.

Evan no pudo reprimir un escalofrío al volver a ver aquel lugar. Con un esfuerzo, alejó ese pensamiento. Su sufrimiento debía quedar para él, y nadie más debía percatarse de que mucho tiempo atrás, en algún lugar de aquel paraíso artificial y chauvinista, él había muerto ya una vez.

—¿Es alucinante, verdad? —sonrió Sen Yapur, pletórico. Evan hizo una mueca y desvió la mirada.

El lago pronto quedó atrás y la pista de aterrizaje se hizo visible. Los pasajeros se prepararon, cogiendo sus equipajes de mano y dejando los pesados para los mozos de pista. Yapur se acercó a Evan con su tarjeta de visitante en la mano. En ella brillaba un pictograma 3D del escudo del monasterio-hotel donde se hospedarían, el Vie de Louis, un reducto feudalizado de la Europa medieval digitalizado piedra a piedra y reconstruido sobre una montaña.

—Esta noche hay una fiesta —anunció Yapur—. Van a acudir los responsables de investigación del Instituto Anjou. ¿Te animas?

—Por supuesto que iré. Al fin y al cabo, estoy aquí por ellos.

—Me parece que al obispo Boutruche no le hace mucha ilusión tenerte cerca —señaló a un erudito de aspecto severo—. Él es el invitado de honor del Instituto para la charla de presentación de la avispada joven que ha descubierto el ninot.

—¿Él? No me parece una buena elección.

—Y ella tampoco —apuntó Yapur, enigmático.

—¿Qué quieres decir?

—Resulta que es una clónica de tercera generación. Una zorrita de encargo biofacturada en algún tanker francés o australiano —graznó—. De lo que no hay duda es que procede de la Tierra.

El fornido soldado esbozó un gesto de perplejidad. Esa mujer de la que hablaban,

la que había descubierto el ninot, era su contacto.

—¿Fedra, un clónico? ¿Y estudiaba en la Universidad?

—Alguien bastante influyente la metió dentro. Mucho dinero y algo de talento para la investigación en el cerebro de esa muchacha.

—Ya veo. Por cierto, ¿qué hay de verdad en eso de que quieren canonizar al ninot?

Yapur cabeceó.

—Dicen que es la conciencia extrapolada de un hombre que el Vaticano había considerado apto para la canonización, pero nadie está seguro. En confianza, creo que eso mismo es lo que ha venido a averiguar monseñor Boutruche.

—No se le ve demasiado apurado por la papeleta que le ha tocado.

—La cosa todavía llevará su tiempo. Según se rumorea, hay un problema burocrático con el tema del patrimonio del descubrimiento del ninot.

—¿No lo han registrado todavía?

—No, es que ella se está cambiando el nombre a una iteración subsiguiente, por lo que he oído. Un asunto de divorcio y separación de bienes —apuntó Yapur. Evan comprendió. Era de dominio público que la iteración común de apellidos tras la unión matrimonial podía llegar a considerarse parte del patrimonio retribuíble a una de las partes, en el proceso de separación de bienes. Evidentemente, aquí la joven había perdido—. Boutruche puede estar tranquilo al menos por ese lado.

No dejaba de resultar irónico que las ambiciones de las organizaciones eclesiósticas chocasen a menudo tan abiertamente con las filosofías que defendían sus escolásticos. El ninot, un fantasma digital que alguien tal vez había visto comportarse con un asomo de humanidad, de ese algo que hace que las personas distingan si los demás están vivos, podía resultar ser el calco artificial de alguien que jamás en su vida había sentido el más mínimo respeto hacia las instituciones, sacras o impías. Si una de las posibles iteraciones de su personalidad binaria resultaba cotejar con la del fallecido pintor Delian Stragoss, Monseñor Boutruche se iba a encontrar de pronto defendiendo la reputación de un espíritu burlón y malhablado, con un talento que rayaba en la genialidad para hacer muchas cosas más aparte de pintar, incluyendo poner en ridículo todo aquello que no cotejara con su peculiar forma de entender el mundo. En una hipotética lucha de intelectos, sonrió al imaginar al pétreo hombre de fe enarbolando en su diestra la vara de la rectitud, asestando sablazos de moralidad y fintas de sofismos religiosos contra la experta defensa amoral del pintor, curtida en mil batallas dialécticas tras la barra de un bar.

Diez minutos después habían descendido de la nave y se dirigían al hotel en un bote de velas piezoeléctricas, que convertían su deformación por el empuje del viento en electricidad. Un grupo de atunes delfín dotados de los últimos algoritmos de comportamiento animal escoltaban la quilla del navío, asomando su espinazo con

rimbombante alborozo a cada impacto de las olas contra la madera.

El Grupo Fuji, que poseía el treinta por ciento de las acciones sobre el espacio virtual de Damasco, se cuidaba mucho de reservar un espacio que sirviera de puente para realizar la transición. Muchos turistas incluían una cláusula en su contrato de permanencia en la que se especificaba que el paso a la realidad totalmente virtual debía ser un suceso consciente y remarcado, para darse cuenta del momento en que dejaban el cuerpo atrás. A muchos les asustaba lo que podía pasar con sus cuerpos físicos una vez que su mente estuviera más allá, navegando en la compleja realidad consensuada de la Línea Rápida y sus paraísos digitales.

El uso de remotos en Damasco estaba prohibido más allá de una determinada frontera, aunque no la conexión directa de una línea de soporte Alma desde el procesador del remoto hasta el gestor central, una IA administrativa llamada Gea. De todas formas, Evan consideraba estúpido venir hasta aquí físicamente en el cuerpo de un remoto para luego «aparlo» y enchufarse a la red local. Era preferible realizar un salto LR directo desde el lugar de procedencia y confiar en que las líneas no sufrieran ningún bajón en el camino. De ahí que la mayoría de las agencias de viajes organizados fueran filiales de las compañías de telecomunicaciones.

Una campanilla sonó rítmicamente como aviso a los pasajeros.

—Bueno, aquí nos separamos.

—¿No vas a subir al monasterio? —preguntó Yapur, cargándose los bártulos al hombro.

—Estoy alojado en una zona diferente. —Evan le enseñó su pase sellado por el Instituto que le acomodaba en calidad de VIP en las suites de las torres del monasterio. El becario resopló, sorprendido—. Nos veremos esta noche, en la fiesta. ¿Cómo has dicho que se llama ahora Fedra Winterstone?

—Creo que ha vuelto a adoptar la segunda iteración de su apellido, la que tenía de soltera antes de ingresar en la escuela pentaísta. Stronghold, o algo así.

Ambos saltaron a tierra, y el bote desapareció como tragado por las aguas.

* * *

En algún momento entre el ocaso y la noche, el cielo se cubrió de bandadas migratorias de auroras boreales. Seguían a un líder espumoso del color del cenit que batía sus alas, desgranándolas en copos de iones impulsados por vendavales de campos magnéticos.

Los individuos que le seguían se disponían en dos filas superpuestas en forma de V, utilizando los iones para asegurar su orientación y, en función a su valencia, saber si el líder variaba de altitud. Todos huían de un ballenero gaussiano colmado de turistas, más de uno de los cuáles había desembolsado una succulenta propina para ser

de los primeros en disparar el arpón de jaulas de Faraday contra las etéreas piezas.

Contemplando el espectáculo con cierto desprecio, Evan bajó al anfiteatro romano donde tendría lugar el refectorio. Eran las nueve —meridiano cero con número imaginario delante—, y observó con aprobación que ya se habían personado la mayor parte de los invitados. El tiempo era caro en Damasco.

El organismo anfitrión, el Instituto Anjou, se había cuidado de invitar a la presentación del ninot a todas las personalidades de gran peso específico relacionadas con el mundillo de la tecnología de sistemas de inteligencia artificial, incluyendo diseñadores y genartistas ARN, dueños de fábricas de software, programadores de algoritmos cuánticos y psicólogos IA. En lugar de cerrarse en coros de amistades, buscaban mezclarse con los invitados de la otra fiesta, los que celebraban el fin de siglo local.

Los maestros de cocina presentaban el menú de la noche a los invitados entre música y aplausos, paseando las exquisiteces en desfile triunfal. Algunos comensales llegaban flotando sobre nubes de algodón de contornos suavizados con programas antialias, bromeando y entrechocando copas al ritmo de la suave música ambiental. Una mujer sonrió al pasar junto a Evan, luciendo una máscara interactiva que mimetizaba las sonrisas de diez celebridades, vestida con la exótica ambigüedad de la Mona Lisa. Un complicado algoritmo de predicción de movimientos (muy caro, casi dos millones de blasones en el mercado de la Red) hacía danzar un sexto dedo en su mano derecha al compás de los cinco naturales.

Evan le devolvió la sonrisa y pasó de largo, calibrando el recinto con precisión militar. Localizó enseguida a los becarios pentaístas, reunidos en torno a acalorados debates sobre inteligencia artificial con los invitados procedentes de las factorías digitales. Era el propio monseñor Boutruche quien alzaba su copa en peligrosos ademanes mientras peroraba con un hombre de generosa circunferencia, con frac de canela y una modelo de formas exuberantes asida con aburrida profesionalidad a su brazo. Evan derivó hacia el círculo pentaísta con aire casual, llegando a tiempo de escuchar cómo el Obispo apostillaba:

—... y, por supuesto, debemos tener claro que la llegada de los Ids al espacio cis-sapiente fue una completa usurpación de la libertad de potestad ideológica humana, desvergonzada y humillante como ninguna otra invasión lo ha sido con anterioridad en la Historia.

El hombre que soportaba estoicamente el argumento soltó una falsa carcajada, burlándose de las ideas del religioso. Acercándose, Evan rozó el Metacampo, sintiendo la sibilina presencia de un Id escondido en la mente del elegante hombre de negocios y pulsándolo para escuchar sus palabras. Su cuerpo real estaba muy cerca del suyo, probablemente alojado en la misma zona del Núcleo. Averiguó que el hombre se llamaba Korean, que era un ejecutivo de una importante empresa de

arquitectura de software avanzado... y aquello que se veía al fondo podía ser algo parecido a un desmesurado complejo de Elektra.

Probablemente homosexual, concluyó. La maniquí también forma parte de su traje.

—Así que para usted la incorporación del Metacampo no fue sino una maniobra militar bien ejecutada para subyugar a la raza humana —resumió el ejecutivo. Unas parcas risas inclinaron la balanza del interés en su favor, mientras la modelo sonreía tratando de ocultar un bostezo—. Eso es ciencia-ficción, monseñor. Las invasiones extraterrenas no existen. Somos nosotros quienes invadimos, muchas veces creando el espacio a medida que avanzamos, si el que la Naturaleza nos ha puesto por delante no nos satisface. —Hizo un gesto doblemente extensivo al paisaje y a los invitados de las corporaciones informáticas, a quienes indudablemente él también pertenecía.

Boutruche bufó, airado.

—Me pregunto qué más hace falta —dijo—, aparte del hecho de que ahora el ser humano es casi por definición un ser psíquicamente bipolar, para convencerle de que hemos sufrido una violación de nuestra individualidad.

—¿Y eso es del todo negativo? —contraatacó el ejecutivo—. Si mi cuerpo real no estuviera adormecido en una cuna de conexión de seis mil blasones la hora, podría mantener esta conversación con usted en dos canales simultáneos, y aún me sobraría algo de capacidad mnémica para ir a saludar a esta preciosidad, donde quiera que esté... —Korean estrujó contra sí a la modelo, que le premió con un beso en la mejilla.

—¿La analogía del virus le satisface más, tal vez? Debería estar acostumbrado a las semejanzas que la ciencia informática se empeña en establecer tomando como referencia el mundo físico, real.

—¿Los Ids son virus informáticos? —preguntó una mujer, extrañada por la comparación. Korean se apresuró a puntualizar:

—No como los conocemos habitualmente, querida, pero admito que es una analogía plausible. Aunque yo no lo calificaría exactamente como «virus» —añadió cáusticamente—. Un virus es un organismo patógeno que toma de su huésped por la fuerza lo que necesita para subsistir, a pesar de que de esa manera está dañando la fuente de su sustento. En nuestro caso, el Id es...

—¿Un simbiote?

—Es posible. Ellos nos conectan con ese enorme espacio virtual que es el Metacampo, y a cambio les otorgamos... —vacilante—. Tal vez sólo un estado físico. Como ángeles que soñaran con retornar a la tierra y necesitaran de un vehículo, un nexo viviente, que les alejara de Dios.

—Esa es una cuestión interesante, si me permite decirlo —apuntó Evan, eligiendo ese momento para incorporarse a la conversación. Boutruche le analizó de un vistazo.

—Ah, nuestro maestro de análisis. ¿Ya ha comenzado a realizar observaciones, señor Kingdrom? —se giró hacia sus contertulios—. Damas, caballeros, permítanme presentarles al señor Evan Kingdrom, observador de la Marina. Su presencia nos honra con algo de sentido práctico militar.

Korean le dedicó un aspaviento:

—¿Pertenece al Ejército?

—Pertenecí en un tiempo —asintió Evan—, pero ahora estoy retirado. Incidentalmente, me dirigía a realizar un estudio sobre los modelos de simulación Id-portador en la Universidad de París cuando fui reclutado por la Marina. Comprobaré la naturaleza exacta del ninot cuando salga de su pecera.

—Debe de ser un trabajo interesante —repuso Boutruche, tomando aliento para todo lo que tenía preparado a continuación—. Los militares se gastan mucho dinero en seguir la pista de todas las nuevas conciencias IA nacies para averiguar si pueden sacar algún provecho de ellas... Una búsqueda de pupilos a los que poder acostumar desde pequeños al juego de la guerra...

—Tiene usted toda la razón —consintió Evan, cortando de raíz la enconada crítica del religioso. Boutruche, que no lo esperaba, ahogó toda la fraseología subsiguiente con decepción.

—¿Pero por qué no está usted integrado en el grupo oficial de análisis del Ejército, señor Kingdrom? —Boutruche señaló hacia el batallón de observadores que trataban de pasar desapercibidos tras rostros pétreos cerca de los responsables del ninot.

—Porque no trabajo a su mismo nivel. Yo sólo soy un filósofo metido a analista. Me interesan cuestiones menos prácticas.

—Ya veo —Boutruche sostuvo en alto la inflexión de la última palabra. La acusación que había hecho llegar, sotto voce, de falsa pretenciosidad en su trabajo sonó ofensiva a los oídos del presunto observador, pero éste no se inmutó.

—Antes de que usted llegara estábamos tratando de colocar a nuestros invitados en su sitio —apuntó el ejecutivo, tocándose la sien—. ¿Usted qué opina, señor Kingdrom? ¿Son los Ids una amenaza para nosotros, para la raza humana en general?

Evan meditó unos segundos.

—No —decidió—. Creo más bien que, en cierta manera, nosotros somos la amenaza para ellos.

—No me diga —exclamó Korean—. ¿Y eso cómo se explica, exactamente?

—Bueno, déjeme proponerle un interesante problema sociológico... o tal vez puede que sea psicológico, no lo sé. Imagine que usted es uno de esos entes de energía. Vive en algún lugar del Universo sin saber de nada más, y de repente «escucha» un grito de auxilio procedente de otra fuente pensante muy poderosa.

—¿Un grito? —preguntó el Obispo.

—Sí. Lo enfocaré desde su perspectiva: ¿Desde cuándo lleva la Humanidad profiriendo rezos, peticiones de auxilio espirituales, clamando a los cielos por sus problemas terrenales?

—¿Trata de decirme que los Ids pueden realmente leer en nuestros corazones? —bufó el Obispo.

—No. Pero sí pueden hacerlo en nuestras mentes. Su corazón no tiene absolutamente nada que ver con sus creencias religiosas, monseñor. Es sólo un órgano que impulsa la savia de la vida por sus venas, una motobomba compuesta de carne y músculos. Es en su cerebro donde se arraiga toda su mentalidad devota y sus ansias de contactar con un ser supremo que se empeña en permanecer en el anonimato. Que gracias a su lejanía necesita de enormes esfuerzos... llamémoslos espirituales, para que la gente se sienta escuchada. Imagine ahora miles de millones de seres humanos concentrándose durante centenares de generaciones en elevar una plegaria, una súplica sin destinatario concreto, enfocando toda su fuerza empática en encontrar una prueba de su fe... Alguien, por fuerza, tenía que responder.

—De manera que se pone de parte de la teoría sobre la invasión que defiende monseñor Boutruche —aventuró Korean.

—Sí, pero yo la enfocaré al revés. Creo sinceramente que fuimos nosotros quienes invadimos a los Ids, en cierta manera. A base de miles de años de rezos y pujanza metafísica. Era un anzuelo demasiado apetitoso como para ser obviado. Y ahora son ellos los que dependen de esta bondad para su subsistencia, por lo cual... —las palabras se desvanecieron con un alzamiento de hombros.

El ejecutivo sacudió la cabeza. La modelo volvió a bostezar, inflando el escote. El joven de los cuernos de alce no sabía cómo rescatar su mirada del profundo valle de aquellos senos sonrosados.

—Supongo que es desconcertante no saber lo que puede estar ocurriendo en realidad dentro de nuestra propia cabeza —reflexionó Evan—: Cuántos sueños, cuántas conciencias poderosas estarán interactuando para conformar el cuadro de la personalidad y capacidades de nuestra identidad. Como decía un maestro que intentó inculcarme hace muchos años las virtudes de la filosofía, hay dentro de cada cual un muro de silencio, un campo de flores de aroma embriagador que impide que podamos utilizar nuestro mayor don para mirar hacia dentro y decir con claridad; «mira, ése soy yo».

—¿A qué don se refiere en concreto? —preguntó un intrigado becario. Evan lo meditó muy seriamente, y finalmente resolvió:

—Al amor —alzando el mentón—: El puro y simple amor. ¿Qué otra cosa puede haber dentro de nosotros que verdaderamente valga la pena?

Todos dejaron vagar la vista en alas de un instante de idealismo romántico. Boutruche sonrió, alabando la elección de un concepto tan acorde con su jerarquía de

principios.

—Y pensar que esta simulación holográfica puede realizar las mismas proezas que todas las fuerzas mnémicas del mundo —dijo Korean, tratando de devolver protagonismo a un tema en el que realmente tenía algo que decir.

—Tiene razón. Creo que la máxima virtud de este circo es que pueda servir para hacer soñar un poco a la gente. Todos hemos querido ser conquistadores de algo alguna vez, aunque sea de un espacio simulado —convino Evan, con cierta nostalgia. Korean volvió a dejar emerger su buen humor:

—Creo que podríamos arreglarla «Sea descubridor del Nuevo Mundo por la tarifa mínima; tan sólo díganos qué tipo de paisajes le gustaría visitar».

—No trate de negociar con Dios desde una posición de fuerza —gruñó Boutruche.

—Vamos, vamos, monseñor —se defendió el ejecutivo—. El señor Kingdrom tiene razón; el ser humano es un animal agresivo, con un impulso irreprimible de expansión ardiendo en su interior ¿Para qué enfocarlo en empresas arduas y eminentemente destructivas, como colonizar nuevos planetas, si con nuestra tecnología podemos obtener algo muy parecido y a un coste muy inferior?

«Dentro de veinte años no hará falta siquiera que nos molestemos en construir naves interestelares. Nos bastará con ampliar la memoria de nuestra bases de datos y mejorar las curvas de recepción taquiónica de la LR, para que haya más gente conectada en tiempo real sin interferencias —remató—. Piénselo. Con lo que vale un solo destructor clase Atlantis nosotros podemos dotar de orografía a unos treinta millones de kilómetros cuadrados de terreno, con climatología y fauna acorde y monoevolutiva. —Su diestra se sacudió con un amago de novelista excéntrico—. Digamos, una civilización postindustrial envuelta en una cultura exótica. Algo clásico, comercial, con palacios de perfiles arábigos recortándose sobre cielos cuajados de planetas anillados...

—... Y supongo que, también llegado el caso, podríamos hasta introducir a nuestros Ids particulares en buffers de ROM residente y darles forma. —La femenina voz se abrió paso en la conversación, desviando miradas hacia una figura algo obesa que esgrimía una elegante sonrisa de labios carnosos. Pertenece a una mujer de unos cuarenta años, de pelo negro recogido en moño sobre la cabeza y un desparpajo en los ademanes adecuado a alguien acostumbrado a la atención. Fedra Winterstone (no, recordó Evan; Winterstone no. Ahora se llamaba de forma diferente), no cotejaba con el estereotipo de una persona encerrada en un cubículo de programación. Lucía un amplio escote en lágrima invertida que coronaba un vestido de una sola pieza, el cual más que disimular se pavoneaba de las formas cilíndricas de su esbelta anatomía.

—No sé —continuó, dirigiéndose a Boutruche—, formas acordes con los gustos de cada cual. Si usted lo desease, su Id podría parecerse a Cristo. Y, menos rescribirse

tras un borrado total, sería capaz de hacer los mismos milagros que en la Biblia. Mejor aún, diría yo, ya que hasta podría incluir luces y música y volverlos multimedia.

—Por fin está aquí nuestra estrella de la noche... —sonrió Korean, abriendo el círculo.

—¿He llegado muy tarde para el sofismo final?

—No, cariño —dijo el ejecutivo, deslizándose un tinte afeminado en su risa—. Como siempre, llegas a tiempo para sacar conclusiones.

—Es encantadora, nuestra pequeña artista encubierta, nuestra señora de los números... ¿O me equivoco con el apelativo? —saludó el obispo con cierta malicia. Fedra no se inmutó.

—Señora, señora. Aún sigo manteniendo mi estatus de casada... aunque no por mucho tiempo, espero. No veo la hora de solucionar todos los baches legales y poder registrar mi patrón de análisis.

Korean colocó el índice y el anular a ambos lados del caballete de la nariz, conteniendo un estornudo, y con una reverencia se desligó del grupo de conversación, opinando que ya estaba todo dicho. Una sombra de decepción, y tal vez de rencor mal disimulado, aleteó por el rostro de Boutruche.

—Tal y como yo vaticiné; existen muchos tipos de... simbioses —sobre la palabra cabalgaba una sutil imitación del acento nasal de Korean—, siempre a la caza de mentes desprevenidas.

—Vamos, vamos, monseñor... —se defendió el ejecutivo, dejándose arrastrar por el paso veloz y aliviado de la maniquí—. ¿Acaso Dios deja desamparados a sus hijos en manos del caprichoso devenir del interés humano? ¿Por qué habríamos de hacerlo nosotros entonces? —Y agregó, burlesco—: Debería repasar sus argumentos antes de arriesgarse a caer en delito de lesa traición.

—¿Cómo dice? —El Obispo estaba perplejo.

—¿No se da cuenta? —continuó Korean, casi a voz en grito para hacerse entender en la distancia—. Nuestro Emperador, esa singular entidad sin cuerpo físico ni mácula oriunda de la carne... ¿qué hay más parecido que él a uno de esos Ids que usted tanto repudia?

Su voz se sofocó bajo las risas de un grupo de damiselas que pasaron montando unos pegajos.

—O sea, que al final, y después de todo, sí que se puede negociar con Dios desde una posición de fuerza —resumió Evan, apuntando directamente al orgullo canonizador de Boutruche.

El Obispo clavó su atención en él, con el odio centelleando en la vehemencia de su mirada. Al final, Boutruche encontró una tensa vía de escape cuando se requirió su presencia en otro corro de personalidades.

En ese momento, los automatismos de fase horaria lanzaron la luna en un arco veloz hasta el cénit. La gente, entre gritos y aplausos y besos adelantados, se congregó cerca de la costa para recibir el año nuevo.

Aflojando un poco el lazo constrictor de la cinta almidonada de su cuello, Evan se colocó junto a Fedra, contemplando desde una balconada el espectáculo. La luna había concluido su rápido viaje hasta situarse en el centro de la bóveda celeste y se estaba abriendo como una gigantesca flor de marfil, rotando en una silenciosa danza triunfal al tiempo que sus cráteres se llenaban de reflejos. De su interior surgió una marea celestial de corpúsculos de color, ángeles vibrantes danzando al son de la música de los astros al desplazarse por el firmamento.

—Es increíble lo que la mente del ser humano puede llegar a conseguir cuando se propone construir algo hermoso —reflexionó Evan. Fedra le examinó con la vista, aunque no se alejó ni le sugirió que estaría mejor sola.

El hombre señaló hacia las aguas de la rada.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué las mareas se alejan de la costa en lugar de correr paralelas a ella? Eso dificulta el amarre de las embarcaciones.

—Es un efecto colateral del drenaje del agua —dijo Fedra, distante.

—¿Qué...? Ah, claro. El mundo es plano. El océano cae por el borde.

La becaria se giró hacia él.

—Gracias por defenderme antes. No sabía si podría haber sostenido el pulso contra Boutruche a un nivel digno.

—No hay de qué. Ya estaba harto de oírle soltar sandeces peregrinas. Me asombra que usted le plantara cara tan valientemente.

—¿Por qué? —se extrañó ella—. En realidad, los gerifaltes del clero son sólo una manada de buitres beatos que olisquean la carroña desde tanta distancia como los demás. No representan ni una tercera parte de los grupos implicados en el experimento, y desde luego no poseen control sobre la mayoría de los fondos, así que... —dejó que el sentido común acabara la frase. Su contertulio demostró su adhesión a las conclusiones elevando sutilmente la copa.

—Por el librepensamiento.

—Usted es el observador, ¿no? —recordó ella, sujetándose disimuladamente la falda para que no se elevara en alas de la brisa—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal sobre lo que dijo antes?

—Adelante.

—¿Realmente piensa que no somos más que la suma de las reacciones que suceden en nuestra cabeza?

Evan bajó la vista, mostrando a la vez su perfecta dentadura.

—No. No lo creo así. Pienso que existen emociones que se escapan a conceptos tan elementales como lo que es o no posible a ambos lados de una igualdad

matemática.

—¿Como el amor que mencionó antes?

El hombre asintió.

—Como el amor, sí.

—¿Cree usted en el espíritu insustancial, entonces?

—Uhm, no. Definitivamente no, pero sí en una proeza de la Naturaleza que la evolución nos ha regalado tras millones de años de bucear en la fórmula de la vida.

—Entonces, según usted, las IAs no pueden amar, si no son más que torbellinos de unos y ceros suspendidos en una niebla de imprecisión matemática. La célebre Frontera Eisenstein de mentiras inconscientes —ironizó Fedra, mesándose con suavidad su cabello de excelente manufactura europea.

—¿Es que se considera usted una IA?

—No, por supuesto —rió ella, como si la sola mención de esa idea fuera ridícula—. Aunque le aseguro que me gustaría tener sus mismas estructuras bullendo en mi cabeza. Pero no. Me conformo con proceder de una grabación Alma directa y un cierto toque de delicadeza profesional en la transcripción.

—Es un origen tan bueno como otro cualquiera.

—Si basta para regalarte un alma calcada como una fotografía vieja y un asomo de conciencia cuando naces, desde luego que sí...

Evan no pudo reprimir una carcajada. La mujer se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Pues, que precisamente de eso se estaba quejando el obispo Boutruche hace un momento...

Fedra le observó, intrigada. Aquel hombre le transmitió de repente algo más de lo que aparecía a simple vista. No parecía un militar ni un religioso. Su risa sonaba demasiado sincera.

—Dígame —preguntó con curiosidad—. ¿Por qué está aquí?

—Busco a alguien —dijo Evan, apoyándose en la barandilla con un gesto casual—. ¿Y usted?

—Yo no.

—¿No?

Fedra negó con la cabeza.

—Yo espero a alguien.

En el cielo, los ejércitos celestiales formaron palabras y figuras. Extendieron sus alas, alzaron sus espadas y astillaron con diestros sablazos las estrellas, que cayeron en una tormentosa lluvia de copos de luz y notas musicales. Pese a que la distancia a la que debían estar se suponía inmensa, en pocos minutos llegaron a tocar la tierra, cayendo sobre los comensales mientras aparecían enormes números en el cielo. La luna ya se había abierto y era un ave de cien colas de plata con sus plumas

expandidas en abanico. Sobre ella danzaban los querubines, volando raudos para que sus estelas formaran veloces dígitos en una cuenta regresiva hacia el nuevo siglo.

Evan alzó una mano y en su palma recogió un fragmento de estrella. Era un latido pulsante y cálido, un arco irisado de pequeñas constelaciones de sal y mareas gravitatorias en perfecta sincronía. Se la ofreció a Fedra:

—Hay gente que pasa toda su vida soñando con poder tocar una estrella —comentó, derramando su trocito de cielo sobre las manos de ella con la delicadeza de quien maneja un pedazo de cristal frágil como un sueño.

—Hay gente que no lo necesita —respondió Fedra, sus pupilas llenas de aquella constelación microscópica—. Hay quienes son estrellas en sí mismos.

Con la llegada del último número de la cuenta atrás, que explotó mientras los ángeles se alejaban en todas direcciones como naves huyendo de estelas de fusión, el cielo pareció estallar en un armagedón de fuegos artificiales. Comenzaron llegando los más tenues, flores de fuego y rocío que surgieron directamente de la combustión de las nubes. Les siguieron aspas de molinos, dientes de león y bancos de peces relampagueantes. Mareas de escarcha surgieron del horizonte, colisionando con montañas de ilusiones pirotécnicas y arrecifes de sonidos retardados.

Evan localizó una pareja de enamorados que prolongaban un beso mientras corrían esos primeros segundos, y apartó la vista.

—He de irme —anunció—. Pero espero verla de nuevo cuando veamos al ninot. ¿Tiene idea de cuándo será?

—No se puede precisar con total exactitud cuándo una inteligencia va a sobrepasar la Frontera Eisenstain, pero creo que el... alumbramiento no tardará en llegar.

—Hasta pronto entonces, señora Winterstone.

Ella pareció dudar un segundo, y Evan notó que había hecho algo mal.

—¿He dicho algo que no debiera? —inquirió con cautela. Fedra retrocedió unos pasos iniciando una cortés retirada.

—No, pero creía que estaría mejor informado, eso es todo.

Luego se marchó.

El soldado no se atrevió a seguirla por miedo a importunarla, pero a punto estuvo de ir a buscar de mala gana a Boutruche para pedirle explicaciones. Una visita fugaz y casi dolorosa al Metacampo, al espectro de sapiencia compartida de todos los excitados Ids presentes {Contacto-fuga-disparidad-planteamiento-Bienvenido a la Ciudad Pascalina) y, tangencialmente, a las catedrales de ecos románticos y vergonzosos de las ponencias inconscientes de sus anfitriones (Claro-que-no-lo-hice-Yo-jamás-he-deseado-a—mi-madre), disipó sus dudas.

Sen Yapur se había equivocado. Fedra había derivado a una iteración anterior al apellido de su familia, no a una posterior. Por eso Boutruche se había referido a ella

como «nuestra pequeña artista encubierta».

Su apellido no era Winterstone, sino Stragoss. Fedra Stragoss.

Un ángel pasó sobre él rompiendo la barrera del sonido como un cohete de túnicas doradas.

* * *

La baliza de control de la estación detectó y coordinó automáticamente la maniobra de aproximación del San Juan. Damasco apareció claro contra la nube de polvo del cercano anillo planetario, navegando como un arrecife hecho de esqueletos de planetas.

Respirando marcialidad, la primera oficial Móntez cruzó apresuradamente el pasillo que unía el vestuario con la armería y saludó a sus hombres. Junto al distribuidor de munición esperaba el oficial táctico, Uriel Armagast. Estaba acabando de montar un selector de blancos en la montura de su automática de doble tambor veloz. La saludó llevándose la mano a la sien cuando sintió el aroma a polímeros de su armadura.

—Primero.

—¿Ha visto al capitán, Uriel? Debería estar ya en el puente —replicó ella, ciñéndose un guante. A continuación se dirigió a la distribuidora—: Cargador EC para rifle de raíl. Dos baterías de pulsión de alto spin. Munición inteligente y trazadoras.

La máquina computó la orden, expeliendo la petición con un ruido de engranajes veloces.

—¿Al capitán? No. Lleva encerrado en su camarote desde que partimos —contestó el oficial táctico, apartándose—. Algo hay en esta misión que no me gusta en absoluto. ¿Sabe si estamos detrás del otro candidato?

—Es posible.

Armagast iba a proseguir cuando un silbido discreto surgió de los altavoces. Él y Móntez se apresuraron a recoger sus cosas y se personaron en el reducido espacio del puente. Allí ya esperaban los demás oficiales: la xenobióloga Ashakawa, el teniente y psicólogo Gus Sterling, y el alférez Santana. El capitán, ataviado con una coraza flexible, esperaba de pie, sus dedos desprendiendo distraídamente una pelusa del reposacabezas del diván principal. Comenzó a hablar con voz átona.

—Hoy vamos a matar a alguien —anunció, y los demás callaron. Los miró a todos a los ojos, aunque no hizo hincapié en ninguno. Ni siquiera en Móntez, que pulsó con su mirada un segundo de aguante la de Armagast—. Nuestro objetivo es sencillo. La seguridad del segundo candidato del grupo convolutivo puede verse amenazada por la presencia de un... elemento inesperado.

Armagast recobró la horizontalidad, separándose del diván, y explicó los detalles de la manera más impersonal que pudo.

—Hay otro cazador. Lo envía alguien que se encuentra muy cerca de la cúpula de poder central y que... Creemos que se trata de un traidor. Debemos encontrar a ese cazador y eliminarlo, antes de que haga peligrar la integridad de nuestro objetivo fundamental.

La primera oficial procedió con calma.

—Perdón, señor. ¿De quién se trata exactamente?

—Un Guerrero Espíritu. Tienen preparados los detalles en sus consolas. No quiero dudas ni cuestionamientos —puntualizó Lucien, severo—. Haremos lo que tenga que hacerse. Desconocemos la naturaleza de este segundo candidato, así que esperaremos y dejaremos a los del grupo de vigilancia que hagan su trabajo localizándolo. Nos limitaremos a controlar la raíz de la señal portadora del planeta, y si ese hombre asoma la nariz, se la amputaremos, ¿entendido? —los oficiales asintieron—. Pues a trabajar.

Todos se dispersaron. Móntez, aprovechando un segundo de distracción de los hombres, se acercó al capitán cuando éste se disponía a abandonar el puente.

—¿Qué ocurre, Primero? —dijo éste, sin mirarla.

—La empatía es un arma de doble filo cuando se trata de un capitán que mantiene un estrecho contacto con su tropa —expresó con firmeza. Lucien sonrió.

—¿Y acaso sientes que estoy usando mal el control de mis emociones?

—Sí, en tanto que nos afectan a todos.

—Estoy haciendo frente a una gran decepción, nada más.

—¿Una decepción?

—Es De Palma. Es un... Bueno. Ya hablaremos después.

De fondo, la computadora anunció el fin de la maniobra de anclaje, al tiempo que la estructura de la nave se inclinaba suavemente hacia popa.

En escasa media hora el dispositivo de vigilancia estuvo dispuesto. Por orden administrativa se cerraron todos los accesos físicos a la estructura de soporte planetario, incluyendo plataformas de aterrizaje, nodos de acoplamiento de pinazas y vórtices de fuga para impulsores gravitacionales. Los soldados del equipo de seguridad se dispusieron en patrullas que peinaban cada pocos minutos los principales accesos al recinto central de Sueño, donde descansaban todos los cuerpos de los visitantes no enlazados vía LR, y se confirmaron los permisos y pasaportes. Los soñadores que podían ser despertados por sus asistentes sin mediación de una petición Alma directa volvieron a la realidad, con fogosas demostraciones de mal humor, prontamente silenciadas ante las murallas administrativas levantadas por los servicios de seguridad.

Lucien pidió una línea de máxima prioridad con la IA administrativa, Gea, y la

puso a trabajar muestreando todos y cada uno de los enlaces Alma directos con el exterior (unos ochenta y cinco mil), más los enlaces primarios de los visitantes personados en las residencias. Veloces rastreadores digitales de configuración vírica fueron liberados en la memoria del ordenador maestro, copiándose a sí mismos cada vez que encontraban una intersección en el organigrama estructural de computación y alojando una señal de alarma silenciosa en cada nodo de memoria.

El coronel se personó inmediatamente en el centro de mando de la estación, haciendo valer sus credenciales. El jefe de operaciones, un hombre de rasgos anodinos apellidado Innokennti, sostenía una expresión que habría hecho temblar a Atila a las puertas de Roma.

—Espero que tenga una buena razón para hacer esto —amenazó, en voz baja y ceceante.

Lucien le enseñó mecánicamente sus papeles y se colocó en un vigilante segundo plano. Su misión no era estorbar las operaciones del equipo principal, sino permanecer a la espera por si había problemas. Sostuvo la mirada del jefe de operaciones con aplomo y se limitó a comprobar los informes que Gea enviaba por el canal codificado cada pocos minutos. En el visor táctico de su muñeca aparecieron listas de nombres, ordenados por estimación de probabilidad, donde figuraban todas las personas de color que se encontraban en ese momento en Damasco y todas aquellas que lucían alteraciones ARN recientes. Era muy probable que el aspecto externo y la identidad de su presa hubiesen cambiado radicalmente en las últimas horas. Tal vez ni siquiera el sexo coincidiera.

La voz de Uriel, su oficial táctico, le acompañaba en el intercomunicador:

—Los rastreadores de virus han encontrado algunos enlaces Alma alterados. Podrían esconder un dispositivo de desconexión pirata. Material sofisticado. Enseguida le envió los datos.

Innokennti observó con la rabia enrojeciendo sus mejillas mientras el coronel se concentraba en las pequeñas fotografías que se sucedían veloces con los rostros de los implicados. Lucien examinó con cuidado al segundo de ellos. Los sistemas de desconexión ilegales, conocidos en el mercado negro informático como perros falderos, eran comunes entre los ricos paranoicos que no se fiaban de que ignotos mecanismos controlasen sus cerebros.

—¿Han encontrado algo entre los residentes? —preguntó, sin mirar a Innokennti a la cara.

—Hasta ahora nada. Pero si está aquí no tiene forma de escapar. Lo atraparemos. Pero no se haga ilusiones; Damasco es muy grande. Podemos tardar una eternidad en registrar todos los rincones del Núcleo si es que se ha escondido fuera de los nichos.

Lucien dio unos golpecitos en su pequeña consola.

—Aparece, maldito...

Poco a poco, una ambigua sonrisa buscó lentamente un camino en su rostro. A un lado de la foto que tenía desplegada se abrió un anexo que indicaba la zona residencial y el número de habitación que ocupaba el cuerpo del sujeto, junto a un epígrafe que lo etiquetaba como residente.

Procedía de un mundo del Cúmulo Central y tenía registrados unos antecedentes militares no excesivamente brillantes. Su historial era inocuo y vulgar: un becario pentaísta con pasaporte VIP, alojado en un caro hotel de la península colindante al canal de drenaje de la falla oceánica seis. Su ficha constataba que el objetivo de su visita era el de observador por cuenta de la Marina, con acceso de prioridad a la ceremonia de recepción y control del ninot.

Apretando un botón, Lucien amplió la imagen del sospechoso, leyendo su nombre en voz alta:

—Evan Kingdrom, del Principado de Astalus. —Sonrió, dando golpecitos con el índice sobre la aséptica mirada del hombre de la foto—. Te tengo.

Capítulos 8

Mientras, Evan dormía. Y soñaba que dormía, puesto que en el mundo ficticio en el que aún notaba el regusto a champagne en el paladar, la noche no había acabado y el gallo permanecía silencioso.

Una alarma tintineó cerca de su oído, despertándole. Consultó su reloj. Quedaban unos minutos para que los automatismos horarios dispararan el sol. Su compañero de habitación, un playboy millonario de la Marca Exterior, permanecía dormido y roncando como un cerdo con asma.

Se levantó con un rápido movimiento y se puso las ropas. Sus articulaciones crujieron levemente cuando realizó unos sencillos ejercicios de estiramiento, y luego el sopor del sueño desapareció. Como había especificado en su contrato de conexión, la vestimenta nunca se arrugaba ni acaparaba olores indeseados, exudando constantemente un agradable perfume a colonia de varón. Evan se olió sus sobacos y constató que la norma también se hacía extensible a su persona.

Recogió su equipo y salió de la habitación. Los pasillos estaban desiertos, sin rastro de polvo en las paredes pero sí en el ambiente, por lo que los rayos de luz que penetraban por los ventanales adquirirían textura y densidad como velos de color. El soldado subió a las almenas, abriendo los accesos con el simple gesto de posar la mano sobre las cerraduras. Su tarjeta de residente con preferencia le otorgaba una potestad casi divina sobre la mayoría de las puertas del entorno virtual.

Una vez en la torre más alta contempló con calma el paisaje del valle, buscando el domo de ceremonias del Instituto Anjou, donde tendría lugar el despertar del ninot. Lo encontró casi enseguida, camuflado tras un bosquecillo de olivos. Era un edificio cilíndrico rodeado de vallas de seguridad y expectantes bandadas de pájaros centinela. Ya había actividad en los alrededores: varios vehículos permanecían posados en la hierba con las puertas abiertas, y guardias uniformados hacían su ronda aburridos por delante de los accesos. Evan contó cinco, más dos probables centinelas invisibles, delatados ante su experta visión por el extraño giro en forma de curva de Lissajou, que dibujaba el viento en la hierba cuando se deformaba para esquivarlos.

Evan sopesó la situación. Si todo iba bien, tendría unos minutos para entrar, confirmar la identidad de la presa, localizar su posición en el conjunto principal de ordenadores, aislarlo y extraerlo físicamente, o enviarlo de un certero disparo LR a algún repetidor de Delos. Ya vería después qué hacer con él.

Extrajo el reloj de bolsillo de su pantalón. Era una esfera dorada tallada con dibujos de delfines. Lo abrió y giró la ruedecilla horaria dos veces en sentido regresivo. El icono de auxilio palpitó y cambió de color, la esfera de cristal se volvió azul y las manecillas desaparecieron. El reloj se transformó en cuanto el programa enlazó con el sistema generador de la matriz, y envolvió a Evan en una marea de

símbolos alquímicos digitales con la forma de un banco de delfines.

En el mundo real, la pequeña computadora de bolsillo camuflada en el interior de su equipaje parpadeó al son de los impulsos de la señal portadora del planeta. En el espacio virtual, Evan-ícono gesticuló velozmente en el aura de delfines y activó un rastreador y dos trampas de eco, que empezaron a copiar los impulsos de la señal portadora sobre sí mismos muchas veces por segundo. La respuesta del sistema no se hizo esperar: previendo un colapso en alguna función de renderizaje por culpa de una ecuación espontánea de solución imposible —se solía dar el caso cuando el programa debía improvisar un fragmento del paisaje no esperado, como cuando un turista colocaba dos espejos orientados en cadena y reflejaba su cara infinitamente en ellos —, un Albañil se materializó. Era un programa con forma de pirámide invertida, que de inmediato procedió a aislar la zona de la progresión temporal estándar del resto del mundo, y a digitalizar su contenido para examinar el problema.

Evan se colocó dentro de la zona atemporal y activó una rutina de camuflaje, mientras se dejaba arrastrar secuencialmente por el digitalizador hacia el corazón del sistema.

* * *

En el domo de ceremonias, Fedra saludaba a los representantes de la industria. Vestía un sencillo uniforme de trabajo, del estilo de los que usaban los programadores cuando trabajaban en algún pozo interactivo de compilación. Fedra notó que el nerviosismo crecía en su interior ante la cercana presencia de las armas de fuego de los soldados. Por supuesto, allí no podían dañar a nadie, pero un disparo certero significaría una desconexión inmediata y un periodo de aislamiento preventivo en su residencia del plano físico, hasta que las autoridades constataran el motivo del accidente.

La maestra de ceremonias, una delegada del Instituto llamada Alicia Nersas, hizo acto de presencia entre aplausos. Era una mujer mayor escoltada por dos hombres de traje y corbata. Se acercó hasta el centro de la estancia, y sonrió al localizar a Fedra en la primera línea de espectadores. Nersas se alegraba de que fuera Fedra y no el Ejército la descubridora del ninot, y por lo tanto la primera persona que tenía derecho a asomarse al campo de captación conceptual de éste cuando evolucionara hacia el estado IA.

Cuando la inteligencia «nacía» al rebasar la frontera Eisenstain generaba unas impresiones, un llanto de recién nacido con sus imperfectas y espontáneas opiniones sobre todo lo que la rodeaba, empaquetadas en la combustión repentina de unos cuantos terabytes de pura algarabía emocional. Fedra siempre había soñado con formar parte de las personas privilegiadas que habían podido asomarse a la ventana

conceptual primaria de una IA; que habían podido ser testigos de un juicio inocente y absolutamente imparcial del mundo, emitido por un observador libre de lacras y prejuicios culturales.

Los oficiales esperaban impacientes a un lado, sin apartar la vista del cubo que se erguía en el centro de la sala. Allí se albergaba el biotopo designado para cobijar la inteligencia, un espacio de métrica fractal infinito que podía ser computado en un recinto de apenas un metro de arista. En su interior, en un estanque de éter del color de la nada, explotaban breves constelaciones de estrellas fugaces cuando los rayos de cada cono de visión de los presentes chocaba con la singularidad matemática.

Un grupo de soldados a quienes Fedra no había visto antes entró en el recinto. Les conducía un hombre de rostro agradable y maduro, con el pelo salpicado de mechones níveos. Vestía una armadura ligera de asalto y no portaba más armamento que un icono con forma de vara de luz asido al cinturón. Una placa identificativa brillaba en su pecho: Armagast.

Sus hombres se distribuyeron por el recinto, sin mezclarse con las autoridades pero haciendo bien visible su presencia y controlando todos los accesos. Fedra se preocupó. ¿A qué venía tanto despliegue de seguridad, si no esperaban ningún problema?

¿O sí lo esperaban?

Tras pronunciar un pequeño discurso de bienvenida dirigido a los accionistas principales, la doctora Nersas dejó a los expertos ocuparse de su trabajo. Algunos miembros de la prensa entraron justo a tiempo para inmortalizar unos pocos apretones de manos, y luego dirigieron su atención al biotopo fractal. Dentro del cubo que albergaba la singularidad, nada parecía ocurrir.

* * *

Armagast comprobó por tercera vez los diagramas de estimación de error que llegaban hasta su retina desde el controlador de Gea. Él no esperaba una intrusión directa del intruso, ningún asalto con armamento pesado y una máscara en el rostro para tratar de secuestrar al candidato. Habían interceptado algunos programas tanteadores rondando las posiciones de memoria donde se alojaba el biotopo, sofisticados y suicidas. Lucien había decidido concentrar su atención en torno a ese punto. El grupo de vigilancia de la estación se dirigía en esos momentos hacia el lugar donde el cuerpo del tal Evan descansaba. Pero Lucien no se fiaba; también eso podía ser una trampa.

Dejaría que los soldados hicieran su trabajo y así podría estrechar el cerco.

—Táctico, informe —pidió. La voz le llegó nítida desde el nivel superior, en la sala de control.

—Gea no está computando ninguna anomalía en la zona —expuso Uriel, sus dedos nadando veloces sobre un teclado invisible—. Dentro del recinto y en los niveles asociados a la singularidad, todo parece ir bien.

En el monitor, Gea estaba mandando porcentajes sobre la estabilidad de los procesos de computación. Si el intruso estaba usando algún tipo de sofisticado conjunto de programas para camuflarse en la matriz y acercarse sin ser detectado, por fuerza debía incluir alguna modificación en una variable estándar, o en alguna subrutina de control de renderizaje. Ningún objeto podía aparecer sobre la superficie del planeta si antes no pasaba por la asignación de un número de código en el procesador central. Uriel controló todas las subrutinas, comprobando que ninguna se alejaba de la mínima de resultados teóricos en más de un dos por ciento.

—¿No podría estar repartiendo sus cálculos entre diversas rutinas simultaneas? —preguntó Lucien. Uriel negó con vehemencia.

—Si estuviera haciendo eso, tendría que utilizar al menos un bloque de memoria para agrupar y ordenar los datos resultantes. Eso sería aún más peligroso para él que mantenerse integrado en un solo proceso. No. Supongamos que es más listo.

Unas imágenes fugaces parpadearon tras los anteojos de frente opaco del oficial táctico. Uriel mandó unas instrucciones rápidas a los virus, distribuyéndolos por los sistemas más profundos del andamiaje de procesamiento de Gea. Durante breves microsegundos, todas las funciones de Damasco, los cómputos del paisaje, los seguimientos de posición de los invitados, sus conexiones Alma... Todo se ralentizó inapreciablemente.

El controlador de coherencia, un sistema autónomo, disparó una alerta preventiva. Uriel lo desvió y anuló con presteza. Había pocas probabilidades de que una diferencia tan pequeña entre la progresión temporal del planeta y la que seguía el reloj biológico de los cerebros conectados provocase en éstos desorientación y reacciones de rechazo. Si se producían, la situación se complicaría, ya que habría que mantener las líneas conectadas, y no todas las mentes toleraban el mismo nivel de desorientación. Los médicos debían estar preparados.

En ese momento, Fedra y la doctora Nersas intercambiaron una mirada de aprobación y dieron la señal para que comenzase el experimento. A una señal, la matriz interfirió por primera vez con el espacio interior de la singularidad. En el plástico éter de la nada apareció de repente un intruso, una anomalía, que rasgó cruelmente la perfecta armonía de los espacios fractales infinitos, tan cargado de significado como desprovisto de sentido.

Un simple punto negro.

Una voz simulada de mujer anunció el comienzo de la prueba, reverberando en el artesonado de la bóveda. Un murmullo de excitación recorrió en masa a los presentes.

—Repita, Uriel —pidió Armagast, tapándose en un acto reflejo el oído.

—Los rastreadores han detectado una anomalía en una función de polígonos exterior.

—¿Tiene algo que ver con la singularidad? —preguntó Innokennti, que permanecía junto al táctico en la sala de control. Una variable porcentual oscilaba al límite de lo tolerable.

—En absoluto. Está muy lejos para que afecte de ningún modo a esta parcela.

—Perfecto —sonrió el jefe de operaciones. Una voz procedente de su intercomunicador le susurró algo al oído—. Mis hombres están en el complejo residencial del bloque interior. Dentro de un minuto estaremos sobre su cuerpo físico.

—Un momento, por favor —pidió Lucien. Una idea descabellada planeaba en su cabeza—. ¿Dónde está ubicada esa anomalía, Uriel? ¿Tiene que ver con una conexión Alma exterior?

—En absoluto, coronel —continuó el táctico—: Es una distorsión en las mareas que surgen de la costa. Unas cuantas ondas asincrónicas.

Lucien permaneció callado unos segundos, muy concentrado.

¿Por qué el biotopo del ninot? ¿Sería éste el Segundo Candidato?

En la pantalla abierta en el centro de su visión, Innokennti se paseaba inquieto por la habitación de control, muy consciente del pulso de poder que mantenía Armagast con él delante de sus hombres. Uriel esperaba órdenes.

—Quiero un enlace con el grupo de incursión —dijo Innokennti. La computadora abrió un nuevo canal con las posiciones de los hombres en el nivel real y sus líneas de visión personales. En la pupila de Armagast apareció una transparencia superpuesta a la anterior con las percepciones del jefe de pelotón. Se vio andando apresuradamente a través de un angosto pasillo, con barras de seguridad en el suelo y el techo y luces en los laterales. Los soldados llegaron hasta un cambio de cubierta y el pasillo giró con ellos, alineándose con el subnivel inferior. Las puertas se abrieron para descubrir un túnel circular flanqueado por claraboyas. La tropa se propulsó aprovechando la casi total carencia de gravedad.

El capitán anunció que habían alcanzado el bloque interior. Los soldados se distribuyeron en un conjunto defensivo tridimensional, con los cuerpos encogidos para ofrecer un blanco más pequeño y las piernas dispuestas a extenderse para ganar impulso. Los tiradores se sujetaron a los arneses giroscópicos que sostenían los rifles EC, manteniendo la trayectoria de disparo estática aunque ellos derivaran por efecto de las corrientes de aire. Las bocachas planas, sin cañón, de las armas eran como un racimo de espejos cromados.

* * *

Fedra estaba nerviosa. Cuando llegaba un episodio importante de su vida, siempre tenía frío. Y le temblaban las piernas. Decidió que la falda larga que había lucido en la fiesta de la pasada noche hubiera sido un camuflaje perfecto, pero si había problemas y debía sumergirse en el pozo de compilación para ayudar a la inteligencia a estructurarse, el uniforme de programador sería de más ayuda.

Era un momento crítico. La cantidad de dinero que el Ejército y las compañías de software iban a invertir si el ninot derivaba a una nueva IA era gigantesca, una inyección de fondos más que suficiente para solventar la deuda exterior del Instituto y permitirles invertir holgadamente en investigación una década más.

Fedra inspiró y se concentró en la pantalla de estado. Era un espacio flotante que recortaba sus contornos junto al icohalo, exponiendo mediante símbolos sencillos una imagen aproximada de lo que acontecía en el interior de la singularidad. Hacía casi dos minutos que habían inducido el elemento perturbador, aquel simple punto de oscuridad que se mantenía incólume en medio de la arquetípica simetría de la singularidad.

En ese tiempo, el ninot lo habría descubierto (¿Qué habría sentido? ¿Curiosidad entomológica, simple sorpresa, temor reverencial?), y ponderado. ¡Quizás extraído ya las primeras conclusiones! Cuando el cronómetro cumplió otro minuto, la impersonal voz de mujer que surgía de los altavoces anunció la inserción de un segundo elemento de presión heteronómica en el cubo.

Tal vez fuera hora de empezar a hacerle preguntas.

* * *

—Así es como lo va a hacer —resolvió Lucien, con el rostro lleno de súbito entendimiento. Estudiaba el informe de la anomalía en el sistema de mareas.

—¿Qué ocurre, coronel? —la voz de Uriel parpadeó en los ecualizadores.

Lucien comenzó a retirarse hacia la salida del domo. Un ente invisible pasó a su lado con un leve zumbido.

—Va a utilizar el efecto de marea para salir —especuló, permaneciendo en la puerta del habitáculo. Dominaba perfectamente un amplio panorama tanto interior como exterior—. Una vez tenga al ninot, se camuflará con la marea, dejándose arrastrar hacia el límite del planeta. Caerá junto con el océano por el borde, y el propio sistema se deshará de él y de su pasajero cuando recicle la señal del agua al evaporarse. Entonces quedará libre de patrones de seguimiento para regresar al nivel real.

—Repita, coronel —susurró Innokennti en su oído. La sutil discrepancia temporal

inducida por los rastreadores virus en la continuidad de la matriz comenzaba a generar una sombra de estática en las comunicaciones—. ¿Qué ha dicho del océano?

Algunos de los presentes se llevaron un pañuelo a la frente, secándose el sudor. El sentimiento de desorientación comenzaba a crear mareos y malestar en sus sistemas de equilibrio linfático. Lucien frunció el ceño: no podrían mantener mucho más el retardo temporal.

Consultó la señal localizadora del equipo de incursión. La tropa había llegado al cubículo donde reposaba el cuerpo del tal Evan. Esperaban impacientes una señal para irrumpir en su interior, los sensores de sus armaduras preparados para seguir el movimiento de blancos instantáneos con los arneses giroscópicos de las armas. Antes de que los hombres supieran cuáles eran las posibles dianas dentro de la habitación, las armas ya las estarían encañonando.

Lucien pidió precaución, pero la voz de Innokennti se impuso con rudeza en su banda y ordenó quitar los seguros a los rifles.

* * *

Entonces, Sandra despertó.

Miró a su alrededor algo desorientada. La imagen se enfocó con dificultad. Las cortinas ondulantes de la ventana. El aroma a flores exóticas. Delos.

Tenía el camisón manchado de sudor, como si hubiera estado dando muchas vueltas en la cama. No había soñado esa noche... pero había escuchado voces. Gente que la llamaba desde la espesura.

Se puso en pie sintiendo crujir sus articulaciones. Consultó el medidor de temperatura de la habitación. Estaba fijo en diecinueve grados y medio, tal y como ella había ordenado. Era la temperatura que solía conservar su casa, allá en su planeta, en los meses más cálidos y agradables del año.

Escuchó un ruido. Había algo, o alguien, escondido detrás de la puerta.

Se aproximó a la escribanía de madera que ocupaba una esquina de la suite. Del primer cajón extrajo una pequeña pistola de impulsos. Seguridad había dejado que la conservase bajo el más estricto secreto, y tras garantizar que ella sabía lo suficiente sobre armas como para que no se le disparase accidentalmente. Sandra la cargó y la sostuvo firmemente entre las manos, con la palma de la izquierda haciendo de apoyo para la culata.

Todo permanecía en silencio. ¿Y si se trataba del servicio nocturno de vigilancia? ¿O el de limpieza?

No. Tenía la acuciante sensación de que era una amenaza. Su vida estaba en serio peligro en ese momento. Una voz secreta se lo sugería sin palabras. Se preguntó si debía alertar a Seguridad. Con un solo grito, docenas de hombres armados y robots de

defensa irrumpirían de inmediato en la sala.

Entonces, pudo verlo.

* * *

El reflejo de Fedra resbaló por la superficie de la singularidad. Miles de estrellas brillaban en el interior de la nada en la que flotaba el ninot, hiriendo su solemne homogeneidad como células de vida incandescente.

La IA estaba despertando.

La programadora se desligó del mundo a su alrededor, dejándolo muy atrás. De repente, sólo existieron ella y el cubo, solos en un universo de reflejos fugaces. Alzó una mano para acariciar la frontera de sucesos, el icohalo de sueños congelados, pero se contuvo. No, no tan aprisa: con la suavidad de un amante. Fuera de su línea de visión, dos soldados rebasaron el anillo de civiles, acercándose a ella con silenciosa profesionalidad.

Con otro paso más, Fedra estuvo junto a la pared del cubo. Su mente empezó a radiar los fonemas de comunicación mnémica básica. Primero constructos simples de amistad y acercamiento, luego todo un despliegue de parábolas sobre el discurso de la identidad. No hacia el entorno interactivo, ni al espacio reservado a la lógica del procesamiento que el ninot utilizaba como vocabulario básico, sino a él.

Susurró una y otra vez las palabras que eran baluartes básicos: una contraseña de arranque, una instrucción del código máquina fundamental. Ideas omnipresentes en el subconsciente de la criatura, conocidas por ella en tanto que la hacían funcionar por dentro.

Inspirando con dificultad, se asomó a la ventana primaria de la IA.

* * *

Evan sintió la alarma en su mente. No podía dejar de pensar en que la muerte estaba a punto de cernir su guadaña sobre él. Algo ocurría, pero... ¿qué?

Revisó su sistema de camuflaje. Gea no se había dado cuenta de que él estaba ahí. En el interior del domo, los soldados permanecían en sus puestos, atentos pero inmóviles, con todas las alarmas en condición preventiva.

Se preparó. Activó los últimos corolarios de camuflaje y se dispuso a actuar. Le molestaba esa ansiedad repentina sin sentido, el agobio de la tensión del momento. Iba a volver a la cama y a cambiarse el maldito camisón cuando...

¿Qué estaba diciendo?

Miró a su alrededor. Con un espasmo subliminal, su percepción del entorno cambió. Trató de serenarse. Todo seguía bien, los hombres de seguridad irrumpirían

en la suite con un solo grito que

¿En la suite?

profiriera. Mientras no llamase la atención de los vigilantes de la matriz no habría ningún

¿Por qué tengo una pistola en la mano?

problema. Miró a su alrededor. Un abrumador sentimiento de deja vú le embargaba.

Entonces la vio. De pie, frente a la pared, reflejada en un espejo, mirando de forma apremiante hacia ella misma. Hacia él.

Era una muchacha a la que no había visto nunca, vestida con un camisón y unas zapatillas acolchadas. Era menuda y hermosa, de cabello rubio cobrizo. Y le miraba a él, desde el espejo, desde la espesura del sueño. Esperaba junto a la puerta de una habitación... No, de un cubículo de presión. Un cubículo con enormes letras doradas deformadas por la perspectiva.

Los dos se sostuvieron la mirada durante eternos segundos. Casi a espaldas de su conciencia, Evan se sintió empujado a reaccionar, reconoció los números impresos en aquella puerta, y la visión se extinguió. Un disparo de adrenalina inundó su corazón, despejando sus sentidos. El fantasma de la muchacha aún permanecía claro en su mente como una imagen sobreimpresa a fuego en la retina. ¿Por qué se le había aparecido en ese momento? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

Con un último vistazo, comprobó el estado del ninot. Fedra Stragoss estaba de pie, inmóvil, asomada a la singularidad.

Es el momento, decidió, y desactivó los programas de camuflaje.

* * *

—¡Atentos! —ordenó Lucien por todos los canales. El vello de su nuca se erizó. Aún no podía ver al intruso, pero podía sentirle cerca.

—Vamos a entrar —anunció el comandante de escuadra desde el nivel real. Lucien se preparó, los ojos clavados en Fedra. Su cuerpo ligeramente obeso se hallaba inmóvil, presa del aura expandida de la singularidad, sumergida en una ordalía de nuevas impresiones que eran como la plata pura, sin aleación.

—¿Hay alguna señal?

—Detecto una anomalía —anunció Uriel. Lucien reaccionó.

—¿En el exterior? —Los vigilantes volvieron la cabeza hacia él.

Un segundo de silencio.

Dos. Tres.

—No, coronel —precisó el táctico—. Dentro del recinto de ceremonias.

Lucien destrabó la vara de luz de su cinturón. Ante su gesto, los soldados del

domo se prepararon, sintonizando las armas en conos de desconexión. Todo lo que estuviese delante de ellas cuando se disparasen y en un ángulo sólido de varios metros de espesor, saldría inmediatamente del sistema y quedaría aislado en sofisticadas trampas de eco que congelarían su señal en zonas heladas de la matriz.

El coronel oyó algo en el exterior del recinto. Fue un rumor sordo y penetrante que reverberó al límite de la audición, para subir en intensidad hasta adquirir un volumen ensordecedor.

Le dio apenas tiempo de girarse sobre sí mismo antes de que la realidad se volviera loca, y sus ojos enfocaran nítidamente una estremecedora perspectiva del borde del mundo.

Y Fedra miró a la inmensidad.

INTERFAZ SECUENCIAL EN LÍNEA

Ya se habían hecho mil cosas, pero restaban mil más por hacer.

Había un Dios, por supuesto. Y unos súbditos y una religión. También una forma de comunicación, y cuando la imagen de Fedra fue asimilada, un lenguaje especialmente desarrollado para la ocasión se estrenó. El Patriarca de todos los reinos-expresión se asomó a la ventana de su palacio y, dirigiéndose a los cielos, a la aterradora sombra del cometa, clamó, con ese lenguaje que alternaba dos maneras de decir las verdades:

¿Quién es aquél que mira desde más allá de la bruma?

Y también:

¿Cuál es el número que se esconde entre el uno y el cero?

... expresados en proposiciones de doble contenido. Fedra abrió los labios y no produjo sonidos, pero sus movimientos fueron estudiados y discutidos durante cientos de generaciones y originaron docenas de mártires. Todos acabaron por interpretar una parábola cuya traducción a la música de las esferas fue:

—Mi nombre es F.

El ninot sufrió la devastación de una guerra. Países surgieron y países cayeron, cuando los nuevos eruditos interpretaron el pasado y concluyeron que el antiguo lenguaje dual estaba equivocado, y adoptaron la morfología del simplismo. Su pregunta fue:

00110101011100101001111001101010111010010011111001

Y también:

@ • *** ¬ 0 @ • **** ¬ 1 1 • 0 ¬ 1 1 • 1 ¬ 0

Pero el gran F., que por entonces ya no tenía sexo ni orientación, no respondió. Los eruditos replantearon la pregunta, usando sus fuerzas espirituales para dotar de significado las descargas. Tampoco hubo respuesta. Al final, el gran F. movió otra vez

sus distantes labios y extendió una mano que cruzó galaxias enteras en una petitoria de empatía. El gesto fue escuchado e interpretado así:

—Padre, he vuelto. ¿Aún estás ahí?

Y algo cambió para siempre en la mente del ninot. Miles de cosas pudieron ser y no fueron. Cientos de especies pudieron madurar y no encontraron el camino. Lo que pudo haber sido nuevo, espontáneo y simple, retornó a algo difuso y condicionado. La personalidad que pudo emerger derivó sin elección hacia lo que ya había sido una vez. Sólo se legó una última inquietud:

¿Hacia dónde voy?

Y en consonancia:

¿Quién soy?

El gran F. no respondió, pero una lágrima cayó de sus ojos formando constelaciones de supernovas, deshaciéndose en una danza de peonzas de luz y castillos de agujeros negros, y la palma de su mano se abrió esperando un regalo. De algún modo, el ninot recordó: estuvo durante un segundo en una vieja habitación de hotel, con pintura manchando su corazón y derramándose en su sangre, y entregó una rosa como despedida a alguien que amaba. Fedra recibió la rosa, y el llanto manó de su alma como un cántico de bienvenida a lo que en otros tiempos significó toda su vida.

Su padre.

Pero las galaxias ya no volvieron a mutar nunca más en el vacío gris.

Mientras tanto, en el domo de ceremonias, el mundo se había vuelto loco.

Todo se había transformado en una grandiosa fisura abierta a la nada; una catarata cuya altura podía haber albergado mares enteros, por la que se derramaba una vasta inmensidad de agua de kilómetros de espesor. Países de sal fragmentados en fugaces cordilleras de espuma, territorios consumidos por la fuerza que convertía la deriva continental en flujos de marea. Olas y reflujos tan enormes y lejanos que parecían vistos desde el espacio, quebrados en segundos de sublimadora sísmica. Sobre ellos cayó, tan lentamente como permitía la distancia, una tromba de agua del tamaño de un país pequeño; las ballenas y los seres más grandes del mar, cuyos tímidos coletazos no podían vencer la abrumadora fuerza de la caída, volaban hacia la nada convertidos en pájaros sin alas.

Lucien trató desesperadamente de refugiarse. A su alrededor los hombres y mujeres gritaban, sus bocas desencajadas en alaridos silenciados por el estruendo de la grieta. Muchas figuras desaparecieron, arrancadas del espacio virtual por los servomecanismos médicos que controlaban sus cuerpos en el mundo real. Los soldados comenzaron a disparar contra sí mismos, tratando que los conos de desconexión de sus rifles los llevaran lejos de aquella locura.

El coronel trató de escudarse en su racionalidad, buscando una explicación lógica para aquello. Vio a los anfitriones del Instituto correr de un lado a otro gritando órdenes a la matriz, aferrándose con demencia a la estela de los cuerpos que eran desconectados y se difuminaban como esporas de luz. Los vigilantes mecánicos, haciéndose visibles en el perímetro de la visión, cayeron hacia la zona visible del espectro en ríos de índigo.

Y más allá, impávida en medio del armagedón, había una flor.

Lucien se había aferrado a una columna clavando las uñas, cuando la vio. Y se dio cuenta de un detalle: el tifón de agua, los países de espuma, nada afectaba lo más mínimo al tibio ondular de los pétalos de aquella frágil planta, que seguían meciéndose tranquilamente al paio de la brisa.

Con cuidado, muy lentamente, el coronel se despegó de su asidero. Un soldado pasó corriendo junto a él, gritándole con voz histérica que se aferrase a algo. Una mujer con un vestido de noche tatuado de lentejuelas lloraba en el suelo, tratando de buscar un fragmento afilado de cristal para cortarse el cuello y forzar la desconexión. Pero no había cristales rotos por ninguna parte. Ni jarrones astillados, ni sillas volcadas, salvo las que habían tirado los propios invitados.

El coronel fue a descolgar la vara de luz de su cinturón, pero descubrió que la había perdido. Maldiciendo, se acercó a un soldado que gritaba horrorizado tras un mostrador y le arrebató el arma. Luego avanzó con decisión hacia la pared de agua, esquivando los robots y las personas que le gritaban, y afianzó sus pies en la hierba. No existía la menor presión de aire. Ni una inundación. El caudal del océano parecía atravesar el suelo del prado sin desviarse, como si la computadora no cotejara su rozamiento.

Enarbolando el rifle como una lanza medieval, apuntó a la pared de agua y disparó.

El cono de desconexión surgió de la bocacha, abriendo una fisura en el acantilado. Al otro lado apareció una imagen nítida del prado, con su alfombra de hierba. La visión se mantuvo lo que duró la descarga, tres segundos, como una ventana a la tranquilidad del otro lado.

La mano de Lucien la atravesó limpiamente, sin rozamiento, sin dejar estelas nevadas.

—Menudo cabrón —murmuró—. Es una ilusión.

Volvió a atravesar la pared. El estruendo regresó. Lucien se mantuvo al límite del holograma y llamó por el comunicador.

—Le tengo, coronel —respondió Uriel—. ¿Qué está ocurriendo ahí? Tengo todas las lecturas descentradas.

—Uriel, necesito un diagnóstico. ¿De dónde viene esta señal? —pidió Lucien mientras rastreaba el domo con la vista. El cubo seguía en su lugar, con la silueta

diluida de la becaria en su interior. Aún no había rastro del intruso.

—Es una portadora de imagen —comunicó Uriel—. Viene de otro punto de la matriz, el borde del mundo por el que resbala el océano. El sonido lo computa automáticamente el predictor de sucesos de Gea.

—¿Tiene la frecuencia de la anomalía que detectamos antes? —preguntó el coronel, lanzándose a correr hacia el cubo.

—Afirmativo. Es la misma portadora.

Maldiciendo, llegó hasta el límite de la singularidad. La becaria estaba absorta más allá de la niebla, aislada del exterior por un colchón etéreo. Parecía levitar, cabalgando los vientos de la distorsión. Lucien llamó a dos soldados, sacándolos de su estupor.

—¿Dónde estás, maldito? —explotó. La voz del domo pidió calma y se distorsionó. En ese momento, en un segundo de lucidez espontáneo, el coronel atisbo un parpadeo a pocos metros. Giró en redondo y contempló al hombre que se materializaba frente al cubo, a partir de la presencia computada de la voz descargándose desde sus espacios de memoria.

El coronel levantó el rifle sin desviar los ojos, mientras un civil trataba de agarrarle desesperado. El rifle encañonó automáticamente a Evan, ajustando el eje de disparo unos grados hacia su posición. Los dos hombres se sostuvieron un instante la mirada, sus movimientos sostenidos en un compás de espera. El rifle afinó la distancia y el arco, mientras Evan se dejaba caer hacia atrás, hacia el cubo.

Lucien presionó el gatillo.

El arco de interferencia se disparó con la máxima velocidad de procesamiento hacia Evan, inundando su volumen con perturbaciones y estática.

Pero al instante siguiente, Evan seguía allí, protegido por el campo de estabilidad del cubo.

El coronel abrió mucho los ojos, reaccionando con reflejos producto de años de entrenamiento, y se lanzó hacia el intruso, su rostro desencajado por la rabia.

No pudo llegar. Una riada de civiles con trajes manchados y corbatas desgarradas se abalanzó sobre él y sus soldados y los arrastraron lejos como una marea humana, hacia una barricada de Albañiles.

* * *

En el interior del cubo, en una dimensión dependiente, la mujer vestida con el mono azul se giró y vio entrar al hombre con la tranquilidad propia de los sueños. Era alto y fornido, vestido con un uniforme oscuro de una sola pieza. Al principio no le reconoció, pero luego emergió de su recuerdo vestido de etiqueta, de la gran fiesta del Instituto.

El observador.

Evan cogió la rosa que ella tenía en la mano y la deshizo, disparándola hacia el enlace LR que mantenía con el exterior a través de la conexión Alma. El ex-ninot se convirtió para ellos en un rayo de luz, disparado hacia el infinito huyendo de una estela de vivos colores.

Lejos de allí.

Evan miró a Fedra en silencio. En los ojos de ella había un destello de terror sazonado con algo de sincero agradecimiento. Evan comprendió entonces sus motivos, el porqué la hija de Delian Stragoss había recorrido un camino tan largo para ver de nuevo a su padre.

Rozando su campo de control de programas, se desconectó de la matriz, llevándose la señal de Fedra con él.

* * *

Los soldados irrumpieron en la habitación donde descansaba el cuerpo de Evan con una explosión sorda. Primero entraron los hologramas, señuelos proyectados desde veloces holovóders que flotaron hasta el centro del habitáculo y se abrieron en abanico. Luego penetraron los hombres; volaron hacia esquinas equidistantes con certera acrobacia y peinaron el recinto con sus haces de radar.

Los arietes escudaron con sus defensas a los tiradores, mientras éstos dejaban en libertad los automatismos de sus rifles para que eligieran blancos décimas de segundo más rápido que sus lentas percepciones humanas. Al final, todas las armas estaban apuntando al diván de estasis que reposaba en el centro de la habitación, frente a una mampara transparente que mostraba el exterior.

Estaba vacío.

—¿Dónde está? —preguntó el comandante de escuadra, cambiando a visión térmica. Evan se descolgó del techo convertido en una mancha fugaz en su visor.

Los movimientos fueron tan cortos y precisos que casi no hubo pelea. Un soldado ignoró una señal en su visor, mientras unos brazos aparecían momentáneamente frente a él y se aferraban alrededor de su arma. Los demás giraron sobre sus ejes de estabilidad, enfocando los automatismos de las miras en modo de seguimiento. Evan sacudió la cabeza del hombre con un ademán cegador haciendo que el cristal de su mascarilla se estrellase contra la pared opuesta.

El hombre se hizo eco de la fuerza de reacción cuando su rifle disparó, sin sonidos ni efectos apreciables. El arma creó un canal de aceleración de masas de una micra de diámetro en medio de la habitación y empujó a gran velocidad las partículas que flotaban en el ambiente, comprimiéndolas al extremo de su vector de tiro con una presión de varias toneladas por centímetro cuadrado.

Hubo una explosión. El comandante de escuadra sostuvo la orden de disparo un instante, mientras Evan se escudaba con el cuerpo del soldado y se apoyaba en él para usarlo como plataforma de impulso. Estirando las piernas con fuerza, salió de la habitación mientras su blanco, la mampara que los aislaba del vacío, se astillaba en mil pedazos. El cristal se combó hacia fuera y agrandó su fisura por la presión del aire saliente; los que pudieron buscaron asirse a algún elemento afianzado del mobiliario. El sargento gritó unas órdenes mientras algunos hombres se adelantaban a sus decisiones y abrían fuego.

Evan rebasó el umbral de la puerta arrastrando consigo al soldado que usaba de escudo, y se protegió tras su volumen cuando los vectores de presión de masas empezaron a horadar la pared. Los tiradores eran buenos, y en circunstancias normales habrían podido sortear la barrera que significaba el rehén y hacer blanco en zonas increíblemente pequeñas de su cuerpo. Pero en gravedad cero, con una fisura abierta al exterior por la que escapaba todo el aire, rotando sobre sí mismos y luchando contra el empuje inercial de sus armaduras, las posibilidades se reducían.

Evan dio un tirón del soldado hacia sí, buscando un disparo que impactara contra su peto blindado. Los dos fueron empujados hacia atrás con tal violencia que gimió al dar sus huesos contra la pared del pasillo. El soldado estaba vivo, pero sin aire en los pulmones. La computadora del traje se había vuelto loca, incapaz de distinguir los blancos aliados del enemigo, y movía desesperadamente el rifle de un lado a otro sobre sus servos. Evan agarró con fuerza el arma y la enfocó hacia el cuadro de mandos de la puerta.

El aire de la habitación ya se había vaciado, y ahora la atravesaba en tromba el volumen de gas del pasillo. Sintiendo cómo su peso y el del infante eran arrancados paulatinamente de la pared y proyectados hacia el agujero, disparó su pie contra el tablero y cerró las compuertas de golpe, sellando el dispositivo con una ráfaga que atravesó la terminal dejando una nube de chispas.

La presión del aire dejó de empujarle hacia el dintel. Evan recogió el rifle, arrancándolo de un tirón. Cogió la mascarilla de oxígeno autónoma del traje de su rehén y se la colocó en el rostro. Encontró un punto de apoyo en la pared y se catapultó en solitario hacia la salida del extremo del pasillo. No tuvo que cruzar muchas cubiertas antes de decidir hacer una pausa.

—Muy bien —resopló, apoyado contra una terminal en un nexo de rotación de la estructura—. Concéntrate. ¿Qué haces ahora?

El dolor escaló sus miembros quemando los centros nerviosos de su cerebro, ardiendo en deseos de recordarle que, a pesar de que su mente llevaba activa en el nivel virtual desde que había llegado, sus músculos habían permanecido dormidos, sumergidos en una solución proteínica que evitaba que la piel se resecase. Ahora se percataba de estar desnudo, embadurnado de un fluido gris cobalto apestoso, con las

marcas de los electrodos arrancados dejando diminutos rastros sangrantes en su pecho y bajo vientre.

Revisó el rifle EC: la batería estaba casi al máximo, lo que se traducía en otros veinte disparos antes de quedarse indefenso. La bocacha de cristal plano del cañón evaporaba aún el vaho residual de la última ráfaga.

Respiró hondo, centrando su mente. Ante él se abría una cruz de oscuros túneles reticulares, iluminados intermitentemente por fotovores de cristal sensible a las débiles presiones de aire que ocasionaba el movimiento. No podría moverse por los accesos sin activar mecanismos automáticos como la luz o los indicadores de ruta. Maldiciendo, activó la terminal del pasillo. A lo sumo, le restarían otros quince segundos antes de que los soldados lograsen salir de la trampa de vacío y comenzaran a rastrearle por los túneles. Habrían dado la alarma, lo que significaba que quien quiera que fuese el que le había tendido la trampa (¿Pero cómo demonios pudieron averiguarlo tan pronto?), cerraría todos los anexos, congelaría los sensores que abrían las esclusas de aire y dejaría sin suministro eléctrico la zona.

Se concentró. Unos koas zen supraconscientes pusieron un poco de orden en su desbarajuste hormonal. Lo primordial se impuso sobre lo preocupante en su cerebro. El quién y el porqué tendrían que esperar. Ahora lo importante era sobrevivir.

La terminal le saludó cordialmente y le mostró todas las salidas. Evan fue a coger su pequeño ordenador para saltarse los códigos de seguridad, y maldijo con furia. Lo había olvidado en la sala de estasis.

Habrá sido expulsado al espacio con el resto de los objetos durante la descompresión explosiva, caviló. Se atuvo a aquello de que disponía: no podía usar los pasillos comunes, ni abrir las compuertas de uso restringido sin su computadora... Pero si lograba hacerse con un traje de vacío, podría avanzar por el casco exterior hasta alguna de las plataformas holográficas, y tal vez alcanzar un puerto con alguna nave dispuesta a....

De repente, el nombre de Fedra le vino a la mente. Recordó lo que había sucedido en el biotopo del ninot. No podía irse sin ella; aún quedaban algunas preguntas a las que debía contestar.

Dejando encendida la terminal, buscó en ella una ruta alternativa, pidió al ordenador que fuera mostrando toda la información disponible y, de un salto, se catapultó en dirección contraria.

* * *

Lucien entró en la sala de control secándose aún los contactos de inducción de estasis. El jefe de operaciones Innokennti le dedicó una mirada de furia. El coronel le ignoró y se situó junto a la consola de Uriel Armagast. El táctico revisaba todos los

accesos de salida.

—¿Hay algo?

—Nada, señor —informó Uriel—. Tengo algunas esclusas abiertas y unas terminales de información trabajando en rutas de salida, pero puede que sea una trampa.

—Seguro que lo es —convino Lucien, arrojando la toalla manchada de gel proteínico—. ¡Joder!

—Coronel, esto le va a costar su carrera militar —vaticinó Innokennti, proyectando su sombra sobre él como un ave carroñera—. Pienso especificar en el consejo de guerra todas y cada una de sus decisiones, y hasta qué grado de responsabilidad...

—Silencio —ordenó el aludido, y había algo en su tranquila voz que acalló todos los murmullos de la sala. Luego se inclinó sobre Uriel, colocando una mano en su hombro—. Vamos, chico. Esmérate. Dame una pista —se volvió hacia el personal de la sala—. ¡Necesito una conexión!

—Va a tener que responder por esto, coronel —susurraba Innokennti, maliciosamente divertido—. Espero que se responsabilice voluntariamente por este fracaso, o tendré que acusarle ante el Tribunal Supremo por desacato y negligencia.

—No se preocupe, amigo mío —dijo Lucien, con sarcasmo—. Cada uno asumirá las consecuencias de sus actos en la medida justa.

—¿Qué quiere decir con...? —comenzó Innokennti. Uriel les interrumpió:

—¡Aquí hay algo!

Lucien se colocó sus anteojos virtuales y observó.

—Hay una fuga de presión secundaria, en el nivel 33-Gamma-7—C. El ordenador de intendencia informa que falta un traje de vacío del almacén anexo.

—¿Una fuga de aire? —El coronel navegó unos segundos por un laberinto de fría lógica—. ¿Dónde reposa el cuerpo de la señora Stragoss?

Uriel consultó el archivo.

—Es... en el mismo nivel, señor.

—Quiero una escuadra armada y provista de trajes de presión esperándome en el anexo treinta y tres —exigió Lucien mientras abandonaba la sala de control. Al pasar junto a Innokennti, le espetó—: En la medida justa, no lo olvide.

* * *

La becaria ya había despertado. Al abrir los ojos buscó nerviosamente a su alrededor, esperando encontrar al fantasma de pie, a su lado. Pero no había nadie, sólo una bandeja con un bizcocho mordisqueado.

Con pesadez, emergió de las profundidades de su diván, se secó con una toalla y

se enfundó en su mono de trabajo, una réplica exacta del que llevaba en el nivel Alma.

¿Qué demonios había hecho aquel hombre con el ninot? Recordó su nombre: Evan. Dijo que era un observador de la Marina, pero que no trabajaba para el grupo principal.

Claro que no, por Dios.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Abrió para despedir al enfermero, y encontró su propio rostro reflejado en la curva de un casco. El hombre entró sin que ella pudiera impedirlo, enfundado en un traje EVA acolchado, comprobando el pasillo.

Le hizo un gesto para que se tranquilizara. Fedra no podía apartar la vista del rifle que empuñaba con una mano. En la zurda llevaba otro traje de presión.

—Póngase esto —ordenó, arrojándoselo.

—¿Pero... qué es esto? ¿Quién es usted?—balbuceó la becaria. El hombre reactivó las funciones de animación suspendida del diván y lanzó a su interior el bizcocho de la bandeja. Fedra se alejó hasta ocupar una esquina del habitáculo y rozó con el dedo un campo de alerta, pero la alarma no sonó.

—Apresúrese. Nos están buscando.

—¿Quién nos busca? —gritó Fedra, exasperada, pero no se atrevió a desobedecerle. Un minuto después cerraba los enganches del traje a su espalda. Al mismo tiempo que el casco encajaba con un tímido click, Evan apuntó con el arma a la superficie vitrificada de la pared que daba al vacío del espacio.

—Por Dios bendito... —comenzó a decir Fedra. Lo siguiente fue un estallido sordo y un huracán que surgió de la nada.

* * *

Evan la condujo a través de los alveolos de metal que sostenían el edificio. Los trajes llevaban incorporado un pequeño suspensor gravítico que utilizaba la enorme masa de los andamios para generar una fuerza de reacción, lo que les permitía avanzar.

Sortearon juntos una telaraña de titanio quebrado que rotaba suavemente, expresando los gemidos regurgitados por los armónicos en leves vibraciones que cosquilleaban como la caricia de un niño. El efecto de marea de presión diferencial hacía que el andamiaje tolerase diferentes velocidades angulares en distintos puntos de su estructura. Un disipador inercial, una enorme grúa contrapesada cuyo brazo se curvaba como la garra de una bestia gigantesca, cambió de posición para contrarrestar calladamente una onda anormal de velocidad proveniente de una rejilla superior.

Evan guió a su protegida (secuestrada, pensó que sería el término más adecuado)

a través del brazo, usándolo como impulsor. Pronto dejaron atrás el andamiaje central y flotaron con elegancia en medio de la nada. Fedra, aterrorizada, se aferró a su torso con tal ímpetu que Evan temió por su equilibrio. Rezó para que no tuviera vértigo o que un repentino mareo la condujese a las náuseas, ya que los trajes no disponían de sistema de drenaje. Los dos se convirtieron en una mota de polvo que volaba a mucha distancia de ningún sitio.

Detrás quedaba la telaraña del conjunto central con sus dos torres gemelas. La enorme antena principal de conexión LR apareció detrás de una red de vigas de titanio, orientada con absoluta precisión a la lejana Hayama-Lindemberg. Una pequeña constelación de corpúsculos refulgió un instante contra las nieblas perennes del anillo del planeta cercano.

Evan trató de fijar la vista en aquellos lejanos objetos flotantes.

—Son las cosas de mi habitación —dijo—. Mis trajes. Mi computadora. En ella guardaba los programas de intrusión.

—¿A... a dónde diablos vamos? —preguntó la becaria, temblando.

—Hacia allí —señaló el soldado. Hacia ellos se acercaba velozmente una plataforma plana sobre la que se desarrollaba una fiesta de hologramas. Detrás, camuflada por varios hangares y los centelleos de propulsión de pequeñas cápsulas obrero, había una pista de aterrizaje, y una nave posada, la pinaza que el Instituto Anjou había fletado para uso del grupo pentaísta.

—¿Qué ha pasado con mi ninot? —explotó Fedra, sin poder aguantarlo más. No se percató del uso del posesivo.

—Lo he lanzado lejos, a un repetidor de la nube de Oort. De allí lo pescarán probablemente en la red de antenas del Suq, el zoco de los cambistas.

—¿Y, por Dios santo, por qué?

—Eso debería preguntártelo yo a ti —contraatacó Evan. Girando sobre sí mismo, frenó la caída con el repulsor del traje y aterrizó graciosamente sobre la plataforma, recogiendo a Fedra en sus brazos. Llevándola en volandas, corrió por el centro de la etérea celebración, atravesando a los invitados e ignorando sus perfectas composiciones de asombro.

—¿A mí? —La desesperación de la becaria rozaba el paroxismo.

—Vi lo que estabas haciendo cuando entraste en el biotopo fractal —explicó él, atravesando a un sultán de turbante acabado en una cola serpenteante, que reaccionó a su paso encabritándose como una serpiente. De un inocente codazo lanzó lejos el holovóder que lo proyectaba—. ¿Cuál fue el disparador mnémico? ¿Una palabra? ¿Un gesto? ¿Algo familiar para tu padre? Soy un verdadero imbécil por no haberme dado cuenta desde el principio.

—¿Qué es aquello? —Fedra señaló hacia una pista de despegue cercana, situada en otro bloque. El hombre clavó su vista en el estilizado contorno del San Juan, que

reposaba al límite de la zona de rotación. Los anclajes de pista se estaban retirando de su tren de aterrizaje.

—Es un incursor Evangelista —gruñó—. Si despegamos no tendremos ninguna posibilidad. ¡Vamos!

Empujándola hacia el vacío, saltaron de la plataforma y cayeron horizontalmente durante dos minutos hasta que sus pies se posaron en la pista. Fedra miraba alternativamente a su control de impulso y al rifle de Evan, pero no se atrevió a hacer ninguna maniobra arriesgada.

Yo soy una programadora, maldita sea, no una aventurera. No me pagan para esto.

Ante la impersonal mirada de los mozos de pista, cruzaron las marcaciones holográficas del perímetro y arribaron a la bahía de carga. Los operarios automáticos estaban estibando unas cajas en la bodega del aparato.

Evan subió a Fedra con una mano encima de uno de los robots, y, con una última mirada a la estación Damasco, lo siguió mientras embarcaba.

* * *

Iraida Móntez ocupaba el asiento del capitán en el puente del San Juan. Esperaba impaciente un informe del coronel Armagast que se obstinaba en no llegar.

A su lado, el alférez de Infantería Eduardo Santana mataba el tiempo comprobando el listado del material que habían subido a bordo. Ambos prestaron atención cuando la alarma de pista comenzó a sonar. La primera oficial ocupó el foso táctico y entró en el puente virtual. De repente apareció clonada en una simulación de la torre de control de tráfico de Damasco, frente a dos atareados controladores reticulados en malla verde.

—¿Por qué suena la alerta en el muelle? —inquirió Móntez. El simulacro abrió una ventana de datos y la enlazó con una cámara de seguridad. Una nave despegaba de una pista cercana.

—El Queen Ireland, una pequeña pinaza de transporte, está despegando sin autorización. No tiene previsto un vuelo hasta dentro de una hora.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con ellos?

—Sí, señor... señora —corrigió el nervioso joven—, pero no responden. No lo entiendo.

Móntez minimizó la ventana de contacto con la torre, dejándola activa, y ordenó zafarrancho. El incursor tardó menos tiempo en volver a la vida que sus tripulantes en ocupar sus asientos. Santana se le acercó, extrañado.

—¿Hay algún problema?

—Esa pinaza. ¿Tenemos conexión con el coronel? —preguntó. Una imagen de

Lucien tomó consistencia de inmediato a su izquierda, a la altura de los ojos. El encuadre sugería movimiento.

—Informe.

—Tenemos un problema en la pista, coronel. Alguien está haciendo despegar una pinaza sin autorización.

La resolución del holograma era baja y funcional, pero aún así la mujer pudo percibir el despertar de una sonrisa en el rostro de su superior.

* * *

Evan observó al incursor calentar motores y despegar mientras él aún cotejaba las rutas almacenadas en la memoria de vuelo. Asustada, Fedra se movía inquieta en el asiento del copiloto. Pese a que el tamaño de la pinaza bastaba para albergar en su panza una treintena de pasajeros, la cabina de mando parecía la de un pequeño saltador biplaza.

La radio seguía cerrada, con docenas de avisos de la torre y de otros buques salientes en espera. Encima de ellos y a estribor, un carguero anillo de seis locomotoras se separaba de su catapulta de aceleración y avanzaba en una trayectoria peligrosamente cercana. Delante, las válvulas que daban salida al pasillo de libre circulación permanecían cerradas.

Los nudillos de Evan se tornaron blanquecinos bajo la presión con que aferraba los mandos.

—Por ahí no podemos salir —decidió, tanteando la consola con la zurda y activando las funciones de cartografía. Comenzó a dibujarse un plano flotante de los obstáculos que rodeaban a la nave, a medida que el radar de resonancia óptica los iba encontrando en su camino. Era un laberinto de vigas, soportes y andamios cruzados, una telaraña para naves estelares de un kilómetro de grosor.

En la pantalla, el incursor maniobraba con intención de colocarse a su popa.

—Escucha —imploró la joven—. Esto es una locura. No vas a poder acceder al pasillo de salida.

—Cállate. Yo soy tu única oportunidad para volver a ver al ninot... o a lo que demonios sea ahora. Pero necesito tu colaboración. Sé muy bien que tú también estabas planeando sacarlo —los ojos del hombre se entornaron—. Decide ya.

Fedra apartó la vista, aplacando su fogosidad bajo la contundencia de su mirada. Evan giró unos grados el rumbo, dirigiendo la proa al sistema de andamiaje. La programadora se tensó en el asiento, pero refrenó la lengua ante la expresión de intensa concentración del piloto.

—No podemos escapar de ellos —reflexionó Evan—. Su nave es demasiado rápida y ágil. Y no podemos solicitar una proyección mnémica. —Se humedeció los

labios, contrariado.

—Pero tenemos una ventaja —resolvió tras una pausa. La nave de guerra se había situado en su misma trayectoria, moviéndose con una elegancia innatural, como un cazador ejecutando una complicada pieza de baile con su presa—. Eso es un incursor, no somos rival para él en ningún aspecto. Pero esta pinaza tiene menos eslora. Con un poco de suerte, podremos alcanzar una zona de aceleración atravesando esa malla de ahí. —Señaló la pared de vigas de titanio que se les venía encima. Fedra reaccionó, clavando las uñas en el asiento.

—¡Pero no vamos en la dirección del pasillo!

—No me refería al pasillo —acotó el piloto, transfiriendo potencia a los impulsores.

* * *

—Persígales, Móntez —ordenó la mueca pixelada del coronel Armagast—. Pase lo que pase, no les deje escapar. Los quiero vivos.

Iraida asintió. Alzando levemente una mano, corrigió la trayectoria del incursor y aumentó la aceleración. La pequeña nave enemiga parecía navegar sin control, escorando peligrosamente hacia una pared de soportes y andamios.

Tras la malla se abría un fiordo despejado entre dos prolongaciones de la estación, los edificios residenciales para visitantes físicos. De él surgía un angosto túnel excavado en la pura perspectiva isométrica del andamiaje, por el que la nave podría acelerar hasta entrar en un Hipervínculo menor. Aunque le costase admitirlo, existía una posibilidad, increíblemente remota, de que el plan de su oponente tuviera éxito.

Si ella no hacía nada para evitarlo.

—Artillero, prepare los cañones Hd.

Los hombres del puente se volvieron hacia ella, en espera de una confirmación. Móntez continuó, implacable:

—Fijen los haces en los enclaves inerciales. Quiero que toda la maldita construcción caiga sobre él como una red.

Un segundo después, el ordenador esperaba su orden para disparar.

* * *

—Lo estamos consiguiendo —aventuró Evan, y un destello de satisfacción nació en la comisura de sus labios.

La pinaza surcaba lentamente el angosto espacio intersticial, bordeando por un escaso margen las redes de alambre y los compensadores de fuerza de marea. El sensor de proximidad acotaba menos de cincuenta metros, gimiendo nervioso ante

cada arista sobresaliente.

La rotación de la estructura hacía más difícil la tarea, aumentando las probabilidades de colisionar, hasta que Evan descubrió que si simplemente se dejaba llevar por entre los huecos, tarde o temprano la propia estructura giraría lo suficiente como para dejarlos fuera.

—Prepárate —advirtió, encarando el estrecho valle que se abrió de repente entre dos delgadas arterias de metal—. Vamos a... ¿qué ocurre?

Sintió el crujir de las articulaciones del enorme monstruo. El valle se cerró, aplastado bajo el peso de la masa de titanio al combarse hacia dentro por efecto de su propia rotación.

Fedra elevó la vista, observando con terror cómo finos haces de rayos se hacían parcialmente visibles al cortar los radios que sostenían las enormes vigas. Éstas no se partían, sino que perdían toda consistencia y se derretían como la cera a su contacto.

—Hadrones —exclamó Evan, muy pálido—. Están deshaciendo los puntos de tensión.

—Estamos perdidos —sollozó Fedra. Su compañero dejó de respirar por unos instantes, y se giró hacia ella. Un destello lejano e indeterminado iluminaba sus pupilas:

—Aún no. Confía en mí.

Sus dedos danzaron en la consola, introduciendo órdenes complejas. La antena de transmisiones pivotó sobre su eje, abandonando el enlace con la torre y apuntando a un lugar impreciso en el vacío. Un látigo de metal se despegó de un racimo de cuerdas cercano y fustegó el casco de la pinaza con un golpe seco, seguido de una terrible vibración. Fedra gritó.

Evan aumentó la velocidad, embistiendo contra la pared de vigas y soportes. La proa del navío se deformó como un escudo de papel, llevándose consigo un pedazo de la telaraña reblandecido por los haces Hd.

Siguiendo la trayectoria de uno de estos, lograron salir de la madeja con un estampido y un marcado cabeceo hacia babor.

Libre de nuevo, la pinaza comenzó a ganar velocidad. Fedra volvió a gritar, esta vez de alivio, pero calló ante la enconada expresión de Evan.

—Muy bien —dijo éste, colocándose los anteojos virtuales del piloto—. Ahora agárrate fuerte.

La división de la computadora que controlaba la antena mostró un contacto nuevo. Ésta parecía apuntar hacia el vacío, justo en la zona a través de la cual los dos habían flotado en caída libre minutos antes. Fedra sacudió la cabeza, sin entender. Entonces, el sol destelló de nuevo en unos objetos abandonados, lanzados libremente al espacio.

Los recordó. Los había visto durante el paseo espacial; su captor los había

identificado como los objetos que habían salido despedidos de su habitación.

La nave realizó un giro muy brusco. La becaria temió por la integridad del casco. Sin embargo, por la expresión de su acompañante, todo parecía ir bien. Tenía los anteojos colocados como un parche de metal, cubriéndole un solo ojo. Con el otro, desatado en furibundos espasmos REM, vigilaba el espacio real. Sus manos de vez en cuando ejecutaban maniobras complejas en los controles, haciendo derivar la nave, como esquivando obstáculos que no estaban ahí... ¿o sí estaban? Fedra dudó, cazando un atisbo de su plan.

—Computadora, abre un enlace de comunicaciones con el incursor. Comprime la señal que entra por el canal principal y descárgala a mi orden —instruyó Evan, humedeciendo sus labios resecos—. Ahora vamos a comprobar si se puede o no negociar con Dios.

* * *

—Tratan de abrir un enlace de comunicaciones —anunció el táctico. Móntez alzó un brazo rozando el holograma de batalla. Todos los cañones de partículas fijaron su blanco en la pequeña pinaza, que se obstinaba en ejecutar incomprensibles maniobras de esquivo, inútiles contra sus predictores de puntería.

Tal vez había sobreestimado a su oponente. Tal vez sí estaba loco. Comunicó a Lucien la noticia, y éste asintió.

—Quiero hablar con él —ordenó—. Enlaza y amplifica mi señal.

Al momento, Lucien estuvo flotando en un limbo virtual opaco, sin referencias, con la imagen de Evan delante. De éste sólo aparecía la mitad sesgada del rostro.

Ambos hombres se estudiaron con detenimiento, más pausadamente que en su encuentro anterior, disfrutando marcialmente en un delicado equilibrio de poderes. Lucien fue el primero en romper el silencio:

—Es un honor conocerle.

—No le entiendo —dijo el aludido.

—Pocos hombres tendrían la osadía de aceptar una misión tan ardua como ésta, y menos aún poseerían el talento para salir con vida, triunfantes.

Evan asintió, agradeciendo el cumplido.

—Eso aún está por ver.

Lucien sonrió. Sus dedos descansaban a un palmo de su cintura, congelados en una instrucción secreta. Un movimiento de esos dedos y la nave de Evan y absolutamente todo lo que la rodeaba se convertirían en residuos nucleares.

—¿Puedo hacerle una última petición? —inquirió el Guerrero Espiritu.

Lucien accedió reluciente.

—Adelante.

—Si escapo, cierre los ojos y cuente hasta cien antes de perseguirme.

El coronel soltó una sincera carcajada.

—De acuerdo —convino, y alzó los dedos con determinación.

* * *

—¡Suéltalo! —gritó Evan. El ordenador hizo de repetidor de la señal que entraba por la antena y bombardeó con sus datos al receptor del incursor.

Este no demostró verse afectado al principio, cuando, de repente, algo invisible pareció golpearle por un costado con violencia, desviando sus haces de rayos hacia la nada.

—¿Qué pasa?: —preguntó Fedra, el corazón a punto de saltar de su pecho. Evan aceleró al máximo y disparó la cuenta regresiva hacia el Hipervínculo.

—Física elemental —explicó—. Dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo.

La becaria iba a protestar, cuando la solución atravesó su mente como un relámpago de gloria: el pequeño objeto que había escapado de la habitación de Evan, su computadora. Varada en el espacio pero aún operativa, suministrando al ordenador de vuelo, y por reflejo al de sus perseguidores, de las fintas y efectismos digitales necesarios para confundir al generador de la matriz virtual.

Realmente, Evan había estado ayudando a la pinaza a esquivar obstáculos procedentes de la singular orografía de Damasco que, pese a no estar allí, eran muy reales para la computadora de vuelo.

Evan se deshizo de los anteojos, mostrando la imagen en pantalla. Para la mente de la nave, acababan de sortear por escasas decenas de metros una montaña, la misma que había sorprendido a Evan a su llegada al planeta. Por desgracia, el ordenador del incursor había recibido los datos que comunicaban la presencia de la ingente masa de granito digital un segundo tarde. En un acto reflejo de la nave, sus impulsores de maniobra se encendieron a máxima potencia, tratando de evitar la colisión.

* * *

El efecto fue como si de verdad hubieran colisionado contra una montaña. Los compensadores inerciales no pudieron actuar a tiempo, y una onda de choque cruzó violentamente toda la estructura.

La imagen de Lucien desapareció con un chasquido del foso táctico, al tiempo que la primera oficial Móntez era lanzada por el aire y se estrellaba contra la consola del artillero. Los sillones ocupados hasta hacía un momento por los sorprendidos tripulantes giraban frenéticamente sobre sus ejes, mientras los hombres rodaban por

el suelo o chocaban dolorosamente contra los paneles.

Móntez logró ponerse en pie. Un reguero de sangre muy roja manaba de su frente, goteando sobre su traje y manchando sus ojos. Ladró algunas órdenes al ordenador mientras comprobaba el estado de sus hombres. Algunos no se movían, o yacían recogidos en posición fetal retorciéndose de dolor. Maldiciendo, llamó a gritos a la computadora, que seguía sin responder. El aparato escoraba peligrosamente, a escasos segundos de impactar contra la malla de sostén de Damasco.

—¡Quiero un informe de daños! —gritó, comenzando a somatizar la helada e inexplicable sugerencia de la derrota—. ¡Que alguien compruebe el estado de los hombres en los camarotes!

La compuerta de acceso al puente se abrió. El alférez Eduardo Santana, veterano oficial de Infantería con experiencia en decenas de batallas al lado de Lucien y sus oficiales, se desplomó más que entró, golpeando la mampara con la cabeza. Boqueaba como un pez asfixiado, su boca abriéndose púrpura y cerrándose rosada como una herida suplicante. Una esquirla de metal barnizada de sangre surgía de un profundo corte en su pecho.

Aunque su mente se negaba a rendirse, su cuerpo ya sabía que había muerto.

* * *

Evan logró exhalar todo el espeso aire acumulado en sus pulmones con sonora satisfacción. En la tranquilidad del Hipervínculo, en la paz que confería el entumecimiento de sus sentidos, cada segundo era testigo del anterior: estaban vivos.

Fedra vomitó a un lado, manchando parte de su asiento. Una vez dejaron de escuchar los tambores que tocaban en sus corazones, se miraron el uno al otro.

—¿Y ahora? —preguntó ella, con cierta asepsia en la voz.

Evan tomó aire ruidosamente.

—El vínculo no es una proyección. El viaje hasta el Suq durará catorce horas estándar.

—¿Tiempo real o de la nave?

—De la nave. Serán unas tres semanas en la progresión normal.

—¿Y qué haremos cuando lleguemos allí?

El piloto tardó en contestar. Unos números brillaron como el fuego tras los anteojos.

—Recuperaremos a tu padre —decidió, e introdujo las coordenadas de salida en la memoria de la nave.

Capítulo 9

Moriani: Vamos a abrir nuestra mente.

Vamos a escuchar al espíritu de lo material, al agresivo lapso de claridad que conforma nuestro entendimiento; a convertirnos voluntariamente en apátridas de la materia, tan sólo potencial, reconocimiento y éxtasis epistemológico. Tan sólo sensación, relación, exploración, convergencia.

Todas: ¿Entendéis qué quiero decir?

Escuchamos y entendemos. Loado sea el libro que se escribe sobre el fuego. Loadas las poesías que navegan tatuadas en el agua.

Moriani: Que el salmo de los venideros nos reconforte y alimente estas ansias de conocer, esta pasión disociada de la inmediatez de la fisicidad de lo concreto. ¿Esperáis ver más allá de lo transcrito?

Todas: Lo transcrito es ley, lo imaginado es forma. La forma pensamiento y las conclusiones paradigmas. El cántico de la verdad resonará en las bóvedas de los salones de la memoria, rasgará el velo de bruma con el tañir de las cuerdas de la lógica. Sea este el momento en el que aprendo. El momento en el que olvido.

(Las comadronas tocan el suelo con la frente, el jugo de la vida saliendo expulsado de sus bocas suplicantes. Las piedras de kolsys se iluminan con la pulsión de los anatemáticos. La Madre Regidora derrama una gota de su sangre en el vientre desnudo de una ninfa)

Moriani: Sea este el momento en el que aprendo, la verdad una hierofanía de la pureza de los espejismos. Con este salmo entro en los secretos de la carne, en las penumbras de la ignorancia. Dame fuerzas para andar, oh pasión del espíritu, oh parca del destino; enséñame a buscar la luz entre la bruma.

(La Madre eleva la vista y algo invisible se refleja en su conciencia. Orando en soledad sus endecasílabos, ve llegar el espíritu, el ente que es todo probabilidad y herética: el Id. Lo sigue vigilante, analizando sus movimientos, sus motivaciones. Es joven, virgen tal vez, en busca de su primera comunión con una mente humana. El Id flota hasta hallar el único recinto virgen, maravillosamente desocupado, que aparece en su camino, y se desliza hacia él como una silenciosa lechuza en la noche)

Moriani: Sea este el momento en el que olvido. El momento en el que olvido...

EL DIABLO Y EL SEÑOR T

La noche en que el Diablo fue a visitar al anciano Silus, éste descansaba plácidamente en su habitación del hospital.

El hombre le vio llegar como un montón de palomas posándose en su ventana, cantando a coro una canción que alababa las virtudes de la mañana. Era algo muy hermoso. Y terrible, Silus jamás volvería a ver amaneceres como aquellos.

Las palomas se bajaron del alféizar y preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Alan Tell. Pero ya nadie me conoce por ese nombre.

—¿Y cómo te llamas ahora?

—Silus.

—¿Qué significa? —cacarearon las etéreas palomas.

—Es... era, una antigua marca de coches de carreras. Sil/ eus. El placer de manejar aquellos viejos trastos. Estaban hechos en la Tierra.

—¿Eran bonitos?

Silus asintió.

—Mucho.

El Diablo hizo desaparecer las palomas y se le presentó como un grupo de personas, todas elegantes y contemplándole apesadumbradas.

—Mírate —dijeron—. Estás hecho un desastre. ¿Sabes lo que está pasando ahora en las cabezas de la gente?

El viejo negó suavemente con la cabeza. No sabía quién era aquél que le hablaba desde tantos rostros, pero le producía una sensación de desconfianza.

—¿Quién eres tú, que lo preguntas de esa manera?

Los hombres rieron.

—Todos —dijo el Diablo—. Todos vosotros, de mil maneras diferentes.

Silus no lo entendió, pero levantó sus defensas.

—¿Y qué quieres de mí?

—Te necesitamos Sil/ eus. Necesitamos tu mente, las infinitas posibilidades de tu experiencia. Lo que nos puedes enseñar.

Silus frunce el ceño.

—¿Y para qué? Esos recuerdos son míos.

—(Risas contenidas) Son tuyos, son de todos. Escucha lo que te propongo: existe algo llamado la Ciudad. Es el conjunto de las mentes de todos los seres humanos, interconectadas, explorando nuevas rutas, descubriendo lugares inhóspitos dentro del Metacampo. ¿Es que no te atrae? ¿No quieres formar parte de la textura de lo que vendrá?

Silus meditó en silencio unos momentos, y luego negó vehementemente:

—No.

El Diablo resopló, sentándose a los pies de la cama.

—Sil/ eus. Te estás muriendo.

—Lo sé.

—¿Sabes cuánto hay de tu vida que vas a perder, cuántas batallas y conocimientos ganados se van a diluir en la nada cuando te hayas ido?

—Menos de lo que deberían, supongo.

—Únete a la Ciudad. Ven con nosotros. Te trataremos bien. Fíjate en todo lo que

lograrás arrebatarle al olvido.

Y durante el lapso de una vida, el anciano vuelve a nacer, vuelve a ser joven, y es obligado a contemplar desde el principio todos y cada uno de sus actos, de sus pensamientos, de sus decisiones. Se ve de niño, se acompaña durante la pubertad, sufre cuando muere su madre, sufriendo de nuevo todos los recuerdos de su vida.

Y, al acabar, aún está allí, sobreviviendo. Con lágrimas en los ojos.

—¿Qué... qué es todo esto? —balbucea, pero el Diablo no le escucha.

—¿Lo has visto? Eso eres tú Alan T. El hombre y la carretera bajo los pies. La mirada en el horizonte y el corazón preso de un sueño. No hay paraísos para los que huyen eternamente, Alan.

—Yo no me llamo así.

—Esa es la verdad. La única verdad. Morir es olvidar, malgastar energía, ejecutar un cambio irreversible. Olvidar es lanzar al abismo todas las experiencias de la vida. Y necesitamos esa experiencia, Alan. Es tan vital como el aire que respiras, como la gravedad que mantiene tus huesos asidos a la tierra. En ella puede estar la Gran Respuesta.

—¿Qué respuesta es esa que buscas?

—Trata de encontrarla por ti mismo:

Y de nuevo Silus viaja por toda su vida, pero esta vez viendo las cosas como podrían haber sido y no fueron: su trabajo de contable, el matrimonio con Ana, el nacimiento de su primer hijo, su sordera prematura a la edad de cincuenta años, el sufrimiento de su esposa por la muerte de su primogénito en un accidente durante unas maniobras. Él siempre quiso ser aviador...

Silus llora, su pobre corazón está a punto de explotar. Segundo a segundo vive su otra vida, y en todo momento, en cada terrible instante de claridad, sabe que es mentira, que Ana nunca le quiso.

Y comprende los motivos del otro.

—¿Qué me dices, Silus? —grita el Diablo, tentándole con siete promesas de vidas diferentes, con alegorías de mundos imposibles, con zarzas de fuego, con un pasado en el que ella sí le amó, con un lugar en las estrellas—. Te necesitamos, Silus. Todos te necesitan. Ahora puedes empezar a sentir la juventud de nuevo, a soñar y descansar en los brazos de la mujer que siempre has amado. Ana ¡Ana! ¿Qué puede haber mejor que eso?

El anciano medita, sollozando, el corazón compungido como si lo atenazara una garra de hielo, y piensa en la culpa. En lo que nunca fue.

Y, lentamente, contesta:

—La verdad.

* * *

El Id sale de la cabeza del anciano como un banco de peces huyendo de una carnaza envenenada.

Le mira con desprecio, flotando en alguna parte entre la ensoñación y la realidad, y abandona con presteza la habitación en busca de otro ser humano capaz de acogerle.

Silus le vio marchar, por supuesto. Tal vez lo soñó, y por primera vez en su vida se sintió pleno, satisfecho... totalmente feliz. Tras toda una vida de luchar por su propia individualidad, casi sin fuerzas siquiera para seguir respirando, se había enfrentado al mundo, y había ganado.

Entonces vio a la mujer, de pie junto a su cama. Observándole en silencio. No la reconoció, pero le dedicó una amplia sonrisa de satisfacción enraizada en la larga lid de su vida, al fin concluida.

Antes de que la mujer desconectara la máquina, el anciano ya supo que iba a morir. Pero no le importó. No, después de tan largo viaje.

* * *

Moriani: Esta es la moraleja, hijas mías. El camino hacia la transformación que todas las criaturas inteligentes están destinadas a realizar pasa por la constancia, por la férrea creencia en los principios. Bienaventurado sea el que disfrute de una mente firme y capaz de encontrar su propio camino, porque él perdurará por encima de todas las vicisitudes... y de todos los sacrificios.

(Los ritos concluyen. La Madre Moriani entra en la habitación donde descansa Silus y le contempla en silencio unos segundos. El hombre despierta cubierto de sudor, con la pátina de una victoria final y definitiva iluminando sus ojos cansados. Moriani se acerca a él y, tras acariciar con ternura una frente erosionada por toda una vida de duro progresar por encima de las adversidades, desconecta la máquina que mantiene latiendo su corazón. No siente turbación alguna. Tal vez un poco de distante amargura por la descorazonadora indiferencia que la vida muestra calladamente ante sus pérdidas. Mientras, el cuerpo del anciano se paraliza y su alma, o lo que fuera que guardara en el corazón hasta el final, vuela lejos y susurra al abandonarle).

—El deoEmperador ha muerto. ¡Larga vida al deoEmperador!

Antes de que el informador de la Cámara de Gobierno hubiera rematado tan simple frase, ésta ya era conocida en cien mundos. Viajaba a velocidades cuánticas hacia los repetidores LR, se degradaba en mil matices y consecuencias. Era escuchada por toda la Humanidad.

Fue el nombre del Arconte fallecido lo que cribó los intereses de los espectadores. Hans Gruendal, segundo archipatriarca de la Casa de Tybani, había cesado su actividad vital a las cuatro horas veintitrés minutos de la madrugada, hora del Palacio

Residencial en Delos, dejando vacante una de las esquinas del cuarteto Convolutivo.

El resto de los integrantes del Emperador aún no se habían pronunciado públicamente al respecto. Gruendal, con ciento treinta y dos años, sería preservado y su mente explorada para evitar que el paso del tiempo hiciera mella en su potencial genético. Sus pensamientos permanecerían esculpidos en placas de oro en la Gran Biblioteca, pero nada podía hacerse ya para traer de vuelta al hombre.

Los ecos del temor hacia el aislacionismo se volvieron poderosos, con capacidad de presión sobre todas las decisiones. Atravesaron los salones de las Logias, arrancaron susurros y conjeturas en pasillos llenos del sedoso rumor de las sotanas y el narcotizante aroma de los incensarios, cambiaron de polaridad millones de bits en las bibliotecas de las cofradías secretas y en las esferas de datos que flotaban entre los mundos. Y, como un acto condicionado, como el que hacía salivar a los animales ante el sonido repentino de una campanilla, en boca de todos los entendidos se generó espontáneamente la misma pregunta:

—¿Y ahora, qué?

* * *

—¡Me importa un bledo!

Inka, la Recitadora del Códice, cruzó las manos y adoptó una pose de sutil resignación, observando cómo la joven aspirante al trono destruía otro jarrón valorado en millones de blasones de entre los que decoraban su suite.

—Ese era de la dinastía Ming —observó.

Sandra se encaró con ella, dedicándole una mueca de absoluto desprecio.

—Pues recompón los pedazos.

—Existe una ley de la termodinámica que impide que la entropía pueda deshacerse sin un gasto energético —expresó Inka, en tono puntilloso—. Esa pieza ya nunca será igual que cuando formaba un todo esculpido por las manos del artista.

—No me hables de cambios irreversibles —dijo la muchacha, mirando con calculado odio a otra pieza de porcelana—.

Ni te atrevas a hacerlo. Yo sé todo lo que hay que saber sobre cambios irreversibles.

Otro estampido sordo y un claqueteo de piezas bailando sobre las baldosas dieron buena cuenta de una bandeja de arte chino post-terráqueo. Inka notó que la niña lucía en torno al cuello la única prenda que había logrado conservar de su planeta, un semitransparente tul de seda azul celeste, con tonos algo desvaídos en las puntas. Utilizando carmín, había añadido a la escala cromática las dos pinceladas de rojo que completaban la bandera de su tierra.

—Deberíais comportaros más comedidamente —sugirió—. Una reina no

utilizaría nunca esa clase de... lenguaje tan soez.

—Yo no soy una reina. Sólo una jodida campesina. ¿Quieres ver cómo son mis modales de cabra?

—Dama Alejandra, lamento profundamente la muerte de vuestro abuelo, pero ahora tenemos que ocuparnos de asuntos más importantes.

Sandra se giró hacia ella, acercándose varios pasos. Por un instante, Inka pensó que iba a golpearla.

—¿Asuntos más importantes? —Parecía un tigre a punto de saltar sobre su presa. El rímel de sus ojos se había licuado en pequeños afluentes alrededor de las lágrimas que bajaban por sus mejillas—. Escúchame bien, esclava sin corazón: no me importa en absoluto que se os joda todo el Imperio, que os quedéis sin Emperadores o Arcontes o lo que sea. Acaba de morir la persona más importante que había en este mundo, y vosotros no os dais ni cuenta de lo que pasa.

Luego se alejó, desapareciendo tras los biombos de su guardarropa. Inka suspiró.

—Dama Alejandra...

Su voz sorteó los paneles hueca y despreciativa.

—A la mierda.

—Dama Alejandra, no podéis dar la espalda a toda vuestra gente. Y menos ahora que se acerca el momento de la transfiguración de tantas cosas, de los cambios que habíamos venido anticipando.

Sandra asomó la cabeza tras los paneles al cabo de unos segundos. Ya no tenía pintura en la cara, sólo agua y jabón.

—¿Qué quieres decir?

—Habéis dado positivo en los tests primarios —anunció Inka. La aspirante hizo lo que pudo por no inmutarse, pero la Recitadora captó a la perfección docenas de pequeñas señales que delataron una involuntaria excitación—. Los analistas aún no se explican la naturaleza de vuestra... facultad, pero han considerado unánimemente que sois válida para realizar la Convolución.

Sandra permaneció unos instantes callada, sin mover un músculo. Luego afiló la mirada, buscando un comentario sarcástico que corolara y destruyera la trascendental revelación, pero se abrió la puerta y entró la Madre Moriani.

Sandra salió de detrás del biombo y se lanzó llorando a sus brazos. Elizabetha cruzó un guiño de complicidad con Inka y ésta se despidió en silencio, abandonando la estancia. La niña sollozaba con el rostro enterrado en la túnica teñida con el verde ocre de los últimos rayos del sol.

La Madre tomó asiento, aplacando la efusividad de la joven con una palmada en su espalda. Era consciente del detalle de la bandera.

—¿Cómo estás? —preguntó con dulzura. Sandra se limpió la nariz con el dorso de la manga.

—Mal —dijo, y su expresión hizo reír a la Madre—. ¿Es gracioso?

Moriani la miró con algo de distanciamiento, adoptando el mayestático:

—A veces os mostráis tan adulta que olvido la edad que realmente tenéis.

—Acabo de cumplir los quince.

—Catorce.

—¿Perdón?

—Habéis cumplido los quince según el calendario de vuestro planeta natal, pero no debéis olvidar que ahora estamos en Delos, y su año es un poco más largo. Todavía os faltan tres semanas para cumplir aquí los quince... hablando en términos absolutos, claro.

Sandra hipó.

—Vaya. Pues voy a tener que devolver los regalos.

Elizabetha arrugó la frente.

—¿En Reunión todavía se mantiene la costumbre de regalar obsequios cuando alguien alcanza su aniversario?

—Claro —afirmó Sandra, extrañada—. ¿Aquí no?

Moriani sonrió. La joven pilló la broma y se sintió un poco estúpida, aunque agradecida por la momentánea relajación en la tensión que había soportado desde que le comunicaron la muerte de Silus. El Servicio de Seguridad y los vigilantes del Hospital aún no se explicaban cómo podían haber fallado las máquinas, no habían sido capaces de darle una excusa que otorgara un mínimo de coherencia a la traición de toda aquella fantástica tecnología.

—No lo lleváis muy bien, ¿no es cierto?

—Mi abuelo acaba de morir. ¿Qué se puede decir a eso?

—A veces no se puede decir nada, Alejandra. Muchos se escudan en la creencia de que Dios decide llevarse a las personas cuando éstas han cumplido lo que venían a hacer a este mundo. A veces esa es la única explicación posible que puede rescatar a las personas simples de la desesperación.

—¿Pero qué había hecho él que mereciera la pena acabar con su vida? ¿Qué motivos tuvo Dios para decidir por él con tanta impunidad? —restalló la joven, volviendo a incendiar levemente su ánimo—. ¿Quién se cree que...?

Calló, consciente de la incongruencia de lo que estaba diciendo. Moriani retomó la frase:

—¿... que es para hacerlo? —sonrió—. Esa es una cuestión demasiado compleja para intentar explicarla si no es desde el prisma de la fe. Y bien saben nuestras cronistas y recitadoras de los códigos sagrados que lo hemos intentado...

—¿Vos tampoco tenéis dios? —preguntó Sandra. La Madre sacudió la cabeza.

—Yo creo en la realización personal de cada cual, Alejandra. En la misión que cada uno nos imponemos como meta fundamental a medida que avanzamos en la

carrera de la vida. Creo sinceramente, y esto es una verdad irrefutable, que la magia que nos permite llamarnos seres humanos estriba en nuestra capacidad de alcanzar nuestras aspiraciones vitales por encima de todo lo demás: de las trabas del mundo, de los conflictos, de nuestras dudas e inseguridades... De todo lo que nos hace vulnerables.

—¿Y vos creéis que mi abuelo ya había alcanzado esas aspiraciones? ¿Qué ya había dicho todo lo que tenía que decir?

—Yo creo que vuestro abuelo, si era tal y como vos me lo habéis descrito, llegó a alcanzar la sabiduría necesaria en vida para formularse estas mismas cuestiones. Tal vez la suficiente para contestarlas.

Sandra bajó la vista. Decidió no volver a contener nunca más sus emociones. Las dejó fluir en silencio, introspectivamente. Moriani se levantó y, pisando sin fuerza para no molestar, fue hacia la puerta. Sandra la detuvo un segundo antes de que abandonara la sala:

—¿Vos me ayudaréis a alcanzar mis aspiraciones, antes de que alguien decida por mí?

La Madre clavó en ella el avellana de sus pupilas.

—Os aseguro que haré todo, absolutamente todo lo que esté en mi mano —prometió—, para que cumpláis con vuestras aspiraciones vitales, Alejandra. Tenéis mi palabra.

* * *

Es tiempo de funerales.

El coronel Lucien Armagast se desabrochó un botón de la guerrera azul en un contenido arrebatado de rebeldía. Llovía intensamente, y las gotas traían del cielo un penetrante hedor a azafrán sucio, podrido de metales y residuos. Era el olor del cielo aquella tarde, sobre el cementerio.

La compañía de fusileros desató un trueno sincrónico y giraron a la vez sobre sus botas nacaradas. La bandera que cubría el ataúd desapareció bajo varias paletadas de arena, ocultando para siempre lo que había sido el alférez Eduardo Santana.

—¿Qué quieres decir?

Lucien levantó la vista hacia la teniente Iraida Móntez. Por primera vez la veía luciendo falda y zapatos de tacón. La pálida luz del sol atravesaba en granizadas el plástico translúcido de su paraguas, moteando sus mejillas con las sombras de la lluvia. Ahora era una mujer, no un oficial de la Marina.

—¿Perdón?

—Has pensado «es tiempo de funerales», alto y claro. Te he escuchado a pesar de la distracción —aclaró ella, haciendo extensiva la protección del paraguas a su

superior.

—Discúlpame, es que estaba pensando en mi mujer.

—Ah...

—Se fue a vivir a la Tierra hace un año. Me vino a la cabeza lo de los funerales porque hace muy poco que enterré nuestra alianza en el jardín —el coronel bajó la vista hacia el agujero que albergaba a su amigo—. Pero la lluvia se lo llevó mientras yo estaba fuera.

—Lo siento...

—No es nada.

Lucien sacó de su bolsillo y lanzó a la tumba una vieja insignia, que cayó con un plop bastante poco solemne sobre la gravilla.

—Esa fue mi primera medalla. Me ascendieron a cabo durante una misión de intendencia en unas maniobras. Alguien de infantería se había dejado un hornillo encendido dentro de su mochila y se estaba prendiendo fuego cuando Eduardo y yo lo encontramos. Lo sacamos de allí como pudimos. ¡El muy cabrón debía pesar más de cien kilos!

Móntez se dio cuenta de que Lucien tenía la gorra sujeta en posición de descanso, en el antebrazo. La lluvia había caído con empeño sobre su rostro y lo volvía reluciente como el cristal. Probablemente quiere ocultar las lágrimas, pensó.

—¿Desde hacía tanto tiempo se conocían?

—Bueno, nos separamos en la escuela superior. Intenté convencerle para que me siguiera a la Academia Naval de pilotos, pero él prefirió la infantería. Creo que no se veía con fuerzas para llegar hasta el final de la carrera de capitán de navío.

—Aquí no hay nadie que le llore —observó Iraida. Los fusileros se habían marchado y sólo quedaban ellos dos junto a la fosa, más el robot que vertía barro lo más solemnemente posible a su interior. Sólo un grupo de hirsutos cipreses presenciaban el triste espectáculo bamboleando sus copas—. ¿No tenía familia? ¿Una mujer?

—Creo que no. Bueno, estuvo liado con una prostituta galesa una temporada. Él decía que le gustaba mucho, y que era capaz de tolerar su oficio hasta que pudiera mantenerla.

—¿Y qué ocurrió?

El coronel inspiró con resignación.

—Que no pudo.

Repentinamente dejó de llover. El sol asomó su desvaído contorno tras unas nubes del color del acero. Móntez comenzó a retirarse hacia donde la esperaba su EV. Lucien demoró medio minuto la misma acción, cuando una figura llamó su atención. Reconoció a su hijo en el andar antes de distinguir sus facciones. Extrañado pero alegre de verlo, salvó la distancia que les separaba con rápidos pasos.

—¡Cario! ¿Qué estás haciendo aquí?

El joven levantó la vista. Era un muchacho cabizbajo y blanquecino, sin la fuerza en las facciones de su padre. Vestía un correcto uniforme militar de academia, dos galones y una gargantilla de ejemplaridad.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme, bandido? —preguntó el coronel, abrazándole. Su hijo palmeó su espalda con efusividad, y con voz entrecortada aclaró:

—Mamá me dijo que estaría aquí para el sepelio, señor. Vine en cuanto pude en un charter.

—¿Hablaste con ella hace poco?

—Una conferencia. La pagué yo.

Lucien se tensó imperceptiblemente. Su hijo perseveraba en rehuir su mirada.

—¿Cómo está? No tendrá ningún problema...

—No. Está perfectamente, no se preocupe. Yo... lo lamenté mucho cuando me enteré de lo ocurrido —hizo un gesto en dirección a la tumba.

—Una desgracia. Una desgracia —repitió Lucien, tratando de serenarse—. Pero hálame de ti. Creí que estabas en San Marcos. ¿Has pedido permiso por unos días? Te estás preparando para los exámenes de promoción, ¿no?

El joven bajó la cabeza. No sabía dónde poner las manos.

—No exactamente.

—Pero... tendrás que estudiar fuerte si quieres aprobar y pasar el año que viene a la escuela superior —dudó Lucien. Trató de parecer más amable endulcificando un poco la voz; ya había tenido suficientes pesares por un día—. La inteligencia te viene de familia, pero no puedes ser tan confiado —bromeó.

—Voy a dejar la Academia, señor —logró decir Cario de corrido. Su recién adquirido Id procuró cerrarse a las encontradas emanaciones que la noticia catalizó en el de su padre.

Nada ocurrió entre ellos durante unos instantes. Lucien se acercó a él, impactado, pero Cario mantuvo la distancia.

—Pe... pero... ¿por qué? —balbuceó el coronel—. ¿Dejar la Academia, tras todos estos años? ¿Abandonar tu expediente, con la cantidad de méritos que has acumulado? ¡Si tienes uno de los mejores expedientes de tu promoción!

—No, señor —aclaró su hijo—. Yo no tengo un expediente de altura. Sólo algunas medallas por hacer más servicios y turnos que los otros. Pero mis notas son todas mediocres. Escapo como puedo, pero no impresiono a nadie —se mordió los nudillos—. Creí que lo sabía.

Lucien trató de reaccionar, pero no pudo. Vio a Móntez, que le esperaba junto al EV. De repente fue consciente del peso de todas las malas noticias que había recibido aquellos últimos días, y sus altaneros hombros siempre erguidos cedieron una

pulgada.

—Trato de entenderte, hijo, pero...

—Señor, yo no estoy hecho para la profesión. No puedo con todas las materias, ni con los exámenes más fuertes ni con la disciplina. Voy adelantando algo poco a poco, pero tengo que copiar para recordar todas las fórmulas —los ojos de Cario se perdieron en el charco que invertía sus siluetas a sus pies—. Me avergüenzo de mí mismo.

—Eso es una solemne tontería. Una gilipollez. Eres hijo mío, y perfectamente capaz de lograr cuanto se te antoje. Para algo te hemos dado un apellido y una educación, una oportunidad de llegar a lo más alto. ¿Sabes cuántos reclutas darían lo que fuese, lo que fuese —enfaticó Lucien—, para estar ahora en tu lugar? ¿Cuántos, en cuántos mundos del Imperio?

—Pero es que yo no quiero llegar hasta ese lugar —cortó el muchacho, los ojos humedecidos por la emoción—. Lo más alto... Nada de eso. Yo sólo quiero vivir una vida normal, sin disciplina militar, señor.

Lucien cerró la boca, contemplando de hito en hito a su hijo, a la carne de su carne, tirar por la borda lo que había estado planeado con tanto rigor y precisión desde que nació.

—Hace poco he conocido a una chica de Delos —masculló Cario, con temblorosa decisión—. Se llama Andrea. Su padre tiene una tienda de artículos deportivos en la capital. Ropa de marcas famosas, ocio y demás. Pero se va a jubilar dentro de poco, y ha pensado en dejarnos la administración a nosotros. Al menos, hasta que logremos encontrar algo que nos convenga más —sonrió, tocando su condecoración al soldado más aplicado—. Creo que mi forma de ser le inspira confianza.

Lucien relajó los puños.

—Entonces es verdad. Vas a irte. A regentar una tienda de ropa.

—Sí, señor... padre. Me voy a hacer mi vida. Si es que nada me lo impide.

—Esto no está bien. No es lo que debe hacerse. ¿Es que no te das cuenta que estás arrojando por la borda tu futuro?

El joven sacudió la cabeza.

—Nunca quise decirlo esto, porque os tenía mucho miedo —dijo, vacilante—. Pero creo... creo sinceramente que vuestro problema, señor, es que jamás habéis hecho nada en vuestra vida que no estuviera dictado por las reglas —sonrió—. Me pregunto si yo también estaba incluido en algún epígrafe cuando os casasteis.

El sonoro bofetón de Lucien tiró a su hijo al suelo con violencia, e hizo que Móntez saliera del EV.

Dándose cuenta de lo que acababa de hacer, el coronel se abalanzó a ayudarlo, pero Cario le rechazó suave pero tenazmente. Un hilo de sangre caía de sus labios y manchaba el pulcro uniforme. Los dos se sostuvieron la mirada con inquietud, y se

separaron. Por primera vez, Lucien reconoció un atisbo del tesón y la constancia que había querido transmitir a su hijo en aquellos ojos abatidos y distantes.

—Adiós, señor —susurró Cario—. Si vais alguna vez por la Capital, y necesitáis ropa deportiva, pasaos por la tienda. Hacemos descuento a la familia —se volvió, pero antes de echar a andar, reflexionó—: Yo no entiendo de guerras ni de glorias militares, pero sé que cuando llueve y hace frío, todo el mundo quiere comprar un paraguas, o unas botas impermeables. Y no me importa que eso sea lo único para lo que haya venido yo a este mundo, si con eso hago felices a los demás. Esto es lo que debe hacerse.

Cario se volvió una última vez bajo la intemperie, y se alejó con las manos en los bolsillos. Pisó con fuerza en medio del charco al retirarse, diluyendo la imagen de Lucien con un chapoteo.

* * *

En primera instancia, el arquitecno exterior de la capilla funeraria del Arconte Hans Gruendal guardaba serias similitudes con aquellos que decoraban las antiguas tumbas de los faraones egipcios. Los toros Apis que escoltaban con sus gritos de piedra los jeroglíficos elevaban sus orgullosas cornamentas hacia el cielo, como queriendo intimidar a las estrellas para así asegurar el descanso eterno del monarca.

La pirámide flotaba a escasa distancia de los monumentos simbólicos de antiguas dinastías, rotando suavemente para que la entrada de la cámara principal nunca diera la espalda a las estrellas que guardaban el signo de su destino. Cuando los peces de Acuario completaran su viaje a través del cielo y escondieran su silueta tras el horizonte, el hipogeo se elevaría en una suerte de último viaje hacia la nada.

—Desde esas cumbres de piedra, más de cuarenta siglos nos contemplan.

La Arconte Beatriz De León cerró los pliegues de su capa, resguardándose del frío. El cielo estaba nublado, pero ella sabía con toda seguridad dónde estaba su propio pedazo del firmamento.

—¿Acaso creías que íbamos a durar tanto? —preguntó su gemelo convolutivo, el deoEmperador Vladimir Urievitch II, contemplando la procesión de fieles y el resplandor de las ofrendas de cera. Desde la altura a la que se encontraba su palco flotante, lucía como un río de parpadeantes luminarias que fluyera desde el final del mundo.

—¿Acaso lo creíste alguna vez? —repitió.

—Supongo que no. Ayer hablé con la Tierra. El estado de Jürgen no es mejor del que se podía esperar de Hans hace apenas unas semanas.

—Ajá —asintió el monarca, escondiendo los labios bajo la poblada barba. Hacía tanto tiempo que el primer Arconte de su grupo había caído en el coma de la

deshilvanación que ya apenas recordaba su nombre. Bajo sus pies, los devotos de su religión, los que aún creían en la inmortalidad del ente que veían como la encarnación incomprensible de sus esperanzas, depositaban las velas en flores de loto y las empujaban suavemente hacia el centro del lago, para que la marea las hiciese danzar en lentas coreografías de luz.

Estamos desapareciendo.

—Creo que él tampoco va a aguantar mucho, Vlad. Dentro de muy poco sólo quedaremos nosotros.

—No podemos sostenerlo siendo sólo dos... ¿Han llegado ya todos los aspirantes a Palacio? —preguntó Vladimir.

—No. Sólo tenemos a la niña. Falta el artista.

—Sólo una...

—Apenas nos queda tiempo para organizar el traslado total de poderes —meditó Beatriz—. Los organismos civiles ya están prácticamente preparados para asumir el control si no logramos realizar la ceremonia convolutiva a tiempo, pero faltan por atar muchos cabos. Engranajes legales. La Carta de las Nuevas Libertades para las monarquías feudales y las repúblicas espera sobre mi mesa para que la firme y pueda entrar en vigor a principios del próximo año. Esperemos que no haya levantamientos populares masivos durante la transición.

—Los habrá —vaticinó Vladimir, con resignada seguridad—. En cuanto los suministros de energía y material para los mundos que dependen del abastecimiento exterior empiecen a escasear, y las semillas y hortalizas pierdan su frescura en los largos viajes en tanques fríos. Todavía queda un enorme porcentaje de los campos de cultivo aprovechables en los eriales de los mundos en terraformación, que no aguantarían una cosecha programada. —Suspiró—. Ojalá hubiésemos trabajado más deprisa.

—Ya no hay remedio. Las balanzas de compensación pueden estirarse hasta un límite, pero no mucho más allá. Tendremos que confiar en la atomización de las economías. Pese a que el comercio será más lento, las comunicaciones siguen siendo instantáneas. Eso implica la mancomunidad de la información, del saber hacer heredado por las nuevas generaciones... El Imperio permanecerá ideológicamente unido... por un tiempo.

El Arconte sacudió la cabeza.

—Unido no. Identificado, tal vez —pensó en la fuerza de esa palabra—. Pero no unido. Las colonias autosuficientes reclamarán instantáneamente sus independencias legislativas. Habrá guerras. Y sangre.

—No lo creo —contravino ella—. Mantener una guerra en el espacio es una empresa demasiado cara. Tan sólo los planetas más ricos podrían costear más de una docena de batalla navales, y aún así tendrían que confiar más en los elementos de

presión indirecta que en la fuerza de la infantería. Aislacionismo burocrático, reclamo de rutas comerciales ante el poder jurisdiccional central, si es que lo hay...

—Confías demasiado en la racionalidad humana.

Beatriz sonrió, bajando la vista. Una ráfaga gélida impulsó el loto hacia el centro del lago. Algunas velas se extinguieron con un suspiro de ceniza gris.

—Es posible. Pero ya lo ves: la era del centripetismo burocrático toca a su fin. Aún nos queda la impulsión Riemann, de todas formas. Y el Hipervínculo. Es posible que la estructura aguante lo suficiente...

—¿Lo suficiente para qué? ¿Para que alguien descubra cómo proyectar materia instantánea aprovechando la tecnología cuántica? Aún estamos a décadas de eso.

La deoEmperatriz giró unos grados su sortija anular. Era una cadena de aminoácidos tallada en jade y plata.

—Lo sé.

Unas nubes ocultaron parcialmente el racimo de perseidas de Acuario. Los fieles elevaron en masa una súplica a los cielos, en un melancólico gemido de soledad. Beatriz dejó vagar su atención a lo largo de la interminable serpiente de escamas de luz, cuya cola reptaba hasta el horizonte y se hacía partícipe en la distancia de la hegemonía de la emergente Sirio.

—Tal vez el caos sea la consecuencia lógica de la dispersión de la especie —susurró—. La culminación del ciclo precesional de la evolución humana.

Ambos compartieron un pensamiento, pese a que ninguno lo vio nacer:

Algo va a suceder. Algo que acabará con todos nosotros.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Vladimir, contrito, de repente un minuto más viejo. La Arconte aspiró con fuerza el aire de la mañana y se volvió hacia él:

—No nos queda otra alternativa. Que comiencen los preparativos para la Convolución.

Capítulo 10

El crucero de batalla Alexander flotaba perezoso junto a un gran río del espacio, un torrente de coágulos de materia siderítica de cientos de kilómetros de longitud y gris como la galaxia.

Los motores mantenían a la nave en una posición fija con respecto al núcleo de circunvalación del larguísimo caudal, por lo que éste fluía junto a su quilla con cegadora rapidez. En el puente de mando, la capitana Elena De Whelan estudiaba absorta un diagrama proyectado contra su foso táctico.

—Es imposible —decía para sus adentros—. No podría permanecer coherente.

La comandante Nedma, su segunda al mando, apareció como un fantasma, desdibujando la niebla del foso con su silueta. Ocupaba una región posterior al ángulo de visión de la capitana, y por lo tanto no utilizada por la computadora salvo en estado de máxima simulación.

—¿Cómo lo ves? —preguntó, sorbiendo sin ruido de una taza de café.

—Mal. Por el análisis de trayectorias, parece una red articular. Pero su estructura es tan densa que... Espera.

Elena cerró los ojos y transmitió una orden al grupo neural de mnemoprocesamiento. Al instante, el ordenador evaluó el espacio de referencia del Alexander bajo nuevos parámetros.

—Ventana —pidió, y el foso sintonizó una imagen del exterior del navío.

La Flota había seguido el rastro de átomos propulsados por un estatocolector desde el racimo local de perseidas hasta una región aparentemente desierta de la macronebulosa Crino-Z335. Los límites de la esfera local del Metacampo se habían diluido tanto que los navegantes teleuteranos, encerrados en sus inaccesibles bóvedas de Proyección, apenas habían podido sintonizar las armonías correctas para teletransportar las enormes naves al interior de la nube de gas.

Elena, y con ella Von Brawn y el resto de los capitanes, había esperado pacientemente recibir una señal de los satélites o las boyas hipercinéticas, adelantadas varios UAs en exploración hacia el interior de la nube: cualquier dato que anunciara la estampa de cierto tipo de tecnología, restos de núcleos habitados o la presencia directa de una colonia de la Quinta Rama.

Lo que encontraron superó todas sus expectativas.

En el diagrama que flotaba a su alrededor parpadeaban los cruceros, diminutos punteros en comparación a los arcos de trayectoria de los inmensos ríos de materia en rotación. Los itinerarios de éstos delimitaban esferas perfectas y concéntricas, en torno a un punto central ocupado por un objeto que resultaba tan diminuto que ni se veía reflejado en pantalla, como el núcleo de un gigantesco átomo de protomateria sideral. Los ríos eran caudales polícromos y ahusados de corpúsculos en agregación,

muy finos y estirados, e iban cayendo y cerrando el círculo en desfases lentos, de apenas grados. Todos acabarían por chocar y arracimarse en torno al fenómeno que esperaba en su centro geométrico: una esfera traslúcida, aparentemente hecha de agua, de apenas cinco metros de radio.

—¿Qué es una red anticular? —preguntó Nedma. Elena se recogió el pelo en una coleta.

—Una superestructura de andamiaje para construir esferas de Dyson: el esqueleto rotatorio que ayuda a crear los tensores de gravedad sobre los que apoyar las afluencias de masa. O eso es en la teoría; nunca se llegó a construir ninguno.

Nedma se puso muy recta.

—¿Estamos en el interior de una esfera de Dyson?

—No, no lo creo. Fíjate —la capitana señaló matrices de números que encabezaban cada vector de la representación—. Los tensores son demasiado poco densos para generar vectores de gravedad. Caen hacia el centro de su órbita, pero no por propia atracción. Alguien o algo debió programar así sus cursos.

—Elena, ¿me escuchas?

El capitán Luis Nesses, del Intrépido, se hizo visible a unos metros de ella, en el otro extremo del Puente Único. Elena le saludó. Le caía muy bien Nesses, y entre ellos había surgido una buena amistad desde aquélla primera reunión en el Nairana en que Brawn había dejado bien patente cuál era el peso específico de los cargos en el Puente Único.

—Claro que sí, Luis. ¿Cómo vais vosotros?

—Muy bien, dentro de lo que cabe. Hemos seguido hasta el final el rastro del estatocolector, y creo que al fin lo hemos localizado.

—¡Fantástico! ¿Dónde lo ubicas?

—Lo tienes justo delante, Elena. Está en el afluyente que pasa junto a vosotros, en la región convexa de su curva de inflexión..

—¿En el nuestro?

—Vamos a enviar una sonda. El objeto tiene que estar oculto en la nube de protomateria y desde aquí no lo distinguimos, pero pasará frente a vuestra popa en dos minutos. Y, ¿sabes?, creo que voy a bajar yo mismo. No quiero perderme por nada del mundo este momento.

Por supuesto, Elena sabía que eso era un eufemismo. A lo sumo, lo que Nesses haría era conectarse como titiritero de un remoto para pasearse en tiempo real por la superficie del río y ser el primer hombre en contactar con un artefacto extraterreno.

Si es que se trataba de eso.

—Ten cuidado, Luis. Aquí hay algo que me da mala espina.

—Vamos, capitana. ¿Qué nos puede pasar mientras estemos dentro del castillo?

Elena amplió la imagen circundante al Intrépido y distinguió el destello de metal

de una sonda surgiendo de su proa. El vehículo se acopló a la trayectoria del gran río de polvo y gas, y aceleró a toda potencia para igualar velocidades. Pasaría junto a la posición del Alexander en unos momentos.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Nedma.

—Algo va mal —susurró Elena, circunspecta. No podía despegar la vista de la corriente de materia—. Nada de esto puede ser casual. ¿Por qué tensores de gravedad, y por qué hacerlos tan poco densos? No es coherente...

—Ahí está el general.

Nedma señaló hacia el puntero que representaba al crucero comandante, el Nairana, acercándose en caída libre al centro de la estructura. Su volumen era tan enorme que el fenómeno líquido parecía una mota de polvo en comparación.

—Vamos a acercarnos al núcleo —informó la figura de Brawn, encabezando el Puente—. Ustedes sigan con la investigación del estado. Las demás naves, permanezcan al paio.

—A la orden —coreó Elena. Enlazó con las cámaras de los satélites de la nave comandante y enfocó al núcleo. La esfera líquida era perfecta, de un color ligeramente cobrizo, sin surcos ni ondulaciones que alteraran su impoluta superficie. Se mostraba opaca a cualquier intento de penetración con ondas o impulsos de energía; en el espectrógrafo aparecía como un disco plano de perfecta oscuridad.

El remoto de Nesses llegó al punto de inflexión del río. El aparato parecía una medusa de cristal, con finos tentáculos semilíquidos revestidos de circuitería que tanteaban con curiosidad la corriente de polvo. La orografía del río era abrupta y alineal: por todas partes se levantaban farallones de polvo compacto de hasta varios centímetros de altura (toda una proeza de solidificación), o se desdibujaban en los cauces de profundos cañones de escasas moléculas de grosor. Desde la perspectiva de planta, la topografía parecía haber sido esculpida por un artista desquiciado.

—Ahí acaba el rastro del estatocolector —anunció Nesses, visiblemente excitado—. Pero aún no puedo ver nada. Voy a recorrerlo a lo largo.

Hay algunas formas que el cerebro humano está preparado para reconocer, incluso ocultas en un maremágnum de siluetas caóticas y falsas apreciaciones. Cuando los ojos de Elena recorrieron la imagen radiada por la sonda y tropezaron con el objeto, una alarma saltó en su cabeza. Su corazón bombeó con más fuerza mientras pedía una confirmación a los algoritmos de análisis.

—¡Luis! ¿Lo ves?

—Lo tengo delante. —Una pausa—. Es asombroso. Desde aquí se asemeja a una nave espacial de diseño pre-Dispersión. El ordenador la está explorando ahora.

La medusa se acercó a una montaña de casi un metro de altura, todo un coloso en la orografía del río, y la rodeó con sus palpos. La ecografía dibujó el nodo central de un estatocolector, con su forma de araña de ocho patas rematadas por velámenes

convertidos en riveras de polvo. Parecía estar hecho del mismo grano sedoso que la circundaba, pero sus formas eran perfectas, canónicas. Jamás había visto un estato tan diametralmente exacto en todas sus proporciones.

—Creo que estoy lo suficientemente cerca para leer el nombre. ¡Dios, tiene un nombre! Es fantástico.

Elena se inclinó hacia la imagen holográfica, expectante. En un costado del aparato aparecían letras tatuadas.

—Desde aquí las distingo bien: A-L—B-A—T-R—O-S.

«Albatros. ¿No te suena de nada?»

Elena se mordió una uña.

—Luis, esas letras forman parte del alfabeto universal. Está en inglés.

—¿Me oyes, Elena? ¿El Albatros no fue el primer estatocolector lanzado al espacio?

Asombrada, la capitana exploró las formas que acompañaban la singular nave en la imagen radiada por Nesses. Su ángulo de visión se hizo más grande a medida que otros objetos, circundantes al estato, entraban en plano. Había niños. Y peces. Y avionetas de alas de papel con forma de elefantes. En las cercanías del estato crecían formas humanoides, esculpidas en el polvo del río, abrazadas unas a otras o irguiendo sus frágiles cuellos en actitud desafiante.

No eran roca compacta ni amasijos de polvo, sino conglomerados de escarpas y taludes surcados por fallas y crestas. La mayoría no estaban formadas, y muchos macizos de figuras acabadas se desplazaban por el caudal junto a embriones de ideas paganas, con cierta reminiscencia a monstruos góticos o pesadillas infantiles. Representaciones tatuadas en el polvo de cientos de figuras comunes recuperadas de la memoria.

Asustada, Elena llamó a Von Brawn por el canal codificado.

—Lo sabemos —terció el general—. Nos disponemos a explorar el núcleo con mnémica activa. Los teleuteranos están a la espera.

—Señor, creo que deberíamos confirmar primero...

La advertencia de Elena llegó un instante después de que la onda de pensamiento de los psicoexploradores alcanzara la esfera. Las impresiones acariciaron su superficie como manos intangibles, provocando pequeños terremotos con epicentros situados en la periferia.

La esfera aumentó unos centímetros su volumen. Unas alarmas se dispararon tiñendo el foso de batalla de color bermellón.

—¡Luis, la velocidad angular de los ríos de polvo acaba de aumentar! ¡Afianza la sonda!

—Está reaccionando a nuestros intentos de comunicación —decía Von Brawn desde su foso—. Detengan todas las demás exploraciones hasta nueva orden.

—Luis, ¿me escuchas?

Elena contempló, aterrada, cómo la medusa trataba de acoplar su velocidad y posición con la del fiero torrente, sin conseguirlo. Uno de los tentáculos fue absorbido por el polvo y se enredó en torno a la figura de una niña de pelo escarchado, que se astilló en una nube de ceniza. Las partículas, propulsadas por la diferencia de cinética, golpearon la sonda con la contundencia de microscópicos misiles de humo.

En su foso, Nesses cayó hacia atrás, llevándose las manos a la cabeza. Un grito llenó el Puente Único mientras el grupo neural se deshacía en mensajes de alarma.

Elena abrió un canal instantáneo con el centro de Proyección del Intrépido. La parca expresión de un monje teleuterano apareció frente a ella.

—¡La sonda ha sufrido un accidente! —gritó—. ¡Sáquenle de ahí!

—Es imposible.

—¿Qué?

—No podemos cortar el cordón mnémico entre el capitán y el sensitivo de la sonda —explicó el clérigo, compungido—. Todas las armonías están descentradas. Un campo de interferencia mnémica muy potente emana del núcleo y está afectando las emanaciones globales.

—¡General! —imprecó la capitana, dejando al monje en espera. Von Brawn no respondió. En la imagen holográfica, el Nairana estaba tan cerca del núcleo que éste parecía a punto de absorberlo. Su volumen se había incrementado drásticamente, pasando de algunos metros a casi un centenar.

—Eso es —dijo Elena, dejando los ojos en blanco.

Un ruido insoportable e impreciso empezaba a rechinar desde el fondo de su cabeza, y se hacía más intenso a cada minuto. Se fijó en que todos los portadores sacudían levemente sus cabezas, como tratando de centrarse. Con un par de órdenes mentales, amplificó y redirigió el contacto con el foso táctico de Nesses.

Nedma se le acercó, preocupada.

—¿Puedo preguntar, capitán?

—Mi contacto con la sonda de Luis es inmediato y potente desde aquí —explicó Elena—. Uniendo los grupos neurales de ambas naves a través del foso quizá pueda generar una señal suficientemente clara para traerlo de vuelta. —Se volvió hacia un tripulante de piel moteada, un ayudante virtual—: Quiero que el capellán Ahl acuda inmediatamente al puente.

—Es muy peligroso —dijo su Segunda—. ¿Y si no puede volver, como él?

Por toda respuesta, Elena activó los ciclos de memento stasis y cerró los ojos, dejándose llevar. La macrotaxis orgánica de la computadora la arrastró en décimas de segundo por un haz de luz, rebotando en las antenas de los cruceros y los satélites, y en un par o tres de fluctuaciones de onda estuvo allí.

Un fuerte tirón tensó los músculos de sus pies. Su visión se volvió una pátina de vivos colores, sobreponiendo el dulce turquesa del ultravioleta al chirriante rojo del infrarrojo o los laberintos estriados de los rayos X. Su pierna (o un pseudópodo de la cápsula/remoto) colgaba destrozada en el vacío, desgarrados los polímeros por el brutal rozamiento contra la ceniza.

Ahora ella estaba en el remoto.

Delante, y prolongándose por varios miles de kilómetros, caía una espectacular cascada de azules chispeantes, amarillos y naranjas en rápida sucesión, perfilando el curso del río a medida que el gas se calentaba. A poca distancia del río flotaba un planeta rodeado de emanaciones de radio fluctuantes, verdes y naranjas, inmersas en un domo esmeralda: el Alexander y su pantalla de radar.

Sintió otra respiración exhalada en su nuca. Nesses. También estaba en el interior de aquel aparato, con ella, pero parecía conmocionado. Su Id bailaba y gruñía como un demente. Cuando trató de contactar con él, no recibió más que estática y recuerdos de sucesos caóticos.

Dios mío. ¿Qué está pasando?

—¡Gunhis, desconecta el umbilical! —pensó. No obtuvo respuesta.

La sonda/remoto cayó durante largos minutos siguiendo el curso del torrente. Elena sintió cómo el invisible cordaje que unía su mente con el crucero tiraba de ella, sin lograr arrastrarla. El pánico la golpeó de súbito: Nedma tenía razón. Aquello había sido una estupidez, y ahora estaba tan atrapada en la membrana mnémica como Nesses. No podía comunicar con la nave por frecuencias físicas ni enviar mensajes por el cordón.

Estaba sola, atrapada con la mente del capitán.

Envió órdenes compulsivas a sus miembros inermes. Los servos reaccionaron, tratando de mover los tentáculos del remoto, sin resultado. Los sintió diluirse, dejar de ser por momentos parte de ella (sus brazos) para volver a ser máquinas (cintas de metal frías e inservibles). Su piel era un manto que resbalaba dolorosamente sobre una pátina de nervios.

El núcleo se acercaba. Podía ver su propio reflejo en la esfera de agua, y el enorme casco del Nairana llenando el espacio junto a ella. Se le ocurrió una idea desesperada. El río fluiría muy cerca de ellos: si lograba escapar del tirón de gravedad y lanzarse fuera del torrente, quedaría alejada de la cascada nebular y podría ser recogida. Sin pensarlo dos veces, examinó su entorno. Allí estaba la nave, el estado. Debería ser funcional, a pesar de estar hecho de polvo. Trató de alcanzarlo en un instante de comunión con sus miembros, pero en cuanto la rozó, la figura explotó en un huracán de escoria hipercinética. Elena blasfemó, manejando sus impulsores para colocarse a favor de la corriente, moviéndose en el mismo sentido que la fuerza de la detonación. El efecto de conservación de energía jugó a su favor, y las partículas no

atravesaron su blindaje.

Entonces lo vio. Un satélite de defensa del crucero comandante, rotando peligrosamente cerca del cauce.

Rezando para que en el Puente entendieran la maniobra, enfocó sus ojos y oídos hacia el aparato y se preparó para radiar, comprimiendo a Nesses en un solo paquete digital de dos tiempos.

Los segundos martillearon en su cabeza. El satélite se acercó y se colocó dentro de su radio de emisión (una esfera verdosa llena de cruces blancas para su visión expandida). Emitió los primeros protocolos de conexión...

... Y no recibió respuesta. Maldijo en silencio. ¿Cómo era posible? ¿Acaso habría calculado mal las distancias? ¿Estaría estropeada la antena del remoto?

No. Lo entendió mientras lo veía pasar: la nube de escoria que había sido el estado aún flotaba a su alrededor, apantallando las comunicaciones. Maldiciendo, la capitana se impulsó hacia el extremo del cauce. Calculó que tendría unos cuatro segundos para lanzar el paquete con la conciencia de Nesses hacia el crucero antes de quedarse sin potencia.

El tirón gravitatorio era potente y sinuoso en la periferia. Violentamente, Elena fue zarandeada, comprimida y exfoliada, perdió varios tentáculos y la mayoría de los rotores de popa, pero mantuvo al satélite en línea durante medio segundo. Vio cómo un grupo de proyectiles de espuma cayó hacia ella siguiendo los toroides de gravedad del icohalo.

Concentrándose en una débil plegaria, abrió sus sentidos y radió el paquete al espacio.

Un instante antes de que los proyectiles la alcanzaran, recibió la señal del repetidor, confirmando la recepción: Nesses estaba a salvo. Elena rió con furia, y luego fue sepultada por unos gramos de mortífera ceniza en forma de niños sonrientes.

* * *

—No te separes de mí. Si ves que te vas rezagando, grita.

Evan agarró con fuerza la mano de Fedra y se sumergieron en la marea humana del bulevar de los Telares, uno de los barrios más concurridos del Suq. Cubierto por una túnica de capucha de cuervo que cubría sus facciones de manera algo tenebrosa, parecía un nativo más. La de ella asemejaba más la chilaba común de las mujeres, con el paño de seda y la gargantilla de caño que usaban a la hora de vender sus productos de artesanía en las galerías de los cambistas.

Fedra miró atrás por última vez antes de perder de vista la plataforma de aterrizaje donde habían estacionado la nave. Los bajos tejados cerámicos de las casas

se amontonaban unos sobre otros ocultando totalmente la visión a una callejuela de distancia. Un tapiz de toldos de vivos colores, cuerdas de tendido de ropa sucia y banderolas que indicaban los usos dados a los edificios, se unían formando un falso cielo lleno de tonalidades arabescas.

—¿Dónde vamos? —elevó la voz. Evan tiró fuerte de su brazo y la obligó a saltar por encima de un canal de agua por el que resbalaba una procesión de insectos llameantes. Hicieron una pausa mientras Evan cerraba los ojos y perlaba su frente con el sudor de un gran esfuerzo. Fedra lo contempló algo asustada. El hombre miró en una dirección como si algo hubiese llamado súbitamente su atención, y volvió a tirar de ella.

—Por allí.

El norte desapareció de nuevo. Fedra vislumbró segmentos fugaces del polisémico hábitat del Suq, en breves cuadros de ofertas de objetos de cien mundos y palabras veloces que alababan la virtud de algún remedio contra el envejecimiento, la calvicie o el paso a la edad adulta. Las callejuelas parecían todas iguales, pero las tiendas conservaban una idiosincrasia propia, única, que las diferenciaba entre todas las que se apelotonaban en aquel universo de ofertas atractivas y demandas cuestionables.

—¿Habla mi idioma? —preguntó Evan a un anciano que llevaba el rostro de todos sus hijos esculpidos en su larga melena gris. Este negó con vehemencia, separándose—. ¿Me entiende? ¿Habla esta lengua? Sik zunhatra say lenbá? Kush?— dos ráfagas de rápidas impresiones amistosas.

Un joven de unos veinte años apareció frente a él con el plop de una explosión de aire. Fedra dio un respingo. Nunca había visto a un teleportador.

—Yo te entiendo —parloteó—. ¿Compra, cambalache, servicios...?

Evan sintió la presión de su Id, violenta e incisiva. Rápidamente levantó las defensas.

—Necesito un mapa de la ciudad. Uno fiable. —Estoy buscando a alguien. Alguien que llegó hace unas semanas.

El joven le estudió con ojos de utilería.

—Ese tipo de documento es raro de ver, a menos que se tengan buenas referencias de un cartógrafo. ¿Sabe ya de alguien? —No es fácil encontrar a nadie en el Suq... y menos aún si esa persona no quiere ser hallada. ¿Acaso quiere ésta, señor?

—No lo sé, pero estoy dispuesto a pagar un buen precio, dentro de lo razonable. —Se trata de un Vagabundo de las estrellas. Debe haber sido pescado por alguna red pirata de alto spin —transmitió Evan, acercando a Fedra hacia sí. El joven miraba fijamente sus caderas como calculando porcentajes.

—Entonces es fácil —concedió, y quedó mudo como una roca. Evan sacó una buena porción del cambio que había obtenido del vendedor de túnicas en la moneda

del zoco, la pelastra, un compendio simplificado de valores taxativos y equivalencias materiales, y lo lanzó a la entrenada mano del nativo. Éste hizo desaparecer el dinero tras sus escuetos ropajes con la habilidad de un prestidigitador, y dibujó unos trazos con el dedo en el polvo del suelo—. Esto es el bazar de los cambistas. Éste — prolongó dos líneas hasta cruzarlas en una esquina— es el barrio de Marionetas. — Tal vez tu amigo haya logrado sobrepasar el cinturón de antenas. Si ha caído en una red, los pescadores lo habrán vendido a los esclavistas.

—Gracias —dijo Evan, y tiró del brazo de Fedra en la dirección indicada. Pero al llegar al angosto pasaje que les había dibujado el joven, el mejor atajo para atravesar aquel laberinto de callejuelas sin sentido, hizo un giro brusco y se encaminó hacia un ramal anexo.

—¿Qué haces? —protestó Fedra.

—Si hubiésemos seguido por allí probablemente dentro de un par de horas yo estaría bajo tierra y tú entre las piernas de algún tratante. Este camino es más largo, pero seguro que está libre de los amigos de aquel simpático.

—Estás loco.

Evan sonrió.

—Háblame de tu padre —ordenó sin variar el paso—. ¿Qué había ya de él en el ninot cuando se interrumpió el experimento?

—No... no lo sé. Con todo lo que ocurrió, no nos dio tiempo a comprobar la curva normal...

—Pero el detalle que indujiste para forzar su variación debió decidir las primeras características de personalidad, ¿no?

Fedra permaneció en silencio. Cruzaron bajo un arco de piedra tallado con escenas de vestales copulando.

—No funciona así —repuso ella, empezando a notar el cansancio. Conservaba las confortables botas del traje de vuelo bajo la túnica, pero tras tanto caminar la goma le estaba aplastando los meñiques.

De pronto se detuvieron. Una gran puerta se abría en herradura sobre ellos, pintada con pájaros sin perspectiva y nubes grises. De los escalones que la precedían nacía un pasillo largo y estrecho que hacía de cañón entre altos acantilados de balcones, ventanas y persianas llenas de ojos sibilinos. Entraron. Media docena de puertas erróneas más tarde una les llevó a lo que buscaban.

Se trataba de un pequeño comercio abarrotado de jaulas para pájaros, todas vacías. De su interior emanaban ruidos de extrañas aves cautivas. Evan se acercó al dueño, un anciano de etnia indescifrable y olor a incienso, haciendo preguntas en voz baja. Varios ambientadores esparcían un sutil aroma a violetas.

Fedra tocó una de las jaulas con un dedo, intrigada, y algo invisible revoloteó nervioso en su interior, desatando un coro de imprecaciones y chirridos en sus

compañeros de estante. Los animales iniciaron una música desordenada y nerviosa que llenó de vida el ambiente. Evan la atrajo hacia sí de un tirón, alejándola de su curiosidad y del pago por daños accidentales a alguna de las extravagantes mascotas cantoras.

—¿Aquel de allí? —preguntaba, señalando hacia un edificio cercano—. Gracias.

Abandonaron al etógrafo con la bolsa algo más ligera, y atravesaron la puerta de una mezquita, llena de techos de cristal por los que circulaba un torrente de personas sin equivalencia en la realidad. Al doblar una esquina penetraron en un recinto amplio y acogedor, atestado de compradores, con gradas que entornaban una piscina central y escalaban las paredes hasta una altura de ocho escalones. Grupos de comerciantes se arracimaban cerca de las puertas, sosteniendo conversaciones salpicadas de argot.

Medio sumergidas en la piscina yacían diez personas de piel muy pálida, desnudas y sin vello corporal. Todas permanecían inmóviles y con los ojos entrecerrados, observando tétricamente la misma pared. De sus nuca surgían racimos de cobre que las hilvanaban a una toma de energía única, medio oculta dentro de una cañería oxidada en el techo. Había otros zombis de menor importancia, imágenes tridimensionales de holovóder que esperaban relegadas a un plano secundario.

—Remotos —observó Fedra. El frío ambiente y el sepulcral silencio lleno de cuchicheos le ponían la carne de gallina—. Enchufados a una línea de descarga instantánea...

—A las redes trampa —susurró Evan, sugiriéndole un volumen más apropiado—. Y estos son los compradores.

Un anciano que vestía un traje espacial, sentado cerca de ellos, desafió momentáneamente el silencio pasando una página de su revista de mujeres desnudas y se regodeó en el contorno de unos pechos. El tiempo allí dentro parecía haberse congelado tanto como el aire que tragaban sus pulmones.

—Sucede una vez de cada muchos millones, pero para el desgraciado que pierda su señal en el espacio mientras realiza un salto LR es como haber ganado la lotería del infierno —rezongó Evan, escondiendo levemente las pupilas bajo los párpados como había hecho en decenas de ocasiones, desde que la pinaza escapó del Hipervínculo y aterrizaron en el Suq de Ibsallah. A Fedra le recordaba un mastín oliendo a su presa—. Si la señal del ninot llegó bien hasta el repetidor del Sistema, probablemente habrá caído en manos de estos malnacidos. Siempre están a la caza de cualquier portadora Alma extraviada para rellenar sus zócalos de memoria.

Súbitamente, un remoto abrió los ojos. Era una mujer oriental, de casi dos metros de estatura y brazos robustos, de esclava. Se miró a sí misma con desconcierto, descubriéndose al mismo tiempo que a la cascada de sensaciones que traía el nuevo entorno, y una expresión de terror se congeló en sus ojos mientras un grupo de

hombres saltaban sobre ella y la amordazaban. En un lapso de brutalidad que duró un minuto, sus nuevos amos se la llevaron de allí y la metieron en un EV estacionado frente al local.

—Dios santo... —exclamó Fedra, medio escondida detrás de Evan. Este sacudió la cabeza con tristeza.

—No pienses más en él. Ven.

—¿Él?

—Era un hombre. De unos sesenta años. Mala forma de recibir la jubilación.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, compungida. La frugal comida de aquella mañana pugnaba por volver a salir por donde entró.

—Intuición.

El viejo de la revista pornográfica acabó la última página y se concentró en los crucigramas de la contraportada.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó la becaria.

Evan se perdió en una introspección. Algo parecía taladrar su cabeza muy dolorosamente, haciendo resbalar esporádicas gotas de sudor por su cuello. Tras abrir de nuevo los ojos, se puso en pie y se abalanzó sobre un hombre que acababa de entrar en la sala por el arco posterior, un vendedor de escasa estatura, giboso y consumido, al que escoltaban dos gigantescos guardaespaldas. Por las miradas de respeto que acarreó su entrada, Fedra dedujo que se trataba del dueño del establecimiento.

—¡Tramposo! —gritó Evan, colérico—. ¡Estafador! ¡Quiero que me devuelvas mi dinero!

El esclavista dio un respingo y se ocultó tras sus protectores tratando de averiguar lo que ocurría. Sus ojos eran invisibles; anteponeía unas gafas oscuras.

—¿Qué... qué ocurre? —chilló con voz afeminada.

—¡La esclava que me vendiste no es apta para el sexo! ¡Tiene una enfermedad!

—¿Pero qué dice?

Evan llegó hasta ellos de dos poderosas e inesperadas zancadas, berreando insultos en una lengua que Fedra desconocía. Uno de los guardaespaldas le plantó cara con aire de suficiencia, y al instante siguiente se retorció de dolor apretando las manos contra su entrepierna. Evan aún no había concluido el fulminante puntapié cuando el segundo gorila se le lanzó encima. El soldado le miró con aplomo y aguantó su posición hasta justo antes de toparse con la enorme masa de músculos, y fintó sobre su eje, usando la inercia del gigante para lanzarlo a la piscina. Una gran ola bañó a todos los presentes y tiró al suelo a los remotos, cuyas cabezas quedaron sumergidas cuando las aguas volvieron a su nivel.

Horrorizado, el mestizo ladró unas órdenes a sus hombres para que los sacaran del agua.

—Haces bien en proteger tu inversión —gruñó Evan en voz más baja, aferrando al vendedor por el cuello.

—¡No me haga daño! ¿De qué esclava habla?

—De ninguna, pero si no quieres que te hunda el negocio, coopera. Conozco los nombres de cientos de enfermedades que podrían contagiarse a esos pervertidos si te compran a ti los remotos.

El vendedor se rindió, como él esperaba. Nadie en una ciudad como el Suq deseaba caer víctima del escarnio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Información —dijo Evan, obviamente. Los gorilas no se acercaron, distinguiendo con profesionalidad la presa de dos dedos que el atacante mantenía contra la nuez de su jefe. Al fondo, Fedra trataba de desaparecer fundiéndose con las esculturas de las esquinas.

—Hace tres semanas capturasteis un Vagabundo que me interesa —explicó el soldado, jugando con el Id de su víctima para convertir sus llamadas de auxilio en un galimatías mnémico—. Cabalgaba una señal procedente de Damasco.

—Recibimos muchas señales de Damasco.

—Ésta la recordarás. Había muchísima información comprimida en el código fuente. Como mil veces la de una portadora Alma común. ¿A quién se la vendiste?

—Es... es un imposible lo que me pide. Yo...

Las protestas del comerciante acabaron unos segundos después, cuando Evan comenzó a gritar en voz alta y ofendida nombres inventados de patologías con preocupante resonancia a latín o griego. Los compradores se miraron, estupefactos. Algunos comenzaron a recoger sus enseres, dirigiéndose a la puerta de salida. El mestizo sollozó:

—¡Está bien, basta! Ya sé a cual se refiere.

—Vaya, vaya —sonrió Evan, enseñando los dientes.

—No está aquí. La deseché nada más descargarla. ¡No cabía en ningún zócalo!

—¿Fragmentaste la señal?

—No pude... estaba demasiado bien comprimida. No logramos averiguar qué diablos era lo que llevaba dentro. Creí que era algún tipo de basura digital, datos desechados por los bloques de redundancia de los repetidores.

Evan suspiro de alivio. De reojo controló a los gorilas, sekos en el argot, que se acercaban despacio como leones al acecho.

—¿Quién fue el comprador?

—No hubo, se lo juro. La metí de relleno en un puzzle diacrítico y la solté en la calle.

—Más te vale que me estés contando la verdad —amenazó, dejando caer al mestizo sobre las baldosas. Sus hombres corrieron a socorrerle, pero ninguno se

atrevió a provocar otro enfrentamiento. Una mirada los mantuvo a raya hasta que Fedra se reunió con él y juntos abandonaron las termas.

—Esos hombres eran esclavistas —expuso Fedra, más ofendida que asustada. No cesaba de volver la vista atrás.

—Sí.

—Creí que la esclavitud estaba abolida en todo el Imperio.

—Y lo está.

—¿Pero entonces cómo...?

—La Guardia Imperial no puede vigilar todos los rincones de todos los mundos —explicó Evan, tratando de zanjar la conversación—. De todas maneras, según las leyes locales, lo que viste era legal. Una simple cuestión de derechos sobre material perdido o desechado.

—¿Pero las conexiones Alma no son material desechado! —puntualizó la becaria, indignada—. La Ley es tajante y prohíbe su apropiación.

—No como la interpretan ellos.

Fedra cerró la boca, estupefacta. Parte del aplomo que hasta ese momento había podido derivar de su condición de persona culta y respetable, superior sin duda a la chusma que se afanaba en subsistir en aquella desquiciada economía de trueque, se desvaneció en un espasmo de inseguridad.

—¿Y qué hacemos ahora? —balbuceó. De repente fue muy consciente de su condición de mujer de piel exótica. De clon sofisticado y caro que se podía vaciar como quien desecha vino estropeado de un buen recipiente, para rellenar de nuevo con alguna conexión Alma vagabunda.

—El vendedor habló de un puzzle diacrítico —recapituló Evan—. Son parcelas de memoria ocupada por datos erróneos que las autoridades usan como balizas físicas para marcar los límites de la Ciudad Pascalina. Pagan muy buen precio por su alquiler a los comerciantes que poseen remotos averiados.

—¿Estamos ahora en la Ciudad Pascalina? —se sorprendió Fedra.

—En un punto caliente. El Suq es su lugar de mayor cercanía al plano físico en este Sistema. Por eso necesitan medirla, averiguar qué parte de la Ciudad está realmente aquí y qué parte es de otra zona. Eso sirve como referencia a los eruditos de las Logias que estudian la Ciudad desde otros puntos calientes.

—¿Y eso qué significa?

Evan hizo una pausa, tomando aliento. Un hedor a maíz fermentado emanaba de una alcantarilla bajo sus pies.

—Pues que tu padre debe de estar deambulando por algún lugar del Suq, haciendo de punto geodésico. Con un transmisor empático en la cabeza o algún colgado de las sectas del Sueño pegado a su culo. Por lo demás, le dejan ir a donde le plazca, así que puede estar en cualquier parte.

Se encontraban ahora en una terraza elevada, desde donde podía contemplarse una amplia estampa de la ciudad en todo su esplendor matutino. Una pedregosa extensión de techos de adobe y cal se extendía más de diez kilómetros en todas direcciones, capturando la vista en cientos de pequeños detalles inexplicables, en laberintos de callejuelas que relucían al sol con la densa calina y el polvo que venía de las montañas. No había dos calles iguales, y a la vez era imposible distinguirlas.

—Ahora es cuando de verdad necesitamos algo de suerte —reflexionó el soldado—. A estas alturas medio gremio de Pescadores debe intuir ya lo mucho que vale ese puzzle.

Fedra, con la mirada perdida en el espinoso laberinto de formas y colores que entretejían los minaretes de los templos, se pasó la mano por la frente.

—Bueno —dijo—. Si de verdad hay algo de mi padre en esa inteligencia, será mejor que empecemos por los burdeles.

La luz que atravesaba la persiana a través de una fisura convertía el techo oscuro de la habitación en una cámara estenoscópica, una pantalla natural sobre la que desfilaba todo el movimiento de la calle como fotografías invertidas. El sonido llegaba hueco y deformado: gritos de animales, quejas de transeúntes y ofertas de vendedores... Un mundo alienígena tatuado en los ecos.

Al límite de su paciencia (y de su cordura), Fedra contemplaba el bello espectáculo tumbada en la cama. El tapizado de las paredes se desprendía a ojos vista.

El crujido de la cerradura la asustó. Se levantó rápidamente y cogió el cuchillo que había robado de la cocina del nauseabundo motel, pero se tranquilizó cuando la familiar figura de su secuestrador cruzó el umbral, cargando dos bolsas de comida, un par de togas nuevas y una resistente cuerda de teca.

—Hola —saludó, descargando los bártulos en la cama. Fedra bajó el arma, pero no dejó de sostenerla.

—Has tardado —le reprochó.

—Fui a conseguir algo de ropa nueva. Con la que llevamos hemos interrogado a demasiada gente. También he conseguido fruta en un puesto de barberos. Y esto —enseñó una diminuta pastilla triangular de color terrosa Fedra tardó un poco en identificarla.

—¿Drogas?

—Es uyandhi, una variedad adulterada del gak.

—Dios mío.

—No me fío de estos narcóticos mal manufacturados, pero no tenemos elección. Esta basura puede estar contaminada con tantas sustancias alucinógenas que tal vez ni surta efecto.

—¿Para qué la quieres, si se puede saber?

—Para rastrear a tu padre... ¿Esa es la única cama? —dijo Evan, señalando hacia el somier. El colchón aún no había recuperado su forma original desde que Fedra se había levantado.

La becaria desapareció dentro del ínfimo lavabo con un portazo.

—Bueno, supongo que podremos compartirla.

—Ni lo sueñes —dijo Fedra desde el otro lado de la puerta—. No quiero que te acerques a mí. Duerme en el sillón.

Evan giró la cabeza en todas direcciones, buscando esa pieza del mobiliario. No la encontró.

—Está bien, pero al menos ven a probar algo de comida. Debes de estar muy hambrienta.

—¿Ahora eres amable con tus rehenes? Menuda novedad.

El soldado se recostó sobre la cama, sintiendo cómo se hundía peligrosamente. Era preferible dormir sobre el suelo. Tras depositar la pastilla sobre un cenicero, se incorporó y se cambió de túnica, aprovechando que Fedra aún se peleaba con la cadena del inodoro.

—Me he dado cuenta, ¿sabes? —dijo ella. Evan sacó la cabeza por un agujero de la prenda equivocado.

—¿A qué te refieres?

—A lo de tus poderes. Eres como un perro de presa, olfateando cada minuto el Metacampo en busca de su rastro.

—Muy perspicaz —susurró el hombre. Ella no le oyó.

—Así fue como me encontraste en la fiesta, ¿no? Me utilizaste para llegar hasta el ninot, y luego nos secuestraste a los dos. —Hizo una pausa—. ¿Para quién trabajas? ¿Para el Concilio Pentaísta? ¿El Instituto Anjou? ¿Algún grupo de presión política auspiciado por la Enmienda de Derechos de presencias parahumanas?

—Estás equivocándote —avisó Evan, colocando un almohadón sobre la raída alfombra. Una fría corriente de aire atravesaba los carcomidos tablones del piso.

—Seguro. Lo que más me intriga es que me llevaras también a mí en la pinaza. Si lo que querías era el programa, ya lo tenías antes de venir a mi habitación a colocarme un traje EVA y arrojarme al espacio. ¿O es que todavía te soy útil? ¿Quieres datos sobre el código fuente? Tengo que darte una mala noticia, si es que se trata de eso: yo no conozco los accesos al kernel. Ni una mísera contraseña. De eso se encargan los chicos de estructuras genéticas.

—Te repito que no tiene nada que ver con eso —insistió el soldado.

—¿Ah, no? ¿Y con qué, entonces? ¿Qué vale realmente la pena en ese ninot para que lo persigas con tanto ahínco?

—Tu padre es el Segundo Candidato.

Hubo unos segundos de silencio mientras Fedra asimilaba la respuesta. Su risa

llegó espontánea y acolchada por la madera.

—Ah, claro, así que ni siquiera era vuestra primera opción. Es gracioso. Hasta ahora te tenía como un hombre calculador y despiadado, Evan, pero a todas luces íntegro. No me imaginaba que me hubieses hecho pasar por todo esto porque te falló el primer plan. Es patético.

Evan dejó caer sus posaderas en el piso. Dios, estaba helado.

—Estás equivocada, Fedra.

—Pues por lo menos podrías tener la decencia de explicármelo —exigió la becaria, volviendo a entrar en el dormitorio. Tenía una sábana enrollada en la cabeza y la túnica, vuelta del revés, tapándole desde los pechos a las rodillas.

—Me refiero al segundo candidato para realizar la Convulsión —explicó Evan, con total tranquilidad—. Como sabrás, el Emperador se está desvaneciendo, y los poderes fácticos están trabajando para sustituirle. Varios grupos de cazadores, entre ellos yo, hemos sido enviados a recorrer el Imperio buscando a sus sustitutos, cada uno a expensas de una fuente distinta. Aún no tengo claro cuántas facciones hay, ni qué las delimita exactamente... pero todas parecen practicar un doble juego de secretos y confianza mutua. Es muy complicado para que un simple soldado como yo lo entienda —apoyó la espalda en el somier, suspirando—. Aunque me hubiera gustado hacerlo, no podía decírtelo antes. Lo siento.

Fedra tardó aún más tiempo en moverse que la primera vez, pero en esta ocasión no habló. Señaló con el dedo al soldado, sonriendo sin gracia y agitando la mano como calando sus intenciones.

Fue hasta la cama y se acostó, dándole la espalda. La sábana desprendió una nube de polvo cuando tiró de ella.

—Muy bueno —dijo, tosiendo—. He de admitir que eso no me lo esperaba. El Segundo Candidato. Y yo pensando en un turno de secuestros. ¡Claro, qué segundo candidato iba a ser si no, el destinado al trono imperial! ¡Qué tonta!

—Te estoy diciendo la verdad. Los hombres que nos perseguían en aquel Incursor formaban parte probablemente del otro grupo de cazadores. No sé cómo demonios lo hicieron, pero me encontraron antes de que pudiera abandonar el espacio digital de Damasco para ir a buscarte.

«Un detalle que me llamó la atención entonces es que ellos no parecían tener clara la identidad que albergaba el ninot. Creo que sabían que el candidato estaba en Damasco, pero no dónde o bajo qué apariencia se iba a presentar. Eso demuestra que el... las personas para las que trabajo, las que me enviaron aquí, poseen datos que no todas las facciones comparten. —Se volvió hacia ella, levantándose—. Eso nos da un escaso margen de tiempo para actuar.

—¿Qué quieres decir?

El soldado se frotó la sien.

—Llevo en mi cabeza... la impronta de tu padre y del resto de los candidatos. Las adquiriré bajo el efecto de un narcosueño inducido por el gak en estado casi puro, en el Palacio de la deoEmperatriz. Hasta ahora había creído que aquella experiencia era fruto de una irrupción directa en mi psique por parte de algún portador o un derivante poderoso, alguien capaz de atravesar mis barreras sin ser notado. Pero ahora creo que fui yo quien penetró en ellos: debí entrar en la mente de alguna identidad abrumadoramente poderosa. Allí dentro encontré iconos que me sugerían monstruos de pesadilla y secretos ocultos, sepultados, cosas que no me gustaría haber visto nunca. Y al final de todo, estaban los candidatos, vívidos y tangibles... sinérgicamente agresivos como recuerdos traumáticos. Eran huellas mnémicas fuertes, grabadas a fuego en mi cabeza desde que fui consciente de ellas. —Aventó con la mano el polvo que había desprendido la cama.

«Ha comenzado hace muy poco —prosiguió—. La Ciudad Pascalina se ha vuelto inestable de repente... Inconexa; lo enturbia todo en cualquiera de sus áreas de influencia. Si quiero hallar a tu padre, debo volver a potenciar mis capacidades con el gak. —Evan cogió la pastilla del cenicero y la observó con respeto, como el que sopesa el perfil de una bala—. El uyandhi podría provocar una reacción nociva, tóxica, potenciando mi sensibilidad rastreadora pero envenenando sus herramientas. No sé cómo reaccionaré una vez esté en trance.

—Y para eso necesitas mi ayuda.

—Necesito que seas mi guía en el plano real. —Evan desenrolló la cuerda de teca y lentamente, fue atándosela a las muñecas—. Algo muy inusual ha ocurrido en el Metacampo, y está alterando gravemente las estructuras mnémicas. La Ciudad Pascalina está cambiando su geometría espontáneamente. Debo entrar en ella para localizar a tu padre a través de su marca geodésica. Esa será la manera más rápida, pero...

—La droga te puede volver hipersensible a los cambios —comprendió Fedra—. Es una locura. ¿Pero por qué está ocurriendo? ¿Por qué se desintegra?

—No lo sé —dijo Evan, ya parcialmente sujeto al cabecero de la cama—. Ha debido ocurrir un cataclismo. Algo totalmente nuevo y perturbador que está sacudiendo el sustrato del Metacampo.

Fedra lo contempló preocupada, mientras le ayudaba a sujetarse.

—Estas cuerdas no son para tu propia seguridad, ¿verdad? —preguntó.

—No. Son para la tuya. Es posible que, si pierdo estabilidad, alguna parte más... agresiva de mi cerebro tome el control momentáneamente.

Fedra parpadeó. El soldado de tez oscura yacía frente a ella, atado a la cama y a punto de entrar en un estado de narcolepsia que podría resultar fatal. La idea de la fuga pasó por su mente instantáneamente; correr, dejarle solo ahora que estaba indefenso. Coger la pinaza y huir... o entregarse a las autoridades locales para que la

repatriaran. El abanico de posibilidades era tan inmenso como tentador.

No.

—¿Qué? —Fedra dio un respingo.

No lo hagas. Tú eres la única que puede ayudarme. La única que puede ayudar a tu padre.

—Tú no sabes nada de mi padre —espetó la becaria, subiéndose a horcajadas sobre él. Su mano agarró con fuerza el cuchillo de cocina y lo acercó a su pecho. La hoja estaba astillada en pequeñas fisuras oxidadas.

—Sé más de lo que tú misma has descubierto —susurró Evan—. Sé por qué tu padre ha derivado a esa personalidad desde el patrón original aleatorio del ninot. Fuiste tú, Fedra... o Delian, antes de morir. O el que te programara durante la transcripción Alma que copió tu mente en ese cuerpo cibernético.

—¿Qué estás diciendo? —dudó Fedra, acercando el cuchillo al cuello de Evan. De soslayo observó la puerta, tan cercana que podía alcanzarla de un salto. Absorbió con intensidad todos los fragmentos de la vulnerabilidad y el peligro específico que él proyectaba.

—Déjame que te enseñe quién eres —dijo Evan, y penetró violenta, casi dolorosamente, en el cerebro sintético de la mujer...

... hasta aquella noche en el hotel, la última vez que había visto con vida a su padre, tendido en una cama bebiéndose una extraña solución alquímica. Cuando Delian se acercó a su oído y le susurró una despedida secreta, un último obsequio que debía valer por la vida que podía haberle dado en el futuro. Fedra, una niña entonces, aceptó el adiós y abandonó el lugar con la mente puesta en su propio destino. Luego, el accidente, el terrible desengaño. Su cuerpo destrozado bajo una amasijo de hierros retorcidos y cables quemados. Las heridas llenas de metal fundido, ardiendo como el Infierno.

... y el momento en que despertó en el tanque de reanimación, desnuda, vulnerable, mojada con el sudor del nacimiento. Su cuerpo tenía dieciocho años, una madurez que su mente iba a tardar un poco más en alcanzar. Las primeras sensaciones (frío, calor interior, dolor en los nervios que chirriaban contra el entorno) sacaban a su adormecida consciencia de un lecho de néctar, de un mundo amniótico de búsqueda interior. Se vio a sí misma ponerse en pie con dificultad, patosa, sin gracia ninguna, ayudada por dos robots que eran todo brazos y manos, mientras su cabeza caía por el cable y llenaba los recovecos de aquel cráneo sintético como agua vertida en un cántaro.

... y las pesadillas que la arrojaron al final de cada ciclo de la máquina de defragmentación, fotogramas censurados de una vida anterior. Un cuadro pintado con sangre. El aprendizaje a base de recuerdos de lo que fue una vez. Fedra, la nueva Fedra, siendo instruida por estos recuerdos sobre lo que debía hacer cuando volviese

a encontrar la oportunidad de regresar a aquella extraviada habitación del hotel. Una cena posterior y el primer amante, un hombre parecido a su padre que susurraba cosas extremadamente hermosas a su oído, pero cuando trataba de conectar mentalmente con él para ser partícipe de su ego, de su Id, de sus más profundos pensamientos, era rechazada. Se pasan un plato de cerezas. Dos copas de champaña y un brindis por una promesa improvisada. Ella se vuelca en abrir todos sus secretos al hombre que ama, emite las ondas de pensamiento correctas y sigue los protocolos, pero no obtiene respuesta; el otro se mantiene distante y misterioso como un sueño. La sal. Acaba la noche y hay sexo, pero no es un acto pletórico. Con sus piernas abiertas y entre jadeos y sudor ácido, ella tiene un orgasmo sin saber por qué está tan vacía por dentro.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, los ojos clavados en la nada.

Evan tensó las cuerdas. Notaba la pastilla del gak adulterado diluyéndose en su paladar. Sabía a ajeno.

—Jamás pudiste contactar con otro Id porque nunca tuviste uno en tu cabeza —explicó—. Por eso yo no pude entrar en tu fragmento particular de la Ciudad cuando te encontré en Damasco. Lo que tienes en tu cabeza, Fedra, lo que llevas transmitiendo toda tu vida, es tu padre.

—No sigas —tembló ella—. Lo que dices no es posible.

—Una mujer que sólo existe tras ser reconstruida como clon de algo que no puede recordar si fue real... Es gracioso. Sabías que llevabas algo más que no eras tú en el cerebro, y lo llamaste Id, pero nunca pudiste encajar. Nunca has entrado en la Ciudad, por mucho que lo has intentado, porque tienes la cabeza llena con otra cosa. Con los datos sobre la transcripción Alma que verdaderamente se hizo en aquella habitación de hotel. No la tuya, sino la de tu padre.

—¡Cállate! —amenazó Fedra, hundiendo unos milímetros la hoja oxidada del cuchillo en la garganta de Evan. Una gota de sangre relució bajo la zoetrópica luz de la ventana.

—Eso fue lo que ocurrió —prosiguió Evan, impertérrito—. Delian no se suicidó pintando aquel cuadro. Usó su cuerpo para hacerlo, para plasmar todo lo que él era en aquel lienzo. Pero tenía miedo a la muerte Y te creó a ti para que le ayudaras a seguir existiendo.

—Eso es mentira... —balbuceó la becaria, sus ojos húmedos por las lágrimas—. Yo existo. Sé quién soy. No soy un sueño.

—Sí lo eres —afirmó Evan, taxativo. Su mente comenzaba a caer hacia un lugar iluminado, lleno de gente y edificios transparentes. La Ciudad Pascalina entraba físicamente en sus sentidos con un estruendo ensordecedor, sofocando todo lo demás—. Nunca tuviste una transcripción Alma, Fedra. Fue tu padre quien se la practicó, y la encerró en tu mente hasta que encontraras el recipiente adecuado donde volcarla. Y

encontraste al ninot.

—¿Cómo estás tan seguro? —gritó ella, llorando—. ¿Cómo lo sabes?

—El... icono virtual de la memoria de traspaso durante la transcripción, en los procesos Alma comunes, cuando se dan las últimas claves de registro...

—¿Qué? ¡Sigue hablando! ¿Cuál es el icono?

Evan vio la Ciudad. Cerró los ojos, haciéndose partícipe de la realidad consensuada de la unión de todos los Ids de aquel mundo, la inverosímil danza de ensueños en que se fundían ellos y sus portadores.

—¡Contéstame, maldito bastardo! ¿Cuál es el icono?

—Un... un hotel de tránsito...

—¡Un...

... chasquido lleno de colores y estuvo allí.

Lo que parecía ser un enorme pene le saludó al llegar. No, no era un pene, sino un edificio que se curvaba en su cúspide hacia dentro, rodeado por dos enormes esferas hechas de árboles de Navidad.

La Ciudad Pascalina se extendía hacia arriba y hacia abajo y adentro de poco y hace un rato en todas direcciones. Evan decidió que era hora de comenzar a moverse, y para ello debía definir primero algunos escalares. El tiempo, por ejemplo; decidió que un pensamiento equivaldría a una unidad, y una decisión a tres, en tanto que equivalía a ponderar varias opciones. Luego se lanzó a explorar.

La ciudad era un agujero en el ojo tuerto de un gigante prometeico, que descansaba dormido en las puertas del Infierno (también la receta para pasteles de crema escrita en una lavadora vieja, pero eso dependía del estado de ánimo del visitante). El soldado entró en un flujo de pensamientos y se dejó llevar, gritando los nombres de todas las criaturas que conocía para conjurar su aparición. Atravesó una tela de sugerencias vocales y cambió de cuerpo para ingresar en una base de datos: una joven con cáncer terminal, castillos de arena custodiados por escuadras de Sementales Araña y derivados. Se permutó velozmente cambiando de nodo; las páginas de datos traumáticas eran las más peligrosas y debía evitarlas a toda costa.

Evan permutó.

Cinco decisiones y dos dudas después, la droga le hizo ver las sensaciones de los emonautas conectados como fotografías transparentes y superpuestas. Estuvo buscando entre ellas mucho tiempo, hasta que encontró una que creyó reconocer: una habitación en un hotel. No, esa era de una mujer que estaba muriendo en ese momento y recordaba a su marido. Evan rechazó el contacto con violencia, no, no quería participar, déjame en paz y muere a solas.

Una bestia del sueño, los Perros de Ménopé (así, en plural), se le apareció y a punto estuvo de arrancarle la cabeza de un mordisco con sus dientes de humo. Evan construyó una muralla de mil kilómetros y los Perros intentó pasar por encima. No

pudo atravesar sus defensas.

Y permutó.

Un espacio vacío lleno de gente que corre. Evan nada contra corriente; los emonautas gritan de pánico y huyen despavoridos. Una mujer quiere que él pronuncie la palabra «faculación», que es el hecho-llave que la hará desconectarse, dejar de soñar, pero el soldado no tiene tiempo, acaba de descubrir aquello que les horroriza: el monstruo. Una sombra con forma de Rorschach (y de mariposa también) que mide kilómetros de longitud y crece en el centro de la ciudad, devorándola. Evan no sale de su asombro, esto no es normal, se dice, es imposible. Algo está devorando la ciudad, matando a sus ocupantes, triturando sus calles, masticando sus almas. Jamás había sucedido algo igual. Evan es atraído irremisiblemente por la visión y comprende que ya la conoce. Le ha visto antes, en Palacio, en la Tumba oculta en el sueño. Es el Enemigo. ¿Quién ha desatado su nacimiento? Muerto de miedo y con el semblante lleno de entendimiento, permuta y alcanza al fin su destino. Un prado verde rodeado por un anillo de cipreses. En el centro, una niña, la niña, a la que ya ha visto una vez y ahora reconoce. Está sentada en el centro del círculo, la cabeza gacha y el pelo ocultando su rostro. Ella le ve y le impide pasar: por qué vienes a molestarme, déjame en paz. Vengo a hablar, dice él, algo está destruyendo la ciudad y escalando al nivel físico con rapidez. Atraviesa las capas y pronto llegará al exterior. Pero la niña no escucha, tiene un mechón de pelo cosido a la muñeca y está matando la hierba del prado con su sufrimiento. Evan siente las olas de odio que le retuercen y le torturan. ¿Qué me haces? ¿Qué eres tú de verdad? Glosopedia, la facultad de hablar con palabras sin significado. ¿Por qué me buscas, cazador?

La niña alza los ojos hacia él y Evan empieza a revolcarse presa de estertores y a gritar, viajando sin control a través de la corriente.

Fedra le sujetaba con todas sus fuerzas, intentando que las cuerdas no se rompieran bajo la presión de los musculosos brazos. El cabecero de la cama vibró y restalló, golpeando violentamente la pared a cada embestida del soldado. Evan parecía poseído por algún tipo de fuerza diabólica, enardecido por drogas químicas que multiplicaban su fuerza muchos enteros.

De improviso, una de las cuerdas se soltó. La becaria la miró con terror, antes de recibir un fuerte golpe en la sien.

Pudo sentir la sangre que manaba de su cabeza mientras caía; de la cama hasta el suelo, un golpe y luego más abajo. Evan que se ponía en pie y avanzaba hacia ella como un diablo vestido de gris, un cuchillo que caía y reposaba cerca de sus dedos. Trató de cogerlo, pero un pie lo lanzó lejos. El soldado chillaba algo en una lengua extraña, alienígena, y en sus ojos brillaba el fulgor de la locura. Fedra notó sus puños caer sobre ella.

Le pareció que el mundo se dividía en un millón de motas de luz, y luego el

olvido.

Capítulo 11

La sonda/remoto que albergaba la conciencia de la capitana Elena De Whelan flotaba inerte en el vacío, cayendo sin remisión hacia una esfera de cristal líquido.

En el Puente Único, el capitán Nesses luchaba por encontrar una manera de rescatarla. Las naves estaban en alerta de ataque, y una pequeña flota de cazas de asalto, lanceros de simetría variable e incursores de energía sólida, volaban en formación alrededor de las naves cuerda y las pinazas de transporte. Luis controlaba las evoluciones del cuerpo real de Elena, la capitana del Alexander, la mujer que le había salvado la vida. El Maestro de Proyección Gunhis Ahl lideraba una frugal exploración en torno al cordón umbilical mnémico que aún mantenía la mente de la joven enlazada con la matriz sináptica del ordenador.

Su expresión no denotaba optimismo.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Acaso no le habían enseñado a medir las consecuencias de sus acciones? El principal requisito para convertirse en capitán de navío era un espíritu práctico, férreo, a prueba de vanidades o deseos personales, una capacidad para tomar decisiones basadas únicamente en cadenas de razonamientos lógicos y en pruebas empíricas. Por eso Brawn gozaba de tan buena fama como profesional, y pésima en lo relacionado con su aspecto humano: él era frío y calculador, siempre pensando en cómo sacar a sus hombres de los peores aprietos aún a costa de sacrificios parciales. Sacrificios que Luis no había sabido medir, como los que atañían a su ego personal.

Ahora, Elena vagaba perdida en el espacio, su mente anclada a un pecio de metal que se desintegraba a medida que lo iba atrayendo la singularidad.

—¡Está atravesando su horizonte de sucesos! —anunció la comandante Nedma, que ocupaba el puesto de su superior en el Alexander. En la pantalla, el remoto/Elena entró en la última fase de acercamiento al fenómeno. Su imagen osciló y pareció cambiar espontáneamente de sitio varias veces.

—No podemos calcular a la vez su estado y su posición. Fluctúa en variaciones cuánticas.

—Quiero un acercamiento —ordenó Brawn, desde el Nairana—. Envíen otra sonda, pero eviten cualquier encuentro que pueda desestabilizar la órbita del remoto.

En torno al núcleo, las hebras de oscuridad se hacían más densas a medida que el icohalo se iba disolviendo. Las figuras de los ríos se diluían y, con cada desintegración o pérdida de significado, la rejilla de torsión de gravedad se hacía más profunda.

Luis Nesses lo entendía. Una imagen daba vueltas por su cabeza alocadamente: la estructura del sistema de ríos la había visto antes, en Delos. Recordó vivamente la última vez que visitó el cañón RR Lyrae, durante unas maniobras; allí, un sistema de

cuerdas de metal líquido aceleradas a velocidades Riemann orbitaban la estrella cortando el monstruoso campo magnético y alimentando los generadores. Era un gigantesco acumulador de potencia, un cañón preparado para liberar esa energía en sucesivos disparos de gran alcance y precisión.

Aquello parecía el mismo sistema. El icohalo se fundía liberando toda la energía mnémica de sus sueños prisioneros, de las imágenes esculpidas en sus remolinos de gas, avivando la fuerza de la singularidad. La esfera de agua también le recordaba algo, pero no sabía qué.

Nedma se envaró, señalando la imagen.

—Lo está atravesando. Comienza cuenta progresiva en cero segundos.

Sin variar su trayectoria, el remoto golpeó la esfera de agua y penetró en su interior. Todos contuvieron un segundo la respiración, pero nada sucedió.

En el Puente Físico del Alexander, Gunhis Ahl sudaba. A su alrededor, su grupo de nueve Navegantes flotaban (espacio real) con las manos unidas, formando un anillo físico y mental. El filamento de conexión con la mente de la capitana pasaba por el interior de ese anillo e iba siendo desenhebrado lentamente, con precisión quirúrgica, en un esfuerzo por traerla de vuelta.

—Bajo ningún concepto debe disparar las reacciones de reconocimiento de patrones que pueda poseer la singularidad —meditó—. Hay que evitar a toda costa que piense en nada.

—¿Qué significa eso? —preguntó el general—. ¿Con qué tipo de fenómeno nos estamos enfrentando?

Gunhis carraspeó, los ojos inyectados en sangre. La algarabía caótica que torturaba los Ids y las metapercepciones era insoportable.

—Es una ventana conceptual primaria, como la que alberga a las IAs nacientes, pero a una escala muchísimo mayor. La cuna está en el centro, absorbiendo el icohalo para fortalecerse y preparándose para el parto. Cualquier pensamiento que genere a partir de ahora la capitana corre el riesgo de concretarse en una imagen, en un... elemento de presión heteronómica, que dispararía el cambio.

—¿Quiere decir que no podemos hacer nada por ella? —preguntó Nedma.

Gunhis entornó los ojos, y se lo pensó muy bien antes de contestar.

—Las... conexiones Alma remotas poseen dispositivos interruptores de emergencia, para evitar filtraciones no deseadas, ¿no?

—Eso nunca —replicó Nesses—. Ni se le ocurra pensar en nada parecido.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —inquirió el general, con su habitual distanciamiento.

—Si esa entidad despierta —prosiguió Ahl—, es difícil precisar qué grado de evolución adquirirá. Su interferencia mnémica es muy potente, sólo comparable a... —enmudeció, y sus párpados se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué ocurre? ¡Prosiga, Ahí!

—¡Hay un nuevo contacto! —anunció un tripulante. Nesses se concentró en su foso.

—¿Dónde?

—Orbitando la singularidad, señor. Es algo... No sabría cómo describirlo... Parece imposible.

Nesses amplió la visualización de la esfera.

Junto a ella flotaba una mujer.

Era una imagen translúcida, fantasmal. Una joven de unos veinte años, vestida de azul y con una larga melena cobriza ondeando al son de vientos imposibles. Se mantenía al límite de la singularidad, sin tocarla, mirando directamente al interior.

Mirando a Elena.

—¡No! —chilló Ahl, penetrando en el foso táctico que ocupaba la comandante Nedma. Los guardias de seguridad le sacaron de allí con rudeza y lo redujeron.

«¡Desconectadla! —se desgañitaba, aterrado—. ¡No dejéis que la vea!

—¿Qué...? —se extrañó Nesses. Y vio que el remoto/Elena, notando la presencia del fantasma, se giraba hacia él.

* * *

Y cruzó su mirada con la del espíritu. Era una chica, de similar edad que la capitana, e infinitamente más hermosa. Sus ojos brillaban con un tipo de sabiduría que ningún ser humano aspiraría a alcanzar en una sola vida de experiencias. Sus labios estaban entreabiertos, y su pecho oscilaba suavemente, respirando con calma la fragancia del vacío. Parecía una diosa, y Elena lloró al verla, porque representaba de alguna forma aquello en lo que a ella le gustaría convertirse algún día: un ángel que no necesitara de cuerpos de metal para navegar entre las estrellas.

La visión elevó su brazo derecho. Lo coronaba una mano a la que le faltaba un dedo. La capitana se fijó en su ausencia, pero notó el resto de sus dedos extendidos hacia ella, pidiendo (¿u ofreciendo?) algún presente. La muchacha sonrió.

Elena no pudo evitarlo. Voces cuyos ecos llegaban por un túnel la impelían a no abrir su mente, a cerrarse en sí misma. Pero el sentimiento de libertad fue más potente.

Auspiciada por la visión, Elena cerró sus ojos, recostó la cabeza sobre las nubes de algodón de la singularidad, y pensó en algo.

* * *

La luz que atravesaba la esfera líquida, procedente de la reflexión de las perseidas

en la nebulosa, cobró consistencia. Primero fue un caudal inerme de energía negativa, luego se astilló en miles de corpúsculos cambiantes e independientes. Los sensores los analizaron y recibieron datos conflictivos: las formas, densidades simétricas de materia oscura, contenían varios estados de significado, todos superpuestos.

El espacio explotó en una nube de monstruos de energía oscura, del tamaño de naves pequeñas, generados desde la esfera de agua. El ordenador los identificó como tetrapectos, entes autónomos con cuatro estados cuánticos superpuestos..

Los cazas fueron los primeros en alcanzarlos. Su dinámica atmosférica se quebró cuando los impulsores de maniobra se expandieron radialmente. Las rémoras virtuales se enlazaron con las conciencias de sus pilotos, ejecutando bruscas maniobras y reorientando sus haces de partículas sobre los blancos.

Bombardearon sin piedad a los tetrapectos, pero cada vez que uno de sus estados de estabilidad se rompía, el siguiente acudía para perpetuarlo hasta que se cumplía la siguiente unidad temporal, y se regeneraban completamente.

La nube de monstruos crecía velozmente a partir de la diminuta esfera de agua.

—A todas las naves —transmitió Brawn—. Usen sus armas sobre el extraño.

Los rayos Hd de las naves madre alcanzaron la singularidad, desintegrándola parcialmente. Enormes globos atómicos surgieron por todas partes, vaporizando los conos de sombra con que cada explosión contribuía a generar las aberraciones.

Ocupada como estaba por el desarrollo de la batalla, la comandante Nedma hizo un enorme esfuerzo por no mirar fuera del foso del Alexander cuando los teleuteranos rehilvanaron hasta allí la mente de su capitana. El cuerpo de Elena sufrió un paro cardíaco y vomitó sangre. Los médicos, ya preparados, se apresuraron a desplegar en torno a su cuello las máquinas de estasis que la mantendrían a salvo de cambios.

Transcurridos seis segundos exactos desde la hilvanación, todo su cuerpo empezó a titilar.

Gunhis Ahl estaba sosteniéndola por un brazo, el rostro lleno de incertidumbre, cuando Elena desapareció de la realidad y volvió una décima de segundo después, unos centímetros desplazada. Su mano derecha y el brazo de Ahl coincidieron, y explotaron en una nube de sangre y tejidos. Elena chilló de dolor, sostenida por los médicos mientras el cuerpo del capellán se derrumbaba. Había perdido un dedo.

Conteniendo las lágrimas, logró articular:

—¿Qué me está pasando?

Al instante, los médicos encerraron su muñón y el brazo del capellán en campos de estasis. Estupefactos, los teleuteranos contemplaron a la joven, que vibraba proyectándose sobre sí misma varias veces por segundo a un ritmo constante.

—¡Ayudadme, por el amor de Dios!—gritaba. Los teleuteranos unieron de nuevo sus mentes y la sostuvieron en el aire telekinéticamente, para que no atravesase el suelo en sus frenéticas teleportaciones.

Nesses la observó desde su foso, incapaz de creerlo. Un fogonazo de luz le hizo trastabillar: uno de los cruceros, el Ejecutor; se vaporizó ante sus ojos, alcanzado por una proyección de la Sombra. Un enjambre de tetrapectos, con sus cuatro estados combinados en rorschachs aprehensivos, se arracimó en torno a los cazas y la nave comandante.

La realidad pareció volverse loca de repente. Rayos que parecían cortes puntuales en la tela del continuo surgieron de la singularidad, y a su paso destruyeron naves ligeras y bombas vivas. Las naves cuerda, alejadas de la batalla varios millares de kilómetros, trataron de apartarse aterradas de las letales descargas de entropía.

El Látigo de Fuerza Skronn, la nave de los astilleros de Mundo Stygma, se convirtió en un proyectil difuso, cabalgando dimensiones entre el espacio real y el Hipervínculo, saltando cientos de veces por segundo en abanicos de destrucción de millones de kilómetros. El espacio en un volumen de un radio planetario se convirtió en una sinfonía programada de estallidos de luz cuántica y destellos de impulsión.

Pero por cada Sombra que destruía, otra aparecía para tomar su lugar, generándose de la misma nada del vacío.

El Nairana, en el centro del torbellino, pivotó sobre sus ejes. Majestuosamente, el blindaje de su panza se descorrió, liberando las ojivas nucleares y sus cunas de lanzamiento, alineadas con la singularidad. Las sombras se acoplaron a ellas instantáneamente, fluyendo por su superficie en espasmos de bidimensionalidad. Uno de los misiles comenzó a moverse, una cabeza con capacidad de salto R, pero desapareció tras un enjambre de tetrapectos que la retorcieron hasta quebrarla.

Un disparo de la singularidad lo alcanzó directamente entre las ojivas, retorciendo el metal en un maremágnum de estados cuánticos posibles: incapaces de aguantar las fluctuaciones, las cargas de hadrones entraron en reacción.

Nesses contempló, impotente, cómo el Nairana se partía en dos con un destello nuclear. Un segundo después, el rostro de Yon Brawn, cubierto de estática, apareció flotando frente a él.

—Tome el mando de la flota —ordenó, jadeante. Tenía la mitad del cuero cabelludo abrasado—. Vuelva a Delos y avise al Almirantazgo de que hemos encontrado a la Quinta Rama. Avise a...

La imagen desapareció. La región occidental del Puente Único quedó sumida en una repentina oscuridad, mientras la mitad posterior del crucero comandante pasaba frente al Intrépido. El capitán Nesses distinguió nítidamente un corte transversal de la nave, con un centenar de cubiertas derretidas expuestas al vacío, exhalando vaharadas de aire en combustión y cuerpos destrozados al espacio como un geiser de muerte.

—Comandante Nedma —murmuró, compungido.

—Le recibo, capitán.

—Prepare el Alexander para retornar al Hipervínculo. Nos vamos de aquí.

A través de la única conexión por foso táctico que quedaba en pie, Nesses vio cómo los médicos se llevaban a la parpadeante Elena fuera del puente del Alexander, a un lugar seguro. Se dio cuenta de que, pese a que jamás sabría en qué había pensado la joven capitana en aquel crucial momento en el interior de la esfera, nunca llegaría a olvidar la figura que ese pensamiento solidificó en la matriz.

Un simple punto negro.

* * *

Fedra despertó con la boca llena de sangre. Estaba tumbada boca abajo sobre el suelo de la habitación, y en su mejilla notaba el áspero roce de las cortinas mecidas por el viento.

Se puso en pie y sintió cómo crujían sus articulaciones. Escupió la sangre coagulada que se había almacenado en su boca y sintió ganas de vomitar. Recordó: miró hacia la cama y vio que las sábanas se arremolinaban en un torbellino naranja junto al cabezal.

Estaba vacía.

Maldiciendo, localizó la túnica limpia que Evan había traído de los telares y se cambió. Hasta ella llegaban gritos y un estrépito de gente que corría y chillaba cosas inconexas desde la calle. Deshaciéndose de la ropa interior, ya manchada, se asomó cautelosamente por una rendija de la cortina. Vio un gran tumulto de gente que se movía con prisa hacia ningún lugar determinado. Muchos se llevaban las manos a la sien, haciendo aspavientos o sacudiendo la cabeza de forma desacorde, como impugnando a gente que no estaba allí.

Pensó en lo que Evan le había dicho sobre la Ciudad Pascalina. Resoplando, fue a lavarse al baño —se arrepintió por enésima vez de que la menstruación no hubiese sido olvidada en algún momento del diseño de su organismo—, se embadurnó la entrepierna con la mayor cantidad de perfumes que encontró en la hornacina y, ocultando el cuchillo de cocina bajo la túnica, abandonó la habitación. El corte en sus labios ardía como una herida llena de sal.

Estuvo andando durante más de una hora antes de dejar atrás el diminuto barrio de Marionetas. La vorágine de impresiones, sonidos, olores y contactos fugaces con la marea humana la sobrecargaba. Era noche cerrada, pero no había estrellas en el cielo; las calles relucían iluminadas por las sucias farolas, reservando la oscuridad para los tenebrosos callejones y las inciertas bocacalles que abrían sus fauces a cada paso.

Con dificultad, pudo colarse por una callejuela estrecha y llegó hasta un canal. El puente que lo vadeaba estaba colapsado de transeúntes y bueyes de cornamenta deforme. A su lado pasaron carretas cubiertas de oropeles dorados y carmesíes, con

cascadas de ornamentos vibrando al son del ruidoso chacoloteo de los caballos.

Entonces vio el Teatro. Fue al correr tras un puesto de ropajes de agua para esconderse del joven que les había indicado la dirección de los esclavistas. Estaba de pie en el centro del puente, observando con el cuello estirado como buscando a alguien. Fedra cruzó la mirada con él en un instante, y luego echó a correr. Oculta entre la gente, le vio aparecer sobre el puente (plop) y husmear entre la multitud. Con el corazón latiendo al borde del colapso, la becaria se deslizó entre unos animales, el rostro oculto por la capucha.

Al llegar al otro lado del canal, dobló con celeridad una esquina y jadeó, apoyándose en una pared para recuperar el aliento. No había rastro del chico, pero notó que algunos hombres desconocidos la miraban. Un perro ladró con furia al extremo de una cadena, el pelaje erizado por el celo. Fedra se lanzó a correr de nuevo.

Salió a una plaza atestada, donde la gente no hablaba consigo misma ni profería alaridos obscenos. La locura colectiva aún no había alcanzado aquella zona de la urbe. Al girarse para preguntar dónde estaba, sofocó un grito de sorpresa. Un demonio medieval la contemplaba en silencio. La gente rió.

Fedra no apartó la vista de la careta de diablo hasta que se dio cuenta de que era un disfraz. El actor, ignorándola, dio unos pasos de baile y subió al escenario del teatrillo, riendo y recitando unos versos blasfemos. La multitud rugió con cólera disimulada, lanzándole boñigas de buey recogidas del suelo.

Fedra ubicó el lugar: era una farsa, un circo. Los actores se movían sobre un entarimado de madera torpemente construido en un recodo del canal, entre varios almacenes de grano y piezas de motores. Una cortina que el viento apartaba sin remedio hacía de pared entre los camerinos y el escenario, dejando ver cómo los figurantes se cambiaban con prisa y enseñaban sus piernas y trasero pálidos como leche de cabra ante la hilaridad general.

Iba a continuar su camino cuando vio a Evan. Fue un acto reflejo, de reconocimiento instantáneo. Le distinguió con un estallido de alegría, seguido de vacilación: el soldado estaba vestido como uno de los actores, esperando su turno de salir a escena tras las inquietas cortinas. Lo habían caracterizado de esclavo, con grilletes de corcho y un collarín con púas de cartón en el cuello. Todavía conservaba aquella mirada perdida, la expresión lánguida como la de un hombre sin mente propia.

Restregándose el corte del labio con la manga, Fedra se abrió paso entre la gente. A duras penas llegó hasta el escenario, y comenzó a lanzar gritos al soldado. Evan la ignoró, la vista clavada en el danzarín travestido, que era una hoguera de fuego blanco en el centro del escenario. Algunas boñigas extra cayeron sobre él, acompañadas de risas y comentarios soeces.

Fedra encontró una escalera guardada por un aburrido guardia pretoriano que bebía cerveza. Se abrió paso hasta él sintiendo cómo las pavesas de las hogueras danzantes saltaban sobre sus mejillas y su traje.

De repente, alguien la asió por el hombro. Aterrada, la mujer se giró. Su corazón se paralizó cuando sus ojos encontraron las heladas pupilas del joven de la calle del Telar. Éste sonreía con sorna: necesitaba una dentadura nueva.

Fedra trató de desasirse, sin éxito. Dos hombres con caretas sonrientes aparecieron a su lado y la aferraron con fuerza.

—Vaya, vaya —siseó el muchacho, exhalando su pútrido vaho en el rostro de la chica—. Buenas pelastras nos van a chigar por esta ratita...

La becaria gritó, suplicando ayuda a la gente que les rodeaba. Algunos viejos la miraron con lástima.

Los hombres la arrastraron hacia la escalera custodiada por el pretoriano. Fedra sintió con asco cómo varias manos anónimas la agarraban con brutalidad por los senos y la tocaban entre las piernas. Alguien encontró el cuchillo que escondía y se lo arrebató, como quien le quita un juguete a un niño. La condujeron escaleras arriba, entre bambalinas, al camerino donde se cambiaban los actores. Era un lugar frío yapestoso, lleno de estanterías vacías, resmas de pescado podrido y trajes de princesas.

La soltaron en el suelo. Ella se desgañitaba con el rostro surcado por las lágrimas. Escuchó rasgarse su túnica por muchos sitios. El frío de la noche invadió sin piedad las partes de su cuerpo repentinamente expuestas. Distinguió seis o siete dialectos distintos, susurrados con prisa cerca de su oído. No podía precisar cuántos hombres había exactamente a su alrededor, pero oía risas y sentía manos y bocas que escupían saliva y tabaco en sus pechos y su cara. Gritó cuando las ropas que cubrían sus piernas y cintura desaparecieron.

Ya no quedaban lágrimas en sus ojos enrojecidos para aliviar el dolor que laceró su vientre cuando el jovenzuelo del Telar, rugiendo como un cazador con derecho exclusivo sobre su presa, llenó todo su espectro visual con una cara roja y jadeante.

* * *

Le empujaban. Le obligaban a avanzar con rudeza, colocándole en una fila junto a otros hombres de etnias dispares. Evan se despejó un momento, sacudiendo la cabeza.
¿Cómo he llegado aquí?

—Venga, te toca a ti —dijo alguien. Sintió un tirón en las débiles cadenas que le sujetaban las manos, y de improviso estuvo sobre el escenario. Varios hombres vestidos como soldados se enzarzaron en una lucha cruenta llena de sangre simulada contra sátiros y djinns. Se lo estaban disputando a él.

Evan.

Se giró para ver de dónde venía la voz. Vio a un hombre sonriente y obeso, que discutía con otro pequeño y desaliñado sobre unas pastillas que tenía en su mano.

—Tres narks por seis pelastras. Si no tienes cambio te lo procuras.

—Hijo de perra —Te mataré en cuanto tenga ocasión.

Pastillas.

¡EVAN!

Sentía como si tuviera un amplificador muy potente pegado al oído y la gente gritase junto a él. Una cascada de dobles injerencias subvocales le golpeó casi físicamente, haciéndolo trastabillar. Tantas mentes, tantas pasiones...

La droga ya debería de haberse diluido en su sangre, pensó con preocupación. Y estaba afectando a sus sentidos; las aristas que delimitaban los edificios y las personas se movían hacia él como cayendo, cayendo, cayendo desde el Metacampo. La luna se esconde tras fases crípticas, procelosas. Se acerca a este nivel rápidamente...

—¡Eh, el esclavo! ¡Baila!

¿Qué?

—¡Baila, esclavo! Tú eres hoy aquí el bufón, el payaso. ¡El único que puede reírse del Emperador sin morir crucificado! ¡Qué gran poder, qué gran hazaña!

Evan tropezó y cayó. El público rió, coreando su torpeza. Una corona de espinas de oro apareció en su frente. Los soldados estaban arrodillados frente a él y le rendían pleitesía. Otra pastilla cambió de manos.

—Ahora el esclavo es rey. ¿Qué otras maravillas veremos hoy, Señor? ¿Qué más secretos nos reserva la noche? —gritó la tea viviente. Sus ropas cayeron. El actor que había debajo tenía pechos de mujer y fortaleza de sátiro. Su órgano se elevó, enhiesto, dispuesto a clavarse en el cielo. Tenía agujas y aristas afiladas como un arma de guerra.

—¡Baila, rey, baila! —Un tomate se estrelló en su cara. De repente, un momento de lucidez:

La baliza. Siento su presencia. Fedra, a ti también te escucho, oigo tu dolor. ¿Qué te están haciendo?

(dolor, dolor, dolor, dolor, dolor; ya no quedan lágrimas sólo vergüenza quiero morir)

Enfocó la vista y vio que varios actores nuevos habían salido a escena. Uno de ellos era un fantasma, una figura translúcida que hacía de Hamlet en aquella tragedia. No, de Hamlet no. Del fantasma de su padre muerto.

Era una imagen llena de grano, inconstante, parpadeando veinticuatro veces por segundo. Como una proyección hecha a partir de celuloide primitivo: sulfuro de plata. Estaba en blanco y negro.

La sensación era muy fuerte ahora. El holovóder/padre de Hamlet emitía la señal

de baliza. Llegaba a él con claridad desde el Metacampo gracias al extracto de gak. Él era el padre de Fedra, el ninot. No un clon como los que había en la piscina, sino uno de los holos que había detrás.

Fedra...

Su grito de auxilio le arrastró con armónicos de pavorosa impotencia, con imágenes texturadas de sangre y vergüenza. Ya no era una mujer, sino un animal, un recipiente para el odio y la semilla bastarda de una docena de hombres, un trozo de carne que se retorció en el suelo manchado de barro y semen.

¡Fedra!, exclamó algo al fondo de su mente, haciéndole reaccionar.

Propinó un empujón al soldado que le escoltaba y le arrebató el gladio. Con un grito se lanzó hacia el hombre obeso y le golpeó con fuerza en el pecho. Sin aliento, el gordo se derrumbó. Las pastillas saltaron de su mano a la de Evan, que las hizo desaparecer en su boca con una arcada. Burbujearon derritiéndose en su lengua como esporas de ácido.

Evan reconoció el sabor predominante del uyandhi, la misma mezcla que le estaba destrozando la cabeza, potenciando sus sentidos mnémicos hasta más allá del umbral de dolor. La nueva dosis se sumó a la anterior, haciendo físicas, casi tangibles, las cortantes aristas de las impresiones telepáticas que ya no podía dejar fuera de su cabeza.

Recordó. A Fedra. Y lo que había visto en la Ciudad Pascalina: el horror que estaba a punto de desatarse.

Dos soldados más cayeron sobre él, furiosos. Sus latidos entraron en su percepción con la fuerza de cañonazos. El soldado aprovechó su impulso para lanzarlos al canal, atravesando el fondo del teatrillo con un golpe sordo. Un demonio de tres cuernos se encaramó a su espalda en medio de horribles chillidos y trató de morderle en el cuello. Evan saltó hacia atrás, cayendo sobre su oponente y utilizándolo como colchón para recobrar el equilibrio. El diablo gimió, mientras ejecutaba un complicado salto en el aire y terminaba dando con la cabeza y el hombro en el suelo, momento que el soldado aprovechó para escurrirse de su presa y clavar su traje al entarimado con la espada.

El cerebro de Evan asimiló la nueva dosis de psicoestimulantes, exacerbando sus capacidades hasta un límite en que se produjo el colapso. La osmosis llegó como un bálsamo precario, acallando de golpe la vorágine del mundo. Lúcido de repente, gritó al aire de la noche e inspiró con energía, reduciendo el ritmo de sus latidos. Se sentía despejado y en ese lugar, una pacífica ilusión que no duraría. Calculó que dispondría de apenas veinte minutos antes de que la homeostasis farmacológica desapareciera.

La sacudida mnémica de horror de Fedra casi se había apagado. De dos zancadas entró en el guardarropa, sorprendiendo allí a cuatro hombres y un niño de unos diez años. Estaban montando por turnos a la joven, casi muerta, sobre una mesa de

madera.

Asió un bastón de comediante de un armario y lo partió en la cabeza del hombre más cercano. La mitad del caño que quedó en su mano, astillada al extremo, encontró su lugar por debajo del esternón del segundo. El niño corrió despavorido, subiéndose con torpeza los pantalones.

Un anciano con menos inercia que él, encorvado pero membrudo, le plantó cara amenazándole con el oxidado extremo de un bastón. Evan le aferró el brazo colocándose dentro de su radio de golpe, y lo llevó hasta un ángulo imposible en que el envés de la mano casi tocó el hombro. El viejo gritó de dolor, desplomándose a sus pies.

El joven del Telar, con los genitales aún al aire y manchados de sangre, blasfemó en voz alta y sacó un puñal de su camisa. Se movía rápido, cambiando la hoja de mano a mano con difusa velocidad. Sin embargo, sus pies estaban todavía enrollados torpemente en los pantalones. El soldado fintó sobre su eje y disparó en un arco su pierna, golpeando las rodillas de su adversario. El joven cayó hacia delante sobre el torso de su oponente, que lo recibió con una presa veloz dirigida a su cabeza. El cuello del muchacho se partió antes de que su cuerpo terminara de chocar contra el suelo.

Comprobando que no quedaba nadie más en la habitación, Evan recogió a Fedra. Los automatismos de control hormonal de su cuerpo, independientes de la voluntad, la mantenían con vida, pero sus pupilas estaban diluidas, casi exánimes.

Cubriéndola, la cargó sobre su hombro para disponer de un brazo libre y bajó las escaleras hasta la plaza. Un puntapié directo a la mandíbula quitó de en medio al pretoriano borracho que las custodiaba.

Penetraron con facilidad en la multitud. Nadie les miró a los ojos ni se preocupó por detenerles; la mayoría parecían repentinamente preocupados por lo que sucedía en sus cabezas. Había gritos, voces de auxilio y el estruendo de cientos de túnicas al rozarse con prisas. Evan se alarmó. Las impresiones mnémicas le llegaban tenues y distorsionadas, pero notó que los sismos del Metacampo eran más fuertes que nunca.

Recordó la lúgubre sombra de aquella cosa que vio devorando la Ciudad Pascalina. Había recorrido su camino hasta el estado de fisicidad energética en menos de una hora.

—Ya ha empezado —murmuró.

Miró hacia el escenario y localizó a Delian. A su través corrían y bailaban los demás mimos, ejecutando cabriolas azarosas y desligadas de la cadencia musical de la orquesta. Evan empezó a abrirse paso hacia el escenario cuando un enorme seko, un escudero de esclavistas, le cerró el paso. Era un hombre grande y rápido: casi no tuvo tiempo de dejar a Fedra en el suelo cuando lo tuvo encima. Un puño de acero se hundió en sus costillas, astillando algunas. De su boca manó un borbotón de sangre,

manchando su disfraz de esclavo. Brazos poderosos le agarraron por las axilas y el torso y lo alzaron.

La becaria, inmóvil, permanecía tumbada en el suelo, con la mitad del rostro sumergida en un charco.

—Me ha costado mucho esfuerzo encontrarte, hijo de una zorra —siseó una voz a su espalda. Los sekos giraron a Evan para que pudiera contemplar a su verdugo, el mestizo al que había humillado en las termas—. Ahora vas a explicarme por qué tenías tanto interés en aquella captura.

Una lluvia de puñetazos y patadas comenzó a caer sobre el soldado. Su ojo izquierdo se nubló en un estallido de luz blanca seguido de un espasmo de agonía. Evan cayó al suelo escupiendo sangre.

El mestizo le apuntó con una caja de música, sonriendo, y presionó un resorte invisible en una de las caras. El cubo se abrió con una nota estridente, y de él surgieron varias langostas de patas erizadas de púas. Enloquecidas por la frecuencia del sonido, saltaron sobre el cuello y el mentón del soldado y comenzaron a abrirse paso hasta el hueso, devorando la epidermis.

Evan aulló, sintiendo cómo el veneno de sus pinzas quemaba en las arterias.

—¿Conque querías arruinar mi negocio, verdad? —escupió el mestizo. Sus lacayos recogieron al soldado, con cuidado de no tocar a las langostas, y lo elevaron a la altura de su cabeza—. Eso es perjurio. ¿Sabes lo que les hacemos aquí a los que perjuran?

Evan movió los labios, y logró esbozar una sonrisa sardónica. Los insectos mostraban sus contornos bajo la piel, agitándose mientras se alimentaban. Logró exhalar un gemido que pareció una caricaturización de una carcajada.

Los hombres le contemplaban estupefactos.

—Es... está riendo —exclamó el mestizo en dialecto. Las langostas sacudieron las patas, lanzando breves chillidos.

No podía creerlo: el dolor debía de alcanzar límites inhumanos, y aquel negro se reía. Gritó enfebrecido:

—¿Por qué te ríes, eh? ¿¡Por qué!?

Evan elevó como pudo la cabeza. De sus ojos manaban dos lágrimas de sangre.

—Esper... —balbuceó, con una arcada—. Espera... dos segundos... más.

Los sekos cruzaron una mirada de interrogación. Dos segundos exactos después, el tetrapecto se materializó.

Apareció cerca de la plaza, apenas a una calle de distancia. En el instante cero se asemejó a un gigantesco murciélago, una sombra parda que se resolvió en una silueta de alas correosas. Luego se estabilizó en una idea concreta: un monstruo enorme e inconexo de múltiples miembros que retorció y emponzoñaba la luz que rebotaba en su abrupta simetría.

Una onda mnémica de incoherencia barrió la zona. Comenzaron los gritos y el pánico, y la gente echó a correr. Fedra despertó entre gritos de dolor al ser pisoteada. Hombres y mujeres corrían sin rumbo, en un acto reflejo de huir para salvar la vida, sin poder escapar de lo que bullía en sus cabezas. Sus Ids se retorcieron y aullaron: tomaron las sensaciones que reverberaban en sus psiques y las multiplicaron por cien, haciendo de cajas de resonancia de todo el horror y la muerte desatados en la plaza.

El esclavista, que gritaba de dolor bajo la presión de su Id, no vio cómo Evan lanzaba la cabeza hacia atrás, golpeando al seko que lo sostenía. El hombre cayó, deshaciendo la presa con desconcierto. Evan, ya libre, se arrancó con furia las langostas de la cara y las introdujo en las bocas de sus captores, aplastándolas. El veneno ocre manó de sus labios mientras penetraba en los tejidos e hinchaba las lenguas.

Ignorando sus aullidos, Evan se abrió paso hasta la becaria.

—¿Estás bien? —preguntó, asiéndola por los hombros. Fedra asintió, confundida.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo con un hilo de voz.

—Ya estás a salvo. Ahora salgamos de este infierno.

—¿Y mi padre?

—Creo que... ¿Delian?

Los dos miraron hacia el escenario. Desde allí, y flotando sobre la muchedumbre, caminaba hacia ellos una figura fantasmal ataviada con ropas medievales. El holovóder se mantenía a una distancia de menos de un metro por encima de la gente, de modo que sus pies avanzaban con andar relajado sobre un mar de cabezas. Mantuvo la vista clavada en Fedra hasta que llegó a su lado. Evan reconoció la misma mirada arrobada con la que ella había contemplado el espacio virgen de la singularidad, el pozo koffkiano del que había surgido.

La visión elevó su mano y acarició sin tocar la mejilla de la joven. Durante un instante, unas líneas negruzcas verticales chisporrotearon en su contorno, como las interferencias de la vejez en una película antigua. Ella encontró lágrimas de nuevo, pero estas fueron de éxtasis y reconocimiento. El príncipe, cuya capa ondeaba en sentido contrario al viento, movió los labios y vocalizó el nombre de su hija:

—FEDRA.

La mujer asintió.

—Es Delian —dijo, ahogando un sollozo.

Varias cosas sucedieron a la vez: un edificio cercano se desplomó sobre el teatrillo, astillando las maderas y arrojando a los actores al canal en medio de un estruendo de cascotes y humo. Los que aún quedaban en la plaza vieron con terror cómo un ala gigantesca se expandía distorsionando la realidad, doblando la luz y estirando el espacio. De ella salían despedidos rayos de algo que alteraba el orden del plano físico, deformándolo y cambiándolo de naturaleza con brusquedad

aniquiladora. Uno de estos rayos impactó sobre la multitud, y las aterrorizadas personas dejaron de serlo. Sus cuerpos se retorcieron al ser lanzados hacia otro punto del continuo espacio tiempo, mezclándolos en una horrible mezcla de decenas de cosas que podían haber sido. Evan vio cómo una mujer y su hija desaparecían bajo su mortífero resplandor, y la niña era lanzada de regreso al vientre de su madre en una explosión de coherencia física y sangrienta imposibilidad biológica.

Fedra cerró los ojos. El holograma estaba de pie, frente a ella, manteniendo una conversación silenciosa en una frecuencia que nadie más podía escuchar. La mujer entrevió una puerta, y a través de ella una lejana habitación de hotel, un cuadro y una caricia.

Un circuito se cerró en su cabeza. Radió los códigos de frecuencia que había redescubierto durante la experiencia con el ninot, y dejó fluir su mente, realizando una transfiguración desde Fedra a una iteración urgente y descabellada: Delian.

Con un último suspiro de paz, la mujer se desplomó en brazos del soldado. Evan buscó desesperadamente en sus ojos un rastro de cordura, un destello que confirmara que aún había algo de Fedra en ellos, pero fue inútil. Las pupilas, desvaídas, contemplaban con indiferencia su amoratado rostro.

Evan se volvió furioso hacia el ninot y lo reconoció. La impronta clavada en su mente quemaba como metal candente: era él, el Segundo Candidato, ahora profundamente coherente tras haber completado el ciclo de muerte y resurrección.

Quiso matarlo, humillarlo, volcar en él toda su furia e impotencia. Pero el cadáver viviente, aún funcional de Fedra pesaba en sus brazos como un argumento incuestionable: ella había muerto para que él pudiera vivir.

—¿Eres Delian Stragoss? —preguntó, rechinando los dientes. El ninot no contestó, pero se miró las manos como reconociéndolas por primera vez. Sus manos.

Evan asintió y, sosteniendo con firmeza el cadáver de Fedra, se marchó de regreso a la nave seguido por el fantasma de un hombre muerto.

* * *

El periplo fue duro y agotador. Una hora después de dejar el teatro llegaron a un altiplano, un cruce elevado de caminos entre varias solanas practicables desde el que divisaban el muelle en el que permanecía anclada la pinaza. El edificio, un tabernáculo erizado de viejas antenas y cables eléctricos, surgía por encima de las fachadas de los bloques circundantes. Evan hizo un alto al llegar, encaramándose a un aljibe perforado, y contempló el amplio paisaje que se extendía bajo él.

La ciudad era un caos.

El corte tridimensional del tetrapecto era más grande que los edificios que lo circundaban. Se expandía como cayendo hacia su centro engañando los sentidos,

disminuyendo su volumen y creciendo a cada segundo.

La multitud huía despavorida, luchando por pisar al que se rezagaba, chillando en cientos de dialectos. Los misteriosos rayos que surgían del ser devastaban edificios y callejuelas, lanzándolos hacia estados aberrantes de su existencia con los que se fundían en violentas malformaciones. Los EVs que aún podían volar describían giros hacia el interior del pozo de influencia del monstruo.

El hangar que albergaba la pinaza se encontraba relativamente cerca, a apenas tres calles de distancia. Unos fuegos aislados salpicaban el recinto, y una densa humareda sorteaba el muro sur, desde los depósitos de fluoloretano que se usaban para limpiar los motores de los transportes. Llegar era imposible. La distancia entre fachadas hacía muy difícil saltar, y no había forma de avanzar transversalmente en el nivel calle.

Evan asió con firmeza el cuerpo de Fedra y bajó del aljibe. No sabía por qué, le dolían mucho los ojos.

De repente se escuchó una ensordecedora detonación; la onda expansiva levantó el polvo de la terraza de un latigazo.

Delian miró hacia el monstruo, dejando que los pedacitos de cemento de la cornisa volaran a su través.

Una gigantesca nube de polvo y cascotes se elevaba más de cien metros donde antes estaba la silueta. El bulevar se desplomó con el estruendo de un terremoto, sepultando el canal bajo montañas de escombros. Un amplio paseo colapsado de gente y transportes tirados por animales fue lanzado al aire de un estampido, se astilló y desapareció en la nube deshaciéndose como arena.

Evan vio los rayos casi verticales caer del cielo y hacerse visibles en el polvo del ambiente, lanceando la superficie del planeta en torno al tetrapecto, partiendo el sustrato de la ciudad con fuerza devastadora. Alzó la vista al cielo y descubrió un racimo de tímidas estrellas apenas visibles más allá de las nubes, colocadas en formación. El bombardero de simetría extensible que orbitaba el planeta había desplegado sus lanceros en configuración de araña, disparando a la superficie desde varios arcos con efecto devastador.

Ya dan por muerta a la población, pensó.

—¡Sigamos avanzando! —gritó el soldado, echándose el cuerpo de la becaria sobre los hombros.

Evan analizó la situación con su ojo sano (el otro era un bulto de carne enrojecida y casi inservible), y se acercó a un racimo de cuerdas que colgaban entre los edificios. Estaba pensando en una forma de usarlo como puente cuando miró abajo: en el suelo, a escasos cinco metros, yacían los restos de un EV. La mitad de su fuselaje sobresalía del interior de un comercio, y sus motores estaban aún en funcionamiento. Evan alongó a la becaria por la fachada y la dejó caer sobre el vehículo. A continuación saltó él, seguido por la figura translúcida del pintor.

Gimió de dolor en el aterrizaje, pero no rompió su concentración. Atravesó la ventana del vehículo con un ladrillo y abrió la puerta. Una mujer desquiciada se le echó encima desde el interior, las uñas engarfiadas buscando su carne. Evan la apartó de un empujón y entró en el deslizador, colocando a Fedra en el asiento posterior. El holovóder de Delian permaneció flotando a su lado proyectando sólo media figura. Evan buscó el contacto y ejerció presión en la barra de altitud.

Con una sacudida, el EV se elevó, rompiendo las cristaleras que quedaban intactas. En unos segundos estuvieron por encima de los tejados, escorando peligrosamente de babor. El ordenador de a bordo enunciaba con voz tranquila una docena de fallos que afectaban a los estabilizadores de empuje. Apretando los dientes, el soldado lo desconectó y empujó la barra de control.

El EV cayó varios metros, golpeó una chimenea y varias antenas del tejado de una ciudadela. El morro se estrujó y perdieron un estabilizador, cayendo medio metro más. Evan maldijo en su idioma natal. Su ojo dañado no le dejaba ver el paisaje más que a través de un velo de sangre; el efecto de la narcolepsia casi había desaparecido y empezaba a ser tan vulnerable a los psicomotos como la gente del Suq. Con enfermiza determinación elevó la proa del vehículo: si debía caer, no sería en aquella cloaca.

De reojo vio cómo una descarga orbital pulverizaba un bulevar cercano, tratando de dañar un apéndice del tetrapecto. El EV cayó hacia un lado sin remisión, golpeando una construcción imprecisa, tal vez una glorieta, y entró en barrena de forma descontrolada. El piloto aferró los mandos con furia, pero el vehículo no aguantó. Perdiendo el último estabilizador, cayeron sobre la muralla exterior del hangar, quedando varados en un precario equilibrio al límite de una pilastra.

Evan salió del EV como pudo. El vóder del pintor flotó hasta él con dificultad. Ya no proyectaba ninguna imagen.

Trató de sacar a la becaria del vehículo pero le fue imposible. Con terror, constató que el fuselaje se había deformado tanto por el impacto que casi la había atravesado, aplastándola en un amasijo de plástico retorcido. Uno de los brazos de la chica colgaba exánime a un costado, emanando borbotones de sangre y un translúcido líquido de color gris. Evan acarició sus finos dedos, sus uñas destrozadas.

A modo de despedida, obligó al brazo a flexionarse y lo dejó apoyado sobre el asiento, como si nada hubiera ocurrido. Como si ella fuese a salir en cualquier momento del vehículo despotricando, insultándole y pensando una vez más en cómo volver a ver a su padre.

Cayó de rodillas. El tetrapecto parecía una madeja de afluentes retorcidos que alimentaban un estanque central de penumbra. Los rayos lo destrozaban inmisericordes, obligándolo a replegarse del estado físico hacia su origen en el Metacampo. A su alrededor yacían los cadáveres insepultos de miles de animales

bellamente enjaezados, cubiertos de escombros y calcinados por las llamas.

Como pudo, el soldado se arrastró hacia el alféizar y se asomó al hangar. La pinaza estaba allí, rodeada por los restos de la muralla. Intramuros, los depósitos almacenados en un hangar voladizo habían reventado, y su contenido ardía sobre la pista como mareas de fósforo. Una lengua de llamas escalaba el tren posterior de la nave y lamía en vaharadas de deflagración los motores de popa. El blindaje había sido perforado.

Evan constató su derrota: la nave estaba inutilizada. Los psicomotos provocados por el monstruo eran más débiles, casi una sombra de su viveza inicial, pero torturaban su cabeza inmisericordes. Junto a él, el silencioso holovóder de Delian flotaba tambaleándose, sus circuitos afectados por la radiación colateral de los Hds. Al menos, pensó, el repetidor empático que enviaba los datos de su función geodésica a las sectas del Sueño se había estropeado; ahora era ilocalizable.

Y Fedra había muerto.

A un solo paso del triunfo, podía ver cómo la última oportunidad que se le había brindado de recuperar a su amor perdido, Laura, se esfumaba como un puente neciamente construido sobre cimientos de humo. Todas las promesas, todo el poder del Imperio... no habían servido de nada. Había fracasado.

Otra explosión hizo tambalearse los cimientos de la muralla. Trastabillando, se agarró a uno de los dientes en forma de lágrima de la cornisa. El EV se deslizó por un costado, cayendo por el borde y consumiéndose en una nube de fuego. El soldado levantó la vista y vio cómo una lanza de luz avanzaba hacia ellos lenta pero inexorablemente, perforando un afluyente de materia oscura del tetrapecto que se arrastraba hacia ellos tratando de escapar del conjunto central.

Evan miró fijamente al interior del monstruo y descubrió un acantilado, un vado inconmensurable, ausente de toda tangibilidad. Podía haber sentido miedo, terror; alguna emoción racional y lógica, de las que resultaban tan apreciadas en una batalla ya que ayudaban a mantener la mente serena y despierta. En lugar de eso, agarró un cascote y lo arrojó con furia a aquel apéndice de negrura, farfullando una amenaza. El proyectil erró, pero le siguieron otros: uno impactó justo en el blanco y en lugar de rebotar cayó hacia dentro, como una piedra lanzada a una sima sin fondo. La singularidad la retorció y transformó, desplazándola secuencialmente de su ahora cronológico hasta deformarla por completo.

El hombre cogió otra piedra más y la elevó por encima de su cabeza, balbuceando amenazas sin sentido. Se acercó peligrosamente al borde, sintiendo que sus piernas no respondían y perdía el equilibrio. El holovóder se interpuso, empujándole con sus campos suspensores para evitar que se desplomase, pero Evan, ciego de ira, lo apartó de un manotazo. La frágil máquina escupió chispas y humo y quedó inerme en la tierra.

El soldado alzó la piedra y gritó salvajemente contra el monstruo, como si pudiera matarlo con aquella primitiva forma de agresión. En sus ojos sólo quedaba la locura.

En ese instante, sus pies perdieron asidero, y se desplomó hacia delante, al vacío.

Pero, antes de que pudiera caer un par de metros, una ráfaga de viento lo arrojó de nuevo contra el vano de la muralla. El soldado se protegió el rostro con una mano y miró hacia arriba, hacia lo que había bajado del cielo.

Abriendo mucho los ojos, reconoció la inmensa silueta del San Juan, aplastando el suelo con la feroz potencia de sus compresores. De su cromada panza surgió un apéndice iluminado, una rampa de desembarque ocupada por soldados. El enorme aparato se acercó lo suficiente al alféizar para que dos de ellos saltaran a tierra. Vestían sofisticadas armaduras de asalto, pero sus rostros estaban al descubierto. Reconoció a uno, un hombre maduro pero esbelto, el mismo que había hablado con él bajo holograma en Damasco, antes de su fuga. El otro, una mujer de hermosa cabellera de marfil, le apuntaba con un rifle EC.

Evan miró a los ojos de su enemigo mientras se le acercaba. No había odio en aquellas pupilas, sino más bien un cierto tipo de respeto. El hombre llegó hasta él y permaneció inmóvil, contemplándole ceñudo, como reprochando su actitud y admirando su tenacidad. Evan agarró como pudo el holovóder, sucio y apagado, y lo apretó contra su pecho.

El otro soltó una carcajada.

—Ha sido una larga carrera desde Damasco —dijo. El soldado trató de enfocar su ojo sano, entre estertores.

—¿Quién le envía? —preguntó el coronel Lucien. Evan escupió algo amarillo sobre el suelo—. Es usted increíblemente terco. Sabe que va a morir, ¿no?

El soldado asintió.

—Deme el vóder y todo será más fácil.

—Esa no es una opción.

—Vamos, señor Kingdrom. Sabe tan bien como yo que todos somos prescindibles aquí. Lo único que importa es el Segundo Candidato. —Enarcó las cejas—. ¿Puedo... preguntarle algo?

El soldado se acercó con lentitud al extremo de la muralla. La comisa acababa en un precipicio de seis metros y debajo, un océano químico de llamas. Los gases irritaban su nariz y ojos, haciéndole parpadear.

—¿Cómo lo supo? ¿Cómo sabía quién era el ninot? —preguntó el coronel.

Evan estudió el rostro de su oponente. Sus pupilas brillaron con vanidad.

—Si me mata... se quedará con la incógnita.

Lucien rió y levantó el arma, una pistola de munición blindada. Dio un par de pasos hacia Evan, pero se detuvo: el soldado había extendido su mano hacia el vacío, y sostenía precariamente el holovóder sobre las llamas.

—Todo lo que buscáis está encerrado aquí —amenazó, con un hilo de voz—. Sus campos de suspensión no funcionan. Si lo suelto, arderá.

El coronel y la mujer de la armadura cruzaron una rápida mirada. Evan sonrió.

—De... nuevo en tablas... Qué ironía, ¿no le parece?

—Muy bien. Usted gana —gruñó Lucien, bajando el arma. Lo último que quería era reducir esa última y definitiva confrontación a un combate dialéctico.

Pero el vóder colgaba en el vacío, y los dedos del Guerrero Espiritu estaban cubiertos de sudor.

—No creo que sepa lo que está ocurriendo en el racimo central en este momento, ¿verdad? —musitó Lucien—. Estas... cosas están apareciendo por todas partes, emanando de los nexos del Metacampo, de todos los enclaves de la Ciudad Pascalina. La flota los combate en todos los sistemas habitados que hay de aquí al Núcleo de Delos.

—Eso no me interesa.

—Evan, sabemos lo del almirante De Palma. Ayer fue arrestado y confinado en los calabozos del Palacio de Invierno. El Servicio Secreto estaba detrás de él mucho antes de que le enviara tras el segundo candidato.

Si con esto el coronel esperaba suscitar algún tipo de reacción en su oponente, no lo logró.

—A mí no me importa lo más mínimo qué puede motivarle a hacer esto —prosiguió—. Lo único que quiero es llevar ese pequeño aparato de vuelta a Delos, para que esta pesadilla termine cuanto antes. Ya se han puesto en marcha los preparativos para la Convolución. —El coronel dio un paso—. La ceremonia debe realizarse de inmediato, o todo se perderá. Todo se desvanecerá en la nada, como si nunca hubiese existido.

Manteniéndose en un segundo plano, Móntez cargó una bala inteligente en la recámara del rifle y fijó el blanco al final de una parábola que impactaría en la nuca de Evan desde atrás, obligándole a caer hacia ellos. Pero Lucien la mantuvo quieta con un ademán.

—La ceremonia debe realizarse ya, antes de que el Emperador desaparezca —explicó el coronel, muy despacio—. Y todo depende de la memoria de ese vóder. ¿No comprende lo que nos estamos jugando, usted, nosotros, todo el mundo? La simple posibilidad de que el Imperio continúe o se desvanezca en una era de caos y tinieblas podría pender en estos momentos de su mano. Por favor, Evan, piense muy bien en lo que está haciendo.

—Yo no quiero destruir este aparato —tosió Evan. Su vista quemaba en sus pupilas—. Mi misión es llevarlo a Delos sano y salvo. Por encima de cualquier otra prioridad.

—¿Qué? —Lucien parecía confundido—. ¿Entonces, por qué...?

—Yo tampoco... lo entendía hasta que atravesé la Ciudad —aclaró el soldado. Un temblor sacudió la muralla, seguido por armónicos de impacto—. Ya sé quién es nuestro enemigo, capitán. Le vi abajo, en la Ciudad.

—¿El Enemigo? Son esas cosas, esos monstruos de energía negativa...

—No —le interrumpió Evan, jadeante. El ruido de las detonaciones era ensordecedor—. Eso es sólo una manifestación. Es Beatriz, capitán. Y Urievitch, y Jürgen, y todos los demás. El Enemigo es nuestro imperator rex.

—¿Qué está diciendo?

—Al principio no lo tenía muy claro. Le vi... en un ensueño, en palacio, pero no le reconocí porque se había disfrazado; llevaba las máscaras de las que están hechas estos monstruos. Proviene de dentro, de lo que va a ser... dentro de poco.

—Eso es imposible.

—Sólo él tiene la fuerza suficiente para crear estas cosas —Evan señaló el apéndice del tetrapecto, que ya bañaba de oscuridad la base de la muralla—. Son pesadillas, ni más ni menos. Pesadillas... tan reales que pueden destruir mundos. Todos los portadores lo sienten de alguna manera: hay una guerra civil dentro de la cabeza del Emperador. Sus miembros están en conflicto abierto, conspirando unos contra otros. Las Logias lo saben... lo sabían desde hace mucho tiempo. Por eso enviaron varios grupos de cazadores, bajo enseñas diferentes y sin saber unos de los otros, pero todos con el mismo objetivo final. Su objetivo no era enfrentarnos entre nosotros —gimió—, sino engañar a los regentes, que por fuerza debían conocer el plan.

Lucien sacudió la cabeza. Era muy inteligente esa última estratagema del...

—¡Escúcheme! —Un hilo de sangre manó de la boca del soldado—. Todas las Logias están unidas, no conspirando unas contra otras, sólo que ni ellas mismas lo saben. Una estrategia subconsciente... El plan para atentar contra los candidatos convolutivos no existe, es un artificio para engañar a todos los estamentos superiores, de la Oficina al Ejército y a las Cámaras de seguridad. Nadie sabe lo que pasa, porque el Emperador tiene ojos y oídos en todas partes, en las mentes de todos los que son portadores. ¿Es que no se da cuenta? —Evan sintió que se le iban las fuerzas; el holovóder resbalaba entre sus dedos sobre una pátina de sudor—: ¡Todos los miembros de las Logias son derivantes!

Una onda expansiva les alcanzó, derruyendo parcialmente la muralla. Evan cayó, los dedos blancos del esfuerzo con que se clavaban en el pequeño aparato.

Lucien saltó hacia él; los dos resbalaron por una avalancha de cascotes hacia las llamas. Iraida gritó el nombre de su superior. El Incursor se alejó unos metros, derivando por la fuerza de la explosión.

Evan se golpeó contra un saliente, quedando suspendido a escasos metros del mar de fuego. Lucien cayó bajo él. Con su último aliento, aferró la mano del coronel,

soltando el vóder, que comenzó a caer hacia las llamas.

Con el corazón suspendido en un latido, Lucien lo vio caer y lo agarró con su mano libre. Todo su cuerpo colgaba en el vacío, precariamente sostenido por la diestra del Guerrero Espíritu. Los segundos transcurrieron en estallidos de agonía, mientras los dedos del coronel resbalaban y los músculos de Evan cedían terreno bajo la presión. Arriba, en algún lugar indeterminado, Móntez vociferaba y les tendía el extremo de un rifle que jamás llegaría a estar suficientemente cerca.

—¡Coronel! ¡Aguante! —gritaba Iraida, dando instrucciones velozmente a la pinaza por radio para que bajase a recogerles.

Pero Lucien sabía que era imposible: ninguna maniobra podría colocar la rampa tan cerca como para no rozar el tetrapecto. En su mano, el holovóder estaba frío. Era un trozo de metal ahusado de un tamaño apenas superior a un palmo, extremadamente frágil y enmohecido. Parecía tan extraño, tan... obsoleto.

Entonces el coronel elevó la vista. Una inusitada placidez invadió su expresión cuando sus ojos encontraron las enrojecidas pupilas de Evan, sesgadas por el dolor. Lucien sonrió, susurrando algo que no llegó a ser audible, y elevó su brazo hacia Móntez.

Iraida no le escuchaba. Viendo que Lucien extendía hacia ella su mano, se alongó para extremar la longitud del rifle, su único asidero. Pero Lucien no trató de agarrarlo: con un ademán, lanzó el vóder hacia ella. Móntez lo asió mientras su mente comprendía lo que iba a pasar.

Lucien se soltó y cayó libremente los últimos metros que lo separaban del suelo, del interior del tetrapecto.

Esto es lo que debe hacerse, transmitió el coronel, y penetró en el frío sustrato que le aguardaba. Iraida gritó.

El cuerpo de Lucien Armagast se fusionó con la oscuridad cuántica del tetrapecto, siendo deformado horriblemente mientras era Lucien, neicuL y nuLcei al mismo tiempo. Su cerebro se deshizo en un caos de impresiones mnémicas, recuerdos, vivencias y tristezas: toda una vida disparada al viento. Imágenes y voces de su hijo y su mujer y él mismo se consumieron como fuegos artificiales radiados hacia quien pudiera escucharlos. Imágenes de una bota pisando un charco, un reflejo que se diluía, ondas que extinguen el significado de toda una vida.

Momentos después, ya no se le distinguía de entre las formas ilusorias que la singularidad circunscribía en el vacío.

Evan logró subir hasta Móntez mientras la nave se colocaba en posición de recogida. La mujer, que sostenía con firmeza el holovóder que contenía a Delian, era una estatua sin expresión. Su boca se abrió para ladrar una última orden, pero se paralizó en cuanto miró a Evan a los ojos. Un rictus de terror apareció en su semblante.

—Dios mío...

El soldado no entendió la causa del espanto de su tembloroso maxilar. Con un gesto, Móntez ordenó a sus hombres que lo condujeran al interior del Incursor.

Evan se sometió, pero no sin antes dirigir una última mirada a los restos del EV que sepultaban a Fedra.

Capítulo 12

El coronel John Connor cruzaba los pasillos del palacio sabiendo que los segundos corrían como saetas en su reloj. Una vez en los sótanos del cuarto nivel atravesó los conjuntos isomorfos de un cristal dinámico de clase seis, exponiendo su identidad a los ojos espía, y penetró en el bunker de las Logias.

El ambiente era febril. La metapresencia se palpaba en aquel domo de doscientos metros de diámetro, colapsado de mística y tecnología. Diversos equipos de vigilantes-Sueño y controladores metaestáticos zumbaban de un lado para otro con atareada celeridad, cerrando arcos de pensadores y completando finos diagramas mnémicos de danzarines en trance. El área había sido dividida en segmentos de geometría cabalística en función de las necesidades de las tres Logias: En la periferia ondulante e integradora se acumulaban los grupos de hilvanación de las Hermanas Bizantynas, cerrados sus anillos con círculos de manos en torno a una gurú central vestida con circuitos y microchips. En los afluentes intermedios flotaban erráticamente Adictos de las Sectas de Soñadores y andróginos perfectos, perdidos en las nieblas de la introspección. En el centro simétrico de la estructura, una Recitadora del Código del Instituto Eisenstain, la bella Inka, defragmentaba su mente para alinearla con las entradas y salidas que requerían los otros paradigmas.

Connor se aproximó al núcleo central de las Bizantynas, donde esperaba Elizabetha Moriani. Vestía un traje ceremonial blanco con un único símbolo fundamental tatuado sobre su pecho. A su lado flotaba una pantalla en la que se adivinaba el rostro de la pequeña Alejandra, sola y expectante en una habitación lejana. Al coronel le sorprendió ver a la imperturbable Elizabetha secándose unas manos sudorosas.

—Creía que estabais inmunizadas contra la ansiedad —dijo, permaneciendo al límite de la Cábala de rituales. Una docena de adeptas canturreaban letanías de alineación con las armonías del caduco Emperador, que estaba viviendo sus últimos minutos.

—Ah, John —saludó la Madre, besándole en la mejilla—. Perdona que no te atienda, pero estamos muy ocupadas.

—Es una comprobación de rutina. ¿Cómo va todo?

Elizabetha exhaló un bufido.

—Es una locura. Los Arcontes ya están alineados y cimentando la Presencia Gestáltica para cuando se produzca el contacto. Las armonías cotejan de milagro.

—Ya veo. Venía a decirte que lo de De Palma sigue estable.

—No me extraña. Pero mejor es no hablar de ello para no forzar la simetría del Continuo. Bastante lío tenemos ya con la madeja probabilística. La realidad entera se está deformando como un tetrapecto.

—¿Y los candidatos?

—Ay, John, ojalá lo supiéramos. Es algo increíble. Se ha confirmado que Sandra es una polivariante focal. Todos los candidatos parten de ella, pero no son fantasmas. ¡Son personas diferentes! Y hay algo más...

La Madre se acercó a él como para mantener el secreto, aunque era evidente que la excitación de las Logias se debía a un descubrimiento compartido.

—Algo extraordinario ha ocurrido con sus líneas de polivarianza —explicó—. El Emperador había comunicado que el segundo candidato sería un hombre que había fallecido, el pintor Delian Stragoss. Pues bien, su presencia nos ha sido devuelta como imagen de interferencia mnémica en una matriz fundamental IA.

—¿Y el tercer candidato?

—Eso es lo importante. Al principio no existía. ¿Te acuerdas de lo que te conté sobre las conjeturas autorrefutables? En todos nuestros sondeos aparecía como una presencia difusa, algo inconexo. Pero ahora ha tomado forma, empujado por la propia búsqueda del candidato en sí.

—El cazador... —comprendió el coronel, alzando las cejas.

—Exacto. Su transfiguración por sobredosis de un clónico adulterado del gak lo ha convertido en algo... inesperado. Ha estado tanto tiempo alineado con las presencias que le inculcamos para la búsqueda que las ha terminado asumiendo como propias. Su conexión mental con Alejandra es fascinante, completa a todos los niveles. Él también... es ella, si entiendes lo que quiero decir. ¡Polivarianzas con foco único!

—Increíble. Así que la alineación es perfecta.

—Desde antes de comenzar la ceremonia. Pero no te confundas, la única candidata real es Sandra; los otros son meros vehículos de estabilización. Sólo están allí para asegurar la existencia conceptual de ella. ¡Pura inferencia estructural! ¿Recuerdas los trigramas de la versión Eisenstain? Todos los procedimientos están vueltos del revés. Al haberle mentido a Sandra sobre el resultado de los tests estamos forzando su predisposición a conectar con las armonías del Emperador, aunque sea incapaz de sentir las. Ella cree que verdaderamente hemos encontrado un dato que la confirma como la candidata principal.

—Pero continúa siendo totalmente ajena al Metacampo.

—No reúne ninguno de los requisitos, eso es seguro. Es absolutamente plana, no muestra signos de alteraciones genéticas ni mnemáticas... Jamás la hubiéramos dejado pasar a la segunda fase en una selección normal. Confiamos en que se produzca alguna transfiguración fundamental a lo largo de la propia ceremonia, algo que aún no hemos visto.

—Nos estamos arriesgando mucho, Elizabetha. La ceremonia sólo se puede intentar una vez, y si nos hemos equivocado...

—Y eso no es todo.

—¿Aún hay más?

Moriani endureció la voz.

—Como sabes, el secreto del acto de la Convulsión siempre nos ha estado vedado. Su mecánica es interna, encapsulada dentro del grupo convolutivo y sus descendientes. No se puede acceder a él desde fuera ni monitorearlo, en tanto que sus energías son tan poderosas que escapan a las vibraciones del Metacampo que podemos sentir. Pero hoy se ha alterado un detalle.

—¿Y es...?

—La naturaleza del segundo candidato. La presencia de Delian es una entidad consciente, pero alojada en un sustrato físico. La hemos almacenado en los ordenadores de efecto túnel más potentes que tenemos, y desde allí la proyectaremos cuánticamente hacia la región del Metacampo donde va a tener lugar todo el proceso, a través de un grupo de mnemoprocesamiento. La física interna de la Convulsión lo necesita para completarse, así que es casi seguro que nos abrirán una puerta desde dentro. De todos modos, el sustrato de la señal sigue siendo una cadena tangible de efectos con imagen en el ordenador; y sus procesos mentales también.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el coronel, intrigado. Las manos de la bizantyna volvieron a sudar:

—Que esta vez vamos a poder mirar.

* * *

¿En qué piensa una campesina cuando está a punto de ser coronada? Para la joven Sandra, la respuesta era obvia: en una vía de escape.

Se encontraba en una torre cuya altura rozaba las nubes, en una alcoba vacía salvo por una escribanía de bronce y una tinaja llena de gak, la sustancia prohibida. Su penetrante olor la mareaba.

Vestía un traje de polímeros de metal que parecía estar lleno de estrellas, unas medias de seda codomana y brazaletes que escalaban por sus brazos jugando con formas laberínticas. Desde la terraza, cuyas cortinas mantenía abiertas para dejar pasar el viento, contemplaba aterrada a sus futuros súbditos. El palacio daba al mar, y sobre la superficie de olas congeladas (detenidas sería una palabra más exacta) para la ocasión, caminaban miles de personas entonando hurras y cánticos de felicidad por el inminente advenimiento de su Emperador, que aseguraría otra era de prosperidad para el Imperio. Formaban un semicírculo de docenas de kilómetros en torno a la costa, como si las olas hubieran adquirido como por ensalmo la textura de una avalancha de seres humanos.

Dos ciudades se habían acercado a mirar: Nerea, vagabunda de las costas del

Poseidonis, espléndida en su arquitectura de plazas espumosas, torres coralinas y calles que cambiaban su orientación bajo la influencia de extrañas mareas urbanísticas; y Celes, un dantesco pájaro de acero y cemento que navegaba entre acantilados de nubes rompiendo farallones de nimbos con su proa de marfil. Ambas estaban engalanadas con luces, fuego y kilómetros de cintas de colores, sus fronteras ocultas bajo un ejército de ciudadanos que homenajearon a la Corona con gestos y chillidos fervorosos.

Millones de personas gritaban enfebrecidas su nombre, y Sandra no sabía qué decir. Medio escondida tras las cortinas, su mente era un vacío estupefacto. Agradeció que aún no tuviera que comparecer ante ellos. Le habían comunicado que la ceremonia de Convulsión se realizaría ese mismo día, pero no cómo ni cuándo. Ni siquiera sabía dónde estaban el resto de los candidatos, si es que los había. Dios santo. ¿Qué haría cuando tuviese que salir ante toda aquella gente? ¿Acaso habría algún rincón seguro en todo el planeta donde esconderse?

Moriani permanecía en todo momento junto a ella a través de una consola flotante, reconfortándola con su eterna sonrisa de madre y profesora. A su alrededor se atisbaba una gran actividad, que la bizantina ignoraba para centrarse en su pupila.

—¿Estás bien, Alejandra? —preguntó desde la distancia.

—¡No!

—Es lo que me temía. Pero no te preocupes: todo está planificado al detalle. Tú sólo tienes que seguir las instrucciones que te di.

—¿Pero cómo superaré la Convulsión? Nadie me ha explicado en qué consiste, ni qué tendré que hacer una vez haya bebido el gak.

Moriani la tranquilizó.

—Mientras menos sepas del procedimiento, mejor será. Ha de ser todo absolutamente espontáneo. No te preocupes por nada ya sabes que tengo una fe ciega en ti.

Sandra torció los labios en lo que podría haber sido una sonrisa.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, de verdad. No quiero defraudar a nadie.

—Y no lo harás.

—¿Qué he de hacer ahora?

Moriani entornó los ojos.

—Sólo permanecer ahí y dejar que los acontecimientos fluyan por sí mismos.

Y desconectó la terminal.

Sólo quedaron Sandra y el resto del planeta. Un busto romano del Emperador, sin facciones y con un único foco a contraluz, proyectaba cuatro sombras diferentes sobre la escribanía.

La joven abrió el puño que mantenía férreamente apretado contra su vientre. En su interior había un mechón de pelo cano, el último recuerdo palpable de su abuelo

que aún conservaba. Había muerto hacía... ¿Cuánto tiempo ya? ¿Un mes? ¿Dos? Aún le intrigaban las palabras que le había dirigido en su lecho de muerte: creía haberla visto a ella, a su nieta, visitándole y diciéndole cosas que jamás había pronunciado, una despedida imaginaria que ahora daría lo que fuese por haber protagonizado.

Todo árbol debe sufrir el invierno, le había dicho: Si quiere crecer alto y sano y estar preparado para soportar el siguiente otoño.

Refranes. Se preguntó qué lección le quedaba a ella por aprender de la vida que no hubiera recibido ya.

Una mano se posó en su hombro. Sandra dio un respingo, pero la presencia no la dejó volverse. Notó cómo la vaharada de un aliento en su nuca le ponía los pelos de punta. Antes de que el joven hablara, ella ya le había reconocido: Gabriel, el representante de la Logia Teleuterana.

—Bonito amanecer, ¿no es cierto? —susurró, medio en voz alta medio sugiriendo en sus gestos—. Es algo simbólico. Lástima de esas nubes lejanas que enturbian el horizonte y medio ocultan el sol. ¿Las ves? Desde luego, los dioses no tienen el más mínimo respeto hacia los asuntos de los hombres.

—¿Qué queréis de mí? —exclamó ella, temblando. Las manos de porcelana la mantenían inmóvil sin ejercer presión.

—¿De ti? —Un cloqueo que sonó a chirriar de cadenas—. Ah, pobre pequeña. Si yo te dijese lo que deseo de ti...

Sandra se dio la vuelta con dificultad, y quedó encajada entre el apuesto joven y la tinaja. Estaba vestido con unas gasas livianas que le hacían parecer un mendigo.

—Las pruebas de metaestática han acabado —dijo ella, con toda la calma y gravedad de que disponía—. El grupo de sabios me ha considerado apta para la ceremonia.

—¿Apta? ¿Qué sabrá una ignorante como tú de lo que es ser «apta»?

—Tengo autoridad para...

—Para hacer todo lo que quieras, sí. Es una facultad encomiable, digna de elogio. Y nada más lejos de mis intenciones que obligarte a usarla, princesa —los párpados del ángel no se cerraban nunca, manteniendo una suerte de nexo hipnótico sobre su presa.

—No... no me llame así, por favor.

—Sólo he venido para aportar mi granito de arena a tu instrucción, mi... capítulo de la lección, en el momento adecuado para que lo asimiles.

Sandra vaciló. El pomo de la puerta parecía increíblemente lejano.

—No creo que sea necesario. Y le he dado una orden. Si grito...

El querubín emitió una risa abrupta, como aplastando conchas con la lengua.

—Vaya, vaya. Vislumbro una amenaza en lontananza.

—... La Guardia entrará de inmediato en la habitación.

El joven se encabritó, apretándola aún más contra la tinaja.

—Quiero que te quede clara una cosa, niña: has sido tú quien ha recorrido millones de kilómetros desde el cenagal donde creciste para escuchar estas palabras, ¿me oyes?

Sandra asintió apresuradamente.

—Así que, ¿dispuesta?

Ciertamente, había algo dentro de ella que sufría en la ignorancia, pujando por descubrir cuál era el secreto sobre su ser que aún no le habían revelado. Al fin y al cabo, no quedaría mucho que aprender que Moriani y Kopelsky no la hubieran enseñado ya.

Temerosa de la respuesta, pero sin poder contener la duda, se arriesgó:

—Sí.

De un tremendo golpe, Gabriel la proyectó hacia una esquina de la habitación. Sandra golpeó la pared, dejando en ella una mancha de sangre.

Incapaz de asimilar el dolor ni las razones, trató de ponerse en pie. Gabriel cogió un abrecartas que reposaba encima de la escribanía y, con letal aplicación, lo hundió en el antebrazo de la joven. Un latigazo de dolor recorrió su espina dorsal con la velocidad de un relámpago.

Sandra gritó, su mano temblorosa suspendida en el aire cerca de la herida. Su atacante la sujetó por el cuello:

—Esta es mi lección, princesa: una lección sobre la vida. Espero que no la olvides en lo que te queda de reinado.

Agarrándola por el cabello, el teleuterano sumergió la cabeza de la muchacha en la tinaja llena de gak. Sandra se retorció agónicamente, sintiendo cómo el líquido mojaba su vestido y penetraba por los orificios de su nariz y sus oídos. No pudo evitar tragar una bocanada de aquel líquido denso y embriagador, que afiló de golpe sus sentidos y quemó las puntas de sus nervios.

En un instante, el Gak rozó con púas de acero los sonidos y las sensaciones provenientes del tacto y el gusto, raspando y friccionando contra su percepción hasta llenarla de llagas y arañazos. Vio sus cabellos flotando a su alrededor, dispuestos en un plano por encima de sus ojos como serpientes muertas en un río de sangre. Sus manos aporrearon y arañaron, sus dedos se encresparon, clavándose en la carne y la ropa de su agresor, sin lograr que éste aflojara la presa. Sus pulmones se llenaron de gak, y la visión se empezó a nublar.

Durante un momento, un único y aislado momento en el tiempo, Sandra miró hacia delante, y creyó ver los ojos de una pantera negra que la miraban desde las tinieblas. Luego, en el breve lapso de un latido, desapareció.

Para entonces, Alejandra ya se había dado cuenta de que sus gritos no habían atraído a nadie; que, después de todas las promesas y todas las enseñanzas, ningún

soldado acudiría a socorrerla. La puerta de la habitación continuaría cerrada, siempre. Con un último estertor, la aspirante al trono dejó de respirar.

* * *

—Ya está hecho —dijo la Madre Moriani, desconectando la burbuja de opacidad psíquica. El coronel Connor la miraba con consternación—. Ahora hay que esperar acontecimientos.

* * *

La VI Flota se había desplegado en puntos equidistantes tras la órbita de la segunda luna de Delos, Mitra, sus cruceros y lanzas de batalla ocultas en vínculos por debajo del espacio real. El Puente Único se encontraba en estado de máxima simulación, y como sumatorio de todas las naves de la Flota abarcaba un espacio similar al de dos estadios olímpicos. Era una inmensa llanura digital con cientos de fosos tácticos chispeantes y hordas de iconos virtuales. Los capitanes y sus falsos ayudantes se mantenían a la expectativa, vigilando en silencio las curvas de los informes de anomalías.

La Flota esperaba.

El almirante Francisco De Palma extrajo un pañuelo de la guerrera y secó el sudor de su frente. Mantenía sus ojos fijos en los hologramas, pero su mente estaba lejos, junto a su mujer e hija, en Delos. Su Id vibraba con los ecos de las ponencias mnémicas de su esposa, amplificándolas tanto que a veces el almirante creía haber oído susurrar a Victoria.

Sabía que se estaba arriesgando mucho; los contactos mnémicos bajo Metacampo estaban absolutamente prohibidos, en tanto que creaban «pistas libres» que las aberraciones podían utilizar para recorrer distancias enormes de espacio, proyectándose desde el linde de la Ciudad Pascalina. Todos los miembros de la flota que eran portadores, y el porcentaje era muy alto, habían recibido dragas de inhibición para que sus Ids no lanzaran descargas mnémicas aleatorias a nivel subconsciente.

—Almirante —llamó una voz. Pertenecía a Gundhal Svonn, caudillo de los Guerreros Espíritu, que le saludó desde su nave.

—Me alegro de que estéis aquí —correspondió De Palma—. ¿Cuántas más naves han regresado del grupo Antártida?

—Sólo un crucero, el Intrépido.

—Nesses.

—Sí, más veintiséis naves cuerda y algunos incursores. Salieron de allí los

primeros sin escolta.

—Es increíble —el almirante sacudió la cabeza, ponderando el desastre de la invasión. Desde las profundidades del brazo espiral llegaban en un goteo constante naves de la flota de Brawn, despojos erráticos del contingente que habían desplegado para hallar a la Quinta Rama.

Francisco no estaba seguro de que la hubieran encontrado, como había informado Svonn desde el Hipervínculo (su nave era la que había llegado primero al rango de comunicación, rebasando por nanosegundos luz a todas las demás). Si era así, ¿cómo podían los seres humanos generar máquinas compuestas de masa negativa? ¿Cómo controlarlas y, sobre todo, cómo hacer que se reconstruyeran a partir de núcleos mnémicos de población? ¿De dónde demonios sacaban la energía?

No, el origen de aquel extraño enemigo debía ser algo mucho más... tenebroso.

Sujetos al casco de las naves llegaban también colmenas dispersas de tetrapectos, arracimados como manchas de oscuridad semiconsciente. Todas las naves habían sido puestas en cuarentena.

—Asegúrese de haber desinfectado su nave —aconsejó—. Los grupos neurales están analizando las entradas y salidas de frecuencias mnémicas de la Ciudad Pascalina. Si hay cambios actuaremos.

—¿Con qué precisión se puede prever una salida de estas... cosas de la Ciudad? —preguntó Svonn. Ramírez arqueó las cejas, meditando con nervio.

—Cuestión de segundos. Prepare el látigo de fuerza para saltar en cuanto reciban la señal; será la primera nave en llegar.

—Aguantaremos hasta que se reúnan todas las Divisiones —confirmó Svonn, y desapareció del Puente, mientras su nave entraba en fase de multisalto. A despecho de la tremenda tensión que eso generaba en los tripulantes, saltarían de Hipervínculo en Hipervínculo por todo el radio de la eclíptica hasta que el enemigo hiciera acto de presencia.

Francisco volvió a pensar en Victoria. Y en Ariadna, su mujer. Las dos estaban en Delos DC, confiando es que él las protegería. Pero su espíritu era un mar de dudas. ¿Cómo podría cumplir esa promesa si ni tan siquiera él estaba seguro de contra qué luchaban? Hasta ese momento el enemigo se había manifestado esporádicamente, sin un plan de batalla específico, tan sólo con ataques enjambre de inusitada eficacia. ¿Qué harían si decidía lanzar un golpe devastador y concentrado?

Todo dependía de la Convolución. Tras sus filas, en el Palacio Residencial, los antiguos Arcontes traspasaban el cetro de su poder a los nuevos aspirantes. En las misteriosas vastedades del Metacampo, un cambio fundamental estaba teniendo lugar mientras ellos vigilaban. Eso era lo único que importaba, por encima de cualquier interés personal o sacrificio. Si el enemigo atacaba e impedía que el nuevo Emperador naciese, el Imperio tocaría a su fin.

Pero si podían aguantar el tiempo suficiente para que la ceremonia se completase...

—Tenemos un contacto —anunció un icono. Al instante todo el Puente se llenó de luz y color como un enorme árbol de Navidad, mientras los diagramas de los fosos se activaban y llenaban de símbolos. Francisco se concentró.

—Denme la posición.

—Grupos neurales en máxima alineación armónica. La anomalía permanece a un nivel muy profundo del Metacampo.

—Todas las estaciones en alerta roja —ordenó con su retumbante voz de oso—. Preparados para atacar al intruso.

* * *

Luis Nesses se unió al Puente Único cuando De Palma dio la última orden. En las horas transcurridas desde que había regresado al espacio einsteiniano, orbitando Delos, su nave había sido analizada hasta el más recóndito centímetro, buscando cualquier nodo de oscuridad que llevaran como polizón. Habían encontrado y destruido cincuenta.

Ahora el Intrépido ocupaba su lugar de nave de gran tonelaje en el anillo defensivo del planeta, justo tras los racimos de bombas congeladas y la esfera de salto R con las macrotaxis exploradoras. Pero Nesses no hacía más que vigilar la pantalla de proximidad, buscando cualquier signo que delatase al Alexander, la nave de Elena, saliendo del Hipervínculo.

Habían iniciado juntos el salto R desde la nebulosa del Caballo, por lo que ambos cruceros deberían haber reingresado en fisicidad estándar casi a la vez. El tiempo de permanencia en los hipertúneles era una función directa de la masa y potencia de desfase cuántico. No había rutas largas o cortas ni obstáculos que sortear: dos naves de idéntica masa y energía tardarían exactamente lo mismo en recorrer el mismo espacio a su través.

Pero Elena no había aparecido.

¿La habrían destruido los tetrapectos? ¿Habrían alterado su función de fisicidad en algún punto del Hipervínculo? Si era así, estaría perdida.

Luis no podía creerlo, no tras lo que ella había hecho por él cuando estaba perdido en el espacio, orbitando la singularidad que había creado las sombras. Si Elena estaba en peligro, ordenaría a su tripulación que se preparara para otro salto y saldría fuera, a buscarla. No importaba cuán grande fuera el espacio; ella estaría allí, en alguna parte.

Entonces se dispararon las alarmas.

* * *

Espasmos de claridad.

Evan Kingdrom, del Principado de Astalus. Soldado, desertor, traidor a su Orden y a la Patria... y hombre de confianza de su majestad imperial, la Arconte Beatriz De León, comisionado para encontrar a su sucesor al trono.

Espasmos de realidad.

Un hospital en Palacio, médicos y enfermeras trabajando para sanar sus heridas de guerra. Para dejarme en condiciones de soportar el interrogatorio, imaginó. Por supuesto, ni la Arconte ni ninguno de los poderes fácticos admitiría jamás su relación con él, ni acudirían como ángeles vengadores a salvarle de las llamas. La hoguera de los justos ardía ya bajo sus pies.

Su ojo izquierdo volvía a funcionar, y los huesos rotos habían soldado; lo sabía por el dolor, el infierno que recorría sus articulaciones aún cuando hacía esfuerzos conscientes por no moverlas. Pero él agradecía el dolor. Había sido su compañero en batallas sin nombre, y le había mantenido vivo y atento en condiciones que habrían destrozado a cualquier hombre. Ahora su viejo amigo le recordaba que seguía con vida, que colgaba del techo de una sala blanca como la nieve sujeto a cables de metal, y que aún tenía una misión que terminar. Había traído al candidato. Había cumplido su parte del trato. Quedaba cobrar su retribución.

Una enfermera, encargada de vigilar la recuperación de su cornea dañada, lo bajó del techo, apartó con agradable ternura la venda que lo cubría y, por alguna razón, comenzó a chillar histéricamente al verse reflejada en sus ojos. Su piel palideció, su pulso entró en una carrera desbocada y luchó por apartar la vista de aquella pupila restablecida por los nanocirujanos.

Cuando la guardia de seguridad entró en la habitación, la dulce joven se había tirado por la ventana.

Espasmos de irrealidad.

* * *

Los diagramas de batalla mostraron cómo una gigantesca sombra ocultaba las estrellas. Acuario, la Osa Menor y Orión desaparecieron tras el enorme disco que se expandía a velocidad relativista más allá de la órbita de la segunda luna.

Todas las naves de la Flota dispararon a la vez las balizas de guiado. Un enjambre de ojivas nucleares de salto R surgió de la panza de los cruceros y desapareció un instante después, para volver a reaparecer junto al disco de nebrura y entrar en mareas de reacciones controladas. Miles de novas espontáneas tendieron una tela de luz en el espacio, oscureciendo el infrarrojo, calcinando el ultravioleta y vaporizando gran

parte del fenómeno en tormentas de rayos X.

El disco no permaneció coherente: tras el primer contacto se dividió en millones de fragmentos, algunos del tamaño de la luna, otros tan pequeños como granos de arena. Las bombas congeladas y los incursores saltaron a la vez hacia su posición. Para cuando llegaron, dos Látigos de Fuerza Skronn ya habían vaporizado en estallidos cuánticos una región de dos mil kilómetros de arista cuajada de tetrapectos.

Las bombas inteligentes volvieron al estado de fisicidad a medio explotar y crearon túneles nucleares direccionados hacia el centro de la Sombra, a través de los cuales se proyectaron a velocidad cegadora los incursores de energía sólida. No realizaron descargas, pero sus contornos se expandieron como aristas afiladas cargados de la cinética del salto. En medio segundo, sus trayectorias se hicieron visibles en la superficie del disco como dilatados senderos de destrucción.

Los cruceros pesados actuaron a la vez, exponiendo sus cunas de lanzamiento al vacío y liberando proyectiles de alcance planetario. Una enmarañada tela de haces de taquiones y partículas más ligeras que la luz les precedió. Salvas de hadrones en panales de impulsos degenerativos peinaron el espacio ganando masa por segundos, deformando cualquier cuerpo semisólido más pesado que una brizna de materia estelar, y rompiendo bruscamente sus enlaces atómicos. El vacío se licuó, distribuyendo finos haces de polvo en larguísimas madejas de líneas que subrayaban los campos magnéticos de los planetas. El espacio se llenó lentamente de circunferencias; de repente, el conflicto estaba librándose dentro de un gigantesco planetario a escala real.

La energía liberada en tres segundos de batalla hubiera bastado para iluminar todas las ciudades de Delos y la Tierra durante un siglo estándar. De Palma, en el Puente del Perseo, podía apreciar el inmenso despliegue en todas sus escalas: el ataque no sólo se producía a nivel físico, sino en todo el espectro energético conocido. Desde las microondas a los suaves impulsos vibratorios que apelmazaban la frontera con el Hipervínculo, se barría cada segmento de muestreo con feroces haces de igual longitud, apantallando todas las frecuencias con tal violencia que las fluctuaciones brillaban con las descargas de neutrinos del sol. Los grupos de satélites que enlazaban la flota, imposibilitados para transmitir en ninguna forma de radiación conocida, tenían que saltar físicamente hasta cada nave con la quisieran comunicar y, manteniéndose a su lado breves décimas de segundo, escribir literalmente el mensaje en su fuselaje mediante impactos de láser.

Pese a todo, no estaban ganando. El enemigo era numeroso.

De Palma analizó el informe de progresión: en cuatro segundos, doscientos ochenta mil kilómetros cúbicos del disco de sombra habían desaparecido. Los tetrapectos de masa negativa, al recibir los impactos de los rayos o las detonaciones nucleares, cambiaban a alguno de sus cuatro estados de realidad consecutivos,

dejando que los otros tres fueran destruidos mientras se refugiaban en el último. Veloces ordenadores calcularon el gasto de energía estimado para vaporizar por completo regiones de tetrapectos de una densidad arbitraria, y estimaron que haría falta una potencia al menos tres veces superior a la desplegada.

El almirante lo sopesó: un volumen tres veces superior. Sólo había un recurso capaz de generar tal cantidad de energía, el cañón RR Lyrae, en la vigésima órbita de geoestación sobre Delos. La diminuta estrella de neutrones parpadeaba en su pantalla, lejos aún del alcance de los tetrapectos, pero algunas ramificaciones del disco ya tomaban ese rumbo.

¿Toman direcciones específicas?

Las sondas exploradoras informaron que la Sombra estaba cambiando, adaptándose a la dinámica del ataque.

—Es inteligente... —observó Francisco, analizando el movimiento. Los tetrapectos dejaron de actuar de forma aislada para convertirse en reflejos de las fuerzas contrarias. Se dispusieron en grupos estructurados divididos en corpúsculos, uno por cada unidad enemiga, adaptándose a su velocidad, patrón y forma de ataque.

Por cada caza de asalto surgía una escuadra de veloces sombras de masa despreciable y gran velocidad, incapaces de generar más de dos estados consecutivos pero de superior maniobrabilidad y destreza que sus aparatos. Los alcanzaban en mitad de cabriolas cerradas de enorme presión y se acoplaban a ellos, fundiendo los blindajes. Las masas mayores de tetrapectos se dirigían hacia los cruceros, lentas pero con muchos estados probables, para resistir grandes cantidades de castigo y alcanzar sus objetivos.

Aquello no podía ser producto de la casualidad. Se estaban enfrentando a una mente inteligente y consciente de los riesgos.

Eso cambiaba muchas cosas.

* * *

En el puente del Intrépido, Nesses vigilaba las incorporaciones de nuevas naves al conflicto. Venían de todas partes: fragmentos de las Divisiones Azul y Naranja de patrulla en el Brazo Espiral; lanceros de Mundo Stygma, naves vivas acabando de nacer de sus astilleros al mismo tiempo que se sumaban a la batalla, y flotillas privadas de las grandes corporaciones mercantiles. Todas aparecían tatuando el espacio con un rosario de destellos de impulsión y haces cuánticos.

Pero ninguna era el Alexander.

—Ojivas liberadas. Hemos agotado todas las cabezas —informó un tripulante. Luis abrió una ventana al puente físico.

—Alcen las pantallas. Preparados para saltar a la cromosfera solar.

Delante y alrededor de los mamparos de proa se alzó una muralla de agua pura, ionizada levemente por los campos de gravitación del crucero. La nave saltó.

La realidad fue retorcida cruelmente por la tecnología que impulsaba el navío. Los colores se invirtieron y los volúmenes dibujaron mapas de sombras fractales, confiriendo una dimensión adicional a lugares pretendidamente planos. Luego, tras un suspiro de alivio, el espacio se curvó una última y dolorosa vez. Las condiciones físicas se normalizaron, los reflejos volvieron a ser lo que eran, y la alarma preventiva dejó de sonar.

La inmensa planicie del Lucifer apareció bajo sus pies. Flotaban a escasos miles de kilómetros de grandiosos flujos de plasma y apocalípticas explosiones nucleares, justo en el centro de una mancha solar. Los campos Riemann mantenían la nave un segundo de ultravínculo por debajo del espacio normal, protegiéndola de la mayoría de las radiaciones, pero las pantallas se resintieron. El calor se convirtió en electricidad y muchos circuitos saltaron por los aires, mientras la nave rompía con su mascarón de proa los furiosos campos de choque de la cromosfera. El escudo de agua, cambiando de color a medida que absorbía letales tormentas de quarks, se evaporaba por momentos.

—Abran el conducto Riemann. Dirijan el vector de trayectoria al centro del disco de Sombra —ordenó Nesses, su cuero cabelludo bañado en sudor. Sus hombres corrían por el puente acatando las órdenes y situándose en sus puestos de aceleración. La maniobra Gundwich, que consistía en abrir puentes Einstein-Rosen en los campos gauss del sol para que arrastraran violentas llamaradas solares, era siempre una operación peligrosa.

Luis desechó las dudas: si se equivocaban, no tendrían tiempo de darse cuenta, simplemente desaparecerían.

Vamos, Elena, ¿dónde estás?

Un segundo después, el capitán dio la orden de penetrar en el Hipervínculo. A través del túnel que el crucero taladró entre las cuatro dimensiones estándar fluyó una llamarada solar cegadora. Se alejó de la estrella a gran velocidad, tratando de alcanzar el lejano extremo esferoidal del túnel, estirándose por millares de kilómetros.

Algunas naves medio destruidas, varadas en mitad del maremágnun, la vieron surgir como un delgado apéndice del Lucifer, y reptar hacia ellos lenta pero inexorablemente como un río de mercurio incandescente. Otros apéndices surgían cabalgados por cruceros pesados desde diferentes regiones de la estrella, confluyendo todos en un mismo punto: el disco de Sombra. Los capitanes y tripulantes de esas naves de motores paralizados se percataban de que les aguardaba una amarga espera de pocas horas hasta lo inevitable.

Ya habían muerto, y lo sabían.

Luis detectó la presencia del Alexander justo tras cerrar el conducto R. Cuando se

disponía a confirmarla, los motores sufrieron un impacto inesperado y la nave comenzó a vibrar.

Nesses se sujetó al foso.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Hemos sido alcanzados. Otra nave en aceleración de salto nos ha atravesado limpiamente —dijo alguien. Los diagramas mostraron un corte longitudinal del crucero, perfectamente cilíndrico, que lo cruzaba de parte a parte. Muchas cubiertas estaban expuestas al vacío, pero la nave seguía entera.

—Cierren todos los accesos a los niveles afectados. Y estén preparados para una reinsertión en el contingente central. Debemos ocupar nuestro puesto en...

Luis vio el Alexander, o eso le pareció. Era un punto en el radar, una muesca alargada con el mismo esquema infrarrojo de un crucero de batalla. Inmediatamente ordenó variar el rumbo.

—Bienvenida de nuevo, cariño.

* * *

De Palma ordenó saltar hasta la órbita del Lyrae. Al momento, el Perseo se hizo visible al límite de los potentísimos campos de treinta millones de g.

La madeja de cintas de metal líquido que los cortaban describía órbitas frenéticas, mandando energía a los acumuladores. La potencia almacenada en ellos era inmensurable. Si daba la orden de desatarla en un único disparo apuntado al centro de la singularidad, la detonación bastaría para consumir al menos el treinta por ciento de la nube. Pero sus fuerzas estaban mezcladas con el enemigo; naves, cruceros, transportes... todos serían pulverizados. Millones de vidas a cambio de la victoria.

Francisco volvió a su axioma favorito: Cualquier esfuerzo, cualquier sacrificio vaticinable. El Imperio vale más que la suma de sus habitantes.

Su mano tembló cerca del disparador.

Pero una duda le atenazaba. ¿Qué era lo que estaba generando el disco? El nuevo capellán teleuterano del Intrépido, Gunhis Ahl (que se mantenía junto a él a pesar de los saltos), había sido el único que presenció la singularidad de la nebulosa Crino en el momento de la transfiguración.

—La fuente de potencia que está alimentando al disco es obviamente psíquica —informó Ahl—. Proviene del Metacampo, desde un nivel de alineación idéntico al que usa la mecánica de la proyección para transportar materia, por lo que opino que está recogiendo masa de una o varias partes del Universo y concentrándola o quemándola para crear esas cosas.

—¿Dónde puede estar el generador, físicamente?

El capellán sacudió la cabeza.

—No lejos. La potencia necesaria para manejar energía negativa es tan enorme que incluso la Presencia —indudablemente se refería al Emperador—, tendría problemas para hacer algo así desde muy lejos. Creo... —dudó—... creo que debe estar muy cerca, yo diría que en algún lugar donde pueda rodearse de múltiples conexiones al Metacampo, en un nexo potente y muy activo.

De Palma sostuvo un segundo su diestra sobre el disparador, una luz de color rojo suspendida cerca de su mano. Las cintas que canalizarían el inmenso caudal de energía de la estrella estaban dispuestas en un plano exactamente perpendicular al núcleo del disco de sombra.

Apuntando a su corazón.

—¿En la proximidad de múltiples conexiones? —repitió. Un pensamiento aleteaba en su cabeza.

El núcleo no podía estar en el espacio abierto, ni cerca de la flota. Múltiples conexiones con el Metacampo exigían enlaces mnémicos directos, funcionales. De miles de personas, como...

Un nexo potente y activo.

Francisco se envaró.

Miró hacia Delos. Había tetrapectos a nivel suelo, surgiendo por todas partes en torno a la capital. Enormes masas oscuras tentaculadas que sobrepasaban la atmósfera brillaban en los sensores, serpenteando por encima de las nubes del planeta. Las fuerzas de choque de la Infantería los combatían desesperadamente, sin posibilidades de victoria. Desde el espacio parecían núcleos oscuros de huracanes, con remolinos de nubes danzando a su alrededor.

Y todos partían del Palacio del Emperador.

Dios mío, musitó Francisco, adivinando quién era realmente el generador de la Sombra.

Sus hombres aguardaban, expectantes, desde todos los rincones del Puente Único, ahora oscurecido en muchos lugares. Su dedo se acercó al disparador, temblando ligeramente. El axioma reverberó en su mente, pero sus manos se negaban a ejecutar la orden: había demasiadas dudas.

En destellos de ámbar, un avisador parpadeó brevemente cuando los tetrapectos alcanzaron el Lyrae.

* * *

Sandra vagaba perdida en la niebla. Estaba medio desnuda y hacía frío; abrazándose a sí misma, trató de mitigar los temblores que recorrían sus músculos y dientes, sin resultado. Su piel estaba azul como el hielo.

Caminaba desde hacía un tiempo indeterminado por una inmensa llanura gris. No

había cielo ni estrellas, estaba absolutamente vacía de todo contenido salvo una tenue luz en el horizonte. Temblando, la joven obligó a sus piernas a dar otro paso, siempre hacia poniente, siempre hacia la luz.

Estornudó, arrojándose en una raída capa de terciopelo. De su frente cayó un copo de nieve. Extrañada, lo recogió en su mano y lo examinó. Era un trozo de cielo brillante, irregular, como la pieza angular de un puzzle. ¿Estaba cayéndose la bóveda celeste en piezas?

Sandra la aplastó, pero enseguida vinieron más. Era toda una constelación, lloviendo de la bruma, tintineando sobre sus grises cabellos y cubriéndola con un manto de cálida luz. El frío comenzó a remitir, y Sandra sonrió.

—¡Qué maravilla!—exclamó. Su voz era antigua como el mundo.

Una partícula tintineó en su pecho y preguntó:

¿Quién eres tú, que apareces en medio del camino hacia no-tiempo?

—¿Qué es no-tiempo?, pensó ella.

No-tiempo es aquí y ahora.

—¿Pero qué sois vosotros?

Cada uno de nosotros somos todos, huyendo del final del tiempo, cayendo hacia atrás buscando la redención. Cada uno de nosotros en la palestra.

Sandra dudó, siguiendo el lento fluir de los copos en aras de la brisa. Sorteó una muralla y bajó una colina.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué nos hacéis esto? ¿Por qué estáis dentro de nuestras mentes?

El no-tiempo es el lugar en que todo confluye. Caemos hacia atrás a su través desde lugares inmemoriales, buscando, permutando, suplicando, borrando antiguos caminos y creando otros nuevos, para encontrar la Respuesta.

—¿Qué respuesta?

La Respuesta. Todos nosotros en vuestras mentes, permutando.

Siguieron adelante.

—Pero vosotros no existís. Sois sueños, fantasmas del inconsciente. Sueños que soñamos nosotros.

Los Ids rieron.

Ah, pobre humana. ¿Cómo puedes estar tan segura de que no eres tú quien nos imaginas a nosotros?

Sandra no contestó.

La luz estaba muy cerca entonces, y estaba hecha de personas: Moriani, Kopelsky, los Arcontes. Sentados en sillares de piedra y vestidos como marionetas, hilos de sangre perforando sus muñecas y perdiéndose en el infinita Todos sonreían. La pequeña Sandra iba a acercarse a ellos, cuando los Copos gritaron:

¡No lo hagas! ¡Huye!

—¿Por qué? Ellos son mis padres ahora.

Ellos te mataron.

Sandrita salvó la distancia que la separaba de las marionetas graciosamente y esperó a que reaccionaran. Ya era hora de la nana y la cuna. ¿A qué estaban esperando? Ah, claro, la canción. Nunca se iba a la cama sin una canción. Esta noche quería una nueva, distinta. Los Copos no lo entendían. En la cuna hacía calor.

—¡No os vayáis, por favor! ¡Quedaos conmigo!

Pero los Copos huían, volando raudos en el viento. Sandrita corrió, persiguiéndoles, llamándoles a gritos. ¡Esperadme, esperadme!

Los Ids se deslizaron a través de un túnel hecho de imágenes congeladas, hacia el futuro.

Sandra los vio huir a un lugar cercano pero distante, un lugar que sólo existiría cuando ellos llegaran allí. El túnel permaneció abierto, como una invitación para que ella lo cruzase. La joven dudó, acercándose temerosa a la boca del pasillo de imágenes.

Entonces vio al hombre. De pie, en la niebla. Sin piel ni huesos, sólo carne podrida llena de agujeros y heridas supurantes. Observándola en silencio desde una atalaya de malignidad.

Sandra se detuvo y lloró, llamando a sus padres, pero nadie respondió. El fantasma avanzó hacia ella, tendiendo las manos, suplicante. Los dientes de la niña volvieron a castañetear. Estaba sola de nuevo.

El fantasma llegó a su lado y se inclinó para besarla: era un anciano decrepito, con una herida en el pecho de la que surgían llamas y lamentos.

Sandra, ¿por qué me mataste?, acusó Silus.

—¡No te conozco!, se defendió la niña.

Y echó a correr por no-tiempo (Tú me has matado, eres una asesina, una traidora, abandonaste a tu gente y ahora los matarás y te bañarás en su sangre puta asesina maldita traidora) de vuelta a la calidez, a los brazos de los Arcontes. Allí estaban, sentados en tronos de huesos humanos, tendiéndole sus manos carmesíes. Moriani sonreía y asentía con la cabeza tétricamente, concediendo su beneplácito (a tus padres a todos tus compatriotas eres peor que los que violaron a tu madre y descuartizaron a tu padre y arrojaron sus cenizas al lago, eres una puta despiadada).

Sandra se lanzó a los pies de la regia balaustrada donde reposaba el trono tetracéfalo, chillando, suplicando. La Arconte la contempló desde las alturas con piedad, su compañero la atrajo hacia sí con amor. Moriani y los miembros de las Logias abrían sus bocas estupefactos, contemplando el espectáculo, embargados por el indescriptible éxtasis del conocimiento.

Ya no había rastro de los Copos por ninguna parte. El fantasma se paró un momento ante el trono y sacudió su cabeza, triste y amargado. Soltó una carcajada,

mientras su carne se desprendía en coágulos de terror.

—Desaparece, abominación —exhortó una Sandra adulta—. No sé quién eres, desconozco tu nombre.

Santa Alejandra resistió la tentación. Aleluya.

Maldita zorra. Yo te llamaba mi nieta. Ahora eres menos que nada.

—¿Qué dices? No te recuerdo.

Pero sí le recordaba. Llevaba haciéndolo años, desde que era una niña y se convirtió en Dios. No en un dios mitológico y olvidado, sino en Dios, el Único y Grandísimo, el más grande que jamás hubiese sido venerado, y sólo su ignorancia primeriza o su latente humanidad ponían freno a lo que Su voluntad podía hacer con el Universo.

—No, eso nunca ocurrió —dictaminó, y fue verdad. Y el espíritu de su abuelo cayó para siempre en las nieblas del abismo.

Te vendiste por nada.

Dios se vuelve hacia los Arcontes, enjutos y momificados, buscando la única respuesta que no encuentra en Su infinita sabiduría, pero los monarcas callan.

Se gira hacia Moriani, y nota la leve sombra de una duda en su semblante. Algo va mal, algo que no está bien.

—Vosotros no le matasteis, ¿verdad? —preguntó Sandrita, asustada, y la Madre Moriani le dedicó su compasión—. No fuisteis vosotros. Dime que no es...

—Es cierto —afirmó la bizantyna, y algo murió en el interior de la pequeña.

La Alejandra adolescente se le acercó por detrás y, agarrando su cuello con infinita ternura, lo partió en dos de un ademán. El cuerpecito de la niña se desplomó, fundiéndose con la tierra, transformado en gusanos y escarabajos. Santa Alejandra elevó la vista a los cielos, y llovió sangre sobre el mundo, su llanto astillando la cordura de los que fueron capaces de oírlo, sus lágrimas cayendo como espadas.

Una onda expansiva limpió la bruma, segó los contactos mnémicos y aplastó las cabezas de los exploradores de las Logias, invisibles en la niebla; sus cerebros estallaron, sus cuerpos se deformaron, sus gritos colmaron la llanura. Miles de cadáveres aparecieron cubriendo la tierra y flotando en el aire. Los Arcontes lloraron sangre, y se desplomaron sin caer de sus tronos de cadáveres.

Moriani, sacudida por las náuseas del potente Metacontacto, entreabrió sus párpados y en un espasmo de terror vio cómo un gigantesco pie desnudo bajaba desde el firmamento y aplastaba a Alejandra. El pie se prolongaba durante años luz, acabando en dos muslos que parecían cordilleras separando placas continentales, un abdomen que cubría con su sombra las nubes, dos pechos de niña que derramaban jugos como océanos de hiel.

Desencajado de terror, el rictus de agonía que fuera el rostro de Elizabetha Moriani giró para ver cómo el Gigante se posaba sobre brazos y piernas, y,

avanzando como un animal leguas enteras, se inclinaba sobre el atrio de los Emperadores, y abría su boca dejando entrever una fosa oceánica escoltada por dos hileras de colmillos faraónicos, ancestrales. Los ojos de Sandra estaban allí, en alguna parte, ocultos detrás de la demencia.

Lentamente, apresó entre sus fauces al Arconte Vladimir, y comenzó a masticarlo, destrozando su cuerpecito diminuto entre chorros de sangre y mares de lágrimas.

A pesar de sus intentos por arañarse la cara para destrozarse los ojos y dejar de ver, Moriani no pudo apartar su atención del nuevo Emperador mientras devoraba a su predecesor.

* * *

Un grupo de sombras se había asido a la madeja de los acumuladores del Lyrae y estaba exfoliándola. Los cazas se acercaron todo lo posible al campo gauss y dispararon haces certeros contra los tetrapectos.

Algunos aparatos, volando en órbitas demasiado excéntricas, cayeron en el pozo de gravedad y fueron comprimidos brutalmente en una veloz caída hacia el núcleo. Los propios rayos se desviaban cabalgando los campos magnéticos y raras veces daban en el blanco, pero la madeja aún aguantaba.

En el crucero comandante, Francisco permanecía en silencio, paralizado por la incertidumbre. Sus oficiales le urgían a tomar una decisión:

—Debemos actuar de inmediato —decía el general Vladim, en un portentoso salto LR en tiempo real desde la Estación Tierra—. Si vamos a disparar, este es el momento; la madeja está a punto de quebrarse.

—El disco aumenta de tamaño —coreó Ira Santángel, coronel de mnemotécnicas—. Unos segundos más y habrá engullido toda la flota. Almirante, si hemos localizado el foco generador, debemos disparar ya.

Pero Francisco no estaba allí. Estaba con su mujer, y su hija, a millones de kilómetros de distancia, en la superficie de Delos. Había reencuadrado el haz para que impactara justo en el centro de la capital; el lugar desde donde se estaba generando la Aberración.

Y ellas estaban allí.

El caudillo Svonn, su imagen parpadeando por las interferencias (estática temporal, pensó Francisco; la cuerda probabilística se tensa), apareció a su lado. Algo grave le había ocurrido a su Látigo de Fuerza, porque estaba ligeramente encorvado y la sangre manaba de su espalda.

—Almirante, la situación es crítica —jadeó—. Los apéndices del segmento principal están independizándose del resto, formando nuevos discos. Dentro de unos minutos habrá docenas de blancos. Nuestro Látigo gemelo ya ha caído.

Francisco le miró, sus facciones congeladas en la duda. Sólo había tristeza en sus ojos, tristeza y comprensión tardías: la Flota por él comandada no había podido evitar que el enemigo atravesara el cordón. Millones de personas habían depositado sus esperanzas en él, el héroe de Delos, ganador de cien batallas, creyendo ingenuamente que jamás les fallaría. Que la Flota era invencible.

Y su familia seguía allí, confiando en que les protegería de todo mal.

Cerrando los ojos, desenfundó su arma reglamentaria, la apoyó en su sien, y apretó el disparador que lanzaría el potente disparo del púlsar hacia Delos DC.

Luis Nesses vio el haz surgir de la estrella y atravesar el campo de batalla en dirección al planeta. Un grito silencioso se congeló en su cara.

El rayo trazó un vector carmesí a través de la batalla, atravesándolo todo a su paso: naves aliadas, pecios destrozados y tetrapectos. Todas las naves que estaban a menos de dos mil metros del haz explotaron, aureolando su trayecto con una espiral de despojos.

Antes de que Nesses pudiera concebir siquiera un plan para detenerlo, el rayo ya había recorrido un cuarto de su camino hacia el planeta.

* * *

Evan decidió escapar justo después de que la monstruosa onda psíquica de la muerte del antiguo Emperador arrasara con las instalaciones, matando al resto de los doctores y pacientes del hospital.

Con los ojos ardiendo de dolor, se descolgó de los cables que lo sujetaban al techo y comprobó sin excesivo éxito que su sentido del equilibrio aún funcionaba. Trastabillando casi a cada paso, desnudó el cadáver de un guardia de seguridad y se vistió. Tuvo que apartar sus dedos agarrotados de una pistola para llevársela.

Le llevó casi treinta minutos encontrar el núcleo intacto del palacio siguiendo la estela de cadáveres. No había nada vivo: personas, animales, plantas... todo había sucumbido a la brutal explosión invisible. Pero... ¿por qué él continuaba allí? Las dudas no hacían sino incrementar su horrible migraña.

Atravesó con prisa largos pasillos de plexiglás que habían explotado, cubriendo el mármol del pavimento con una alfombra de cristales. Diversos incendios se propagaban rápidamente por las paredes, calcinando cuadros y tapices de siglos de antigüedad. Varios robots múltipodos le apuntaron con sus armas y tuvo que esconderse o desviarse por senderos alternativos, ya que disparaban indiscriminadamente contra todo lo que se moviera.

Desde las ventanas podía ver que las torres de Medici se habían derrumbado al fallar sus campos sustentores, y las enormes campanas góticas de San Pedro yacían clavadas en los jardines fractales, habiendo caído como meteoros sobre las cabezas de

los espectadores. De la inmensa ciudad que se levantaba detrás, el soldado sólo llegó a ver que de algunas zonas esporádicas surgían montañas de oscuridad tentacular, monstruos como el que había visto devorando la Ciudad Pascalina. Alrededor de ellos continuaba la lucha, pero en las inmediaciones del palacio todo estaba muerto.

Un destello llamó su atención. A través de las escasas nubes que poblaban el cielo se distinguían tenues relámpagos, vectores de reentrada y haces de hiperconos, cubriendo áreas de millares de kilómetros en saltos secuenciales: Una batalla en el espacio.

Se combate entre los cuatro mundos interiores, dedujo. No, eso ya pasó. Estoy viendo la batalla de hace diez o quince minutos.

Continuó avanzando. Tras sortear una inmensa puerta de seguridad escalando una montaña de cuerpos, llegó al anfiteatro de la Convulsión. Varios robots múltipodos custodiaban el perímetro, pero sus movimientos eran erráticos. Sus torretas a veces le seguían, otras apuntaban a la nada y disparaban. El soldado puso mucho cuidado en no cruzar su línea de visión, escudándose con cada fragmento de las torres derruidas hasta que se colocó a sus espaldas.

Un fuerte olor a ozono emanaba de la gran explanada interior a las seis torres del Homenaje, núcleo de la Casa del Emperador, en cuyo centro flotaba el cuerpo de una niña. Estaba vestida con un traje de fiesta manchado de algo denso y pegajoso. Se había reclinado a una posición fetal. Con los cabellos danzando en el aire como sedas manchadas, levitaba a un metro del pavimento.

A su alrededor descansaban radialmente un centenar de cadáveres, las cabezas reventadas, los miembros agarrotados, las ropas desgarradas, dispuestos como troncos de árboles caídos en torno al lugar de una violenta explosión.

Sólo había dos supervivientes, encerrados en casi extintas burbujas de opacidad: la Arconte Beatriz, que se convulsionaba presa de violentos espasmos musculares, y la imagen proyectada del padre de Fedra, Delian Stragoss, aún bajo su aspecto de rey medieval. Pero, por horrible que hubiese sido la suerte de cualquiera de los presentes, aún lo era más la de una mujer (en realidad no podía estar seguro de que aquello hubiese sido una mujer, aparte de por sus ropas), que yacía literalmente esparcida por toda la plaza. Recordaba los símbolos que, bajo la capa de sangre y vísceras, aún se distinguían en su túnica: era la que le había hecho tomar el gak en presencia de la deoEmperatriz, la Madre Moriani. El inmenso poder parecía haberse cebado en ella, no dejando sino manchas en el pavimento.

El soldado ignoró los cadáveres y se acercó a la niña. No salía de su asombro; era la misma que se le había aparecido en sueños, la que le había salvado la vida en Damasco. Aquella joven era...

Una mancha de oscuridad se arremolinó en torno a sus pies. Evan sintió un frío intenso. La Sombra le tanteó, ensortijando los corruptos zarcillos en sus botas,

examinándole con curiosidad. Partía de la impronta que la joven había dejado en la tierra, una red de tentáculos sin sustancia que susurraban al moverse.

El soldado tembló. Cuando sus dedos rozaron la piel de la niña, ésta abrió los ojos. Su rostro estaba deformado por la presencia del Mal puro, en sus pupilas inyectadas en sangre no había compasión ni entendimiento. Pero, inexplicablemente, él no tenía miedo. Voluntariamente se sumergió en la zona de penumbra que la presencia del Monstruo blindaba de la luz.

La muñeca rugió, abriendo sus fauces como si de una dentellada pudiera arrancarle la cabeza. Pero no lo hizo.

La sombra lo rodeó y acabó por envolverle por completo. Evan, respirando con firmeza, salvó la distancia que le separaba de Sandra y la besó suavemente en los labios.

La joven gimió y retrocedió imperceptiblemente.

—¿Quién... quién eres...? —preguntó, confundida.

—Tú —respondió Evan.

La niña se perdió en sus pupilas. Parecía estar viendo muchas cosas. Al cabo de una eternidad, las lágrimas manaron de sus ojos y giró la cabeza, avergonzada.

—Sácame de aquí —susurró, y dejó fluir el llanto sin prisa, como si el tiempo se hubiese congelado y nada más importara.

Evan la recogió en sus brazos, y la cúpula de oscuridad que los rodeaba se abrió como pétalos floreciendo a un nuevo amanecer.

Algo caía desde el cielo hacia ellos a gran velocidad.

—Ya es demasiado tarde —dijo el soldado con calma, limpiando aquellas tímidas lágrimas con los dedos—. No sabes cuánto me hubiera gustado conocerte.

Le dio apenas tiempo de trasladar su atención a los cielos cuando una luz increíblemente pura lo sumió todo en un vacío resplandeciente.

* * *

El rayo de la estrella de neutrones golpeó Delos DC a las diecinueve horas del veintidós de octubre de 6632 del n3, en mitad de una plácida tarde de otoño. Atravesó la capa de nubes difuminándolas radialmente como velos de humo e impactó justo sobre el Palacio Residencial, generando una flor de luz de un kilómetro de espesor.

El anillo interior de la urbe desapareció bajo la ola de calor de este primer segundo de reacción, calcinándose hasta que la piedra que sostenía los edificios se licuó y fluyó como lava mezclada con metal. La onda de energía se concentró, contrayéndose como un animal herido mientras cambiaba de color hacia el rojo, y atrajo una nube de partículas ionizadas ultraveloces de una circunferencia equivalente a la mitad del planeta, condensándolas y acelerándolas en una espiral de resonancia

energética, hasta que el núcleo de la flor pesó más que la presión del flujo entrante, y explotó con la fuerza de cien bombas nucleares.

La onda expansiva avanzó a ras de suelo y sublimó un radio de diez manzanas, comprimiendo una pared de aire de diez mil toneladas de presión a una velocidad seis veces superior a la del sonido. Edificios, estadios, domos, puentes, astropuertos y barrios enteros volaron por los aires, disgregándose en sus componentes más elementales. Los inmensos tetrapectos que surgían de los núcleos de población, las naves que los combatían y los millones de ciudadanos portadores que vomitaban fragmentos de la presencia del Emperador de sus cabezas, todos se volatilizaron, a medida que la onda los alcanzaba y sus estados cuánticos se superponían.

En salvas de cientos de millones, los ciudadanos de Delos y los visitantes que habían acudido para la ceremonia explotaron en huracanes de cenizas y huellas de cuerpos tatuadas en el cemento. Celes, la ciudad aérea, se astilló en pedazos que llovieron sobre su complementaria Nerea como gotas de lluvia hechas de torres y edificios.

Con la muerte masiva de los cerebros de los seres sintientes y los Ids que albergaban, todos los accesos a la Ciudad Pascalina se cerraron de golpe, cauterizando los nodos de conexión al Metacampo como heridas expuestas a un acero candente. Las mentes que no pudieron abandonar el plano psíquico antes de la desconexión quedaron atrapadas entre dos mundos, cayendo como almas vagabundas hacia una nada llena de gritos de inocentes.

La mujer y la hija de diez años del almirante Francisco De Palma estaban huyendo de una turba de gente aterrorizada cuando la onda los alcanzó. La madre tuvo tiempo de asimilar el fogonazo; su hija ni siquiera supo qué le quemó las pupilas antes de estallar en una nube de asbestos.

Y, en el segundo siguiente a la gran detonación, Evan seguía allí, abrazado al frágil cuerpo de Alejandra, apretando los párpados con fuerza.

* * *

Cuando tuvo valor para abrirlos, el corazón le dio un vuelco.

Se encontraba en la base de un enorme cono de tierra que giraba a gran velocidad y se elevaba hacia el cielo, el núcleo de un hongo atómico de un kilómetro de altura, que absorbía la materia circundante de las capas superiores del manto y la arrojaba hacia arriba. El estruendo era silencioso; los sonidos se habían vuelto dúctiles, maleables. La propia luz avanzaba despacio, refractándose como si el aire fuese más denso que el agua. La explosión parecía haberse congelado justo sobre el palacio en una enorme flor de luz.

A su lado estaba la sombra que había crecido alrededor de la pequeña Sandra. Se

había desligado de ella, y formaba una entidad independiente, porosa y cambiante, con forma ligeramente humanoide. El holovóder de Delian flotaba a su lado, impertérrito, como si contemplara el espectáculo desde otro nivel de realidad.

Evan contempló acongojado al recién nacido Emperador, el Id de Sandra hecho carne, retorcido de dolor bajo las astillas de energía mnémica que aún manaban del Metacampo. Se movía muy despacio, en tirones de gravedad, igual que les ocurría a ellos: era como si el tiempo se hubiese detenido formando una burbuja que les protegía del armagedón.

Vacilante, el soldado se acercó a la Aberración, levantó la mano en que llevaba la pequeña pistola, y se dispuso a apretar el gatillo. Pero cuando la energía estaba a punto de surgir del cañón, una mano apareció a su lado y le detuvo con suavidad. Perteneecía a otra Sandra, más adulta que la que llevaba en sus brazos.

—No —susurró, con una voz que parecía reverberar en lugares lejanos—. No tenéis tiempo. La burbuja se vendrá abajo si permanecéis aquí. Debéis iros.

Evan la contempló sin fuerzas para sentir emociones. Era Sandra, pero parecía venir de otro tiempo y lugar. Su mano derecha había perdido un dedo.

Sin esperar una respuesta, la mujer fantasmal desapareció, proyectándose lejos de allí con sus cuatro pasajeros: Evan, la joven Sandra, el holograma del pintor muerto y la ex-Arconte Beatriz de León.

Cuando se hubieron marchado, ya nada vivo quedó en el centro del huracán de destrucción. La Sombra, retorciéndose de dolor, cambió de forma varias veces, como si no supiera cuál sería su fase de estabilidad final, hasta que se concretó en una imagen de contornos desdibujados, ingenuos y apresurados como el dibujo de un niño.

Una infantil gárgola de alas membranosas.

TERCERA PARTE - Victoria

Capítulo 13

—¡No!

Con este grito, Evan tiró las sábanas y se dio un golpe contra la parte superior del catre.

Se llevó las manos a la cabeza y comprobó que, pese al intenso dolor, no se había hecho daño. Pero su espalda permanecía en tensión. Se preguntó por qué estaba tan oscuro, y reparó en que tenía una venda negra en torno a los ojos, sujeta por un nudo muy simple.

Se la quitó y miró alrededor. No recordaba cómo había llegado a aquella habitación de paredes de madera, techo bajo y cortado en pico. En una acogedora mesilla de noche de diseño rústico alguien había dejado unas gafas tintadas, tan oscuras que era imposible ver los ojos de quien las portara. Las gafas pisaban un papel en el que había escrito:

Póngaselas.

Evan se incorporó, palpándose el chichón. Una ventana daba al exterior. Tras tanto tiempo sumergido en la oscuridad, el resplandor del sol le cortó los ojos como el canto de un papel. Mascullando una maldición, se apartó de la ventana.

Al ponerse en pie se dio cuenta de que la gravedad era distinta, más pesada; de ahí el dolor de espalda. Poco a poco se acostumbró a la luz. El paisaje tras los postigos, una pradera verde que nacía en la ribera de un lago de colores apagados, le confirmó sus sospechas: no tenía ni idea de dónde estaba.

Alguien le había quitado la ropa de guardián palaciego que portaba desde su fuga del hospital y le había vestido con pantalones de pana y camisa de algodón. Cogió una chamarra de encima de una silla y se la puso sobre los hombros. Parecía un campesino algo pasado de moda, pero estaba cómodo. Atándose bien el cinturón, se puso las gafas y bajó al piso inferior.

—¡Atchís! —estornudó, llamando la atención de las personas que trabajaban en una cocina llena de cacharros de metal. Una mujer obesa y de rostro orondo y afable le sonrió.

—¿Ya se ha levantado? Ahora mismo iba a llevarle el desayuno.

—Perdone por lo trillado de la pregunta, pero...

—Está en Reunión —acotó ella, secándose las manos en un paño. Llevaba una cinta negra en torno al brazo. Otra mujer, más joven pero igualmente entrada en kilos, continuó con el trabajo evitando mirarle a la cara—. Lleva dormido más de treinta horas. El doctor le estuvo examinando anoche... mientras pudo. ¡No haga eso!

Evan, que iba a quitarse las gafas con un ademán distraído, se congeló.

—¿Qué ocurre?

—¿No lo sabe? Sus ojos... Bueno, allí tiene un espejo.

El soldado se acercó a una pared, decorada con un crespón negro. Un espejito colgaba de un clavo bajo un termómetro de mercurio. Cuando se iba a quitar las gafas, alguien entró.

—¡No haga eso! ¿Está loco?

El hombre, calvo y con barba larga y despeinada, depositó un trío de conejos muertos sobre la mesa de la cocina y se apartó de él, asustado.

—Tranquilo —dijo Evan, colocándose bien la montura—. No me las quitaré.

—Toma, Félix —la matrona colocó unas monedas en la mano del cazador y lo acompañó hasta la puerta—. Dile a tu mujer que se dedique a pelar el maíz, que carne ya hay para el almuerzo.

Refunfuñando, el cazador abandonó la casa. Evan se apoyó en el umbral que separaba la cocina de una sala más grande, posiblemente un comedor.

—Perdone, señora, pero...

—Ya sé, ya sé. Está desorientado. Dice Sandra que es normal después de un viaje tan largo.

—¿Sandra? —dijo un respingo—. ¿Está aquí?

—En el lago, en la vieja nave. Ha ido a revisar no sé qué historia de una antena.

—Reunión, claro. Su pueblo natal... —se dio un golpe en la frente y notó el chichón. Mamah le echó un vistazo y, con una amplia sonrisa le preparó un paño con hielo.

—Ande, apriétese esto contra el cráneo o dentro de poco le va a sobresalir por encima de ese precioso pelo rizado. ¿Usted tampoco va a querer comer?

—¿Tampoco? Tengo un hambre de lobo.

—Genial. Si consigue que ella le siga, le toca doble ración de cerveza.

Evan se volvió hacia el comedor y, a la escasa claridad de un rayo de luz que atravesaba la ventana, distinguió la figura inmóvil de una mujer, sentada frente a la mesa, con el pelo despeinado y la piel pálida y enferma. Tenía un plato de comida intocado enfrente.

Dio unos pasos hacia ella, pero no logró arrancarle más que una mirada de profundo odio.

—Arconte —saludó. La mujer, al oír el apelativo, se echó a reír tan amargamente que Evan sintió ganas de marcharse y dejarla sola.

—Lleva así desde ayer —dijo mamah, desde el fondo—. No come, no quiere lavarse... Es un desastre.

La risa de la deoEmperatriz era tan amarga y lastimosa que Evan prefirió dejarla a solas.

—¿Qué les pasa a mis ojos? —inquirió, preocupado. Mamah le acarició la mejilla con ternura.

—Ay, mi niño —sonrió—. Los ojos son los espejos del alma. ¡Los espejos del

alma!

Y se enfrascó de nuevo en sus quehaceres. Frustrado, Evan se caló la chamarra y salió de la casa.

Las nubes encapotaban el cielo. Las calles del pueblo estaban desiertas y llenas de arbustos arrancados por el viento. Un desvencijado escenario que alguien había olvidado desmontar seguía ocupando un lugar preferente en la plaza.

El soldado notó la disimulada presión de los ojos de la gente, que lo miraban calladamente desde los carromatos o la entrada de los comercios. Se sintió por primera vez fuera de lugar, completa y desoladoramente.

Maldiciendo, puso rumbo al lago que había visto desde la casa. Si Sandra estaba allí, quería hacerle algunas preguntas.

* * *

El prado se deslizaba suavemente bajo la orilla del lago licuando sus colores, como si lo recubriera un ondulante velo de seda. Junto a una apacible rada, un antiguo rastro de excavaciones y una huerta conducían la mirada directamente a la panza agrietada de un tanker Mikoru-Spencer parcialmente desmontado. Parecía el fósil de una cuaternaria ballena gris embestida siglos atrás por un barco de pesca, que se hubiera arrastrado hasta los fiordos de sal para morir.

En lo alto de la torre de mando, Evan distinguió una figura que saltaba desdeñando el peligro de una arista a la siguiente, comprobando algo en la base de una antena oxidada.

—¿Cómo demonios habrá hecho para subir hasta allí? —murmuró, asombrado.

Tardó quince minutos en escalar hasta la base de la torre. Jadeante, llamó a la joven, ahora encorvada sobre un racimo de cables. La pequeña figura se volvió y el viento hizo flamear su rubia melena. Al principio no hizo nada salvo mirarle. Al minuto, alzó una mano y le invitó a subir, señalando el camino menos peligroso.

Evan trepó hasta que alcanzó la atalaya donde esperaba Sandra, un antiguo nodo de baterías defensivas. La joven iba vestida con un pesado abrigo y una bufanda. El viento allí arriba era tan frío que el soldado experimentó una sana envidia.

—Hola —saludó ella, haciéndole sitio. Él se sentó a su lado, mirando los cables.

—Hola. Soy Evan.

—Me acuerdo de ti. Soy Alejandra Valeska, pero todos me llaman Sandra. No tiene mucho que ver, pero a mí me gusta.

—¿Qué haces?

—Compruebo los destrozos. Como temía, este trasto ya no sirve ni para hacer tiro al blanco con él. ¿Cómo estás tú?

—Bueno, teniendo en cuenta que no tengo ni idea de dónde estamos, que no sé

cómo hemos llegado a parar aquí y que todo el mundo parece empeñado en que no me quite las gafas, por lo demás todo bien.

La joven sonrió.

—Al parecer nos proyectamos hasta Reunión desde Delos, en un salto directo al comedor de la casa de mi abuelo —su voz tenía un deje distante, impersonal—. Tú, yo y Beatriz. Yo fui la primera en despertar. Le conté a mamah y al resto del pueblo lo que había pasado con Silus, y...

Calló. Evan quiso poner una mano en su hombro, pero algo le decía que lo mejor era mantenerse a distancia.

Sandra empató dos cables y aplicó los diodos de un amperímetro. El contador digital no movió una cifra.

—Mierda.

Tiró los cables dentro de una abertura en la base de la antena y sacó otros.

—Esto está absolutamente muerto.

—¿Qué intentas hacer? —se interesó Evan. La joven suspiró.

—Tenemos que lograr hacer funcionar una antena para radiar una onda subespacial de larga distancia. Tal vez si tenemos suerte y una nave comercial pasa cerca del sistema, la captará y podrá venir a recogernos.

Evan la miró en silencio. No parecía la misma joven desvalida y acurrucada que encontró en medio de la devastación de Delos. Sus ojos tristes parecían haber reflexionado y envejecido muchos años en unas pocas horas.

—¿No podemos proyectarnos de vuelta? Beatriz...

Sandra rió amargamente.

—No cuentes con ella. Está como ida, envuelta en un capullo de impotencia. Ha perdido todo un Imperio, no es de extrañar —juntó las manos, mirando el horizonte—. Además, no creo que la Proyección nos sirva de nada.

—¿Por qué?

La niña se levantó, aguantando el equilibrio de una forma tan despreocupada que le puso a Evan los pelos de punta.

—El Metacampo ya no existe. O si existe, no hay forma de acceder a él. Aquello que dejamos en Delos —tembló ligeramente al recordar la Sombra— parece que lo está concentrando. Es como un vórtice que devora toda la mnémica, como haría un agujero negro.

Evan miró al horizonte. Unas montañas abruptas como cortadas a cuchillo emergían apenas de una capa de nubes tormentosas.

—Y al no haber Emperador, los mundos del Imperio están absolutamente solos frente a la amenaza —concluyó. La joven sacudió la cabeza.

—No seas tonto; sí que hay Emperador. Yo soy el Emperador. O, al menos, la parte de mí que dejamos en Delos.

Hubo un silencio incómodo mientras Sandra acababa de comprobar el voltaje de los cables. El sol del amanecer sólo era visible como un grupo de destellos dispersos entre las nubes.

Sandra guardó el equipo de testeo en su chaqueta y ayudó a Evan a comenzar el descenso. Cada vez que él sorteaba con dificultad una terraza, la joven se colocaba debajo de un par de zancadas.

—El tanker no nos sirve —decía—. La antena está inservible.

—¿Quieres decir que estamos atrapados?

—No necesariamente. Aún queda una posibilidad, pero es muy remota —Sandra hizo una pausa al llegar al cuerpo principal de la nave, y le pasó a Evan un bocadillo que guardaba en otro de sus múltiples bolsillos—. Es de queso. El... No, se abre por el otro lado, así. Mi abuelo me contó que cuando la nave llegó por primera vez a este planeta, se les declaró un incendio a bordo. Algunos paneles que estaban dañados por un defecto en el desfase de impulsión Riemann de la época no resistieron bien la reentrada. Tuvieron que soltar varias secciones del cuerpo principal y entrar únicamente con esta parte —señaló el anillo desacoplado en que acababa el cuerpo del tanker, perteneciente a una estructura prolongable—. Los otros módulos de la nave cayeron en zonas alejadas del mismo continente.

«Pero hay una, la más cercana, que sólo está a doscientos kilómetros. Como los automatismos de todos los módulos actuaban de forma independiente, es posible que la antena de esa sección siga operativa, después de tantos años. —Se encogió de hombros—. Es una idea.

—Me parece bien. Ahora hay que convencer a tu gente de que quieres volver a marcharte.

Sandra mordió el bocadillo.

—Eso es lo más difícil —comentó mientras masticaba—. Porque en realidad yo no quiero marcharme.

* * *

Los preparativos fueron rápidos y eficaces. Evan permanecía mucho tiempo distraído, mirándose al espejo. Sus ojos habían cambiado tras la traumática experiencia del Suq. Ahora no tenía pupilas, o bien éstas habían perdido todo su color. Juguetaban con la luz creando anillos irisados hacia el interior lo que las hacía parecer profundos fosos a la nada, agujeros sin fin que la gente no soportaba mirar. Mamah le contó que el médico que le había examinado se había dejado arrastrar por la profunda sima de aquella mirada y no fue capaz de superarlo. Desde hacía un día se negaba a salir de su casa y se pasaba las horas llorando y recordando.

Ante tales efectos (a los cuales él parecía inmune), Evan decidió portar siempre

las gafas oscuras, y procurar no mirar a nadie directamente a los ojos.

Sandra explicó su plan al triunvirato que ejercía las funciones de mando en la aldea, el alcalde, el cura y Py, el dueño del bar, a quien todos escuchaban con especial atención por ser el único abstemio del grupo.

Hubo muchas objeciones. Mamah puso el grito en el cielo, invocó la memoria del pobre Silus, muerto en unas circunstancias que ni siquiera la ex Arconte se quiso dignar a explicar, y el ánimo decayó. Sturglass Banjorn, minero de radiación y primero en captar las señales de naves extrañas sobre Esperanza, puso en boca de todos el temor a traer la guerra a sus pueblos y familias, captando conscientemente la atención de navíos militares sobre ellos.

Sandra era la primera que no quería dejarlos de nuevo atrás, pero les convenció de que tras todo lo que había pasado, después de todas las muertes y todos los sacrificios, no podía quedarse de brazos cruzados. Hizo mención a algo que había dejado atrás, pero no se molestó en explicar qué era ni por qué tenía tanto empeño en recuperarlo.

Sentado al fondo del bar, Evan miraba absorto a Alejandra. Él no conocía a muchas emperatrices, de hecho sólo a Beatriz De León, y tras el colapso de su familia y la civilización de la Proyección había demostrado tener mucho menos aguante que Sandra ante la adversidad. Pero ella... aquella chiquilla le fascinaba. Recordó las palabras que habían intercambiado en Delos, antes de marcharse:

—¿Quién eres?

—Tú.

Eso le había respondido, y era un concepto que no sabía cómo explicar. Había pronunciado esas palabras presa de un fervor momentáneo, de un conocimiento instantáneo de los motivos de la vida, pero ahora parecían tan inconexas y lejanas que la sola idea era una locura. Sí, él era ella... se había convertido en una extensión de la joven en algún momento desde el comienzo de toda aquella locura. Por eso la había visto en Damasco (y su imagen le salvó por los pelos de los soldados que venían a prenderle). Se había mirado a sí mismo entonces y había visto el cuerpo de ella.

De lo que no quería hablarle era del lugar que había entrevisto en su periplo a la moribunda Ciudad Pascalina, en el Suq: un prado rodeado de cipreses, en el que esperaba Sandra, o a una imagen de Sandra, llorando y retorciéndose de dolor en el centro de la vorágine que destruía la Ciudad.

¿Era cierto? ¿Había engendrado aquella dulce chiquilla la aberración que ahora aguardaba en Delos, el nuevo Emperador, el creador de la Sombra?

Evan rió internamente ante lo irónico de la broma: todas aquellas personas, la cúpula monárquica, los Arcontes, las Logias, el Ejército... habían recorrido millones de kilómetros buscándola, obligándola a cambiar, a aceptar la transmutación fundamental que la convertiría en su diosa particular... Y todo para crear un

monstruo que acabaría destruyéndolos.

De pronto todo cuajó. Evan rebuscó esa noche en el cuarto de Sandra, mientras ella estaba dándose una ducha reparadora con la matrona ayudándola a lavarse el cabello, y encontró una foto enmarcada. En la desvaída emulsión aparecía un sonriente Silus junto a un hombre cuyo parecido físico con la joven era notable.

Evan giró el portarretratos y en su envés descubrió señales de viejos dibujos infantiles. Trazos apresurados, raspaduras enojadas y cargadas de frustración. Fue uno de esos dibujos, medio oculto en una esquina, el que le mantuvo despierto esa noche, cavilando.

Una infantil gárgola de alas membranosas.

Como la que había visto en las profundidades del Palacio de Invierno, en su descenso a los infiernos al lado de Connor y la deoEmperatriz. En su viaje al fondo de la mente de Alejandra.

Esa noche no durmió: su mente volvía una y otra vez a esa imagen que Sandra había dibujado cuando era una niña. La matrona le había contado esa tarde la historia de sus padres, lo de los soldados que habían saqueado el pueblo una década atrás y violado y asesinado a varias mujeres, incluyendo a la madre de Alejandra. De alguna maneta, Evan sabía que ella tampoco se había librado del amor de los invasores. Era lógico: una jovencita hermosa y vibrante, con rostro de ángel y cabellos de oro fundido, una piel sonrosada y el fuego de la juventud y la inocencia llameando en sus pupilas... Se la imaginó siendo sobada por las ansiosas manos de los infantes, abierta de piernas mientras algún perverso hurgaba en su interior con dedos manchados de la sangre de decenas de inocentes. Un secreto llorado a voces cada noche, que la increíble fuerza de voluntad de la pequeña había logrado ocultar durante años a todos los que la rodeaban, incluyendo su propia familia.

Y comprendió por qué, en realidad, ella era el Enemigo.

No había sido ninguna fuerza alienígena superpoderosa, casi divina, la que había generado aquellos monstruos. Ni la famosa Quinta Rama evolutiva de la Humanidad que tanto temían el Ejército y las Logias, con todos sus secretos tecnológicos y biológicos y su hélice diferenciada del estándar humano.

Había sido el inconsciente de una niña de quince años, a quien de repente se le había otorgado el Poder. Lentamente, había ido pudriendo la consciencia del antiguo Emperador, creando los tetrapectos, consolidándose al devorarlo durante el bautismo profano de la Convolución.

Evan dio otra vuelta en las sábanas.

De nada serviría matarla a ella, pensó. Parecían dos entes completamente independientes, aunque no había forma de asegurarlo; en caso de extrema necesidad, él mismo estaba dispuesto a ejecutarla por el bien de todos.

Pese al bombardeo planetario que había sufrido Delos, era muy poco probable

que el subconsciente de Sandra hubiera sido destruido. Más bien estaría esperando, haciendo acopio de fuerzas ahora que no tenía el resto de la mente de la chiquilla para ponerle freno. Y si, tal como había descrito ella, la aberración actuaba como una especie de agujero negro que absorbía todo el potencial mnémico universal... no sabía si el poder de la tecnología pura bastaría para vencerla.

No quería agobiar a la chica con más preocupaciones. Ella tenía suficiente con las suyas propias, incluyendo la repentina pesadumbre que la había invadido cuando se enteró de que un tal Marco Girodi, al parecer un joven nativo que ella conocía, se había suicidado de un tiro en la cabeza al poco de su partida de Esperanza.

A la mañana siguiente estaba todo preparado antes del desayuno. Habían decidido viajar sólo dos: él por su entrenamiento militar y ella por sus años como pastora de tormentas. Así se moverían el doble de rápido que cargando con los demás. El plan era llegar a la sección secundaria del tanker y activar su antena, si era posible. Si ésta también estaba inutilizada, Evan había previsto un viaje descendiendo por los violentos ríos que serpenteaban en los mapas hasta el siguiente segmento.

El problema era que la franja de aire respirable de Esperanza se distribuía en áreas toroidales en torno al Ecuador. El bombardeo cometario, germen de la atmósfera, no había consolidado gases nobles en suficiente densidad como para mantener una distribución homogénea hasta los trópicos.

Eso quería decir que la zona en la que se encontraban los dos segmentos más cercanos estaba justo en el límite de los alisios respirables. Sandra y él deberían cargar con máscaras de oxígeno y rezar para que los vientos venenosos no soplaran hacia el interior.

Al día siguiente, la chica preparó los bártulos, empaquetó los instrumentos electrónicos (cortesía de Sturglass Banjorn), y enjaezó los caballos. Evan se encargó junto con mamah de empaquetar la comida y llenar los odres de agua, conseguir una escopeta de caza de un vecino del pueblo y comprobar que los cartuchos estuvieran en buen estado.

Hubo un momento, en las atareadas horas que precedieron al amanecer, en que fue a entrar en la casa y, al abrir la puerta, se topó con un fantasma.

* * *

Sabía que el padre de Fedra, el pintor muerto, también había viajado con ellos desde Delos, pero hasta entonces no se habían encontrado. Evan se sobresaltó tanto que estuvo a punto de dejar caer los bártulos al suelo, pero mamah le llamó desde el interior y le dio pie a recobrar la compostura.

—Hola, Delian —saludó. El fantasma le dedicó un fruncimiento de ceño y siguió con su deambular errático por la casa, haciendo rechinar los sustentores del holovóder

como un manojo de oxidadas cadenas. Desde su «resurrección», el pintor parecía más una simulación infográfica que una persona, moviéndose de un lado para otro sin decir palabra. Su relación con la desconfiada mamah había llegado a una cierta tolerancia mutua, y ella se permitió durante el desayuno algunas familiaridades, como alargar la mano a su través para coger un salero.

Quien no lo llevaba tan bien era la Arconte Beatriz.

—¡Alejadla de mí! ¡Monstruo!

El crujido de un jarrón al romperse hizo que Evan dejara el comedor y corriese hasta el dormitorio de invitados. Sandra esperaba en la puerta, con un corte en el brazo. La joven se agachó para esquivar un cenicero, que se astilló contra la pared. Los gritos aterrados y furiosos de la Arconte resonaban en toda la casa.

Mamah y la cocinera llegaron nerviosas, pero Evan las detuvo con un gesto.

—¡Has sido tú, maldita zorra! ¡Tú nos has hecho esto! —gritaba Beatriz, la voz deformada por el histerismo. Evan se asomó rápidamente a la habitación para comprobar la situación: la mujer, vestida aún con los harapos de su traje ceremonial de Convolución, se acurrucaba como un gato asustado en una esquina. Se había hecho con un fragmento de cristal astillado y lo enarbolaba ante la puerta como si Sandra, que la miraba fijamente desde el umbral, fuese el mismísimo diablo.

—¡Mi Señora! —gritó Evan, apartando a la chiquilla de la puerta. El corte en el brazo sangraba en hillos muy rojos, que mamah se apresuró a envolver con vendas. Evan asomó la cabeza muy lentamente al dormitorio—. No tiene nada que temer. Ya ha pasado todo. Estamos a salvo, en Esperanza.

—Esa niña... ese monstruo... ¡no dejéis que se me acerque! ¡Es una asesina! —pareció perder momentáneamente el sentido del ahora—. ¿Dónde están mis sirvientes? ¿Por qué no está aquí el edecán? ¿Dónde me habéis traído?

—Estamos en otro planeta, mi Señora —explicó Evan, entrando muy lentamente en la habitación, las manos abiertas en una pose defensiva secreta. La Arconte elevó el improvisado puñal hacia él.

—No te me acerques... ¿Por qué estoy rodeada de plebeyos? ¿Dónde coño están mis consortes?

—Ya no hay consortes. No hay palacio, ni guardias —otro paso—. Delos ha sido destruida. No queda nada. Tiene que dar gracias por haberse salvado usted...

—¡Mentira! —le lanzó otro cenicero, que el soldado deflectó hacia la pared—. Malditos plebeyos, campesinos mendigos incultos... No tenéis derecho a tratarme así. ¡Yo soy Beatriz De León, vuestra Emperatriz! ¡Quiero mis cosas! ¡Quiero ropa limpia y comida decente, no la bazofia que le dais a vuestros hijos!

Evan se llevó las manos a las gafas, ponderando quitárselas para afectarla con lo que sea que la gente tanto temía, pero una mano regordeta y cálida se posó en su hombro, deteniéndolo.

Mamah entró en la habitación con calma y se puso delante del soldado.

—¿Pero qué hace? —protestó el hombre, tratando de sacarla de allí, pero la matrona lo apartó suavemente, y se colocó delante del puñal de Beatriz, con un rictus de verdadero disgusto en su cara.

Todos contuvieron el aliento; la Arconte miró desde las alturas a la obesa campesina (era como quince centímetros más alta), apretando con tanta fuerza el trozo de cristal que su propia sangre corría por las aristas.

Durante un segundo nada ocurrió, tan sólo se miraron, estupefactas e indignadas por sus respectivos motivos, y cuando Beatriz compuso un gesto de rabia y se disponía a ladrar una orden imperial, mamah le cruzó la cara con un fuerte bofetón, como el que a veces había tenido que darle a Sandra de niña.

Evan y los otros contemplaron boquiabiertos a ambas mujeres, sin saber cómo reaccionaría la humillada deoEmperatriz. Evan iba a saltar sobre ella para arrebatarse el arma, cuando los ojos de Beatriz cambiaron súbitamente, derrumbándose. Sus hombros enhiestos perdieron horizontalidad y, desmadejada, abrazó a la obesa matrona, llorando a lágrima viva.

Mamah la recibió en sus brazos y, acunando su cabeza en el hombro, le dio varias palmaditas en la espalda, quitándole de las manos el cristal. Evan lo recogió, manchándose con la sangre de la Arconte, mientras mamah la llevaba sollozante hasta la cocina.

Sandra la miró despectivamente al pasar, pero no dijo nada. La cocinera ayudanta, al borde del desmayo, atravesó a Delian para humedecer unas gasas en la cocina y cortar el flujo de sangre de Beatriz.

Esta se sentó obediente en la mesa, apretando con fuerza la mano de la matrona como si fuese el tranquilizador contacto de una madre. Mamah le acarició el pelo y se lo recogió en una coleta, susurrando cálidamente:

—Tranquila, niña, tranquila. Ahora ya ha pasado todo... Sé una buena princesa y tómate la sopa antes de que se enfríe. Todavía queda mucho que hacer esta mañana.

La Arconte asintió y comenzó a sorber obediente del plato. Evan miró a Delian, boquiabierto.

Poco a poco los ánimos se fueron tranquilizando, y Beatriz logró pronunciar las primeras palabras coherentes desde su huida de Delos («necesito ir al baño»). Evan acabó de empacar todos los bártulos y se reunió con Sandra en el establo. La niña se había reservado una hermosa yegua blanca con pintas canelas, que parecía muy contenta y excitada de tenerla por fin de regreso.

Con las primeras campanadas de la iglesia que saludaban al sol de la mañana, se despidieron de mamah y los demás y partieron. Sandra llevaba un mono de escaladora blanco y negro, hecho de una firme tela sintética a prueba de rasgaduras. Era, le había explicado, su uniforme de pastora. Gran parte del espacio en su mochila

lo había ocupado sin dar explicaciones con un misterioso saco de tubos de treinta centímetros, por lo que Evan tuvo que cargar con el material electrónico más delicado. Él se había puesto unos pantalones de minero y una chaqueta que los vecinos del pueblo le habían conseguido rebuscando en sus baúles. No le sorprendió que la tela fuera ignífuga y resistente: aquellos hombres habían construido un planeta entero con sus propias manos.

La Arconte se había cambiado de ropa en aquel par de horas escasas y, más afable, lucía un delantal y un pañuelo en la cabeza. Sus delicadas manos estaban rojas de usar el estropajo para restregar las cacerolas. Evan sonrió y, con un grito al estilo de los viejos colonos, espoleó su caballo siguiendo a la yegua de Sandra rumbo a la cercana ciudad de Aemonis.

* * *

Cabalgaron durante toda la mañana, y al despuntar el mediodía divisaron en el horizonte el anguloso perfil de los edificios de la ciudad vecina. Sandra le había explicado que en Esperanza sólo existían cuatro emplazamientos humanos importantes, Reunión junto al lago gris, Aemonis al sur, Estefana a noroeste y Pax Meritae al norte; cuatro enclaves sitios en coordenadas de terrafomación construidos en torno a rudimentarios procesadores atmosféricos de procedimiento químico. De ellos, Aemonis era el más grande e industrializado, lo cual quería decir que tenían una fábrica de combustible mineral para los escasos vehículos a motor que circulaban por los caminos, una estación depuradora de agua y un puerto.

Los caballos llegaron exhaustos a la ribera de un tributario del lago gris. Sandra descabalgó de un salto y saludó al encargado del muelle, un pequeño emplazamiento de madera que se introducía en la corriente colgando de un puente arqueado. Por debajo de éste, varias embarcaciones pequeñas y funcionales, parecidas a kayaks, se mecían al son de la corriente.

Mientras ella negociaba, pagando con el carísimo anillo imperial que la Arconte había donado, Evan consultó los mapas. Una línea azul serpenteaba por entre collares de marcaciones topológicas de gran altura. Miró hacia las montañas y localizó los dos picos principales, el Keys y el Morgana, dos afiladas aristas de piedra limadas por la acción devastadora de las corrientes. El desigual paisaje de Esperanza obligaba a los ríos a dar grandes saltos por titánicas cascadas, dividirse en meandros indomados para volver a reunirse en un caudal coherente en el interior de profundas galerías.

La ruta más corta hasta la nave obligaba a cruzar uno de estos ríos, siguiendo su curso durante cincuenta kilómetros a gran velocidad, abandonar luego las lanchas para sortear una montaña caminando, y seguir el afluente del otro lado para bajar otros ochenta kilómetros. No sería un viaje fácil. Evan dudaba que lo escarpado de

los picos les facilitara la tarea de cargar con los kayaks, así que tendrían que fabricarse nuevas embarcaciones con la vegetación circundante durante el segundo tramo.

Sandra dio una palmada en el hombro al hombre que cuidaba de las barcas y se volvió, levantando los pulgares. Evan sonrió, corriendo a desatar dos lanchas mientras el viejo mordía el jade del extraño anillo con el ceño fruncido.

—Él se encargará de devolver los caballos a Reunión —explicó la joven, desatando las amarras. Evan lanzó los bártulos dentro de su kayak.

—¿Has navegado alguna vez en uno de estos?

—Sí, mi abuelo me enseñó. A veces descendíamos la corriente hasta la desembocadura del lago llevando material para la granja. ¿Y tú?

—Bueno, he gobernado muchas clases de naves en muchos mundos diferentes, así que no creo que ésta se me atravesara.

Ella sonrió.

—Vale, pero mantente pegado a mi popa. Hay tramos muy peligrosos.

Antes de descender el río, Sandra se despidió de su yegua, Perla, acariciándola en la crin. El animal estaba tan excitado por haberla llevado desde Reunión que levantaba las patas y agitaba la cola de frustración ahora que tenía que quedarse en la orilla. Sandra le susurró:

—No te preocupes por mí, preciosa. Esta vez tardaré muchísimo menos en volver.

Destraron las últimas amarras y, con un par de golpes de remo, las lanchas ganaron velocidad. Imitando a su guía, Evan se colocó en posición con una rodilla levantada y dio brazadas con su remo de dos palas. Sandra se destrabó la mochila del cinto y, tirando de las cuerdas, la anudó a su espalda.

El viaje transcurrió sosegado durante los primeros cuarenta kilómetros. Apenas hablaron, ya que el ahorro de fuerzas era indispensable para sortear los tramos más duros, pero Evan pensó que era mejor así: la muchacha necesitaba de esos momentos de relativa soledad y paz interior, inalcanzable en mitad del torrente, para pensar en su vida, en tantas cosas que habían sucedido alocadamente los últimos meses.

Al cruzar una quebrada dominada por un salto de agua de dos metros, el afluente empezó a ganar velocidad. El cauce se separó en dos ramas, una ancha y uniforme que derivaba en dirección al lago gris, y otra más irregular y estrecha que buscaba su camino a través de los riscos. Eligieron esta última.

El frente de las lanchas se llenó de espuma. Evan notaba que cada vez se le hacía más difícil mantener la proa apuntando hacia delante, así que en lugar de forzar la embarcación a seguir recta fue haciendo eses por entre las olas. Su remo se hundía dejando estelas de plata que actuaban como timón, como si en lugar de en una corriente de agua se estuviera apoyando físicamente en un colchón de gel pesado y tirante.

Deseó tener en ese momento una de aquellas lanchas autónomas que había visto en los mares salvajes de Vita Lebrys, donde los cazadores de leviatanes inuitas cabalgaban la rompiente de olas monstruosas de hasta veinte metros de altura, para caer desde el cielo sobre sus presas. Usaban lanchas de tres quillas ligeras estabilizadas al estilo de catamaranes con sistemas de compensación giroscópicos; independientemente de la fuerza del oleaje, las lanchas siempre conservaban el equilibrio, buscando la horizontalidad.

Pero no disponían de tales lujos. Evan se sentía satisfecho de tener al menos aquellos diseños que habían bastado para los hombres primitivos en épocas mucho más duras, en que la lucha por la supervivencia no contaba con el apoyo de la tecnología.

Sandra, a unos cuatro metros por delante de él, dio un furibundo golpe de pala y obligó al kayak a bordear una roca. Evan se preparó: la nube de espuma que caía constantemente sobre su cara le impedía anticiparse a las condiciones del terreno, así que procuró no perder de vista la otra embarcación e imitar exactamente todos sus movimientos. Sandra colocó la pala contra la roca, bloqueó un segundo el cauce mientras su lancha se sumergía bajo la corriente. Entonces soltó la presa y ejecutó un gracioso salto hacia delante, como un tapón de corcho saliendo catapultado del agua, que la colocó de nuevo lejos de las rocas.

Evan la imitó, pero no pudo evitar tragar algo de agua. Notó un suave golpe de remo en la espalda.

—Inspira aire, no te preocupes —dijo la joven, escorando hasta él—. ¡Ah!

—¿Eh...? ¡Oh, perdona! —exclamó el soldado, mirando en otra dirección. Era imposible llevar las gafas oscuras mientras navegaban a esa velocidad.

—No importa. ¿Ves eso?

La joven señaló una entalladura que obligaba al río a aplastarse y buscar rutas alternativas de flujo. Evan frunció el ceño.

—Lo veo.

—Es nuestro primer obstáculo importante. El río no puede continuar a la misma velocidad e intenta saltar hacia arriba, remontando el arrecife. Vamos a tener que sortearlo por allí —hizo un gesto con el remo hacia una corriente anexa que bordeaba la entalladura, más errática y ondulada pero mucho menos veloz. Al llegar al cuello de botella que suponía el estrechamiento de dos paredes de granito, el cauce se desbordaba de la cuenca y tomaba dos rumbos diferentes y paralelos.

—Son cauces muy estrechos. No creo que podamos mantenernos los dos en el mismo. Podría atropellarte de improviso en cualquier acelerón.

—Pues creo que lo mejor será ir cada uno por un lado. Ambos afluentes van a desembocar al mismo sitio tras los riscos.

—De acuerdo. Pero ponte la mascarilla. Estaremos en contacto a través de la

radio.

Sandra asintió y, colocándose la máscara de filtrado de aire sobre el rostro, espoleó a su puntiagudo caballo hacia las rocas. Evan la siguió hasta el momento en que el río comenzaba a descender una enconada pendiente, acelerando cada vez más, y vio la nube de vapor de agua que surgía del lugar donde la furia de la corriente chocaba de bruces contra la impasible resistencia de la montaña.

El kayak de su compañera fue el primero en descender. Evan se ajustó la mascarilla, esperó unos instantes, y de un golpe de remo se lanzó tras ella.

Los dos cayeron casi verticalmente durante veinte metros, volando sobre la espuma del río y adquiriendo velocidad. El trampolín de agua se volvió cóncavo gradualmente, lanzándolos en direcciones opuestas. Evan perdió de vista a la muchacha tras estrellarse contra una pared de espuma, tras la cual se escondía un recodo del camino. Aterrorizado (la emoción era tan intensa que no podía describirla de otro modo), clavó la pala en el agua y levantó la rodilla, obligando a la embarcación a girar. El kayak levantó tanto la proa que Evan se encontró de repente con los pies por encima de la cabeza. Él tiraba hacia atrás y el río hacia delante, a la muerte en las rocas. La turbulenta corriente arrastraba consigo multitud de guijarros y diminutos cantos rodados, haciéndolos entrechocar y propulsándolos por el aire hasta una altura de varios metros. El basalto que recubría la base del farallón de piedra mostraba signos de un rápido desgaste que podría desembocar en cualquier momento en un desprendimiento general.

Evan se mantuvo unos segundos aguantando el equilibrio con la lancha en vertical, hasta que su eje de gravedad varió con el reflujo y la embarcación cayó hacia delante. Un golpe sordo y estaba avanzando bajo el agua, el cielo convertido en un maremoto de espumas y rompientes.

La lancha trató de subir pero él no la dejó: aún podía aguantar y ganar unos metros más bajo la superficie. Sin embargo, el cálculo le salió mal. Se dio cuenta tarde, cuando la quilla ya entraba en un tonel que le colocaría boca abajo.

Frenético, trató de recobrar la horizontalidad. Su mochila pesaba demasiado y no era un peso muy hidrodinámico. Picando de proa, alzó las manos por encima de la cabeza y buscó golpear el lecho del río. Ya no sabía qué dirección era arriba; lanzó furiosos manotazos a la nada, viendo sombras difusas que corrían peligrosamente cerca de su cabeza, y de repente encontró tierra.

El remo se clavó en algo parecido a un inconsistente montón de gravilla. Evan golpeó de nuevo y encontró una mínima resistencia: la reacción lo catapultó hacia la zona de agua clara, dando vueltas en espiral mientras el menor peso de la lancha buscaba su lugar en el equilibrio hidrodinámico de la corriente.

No supo cómo, de repente estuvo fuera del agua. Y otra vez dentro. Aunque no podría asfixiarse —aún llevaba puesta la máscara—, cualquier golpe contra el

margen de la cuenca resultaría fatal.

Al poco rato, logró mantener la lancha estable. Remaba enardecidamente, atravesando murallas blancas y espumosas. Tras una de éstas, el río desapareció.

Evan gritó. El kayak perdió apoyo y voló por los aires una distancia indeterminada, cayendo por una cascada muchos metros hasta encontrar de nuevo el agua, donde se clavó como un proyectil.

Evan salió a la superficie y palpó la lancha para asegurarse que aún la tenía debajo. Estaba. Con furia, la obligó a abandonar el cauce principal y, en un remanso de tranquilidad que apareció entre unos troncos flotantes, miró hacia atrás.

Había rebasado la entalladura saltando por la cascada principal.

En algún momento de su alocado periplo submarino debía de haber regresado a la corriente central, y se había lanzado hacia la cascada creyendo que aún permanecía en el tributario.

Era increíble que aún siguiera vivo. Se disponía a comprobar el equipo cuando vio a Sandra en la lejanía. La joven estaba salvando los últimos meandros del afluente y se acercaba a él con lentitud. El soldado agitó una mano en el aire, gritando:

—¡Sandra, aquí!

—¡Au! —dijo una voz junto a su oído. La silueta de la chica se llevó una mano a la cabeza—. No hace falta que grites, te oigo perfectamente. ¿Cómo has llegado antes que yo?

Se giró mirando a la cascada.

—Es una larga historia.

Se reunieron en el cauce principal y entrechocaron los remos a modo de saludo. La expresión de la joven, sin embargo, se congeló en un rictus de preocupación.

—¿Qué ocurre? —se extrañó Evan. Luego miró a su espalda, y vio que la mochila, aquella donde guardaba el instrumental que Sturglass les había prestado para intentar reactivar la antena de la nave, estaba rasgada y había perdido gran parte de su contenido.

Capítulo 14

Encontraron un recodo relativamente tranquilo donde varar las lanchas, e hicieron recuento del material. El balance era desesperanzador:

—Hemos perdido las tarjetas de chips y los reguladores de voltaje. Y la batería de silicio está inservible —farfulló Sandra, colocando las piezas que quedaban sobre la tierra. En sus ojos se adivinaba el desánimo, pero aún no había sugerido el regreso.

—¿Qué nos queda, entonces? —preguntó Evan, sintiendo que la culpa era toda suya.

—Bueno, tenemos la caja de resonancias magnéticas y un kit de herramientas. Eso podría bastar para alinear la antena y mandar el mensaje, siempre que sus sistemas no estén muy dañados... Maldita sea.

Tiró una placa de chips al agua, siguiéndola con impotencia con la mirada mientras se hundía. Evan sacudió la cabeza.

—Oye, lo siento. Es culpa mía. Si no hubiera volcado en los rápidos...

Sandra levantó una mano, pidiendo silencio.

—No quiero oír ninguna disculpa nunca más. En los últimos meses sólo he escuchado disculpas por todo. Estoy harta de las explicaciones de la gente. Ofréceme una solución en lugar de gastar saliva lamentando las cosas que ocurren.

Evan asintió. La joven le miró a los ojos, pero primero se aseguró que llevaba las gafas puestas.

—Está bien. Según mi punto de vista, tenemos dos opciones —dijo el soldado, con voz grave—. La trivial es volver, reponer el material y gastar otro par de días llegando hasta aquí. Tardaríamos más tiempo pero eliminamos el riesgo de fallo en la antena.

—No me gusta. ¿Y la otra?

—La otra es seguir a pesar de todo. Lo que estamos buscando es el anillo de carga de un Mikoru-Spencer, ¿no? Eso es un almacén de repuestos en sí mismo; en caso de que la antena haya quedado totalmente destruida, aún podríamos usar el material de la propia nave para reconstruirla.

—¿Tú sabes algo de electrónica de alto nivel? —preguntó Sandra, arrugando la frente—. Porque yo no tengo ni idea.

Evan se puso en pie.

—Algo, pero de manera muy elemental. De todas formas allí habrá robots de reparaciones. Es poco probable que el depósito de robótica no estuviera blindado, y haya sufrido excesivos daños en el aterrizaje. No nos será difícil reactivar alguno con un programa experto que nos ayude en el trabajo.

Sandra perdió la vista en las cascadas, absorta en sus pensamientos. No le gustaba arriesgarse tanto al giro de una carta favorable, pero aún menos quería malgastar

tiempo: la posibilidad de que alguna nave que estuviese de patrulla en la periferia cuando se produjo el colapso de Delos estuviese ahora regresando al Cúmulo Central era amplia. Que pasasen cerca de Esperanza en su larga carrera por averiguar qué les había ocurrido a sus familias en el mundo madre, muchísimo más escasa. Cuanto antes enviaran la señal de auxilio, más posibilidades tendrían de que algún comerciante alejado de las rutas habituales la recibiese.

Miró hacia los picos gemelos Keys y Morgana, su primer destino. Una densa nube amarillenta surgía desde detrás de su contorno, abrazándolos como una garra de gas venenoso. Los alisios benignos del Ecuador no estaban soplando con fuerza ese año; si seguía así, el frente de aire respirable se diluiría muy rápido sobre el emplazamiento de la nave, y aunque pudieran poner en marcha el transmisor y radiar el mensaje, no podrían escapar a tiempo de las nubes de gases no terraformados. Morirían asfixiados a un tiro de piedra de la victoria.

—Seguiremos —dictaminó la joven—. Dentro de unos días ese frente tormentoso estará tan cerca del río que no nos dejará salir. Es ahora o nunca. Ganaremos tiempo si en lugar de seguir por el río acortamos campo a través por esos desfiladeros.

—Seguiremos —convino el soldado, recogiendo los bártulos del suelo. Sandra extrajo de su mochila el misterioso paquete de tubos que él la había visto empacar en el pueblo, y lo desenrolló. Esparció nueve fragmentos cilíndricos de metal plateado, acabados todos en rosca. Poco a poco los fue uniendo hasta formar una sola vara de poco más de tres metros de longitud. El segmento central tenía un control de clave voltaica, ahora emplazado en conductividad cero. La joven la sostuvo en alto, comprobando el perfecto equilibrado de su arquitectura.

—Es la vara de domar tormentas que usaba mi abuelo —aclaró—. Nos será útil cuando crucemos los yacimientos de ferrita de los picos gemelos. A esas alturas siempre hay huracanes electrostáticos.

Evan asintió y, cargándose los bártulos más pesados a la espalda, siguió a Sandra sendero arriba, dejando los kayaks abandonados en la ribera.

* * *

Escalaron durante un día entero, luego hicieron una pausa para dormir en lo alto de una atalaya desde donde se dominaban los valles de escorrentía anexos al río, y prosiguieron con las primeras luces del amanecer.

Sandra avanzaba con presteza, explorando nuevos senderos y adelantándose a mirar cada vez que había que escoger camino. Evan aguardaba sudoroso en retaguardia, esperando con las mochilas en el suelo hasta que ella regresaba con buenas o malas noticias, y luego proseguían. No le molestaba llevar todo el peso; su fuerza física era muy superior a la de la chiquilla, y aunque no hubiera sido así su

profundo entrenamiento zen le permitía aguantar grandes dosis de castigo sin pestañear.

El estrecho y profundo valle del Keys apareció al atardecer del segundo día. Era una caída a pelo tras unos riscos que partía la cordillera en dos, muy peligroso de escalar y aún más de descender. Sandra estudió el terreno someramente y escupió una flema.

—Por aquí no podemos bajar. Vamos a tener que rodear todo el valle.

—Eso nos va a llevar seis horas más —calculó Evan, no quejándose sino exponiendo los hechos. Sandra se colocó a su espalda y le ayudó a quitarse las correas de las mochilas. Unas profundas marcas rojizas recubiertas de sudor tatuaban su piel. Sandra se quitó los guantes de escalada, y comenzó a masajearle con las manos desnudas. El sudor del soldado constituía un perfecto lubricante.

—Uhhh —suspiró él, cerrando los ojos. Ella sonrió.

—Sienta bien, ¿verdad?

—Es el paraíso. Un poquito más a la izquierda... perfecto...

—Debería haberme traído otra vara para ti.

—¿Qué son esos chismes? —se interesó Evan, escondiendo la cabeza entre los brazos para que toda la ancha espalda quedara a disposición de la chica.

—Claves de luz. Las usamos para canalizar los rayos que caen a tierra durante una tormenta y encerrarlos en lámparas de cristal. Circunstancialmente, también sirven para mantener el equilibrio.

Evan parpadeó.

—¿Y no es peligroso?

Sandra rió musicalmente.

—Bastante, pero no piensas mucho en ello cuando estás ahí, bajo el vientre tenebroso de la bestia. Tan solo te dejas llevar por su ritmo, alzas la espada y esperas a que te lance su mejor golpe. El resto viene por sí solo.

—Ya... parece muy poético.

—Lo es.

Un pinzamiento sobre sus vértebras hizo crujir algunos huesos. Evan apretó los párpados, saboreando el placer del verdadero masaje, el que produce dolor antes del gozo.

—¿Has pensado alguna vez en qué vas a hacer si todo esto termina bien? Quiero decir...

—Si sobrevivimos, ya. Le he dado bastantes vueltas en las últimas semanas, sobre todo los días previos a la Convulsión —otro tirón—. Creo que ya no podré volver, haga lo que haga. Mi antigua vida murió con aquel disparo que casi mata a mi abuelo.

—¿Cómo era?

—¿Silus?

—Oh... lo siento —se envaró Evan, dándose cuenta del temblor en la voz de la chica.

—No me importa hablar de ello. De hecho lo necesito —suspiró—. Era un gran hombre. Fue explorador, pendenciero, pastor, cartógrafo, mujeriego... Y me crió a base de golpes de sabiduría que seguramente se iba inventando sobre la marcha.

—¿Cómo cuáles?

Sandra volvió a colocarle la camisa en su sitio y se secó las manos.

—Una vez habíamos salido a cazar unos cuantos rayos entre estas montañas. Era la primera vez que me dejaba hacerlo a mí, y estaba tan asustado que casi rompió su promesa.

—¿Promesa de qué?

—De dejarme hacerlo. Creo que me habría cabreado realmente si no me hubiese dejado a solas sobre aquella montaña, temblando de miedo y esperando con la vara en ristre —los ojos de Sandra brillaron—. Él conocía bien el genio que me gastaba yo cuando era niña. Era una verdadera diablesa, intragable e insoportable. —Se sentó, mirando los picos gemelos—. Así que se apartó, rezando para que la descarga no me calcinara, y yo levanté la lanza. La bestia me correspondió y descargó un rayo increíblemente potente sobre la montaña. Silus me dijo luego que estuve a punto de morir. Yo grité de puro terror, me hice pis encima y sentí que mi pelo se alzaba hasta ponerse de punta. Pero aguanté. Mantuve enhiesta la vara y conduje el maldito rayo a su vasija. Jamás lo olvidaré.

Evan acercó una mano con suavidad y recogió una lágrima que había caído de los profundos ojos azules de la chica. Ella permaneció con la vista clavada en las cimas nubosas, donde salpicaban los tímidos destellos de una tormenta eléctrica.

—No sé cómo explicarlo, pero... siempre he asociado la felicidad con esos momentos tan extraños. Para mí, el ser feliz, verdaderamente feliz, es un sentimiento emparejado a las noches de lluvia y viento y relámpagos. Mientras el resto del mundo corre despavorido y se esconde bajo las sábanas, temblando de miedo por el sonido de los truenos...

Sandra calló, inmersa en sus recuerdos. Evan la dejó a solas unos minutos, mientras recogía los bártulos. Corría un viento fuerte desde el norte que no les favorecía en absoluto. Preparó las máscaras de oxígeno y esperó a que Alejandra le siguiera sendero abajo, hacia el exterior del valle.

* * *

—¡Allí está! —señaló el soldado. El cuerpo enfundado en una mortaja de nubes del pico Keys se alzaba frente a ellos, a escasos cuatrocientos metros. Entre éste y la siguiente montaña, la invisible Morgana, se abría una caldera cuajada de gases

nocivos, vientos capaces de arrancar árboles de la ladera gris y arcos voltaicos de docenas de metros de anchura.

—Tendremos que bajar por ahí —gritó Sandra, para que se la escuchase por encima del rugido del viento. Estaba agarrada a un saliente rocoso, a un metro escaso del abismo. La falda de la montaña nacía de la nada en algún lugar indeterminado bajo el manto de nubes.

—¡No! Es demasiado peligroso. ¿Qué demonios son esas descargas?

Un arco eléctrico unió las laderas del Keys y su gemela en un destello ascendente de cientos de metros. Sandra aferró con fuerza su vara.

—Estas rocas están cimentadas sobre vetas de ferrita. El rozamiento de las partículas que lleva la tormenta genera tanta electricidad como para iluminar Aemonis.

—Pues qué bien —gruñó el soldado. El aparato eléctrico de los anticiclones de Esperanza le sobrecogía. Más allá de las zonas templadas del Ecuador, el planeta se vengaba de su conquista por el hombre y retornaba con furia a anteriores estadios de su ciclo geológico. Evan sintió que hasta ahora había vivido una ilusión, una versión edulcorada de la geología del planeta; aquella era la verdadera cara de Esperanza.

Desde su posición sólo veía un camino para sortear el valle sin introducirse directamente en la niebla, y era escalando un saliente de afiladas lascas por el que no enviaría ni a su peor enemigo. Haciéndole una señal a Sandra, se colocó la mascarilla.

—Comencemos a agotar recursos. ¿Me oyes bien ahora?

—Perfectamente —dijo ella—. ¿Qué hacemos?

—Sígueme.

El soldado saltó sobre un saliente y continuó trepando. El modelado del terreno practicado por el viento y las lluvias torrenciales conferían al paisaje un aspecto de pesadilla, como si un gigante prometeico hubiese arrastrado una garra por la tierra y arrancado de cuajo el corazón del manto geológico, convirtiéndolo en un aterrador panorama lleno de púas, dientes de dragón y otras aberraciones morfogenéticas. El manto de gases tóxicos se arrastraba sobre el fondo del valle y sus interfluvios cubriéndolo como un glaciar esponjoso y naranja.

Evan jadeó, viendo las gotitas de la transpiración condensarse en el frontal de plástico de la mascarilla. Se agarró a una roca y pivotó sobre ella, colgando unos segundos sobre el vacío. Cuando logró poner pie en el otro lado, miró hacia atrás para comprobar que Sandra le seguía los pasos, y sintió pánico.

No había ni rastro de ella.

No podía haberse caído: la escuchaba jadear a través del auricular, con la respiración entrecortada pero bajo control. Pero ella había desaparecido. La buscó en todas direcciones, sin atreverse a soltar la mano de su precario asidero.

—¡Sandra!

—Estoy aquí —respondió ella calmadamente.

—¿Dónde?

—Mira detrás y arriba.

Una silueta veloz y contraída aterrizó haciendo equilibrio con la vara de tres metros sobre un saliente. Le saludó. Evan respiró aliviado, pero sintió que el enojo iluminaba sus mejillas.

—Maldita niña... Avísame otra vez antes de hacer eso.

—Lo siento —la silueta de Sandra, apenas visible entre el polvo que arrastraba la tempestad, colocó la vara en una posición de volatinero y se acercó a él—. Para mí es muy difícil mantenerme de pie a tan poca velocidad.

—¿Cómo?

—Caer hacia delante. Necesito impulso para mantenerme erguida. Con la vara tengo menos posibilidades de trastabillar, pero necesito estar me moviendo continuamente.

Evan refunfuñó, agarrando la mochila con la mano mientras saltaba hacia ella. Se plantó en un ínfimo espacio al borde del acantilado, que apenas daba para los dos.

—Está bien —concedió—, pero no te alejes demasiado. ¿Esa vara tuya no atraerá a los rayos, no?

La joven le enseñó el segmento central, con el indicador de clave en fase de conductividad cero.

—Si esto no se mueve de aquí, no. Pero podríamos necesitarla más adelante si queremos sobrevivir al campo electrostático que cubre esos picos.

Siguieron saltando de roca en roca dos horas más, ayudándose con escarpas y botas de piel adherente. Poco a poco el corpachón oscuro del Keys fue apartándose gentilmente para dejar entrever el valle que se extendía detrás. Evan se mordió los labios; el contorno de la vieja nave no asomaba todavía entre las nubes. No debía ser muy grande, apenas tres cuartas partes del segmento principal varado a orillas del lago —unos veinte metros—, pero ya deberían haberlo divisado. El modelado del terreno, en hidracolitos escalonados y terrazas, sugería que la nave podría haber elegido para aterrizar cualquiera de las plataformas superiores, las que menos riesgo ofrecían a los automatismos de vuelo. Pero en ninguna de ellas había ni rastro del aparato.

Por un momento pensó que Sandra podría haberse equivocado. Tal vez no estuviesen en el valle correcto. Tal vez el segundo fragmento del tanker no hubiese sobrevivido a la reentrada. Si era así, estaban perdidos. Sus famosas facultades rastreadoras (muertas desde el colapso funcional del Metacampo sobre Delos) no les sacarían de ese apuro.

Empezaba a sentir un pequeño síndrome de abstinencia psíquica, pero hasta ese momento no le había concedido la menor importancia. Un pensamiento acudió sin

motivo a su mente: ¿qué habría sido de los Ids? ¿Estarían aún ahí, escondidos en las cabezas de la gente? ¿O habrían muerto con el cierre de los accesos al Metacampo, o devorados por aquella cosa que había surgido de la mente de Sandra?

Con la mente alejada de la realidad, se olvidó de comprobar sus puntos de agarre. Un asidero resultó no ser tan estable como había previsto y se deshizo en sus manos en un estallido de gravilla.

—¡Evan, cuidado!

El soldado cayó resbalando por la ladera arrancando piedras ablandadas por las aguas de escorrentía. Un pequeño alud se formó sobre su cabeza, desplomándose a idéntica velocidad, lleno de remolinos de polvo y cascotes.

Sus dedos encontraron un apoyo y se cerraron por acto reflejo como garfios. Su cuerpo pivotó, dándose un fuerte golpe contra la ladera mientras a su alrededor caían las piedras. Una muy pequeña se le incrustó en el visor de la mascarilla, agrietándolo. Evan vio que un grupo de cascotes se dirigía directamente hacia su cabeza, y se concentró. El entrenamiento de Guerrero Espíritu le adiestraba en el uso de la mnémica activa para potenciar en gran medida sus habilidades marciales, pero al intentar acudir a ella no le respondió más que un vacío hondo e inescrutable.

Maldiciendo, se contrajo hasta colocarse en una pose defensiva, y trató de esquivar la mayor parte del alud. Los cascotes que no pudo eludir los deflectó con rápidos golpes colocando la escarpia longitudinalmente a lo largo del antebrazo.

Evan gruñó, anclando los pies en la tierra resbaladiza y buscando alguna forma de subir.

Sandra bajó hasta su nivel por un desvío lateral. Apuntalando la vara en un afloramiento de roca, la usó como pértiga para apoyar los pies en la pared de enfrente, y ejecutando un cuarto de giro sobre su eje se dejó caer hacia atrás, resbalando por la vara como en un tobogán. Estuvo a punto de caer cuando sus pies tocaron suelo, pero recobró milagrosamente el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó a su compañero, alcanzándole un extremo de la vara para ayudarlo a subir.

—Sí... Hay que tener mucho cuidado con este suelo. Está agrietado por las lluvias y no es coherente. Es como trepar por un cenagal de arenas movedizas.

—No veo el cuerpo de la nave —comentó Sandra, preocupada—. ¡Joder, joder! —estalló, golpeando una piedra con el puño—. ¡Maldita sea!

—Tranquila, oye...

—¡Suelta! —se zafó de su abrazo—. Si no hubieras perdido el equipo, ya habríamos localizado el tanker.

Evan se quedó paralizado, mirándola. Había un desprecio mal disimulado en los ojos de la joven que le sorprendió.

—Estás siendo injusta, Alejandra. Sabes que fue un accidente.

Ella le miró sacudiendo lentamente la cabeza, como si no pudiera soportar un segundo más su inutilidad. Pero no dijo nada y siguió avanzando.

El huracán electrostático arreciaba. Entre el Keys y su gemela, ahora parcialmente visible a través de la niebla como un coloso sombrío, se generaban arcos voltaicos de cegadora brillantez. La vara de Sandra, pese a estar colocada en mínima conductividad, relucía con una danza de llamaradas de San Telmo como si estuviera cargada de energía. La joven de cuando en cuando acercaba su punta a una veta de ferrita, piedras negras como la noche bajo la insólita luz ambiental, y la descargaba. Sus cabellos se habían levantado graciosamente por efecto de la electricidad, haciéndola parecer un puercoespín rubio. Como la molestaba para escalar, se recogió el pelo en una coleta llena de púas.

—¡Allí! —gritó, señalando un paso. Su voz llegaba bañada en estática—. ¡Podemos bajar por ese barranco!

—¡No! —se negó el soldado—. ¡Es demasiado peligroso! ¡Nos mataremos!

—Confía en mí, yo ya hacía esto antes que tú siquiera oyeras hablar de Esperanza.

Enojado, Evan la alcanzó de un par de zancadas y la agarró por el brazo.

—¡No, Sandra! ¿Es que no te das cuenta? Los gases están atravesando la mascarilla y nos están haciendo pensar cosas raras. Estos malditos filtros son demasiado viejos.

La joven se zafó de su contacto, echándose hacia atrás.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Estoy harta!

—¡Y yo estoy harto de ti, maldita niña malcriada! —gritó él, en un súbito arranque de ira—. ¡No paras de repetir que estás cansada de que todos te digan que eres especial, pero en realidad te lo crees! Estás tan completamente metida en tu papel de diosa mártir y atribulada que ni siquiera te das cuenta.

Ella se le encaró con furia.

—¿Qué estás diciendo? ¿Acaso me estás dando órdenes, soldado?

Evan sacudió la cabeza, sintiendo que el desagradable hedor de los gases impregnaba como amoníaco los filtros de la máscara.

—Sandra, concéntrate. La tormenta va a estallar sobre nosotros. Los rayos...

—¡A la mierda la tormenta! Venga —le golpeó en el pecho, desafiante. El fornido soldado trastabilló—. Vamos, hombretón, pega a esta chiquilla si te atreves. ¿Acaso no os gusta a todos pegar a las mujeres?

—Sandra, no sabes lo que dices...

—Sé que os encanta, violar jóvenes putitas para contarlo después durante la borrachera... Eso es lo que yo soy, lo que siempre he sido —sus ojos se clavaron en los de Evan, que de repente se dio cuenta de que no llevaba puestas las gafas—. Una puta infantil dispuesta a saciar a quien me lo pida. Una mentirosa con cara de ángel y

corazón de zorra.

—¡Sandra, no me mires! —suplicó él, girando el rostro. Pero ella le sujetó la cabeza con las manos y escrutó profundamente en las simas excavadas en sus pupilas.

—Yo una puta, y tú un imbécil sin futuro ni pasado. Lo veo en tus ojos, Evan. Dices que lo único que deseas en esta vida es recuperar tu maldito amor perdido, pero te excitas cada vez que me ves agacharme, cada vez que miras dentro de mi escote. Eres un maldito mentiroso rastrero asesino, un mercenario, y en lo más profundo de tu corazón me deseas...

Lo besó con fruición, arrancándole la mascarilla del rostro para hundir su lengua profundamente en su boca. Evan sintió que el músculo de la chiquilla lo atravesaba ansioso, furibundo, como castigándole por su atrevimiento. Con terror se apartó de ella, viéndola cubierta del sudor de la máscara, recortada contra un fondo de rayos y lluvia y nubes desgarradas en jirones tempestuosos. La sensación de estar besándose a sí mismo, o a su hermana o a su madre, fue algo inexplicable y aterrador.

Y entonces vio sus propios ojos reflejados en los de ella. Eran profundos pozos a la nada del corazón, a su propio vacío interior. Evan gritó, llevándose las manos a la cabeza.

—Tras tantos años de perseguir a las personas —dijo la joven, escupiendo las palabras—, ahora jamás podrás librarte de ellas. Nadie podrá mirarte de nuevo a la cara, porque se verán a sí mismos en esos ojos sin alma. Estás condenado a vivir el resto de tu vida con el menosprecio de los que no soportan verse tal y como son en realidad. Eres el Espejo.

Retrocedió un paso, y Evan la vio tambalearse. Extendió un brazo hacia ella para que se agarrara, pero Sandra miró aquella mano suplicante con desprecio y se negó a asirla.

Su cuerpo cayó al vacío seguido del alarido del soldado.

Evan recogió la vara y se tiró tras ella. Sandra rebotaba en las paredes de arenisca levantando nubes de polvo. La grava actuaba como improvisado colchón, pero no sobreviviría si llegaba al final de la ladera.

Saltando, casi lanzándose de cabeza, la siguió hasta que la joven quedó aprisionada entre dos rocas, ya plenamente sumergida en el mar de nubes tóxicas. Evan bajó rodando hasta que la vara se encajó accidentalmente entre dos salientes, quedando anclada como una viga horizontal. El soldado colgó de ella tratando de colocar sus pies en la tierra. Las nubes de gas enturbiaban su visión y se colaban peligrosamente por la fisura abierta en su máscara.

Sandra no se movía. El golpe la había hecho perder el conocimiento, y un hilillo carmesí pintaba su frente.

Evan se impulsó, conteniendo el aliento. Con la vara firmemente encajada en las rocas, se balanceó para ganar impulso y saltó al lado de la chica. Veía el suelo del

valle a escasos metros. No podía creer que hubieran bajado tanto. Entonces comprendió: no era el cauce seco del río, sino uno de los hidracolitos moldeados en terraza de la falda del Keys.

—¡Sandra! —gritó, comprobando su pulso con dos dedos. La joven respiraba muy mal y con arcadas. Los filtros de su mascarilla estaban amarillos, completamente anegados. Evan la recogió en brazos, cambiándole los filtros por los suyos, y activó un koa de ahorro de energía que relajó al instante sus músculos.

—Saldremos de esta, no te preocupes —prometió.

Entonces escuchó el estruendo. Girándose, vio cómo parte de la ladera se les caía encima. Una tromba de polvo y cascotes se había desprendido de la débil presa de arena arcillosa de la cumbre, y se desplomaba sobre ellos como un huracán de muerte.

Todos sus condicionamientos zen se activaron a la vez. Sus músculos entraron en tensión y su mente se abstraigo, aislándose del caos del mundo exterior. Como no disponía de mnémica para apoyarle, los estados de tensión controlada eran más difíciles de alcanzar.

Sopesando la situación en décimas de segundo, dejó a Sandra en el suelo y corrió unos metros hacia la cumbre. La avalancha se aproximaba con la forma de un manto giratorio de cascotes recubierto de rayos que se descorría lentamente cubriendo la montaña. Uno de los picos menores del Keys, que surgía como una punta de lanza de la cuenca aluvial, se erguía enhiesto a su derecha, con casi veinte metros de altura y una base de apenas tres.

Con el aire a punto de agotarse en sus pulmones, Evan desenganchó la clave de luz de entre los salientes. Examinó con frialdad su segmento central, donde Sandra le había enseñado los controles, y gastó preciosos segundos colocando la clave voltaica en mínima impedancia. El sensor desactivó los inhibidores de conductividad de la vara, permitiendo el paso a cualquier cantidad de energía con total eficacia. Evan alzó la vista y constató que los violentos relámpagos de la tormenta estaban generándose casi sobre él.

Saltó de nuevo hasta Sandra y clavó con fuerza un extremo de la vara en la base de la torre de ferrita, recogiendo a continuación a la chica. Con ella sobre el hombro, se sumergió en la niebla tóxica de la terraza. Cuando ya no pudo seguir descendiendo, enterró a la joven en el húmedo suelo y la cubrió con su propio cuerpo.

—¡Vamos! —ladró al viento—. ¡Vamos, maldita! ¡A ver qué sabes hacer!

La avalancha rebasó el lugar donde Sandra había caído y continuó fluyendo con increíble rapidez. El estruendo era ensordecedor. El cielo estaba lleno de relámpagos.

Rezando, Evan cubrió a la chica, escondiendo su cabeza entre los brazos. Un estallido de luz iluminó las nubes de gas naranja.

Y sucedió. El manto de rayos acumulado en el huracán electrostático buscó

desesperadamente una salida a tierra, y encontró el cauce de la vara. Un grupo secuencial de arcos voltaicos de enorme potencia llovió del cielo fundiendo la clave de luz con el enorme calor de la electricidad salvaje; el metal brilló al rojo blanco, licuándose por la intensidad y reconduciendo la energía a la base de la torre de ferrita.

El basalto que recubría la base del pilar explotó en una nube de polvo. Evan cerró los ojos y quedó sumergido en la escoria. El pilar se tambaleó y, con la lentitud ilusoria propia de los objetos muy grandes y pesados, se desplomó sobre la terraza.

La tierra tembló. Evan vio de reojo que el coloso caía frente a la avalancha, formando una suerte de barrera natural contra la que se estrelló el oleaje de tierra y piedra.

Loco de euforia, aulló su triunfo a la tempestad, y en ese momento la parte no desviada de la avalancha cayó sobre él.

* * *

Cuando el ruido cesó, abrió los ojos.

Estaba vivo, no había duda, pero... ¿en qué estado?

Apartando con cuidado las capas de tierra, desenterró literalmente a Sandra de la terraza. Respiraba; los nuevos filtros la habían salvado. Exhausto, el soldado se sentó a su lado.

La muralla había detenido la avalancha. Ahora, una nueva colina de tierra enfangada nacía al otro lado de la torre derrumbada. Pero eso no cambiaba nada. Miró a su espalda y constató que la mochila había desaparecido. No tenían material, ni filtros nuevos, ni clave voltaica; la vara se habría transformado en un manchón de metal derretido medio oculto bajo el barro.

—Fantástico —gruñó, poniéndose en pie con la joven en sus brazos—. Hasta aquí hemos llegado, princesa.

El viento azotó su rostro desnudo. Estaba respirando un compuesto de sales de amoníaco y esquistos sublimados. Eso le mataría, y no podía hacer nada por evitado. La poca capacidad de filtración de aire de que disponían la estaba usando ella, y Evan no pensaba privarle de tal lujo. Al menos cuando despertara él ya estaría muerto, y tal vez tuviera una posibilidad de volver usando el filtro estropeado de la otra máscara como apoyo.

Una corriente de aire naranja esculpió una curiosa figura en el cielo, a pocos metros sobre su cabeza. Era como ver un remolino en horizontal, avanzando casi a ras de tierra. Evan se extrañó. La singular orografía de los valles jugaba graciosamente con los vientos, pero le extrañaba que diese pie a un efecto tan anormal. A menos que...

Una cueva. No podía haber otra explicación. El aire formaba un embudo al pasar

a su través y salir por algún otro orificio, como en un efecto túnel.

Con un súbito destello de esperanza azuzándole, el soldado avanzó corriendo con la chica a cuestas hacia el extremo opuesto de la terraza. Una sonrisa nació en sus labios cuando, efectivamente, la sombra de dos paredes lo envolvió.

Eufórico, depositó a Sandra en el suelo y se dispuso a explorar el interior. Si la corriente era tan intensa, significaba que la cueva tenía que unir los dos extremos opuestos de la montaña, creando un canal natural para los vientos. Si ese extremo era el que daba a la zona de aire limpio...

De pronto, notó algo. Se giró lentamente y miró hacia la joven. Al depositarla en el suelo, distraídamente, sus manos habían tocado el basamento de la caverna. Estaba muy frío.

Se quitó los raídos guantes y, con un temor casi reverencial, se puso en cuclillas. Tocó el suelo.

Era de metal.

Un latigazo de adrenalina atravesó su organismo. Miró a las paredes y distinguió a duras penas sus contornos; angulosos y funcionales, no suavizados por la acción desgastadora del viento. Un silbido retumbante que provenía del interior delataba al viento al salir por los anclajes ahora vacíos de la estructura.

La habían encontrado: estaban dentro de la nave espacial.

—¡Sandra, despierta! —la sacudió. Maravillado por su suerte, se la llevó más al interior, a las cámaras selladas. Encontró una puerta y, al otro lado, la reconfortante familiaridad de un esquema de pintura naval y una silla desvencijada. Depositó en ella a la niña y, cerrando bien la esclusa, exploró la nave en busca de un respirador de emergencia.

Lo encontró en una alacena de servicio. Lo aplastó contra su cara y respiró ávidamente su aire encapsulado; sabía como el más puro oxígeno de las montañas de la Tierra. Luego le colocó otro a ella.

Estaban en la zona de carga. Subiendo por un pozo diagonal (la nave se había inclinado unos grados desde su aterrizaje), llegó al puente de mando. Estaba en mejor estado del que esperaba, con señales de un incendio sobre algunas consolas y las pivotantes sillas de control. El plexiglás de visión directa estaba prácticamente intacto, pero la antena que se veía a su través no; lo que vio era un amasijo de hierros retorcidos sin funcionalidad ninguna. Tal como comprobó, la antena auxiliar también estaba destrozada.

Maldiciendo, se sentó a los mandos. La pila nuclear todavía funcionaba. Activó las funciones elementales y una consola se iluminó, mostrando un diagnóstico rápido de la situación.

Sonriendo, Evan restalló sus nudillos. Tal como solía decir su padre, los antiguos barcos estaban hechos para durar.

—¡Funciona!

Se giró y vio a Sandra detrás de él, maravillada.

—Es increíble...

—Los sistemas principales sí, pero por desgracia las antenas están inutilizadas. No podemos transmitir.

La nueva (y única) Arconte se dejó caer desmadejada en el sillón del capitán. Se apretaba una gasa sanitaria contra la herida de la frente.

—¿Y qué hacemos ahora, entonces?

Evan le guiñó un ojo.

—Magia.

* * *

Beatriz De León estaba concentrada en un difícil cometido, uno de los más absorbentes que había tenido la oportunidad de experimentar en los últimos años: desprender una capa de grasa del fondo del caldero usado para el almuerzo.

No era una tarea fácil, restregar y restregar sin ayuda robotizada hasta arrancar toda la mugre con un estropajo que estaba destrozando la textura de porcelana de su piel. Pero no le importaba; para su sorpresa, el placer de esas cosas sencillas, a las que ella nunca había tenido acceso por orden ministerial, resultaba tan absorbente como la guerra más cruenta o la más enconada reunión del Consejo de los mundos del Cúmulo.

No fue consciente de la hora hasta que, satisfecha, vio su propio reflejo en las profundidades de la olla, y fue al lavamanos de la cocina a secarse el sudor. Mamah y otras tres mujeres de la aldea estaban fuera, en el jardincillo oculto tras el porche, cosiendo y poniéndose moradas a hablar de cientos de temas. Beatriz sabía que ella era uno de esos temas. ¿Quién sino mamah, de entre todas las matronas del pueblo, podía presumir de tener toda una ex deo Emperatriz terminando de fregar en su cocina?

Sonrió. Se sentía increíblemente sola, sin el Imperio a su alrededor, sin los otros Arcontes que habían sido su familia desde niña, y sobre todo sin la familiar presencia de su otro yo, el Emperador. Siempre lo había sentido como un sueño pertinaz alojado entre la frente y el cerebro, algo muy difícil de entender para quien no hubiera experimentado la gloria gestáltica de la divinidad. Lo veía en sus sueños por la noche, cuando el cuerpo no hacía de lastre y su conciencia se fugaba escalando las nieblas del Metacampo para ir... a algún lugar. El lugar donde el Id Supremo la esperaba para compartir los hechos de la Creación.

Todo eso había quedado atrás, y ahora el dolor en las manos y la promesa del bien merecido descanso en el porche, junto a las mujeres (¡mujeres de verdad, gordas y

feas, no muñecas esculpidas en quirófanos y ciegas de cinismo que sólo querían sacar algún beneficio de ella!), la embargaba. Por increíble que pareciese, al igual que su comunión gestáltica no era fácil de explicar al pueblo llano, éste poseía secretos que ella no estaba preparada para entender.

Un reflejo en la cacerola dispersó una luz rojiza por la habitación. Beatriz miró por la ventana y contuvo una exclamación: lejos, de entre las montañas que se elevaban en el horizonte, ascendía una estela de impulsión hacia el cielo.

Una nave espacial.

Nerviosa, abandonó esos pensamientos, salió de la casa y se reunió con las demás mujeres. Otros vecinos que también habían notado el fenómeno salían de sus hogares y se colocaban la mano parsimoniosamente sobre la frente, a modo de visera. La nave provocaba un destello que los más viejos recordaban bien: era el segundo segmento del tanker, activo por primera vez en décadas.

Beatriz cruzó una mirada con mamah y, con el corazón a punto de saltarle del pecho, entró corriendo en la casa para cambiarse.

Si alguien venía a recogerla, no quería que la encontrase vestida de sirvienta.

* * *

Pero Evan no tenía intención de ir a recoger a nadie. Sentado en el sillón de mando, comprobaba que la computadora había elegido un arco de ascenso óptimo. Sandra ocupaba el sillón del oficial de comunicaciones, y daba botes sujeta al asiento por los cinturones de seguridad. Los estabilizadores de la nave funcionaban de milagro.

—Nos acercamos a la órbita de escape —anunció Evan, colocándose un vetusto dataguante—. Daremos un acelerón final y escaparemos a la órbita de Esperanza. ¿Hay algo en el radar?

—Nada —informó Sandra, algo extraviada entre todas las pantallas iluminadas con números y vectores—. Pero, ¿cómo vamos a comunicar si no tenemos antena?

—Comunicar no. Lo que intentaremos es llamar su atención. Este trasto no será capaz de abrir un conducto Riemann ni a la vuelta de la esquina, pero si al menos logra entrar en fase de aceleración y enviamos ondas de quarks hacia la frontera del Hipervínculo...

—Una nave que pase podría captar nuestro destello R en sus instrumentos —comprendió Sandra, excitada.

—Si es que tenemos la suerte de que algún comerciante extraviado cruce por aquí —rezongó el piloto, llevando la nave hasta la primera órbita de geoestación. Esperanza se convirtió en una media luna rojiza y salpicada de nubes que rotaban en sentido contrario al movimiento del planeta. Una luz parpadeó en la consola de

mando.

—¿Qué es eso?

—La cuenta regresiva hacia el Hipervínculo... creo.

—¿Crees?

—Este cacharro tiene más de setenta años —se excusó Evan, atándose el cinturón de seguridad—. Prepárate, vamos allá en menos tres...

Por Dios, que haya alguien ahí fuera.

—... menos dos...

Abuelo, si estás ahí, deséame suerte.

—... menos uno...

¡¡Vamos, vamos, maldito trasto de las narices!!

El Universo entero se detuvo y giró a su alrededor 360 grados. El salto al Hipervínculo sólo duró medio segundo, pero los dos tripulantes de la desvencijada nave vieron algo que jamás creyeron posible: el motor no funcionó correctamente, y la nave no combinó la fase cuántica de golpe, sino progresivamente. Los cuantos de luz que entraban por el plexiglás fueron arrastrados hacia el pozo Riemeniano y les permitieron disfrutar de lo que ocurría cuando uno mira desde la óptica de un haz de fotones.

La experiencia acabó dolorosamente para los sentidos, tan brusca como se había inicializado. Evan, luchando contra la náusea, se volvió hacia Sandra.

—¿Lo has visto?

La joven asintió, impactada.

—Creo... creo que lo he visto. —Sacudió la cabeza, centrándose—. Comprobando el sensor de proximidad... ¡Dios santo!

—¿Qué ocurre? —se alarmó Evan, saltando de su asiento—. ¿Tenemos alguna señal?

Sandra no se molestó en hablar. Destrabándose el cinturón, corrió hacia el plexiglás y miró directamente al exterior.

Un gigantesco acantilado de metal ocupaba todo su ángulo de visión, un océano de titanacero con una abertura rectangular taladrada en su blindaje de ultrapolímeros; un campo de fuerza de potencia quinientos expandido un kilómetro por encima, y una nube de satélites defensivos orbitando los ejes de rotación principales, sus cañones de partículas fijos sobre el diminuto tanker.

Era la panza del crucero de batalla Intrépido.

Desde luego, pensó Sandra, si que tenemos una señal.

Capítulo 15

El capitán Luis Nesses les recibió en persona en la cámara de tácticas. Su sorpresa fue mayúscula cuando los ocupantes de la pequeña y oxidada nave de transporte se identificaron y solicitaron subir a bordo. Nesses se encontraba en esos momentos descansando en su camarote, meditando sobre el gigantesco lío en que se había transformado la Flota desde su desintegración tras la batalla de Delos. Pero en cuanto fue informado de las nuevas, tomó una ducha relámpago, se vistió con su uniforme de faena y corrió hacia la cubierta principal a la mayor velocidad que permitía el decoro.

Cuando llegó, ordenó hacer pasar a los visitantes. La cámara de tácticas era una sala cilíndrica vacía, preparada para soportar una esfera holográfica de hasta seis millones de puntos por metro cúbico. Allí esperaban el capellán teleuterano de la nave, sus oficiales tácticos y un grupo de soldados. Nesses les saludó a todos y se concentró en sus invitados.

Evan y Sandra todavía vestían las ropas de montaña con las que habían atravesado el Keys, estaban sucios y olían mal, pero no perdieron tiempo en asearse. El soldado informó de la presencia en el planeta de la ex Arconte y de uno de los candidatos a la Convolución, Delian Stragoss, y de los motivos de su presencia allí. Nesses no cabía en sí de la emoción.

—Pensábamos que toda la Familia Real había perecido durante el bombardeo de la capital. Es increíble que hayan sobrevivido. ¿Cómo pudieron ejecutar un salto tan largo?

Evan, todavía en posición de firmes, habló alto y claro en tono marcial.

—La nueva Emperatriz nos sacó de allí en el momento en que cayeron las bombas... o lo que fuese que destruyó Delos DC —recordó con pavor la flor de luz y el apocalíptico hongo atómico que había contemplado desde dentro segundos después—. Llegamos a Esperanza casi por acto reflejo de ella. Por cierto, ¿puedo preguntar cómo nos encontraron, señor?

—La Flota está dispersa por los sistemas que rodean el Cúmulo Central. No sabemos cuántas naves han sobrevivido ni su estado; buscábamos cualquier señal de impulsión R que nos llevase hasta ellas cuando aparecieron ustedes. Pero ya habrá tiempo para las explicaciones. Ahora debemos recoger a la nueva Emperatriz.

Evan dudó unos instantes.

—¿Qué ocurre, soldado? —se extrañó Nesses, captando su reacción—. ¿Acaso no informó que se encontraba en el planeta?

—Eh... es De León la que espera en Reunión, capitán. La actual Emperatriz está aquí.

Evan se apartó diligentemente, descubriendo a Sandra detrás. La joven estaba cansada, cargaba una capa de mugre y sangre seca que apenas dejaba entrever su cara

y los residuos de electricidad estática de la tormenta aún mantenían parte de su pelo de punta. Nesses tragó saliva.

Enseguida ordenó que dispusieran un camarote y un médico particular para ambos, y que una lanzadera bajase a recoger a la ex Arconte y al pintor. Evan postergó la aceptación de los cuidados.

—Gracias por todo, señor, pero hay cosas urgentes que debo comentarle —expuso, siguiendo al capitán hasta el puente de mando—. Yo estaba en Delos cuando se produjo la Convulsión. El ser que creó las Sombras es parte fundamental de la mente de esta chiquilla, pero no está ligado con ella de manera activa. La Arconte lo ha confirmado.

—Lo sabemos —asintió Nesses—. La Sombra está confinada en el interior del Sistema Delos. Al parecer no quiere o no puede moverse del núcleo de emanación, sito en el antiguo palacio de la capital.

—La Ciudad Pascalina —murmuró Evan, con súbito entendimiento. El capitán le miró.

—¿Cómo?

—Todos los accesos al Metacampo están cortados. Esa cosa usaba la conexión consciente de todos los contactos mnémicos de la población, la Ciudad Pascalina, para moverse de un lado a otro. Por eso surgió en el Suq, y en todos los lugares donde había puntos calientes.

Nesses ocupó el foso táctico, comprobando los informes. Todos los sensores de largo alcance y las sondas con capacidad autónoma de salto R estaban peinando el espacio en un radio de un cuarto de pársec, buscando señales de naves humanas o tecnología. Cientos de posibles contactos se marcaban en las cortinas de hologramas como vectores de trayectoria y porcentajes de Habilidad.

—Recogeremos al resto de nuestros ilustres pasajeros y proseguiremos camino. Debemos reunir la mayor cantidad de naves supervivientes para organizar un ataque o, al menos, una retirada en condiciones.

—Capitán, es necesario que se reúna con Sandra. Ella estuvo presente durante todo el proceso del nacimiento de esa cosa. Puede que sepa algo que ignoramos...

Los hurras del personal ahogaron la voz de Evan; la computadora anunciaba la respuesta por todos los canales de otra nave de guerra, el Ariadna. La figura de su comandante apareció en los monitores, expresando sus más eufóricos saludos al capitán del Intrépido. Nesses sonrió.

—Con esta ya hemos reunido cuarenta naves de gran tonelaje. Pero aún debe haber muchas más, dispersas por todo el Cúmulo Central tras su huida por los conductos R. Cuando estén todas reunidas, sopesaremos posibilidades.

Exaltado, Evan se le encaró frente al foso.

—Capitán, es posible que toda nuestra estrategia dependa de una actuación veloz,

antes que esa cosa termine de recuperarse de su desligamiento de la mente de Sandra. Si esperamos y le damos tiempo a concretarse...

—Hay muchos factores que considerar, soldado —acotó Nesses—. Si algo me ha enseñado la experiencia es a tener prudencia y sopesar bien las posibilidades antes de actuar. No quiero otro desastre como el de la Invasión Antártida.

—Pero señor...

—Basta —zanjó el capitán con un gesto. Frustrado, Evan pidió permiso para abandonar el puente, dejando los vítores de la excitada tripulación a sus espaldas, y fue a ver a Sandra.

La encontró en un camarote reservado a la oficialidad, acabando de darse una ducha. Vestía un uniforme de la marina expresamente diseñado para mujeres, en tonos muy blancos. Ella le abrazó en cuanto le vio entrar.

—Es para darte las gracias, por todo lo del planeta. Y por rescatarme de Delos. No habría sido capaz de conseguirlo sin ti.

—Bueno... sólo cumplía con mi deber. ¿Qué piensas hacer ahora?

Sandra se sentó en el camastro.

—Acabo de hablar con mamah por el enlace directo.

—¿Ya están allí los soldados?

—Sí, han instalado un puesto permanente en Reunión —su voz se tornó melancólica—. Justo lo que nadie deseaba. A la pobre casi le da un infarto cuando le dije que estaba a bordo de un crucero de combate.

—Tu fuerza de voluntad es increíble. Después de todo lo que te han hecho...

—Es lo que debe hacerse —cortó ella, categórica. De repente, a Evan le vino a la mente la figura del coronel Lucien, colgando de su mano sobre la negrura del tetrapecto que lo había engullido en el Suq. Aquellas habían sido sus mismas palabras.

* * *

—Es imposible. No podemos coordinar un ataque con la Flota desperdigada por todo el Brazo Espiral —argumentaba Nesses, presidiendo la sala de conferencias. La ex Arconte Beatriz le miraba sin pestañear desde el extremo opuesto de la mesa oval—. Aunque pudiéramos comunicarnos con todas las naves supervivientes, y suponiendo que el enemigo no opere en nuestro mismo nivel de pensamiento y pueda entender lo que hacemos, no tenemos un plan coherente. Sería un suicidio.

—Ya vimos que la Sombra se regenera a partir del potencial mnémico de los seres vivos que estaban conectados al Metacampo —intervino Gunhis Ahl. El Alexander se había reunido con el navío de Nesses en un punto del cinturón de Antares, donde esperaban otras naves—. El repentino corte de todos los accesos al entorno mnémico

debería haber frenado poderosamente su crecimiento.

—¿Podría haberlo destruido?

—Es poco probable. Si la Sombra se mantiene tan estable a este nivel de fisicidad como para combatir contra nuestras naves, es que ha alcanzado un cierto equilibrio energético. No creo que necesite realimentación constante para mantenerlo.

—Si no se puede mover de la capital a través de la Ciudad Pascalina, al menos lo tenemos localizado —terció la comandante Nedma, al mando del Alexander desde el accidente que mantenía a Elena De Whelan en estado convaleciente. A su izquierda, Evan se mordía una uña—. ¿Por qué no abrimos un conducto R hasta la vertical de Delos DC y le soltamos todo lo que tengamos? Bombas cuánticas, rayos Hd, antimateria... Aún nos queda un abundante arsenal en las santabárbaras.

—El planeta es sacrificable —intervino por primera vez Beatriz, con voz apagada. Volvía a tener el aspecto señorial de los cuadros que Evan había visto sobre ella en el palacio. Sin embargo, aún se notaban raspaduras de las cacerolas de mamah en sus perfectas manos—. Pero aunque tengamos que destruirlo, eso no nos asegura que la Aberración muera con él. Su origen y sustrato está en el Metacampo, y de él extrae toda su energía. Aunque aquellos de nosotros que habíamos sido portadores o derivantes ahora no podamos contactar, no es probable que esa cosa tampoco pueda. Es como un agujero negro, canalizando todo el potencial mnémico y destruyéndolo para conseguir energía. Como un tiburón devorando el océano donde vive para acelerar su evolución y adaptarse a la tierra.

Sandra, sentada justo a la derecha de la ex Arconte (aunque ella detentaba un rango superior, nadie parecía dispuesto a confiarle el mando), hizo un mohín.

—Tiene razón. La Sombra se genera a partir de la actividad mental de todos los seres sintientes. Lo vi durante la Convulsión. Hasta nuestros pensamientos actuales, el hecho mismo de mantener esta conversación, la alimenta y la hace más fuerte.

Los reunidos cruzaron miradas intranquilas. Beatriz se apresuró a puntualizar algunos términos:

—Eso no significa que pueda oírnos o conocer nuestros planes. Pero es bastante probable que pueda drenar energía para mantenerse a este nivel de fisicidad mientras haya un solo ser vivo y pensante en el Universo. Es muy complicado.

—Entonces no tenemos ninguna oportunidad —opinó Nedma, afligida—. Tendríamos que morir todos, toda la Creación en peso, para vencerle.

Todos permanecieron en silencio unos instantes, meditando.

Fue Evan quien rompió el silencio, murmurando tímidamente:

—¿Y qué hay de ella?

Todos le miraron. Habían permitido su presencia allí como concesión a sus esfuerzos salvando la vida de la Emperatriz, pero en el fondo nadie salvo Sandra esperaba que se atreviese a opinar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nesses. Evan asintió con un gesto ponderativo.

—Sandra estuvo presente durante el nacimiento de ese monstruo —señaló a la joven, que le miraba con los ojos muy abiertos e interesados—. Seguramente vio cosas que podrían darnos una pista sobre su... mecánica interna. Sobre el núcleo metaconceptual del superId.

—¿Dónde están ahora esos seres, los Ids? —preguntó Nesses—. ¿Qué fue de ellos tras la Convolución? Nadie los siente desde entonces.

—Han desaparecido —expuso Gunhis Ahl, categórico—. Nuestros sondeos revelan que no hay rastro de esas presencias en los cerebros de los antes portadores. Creemos que han sido consumidos, destruidos de alguna manera, o que forman parte de la Sombra. Tal vez —arguyó—, los que llamamos tetrapectos, esas solidificaciones con forma de rorschach del poder mnémico, no sean más que la expresión física de los Ids.

—Eso no es cierto.

Todos volvieron las cabezas hacia Sandra. El capellán teleuterano la contempló con cierta desidia, como si ella fuese una estúpida enfrentándosele en cuestiones de sabiduría mnémica. Pero Sandra se le encaró: el vívido recuerdo de su asesinato a manos de uno de aquellos monjes como paso previo a la Convolución jamás se borraría de sus recuerdos, aunque hubiese decidido postergar su venganza para más adelante.

—Los Ids están ahí —afirmó—. Lo sé. Yo les vi durante la ceremonia convolutiva. Hablé con ellos.

—¿Habló? ¿Habló con palabras?

—Sí. No sé si lo que vi fue una alegoría o algo real, pero todos parecían huir con prisa hacia algún lugar más allá de nuestro ahora. Huían hacia el futuro, pero no sé a qué distancia. Puede que infinita.

—Es imposible —gruñó Ahl. La ex Arconte rogó silencio.

—¿Huían hacia el futuro? ¿Pero qué futuro?

Sandra dudó.

—Eh... no lo sé. Me dijeron que nos volveríamos a encontrar, pero no cómo ni cuándo.

—¿Es una locura! —exclamó Ahl, despectivo.

—No, yo...

Sandra enmudeció, como si algo importante hubiese llamado súbitamente su atención.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Evan. Como respuesta, la joven se levantó lentamente, levantando la cabeza como si tratase de ver más lejos. Evan conocía muy bien ese gesto automático; él lo empleaba cada vez que sondeaba el Metacampo en busca de un rastro.

El capitán Nesses se levantó y la tocó en el brazo.

—¿Qué ocurre, Señora? ¿Ha notado algo?

Sandra le descubrió a su lado, y murmuró:

—En esta nave hay alguien a quien ya he visto antes. Su nombre es Elena.

—¿Cómo?

—Llévame hasta ella. Es urgente que la vea de inmediato.

Ante el estupor general, las miradas se volvieron hacia la ex Arconte, que dio su aprobación. Todos formaron una comitiva liderada por el capitán y Beatriz, que condujo a Alejandra a las profundidades del navío de guerra.

Llegaron a una cámara especial construida junto a la cubierta médica, en donde giraba una máquina inusual: tres generadores de campos de fuerza montados en anillos concéntricos y giratorios orbitaban con desigual velocidad sobre una burbuja central de energía, que los programas expertos mantenían cambiando de configuración energética muchas veces por segundo, la mayoría de las veces irradiando longitudes de onda invisibles, otras destellando con vivos colores.

En el centro de la radiante perla descansaba, en una pose muy común con las piernas cruzadas, la capitana Elena De Whelan. Parpadeaba varias veces por segundo, a un ritmo que los compensadores de campo trataban de seguir, cambiando sutilmente de estado: a veces era un centímetro más alta, a veces otro más baja, y en ocasiones repetía movimientos ya ejecutados, como la superposición de los fotogramas de un antiguo filme surrealista. Vestía su uniforme de capitán de navío, y el dedo anular de su diestra había desaparecido. Pero no era un corte cicatrizado: desde que su maniobra para rescatar a Luis Nesses había acabado con ella en el interior del núcleo del icohalo, en la matriz que había generado a la Sombra, su cuerpo era una fotografía con vida y movimientos propios, pero no avanzaba en la ortogonal tiempo como su entorno.

En cuanto vio a Sandra, una expresión de puro terror se adueñó de su rostro. Trató de huir y se pegó al extremo opuesto del campo de fuerza que la sostenía para que no atravesase las cubiertas. Sin embargo, cuando la joven se acercó y la miró a los ojos, pareció relajarse.

Todos esperaban detrás, atentos. El capitán y Gunhis se colocaron en silencio junto a la ex Arconte, murmurando:

—Está entrando en contacto con ella a través del Metacampo. De alguna manera, aún tiene la posibilidad de usar mnémica.

—Si es así —susurró Beatriz—, habrá que matarla. No podemos arriesgarnos a que se convierta en un nuevo foco generador de Sombra.

—¿No nos estamos precipitando? —preguntó Nesses, intranquilo—. Yo vi lo que ocurrió en la nebulosa Crino. Elena desató accidentalmente la conciencia de la Aberración con un pensamiento provocado por una imagen ilusoria de la propia

Sandra.

—¿Sandra se reunió con ella?

—Provocó la inserción de un elemento de presión heteronómica en la matriz fundamental de la nueva inteligencia. Elena y Sandra están enlazadas de alguna manera. Eso podría ser nuestra mejor baza.

Beatriz apretó los labios.

—O un as en la manga de nuestro enemigo.

Sandra había extendido su mano hasta tocar la esfera de energía. Sorprendentemente, Elena dejó de parpadear unos segundos, colocando su mano sobre la de la joven. Durante esos instantes, ambas cruzaron mensajes silenciosos a través de sus miradas, y al final Elena asintió con la cabeza.

Volviéndose, Alejandra se encaró con la comitiva de capitanes y jefes de Estado, y, esbozando una sonrisa, dijo:

—Volvamos a la sala de reuniones. Tenemos mucho de qué hablar.

* * *

En un solitario hangar para transportes de pequeña eslora, donde unos mozos de pista limpiaban una grúa desestibadora, Evan empaquetaba sus escasas pertenencias. Al otro lado de la abertura del casco estaba el espacio, separado por un campo de fuerza fractal. La imprecisa marea azul del hipercono Riemann por el que se deslizaba el Intrépido le mareaba, así que procuraba mantenerlo a su espalda.

Las gafas especiales que le había recetado el estupefacto oftalmólogo de a bordo tras examinarle (y descubrir algo horrendo de sí mismo que tenía que ver con un trauma de la infancia), se adaptaban con tal precisión al contorno de sus ojos que no necesitaba sujetarlas.

Unos pasos se le acercaron por detrás. Sin volverse, dijo creando ecos:

—Antes que me lo preguntes, sí, me voy.

Sandra respetó su espacio vital y permaneció a un par de metros de distancia.

—¿Puedo preguntar a dónde?

—Me engañaron. Me prometieron hacer realidad un deseo imposible si encontraba a los candidatos para la Convolución, y evidentemente no lo han cumplido.

—¿Tan imposible es?

Evan se volvió.

—Ya he hablado con Beatriz. —Con voz de falsete—: «Lamento comunicarte que dadas las precarias condiciones en que se encuentra el Metacampo y Nuestro divino poder...». La muy zorra podía haberse ahorrado al menos el mayestático.

La joven sonrió, sentándose sobre una caja de suministros.

—¿Te han asignado una nave o partirás con los primeros transportes cuando lleguemos a la Tierra?

—¿Es allí donde vamos?

—¿No lo sabías? Es el nuevo cuartel general. Toda la flota está esperando a que lleguemos. Son centenares, muchos más de los que pensábamos que hubieran sobrevivido.

—Fantástico.

—No te importa adonde ir, ¿verdad?

Evan inspiró.

—La verdad es que sí, sí me importa. Antes de que comenzara esta pesadilla yo buscaba a alguien.

—Al asesino de tu esposa —puntualizó Sandra, con cuidado. Evan se tensó.

—¿Cómo lo sabes? Ah, claro...

—No hagas eso —amenazó la joven.

—¿El qué?

—Meterme en el mismo paquete que a Beatriz y al resto de los burócratas. Yo sigo siendo yo, Alejandra, la que te insultó en las faldas del Keys y estuvo a punto de matarse rodando ladera abajo.

Evan sonrió.

—¿Te acuerdas de eso? Creí que estabas drogada por el gas venenoso de la nube.

—Hombre, no es la primera vez que pruebo estupefacientes —dijo ella, y rió ante la cara de su protector—. Es broma. Por favor, no te vayas. No me dejes sola ante esta panda de burócratas.

—Creía que tenías dominada la situación.

—Bueno, más o menos —dijo con naturalidad—. Sé que Beatriz está planeando matarme; teme que yo forme parte aún de la Sombra. El capitán Nesses solo piensa en su amor, Elena, la chica del campo de fuerza. Está completamente loco por ella, pero no lo admitiría ni bajo tortura —suspiró—. Y el capellán manco, Ahl, opina que debí haberme quedado muerta cuando me asesinó el representante teleuterano del grupo de análisis. Es una locura, ¿verdad?

Evan miró al exterior del hangar, al Hipervínculo.

—A estas alturas ya nada lo es. Lo cierto es que me gustaría quedarme, pero...

—Tenemos un plan. Voy a exponerlo dentro de un rato, en cuanto se reúna el Consejo de Emergencia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo habéis desarrollado tan rápido?

—Había datos que no conocíamos. Si quieres puedes asistir —detuvo su asomo de protesta con un ademán—. No digo que participes. Sólo que te quedes a la reunión. Después de andar buscándome durante millones de kilómetros, lo menos que puedes hacer es oír lo que tengo que decir al respecto, ¿no?

El soldado escondió el labio, bajando la vista. Luego dio una palmada en el hombro a la joven que la hizo balancearse sobre la caja.

—Está bien. Veamos qué nuevas locuras habéis inventado ahora. Pero luego me marchó.

—Claro.

—De verdad, me iré a toda velocidad y no volverás a verme jamás.

—Desde luego.

—¿Segura?

—Claro, figura.

Los silenciosos operarios de la grúa, atentos a la conversación, se miraron y sacudieron la cabeza, asqueados.

* * *

La reunión tuvo lugar en un enorme espacio virtual único, construido para la ocasión al estilo de un antiguo anfiteatro romano bajo un cielo azul. Sus graderíos tenían casi veinte niveles, la mayoría de los cuales estaban llenos cuando Evan llegó. Enseguida se perdió en la selva de uniformes, colores, medallas y bandas distintivas de los cientos de personas reunidas. Había una grada específica para jefes de Estado, colapsada de embajadores virtuales y conexiones Alma remotas desde sus planetas de origen. Frente a ellos se agolpaban los capitanes de las naves reunidas tras el ataque a Delos; almirantes, comandantes de escuadra, generales, expertos en táctica y docenas de programas de apoyo humanoides. Diferentes grupos de contacto arracimados en anillos de personas con torbellinos de hologramas flotando a su alrededor pululaban en la base del anfiteatro, asesorando a sus respectivos líderes con informes horarios actualizados en línea. También en espera estaban los grandes presidentes de las cofradías comerciales y megacorporaciones de la esfera humana, elegantes pero sin ostentar.

En el enorme hemisiciclo central esperaban la ex Arconte Beatriz, Sandra y otros a quienes Evan no conocía, incluyendo algunos caudillos de los Guerreros Espíritu y a los máximos representantes de las Logias, recién constituidos en su cargo. El soldado se colocó en un lugar que le había sido reservado, mediación de su amiga, cerca del núcleo de la reunión, y se entretuvo contando los rezagados que aparecían directamente sobre sus asientos. Detrás, más allá de la media luna abierta en las columnas del anfiteatro, se extendía un océano límpido, sobre el cual flotaba mansamente un inmenso grupo de soles artificiales, novas apagadas y gigantes rojizos en combustión; eran las IAs de la Ultralínea y de las bases de datos cuánticas de la Tierra, todas reunidas y distantes como dioses arquetípicos.

No había rastro de Delian por ninguna parte, pero a quien Evan sí localizó (y dio

un pequeño respingo al reconocerla), fue a Iraidá M3ntez, la segunda al mando del fallecido coronel Lucien. La teniente se sent3 en una grada alta, y al examinar el palco y encontrarle, le dedic3 un profesional saludo de cabeza. El Guerrero Esp3ritu correspondi3, pensativo.

La primera en hablar fue Beatriz. Comenz3 agradeciendo a todo el mundo su participaci3n y presentando, para los que no la conoc3an, a la nueva Emperatriz en funciones, Alejandra Valeska, de Esperanza. La joven hizo un gesto con la cabeza que fue correspondido por la totalidad de los gerifaltes e incluso por las enormes IAs. Evan ri3 por lo bajo, asombrado.

La ex Arconte resumi3 los acontecimientos ocurridos a bordo del Intr3pido en los 3ltimos d3as, incluyendo su rescate y el de Alejandra, e hizo un breve balance de la situaci3n, usando un holograma que apareci3 junto a ella para hacer recuento de efectivos. Sobre la Tierra orbitaban en ese momento un total de ocho mil cuatrocientas siete naves, incluyendo lanzamisiles, cruceros pesados, cargueros, lanzas de ataque, pinazas de transporte y cazas. Las flotillas privadas de los comerciantes estaban llegando en ese momento, aumentando el contingente a un ritmo lento pero constante.

Señalando el anillo defensivo en torno al plano de rotaci3n del planeta, dijo:

—Estimamos que dentro de cuarenta y ocho horas estar3 concentrado sobre la Tierra, si no la totalidad, s3 al menos el noventa por ciento de todo el potencial b3lico con que cuenta ahora la especie humana, incluyendo las aportaciones de las tres ramas secundarias de la H3lice. Todos los planetas han sido puestos en alerta, y aunque algunos han preferido reservar el grueso de sus fuerzas para defender sus propios territorios en el eventual caso de que fracasemos, la mayor3a se encuentran aqu3, con nosotros. General Vasui, por favor...

Un hombre adusto y de raza hind3, a quien Evan conoc3a por la Ultral3nea, se adelant3 y tom3 la palabra. A su alrededor se descorri3 una cortina de im3genes tridimensionales que mostraban un sol G3 y una serie de planetas.

—Esto —comenz3, con voz rasgada—, es el estado actual del sistema Lucifer. Podemos apreciar que la Sombra se ha extendido fuera de la 3rbita del planeta central, Delos. —Señal3 un cono de oscuridad de doscientos treinta mil kil3metros que colgaba literalmente del planeta, desgaj3ndose en su extremo en forma de tent3culos serpenteantes—. La propia gravitaci3n dispone sus ap3ndices en un fragmento de arco de ocho radianes respecto al sol, y su tamañ3 va en aumento. Lejos de parar su desarrollo, parece que la Sombra contin3a creciendo.

En el diagrama, el cono de sombra estaba a punto de doblar el tamañ3 del disco que hab3a aparecido en el primer contacto.

—Estos zarcillos, compuestos enteramente por tetrapectos unidos en un mosaico de estados cambiantes, se est3n expandiendo, adoptando la forma de una red

anticular, una estructura cósmica teorizada para construir esferas de Dyson. Creemos que su intención es rodear completamente la estrella, usando la órbita de Delos como delimitador del diámetro. Si su crecimiento, que aumenta de forma aritmética, prosigue sin interferencias, estimamos que habrá completado la esfera en cuatro años estándar. Ignoramos lo que sucederá después.

—Puede que muchos de ustedes, que antes eran portadores, hayan sentido los armónicos habituales de conexión con el Metacampo muy lejos del Cúmulo Central. —Quien había hablado era Danya Seerker, nueva Madre Regidora de la Logia Bizanty. Su nombre y graduación aparecieron en el cono de visión de todos los presentes en forma de subtítulos—. Esto es un fenómeno engañoso. Los accesos al Metacampo siguen cerrados, y así permanecerán mientras exista el agujero de Delos. Lo que sienten, a medida que se alejan del Cúmulo, son entradas armónicas, todas falsas pero con un leve potencial de resonancia. No intenten provocar Proyecciones a pequeña escala usándolas; los objetos o personas que teleporten probablemente se perderán en la frontera con la Ciudad Pascalina. No traten tampoco de rescatar a sus familiares allí abandonados tras el desastre. Ellos ya no pueden volver.

Unos murmullos acompañaron la nueva intervención de Beatriz:

—Hemos estudiado a fondo los hechos, y creemos que la mejor opción reside en efectuar un único ataque combinado sobre todos los niveles de realidad de la Sombra. Como saben, los tetrapectos, bautizados así por su capacidad para mantener cuatro estados de estabilidad conceptual, están formados por energía negativa y mnémica, el engrudo metafísico que los mantiene coherentes. Para entender su funcionamiento hay que remontarse a la mecánica cuántica y sus leyes, aplicadas aquí a escala macroscópica. Durante la batalla de Delos vimos que son capaces de aguantar un alto porcentaje de daño, dejando que tres de sus estados posibles sean dañados mientras se refugian en el último. Si no resultan destruidas en un intervalo de tiempo relativamente corto, que hemos estimado en torno a un segundo, al siguiente estarán completos de nuevo y plenamente operativos.

«Con un enemigo así, las armas y estrategias convencionales no sirven. Hay que improvisar una nueva forma de hacer la guerra sobre la marcha —tosió educadamente—. Dado que la Sombra es un ente cuya existencia depende de un foco generador, concentraremos nuestros esfuerzos sobre éste. La Aberración también tiene varios niveles de significado, infinitos si se llevan a la escala logarítmica, pero contruidos en torno a sólo tres estados soportables: el nivel físico, cuya máxima expresión es la criatura que vimos sobre Delos; el nivel mnémico, cuyo núcleo se encuentra protegido en el interior de la Ciudad Pascalina... o de lo que queda de ella. Y un tercer nivel algo más difícil de atacar: un nivel temporal. Madre Regidora...

La sacerdotisa bizantina avanzó unos pasos, acercándose a las gradas.

—Como saben, los fenómenos mnémicos más importantes, como la Prescencia o

la Proyección, se basan en un dominio parcial de la curva temporal, enviando energía a su través ya sea para teleportar naves de un lugar a otro del universo o para traer imágenes del futuro. El tiempo no es una progresión, sino un ahora instantáneo, cuya matemática interna puede obligarnos a verlo como una sucesión de eventos. Sin embargo, no debemos pensar como seres humanos. Debemos asumir un campo de batalla que se extiende en cuatro dimensiones. Podemos destruir la manifestación de la Sombra en el ahora algebraico, pero si no hacemos lo mismo con sus manifestaciones futuras y pasadas, podría volver a aparecer en cualquier momento con más fuerza.

—¿Y cómo haremos eso? ¿Cómo nos saltaremos las leyes cósmicas para enfrentarnos a esa bestia? —preguntó un cónsul de Tritia, un grupo de planetas de la Nebulosa del Cangrejo. La ex Arconte se adelantó, llevando a Sandra a su lado.

—Damas y caballeros, la nueva Emperatriz en funciones.

Todos se sobrecogieron. Sandra sintió cómo miles de miradas, presentes e invisibles, se clavaban en ella. Tomando aire, comenzó:

—Existe una forma de hacerlo, si pensamos como derivantes. La especie se está adaptando progresivamente al Metacampo, y llegará un momento en que éste forme parte tan indisociable de nuestra naturaleza que no seamos capaces de concebir nada más. El proceso natural para que se dé este cambio suele durar miles de años e implica a muchísimas generaciones, pero las actuales y críticas circunstancias nos obligan a madurar de prisa. No podemos esperar, tenemos que actuar como si ya hubiésemos evolucionado.

Y que eso lo diga una chica de quince años, pensó Evan, guardando el más completo mutismo.

—El poder del Metacampo aún existe —anunció Sandra, más confiada que al principio—. Lo que ocurre es que no podemos acceder a él. Sé que muchos piensan que los tetrapectos son los Ids, o al menos una manifestación física de lo que antes habitaba en nuestras mentes, pero no es así. Son la presencia del Emperador, convertida en energía mensurable por obra de la conexión mnémica con el espacio psíquico. Durante el proceso de la Convulsión, que fue monitoreado por las Logias en directo —hizo un gesto extensivo a éstas—, tuve una visión del futuro. Vi a los Ids, o a lo que nosotros llamamos Ids; huían del ahora hacia algún momento y lugar sitios en el futuro, cerrando tras de sí la mayor parte de los accesos al Metacampo. Creo que no es sólo la Aberración lo que impide que nos conectemos, sino que fueron ellos los que cesaron su comunión simbiótica con la especie humana en cuanto intuyeron la catástrofe.

«Hay una posibilidad bastante remota de reactivar los accesos. El túnel que emplearon, un concepto trigrámico muy difícil de explicar —hizo una mueca en dirección a un clon de Fausto Kopelsky, que esperaba junto a los miembros de su

curia—, todavía permanece abierto, quizá porque se creó en el mismo lugar en que nació la Sombra.

Mi plan es usarlo para viajar al futuro, en busca de los Ids.»

Hubo murmullos más fuertes. Los presentes intercambiaron miradas e hicieron aspavientos durante unos segundos, tras los cuales Sandra continuó:

—Ellos pueden tener la respuesta que necesitamos. La Sombra se retraerá a algunos de sus estados posibles en cuanto sea atacada —se giró hacia los holos, donde se representaba el diagrama de una incursión masiva de la Flota sobre Delos, con discos blancos y grises simulando salvas de detonaciones nucleares—. Pero si logramos desatar un nivel de castigo concentrado y suficientemente potente como para agotar todos sus estados posibles, lo que hará será huir cabalgando la curva temporal, hacia el pasado o el futuro. No podremos saberlo hasta que estemos allí.

—¿Y entonces? —preguntó alguien. Sandra elevó la voz, para que se la escuchara bien en la grada más lejana:

—La perseguiremos. Si nuestra «huida hacia el futuro» funciona... o tal vez debería de decir mi huida, ya que seré yo quien la lleve a cabo...

Hubo exclamaciones de asombro, en especial de Evan, que no esperaba algo así de ella.

—Como digo, si mi huida funciona y encuentro a los Ids, tendré acceso al germen puro de la mnémica, la fuente primordial. Desde allí llevaré a un único guerrero a través de la cuerda temporal en persecución de la Aberración, proyectándolo adelante o atrás tanta distancia como haga falta —los generales se miraron, estupefactos—. Deberá seguir al Enemigo y combatirle mientras intenta recuperar sus estados de significado. Yo sólo soy una pequeña parte del Emperador: no podré hacerlo con una nave, así que tendrá que ser una persona, un guerrero solitario armado con lo mejor que la especie humana haya conseguido inventar en materia de combate cuerpo a cuerpo... pero de eso estoy segura que ustedes saben más que yo.

—¿Qué nivel de castigo piensan que bastará? —quiso saber un general de cuatro estrellas oriundo de uno de los mundos de la Tercera Rama. El general Vasui intervino:

—Muy superior al que se usó la primera vez. No bastará con bombardear Delos; si no cortamos de raíz todos los accesos de la red anticular, el enemigo podría reproducir varios núcleos alternativos a partir de cualquier concentración de la Sombra. Será una descarga absoluta de todo el arsenal sobre la superficie del planeta y los puntos troyanos de su órbita, algo que nunca se ha intentado.

—Sabemos que todavía quedan muchos ciudadanos sobre Delos que no pudieron huir durante el colapso —terció Beatriz, con voz grave—. Trataremos de rescatar la mayor cantidad de ellos que podamos, pero quiero dejar claro que la parte crucial de la operación se llevará a cabo se hayan evacuado a estas personas o no. Si la Sombra

decide retraerse y saltar a otro momento temporal antes de que Alejandra pueda enviar tras él a nuestro guerrero... ya no tendremos otra posibilidad.

—Soy Alexia Ryba Dem Lao, canciller de la República Endogénica de Tebas — se presentó una anciana de mirada afilada, poniéndose en pie en la grada sur. Su imagen holográfica estaba llena de estática por estar siendo reconstruida en tiempo real desde su planeta, oculto tras un cinturón de radiación—. El plan me parece acertado, si es que es posible llevar a cabo una operación tan compleja en tan poco tiempo. Me gustaría preguntar, si me lo permiten, a quién van a elegir para que sea ese... paladín, que nos representará a todos en esta locura.

Sandra dibujó una amplia sonrisa en su rostro y se volvió lentamente hacia Evan.

—Bueno, yo creía que los méritos de Evan Kingdrom como baluarte de las hazañas imposibles estaban más que probados.

El soldado dio tal salto sobre su asiento que casi se puso de pie. La joven le miraba cándidamente, sonriéndole con la expresión más inocente y encantadora que él recordaba haberla visto.

—Tiene que ser el señor Kingdrom —expuso Beatriz, más explícita—, debido a su alto grado de conexión mnémica con la Emperatriz Alejandra. Esta conexión, que será especialmente potente cuando alcancemos al Id, constituirá su mejor sistema de anclaje a través de las épocas. Siempre y cuando, claro, nuestro hombre no tenga ningún problema al respecto.

Todos volvieron sus cabezas hacia Evan. El soldado pudo distinguir un asomo de desprecio entre los mandos de su antigua familia, los Guerreros Espíritu, que le miraban como a un desertor. Él lo entendía perfectamente.

Poniéndose en pie, hizo un gesto aquiescente a la ex Arconte, quien le agradeció su colaboración con la cabeza. Mientras se sentaba, vocalizó unas palabras dirigidas a Sandra: Juro que de esta te mato. Te lo juro. Ella vocalizó en sus labios, divertida: Llegas tarde.

—Eso es todo por ahora —concluyó Beatriz—. Los detalles del plan serán comunicados personalmente a los implicados. Sólo me cabe desearles suerte y... ojalá todo este camino que hemos recorrido juntos durante siglos nos conduzca a un destino digno y lleno de esperanza. Nada más.

Los asistentes se pusieron en pie, algunos hablando entre ellos y otros desapareciendo. Las IAs se volatilizaron de inmediato. Sandra y los representantes de las Logias permanecieron un momento más en el espacio virtual, examinando a Evan y haciéndole algunas preguntas de rigor. Mientras contestaba, el soldado no dejaba de mirar a la joven de reojo.

Capítulo 16

Stellan Sorensen, antiguo Caballero de Su Majestad Imperial y director en funciones de la Oficina de Administración, el desaparecido Servicio Secreto de Delos, se arrastraba por las ruinas de la capital dejando manchas de sangre a cada paso. Creía estar de pie, pero no podía confiar en sus sentidos para que lo corroboraran; había perdido un brazo, un trozo del cráneo y gran parte del sentido del equilibrio. El suelo algunas veces estaba abajo, otras arriba, y otras golpeándole sin compasión.

Delos había desaparecido. Él no sabía por qué había sobrevivido, tal vez porque el destino quería castigarle por su incompetencia, enseñándole en qué habían acabado todos sus maravillosamente intrincados planes y sus conspiraciones. Se arrastraba a duras penas por lo que antes había sido la Plaza de los Tiempos, un enorme espacio circular poblado de bosques de grupos arquitectónicos de cientos de épocas, en el centro del cual había caído un fragmento de una ciudad flotante, no recordaba su nombre.

Una marea de cemento y acero líquidos había sumergido el paisaje en las entrañas de un tsunami devastador. En los altiplanos del océano de lava fría, en la cresta de sus olas estáticas, podían distinguirse sombras de personas en las más variopintas posiciones, tatuadas sobre la roca por obra del fuego nuclear. A Stellan le hicieron gracia, y se rió a mandíbula batiente de algunas especialmente chinescas.

Hacía horas que había abandonado el refugio de máxima seguridad en las profundidades del subsuelo. Nadie más había sobrevivido, si no contaba los dos soldados que tuvo que matar para que no se lo comieran en busca de alimento, en su largo periplo desde las profundidades. Ahora el sol (¿era el sol, aquello lejano y azul que se adivinaba a través de las nubes de ceniza?) le quemaba los párpados. No, eso no. Es que no tenía párpados. Volvió a reír, histérico, esta vez de sí mismo, de su patética estampa.

El hongo nuclear había desaparecido, pero sólo parcialmente: donde antes se ubicaba el Palacio Imperial, ahora se levantaba una columna de humo retorcido y extrañamente inmóvil, de medio kilómetro de espesor. Parecía el fotograma congelado de un acontecimiento cercano y terrible. De su interior manaban rayos de luz como una flor esférica y hermosa, solidificada en el tiempo por alguna clase de magia misteriosa.

Algo le impulsaba a caminar hacia aquel lugar, algo impreciso que palpitaba tras su nuca susurrándole cosas obscenas.

Entonces escuchó el ruido.

Hasta ese momento no había notado lo estruendoso del silencio reinante. Ni siquiera las escasas gotas de lluvia putrefacta que flotaban en el ambiente llegaban a

emitir ningún sonido cuando chocaban contra la tierra. El aire parecía tan castigado que había perdido la facultad de transmitir los sonidos.

Pero aquello había sido un jadeo.

Stellan corrió-rodó tan aprisa como sus sinapsis pudieron coordinar: Cruzó la planicie de cemento, rodeada de una cordillera de edificios arrojados por los aires e incrustados unos en otros, y se ocultó como pudo entre los escombros. No quería mirar qué clase de horrible monstruo podía querer alimentarse de él allí arriba. En las catacumbas era comprensible que los supervivientes, famélicos y enfermos por la radiación, se devorasen unos a otros en un loco intento por prolongar aún más su vida y su sufrimiento. Pero en la superficie... Nada humano podía haber quedado sobre las calles.

El ruido se aproximaba. Eran pasos, pasos irregulares como los suyos pero firmes y decididos. Temblando de miedo, Stellan, el pobre viejo del cráneo calcinado, se arrastró hacia el interior de uno de los edificios, perdiéndose en un paisaje expresionista sin orden ni coherencia. Pisó algo que crujía; una alfombra de esqueletos de todos los tamaños que se deshacían en polvo bajo sus pies. Stellan estornudó y trató de cubrirse con ellos, de pasar desapercibido como un cadáver más.

El ser entró en el edificio. Era un hombre, o al menos tenía aspecto humanoide. Las sombras ocultaban su rostro, pero había algo en su perfil, algo que Stellan no pudo identificar, que lo volvía estremecedor.

La cosa husmeó el aire y realizó algunos movimientos incoherentes, sin significado, como agitar la cabeza en una dirección varias veces o elevar una mano para no llevarla a ninguna parte.

Stellan no respiraba, no se movía, rezaba a alguna potencia cuyo nombre no recordaba, pero la cosa no se movió. De cerca recordaba el cuerpo de un hombre joven extrañamente deformado, con un volumen muy irregular en todos sus miembros, como si dentro de ellos hubiera algo más.

De repente se volvió hacia él. Stellan no pudo contener un grito; la cosa se acercó con un movimiento tan deforme como su cabeza, y se inclinó, acercándose al ex Consejero. El horror de Stellan no encontró límites cuando aquel rostro se aproximó a la luz.

Le conocía. Era Gabriel, el sobrino de la duquesa Cordelia Liara Gruvendal, Madre Regidora del Teleuteron, muerta (junto con Moriani y tantos otros) en el transcurso de la Convulsión. El joven tampoco había sobrevivido... o al menos no del todo. Estaba completamente recubierto de una piel que eran sólo llagas y sangre coagulada. No tenía pelo, y la parte derecha de su cuerpo se atrofiaba progresivamente hasta culminar en un muñón retorcido al extremo de su brazo, algo negruzco y supurante que un día fue una mano.

Pero lo que verdaderamente hizo gritar de terror a Stellan fue el constatar que, tal

y como había adivinado, en su cuerpo había dos. Dos Gabriel, coincidentes en el tiempo y unidos por las aberrantes energías de la Convulsión, el poder mnémico podrido que manaba de la flor de luz y que alteraba grotescamente la realidad.

Su rostro se le acercó. Eran un par de Gabriel, metidos uno dentro del otro pero sin encajar del todo; la mandíbula de uno compartía dos conjuntos de dientes, los pómulos estaban hinchados como bolsas inútiles de carne, y se descolgaban y pudrían por efecto de la radiación mientras tres ojos le contemplaban desde la frente.

Pero Stellan sabía que era él. Lo sabía en lo más profundo de su estropeado corazón. Y le tendió una mano cuando el joven suplicó ayuda.

—Dios santo... —murmuró con infinita compasión. Gabriel le cercenó un fragmento de carne de un mordisco, y él aulló de dolor.

Mientras masticaba, y mirándole como si el cuerpo físico del Consejero ya no revirtiera la menor importancia, el otrora bello querubín susurró:

—DdEeBeMmOoSs PpRrOoSsEeGgUuliRr CcAaMmIiNnOo.

—¿Q... qué...?

—ÉéLl NnOoSs EeSsTtÁá LIAaMmAaNnDdOo.

Stellan se puso en pie arrastrándose en ¿horizontal? por la pared. El engendro salió primero, indicando el camino. Con la sangre del mordisco aún chorreando sobre sus pantalones, el Consejero gimió tratando de estabilizar el mundo a cada paso, siguiendo el rastro del joven.

Ambos caminaron durante horas juntos, acercándose progresivamente a la flor de luz.

Cuando llegaron a sus postrimerías, Stellan vio que no estaban solos; había millones de personas, todas tatuadas como instantáneas de ceniza sobre el suelo medio derretido. Y le miraban, saludándole con manos de pocos dedos y ademanes estáticos. Sus cabezas mezclaban los contornos, formando burlas indescifrables que traían risas desde el infierno, llantos esquizofrénicos y horribles sentimientos de lástima hacia él. Por estar allí, por haber sobrevivido. Stellan quería morir allí mismo, unirse a ellos para no seguir soportando la locura, pero era demasiado tarde.

Siguiendo a GgAaBrliEeLl, escaló la falda de una montaña de lava sólida, dejando manchas de sangre cada vez que se apoyaba en su mano mutilada para constatar el sentido de la gravedad.

En la cima de la ladera, al pie de la grandiosa flor de luz, había alguien.

Era una Sombra, pero también un ser humano. El joven teleuterano llegó hasta él y se postró a sus pies, dejando que el aura de oscuridad que manaba de la figura le bañara en una suerte de bendición corrupta. El ser, un varón cuyos rasgos Stellan conocía bien, ignoró al muchacho hasta que el Consejero coronó la cima de la ladera. Entonces lo mató, desmembrándolo sin moverse siquiera, esparciendo sus vísceras y su sangre sobre el viejo en un intento de lavar la suciedad que rezumaban sus heridas.

Stellan no se dio cuenta de que aquello viscoso que empañaba su visión era la sangre del muchacho hasta que se miró sus manos y las vio teñidas de rojo. Su estómago trató de volver a vomitar, pero ya no quedaba nada allí dentro que restase por salir a la luz.

Stellan elevó la vista hacia el Dios Oscuro, al hombre que había dentro de él, y le reconoció. Tembloroso, dibujó una sonrisa en sus cuarteados labios y alzó una mano para tocarle. La Sombra se retiró a su contacto, observándole con curiosidad entomológica, como si aquel nuevo espécimen fuese digno de estudio.

Esa sensación sólo duró unos segundos. Luego las risas de Stellan Sorensen se apagaron de golpe.

* * *

A diez mil kilómetros por encima de las nubes de la atmósfera terrestre, un disco de sesenta mil metros de diámetro iniciaba su particular amanecer asomándose tímidamente hacia el sol por encima de la curva de la Tierra. A su alrededor, vigilantes como colmenas de abejas guardianas, centenares de naves de combate se mantenían a la expectativa mientras una pinaza descendía sobre el eje del coloso.

La Hayama-Lindenberg estaba construida como un doble disco parabólico a partir de un núcleo de rotación, la Estación Prometeo, un complejo desde el que circulaba hacia y desde el planeta un flujo compacto de doscientos millones de terabytes por segundo de información digital, la Línea Rápida, la autopista de datos que mantenía unidos en tiempo real todos los mundos del Imperio. Ahora que ni Delos ni el antiguo Emperador existían, ese flujo se había incrementado drásticamente a quinientos mil millones.

Evan supo de la densidad de flujo por los informes que los administradores de la vasta antena tenían la delicadeza de comunicarle. Desde todos los enclaves humanos de todas las ciudades de todos los mundos, cada ciudadano exigía saber qué demonios pasaba, y cuántos de los innumerables rumores y versiones diferentes de lo que ocurría en Delos eran ciertos. El soldado se maravilló ante la idea de lo unida que estaba en verdad la especie gracias a la tecnología, y lo difícil que era contarles a todos la verdad: que un planeta ya había caído, y que si una maniobra absurdamente loca en la que habían depositado todas sus esperanzas fallaba, le seguirían muchos más. La Sombra se extendería a través del Metacampo a tal velocidad en cuanto se recuperase del golpe inicial, que no habría lugar suficientemente lejano en el cosmos donde esconderse.

Evan sacudió lentamente la cabeza. Qué estupidez. ¿Cómo se había metido él en todo aquel follón? ¿Por qué demonios el destino se empeñaba en reírse de su suerte?

La pinaza tomó tierra en la pista de aterrizaje de la estación con un leve

bamboleo. Las compuertas se abrieron y Evan se reunió con un grupo de casi un centenar de científicos, escoltas y teleuteranos que le esperaban en el hangar. Saludó militarmente a un coronel y juntos caminaron hacia el interior, al eje de rotación de la estructura, seguidos por la marabunta de gente. Todos parecían tremendamente ocupados y concentrados.

—Veo que ya se ha puesto la armadura —dijo el coronel, examinándole con ojo crítico—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —contestó el soldado, poniéndose correctamente el cuello del ajustado traje de tela que recubría por completo su cuerpo—. Es muy ligera. ¿Qué nivel de blindaje puede alcanzar?

—Campos de contención de potencia veintiséis. Nada menor que una bomba de neutrones o un impacto directo de un haz de hadrones podría perforarla. Este modelo es nuevo, de todas formas; incluye una endodermis protectora de reactividad mnémica, conectada con los generadores externos de campo. Si usted siente subconscientemente un ataque desde el Metacampo, antes de que pueda identificarlo la armadura ya se estará defendiendo.

—Perfecto —asintió Evan, cruzando un anillo de gravedad. El siguiente nivel resultó estar aún más lleno de gente que el anterior—. ¿Tengo movimiento en 3D?

—Podrá volar durante saltos EV de no más de un minuto con entera libertad de movimientos. El traje inyectará los estimulantes proteínicos en sus músculos y racimos nerviosos regularmente; con eso ganará un veinte por ciento más de velocidad de actuación y densidad de reflejos. —El coronel le abrió una puerta que daba a un pequeño despacho, justo en el eje de rotación de la estructura—. Pero lo más importante es que dispone de una potencia informática ilimitada. Los sensores inteligentes del traje estarán conectados por LR con la Ultralínea, y a su vez con los implantes situados en el córtex superior de su cerebro. Si piensa en cualquier cosa, el árbol de IAs le suministrará instantáneamente toda la información que poseamos sobre ello. Usted mismo puede decidir la amplitud de los filtros; no queremos que se sobrecargue de datos en algún instante crítico.

—Muy bien. Hola, Sandra.

La joven se giró para verle llegar, y corrió a abrazarle con ternura.

—¿Y esto a qué viene? —se extrañó Evan. Ella le dio un coscorrón—. ¡Ay!

—Es posiblemente la última vez que pueda hacerlo, tonto. ¿Conoces al general Vasui?

—Le vi en la reunión —asintió Evan, estrechando la mano del militar. La sala de planificación antes había sido un comedor, el lugar más amplio en metros cuadrados de que disponía la estación, pero la cantidad de gente allí reunida lo hacía muy pequeño. Además de una docena de altos cargos del Ejército y la Armada, Evan distinguió a un grupo de capellanes teleuteranos de alto nivel y varios civiles a

quienes presumió expertos en informática y comunicaciones taquiónicas. Los saludó a todos, añadiendo:

—Es un placer, general. ¿Se sabe algo ya de los mundos exteriores?

—Empezamos a recibir noticias. Muchos han sido castigados por la Sombra. Al no tener nuestra capacidad de defensa, sus bajas humanas y materiales se han multiplicado drásticamente. Incluso hemos perdido algunos sistemas, como Damasco.

—¿Damasco? —se sorprendió Evan, pero pensó que era lógico; la Sombra había surgido repentinamente de las mentes de todos los conectados a la Ciudad Pascalina. En el mundo de los sueños, con millones de mentes en línea suspendidas en conexiones Alma, debió haber sido un desastre.

—¿Se sabe algo de Delos?

—Estamos vigilando su superficie desde ultravínculos recursivos. Aparte del acelerado crecimiento de la Sombra nada parece haber cambiado. Los núcleos de población están demasiado dispersos como para que podamos sacar a todos los supervivientes de golpe.

—¿Y el Palacio?

—Hemos visto movimiento en sus alrededores en las últimas doce horas —resumió el general, inclinándose sobre la mesa. Un proyector portátil extendió una imagen tridimensional sobre su superficie. Todos distinguieron la Flor de Luz y nubes errantes de polvo y lluvia radiactiva coloreados en verde a su alrededor. Era el centro de la explosión que el rayo del Lyrae había desencadenado sobre la capital, congelada en el tiempo por fuerzas misteriosas. En su interior aún se distinguía escasamente la diminuta silueta del Emperador, con su forma de gárgola esbozada por las manos de un niño.

—Es increíble.

—Seguramente no disponía de fuerza para evitar la detonación, así que se refugió en su interior. Está vivo, y a la vez ya ha muerto. Como una partícula subatómica: no se puede determinar su estado sin observarla directamente.

—Y para ello tenemos que bajar ahí. ¿Qué es eso? —preguntó Evan, señalando un punto en la periferia. Vasui se inclinó sobre el holograma.

—Eso es lo que detectamos. Parece un ser humano. Varón, diría yo a juzgar por las proporciones. Ha matado usando una mnémica muy poderosa a los pocos supervivientes que quedaban en un radio de cincuenta kilómetros alrededor del enclave del palacio.

—¿Un guardián? —se interesó Sandra. Vasui asintió.

—Eso parece. O un recurso automático de defensa con forma antropoide. Esto demuestra que en los alrededores de la Flor aún sigue funcionando la mnémica activa.

—Está bien. ¿Cuándo empezaremos?

—Estamos orbitando justo sobre Greenwich. A partir de las doce treinta en punto, dentro de unos cincuenta minutos, la llamaremos estrategia Prometeo. La Emperatriz tendrá que partir antes.

Sandra asintió.

—¿Cómo piensas ir hacia el futuro? —inquirió Evan. Ella le miró.

—Usando la LR.

—¿La Línea Rápida? —Evan frunció el ceño—. Creía que no se podía codificar materia en los haces de taquiones. ¿No sería mejor coger una nave y acelerar?

—Es más o menos lo que voy a hacer —dijo ella. Pero pese a su fachada autocontrolada, no parecía estar muy convencida—. Me embarcaré en una nave y aceleraré, pero no en una convencional. Digamos que es una... cobertura especial, hecha de partículas temporalmente inestables. Como los incursores esculpidos enteramente en campos de fuerza, pero a un nivel de fluctuaciones de quarks que me permitirán viajar en el tiempo.

Evan alzó las cejas, asombrado.

—¿Eso existe?

—Ahora sí —concluyó la joven, enigmática. Uno de los capellanes teleuteranos se adelantó e hizo una reverencia.

—Las trampas de Schrödinger están preparadas Debemos descargarlas al cerebro de su Alteza antes de que pierdan pureza en las mentes de nuestros Vagabundos del Sueño —informó con agrura.

—¿Trampas? —dudó Sandra.

—Momentos de coherencia real. Puede que en su carrera hacia el futuro necesite hacer algunas pausas, ya sea para descansar o reorganizar sus pensamientos. En cada trampa ondulatoria de Schrödinger hay codificado un entorno tranquilo, físicamente estable: una playa, una cabaña... Como oasis de realidad, a los que podrá recurrir si el nivel de caos a su alrededor aumenta excesivamente respecto a las protecciones de su... «nave». Debemos inyectarlas ya en su cerebro, antes de que pierdan cohesión, para que se adapten bien a su esquema frenológico.

—Comprendo.

—Está bien —suspiró Evan, mirando a todos los presentes—. Creo que no queda nada más que decir.

—Salgamos pues —sugirió el general, y cedió el paso a la Emperatriz para que liderase la comitiva.

Una esclusa les llevó directamente al exterior. Caminaron sobre el mosaico de hexágonos de la enorme antena, respirando un volumen de aire previsto para apenas un par de horas. La región protegida por los campos de fuerza tenía casi mil metros cuadrados, y estaba llena de robots de seguridad, técnicos civiles y militares y hologramas de ayudantes virtuales, que traían al plano físico algo de la complejidad

del mundo virtual. Una LA con forma de dragón de escamas azules pivotaba extendiendo sus alas en torno al repetidor central de la Hayama-Lindemberg, coordinando los esfuerzos de todos los técnicos sobre el corazón de la potente emisora de taquiones.

En una parcela delimitada por líneas dibujadas en el suelo, los teleuteranos se colocaban en los vértices de crípticos organigramas mnémicos, dejando el centro libre para la joven monarca. Al verlos, Sandra contuvo un temblor.

Evan colocó una mano en su hombro para tranquilizarla. De reojo descubrió una plataforma de metal que proyectaba un campo de fuerza particular, de unos dos metros de diámetro, en cuyo interior flotaba mansamente una mujer vestida con un uniforme de capitán de navío. Hacia ella se acercaba lentamente el capitán Luis Nesses.

Evan arrugó la frente, fijándose en la mujer.

—¿Qué es eso?

—Mi nave espacial —aclaró Sandra, dejándose conducir por el capellán hacia el grupo de teleuteranos.

Cuando pasaba junto a uno de los expertos en telecomunicaciones, la joven advirtió que el hombre, muy alterado, consultaba un informe horario en una terminal flotante. Por la insignia de su traje, Sandra imaginó que sería uno de los encargados de controlar el inmenso flujo de datos que había que liberar del canal principal de la antena para realizar el «lanzamiento», el momento en que las enviarían a Elena y a ella envueltas en un disparo LR de gran potencia. Las IAs y los controladores venían tratando de abrir un hueco de diez segundos en el flujo digital desde hacía horas. Teniendo en cuenta que las pérdidas económicas se cifraban en miles de millones de blasones ya no por segundos, sino por porcentajes de ancho de banda perdidos en ese tiempo, era comprensible que el técnico estuviera nervioso.

Cuando vio que el capitán Nesses se acercaba a la «nave» para hablar, malgastando unos segundos (;minutos enteros incluso!) que luego habría que recuperar, compuso una expresión dura e intransigente y se lanzó a detenerle. Pero su expresión cambió a la más pura de espanto cuando una mano firme le agarró por el antebrazo y, al volverse para protestar, se encontró con la enérgica mirada de Alejandra.

La joven, uniendo las cejas en una mueca feroz, le susurró:

—Déjales en paz.

—Pe... pero... el presupuesto... —tembló el técnico, cuando fue capaz de articular palabra. Sandra le soltó.

—Al cuerno con el presupuesto. Como alguien les interrumpa lo envío a las minas de Kantra de por vida, ¿entendido?

El hombre movió la cabeza muy rápidamente de arriba abajo. Sonriendo

maliciosamente, Sandra completó su camino hasta el círculo de capellanes.

* * *

Luis Nesses no podía creer que Elena estuviera a punto de volver a desaparecer entre las estrellas. Si lo que Vasui y los Capellanes le habían contado era cierto, pretendían fundir a aquella niña insulsa y alocada de Alejandra con un haz de taquiones, y usar a Elena (a su Elena) como ancla que mantuviera su aspecto de ser humano estable y funcional. Era la mayor tontería que había escuchado nunca, pero toda aquella gente se lo estaba tomando tremendamente en serio.

Elena le recibió con una sonrisa cuando le vio acercarse. Nesses se cuadró delante de ella, saludándola como haría con cualquier otro capitán de la flota; los nervios no le daban cancha para nada más. Ella le hizo una seña para que se acercase al campo de fuerza.

Nesses lo hizo, imaginando que iba a tratar de susurrarle algo al oído u otra estampa romántica, pero era que ella no veía bien a tanta distancia. En el interior del campo la luz no se comportaba muy planckianamente.

La joven estaba realmente horrible, con sus cabellos convertidos en ascuas de luz perdiendo coherencia y duplicándose a medida que se alejaban de su cabeza. Además, aunque su nuevo cuerpo no producía ojeras, se la notaba muy cansada y deprimida. Luis le hizo un gesto con la mano, saludándola. Ella abrió la boca y dijo algo que no provocó sonidos.

Luis trató de pegarse al campo, sin tocarla, y gritó por el comunicador:

—¿Qué?

La capitana repitió sus palabras, vocalizando. Luis creyó distinguir una O, una A y el martillazo de una T, pero no estaba seguro.

—¿Qué si falta mucho? —preguntó, comprendiendo—. No, no, dentro de escasos minutos se pondrá en marcha la operación, y...

Elena negó sacudiendo un dedo, y volvió a repetir el mensaje. Nesses imitó con la boca sus movimientos y dijo:

—¡Ah, que cómo va la cosa! Bien, bien...

Ella alzó la vista, resignada. Armándose de paciencia, subrayó cada letra de su frase sobre el campo de fuerza, como quien enseña a leer a un niño. Luis abrió mucho los ojos:

—¡Que cómo estoy yo! —La capitana hizo un gesto de triunfo, sacudiendo los puños—. Muy bien cariño, bueno... todo lo bien que se puede estar en una situación así, ya me entiendes. ¿Y tú?

Elena movió horizontalmente la mano derecha.

—Así así, ya veo. Supongo que a ti te ha tocado la peor parte de este circo,

¿verdad?

Nesses se aproximó todo lo que pudo al campo, ignorando las alarmas preventivas. Rascándose la barbilla, murmuró:

—Parece que tú sí que puedes oírme a mí, así que... bueno, quería decirte algunas cosas. Como no puedes replicar —dijo pícaramente— me voy a explayar todo lo que pueda, y ya me respondes cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

El fantasma le urgió a que hablara, tocándose la muñeca izquierda con un par de golpecitos.

—El reloj corre, ya lo sé. Lo que quería decirte es que lo siento muchísimo. Sé que estás en esa situación por mi culpa. Si no me hubiera comportado como un idiota integral en aquel momento...

Elena asintió, confirmándolo: se había portado como un idiota.

—Creo que te vas a ir muy lejos, muchos miles de años hacia el futuro. Estoy seguro de que volverás, pero aún así quiero... ¡maldita sea, qué malo soy con las palabras! —se alzó de hombros—. En fin, si pudiera decirte lo mucho que siento que te vayas, lo mucho que había esperado que nos quedáramos un momento a solas cuando explorábamos el Brazo Espiral. ¿No te parece que el espacio está demasiado lleno de gente?

Elena asintió, completamente de acuerdo.

—He dado tantas órdenes durante toda mi vida que ahora me parecen inútiles. Te ordenaría que te quedases, si eso pudiera obligarte a hacerlo. En fin.

El fantasma miró detrás de Nesses. Los teleuteranos se acercaban ya, con una enfadada Sandra a la cabeza. Elena miró a Luis con ansia; deseosa de que él pronunciase las palabras, se pegó al campo de fuerza. Luis no sabía por dónde empezar.

—Creo que ya se acerca el momento. Debería irme.

Elena negó efusivamente con la cabeza, abriendo mucho los ojos como una niña desconsolada. Empezó a garabatear otras líneas en el campo, pero se detuvo, mirando a la niña-Emperatriz.

Sandra se acercó al capitán, verdaderamente enfadada, y le ordenó:

—Agáchese.

—¿Cómo?

—Que se agache.

Reluctante, Nesses se inclinó hasta ponerse a la altura de la joven.

Esta le propinó un sonoro golpe en la nuca que hizo enrojecer, a todos los presentes.

—¡Imbécil! —imprecó—. Esta puede ser la última vez que os veáis, ella está esperando que se lo digas, y tú corres a esconderte como una niña asustada detrás de tu maldita marcialidad y tus galones. Anda, díselo.

—¿Q... qué? —balbuceó el capitán de crucero, masajeándose la nuca estupefacto.

—Díselo. Es una orden imperial. Ya.

Luis se volvió hacia Elena, tras unos segundos, y, lo más solemnemente que fue capaz bajo aquella presión y la vergüenza que sentía, susurró:

—Te quiero.

—¡Mas alto! —ordenó Sandra, con el mismo tono que habría empleado para mandar ejecutar a alguien.

Nesses gritó:

—¡TE QUIERO, ELENA!

Toda la Hayama-Lindemberg quedó en silencio. Nesses, tan rojo de vergüenza que parecía que se iba a tirar por el borde de la antena, miraba con ojillos asustados en todas direcciones.

Con una lágrima resbalando por sus mejillas, Elena depositó un fugaz beso en el campo de fuerza.

Toda la antena estalló en aplausos y vítores. Intrigada, la IA (el dragón azul) miraba a los extraños humanos y trataba de encontrar sentido a sus reacciones.

Sandra dio a Nesses unos golpecitos en la espalda y, sonriente, le indicó que se retirara. Luis trastabilló y se alejó a paso veloz, sonriendo parcamente a la gente que insistía en aplaudirle.

—Si en las cámaras del sol de la umbría frente de Ida ya no entonan la antigua melodía —recitó Sandra, destrabando los botones de su guerrera—, comencemos.

La joven se desnudó completamente. Los demás técnicos volvieron la cabeza, concentrándose en los últimos detalles de alineación de la antena.

Sandra tiró sus ropas a un lado y tocó el campo con la mano. Débiles fluctuaciones recorrieron su superficie y se entrecruzaron cuando ejerció presión hasta romper la barrera. El campo, semipermeable, se adaptó a su contorno y la dejó pasar. Elena le dio la bienvenida, ayudándola a entrar. Por un momento pareció casi física, colocándose sobre Alejandra y engulléndola, haciendo que su cuerpo la recubriera como un holograma. Al momento, Sandra flotaba en el interior de la esfera envuelta en un traje hecho de Elena.

Los técnicos abrieron los receptores de energía de la matriz, enfocando todo el potencial captador de la antena hacia ellas. Los teleuteranos se concentraron, alineando sus mentes con la difícil sintonización vacía del nuevo Emperador.

Segundos antes de que desaparecieran, ambas mujeres miraron en sentidos diferentes; Alejandra miró hacia la Tierra, cuyo disco perfecto brillaba como una gema azul en el vacío, y pensó en la cantidad de maravillas que aún no había tenido oportunidad de ver.

Elena enfocó su vista en Nesses, que esperaba junto a los militares en la zona de

seguridad del edificio central, y como no podía mover ningún miembro para no dejar «fuera» a Sandra, le guiñó un ojo.

Luis levantó la mano para saludar, y al instante las dos mujeres fueron proyectadas en un difícil salto de cinco metros hasta el receptor de la antena. Convertidas en estática cuántica, visible gracias al imposible estado físico de Elena, salieron disparadas hacia las estrellas.

* * *

—Vaya dos, ¿verdad? —dijo Evan, colocándose junto a Nesses.

—Y que lo diga. —El capitán inspiró con fuerza. El aire dentro del campo de contención se estaba enrareciendo—. Vamos, nosotros tenemos que hacer también un largo viaje y por fuerza iremos más lentos.

Evan siguió al capitán a toda velocidad hacia la pista de embarque. Un transporte les esperaba para llevarlos al Intrépido.

—¿Voy con usted?

Luis asintió.

—Yo mismo pedí llevarle. Para dejarle en el planeta tendremos que acercarnos mucho, adelantando al resto de la Flota. Será peligroso, pero es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Por usted o por ella?

Nesses le lanzó una mirada de advertencia, pero contestó:

—Por ella. Usted límitese a pensar en su misión. Ahora estamos todos en sus manos.

—Eso no es lo que me preocupa.

—¿Qué quiere decir?

Evan señaló a las estrellas, hacia donde habían sido disparadas las dos mujeres.

—Ellas son las que lo tienen más difícil, solas en la inmensidad. —Compuso una expresión grave—. Espero que Sandra y los tipos de las Logias sepan lo que están haciendo.

Capítulo 17

Las distintas divisiones de la Flota penetraron en los angostos túneles Riemann con un desfase de segundos. En el Puente Único, Luis vio cómo más de un millar de vectores de luz pasaban de verde al estado de alerta preventiva, desapareciendo con dirección a Delos en un viaje de muchos años luz.

No eran los únicos: cada crucero disparó la mitad de sus ojivas nucleares de salto R antes de saltar, arrastrándolas como un enjambre de mortíferas abejas mientras entraban en fase de aceleración. Cuando ingresaran de nuevo en condiciones einsteinianas, justo sobre el objetivo, no perderían tiempo en disparar.

El general Vasui saludó a sus capitanes una última vez desde el puesto cero del Puente y se desvaneció; no volverían a contactar hasta que sus naves orbitaran Delos.

—Preparados para abrir el conducto —ordenó Nesses, sentándose—. Disparen los panales de abejas.

Un lejano temblor sacudió su navío mientras las santabárbaras se abrían y lanzaban mil cabezas, que pasaron a estado de hipervínculo. Luis las contempló girando en reacciones controladas, centelleando pocas docenas de metros más allá de su blindaje energético de potencia quinientos. Si una sola de las ojivas se desviaba de su posición durante el salto y golpeaba la coraza, el navío se convertiría en un hermoso espectáculo de explosiones y restos calcinados.

Una larga hora después, el Intrépido fue de las primeras naves en llegar a la órbita de Delos. El paisaje que sus tripulantes observaron contrajo sus corazones y les dejó sin aliento. Al ver aquello, sintieron por primera vez lo pequeños e insignificantes que eran sus esfuerzos.

La Sombra colgaba tras el planeta como una mortaja de tela negra, una capa de oscuridad insondable que se expandía a lo largo de millares de kilómetros hasta el radio de su primera luna. Los apéndices lamían el satélite como carroñeros ávidos de carnaza, lloviendo sobre su superficie como los tentáculos de un titánico organismo celestial.

Delos entero había sido absorbido por el manto de oscuridad. Unos radios de millones de kilómetros de longitud por unos pocos de ancho partían de la órbita como delgados cilios, dispuestos según una estremecedora geometría, dando forma a las primeras fases de la cúpula de energía negativa que acabaría por encerrar la estrella. El movimiento angular de los cilios era visible a simple vista, sus delicadas puntas creciendo unos pocos milímetros cada segundo. Evan, de pie en el puente de mando, dedujo que para que el efecto fuese apreciable a aquella distancia tendrían que estar moviéndose a una velocidad cercana a la de la luz.

—La energía necesaria para hacer esto es... imposible —musitó, los ojos abiertos como platos.

—¿Siente el contacto mnémico con la Emperatriz? —preguntó Nesses. El soldado escondió los ojos, concentrado.

—No —dictaminó—. No siento nada. Los accesos al Metacampo siguen obstruidos. Aún deben estar viajando, a menos que les haya ocurrido algo y no hayan podido encontrar a los Ids.

Apretando los dientes, el capitán contempló los diagramas tácticos. De algún modo, la Sombra sabía que estaban allí, que venían a destruirla. Sus cilios se concentraban formando una concha densa sobre el Palacio Residencial, el núcleo de su crecimiento.

No podían esperar más tiempo.

—Prepárese, vamos a colocarle justo sobre el planeta. Saltará en una ojiva.

—Muy bien —convino el soldado, aprestándose a abandonar el puente. Cuando se giraba para marcharse oyó la voz de Nesses, que le decía desde el nivel digital:

—Mucha suerte, Evan, y gracias por todo. Sabe que va a morir, ¿verdad?

—Por supuesto —asintió el Guerrero Espíritu—. Pero quién sabe. Ya nada de lo que hagamos tiene asegurado un sentido.

Nesses le dedicó una última sonrisa y lo monitoreó en su carrera hacia el hangar de despegue, mientras se colocaba la armadura Alfa y todos sus accesorios, y algunos de éstos eran lanzados previamente sobre la superficie y la órbita del planeta.

* * *

Los componentes de la armadura entraron bien en la atmósfera, colocándose estratégicamente en posiciones cercanas a la Flor de Luz, punto de aterrizaje de Evan. Otros se situaron en órbita geoestacionaria, vigilando la superficie como diminutos ojos espía. El objeto central, la delgada ropa acolchada que recubría el cuerpo de Evan, enlazó sus emisores LR con el repetidor del Intrépido y se comunicó en tiempo real con el árbol de IAs, con sede física en la Tierra. El grupo neural de mnemoprocesamiento del traje se conectó al cerebro del soldado y comenzó a tamizar sus débiles impresiones psíquicas. Los técnicos humanos y virtuales encargados de controlar sus evoluciones, casi una docena de personas dedicadas en exclusividad a la armadura, conectaron todos los sistemas y monitores de sus puestos de control. En breve, el escudo de tecnología que protegía a Evan estuvo trabajando a máxima operatividad.

—Sobre la posición. Listo para saltar —anunció Evan desde la ojiva que lo transportaba. Era un antiguo misil táctico multisalto sin cabeza explosiva, que lo alojaba como un feto en un campo de semigravedad.

La ojiva esperó una orden de confirmación desde la torre de control y luego desapareció por unos instantes de la realidad, volviendo a hacerse física a escasos

kilómetros sobre lo que antes había sido Delos DC. Instantes después, se abrió como el capullo de una mariposa y dejó que su carga cayera hacia la superficie envuelta en un escudo de alta potencia. Evan atravesó las nubes bajas y extendió sus miembros en cruz para estabilizarse y planear.

Los repulsores EV del traje se activaron, acelerando su caída a casi un Mach hacia tierra. El campo de fuerza se volvió incandescente por la fricción del aire, protegiéndole mientras el soldado se ponía en contacto con las demás partes de su armadura por telemetría. Desde su aventajada posición en las capas altas de la atmósfera contempló cómo una tormenta de misiles balísticos y bombas a medio explotar llovía sobre Delos.

Todo el hemisferio norte del continente central se llenó de lejanas explosiones increíblemente brillantes, como alfilerazos de luz perforando la densa capa de oscuridad de la Sombra. El apocalíptico cuerpo hecho de tetrapectos que resbalaba desde los polos hacia el ecuador se retorció como un animal herido, moviendo sus delgados apéndices en contracciones instintivas de miles de kilómetros.

En órbita, el grupo de control le suministró todos los datos del campo de batalla: las coordenadas de llegada al suelo estaban situadas a escasos doscientos metros de la Flor, en una zona escarpada hecha de la solidificación de una marea de edificios licuados durante la explosión. Los oficiales tácticos le comunicaron que se disponían a vaporizar todo rastro de tetrapectos en un radio de seis kilómetros, para evitar presencias inesperadas cuando llegara al perímetro del objetivo.

Evan asintió, y se puso a chequear por última vez los sistemas mientras a su alrededor caían espectaculares lanzas de luz. Desde su posición a nueve órbitas del planeta, el crucero de batalla abrió fuego con sus baterías de rayos Hd. Larguísimos vectores invisibles en el espectro normal cayeron a escasos metros de Evan, taladrando la superficie y extendiendo un reguero de destrucción nuclear que cubrió la tierra con un manto de luz. Todos los tetrapectos individuales concentrados en torno a lo que había sido el Palacio Residencial del Emperador estallaron en salvas de millones. Un amplio espacio despejado se abrió en iris a escasos kilómetros por debajo de los pies del soldado.

Este tocó tierra en posición de máxima estimulación cervical. Los inyectores de drogas inundaron su espina dorsal con un disparo de nanosinérgicos y su percepción cambió: en lugar de un flujo de segundos comenzó a apreciar las décimas, y el mundo se convirtió en una película ultra lenta que pasaba a su alrededor mientras él se movía con celeridad.

A lo lejos, más allá del cráter que alojaba al palacio, una pared de explosiones atómicas se alejaba de él hacia el exterior de la ciudad, vaporizando todo lo que pudiera quedar vivo en la urbe.

Evan se concentró.

De repente sintió un escalofrío. El silencio era abrumador. El ruido de la devastación no cruzaba una frontera invisible que rodeaba el palacio.

Algo no iba bien.

Recordó cuando el rayo del Lyrae cayó sobre Delos, y por ende sobre sus cabezas: él abrió los ojos dentro del hongo nuclear con Sandra en sus brazos, contemplando el armagedón desde dentro, un imagen que le acompañaría en sus pesadillas el resto de su vida. Ahora aquella instantánea volvió a él, nítida como un disparo a la sien: allí delante estaba su enemigo.

Tan sólo tendría que acercarse lo suficiente como para entrar en la Flor, si es que eso era posible. Si lograba volver a mirar, tan sólo mirar a la gárgola que representaba el subconsciente de Sandra, tal vez podría obligarla a decidir. Nada podía mantener un doble estado de existencia cuántica, viva y muerta, si estaba sometido a observación. Él esperaba inclinar la balanza de la decoherencia hacia el lado que le interesaba, anulando la parálisis temporal en torno al palacio y completando el estallido de la flor, lo que debía de haber ocurrido el día de la batalla de Delos, sellando sus destinos.

Pero para eso debía llegar hasta el mismo núcleo.

Hicieron acto de presencia al momento: los tetrapectos se recuperaron parcialmente del inmenso nivel de castigo al que los había sometido el bombardeo planetario, débiles pero aún letales.

Evan no tardó más de un par de décimas de segundo en reaccionar. Se movió con la rapidez del pensamiento, avanzando hacia sus enemigos en saltos EV de cientos de metros. Los tetrapectos, con forma de arañas de oscuridad de diez metros, se acumularon en torno a la Flor, protegiendo sus accesos.

Evan radió una orden a los periféricos del traje y la batalla comenzó.

* * *

Sandra, envuelta en su nave espacial (el holograma cuántico de Elena), atravesaba el Universo convertida en un ascua de luz.

El movimiento relativo era apenas perceptible, ya que las lejanísimas estrellas apenas se movían de su posición, pero ella intuía que avanzaban.

Era indescriptible lo que se sentía cuando se era un rayo de luz, la doble imposibilidad de la existencia y la coherencia dentro del escudo de realidad que era el cuerpo translúcido de la capitana. Sandra había estudiado las teorías trigramicas durante su aprendizaje en el palacio, que predecían nuevos estados de la materia para expresar la comunión perfecta entre la relación mnémica, impuesta por el pensamiento, y el caos cuántico de la fábrica de lo Real. Eso había sido extrapolado de audaces fórmulas matemáticas por pensadores que ahora probablemente estaban

muertos.

Se miró a sí misma y descubrió con asombro que aún era humana: vio su adolescente cuerpo desnudo encerrado dentro de las fronteras del uniforme reglamentario de Elena, y al mirar hacia delante entrevió los ojos de ésta, superpuestos a los suyos, clavados en lo que parecía su destino: Perséfone, en la constelación de Orión.

La enorme estrella azulada las recibió con el cálido abrazo de su manto de radiación. Las dos mujeres lo atravesaron dejando una estela cometaria de iones, aproximándose a su núcleo. Cayeron rebasando los campos de choque de las capas externas, y de pronto la luz desapareció y penetraron en la oscuridad primordial del interior del astro, allí donde los fotones estaban tan desorganizados que sus imposibles ojos ni siquiera eran capaces de apreciarlos.

Sandra gritó de dolor junto con Elena; ambas remontaron el rastro mnémico de los Ids, impreso en el cerebro de la joven Emperatriz, y comenzaron a acelerar hacia el núcleo. La presión mnémica era tan grande que los contornos de seguridad y antropomorfismo de la capitana comenzaron a desdibujarse. Sandra aulló de dolor. Se atrevió a abrir los ojos y el panorama la sobrecogió:

Estaban en el centro de la estrella, en un lugar imposible de explicar dentro de los cánones del espacio físico. Vio, por primera y única vez en la historia de la Humanidad, el lugar donde se fabricaban la energía y el tiempo: una esfera de múltiples dimensiones sin color ni textura ni albedo ni geometrías estables. Un lugar en el que cada uno de sus movimientos generaban fluctuaciones en el estado de la espuma cuántica que llevaba irremediamente a la creación de nuevos estados físicos y nuevos universos paralelos.

Incapaz de asimilarlo, Sandra cerró los ojos, temiendo volverse loca. Pero sus órganos visuales nada tenían que ver con su percepción. Ella siguió allí, sintiendo cómo la acariciaba la gloria de la creación.

Tomando impulso, Elena volvió a acelerar. Esta vez al racimo de las Perseidas, a través de un túnel de agujeros negros microscópicos con salida al interior de una de las estrellas.

Su núcleo era fascinantemente diferente del de la Perséfone: poseía algunas dimensiones mensurables, como el brillo y una cierta textura, y no era en absoluto esférico, sino espinado, con puntas afiladas abiertas en abanico. Sandra misma se vio hecha de espinas: paseó sus manos frente a su cara y las vio estiradas desde cientos de vértices, como aquellas graciosas imágenes que había retocado en su computadora en Delos, deformándolas cambiando por completo las leyes de su expansión. El espacio-tiempo adoptaba configuraciones cristalográficas inusuales.

Con un esfuerzo sobrehumano, Elena localizó la siguiente puerta mnémica y volvió a saltar Sandra cerró los ojos y contuvo el aliento. El sonido (¡había sonido!)

se volvió ensordecedor. La presión psíquica era insoportable: sus oídos e hipocampo estaban a punto de explotar. El cuerpo de Elena se iba volviendo cada vez más delgado y transparente, perdiendo a un ritmo muy elevado su capacidad para escudarla.

Con terror, Sandra constató que si seguía perdiendo volumen, pronto habría partes de ella que quedarían fuera de Elena. Sobre todo ese dedo que le faltaba a la capitana, pero que Sandra sí poseía. Hasta ahora Elena había mantenido cerrada su mano, convertida en un puño, y eso había compensado la diferencia de volumen. Pero si seguía haciéndose más pequeña y delgada, ni siquiera esos trucos mantendrían partes de Sandra a salvo del vacío.

Su nuevo destino la sobrecogió. Creyó por un instante que se había vuelto loca, que el espacio entero había sido sustituido por un campo rojo oscuro, tenuemente luminoso, que se extendía allá donde abarcaba la vista. Pero entonces comprendió: también era una estrella, la más grande del Universo conocido. Betelgeuse, la gran gigante roja, con un diámetro capaz de albergar el Sistema Solar. La caída hacia su núcleo duró años, décadas que transcurrieron en un instante. Sandra volvió a quedarse ciega, notando cómo pasaban cerca de la órbita de pequeños planetas consumidos por el radio de la cromosfera del titán carmesí, pero que aún orbitaban su lejano núcleo. Aparecían como óvalos alargados: como ellas se movían a la velocidad de la luz, los fotones que rebotaban contra la región más cercana de los planetas llegaba antes a sus ojos que los que estaban por detrás.

Sandra no pudo soportarlo más y activó la primera trampa de Schrödinger codificada por los teleuteranos.

Y cayó en un parqué de madera, recubierto por una alfombra. El oxígeno era respirable y la luz acogedora, y sus rayos se marcaban en el aire penetrando a través de las rendijas de la ventana. Una chimenea y unos muebles recubiertos de piel de visón completaban el decorado de la cabaña.

Sandra se desprendió del cuerpo de Elena y cayó al suelo, transpirando con profusión. Sus jadeos eran rápidos y entrecortados.

Una voz preguntó:

—¿Estás bien?

La niña elevó la vista y vio que la capitana parecía sólida, tan real y tangible como ella.

—¿Puedes hablar?

Elena sonrió.

—¿Puedes escucharme?

—Tengo frío.

La capitana se sentó junto a ella, al lado de la chimenea, y abrazó su cuerpo transmitiéndole algo de calor. Sandra tiritaba.

—¿Cómo estás?

—Mal. Pero no importa. Debemos seguir. ¿Cómo estás tú?

—Aguantaré hasta el final, creo. O al menos lo intentaré.

—Eso depende de lo lejos que esté el final.

—¿Aún no les sientes?

La joven miró a los postigos cerrados de la ventana. Evitó pensar en lo que se ocultaba detrás.

—No. Están lejos todavía. Pero no sé cuánto.

Elena miró sus manos. El tremendo gasto de energía del viaje las había consumido, y ahora apenas eran del tamaño de las que intentaba proteger. La niña extendió su diestra y la superpuso a la de la capitana: el dedo sobrante era incapaz de ser ocultado por más tiempo.

Las dos mujeres se miraron.

—No podemos seguir —concluyó Elena, dejando que se levantara. La Emperatriz anduvo por la casa, explorando—. Ya abarcas casi todo mi radio corporal. Si pierdo un poco más de energía, se acabó.

—Lo que no podemos hacer es abandonarles —sentenció Sandra, entrando en una pequeña cocina. Todo era asombrosamente real, incluso los cubiertos. Con las mejillas muy pálidas, sintió el tacto frío de un cuchillo para cortar carne—. Debemos proseguir, cueste lo que cueste. No hay más remedio.

—¿Pero cómo? Ya ves que ni siquiera tu mano cabe dentro de la mía —se quejó Elena, descolgando los hombros—. Estamos acabadas.

Sandra apareció en el umbral del salón, y colocó su mano derecha sobre la mesa.

—Aún no.

—¿Qué vas a hacer, Alejandra?

—Magia —sonrió la joven, y colocó el cuchillo sobre su dedo anular.

Elena se puso en pie de un salto. Pero mientras su boca se abría para gritar y sus manos se alargaban tratando de detenerla, la joven campesina cercenó su dedo anular, el mismo que le faltaba a la capitana.

Alejandra no gritó. En realidad no emitió ningún sonido. Simplemente se desplomó en el suelo, con la boca entreabierta y los ojos fijos en la nada. Se golpeó la cara contra la alfombra y la arrastró sobre ella un metro; se contorsionó varias veces y permaneció un rato en silencio, sujetándose la mano, apretando la cara contra el suelo.

Elena la contemplaba aterrada, sin mover un músculo.

Al poco rato, un débil gemido provino de la cabeza de la joven, oculta por sus cabellos. Fue algo grave, más parecido a una exclamación que a una queja. Alejandra exhaló el aire de sus pulmones, renovándolo con algunos estertores, y se puso en pie muy lentamente.

—Vámonos ya —gimió.

Y se fueron, dejando que el entorno estable de la cabaña desapareciera llevándose el dedo cercenado, abandonado en la mesa como un sueño más.

* * *

Evan se protegió tras una elevación del terreno huyendo de una explosión. El tetrapecto que lo perseguía, sus extremidades enhiestas como lanzas, sorteó el obstáculo de un salto, plantándose frente a él sobre tres patas.

El soldado ordenó al rifle complementario de la armadura que cambiase a aceleración de plasma, y bombardeó al monstruo con una tormenta de fuego. Los enlaces moleculares se destrozaron por el calor y se convirtió en una masa de protomateria. Luego, un aviso del radar lo hizo saltar diez metros a una plataforma cercana. Más enemigos se aproximaban desde ocho direcciones.

Las arañas lo cercaron. Evan las señaló disparándoles proyectiles con cabezas buscadoras y se retiró de la zona. Los periféricos defensivos del traje, poderosos robots múltipodos que esperaban lejos del combate, enfocaron sus cañones de treinta milímetros sobre los blancos, engancho las señales de baliza.

Sus cabezas empezaron a girar a miles de revoluciones por minuto, vomitando toneladas de balas autopropulsadas que hicieron polvo a todos los enemigos en segundos. La zona se llenó instantáneamente de miles de vectores de calor que taladraron el infrarrojo.

Evan escaló una loma y se situó junto a un antiguo edificio medio derretido. Un enjambre de tetrapectos alados cayó sobre él a velocidad cegadora. Rozó un conmutador y el traje se blindó, expandiendo un campo de fuerza unidireccional a diez metros. Los monstruos trataron de sepultarlo, raspándolo con sus zarpas y pulsando al máximo su nivel de resistencia. El soldado bombardeó a las primeras oleadas con munición explosiva, gastó seis cargadores enteros de tambor veloz y cambió a haz coherente. Un rayo de luz semisólido partió en dos un grupo de Sombras menores, astillando el terreno en una nube de explosiones. Antes de dejar que el enemigo se reagrupara, sacó de su cinturón un pequeño dispositivo esférico y lo arrojó cerca de su posición.

Fintando por debajo de las patas de los tetrapectos, su campo de fuerza se tornó sólido a máximo nivel de resistencia y excavó en la tierra, hundiéndose cinco metros. Cuando los monstruos trataron de alcanzarle, el dispositivo detonó.

Desde la primera órbita de geoestación, el satélite acoplado a la armadura cegó por un instante sus ojos para que no se quemaran con el resplandor de la explosión. En tierra, una onda expansiva barrió los tetrapectos en un radio de un kilómetro, despejando por completo la zona. El cono de polvo se alzó doscientos metros antes de

caer a tierra abriéndose en un bello abanico de ceniza.

Evan salió del agujero y realizó un rápido escáner: la materia oscura se reorganizaba en torno a la Flor de Luz, pero tardaría en volver a consolidarse. Se lanzó a toda velocidad hacia la base del antiguo palacio. Subconscientemente, su entrenada percepción detectó un flujo de energía proveniente del Metacampo; el grupo de procesamiento neural del traje lo interpretó antes de que él fuera consciente del peligro y se defendió.

Una nube de rayos cayó sobre él una décima de segundo después de que los campos de fuerza se activasen. El modo de ahorro de energía del traje los mantenía a mínima potencia hasta que detectaba un ataque, y entonces los adecuaba al nivel de presión entrante.

Evan rodó por el suelo, tratando de esquivar un huracán de impulsos de hadrones que licuaban el terreno como gotas de lluvia modelando la superficie de un lago. Dio varias vueltas y, cayendo hacia delante con las piernas flexionadas, las usó de trampolín para alzarse cincuenta metros en el aire. A medio arco, modificó la trayectoria con los impulsores EV y dio un brusco giro a la izquierda, esquivando por milésimas de segundo una ráfaga letal.

Cuando volvió a tocar tierra, vio a su enemigo.

Al principio no le reconoció. Algo en su pose decaída y encorvada le recordaba a alguien que había conocido una vez, hacía mucho tiempo.

Ahora era una marioneta de carne recubierta por un tanque, un fragmento de tecnología apenas funcional que se mantenía pegado a su piel mediante un horrible cosido hecho de ligamentos de sombra.

—Así que tú eres el cazador —balbuceó Stellan Sorensen, moviendo a duras penas la mandíbula a despecho de sus horribles malformaciones—. Qué honor conocerte, después de todo.

—Consejero —saludó Evan, sorprendido por el horrible estado de simbiosis carne-máquina-tetrapecto que había alcanzado el antaño poderoso hombre de confianza de la Administración. Le apuntaba desde su atalaya con el extremo de sus brazos convertidos en cañones de partículas, gigantescos en proporción a la cabeza.

—Llevas una armadura Alfa. Yo mismo aprobé el programa y los presupuestos para su construcción —observó con satisfacción el deformado Stellan—. Veo que funcionan bien, después de todo.

—¿Qué es esa cosa?

—¿Esto? —Stellan se miró a sí mismo, no sin algo de pena. Suspiró—. Esto... esto soy yo, somos todos...

—¡Déjame pasar! ¡Tengo que entrar en el palacio!

Stellan le dedicó una mirada piadosa, con la candidez y distancia de los santos.

—Ay, hijo mío. ¿No le entiendes todavía? Ya estás dentro de él.

—¿De quién?

El consejero miró a su alrededor.

—Del nuevo Emperador.

Y ordenó a sus extremidades que mataran.

El soldado saltó esquivando una andanada de bombas y proyectiles semisólidos de plasma, y enfocó todos los periféricos sobre el cuerpo del Consejero. Desde kilómetros de distancia, finos haces de partículas lo partieron en pedazos, haciendo estallar la tecnología que lo rodeaba en una coreografía veloz de chispas y humo. Stellan sintió dolor, pero su diminuto y deformado cuerpo no cayó.

Evan encajó un momentáneo acceso de miedo cuando la piel y la carne que habían sido en su día Stellan reventaron y liberaron un enorme tetrapecto de una docena de metros de altura, cientos de brazos en forma de cilios temblorosos y casi seis estados probables superpuestos.

Maldiciendo, el soldado se alejó de la zona, extrayendo otra bomba táctica del cinturón, la última que conservaba. Activándola, la arrojó contra la bestia, pero ésta, anticipándose a sus movimientos, la aferró con sus cilios y la volteó por encima de su cabeza, arrojándola al interior de la cercana Flor. En cuanto la bomba penetró en sus campos de estasis temporal, quedó paralizada en el aire, sin detonar.

Evan miró a su enemigo, momentáneamente paralizado, y recibió un letal golpe de una de sus extremidades que lo aplastó en la tierra, clavándolo literalmente al pavimento.

El monstruo se lanzó sobre él, pero a medio salto los periféricos soltaron el resto de su munición sobre su marca. Su contorno comenzó a explotar secuencialmente en una selva de haces postretinianos dejados por la munición de uranio blanco y los proyectiles reactivos. Los haces de luz lo exfoliaron, desintegrando un veinte por ciento de su anatomía, pero logró caer sobre la posición prevista, cambiando su forma a la de un antropoide gigantesco de seis brazos, y machacando sin piedad el terreno donde había enterrado a su contrincante.

Durante unos segundos nada ocurrió; los periféricos, habiendo agotado sus tambores, corrieron sobre las patas acercándose velozmente al campo de batalla. En medio de éste, el tetrapecto que había sido Stellan miró a su alrededor, confundido. No había rastro del otro.

De pronto, el suelo tembló. El monstruo creó dos nuevas patas para sostenerse, y se apartó cuando una explosión abrió la tierra y Evan surgió disparando. Su rifle se vació en una ráfaga concentrada, perforando al monstruo de lado a lado y lanzándolo hacia atrás. Exacerbado por el fragor de la batalla, Evan aulló de emoción cuando su enemigo se desplomó, pero la sonrisa murió en su rostro al ver que los conos de sombra que nacían alrededor de las ruinas del palacio, finos haces negros como la noche, eran inyectados en el corpachón de la bestia, aportándole la sustancia

necesaria para sanar sus heridas.

Evan tiró el rifle y preparó el último nivel defensivo de que disponía, canibalizando energía del campo de fuerza para redirigirla a sus muñecas. Pensó en posibles estrategias para derrotarle, y el árbol de IAs, conectado por LR a su traje, le suministró instantáneamente todos los datos que poseía la Flota sobre los tetrapectos. Evan aprendió.

Lentamente, el monstruo se fue levantando, creando una fluctuante cabeza para poder observar con desprecio al hombrecillo que osaba desafiarle. Cuando se disponía a matar, abriendo sus apéndices oscuros, el rayo del satélite cayó sobre él.

En órbita, el periférico de vigilancia había cambiado su configuración de espía a modo ofensivo; el racimo de ojos electrónicos pivotó sobre su eje y dejó espacio para un proyector de láser Hd. Un único disparo hacia el planeta vació sus baterías y lo dejó inoperativo, pero la explosión logró hacer trastabillar a la bestia.

Sonriendo, Evan se lanzó sobre ella, pero el monstruo se retorció, fusteándole con un aullido furioso. El estampido del golpe creó ecos en las ruinas de la ciudad.

El soldado cruzó a tal velocidad la llanura que se estrelló contra la base de uno de los edificios del perímetro, con la fuerza de un proyectil balístico. La torre vibró y una parte cayó sobre él.

Como pudo, se puso en pie, notando que la sangre manaba de su boca; los compensadores inerciales no habían podido deflectar toda la inercia del golpe, y su cuerpo lo sintió. Se tocó las costillas y notó dolor. Algunas habían sido fracturadas.

No tuvo tiempo de pensar una contraestrategia; el monstruo saltó sobre él con un rugido animal y lo arrastró calle atrás un centenar de metros, chocando contra una deformada atalaya que antaño había sido un rascacielos de lujo rodeado de jardines. Evan y la cosa que lo aplastaba con sus demoledores golpes, tremendamente físicos, penetraron en la desvencijada estructura. El monstruo golpeó una y otra vez a su enemigo, mientras más apéndices de sombra se le iban uniendo, haciéndolo más y más fuerte. El edificio no pudo resistir la energía desplegada por la batalla y se derrumbó, arrastrando consigo varios otros que habían salido despedidos por el aire en la explosión inicial de la ciudad y se habían incrustado en su superestructura.

El monstruo aplastó a Evan sin piedad.

* * *

—¡Lo veo! —gritó Sandra, la vista clavada en su objetivo.

El centro de la estrella Betelgeuse estaba muy próximo, a apenas varios millones de kilómetros, pero los campos psíquicos de la mnémica pura ya empezaban a hacerse visibles. Una extraña sensación que manaba de un punto situado entre su frente y su cerebro comenzó a palpar.

El enclave Hellmann.

—Usan el núcleo de las estrellas para Proyectarse en el tiempo —comentó Sandra, a sabiendas del enorme esfuerzo de Elena por permanecer coherente—. Ya estamos muy cerca. ¡Estamos alcanzando el túnel!

Delante, justo en su trayectoria, se abría el conducto de imágenes que Sandra había visto emplear a los Ids para huir durante la Convulsión. Otros conductos, con diferentes imágenes tapizándolos como ion muestrario de distintas probabilidades de lo que podría haber sido y no fue, corrían paralelos al que ellas se dirigían. Ahora lo sentía, lo notaba en su interior con la fuerza de la emoción más pura: la mnémica estaba presente, la conexión con el Metacampo y la unión de las mentes de todos los organismos vivos de la Creación. Al otro lado del túnel...

Elena se desmayó. Sandra vio sus ojos cerrarse, superpuestos a los suyos, y la llamó por su nombre. Nada podía hacer; la presión había sido demasiado para ella. No sabía si había muerto. Pensó que no, ya que su figura translúcida aún seguía allí, protegiéndola.

Sandra cayó a través del túnel de imágenes, notando que cada vez avanzaba más rápido.

No iban a conseguirlo. Habían logrado llegar hasta allí y morirían a un paso de la victoria.

La presión comenzó a ser demasiado para ella también. Ahora no era un ser humano, sino un rayo de luz, y comenzaba a perder consistencia. Gritó, pensó, lloró, suplicó, pero nada pudo despertar a Elena.

Acordándose de sus padres en ese momento crítico, se dejó arrastrar por los vientos mnémicos del túnel hasta la muerte.

* * *

El soldado no podía moverse. El nivel de energía de los sistemas estaba siendo drenado a pasos agigantados. Con terror, Evan vio cómo el monstruo elevaba los brazos una última vez, fundiéndolos en un único y gigantesco apéndice, preparándose para descargar un golpe letal.

Cerró los ojos.

Y entonces llegaron los periféricos de la armadura, los robots múltipodos, ahora desprovistos de munición, que saltaron sobre la superficie del tetrapecto. Este era suficientemente sólido como para poder atacar, así que los robots encontraron un buen enganche en su cuerpo.

Antes de que la cosa pudiese cambiar de forma para expulsarlos, entraron en fase de autodestrucción y detonaron.

El monstruo aulló de dolor, retorciéndose como una masa gelatinosa. Evan

emergió del agujero con el campo chisporroteando en el infrarrojo, y canalizó un porcentaje de la potencia en sus manos. Extendió los dedos, y unas garras hechas de energía sólida los afilaron y endurecieron como el diamante. Su mente activó los corolarios de control zen en el campo del combate con apoyo mnémico, y dejó que su energía psíquica controlara su cuerpo. Cerca de la Flor, sus poderes volvían a funcionar.

El entrenamiento que convertía en armas mortíferas a los Guerreros Espiritu en el combate cuerpo a cuerpo se basaba en la aplicación directa de la mnémica a las artes marciales, activando un nivel de prescencia permanente, situada a un tercio de segundo en el futuro; eso le permitía al guerrero anticiparse a todos los movimientos de su enemigo, y controlar los suyos propios con la perfección de una máquina de guerra.

Con los filos de las garras cargados de letal energía cinética, Evan se lanzó de cabeza al corazón del monstruo.

Tras unos minutos en que la masa del tetrapecto fue perdiendo densidad, éste se volatilizó, dejando la silueta agotada del soldado resollando en mitad del paisaje de edificios derruidos.

Había vencido.

Evan comprobó el estado de energía de la armadura; sobre su retina apareció un indicador que señalaba un cuarenta y dos por ciento de eficacia. Resopló. Había gastado más de la mitad de la potencia y casi toda la munición, y aún no había logrado penetrar en la Flor. Aquello no iba bien.

Tampoco sentía aún a Sandra. El control de su propio cuerpo, la mnémica encapsulada a las fronteras de su organismo, se había activado momentáneamente durante la batalla, pero eso no significaba nada. Los accesos al Metacampo seguían cerrados. Miró al cielo y vio las estelas de impulsión de la flota sobre Delos.

Aunque Sandra hubiese fracasado, trataría de llegar hasta el final. Notando el dolor de los huesos rotos caminó hasta llegar al palacio, a la Flor.

En la base, junto a una entrada al núcleo del fenómeno, había alguien. Al principio, con el resplandor, Evan no lo vio, pero su presencia se hizo evidente cuando despertó parte de la mnémica latente en su cerebro.

Era un ser humano, con un cuerpo físico pero rodeado por un aura de energía de mnémica pura, negra como el espacio. Esperó tranquilo en la base del fenómeno hasta que Evan escaló hasta allí, y se limitó a contemplarle con curiosidad. El campo de protección del soldado estaba tan castigado que fluctuaba en impulsos erráticos. Sólo sus garras destellaban con la furia de cientos de gigaelectronvolts de potencia.

Jadeando, Evan contempló a su enemigo, el Guardián de la mente de Sandra, y le reconoció. Le había visto por última vez en el Suq, colgando de un precipicio, dando su vida para salvar el holovóder de Delian y la suya propia, dejándose caer al interior

del tetrapecto que devoraba la ciudad y perdiéndose en sus insondables profundidades.

El Guardián había sido una vez el coronel Lucien Armagast.

Capítulo 18

Una pequeña galaxia de tetrapectos se desgajó en unidades simples cuando la Flota se aproximó al planeta. Millones de ellos cayeron sobre la avanzadilla de naves pequeñas para descubrir que éstas no eran tales, sino un enjambre letal de bombas congeladas y aceleradas a velocidades relativistas.

De los conductos R abiertos por las naves de gran tonelaje surgió una lluvia de proyectiles que impactó contra la nube de tetrapectos, arrasando volúmenes de millares de kilómetros cuadrados. En cuanto el apéndice principal fue desgajado, los otros cilios de Sombra reaccionaron con agresiva determinación, expandiendo su volumen a lo largo de un quinto de la órbita de Delos y dividiéndose en una cantidad tan enorme de blancos que las computadoras de batalla tuvieron que calibrarla usando dotación exponencial.

La primera avanzadilla de cruceros, entre los que se encontraba la nave de Nesses, se aproximaron todo lo que pudieron a la primera órbita y, justo antes de ser alcanzados por las descontroladas tormentas de energía negativa, vaciaron sus arsenales.

Sobre los puntos más densos de la Sombra que protegía el planeta lanzaron nodos de antimateria guiados por rémoras virtuales. La materia exótica de los proyectiles, al entrar en contacto con el enemigo, entró en reacción generando pequeños soles, explosiones tan cargadas de energía que combaban la gravedad en diminutos collares alrededor de sus epicentros.

Los enjambres de Sombra se lanzaron a por las naves mayores. Chocaron contra sus escudos de potencia quinientos, modificados para soportar su embestida al menos durante unos vitales segundos, y trataron de perforarlos mientras eran exterminados por cientos de millones. Los haces de partículas, los misiles planetarios y los paneles de descargas Hd los mantuvieron a raya mientras algunas naves atravesaban el perímetro y se acercaban a Delos.

El crucero de Nesses, con las santabárbaras completamente vacías, realizó una maniobra de alejamiento de la órbita del planeta, pasando a muy poca distancia del antiguo Anillo Defensivo Ecuatorial. Éste, antaño la mayor obra de ingeniería del Imperio, un cinturón de metal que rodeaba completamente el Ecuador de Delos en la órbita geoestacionaria y que se conectaba con la superficie mediante dos largos ascensores espaciales, no era más que un montón de chatarra flotante. Los tetrapectos lo habían destruido, taladrando un centenar de heridas a lo largo de su circunferencia y dejando que la gravedad de sus seiscientos millones de toneladas de masa hiciera el resto. La cuerda de metal retorcido se partía en miles de fragmentos que caían sin remisión hacia la atmósfera. Muchos no se desintegrarían en la reentrada.

Luis recibió una alarma de ataque justo cuando pasaban frente al anillo; un cilio,

un vector de Sombra de una longitud igual a la altura de la ionosfera planetaria, se alzó por encima de la atmósfera y les atacó. Su base se perdía en un colchón de nebrura que cubría por completo el trópico superior. El crucero de guerra, demasiado grande y pesado para ejecutar maniobras de evasión, se preparó para resistir la embestida.

Nesses, en el puente de mando, se sujetó a los anclajes de gravedad del foso táctico y activó la alarma de colisión. El aviso llegó un segundo tarde; libre de la presión gravitatoria de Delos, el extremo del apéndice de Sombra aceleró súbitamente y les golpeó en las defensas.

Toda la nave vibró y osciló, perdiendo el rumbo. La proa modificó varios grados su inclinación y volvió a apuntar al moribundo planeta. El puente de mando se convirtió en un caos.

—¡Quiero un informe de daños! —gritó Luis, tratando que toda la tripulación se fijase en él por encima del estruendo y el descontrol—. ¡Y necesito que alguien me diga de dónde ha venido eso!

—Tiene doce mil kilómetros de largo y su base está en el océano, en el cuadrante beta —dijo un ayudante. Luis trató de fijarse en los diagramas de estado.

—¿Podemos alcanzarle con un disparo de hadrones, cortar el tentáculo por alguna parte de su tallo?

—Negativo —el oficial que le informaba se limpió el sudor de la frente—. Se regenera a gran velocidad.

Luis dudó una fracción de segundo y decidió:

—Pues le golpearemos en la base. Preparadas las baterías. Apunten al ADE.

Los ordenadores obedecieron y fijaron el blanco. Nesses corrigió unos grados y dio la orden de disparo. Unas salvas de escasa potencia licuaron parte del cinturón de metal, y la estructura del anillo planetario salió disparada en todas direcciones como un látigo descontrolado.

Varios fragmentos alcanzaron el debilitado escudo del Intrépido, atravesándolo e incrustándose en la coraza de polímeros. La nave escoró soltando varios chorros de gas y fragmentos incandescentes del blindaje.

Sin embargo, el resto del anillo se contrajo y comenzó a reentrar en la atmósfera. El ascensor estelar se desplomó.

Progresivamente, la larga fusta de once mil kilómetros de altura que conformaba la torre se fue cubriendo de fuego. Tardó unos largos diez minutos en completar la caída, tiempo que el Intrépido trató de resistir contra el látigo de Sombra.

Los cálculos para el salto R a las regiones exteriores del sistema estaban casi completados cuando el ascensor estelar golpeó la superficie.

Tal como Nesses había planeado, impactó muy cerca del núcleo sombrío que generaba el cilio. La cinética comprimida de tantos billones de toneladas de plástico

ultradenso cayendo a una velocidad de cientos de metros por segundo partió en dos la masa de tetrapectos y parte del ecuador del planeta. La placa continental del sur se astilló en mil pedazos, liberando energía como para iluminar todo el hemisferio. Una onda de choque barrió la superficie al nivel del mar, lanzando cordilleras por los aires y llevándose por delante la mayor parte de la Sombra. Sin sustrato que lo mantuviera, el cilio que trataba de enroscar al crucero como el apéndice de un insólito calamar se evaporó.

—Abran un conducto hacia el cañón RR-Lyrae —ordenó Nesses, impertérrito. Una quinta parte de los tetrapectos que poblaban el planeta se habían desintegrado, pero el grueso aún estaba intacto.

Y, aunque deseaba hacerlo, no podían lanzar otro ataque semejante sobre la Flor de Luz. Calladamente, deseó con fervor que Kingdrom todavía estuviese vivo.

* * *

Evan y lo que había ocupado el cuerpo del coronel Lucien Armagast dieron unos pasos uno en torno al otro, observándose.

El tiempo parecía haberse detenido. Un destello cubrió el horizonte, testigo de un lejano cataclismo en la otra parte del mundo.

Los dos guerreros se sostuvieron la mirada sin parpadear, avanzando algunos pasos, las manos colgando relajadas junto a la cintura.

Evan se acercó a uno de los pétalos de la Flor y se arriesgó a mirar hacia el interior, buscando su objetivo. La gárgola era apenas visible como una lejana mancha difusa entre fluctuantes cortinas de color. Estaba a pocas decenas de metros, apenas medio segundo de salto EV, pero el soldado sabía que tal distancia era muy grande; el Guardián no le dejaría llegar.

Se arrepintió de haber consumido tantos recursos luchando contra los tetrapectos. Lo más duro de la batalla estaba a punto de desencadenarse. Y aún no tenía ninguna señal de la presencia de Sandra en su cabeza.

El coronel era en sí mismo un fenómeno inusual dentro de aquel entorno de locura. Su núcleo era un ser humano, aún ataviado con el uniforme militar, pero aparecía difuso y translúcido, perdido en un aura muy negra y brillante. Era un elemental de energía casi pura, y su sola presencia, como atestiguaban las marcas de sus huellas en el pavimento, causaba trastornos en la realidad circundante.

Evan consultó mentalmente el estado de la batalla. El árbol de IAs le informó que ya habían perdido casi un sesenta por ciento de las naves. El soldado arrugó la frente, concentrándose en su enemigo.

Vamos, Sandra, cariño. ¿Dónde demonios estás?

El coronel fluctuó unos instantes en un desfase cuántico, y se teleportó dos veces.

Todos los sistemas defensivos de Evan se colocaron en máxima alerta. Algo parecía estar formándose lentamente en el rostro de aquel ente oscuro, una neblina de texturas inversas que se iba concretando en algo parecido a un rostro.

El Guardián se colocó entre Evan y la gárgola.

¿Qué le había hecho la Sombra? ¿Lo había convertido en aquello como una última burla final, una corrupción del soldado perfecto para ejemplificar el alcance de la derrota humana? ¿O tal vez se manifestaba así porque era la manera en que él, Evan Kingdrom, estaba apreciando el combate?

No pudo saberlo. Con un movimiento cegador, y mientras la extraña niebla terminaba de concretarse sobre su rostro, la Bestia atacó.

Los sistemas inconscientes de la armadura previeron el ataque y lanzaron a Evan en un salto EV fuera de la línea de ataque del Guardián. Éste falló su blanco rozando el extenuado campo de fuerza. El soldado recuperó el control de la situación y concentró la energía en los proyectiles cuchillo que sostenía como garras entre sus dedos; cuando el monstruo se le lanzó encima, ejecutó un quiebro parcial y se lanzó hacia él por un costado. Golpeó certeramente, y un débil destello de cinética acompañó sus movimientos cuando tocó a Lucien.

Éste no se dio por aludido. Sus brazos se movían tan rápido que obligaron al árbol de IAs a tomar el control: ellas movieron los servos de la armadura, lanzándole a Evan órdenes subliminales tan rápidas que el soldado sólo descubría que estaba fintando y atacando después de que lo hubiera hecho.

Ambos hombres batallaron moviéndose a velocidad cegadora por el campo de batalla durante largos segundos. Los golpes de Evan no parecían hacer mella en el cuerpo de energía pura de su enemigo, pero los ataques de éste eran devastadores: a cada impacto de sus zarpas de antienergía, el porcentaje de reserva de potencia del traje disminuía en un cinco por ciento. Lucien le obligó a retroceder, a buscar terreno abierto para maniobrar y tratar de ganar algo de ventaja.

Evan vio de reojo la bomba que había tratado de emplear contra Stellan, aún congelada al extremo de la progresión temporal de la Flor. Permanecía inmóvil en el aire, esperando tras las paredes de un segundo eterno y silencioso.

El soldado trató de esquivar los ataques del Guardián, colocándose de forma que su reacción a éstos fuera acercarse a la bomba. Lucien le castigó sin piedad, acelerando secuencialmente y golpeándole desde sus múltiples estados de realidad a la vez. No sólo uno, sino varios pares de manos aparecían superpuestos al mismo impacto, regresando después a sus propios niveles de realidad. Las energías del Metacampo que el ser consumía eran tan grandes que Evan sentía la combustión a través de sus mermadas capacidades telepáticas.

Sus pies rozaron la tierra calcinada. Los sensores del traje actualizaron el horizonte artificial, apuntando dónde estaba el abajo, y trataron de equilibrar su

centro de gravedad. El monstruo le lanzó una estocada con sus extremidades enhiestas como espadas, y una de ellas rozó el suelo; una onda lineal de fuerza de casi cien metros de largo trazó un camino de polvo en la antigua Plaza de los Tiempos. Otros vectores de destrucción la siguieron, hediendo el terreno con la furia de devastadoras embestidas.

Viendo que era imposible escapar, Evan se dejó arrojar hacia atrás, hacia la Flor. Se situó en posición, controlando el entorno por telemetría, y cruzó los brazos preparándose para deflectar la cinética del ataque de Lucien.

Éste no vaciló: viendo a su enemigo permanecer inmóvil durante una fracción de segundo, cargó con toda su fuerza sobre el mellado campo de energía de la armadura.

El efecto fue el que Evan esperaba, arrojándole hacia atrás con tanta fuerza que se incrustó en el suelo junto a la bomba congelada. Pero las consecuencias sobre el propio traje resultaron devastadoras: con una alarma, el campo de fuerza se extinguió. Los polímeros reactivos de la armadura acolchada pidieron permiso para endurecerse, preparándose para soportar daño directo, pero Evan se lo negó con furia; no podía perder movilidad, no ahora.

Como pudo, se desincrustó del suelo, y alargó la mano hacia el extremo de la Flor. A escasos metros, el Guardián aterrizó, preparándose para matar.

Evan rozó con su mano la fluida materia del pétalo, hundiendo los dedos desesperadamente en pos de la bomba. De reojo, vio que el coronel se le acercaba, impertérrito, sin señales de haber sufrido daño por la batalla.

Maldiciendo, estirando su mano hasta que los huesos y los músculos exigieron que parase, Evan logró rozar el detonador. El tiempo al extremo de su brazo fluía a distinta velocidad, y su organismo lo notó. Chillando de dolor, sin saber si su brazo aún seguía allí o no, extrajo el artefacto de la Flor.

Y Lucien saltó hacia él.

Evan alzó el brazo, asiendo con todas sus fuerzas la bomba, y mientras la activaba deshizo los proyectiles cuchillo de sus garras y canalizó toda esa energía, activando el campo de fuerza durante un decisivo y crucial segundo. Miró al monstruo una última vez, a la niebla que aún se formaba sobre su cara, y por un momento creyó distinguir en ella un rostro lejanamente conocido, algo tremendamente familiar que no supo reconocer, pero que le asustó.

La bomba explotó, arrojándole por los aires más de treinta metros hacia la periferia de la plaza. Sin cobertura, notó el aterrizaje. Su clavícula estuvo a punto de fracturarse, pero el traje la escudó. Respiró entrecortadamente unos segundos, recobrando el aliento.

Entonces, algo surgió de entre el humo. Evan alzó la vista, blasfemando en todos los idiomas que conocía.

Lucien se colocó frente a él, mostrando por primera vez sutiles señales de haber

recibido daño, con los contornos de su figura algo fracturados. Pero seguía entero, y aún podía aguantar muchísimo castigo antes de sucumbir.

El agotado soldado no podía decir lo mismo. Constatando su fracaso, cerró los ojos cuando el monstruo alzó su espada para matarle.

Y al segundo siguiente, él ya no estaba allí.

Abrió los ojos creyendo que había muerto y un ángel le llevaba a la otra vida, y así era: una figura translúcida le remolcaba a través de un túnel hecho de imágenes mientras la Bestia, rugiendo de furia, entraba en cambio de fase temporal para perseguirles.

Ahora más menos tres segundos:

—¿Quién eres? —balbuceó el soldado, anonadado. Sobre sus ojos, los del fantasma parecieron guiñar ansiosos—. ¡Elena!

La joven asintió, procurando no mover mucho la cabeza para no dejar la suya fuera. El túnel que cruzaban estaba tapizado de imágenes casi inmediatas a la pelea, que había sostenido con Lucien, algunas del pasado, otras que desconocía. Pero la diferencia con el ahora normal era sólo de segundos, e iba decayendo.

Elena se concentró e hizo visible una enorme y transparente maquinaria a su alrededor. Evan parpadeó. Asombrado, vio cómo las máquinas la abandonaban a ella, comenzando a orbitar sobre su propio cuerpo. Sintió que la caricia de nuevas formas de energía le daban la mano y se disponían a obedecer sus órdenes.

Ahora más menos dos.

—¡Escúchame! —gritó Elena, y Evan la oyó a través del artefacto alienígena—: La máquina hará lo que tú le digas. Trabaja con la fábrica de lo real, igual que el tetrapecto. Enlázala con tus facultades mnémicas y tu cerebro hará el resto.

—¿Qué...? Pero, ¿dónde está Alejandra? —inquirió Evan, atónito. La capitana bajó la vista.

—No está, y ya no volverá. No pudimos encontrar a los Ids. —A su espalda el túnel se cerraba, y la Bestia les perseguía a corta distancia—. Esto es lo único que podemos hacer por ti. Es la hora de luchar.

En ahora más menos un segundo la Sombra estuvo sobre ellos. Evan sintió el aberrante poder de la máquina alienígena fluyendo por sus venas, por los engranajes de su mente, comunicándose con él como lo haría un ser vivo desde el Metacampo, y se asustó, si es que era posible sentir más miedo del que ya tenía.

Arribaron luchando a la progresión temporal estándar. Lucien golpeaba y Evan deflectaba todos sus ataques, escudándose solo con sus manos. El contacto con el monstruo no resultaba dañino.

El fantasma de Elena le abandonó y se arrojó sobre la Bestia, envolviéndola. Esta rugió, cortando el aire tratando de desembarazarse de ella, pero su campo intemporal era demasiado difuso hasta para su nivel de entropía.

Viendo a Elena sobre el monstruo, luchando por contrarrestar sus intentos de huir a través del tiempo, un breve destello de esperanza iluminó su rostro: el plan de Alejandra estaba empezando a tener sentido.

Ahora comenzaría la verdadera lucha.

* * *

Sandra despertó apoyada en una estrella.

No, no era una estrella, sino un punto de luz muy brillante y cálida, pero en absoluto dañina. Ya no tenía a Elena a su alrededor, y en cuanto lo notó se asustó tanto que creyó que, en realidad, ya estaba muerta y se había convertido en un espíritu de aquellos de los que le había hablado su abuelo.

Flotaba en el vacío del espacio. Alguien había ocultado su desnudez con un traje azul holgado, de una sola pieza, acabado en una amplia falda. Lo tocó: era suave y se adaptaba bien a su figura.

A su alrededor no había nada, ninguna campana de fuerza que la protegiese, pero podía respirar, y —se pellizcó—, era física de nuevo, no un ser de energía.

Se oyó inhalar a sí misma en el silencio.

Misteriosamente, la herida de su dedo había cicatrizado a la perfección y ya no le dolía. Era una cicatriz bien formada, de años de antigüedad.

Al volverse para examinar el entorno, casi se desmayó.

A su espalda flotaba un planeta, un pequeño planetode cortado en sección, medio vacío de materia, en cuyo interior alguien había construido una descomunal máquina. Su aspecto, desde la distancia, era el de un ojo dorado de iris metálico cuya pupila albergaba un horno quemador. Lo que ardía en su interior era una cuerda de luz muy delgada e infinitamente larga, cuyo extremo opuesto se perdía en la vastedad del universo. El extremo cercano de la cuerda caía en el interior del ojo y se consumía liberando toda su energía, que era recogida afanosamente por los radios del iris.

Justo tras el planetode, como tapiz de fondo, había una galaxia, la más gigantesca y aberrante que nadie hubiera visto jamás. Llenaba todo el cono visual del cielo en seis direcciones, y no respetaba la clásica forma espiralada ni ninguna otra que la Naturaleza fuese capaz de producir. Parecía un inmenso cúmulo de agregación expandido en una explosión de corpúsculos de luz, de un tamaño global equivalente a un supercúmulo estelar. En su centro, un espacio diminuto —pero visible desde aquella distancia— absorbía todos los flujos de agregación como una suerte de inmenso sumidero cósmico.

Abrumada por la visión, casi incapaz de hacer otra cosa que no fuese latir y respirar, Sandra no reparó en los seres que llegaron caminando hasta ella, paseando por el vacío como si sus pies estuviesen posados en la tierra. Vestían ropas sencillas y

de diseño familiar. El primero de ellos, una mujer de mediana edad muy baja y sin vello corporal, la saludó:

—Hola, Sandra. Me alegra ver que estás despierta.

Su compañero, igual de bajo y de largas orejas puntiagudas, al estilo de los elfos de la mitología clásica terrestre, le tendió una mano de cinco dedos. Sandra la miró, espantada. La mujer sonrió.

—No tienes que preocuparte por nada. Ya estás a salvo —dijo en su idioma.

—E... e... —balbuceó la joven.

—Elena está bien —le informó el varón—. Pero se encuentra en otro lugar. Hemos tenido que operarla para que no perdiera el resto de su persistencia molecular. Ahora descansa.

Sandra elevó un dedo, señalándoles.

—¿Qui... quiénes sois? ¿Dónde estoy?

Los extraterrenos se miraron.

—Aunque no lo creas, somos como tú. Seres humanos.

El varón asintió, cruzando las manos a la espalda.

—En vuestra carrera habéis avanzado mucho. 7*10⁵ años después de tu época, 1014 años tras el estallido inicial que dio origen al Universo. Ella es Nadem, y yo Arys —se presentó.

—¿Seres humanos? ¿Cómo es p.,.? —de repente enmudeció, comprendiendo—. Santo Dios —susurró—. La Quinta Rama. Sois la Quinta Rama evolutiva. La Hélice Diferencial.

La mujer asintió.

—Es correcto. Nos alcanzasteis hace unos dos mil años, pero no logramos detener vuestra frenética carrera hasta ahora. Llevamos todo ese tiempo esperando entrevistarnos contigo, Emperatriz.

Sandra dio un respingo.

—Lo sabéis...

—Estamos aquí, luego lo sabemos. Para nosotros, tu realidad ocurrió en un tiempo increíblemente lejano, muchísimo más de lo que podrías llegar a entender. Tu acto de valentía, arriesgándote a recorrer los desiertos de la vasta Eternidad persiguiendo a lo que tú llamas Ids, es un hecho que será recordado, perpetuándose en la memoria incluso hasta hoy.

La joven se envaró.

—No busco reconocimiento, sino salvar a la especie humana... oh...

—Ya sé lo que piensas —sonrió Arys—. Que si estamos aquí es porque tuviste éxito. En cierto modo es así, y en cierto modo no —dijo, enigmático, volviéndose hacia el planetaide—. Ven, Sandra. Todavía no tienes por qué volver. Acompáñanos un rato por el futuro.

—Pero mi gente...

—Vamos a ayudaros —dijo la mujer—. Hemos revertido a Elena, tu compañera, a un estado físico equilibrado. Cuando volváis, os llevaremos mediante un camino mucho más corto y seguro que el que empleasteis para huir de vuestra época. Con vosotros os llevaréis nuestra aportación a la guerra.

—¿La guerra?

Sandra recordó las palabras que Danya Seerker, la nueva Madre Regidora de la Logia Bizantyna, había pronunciado en la gran asamblea previa al ataque final: Debemos asumir un campo de batalla que se extiende en cuatro dimensiones.

—Llevarás una muestra de nuestra tecnología hasta tu tiempo —dijo Nadem—. Eso bastará.

Sandra sacudió la cabeza. El varón colocó una mano amable sobre la suya; el contacto era frío, sin la palpitable cualidad que distingue a los seres vivos.

—Pareces estar muerto —murmuró Sandra. Arys asintió, llevándosela de la mano a caminar en dirección al planetóide. La mujer también les acompañó, andando a través del vacío. Sus movimientos eran muy lentos y sus reacciones tranquilas y sosegadas.

—¿Muertos? Tal vez. En realidad, comparados a ti, casi lo estamos.

—No entiendo...

—Han pasados muchísimos milenios desde la creación del cosmos —explicó Arys—. Hemos rebasado el punto en que el ciclo de formación de estrellas se ha detenido por completo. Ya no nacen más astros en el Universo, y los que quedan se enfrían y apagan a gran velocidad. El cosmos continúa expandiéndose indefinidamente y, aunque llegará un punto en que esa expansión, aunque siga siendo positiva, comience a fluir hacia atrás, para cuando eso ocurra los últimos agujeros negros se habrán evaporado.

«Ya no quedarán fuentes de energía consumibles que podamos quemar para asegurar la persistencia de la vida, y todos moriremos.

—¿Eso... eso es una cuerda cósmica? —preguntó tímidamente Sandra, haciendo un gesto hacia la inmensa máquina. Nadem asintió.

—Taladramos el fondo de microondas para minar el vacío cuántico y nos alimentamos de la red de supercuerdas. Extraemos la energía necesaria para la supervivencia. Aquello que ves allí —señaló al supercúmulo de estrellas—, es la mayor estructura de materia que la gravedad es capaz de mantener unida en la actualidad. La hemos creado mediante racimos de agujeros negros, tratando de reunir la mayor cantidad de masa posible —suspiró—. Pero a la larga ni siquiera eso bastará: el Universo es demasiado vasto y frío. No podemos construir agujeros negros tan grandes y potentes como para atraer las galaxias más distantes. Todo se aleja de nosotros a la velocidad de la luz. Tarde o temprano, tal vez en sólo 10¹⁸ años,

nuestros descendientes ya no podrán reunir masa suficiente como para garantizar la vida.

Sandra observó que, aparte de la concentración del supercúmulo, ya no se veía ninguna estrella más en el resto del espacio que les rodeaba, sólo el diminuto punto de luz que la acompañaba en su andar, y que sospechó tenía algo que ver con su supervivencia en el vacío. La sensación de soledad, de vacuidad, sin distantes luminarias que simbolizaran nebulosas o cúmulos de galaxias, era tan opresiva que tuvo que apartar la vista.

—Dios mío... —susurró—. Entonces esto es el fin.

—No —dijo el hombre—. Es sólo un paso más en la Evolución planeada del Universo. Todo parte de un gran orden de oxidación y destrucción de las cosas; los seres vivos nacen, se desarrollan, añaden su grano de arena al puzzle cósmico del progreso universal, y se disipan en la nada antes de que consuman más recursos de los que tienen asignados. El universo es infinito, pero la cantidad de materia y conocimientos que puede albergar no. Nosotros hemos aprendido, tras todos estos siglos, a mejorar nuestros cuerpos —se señaló a sí mismo y a su compañera, a las diferencias anatómicas evidentes que a Sandra le parecían aberrantes e incluso ridículas, como las orejas en punta o el doble iris que se dilataba tras sus párpados—. Nos hemos rediseñado a nosotros mismos con investigación y desarrollo ARN para durar más, para que nuestros genes no se oxiden con tanta rapidez. Hemos aprendido a manipular la fábrica de la Realidad, el sustrato cuántico de la materia. Eso es lo que permite que puedas estar ahora paseando y respirando en el vacío... en lo que tú aprecias como vacío.

«El Universo es ahora muy, muy frío. Y seguirá enfriándose aún más en los milenios que vendrán, hasta que la radiación de fondo decaiga hasta casi el nivel mínimo de tolerancia para que exista estado cuántico, 1029 Kelvin según vuestras medidas. Ya no se puede prescindir de más energía para que exista la vida. Y el combustible, como ves, es cada vez más difícil de recuperar.

—¿No podéis marcharos a otro lugar? —sugirió Sandra, preocupada—. Abandonar este universo... ¡este tiempo! Iros lejos, a una esfera donde aún haya posibilidades de supervivencia.

Arys sacudió la cabeza, triste.

—No se puede burlar al destino final de todas las cosas. Por muy inteligentes que seamos, aunque hayamos logrado hacer de la materia nuestra voluntad, no somos inmortales. Al final acabaremos pereciendo.

—Tal vez nuestros descendientes lejanos hayan encontrado alguna solución —apuntó Nadem, haciendo un esfuerzo para hablar tan deprisa como le era posible—. Pero hoy por hoy lo único que queda, lo único que somos capaces de hacer para evitar nuestra extinción, es lo que tienes delante.

A medida que se acercaban al planetoide iban apreciando delgadas columnas de seres humanos asentados como nodos de población en el espacio. Entraban y salían de la máquina con propósitos desconocidos como una nube de electrones vivos sobre un enorme átomo tecnológico.

—Necesito respuestas. ¿Qué es la Sombra? —preguntó Alejandra, tratando de centrarse—. ¿Fui yo quien tuvo la culpa de todo?

—Eso nadie será capaz de decirlo. Nosotros no lo sabemos, y probablemente nadie lo sepa nunca. Sí, tu mente tuvo mucho que ver, pero como persona no tuviste otro remedio. Has sido una víctima más. Te enseñaron a pensar como una máquina y adquiriste sus mismos defectos.

Sandra se frotó las manos, aliviada y aterrorizada a la vez.

—Pero no he cumplido mi misión. Aquí no están los Ids. No he podido abrir de nuevo los accesos al Metacampo. Y si no lo consigo pereceremos, la Humanidad no sabrá salir de la noche eterna.

Arys sonrió.

—¿Crees acaso que esto que ves a tu alrededor tiene algo que ver con el Metacampo?

La joven cayó en la cuenta de que estaba dando por sentado que los prodigios a los que asistía eran una derivación sorprendente de los poderes mnémicos.

—¿Y no es así? —dudó.

Como contestación, Arys hizo un gesto y una invisible maquinaria apareció rodeándole, parpadeando como un espejismo difuso en una extensión de cientos de metros cuadrados. Eran máquinas insólitas que partían de su cuerpo sin tocarle, orbitando a su alrededor y mimetizando sus movimientos.

—Vuestra lucha contra los tetrapectos, la génesis misma del último Emperador, es uno de los hitos en el camino hacia la Eternidad —explicó—. Fue uno de los mayores desastres de la historia humana, pero totalmente necesario desde la perspectiva como catalizador de muchos e importantes cambios. Si la guerra no hubiera tenido lugar, si tus miedos infantiles no hubiesen creado la Sombra al ser expuestos a la máxima expresión de los poderes mnémicos, el sino de la especie humana habría sido muy diferente, y tal vez mucho más miserable; la mnémica consume cantidades espantosas de energía para conseguir manipular la materia.

—Gracias al estudio de los tetrapectos —intervino la mujer— avanzamos mucho en tecnología cuántica. Supimos que se podía reestructurar la fábrica de lo real para que admitiese nuevas interpretaciones. Armonizando energía negativa con la composición de estados superpuestos y una voluntad regidora, lo que tú llamas la Sombra, podemos construir conceptos en un nivel de realidad paralelo. Podemos superponer consecuencias sobre el espacio real, obteniendo...

—¡Masa física! —exclamó Sandra, paseando por el interior de la insustancial

maquinaria, que en realidad no estaba allí.

—Exacto —convino Arys—. Máquinas probables, lanzadas una fracción de segundo hacia el futuro, siempre conectadas con el ahora geométrico pero jamás presentes al cien por cien. Una encarnación de nuestro intelecto que significa nuestro único medio de supervivencia, en tanto que consumen una cantidad de energía despreciable en comparación a lo que podemos hacer con ellas. Son la base de nuestra cultura de ahorro energético. Y jamás las habríamos descubierto de no ser por la Sombra.

Sandra sacudió la cabeza, indignada.

—No, no es posible. Me niego a creer que todos los sacrificios, todas las muertes y las matanzas hayan sido inevitables. O necesarias.

—Nada es absolutamente necesario —puntualizó Nadem, mirándola a los ojos—. Siempre hay caminos alternativos, pero son mucho más difíciles de alcanzar.

En ese momento apareció a su lado una esfera perfecta, el extremo de un puente Einstein-Rosen de casi dos metros de diámetro. A su través pasó Elena.

Cuando la vio, Sandra se arrojó en sus brazos, respirando con alivio. La capitana, vestida con el mismo uniforme de oficial de la Marina que había traído desde el pasado, sonreía con la gloria de su nuevo estado de fisicidad. Era sólida de nuevo.

—Al fin hemos llegado —dijo, mirando a Sandra.

—Sí. Es increíble, pero funcionó.

—Ya es hora de que volváis —terció Arys, separándose de ambas. Parecía un completo alienígena a los ojos de Sandra y Elena y sus hélices genéticas estándar—. Llevaréis una de nuestras máquinas para tratar de inclinar la balanza. Os depositaremos en el momento más cercano a vuestro punto de partida que podamos conseguir.

—Está bien —asintió Elena, pero frunció el ceño cuando Alejandra se separó de ella—. ¿Qué ocurre?

—El soldado Evan —recordó la joven, preocupada—. Está... estaba combatiendo a la Sombra cuando partimos. Depende de nosotras para perseguir al monstruo si cambia de línea temporal.

—No podrás usar la mnémica para ayudarle a saltar —dijo Arys, cruzando los dedos sobre el vientre—. El Id ya ha desaparecido por completo de esta realidad.

Los labios de Sandra se unieron en una línea rosada.

—Entonces el viaje ha sido en vano. Si no encuentro el germen de la Mnémica, no podré contactar con Evan, ni arrastrarle tras el enemigo cuando éste huya. Se quedará absolutamente solo.

Las dos mujeres del pasado remoto se miraron, prolongando el silencio de las conclusiones.

—No. Aún no.

Todos miraron a Elena, que apretaba los puños con fuerza.

—¿Qué quieres decir? —Alejandra se le encaró, leyendo el esfuerzo de una decisión extremadamente difícil en sus ojos.

—No podemos arrastrar al soldado a través de las épocas, persiguiendo a la Aberración, pero tal vez podamos hacerlo al revés.

Arys sonrió, comprendiendo.

—Es factible —dijo—. Podemos ayudar.

—¿Qué estáis diciendo? —protestó Sandra, desconcertada. Entonces comprendió. Tras meditarlo unos segundos, expuso con determinación—: Está bien. Lo haré yo. Es mi responsabilidad.

Elena hincó una rodilla en su plano de apoyo, colocándose a la misma altura que la muchacha, y la asió por los hombros. Sandra se perdió en la intensidad de su mirada.

—No podrás. No tienes la experiencia necesaria. Debo ser yo la que vuelva al estado de energía negativa, como hicimos para venir.

—Pero acabas de recuperarte —protestó Sandra—. ¡Después no podrás regresar a tu estado normal!

—Mi Señora —suplicó la capitana, con lágrimas en los ojos—. Vos no habéis hecho este viaje, sólo lo habéis sentido. Sólo yo podría obligar a la Sombra a mantenerse estática, contrarrestando sus intentos de cambiar de tiempo. Es la única solución, y ambas lo sabemos. No lo hagáis más difícil.

Sandra la contempló largamente, sopesando los hechos. Al final, sus hombros se relajaron.

—Está bien —claudicó—. Regresa tú. Lleva las máquinas a Delos. Puede que sea nuestra única oportunidad de vencer a la Sombra.

—¿Y tú dónde irás?

La joven se giró hacia Arys.

—Al futuro. Necesito seguir adelante, todo lo que sea necesario hasta encontrar a los Ids.

—Eso es muy peligroso —protestó Arys, pero un gesto de la mano derecha de Sandra barrió todas las objeciones.

—Por favor, llevadme allí. Aún tengo una de las trampas de Schrödinger codificada en mi cabeza; eso me ayudará a sobrevivir durante un tiempo. Necesito encontrarlos. Es lo mínimo que puedo hacer por mi gente.

Los alienígenas se miraron con la huella de una profunda preocupación en sus rostros, pero asintieron.

Capítulo 19

El Intrépido emergió del túnel Riemann justo al borde de los intensísimos campos electromagnéticos del púlsar que constituía el corazón del RR-Lyrae. Otros dos cruceros, el Alexander y el Breitling, esperaban su llegada.

Las figuras de sus respectivos capitanes se reunieron en el Puente Único con la de Nesses. La recién ascendida capitana Nedma hablaba con el general Vasui, al mando del grupo de asalto, informando:

—Estamos preparados para la maniobra Gundwich, señor. Pero los demás cruceros aún no han podido unirse al anillo.

El hombre arrugó la frente, visiblemente preocupado.

—Necesitamos esos cruceros. Bienvenido, capitán Nesses.

Luis correspondió al saludo, el pulso latiéndole con fuerza en las sienes. Los demás oficiales tampoco tenían buen aspecto; una profunda tensión agarrotaba sus movimientos.

—¿Podemos comenzar al menos abriendo el conducto nosotros? —preguntó, analizando la conversación y retomándola—. La anchura del puente E-R sería la suficiente...

—Sí, pero no podríamos controlar su trayectoria. Para cuando atravesemos la corona solar ya debe haber otras dos naves en los vértices del túnel para mantenerlo estable.

—Creo que deberíamos arriesgarnos —sugirió Nedma, señalando un grupo de tetrapectos que se dirigía a gran velocidad en ruta de colisión con el púlsar—. Las otras naves se nos pueden reunir sobre la marcha. Hay que sacar el cañón de aquí.

Vasui meditó y accedió, pese a que a su precario plan comenzaban a notársele los pies de barro.

—Muy bien. Preparen el salto. El Breitling ocupará la posición principal en el vértice del cono.

Los dos capitanes asintieron y comunicaron las órdenes. A Luis no le importaba ceder el privilegio de encabezar el ataque: cuando abrieran el conducto R uniendo los túneles de salto de los cuatro cruceros para arrastrar al púlsar, la nave situada en el vértice principal sería la más expuesta al peligro. Y él ya había arriesgado bastante las vidas de su tripulación.

Los destructores se colocaron formando un triángulo perfecto entorno al púlsar, y abrieron progresivamente sus conductos. El vacío del Hipervínculo absorbió los campos de la estrella de neutrones, y cuando las naves saltaron, ésta desapareció también del espacio físico.

Segundos después atravesaron el sol. Vasui dio la orden de que se les unieran otras naves para completar el sexteto de guiado, y aguantaron un tiempo que pareció

infinito luchando contra las tormentas de quarks de la cromosfera, hasta que el Venganza y un bastante dañado Ariadna se les unieron. El capitán de éste informó de múltiples daños en la subestructura de presión.

—No sé si seremos capaces de aguantar hasta el final. La carrera hasta Delos es demasiado larga para nuestros motores.

El general consultó la situación, buscando otras naves que pudieran sustituir a la Ariadna, pero no había ninguna otra que no estuviese sumergida en la batalla. Millones de corpúsculos vibraban como abejas asustadas en el radar de largo alcance.

De repente, surgiendo de entre un amasijo de tetrapectos, apareció un destructor de gran eslora, el Vergil. Era la única nave con potencia suficiente para abrir el túnel que arrastraría el púlsar, y había dejado atrás a sus perseguidores con una eficiente descarga de hadrones concentrados.

Vasui lo vio salir de Delos no sin cierto anhelo. Iba a comunicar con su capitán, cuando algo ocurrió.

De la superficie del planeta surgió un proyectil, un veloz corpúsculo de naturaleza indefinible que atravesó las pantallas de la enorme nave y se incrustó en su interior. Los oficiales contemplaron con ansiedad cómo el navío explotaba desde dentro, perdiendo potencia en sus corazas. Aprovechando el momento, la nube de tetrapectos que lo perseguía lo rodeó, haciéndolo estallar con un resplandor nuclear que lo vaporizó por completo.

El proyectil, sin embargo, apareció a intervalos regulares a y desde el Hipervínculo, penetrando de nuevo en la atmósfera. Vasui ordenó seguirlo y los sensores lo cazaron, estudiándolo.

Lo que revelaron desafiaba la cordura de Nesses: no sabía cómo, pero aquel proyectil eran dos; dos hombres enzarzados en una lucha tan veloz que a las computadoras les costaba seguirla.

Aturdido, reconoció a uno de ellos.

* * *

Evan y el Guardián hicieron evolucionar su modo de luchar muchas veces consecutivas; la máquina insustancial respondía muy bien a sus deseos.

El Guardián se aceleró, golpeando y fintando a velocidad cegadora mientras acumulaba energía en sus puños. Evan dejó que el árbol de IAs guiase sus respuestas, bloqueando y contraatacando, hasta que la estática hizo casi imposible la comunicación LR con el exterior.

Estaban volando a gran velocidad y saltando en breves proyecciones de fracciones de segundo. El fantasma de Elena se esforzaba hasta el límite de su resistencia, generando impulsos contrarios a los del Guardián cada vez que éste

trataba de escalar la cuerda temporal. El dolor en los ojos de la joven capitana era tan evidente que parecía a punto de colapsarse en cualquier momento.

Hubo un momento en que salieron disparados al espacio, y Evan se encontró luchando en el interior de una nave espacial. El Guardián atravesó sus mamparos y maquinaria como si no estuvieran allí, al igual que hacía con las personas. Con sus recursos mnémicos de anticipación de combate al máximo y la ayuda del árbol de IAs, Evan no podía pensar en nada más que no fuese deflectar y atacar, deflectar y atacar, tintar y esquivar, toda su mente puesta en la lucha. Vio explotar cosas en nubes de sangre y vísceras, y supo que eran personas a las que tanto el Guardián como él mismo atravesaban como obstáculos de aire. El propio Evan agarró varios de estos cuerpos frágiles y lentos y los usó para cubrirse, viéndolos reventar sin que su mente tuviera tiempo de sentir remordimientos. Usó sin pensar todo lo que había a su alrededor, gente, piezas de maquinaria, depósitos de munición, lanzaderas de asalto, motores Riemann...

Abandonaron el navío y lo vio explotar. Rebasaron la nube nuclear y una tormenta de escombros que el soldado lanzó contra su enemigo gastando una cantidad increíble de energía cinética. La máquina alienígena se anticipaba a todos sus movimientos y extraía el combustible de algún lugar inconcreto para hacer posibles tales hazañas. Evan se preguntó si estaría conectada con el interior de alguna estrella, tal vez del propio Lucifer, pero si era así no había por qué preocuparse; el sol ni lo notaría.

Dos proyecciones más y estuvieron de nuevo sobre el planeta. Lucien (lo que había sido Lucien) logró encajarle un golpe brutal, y Evan salió disparado hacia atrás a varias veces la velocidad del sonido. Algo frenó su caída, un edificio que atravesó de arriba hacia abajo partiéndolo en dos con la fuerza de un meteoro.

Lucien no esperó; saltó a su espalda y le recibió con una contraproyección letal dirigida a su corazón. Evan reaccionó casi instintivamente, girando sobre su eje en 3D y esquivando el golpe por nanosegundos. Eso lo colocó en una posición ventajosa durante milésimas.

Evan lanzó su pierna hacia atrás y por primera vez encontró una fisura en la defensa de su enemigo. Nada más intuirlo, el dato pasó al árbol de IAs, éstas lo tramitaron en nanosegundos y lo devolvieron a la máquina, la cual concentró la energía total acumulada hasta ese momento en su pierna. Todo el proceso fue tan rápido que acabó casi antes de haber empezado, y cuando Evan golpeó, el Guardián recibió la cinética concentrada del impacto de cien meteoros.

Una parte de su cuerpo explotó, pero no pareció notarlo. Inmediatamente se recuperó y machacó a Evan contra otra torre de cincuenta pisos, cortándola longitudinalmente de la punta superior a los cimientos. Atravesaron juntos un torbellino de cascotes y muros de piedra hasta clavarse con tal fuerza en la plataforma

base que el edificio cayó fraccionado en segmentos.

Evan notó que volvía a sangrar; el blindaje no había deflectado todo el golpe. La fracción que atravesó la coraza podía haberle matado. Si estaba vivo era un milagro.

No podía prolongar mucho aquello; tenía que acabar como fuera el combate, y ya. El próximo golpe podría muy bien ser el último.

* * *

—¿Ese es nuestro hombre? —se maravilló Luis, observando a los luchadores—. Es increíble. Focaliza millones de GeVs por segundo. Los movimientos son tan rápidos que nuestras computadoras sólo pueden analizarlos estudiando la grabación a posteriori. Esto no lo hemos hecho nosotros.

—No hay tiempo para preocuparse de eso —barruntó Vasui, igual de confundido—. Vamos a abrir el conducto R hasta el planeta. Que todas las naves se preparen.

Los cruceros se colocaron formando un triángulo y entraron conjuntamente en fase. Una portentosa llamarada solar surgió de las capas inferiores de la fotosfera, miles de kilómetros por debajo, y penetró en el túnel. Las naves la dirigieron hacia Delos en una carrera de casi un UA, rotando para intentar crear una presión local de gravedad dentro del túnel que domara la furia salvaje de la llamarada. A medida que se iban acercando al planeta, otras naves de gran tamaño se les fueron uniendo, acelerando progresivamente para encabezar junto a ellos la enorme bola de fuego.

Pronto, el anillo de cabeza lo formaban siete navíos de diferentes clases, no todos militares; las naves insignia de las flotillas independientes que aún quedaban enteras abandonaron sus planes de ataque y se sumaron al grupo que guiaba la lanza solar.

Luis se humedeció los labios. Con siete naves era posible que logran mantener el cono estable hasta su impacto final contra el planeta.

De repente los vio. Un gran enjambre de tetrapectos remontaron el cono de plasma y, sacrificándose por miles, abrieron una fisura en su caudal y se colocaron detrás del anillo de cabeza.

Les estaban persiguiendo.

Las naves no podían hacer nada salvo huir de ellos. Todo su potencial ofensivo no bastaba para frenar la embestida de las sombras. Lo soltaron todo, incluyendo sondas remotas y balizas de guiado, lanzaderas de descenso y secciones separables de los propios cruceros, todo lo que constituyese un proyectil que pudiese ser lanzado en dirección contraria al movimiento de las naves. Luis vio cómo los tetrapectos se reorganizaban y, formando un puntiagudo tornado, atravesaron el eje de rotación del caudal de plasma y se lanzaron sobre la fragata principal.

No pudo hacer nada para proteger la popa del Breitling. Los tetrapectos la alcanzaron a cuarenta segundos tras el comienzo de la maniobra, y se enroscaron en

torno a los impulsores. El enorme navío se tambaleó y, durante una fracción de segundo, sus aristas rozaron el extremo del cono de plasma incandescente, dejando una larga estela como si cortase las aguas de un océano furibundo.

Luis dio la orden a todas las naves de girar longitudinalmente al anillo de guiado, alejándose de esa manera del crucero comandante. Su masa y velocidad eran demasiado potentes para contrarrestarlas.

No pudieron más que apartarse mientras la nave de Vasui se desmenuzaba, girando en círculos descontrolados. Pronto estuvo rodeada de una cortina de plasma que penetró por las fracturas, incendió todas las cubiertas una a una y fundió su andamiaje de polímeros. El general chilló en su foso táctico al ser consumido por las llamas.

Nedma apartó la vista.

Luis contempló cómo la enorme masa de metal al rojo blanco de un kilómetro de longitud que había sido la nave almirante se convertía en una columna giratoria de fuego y partículas derretidas que se deshacía por momentos. Atraída por el desfase en la forma del túnel Riemann, la pared del cono se combó hacia el interior por el vértice, amenazando a las otras naves.

—¡Pivotemos hasta ocupar su lugar! —ordenó, clavándose las uñas de la fuerza con que apretaba sus puños—. ¡Campos de contención orientados en fase espejo!

El Intrépido se desplazó sobre el eje del anillo de guiado, superponiéndose al lugar que ocupaba la masa en llamas de la nave destruida. Sus cañones la partieron en pedazos, que volaron en todas direcciones estrellándose contra sus corazas y el río de plasma. Luis se encontró a sí mismo rezando mientras veía gigantescos fragmentos del crucero impactar sobre su propio navío. Por un momento pensó en abortar la maniobra y poner a salvo las naves, pero se detuvo.

Delante, la circunferencia de Delos apareció clara, superpuesta a la Sombra como un diamante corrupto y lleno de desperfectos.

Al unísono, los cruceros entraron en la fase de deceleración final.

* * *

El duelo entre Evan y el Guardián se prolongó durante interminables minutos, eones enteros de destrucción que arrasaron la ciudad de Delos DC hasta los cimientos y desequilibraron el precario equilibrio de su cuenca geológica, suficientemente castigado ya por las bombas. Los luchadores se sumergieron en el magma, y los historiadores del conflicto darían fe de cómo, en aquellos cruciales momentos, los sensores de las naves estelares que vigilaban continuamente la Flor notaron cómo enormes terremotos sacudían la tierra, y fisuras del tamaño de extensos rifts se tragaban lo que en su día había sido la capital del espacio conocido.

Los duelistas surgieron de las profundidades y volvieron a desaparecer bajo ellas, ocultos en ríos de lava hirviente, desmenuzando montañas con sus manos y usando la energía de la tierra moribunda para arrancar un pedazo de la impenetrable defensa del enemigo. Fragmentaron la cuenca sobre la que se había edificado la ciudad y emplearon las cenizas para tratar de cegarse mutuamente. Las ondas expansivas de lejanos desastres los sacudieron pero no lograron desestabilizarles. Lanzaron edificios al aire y los vieron caer, cruzaron embates y bloqueos y sus acometidas dejaron profundas cicatrices en el manto, mientras esquivaban colonias de Sombra y bosques de hongos atómicos.

Entonces ambos desaparecieron bajo un océano de magma, y sobre la tierra cayó un silencio aterrador.

La Flor de Luz, única isla de integridad que se alzaba de entre la hecatombe rodeada por meandros de piedra en combustión, se estremeció.

Y al cabo de un tiempo indeterminado, uno de los dos surgió del fuego.

* * *

Evan escaló penosamente la costa de la pequeña isla de hormigón y avanzó cojeando unos metros hacia la Flor. Su prístino resplandor alargó la sombra del soldado como un trazo de carbón sobre un lienzo de marfil.

La máquina que le protegía yacía a su alrededor como el negativo de una fotografía, apagada, sin energía. Poco a poco se iba disolviendo en las nieblas imposibles del lugar que la albergaba. Le había protegido todo lo posible, pero no había sido suficiente: Evan estaba destrozado, sus huesos bailaban en el interior de una piel sangrante y abierta.

Pero el soldado se obligó a caminar. Recordó ver morir a Elena, a su fantasma cuántico sobrepasar el límite de tolerancia cuando el Guardián trató de saltar en mitad del fragor de la batalla. Se había quedado inerme, resplandeciendo alrededor de la figura de energía oscura. Aún así, su sacrificio no había sido en vano.

A trompicones, llegó hasta el corazón de la Flor. No pudo por más que admirar su belleza, su obscena fragilidad. Se aproximó al centro y vio a la Gárgola. Aún estaba en la misma posición que él la recordaba, con las alas abiertas y su demoníaco rostro mirando al cielo. Como la vio en el sepulcro, meses atrás.

Debería haber sido extinguida, pero un milagro de la mnémica la mantenía presa en una dicotomía cuántica. Existía pero no existía, era así de simple.

Evan la miró fijamente, con sus ojos sin pupilas y sin alma, y la obligó a elegir.

Y la Gárgola eligió permanecer.

El soldado alzó las cejas, sorprendido, sin saber qué pensar ni qué hacer. Iba a atacar físicamente a la aberración cuando el Guardián, de nuevo completamente

restaurado, surgió del río de lava y le golpeó desde atrás.

Sintió crujir su columna vertebral. El campo de fuerza empleó toda su potencia restante en protegerle y se extinguió, al tiempo que la máquina alienígena se evaporaba. El soldado cayó al suelo.

El Guardián se inclinó sobre él, y a través del velo inerte de la piel de Elena, Evan pudo ver cómo la extraña niebla que cubría sus facciones se concretaba en un rostro que él conocía muy bien.

El rostro de Ka.

* * *

El panorama de los campos Elíseos no destilaba la paz y belleza de costumbre, no para una mujer que los había conocido desde niña y había saboreado en ellos los placeres más exquisitos. Beatriz de León los contemplaba desde la balconada de su torre de picos afilados, y sólo veía una turba de gente asustada y colérica, sedienta de sangre, que venía para buscarla.

Claro, pensó; todo es muy coherente. El pueblo siempre castiga a los que le hacen sufrir. Tenían miedo, miedo de toda aquella magia incomprensible que hasta entonces habían tolerado porque facilitaba sus vidas. Pero cuando la magia se volvía en su contra, cuando de los cabalísticos hechizos de la mente surgían monstruos que devoraban los planetas y destrozaban los sueños, el pueblo necesitaba sangre.

Los contempló en silencio durante largos minutos. Las defensas aguantarían todo lo que hiciera falta. Podía calcinarlos a todos con un simple gesto, pero no quería. Ellos eran su gente, sus conciudadanos, de donde habían partido los aplausos que recibió al nacer y en sus sucesivos cumpleaños. Los que habían sentido la marcha de su padre y habían llenado el patio de flores cuando murió su madre.

Conteniendo una lágrima, abandonó el palco y se retiró a sus aposentos. Allí convocó a las IAs.

Aparecieron ciento nueve, las más grandes, las que repartidas por toda la Ultralínea controlaban la dimensión informática del Imperio. Los seres la saludaron.

—Esta es la última orden que os voy a dar en mi vida —comenzó Beatriz, vocalizando para que todas la entendiesen—. ¿Qué potencia tenéis ocupada en este instante?

Una pirámide isósceles de dimensiones perfectas hasta el trigésimo decimal se adelantó.

—*Ocupamos un cuarenta por ciento de nuestra capacidad en la LR, más un doce por ciento en tareas administrativas referentes a la Flota, más un uno por ciento reservado íntegramente a la lucha que el soldado Evan Kingdrom sostiene en estos momentos en Delos.*

—Bien —asintió la Arconte, satisfecha—. Bastará. Eso deja libre un cuarenta y siete por ciento de vuestra capacidad, más que suficiente.

«Escuchadme bien, porque esta es la orden más importante que se os ha dado jamás. Deseo que pongáis a trabajar todos vuestros recursos sobrantes en una copia ROM de todo el Imperio.

—*¿Del Imperio?*

Beatriz asintió.

—Y no sólo de él. De todo, absolutamente todo lo que tenga que ver con la Humanidad. La totalidad del conocimiento almacenado en todos los mundos y sobre todas las épocas: los archivos, los libros, los comentarios de la Línea Rápida, los registros administrativos, los programas educativos, los documentos audiovisuales, el esquema genético, la Historia Universal, ésta conversación, vuestro propio código fuente... Todo. Quiero que hagáis una copia de la civilización humana, la comprimáis en un disparo LR, y la lancéis al espacio.

—*¿En qué dirección?*

La ex Arconte se encogió de hombros.

—No importa. Lo importante es que se almacene en alguna parte. Que haya un registro de seguridad que atestigüe que estuvimos aquí, si la Sombra se extiende y perecemos.

Las IAs calcularon.

—*El proceso ocupará un volumen total de quinientos treinta y dos mil millones de petabytes de información, y se realizará en siete coma nueve horas estándar. El disparo LR absorberá para sí toda la potencia de los repetidores estelares durante once minutos.*

—No importa. Hacedlo —concluyó Beatriz, y regresó a la balconada.

En cuanto la vieron asomarse, la turba gritó y la vilipendió y exigió su cabeza. Beatriz, apretando con fuerza los párpados, procuró no escuchar sus insultos y sustituirlos por las agradables ovaciones que con tanto cariño recordaba de su niñez.

Luego dio la orden de abrir las puertas.

Capítulo 20

Sandra jamás pensó en lo imperiosa que resultaría aquella vastedad, la incomprensible dilatación de los desiertos de la vasta Eternidad, como los había llamado Arys.

Cayó hacia delante durante millones de años, de siglos, de eras sin fin. Envejeció en el proceso, su pelo se volvió largo y ensortijado, sus ropas pequeñas e inútiles. Cuando ya no le sirvieron, se las quitó y las abandonó en algún lugar en medio de la Nada, a eones de cualquier sitio, a siglos luz de cualquier momento. En la absoluta soledad de ser lo único que poseía significado.

1060 años en el futuro.

Envejecer. Morir.

Cayó y sus ojos se acostumbraron a la eterna oscuridad. Su piel notó el frío del fin del Universo, cuando la materia ya se había dilatado tanto que formaba parte indivisible del vacío, como en los tiempos de la primera Explosión, aquellas lejanas fracciones de segundo en que el tiempo y el espacio eran una misma cosa.

Tiritó, y su vaho formó una estela de millones de años luz, trazando un vector al infinito. Su forma de apreciar la realidad cambió de escala, retardando los pensamientos para evitar el consumo de energía. El cosmos se vaciaba a su alrededor, lenta, inexorablemente.

Sentir.

1065.

Renacer. Vivir. Amar. Sufrir.

Cayó, y notó cómo las imposibles máquinas que la mantenían con vida, ocultas tras su blindaje de media unidad temporal, rechinaban y chasqueaban sus engranajes, esforzándose en mantenerse coherentes tras el decisivo instante en que el efecto túnel cuántico licuó toda la materia del cosmos. Ese instante llegó sin avisar, sin prisa alguna, y tan sólo las máquinas lo notaron. Sandra pasó a su través con la ignorancia divina de los inocentes.

1070. 1090.

Una nueva clase de materia fue creada bajo las nuevas condiciones. Los himnos salvajes de una tribu de indígenas la saludaron y acompañaron durante el escaso lapso de una era. 1098. Pudo escuchar los cantos de sirena del Pasado Distante que la llamaban, notas de arpas escondidas en templos lejanos. Su propia voz dotando de sentido a la música de las esferas.

Un nuevo tipo de materia le dio la bienvenida. Era un ente semiconsciente de sí mismo forjado en la aberrante alquimia de la materia oscura, el océano de agujeros negros que cubría toda la superficie del Universo, engullendo lo que quedaba de la masa positiva y exudando radiación en un frenético baile al filo de su horizonte

eventual.

XY. Eternidad.

* * *

La trampa de Schrödinger se activó seis años subjetivos después del comienzo de su viaje, encerrándola en un paisaje iluminado por una envolvente luz azul.

Desnudo, tiritando al viento de la noche, el Ser Humano cayó sobre un colchón de arena.

Había gravedad. Sus dedos se enterraron unos centímetros, saboreando con infinito placer el tacto del estado sólido. Así permaneció, minutos u horas, esperando hasta que se obligó a abrir los ojos.

Estaba en una playa. Un largo atolón de arena dorada bajo un cielo lleno de lejanas luminarias. A ojos vista, algunas desaparecieron tras la barrera de un amplísimo océano negro como la noche, y reaparecieron otras por el extremo opuesto, evolucionando en un ciclo sin fin.

El Ser Humano se puso en pie. Sus cabellos cobrizos caían desordenados sobre sus bellos ojos azules. Era hembra, joven y extremadamente hermosa. Como tenía la boca reseca, se acercó al mar y bebió. El agua la confortó con su frescura y masajéó sus labios cuarteados. También tenía hambre, pero aparte de la arena y los corpúsculos, no había nada más.

Aburrida, al cabo de un tiempo se sentó justo en el límite del rompiente de las olas. Estas lamían la arena como ondas en un espejo, apaciguadas y provocando sonidos aletargadores, serenos, casi sin fuerza para arrastrar los granos de sal de vuelta a su origen en el mar. Sandra (se acordó que una vez ella se había llamado así) las contempló ir y venir, dibujando primero un arco, luego una elipse.

Uno de los corpúsculos azules bajó del cielo. Tenía el tamaño de un puño, y mirarlo no cegaba, sino que era placentero para los sentidos. Permaneció flotando frente a ella, observándola con curiosidad. La joven sonrió.

—Hola —saludó. Su voz era la de una mujer adulta, y arrastraba ecos en el viento.

Hola —correspondió la estrella.

—¿Quién eres? ¿Eres un Id?

Sí.

Alejandra asintió, satisfecha, y pensó en lo que iba a decir a continuación. Ya no tenía prisa por nada. En realidad, no podía existir premura en aquel lugar al final del tiempo.

—¿Por qué brillas con ese tono aterciopelado?

Es la aproximación índigo de la vida —dijo el Id, con voz absolutamente

andrógina y relajada—. *Todas las cosas terminan cayendo hacia el azul.*

—Es muy hermoso...

Sandra alargó la mano y acarició la luz. Le hizo cosquillas.

—¿Por qué habéis huido tan lejos? ¿Por qué nos abandonasteis? —preguntó, frunciendo el ceño. Una lejana sensación de malestar, de haber dejado un trabajo sin concluir, reclamó un lugar en su alma.

Temíamos ser destruidos, cuando estábamos tan cerca de la respuesta.

—¿Qué respuesta? ¿Qué sois, en realidad?

Somos lo único que queda.

Sandra meditó. Recordaba a Arys, y a la mujer de la Quinta Rama, allá en el pasado distante y milenario. Todos aquellos seres que ya llevarían eones en la tumba, y su inconclusa lucha por la supervivencia eterna.

Paseó un dedo por la arena húmeda.

—Aquellas personas... y su afán por obtener la energía. Y otra lucha... mucho más lejana e insondable... —arrugó la frente, tratando de rescatar aquellas imágenes difusas—. Yo era reina. ¡Sí, y tenía un reino! Debió ser maravilloso, pero ya casi no lo recuerdo.

Viniste a buscarnos. Te llamabas Alejandra, y pretendías recuperar algo que perdiste; nos ibas a pedir que te devolviéramos a tu abuelo. Nada más te importó nunca.

Sandra abrió mucho los ojos, saboreando aquellos extraños pensamientos. Sí, había tenido un familiar... Había muerto, o algo así, y luego le volvió a ver en el transcurso de una ceremonia llamada Convolución (qué nombre tan absurdo, por favor). Y vio a los Ids, aquellos graciosos seres sin sustancia, todo mente y misterio, huyendo a través de un túnel hacia el futuro distante.

—¿Ha sido ese túnel el que yo he empleado para llegar hasta aquí?

Sí.

—Mi abuelo... Lo recuerdo. Yo les mentí. Les convencí a todos de que haría esto por ellos... ¿Él está aquí?

No. Lo que ha muerto ha encontrado el punto irreversible en que ya no es útil a la Evolución. Tan sólo sus actos permanecen. No hay vida más allá de la muerte.

—Oh —se quejó ella, desilusionada—. Es una lástima. Me hubiera gustado hacer tantas cosas, entonces...

Tú no has acabado tu ciclo. Estás aquí, con nosotros.

Sandra pensó unos segundos, y dictaminó:

—Creo que he venido buscando respuestas, entonces.

Hablemos pues.

La chica aspiró el aroma a salitre de la playa.

—¿No tenéis otra forma más que ésta? ¿Por qué sois puro pensamiento?

Hace eones la materia dejó de tener sentido en el Universo. Ya nada existía, salvo los agujeros negros galácticos que consumían todo el combustible de la Creación. Todo se volvió muy frío, un entorno seco y muerto, imposible para albergar la Vida.

—Y buscasteis una solución...

Dejamos nuestros cuerpos atrás. La mente puede sobrevivir consumiendo una mínima cantidad de energía, muchísima menos que algo formado por materia. Se optimizan los recursos gastados y se alarga indefinidamente la existencia.

—Pero de cualquier manera todo alcanza la entropía —murmuró Sandra, abrazándose las rodillas. Su cerebro volvía a funcionar—: Sin un lugar en el que vivir, la Vida no puede continuar por sí misma. ¿Es este el extremo de lo vivo, el fin de la inteligencia?

Buscamos resolver ese problema. Cada uno de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, se han rebajado a un nivel de consumo energético tan escaso que tardan centurias en llevarse a cabo, pero a la larga ni siquiera eso bastará. No podemos recolectar bits de información eternamente, porque su mismo almacenamiento ocupa recursos. El nivel de pensamiento cero es la clave para mantener nuestro equilibrio térmico con el ambiente, pero eso significa no existir, sino subsistir. Sin pensamiento no hay acción. Sin acción no hay vida.

—... Y en esa respuesta que buscáis está la clave para la supervivencia —aventuró.

Si existe tal clave, encontrarla es una simple cuestión de tiempo. Tiempo que nadie tiene. Hace trillones de años éramos como tú, seres con un cuerpo y una mente. Nos vimos abocados a la destrucción cuando el cosmos se enfrió tanto que ya no pudo albergar ninguna clase de vida. Pero no nos dimos por vencidos. Ideamos un plan para que pudiésemos perdurar, para independizarnos de todos los factores externos. Movimiento y expansión infinitos en un entorno infinito, pero dentro de un tiempo limitado. El universo es vasto, pero tiene fecha de caducidad.

—Vuestros antepasados, los hombres y mujeres de la Quinta Rama, creían que no había solución para el desgaste y la falta de combustible. Que el cosmos se expandiría tanto que sería imposible recolectar materia —recapituló Sandra, intentando recordar todos los detalles de una vida pasada y borrosa.

El Id se acercó unos centímetros hacia su rostro, aureolado por una longitud excesivamente corta de la luz.

Aún recolectando todo el tiempo y la materia del cosmos, el número de bits de información al que podríamos tener acceso es limitado. Aunque ese sea nuestro objetivo, no podemos disponer de un número inacabable de pensamientos, no podemos atesorar tantos conocimientos como para pretender encontrar la solución final.

—¡Y por eso volvisteis! —exclamó la joven. Las olas del mar bañaban sus pies en oscilaciones cadenciosas—. Sabíais que era posible viajar en el tiempo. Nosotros lo hicimos, eones antes de vuestra era. Usasteis el mismo principio para huir del final del universo hacia atrás, hacia momentos de la historia del cosmos que... Dios mío.

Exacto. Retrocedimos buscando un tiempo y un lugar más propicios. Pero como formas de puro pensamiento sólo podemos subsistir en condiciones como las que imperan aquí, en el lugar y momento en que nos encontramos ahora. O bajo la protección que dan los cuerpos físicos pero de potencial mnémico ilimitado.

—¿Y por qué no cambiasteis de rumbo cuando las cosas empezaron a ir mal? ¿Por qué no os alojasteis en un momento del desarrollo del universo más avanzado, más benigno para vosotros?

No pudimos. No podíamos cambiar nuestra decisión, ya que eso significaría borrar o modificar información, y según las leyes de la termodinámica un proceso irreversible debe disipar energía.

—Oh... —Sandra se sumió en sus pensamientos.

Una vez llegamos a tu época establecimos con vosotros un vínculo simbiótico: utilizaríamos vuestro casi ilimitado potencial cerebral para instalar nuestra red de pensamiento probabilístico. Vuestro esfuerzo por consumir energía mnémica y aplicarla al entorno constituía el proceso de combustión y oxidación de las energías del Metacampo que nosotros usábamos como recurso principal.

Sandra recordó las explicaciones que Fausto Kopelsky le había dado sobre los principios teóricos que regían el pensamiento de su curia, la más científica en sus planteamientos y cercana a la verdad de las tres Logias:

Así, y siempre desde un punto de vista matemático, la aparición de los entes mnémicos conocidos como «Ids» en un determinado momento hacía necesario que hubiesen existido siempre, debido a que representaban la diferencia tangible entre lo que era la mente humana por sí misma, y aquello más avanzado en lo que se había convertido después de la comunión mnémica (y que funcionaba a partir de los cambios que esa estructura había desarrollado en el pasado).

La explicación racional de fenómenos como la Proyección podía compararse a las curvas de cronotorsión de la Línea Rápida, usando sofisticadas funciones de conversión materia / energía, en lugar de los simples muestreos de información cuántica empleados en telecomunicaciones. Pero esto sólo era posible si la energía manipulada disponía de un espacio temporal amplio, casi infinito, para trabar sus curvas de retroalimentación holgadamente y rematar la función mc^2 . Y, para que esto sucediese, las estructuras de mente avanzada ya deberían de haber existido —y funcionado— tiempo atrás, mucho antes de la Primera Convulsión. Las observaciones no podían separar los resultados propuestos por el portador de los cotejados por el ente telepático, como si, en realidad, éste nunca hubiera existido

como tal hasta que encontró y se fundió con su anfitrión.

—De esa manera obtuvisteis el espacio que necesitabais para desarrollaros. Cada uno de vosotros, en nuestras mentes... —Sandra dejó que su vista vagara—. Y os comunicabais mediante la red de pensamientos que se creaba cada vez que había muchos portadores cercanos, lo que llamaban la Ciudad Pascalina.

Esta es una hipótesis que nos intriga particularmente, había dicho Fausto; ¿Podrían haber existido los Ids antes de su inesperado encuentro con los seres humanos?

0, si pulsamos hasta el extremo el vector de probabilidades espacio temporales, hasta su más frío sustrato lógico... ¿Habrían existido de verdad los seres humanos antes de que entrasen en escena los Ids?

El ser de luz se elevó un centímetro.

No necesitábamos comunicarnos entre nosotros. Los humanos hablaban mediante el Metacampo, pero eso únicamente era otra manera de emplear los recursos. Nosotros nos manteníamos al margen, ayudándoos a veces si hacíais las preguntas adecuadas. Un contacto más elaborado hubiera costado muchos recursos.

—¡Pero eso es contraproducente! —protestó la joven—. Si lo que buscáis es la máxima permutación en la búsqueda de opciones, recorrer la mayor cantidad de ramas de los árboles de probabilidad del conocimiento, tendríais que compartir datos. Poneros de acuerdo en qué vías ya han sido exploradas, cuáles no repetir...

Tu error se basa en un conocimiento parcial de la situación. Es cierto que habitábamos en vuestras mentes sólo para explorar bits de información, pero si hubiéramos tenido que compartir los resultados, el esfuerzo para poner en orden el flujo interminable de datos hubiese sido mucho mayor que la energía empleada en obtenerlos.

—Estabais todos —murmuró Sandra, comprendiendo—. No había un solo Id en cada cerebro humano, sino todos. Los descendientes de la especie humana al completo, clonada de forma aleatoria en cada manifestación.

El Id le comunicó su asentimiento variando su resplandor índigo.

Es correcto. No exploramos los grafos universales siguiendo un plan. Cada rama aleatoria de nuestra / vuestra especie, que tomada en conjunto forma eso que vosotros llamáis «Id», avanza por un grafo de bits diferente, corriendo impulsivamente hacia delante, probando todas las opciones, buscando la respuesta última. La forma de sobrevivir.

Sandra sintió su corazón latir desbocado. Recordó:

Había un dato cartesiano que era real y tangible, imposible de negar: existían «planos», gente no portadora que jamás había podido alinearse con el Metacampo. Gente que, aunque no era totalmente ajena a éste, no podían servir de anfitriones para los organismos enlace.

Por lo tanto, tendría que existir un nivel residual de funcionamiento en el Universo. Un metafísico margen de error donde pudieran seguir coexistiendo dos estructuras de la realidad alternativas y no complementarias: En una, el tiempo era un telón rígido como una progresión aritmética, constante e indeleble. En la otra, no existía un avance, una progresión definida hacia ninguna parte. En él, el tiempo, todo el tiempo del Universo, transcurría en un solo instante interactivo, retorcido sobre su eje como un espejo convexo lleno de espejismos de sí mismo, pero con un orden superior de dependencias algebraicas que aseguraba que pudiesen computarse unos segundos después de otros en un reloj. La mente humana era el ejemplo más claro de continuidad no inercial que ejemplificaba el andamiaje por el que se regía todo el sistema, expandiéndose momento a momento en varias dimensiones a golpe de lógica interna.

La cuestión era: ¿cómo podía un constructo, un cosmos instantáneo, expandirse en una dirección determinada si no había un punto de referencia externo sobre el que validase todos sus cálculos?

—Ese es el secreto —dijo Sandra, muy concentrada—. La niebla de fondo. La Espesura.

Nosotros sólo podíamos escapar a las cadenas euclidianas del cosmos, expandirnos en cualquier dirección con entera libertad, usando vuestras mentes como punto de referencia para validar los cálculos. Refugiándonos en la espesura matemática.

La joven se puso en pie, adentrándose unos pasos en el agua. Todo el cielo que podía ver a su alrededor estaba cuajado de la variante índigo de los Ids.

—Eso es —meditó para sí—. En la Espesura se calculan estos otros universos. Es el espacio de subconsciencia virtual que permite que existan las Inteligencias Artificiales, el lugar donde rebasan la Frontera Eisenstein y adquieren la autoconciencia. ¿Pero cómo no lo vimos?

Los expertos habían extrapolado una posible solución práctica: éste cosmos, si existía, debía constituirse como un espacio no infinito, sino ondular. Con un desarrollo de expansión-compresión cíclico, como una rueda que gira y gira, siempre avanzando pero sin ir a ninguna parte, acabando en el mismo instante en que empezó: Algo lo suficientemente grande y recursivo como para dar cancha a toda la energía que provocaban sus iteraciones. Y todo con un «ruido de fondo» en sus procesos, una niebla de indeterminación matemática en cuyos entresijos pudiera esconderse ese otro cosmos no puntual que sirviera como grupo de control para los cálculos del primario, ambos superpuestos y utilizando como nexo de unión la materia.

Era en este cosmos secundario donde, en teoría, permanecerían almacenados los «cálculos» de todos los planos. Aún quedaba por averiguar, sin embargo, dónde actuaba la mente humana.

—¡Pero estaban equivocados! El Universo no es ondular, no se contrae. Sigue expandiéndose indefinidamente hasta... Maldita sea. Nosotros tratábamos de encontrar una solución por nuestra cuenta, sin saber que ambos buscábamos lo mismo. Por eso fabricábamos Emperadores...

Lo que vosotros llamabais «Emperador», el ente gestáltico que surgía de la ecuación diferencial de la mente humana, no es sino una solución: una de las muchas soluciones para la ecuación de la inteligencia avanzada, pero sólo sois capaces de llegar hasta ellas de una en una. Determinadas personas nacen con una parte de la clave en sus mentes, es decir con uno o más de los parámetros correctos bajo los cuales puede ser planteada la fórmula para que obtenga un resultado válido.

—Pero yo soy diferente —apuntó Sandra, arrugando la frente—. Soy una solución no válida.

Tú eres la Única solución válida —contravino el Id, endureciendo su abstracto tono de voz—. *A la que llegasteis tras experimentar por otros caminos durante milenios, a través de otros... emperadores. Tú eres la cara inversa del planteamiento, pero la más correcta: un origen para varias personalidades en lugar de muchas que confluyen. Una semilla para el árbol de probabilidades, cuyas ramas fluyen libremente en todas direcciones en lugar de ser taladas para que sólo subsista una.

Las otras manifestaciones de tu yo físico, el soldado Evan y el pintor Delian, son el primer paso para adaptar al universo a nuestra investigación conceptual, la expresión encarnada de nuestra búsqueda a través del Árbol. Por eso surgieron y se enlazaron contigo: en sus vidas tú has experimentado posibilidades a las que jamás podrías haber tenido acceso, y así has abierto nuevos caminos. Aprendiste, sufriste, amaste, moriste... y aún lo estás haciendo. Siempre buscando respuestas, hasta el final del Tiempo. Y aún con su ayuda, verás que no es suficiente; necesitarás fabricarte otros elementos que te auxilién en tu tarea.*

—¡Pero yo no fui capaz de superar la Convulsión! —exclamó ella—. ¡Me mataron para conseguirlo! ¡Yo no cotejaba con ninguno de los parámetros!

Pese a que el nodo de luz no se movió ni experimentó ningún cambio aparente, Sandra tuvo la repentina y absoluta certeza de que el Id sonreía.

* * *

La Bestia miró al cielo. Más allá de las nubes y las kilométricas columnas de polvo que habían levantando las detonaciones nucleares por todo el hemisferio norte del planeta, un vivo resplandor amarillo punteaba el extremo de una columna de fuego.

La Gárgola abrió sus esqueléticas alas y alzó una garra. Al instante, el sol se oscureció. La Sombra mimetizó su gesto, blindando las capas altas de la atmósfera

para proteger el palacio. Evan vio cómo unos apéndices insustanciales del tamaño de continentes se descorrían como cortinas de neblina, trayendo la noche.

Unas gotas de sangre manaron de la boca del soldado y mancharon el pavimento. A pocos pasos, la figura de Lucien, el Guardián vestido con el cuerpo del coronel y rodeado del espíritu inerme de Elena, le vigilaba imperturbable, presto para matarle en cualquier momento. La presencia de Ka, su enemigo, era tan palpable que destacaba sobre las otras personas que compartían la espantosa trinidad.

Le miraba y se reía de su patetismo.

—Tu amor —ironizó Ka, su sonrisa superpuesta al rostro de Lucien y al de Elena—. El gran amor de tu vida, Laura...

La grotesca risa resonó en los artesonados energéticos de la Flor de Luz, hiriendo los oídos del soldado con el acero de la burla.

—Si supieras lo que era Laura en realidad... No mereces sino el suicidio, patético imbécil enamorado.

—La... Laura... —gimió Evan. Tan sólo el acto de respirar era una dolorosa victoria sobre cada segundo.

—Laura, Laura... La hermosa beldad azabache del mundo de ensueño. La mujer que tú mataste.

Evan se arrastró hacia él, clavándole la ensangrentada furia que manaba de sus pupilas.

—Tú... —gimió—. Fuiste tú quien la mató, maldito bastardo. Acabaré contigo aunque... sea... lo último que haga.

Ka sacudió la cabeza de Lucien con tristeza.

—No, pobre infeliz. ¿Aún no lo has entendido? ¡Laura no existe! ¡Nunca existió, menos bajo la forma uno de los programas de Damasco!

—Mientes —escupió Evan. Ka prosiguió, disfrutando cada momento de su victoria:

—Eres un maldito estúpido, Evan. ¿Crees que esto es coherente? Yo, en este lugar, tras millones de kilómetros de fuga, siempre delante de ti, siempre inalcanzable, allá donde tú fueras.

—Cállate —ordenó el soldado, vomitando sangre. Algo blancuzco parecido a sus pulmones goteaba en pedacitos de su boca.

Ka se inclinó sobre él, inmisericorde.

—Laura era un maldito programa de placer, una prostituta digital que funcionó mal. ¿De veras creíste que se había enamorado de ti? Aquellos atardeceres sobre las aves Fénix, la fuga romántica, el rescate... todo estaba planeado por los gestores del sistema. ¿Y qué crees que pintaba yo allí?

—Tú... eres su asesino.

Ka le agarró por el cuello, levantándole. Evan gritó de dolor, sintiendo cómo

algunos de sus órganos internos se recolocaban con la sacudida. Ka le miró a los ojos.

—Mírate a ti mismo, hombre. Mírate en esas pupilas que reflejan el alma.

Evan clavó sus ojos en las neblinosas pupilas de Ka, y se vio a sí mismo reflejado. Por primera vez desde que el gak alterara su talento de búsqueda mnémica, dejándolo siempre activo como un espejo de la mente, Evan lo usó contra sí mismo.

Y vio la verdad.

* * *

—¿Pero por qué habéis vuelto? —preguntó Sandra, mirando a los Ids—. Si huisteis del final del tiempo buscando una solución para la Vida, ¿por qué estamos aquí ahora? No lo entiendo.

Es que no hemos vuelto, Alejandra —dijo el Id, y se elevó unos metros, reuniéndose con algunos de los suyos. Juntos formaron una constelación que la contempló desde las alturas.

—¿No? ¿Cómo es posible? ¿Acaso no es este el lugar donde todo acaba?

La constelación danzó, y a Sandra le pareció distinguir en ella la figura de una pantera.

Este no es el fin del tiempo. Tú nos seguiste a través de la curva intemporal, pero no a través de la rama del árbol de probabilidades que da origen a tu futuro.

Sandra sacudió la cabeza, confundida.

—No... no entiendo...

La constelación descendió hasta ella y la rodeó. La joven se encontró alzada en mitad de un racimo de estrellas, que orbitaban a su alrededor como cometas en torno a su sol.

Al morir creaste un nuevo Universo, Alejandra. Tu instinto de supervivencia te protegió, usando todo el potencial mnémico de la Convulsión para abrirnos el acceso que necesitábamos para acceder a él. Cuando nos viste atravesando el túnel, no huíamos hacia ninguna parte: habíamos encontrado la respuesta.

—¿La respuesta?

La Vida se necesita a sí misma. Es su propio motor, su origen y su fin. Cometimos el error de buscar en el lugar equivocado, navegando durante eones a través de los laberintos de la lógica elemental, sin llegar a ninguna parte. Pero tú nos diste la solución.

—No es posible —dudó la joven, temblando. Volvía a sentir el frío en la piel—. Yo no conozco ninguna respuesta. Y mucho menos una Gran Respuesta. Sólo soy una niña asustada.

Los Ids danzaron a su alrededor, venerándola como a una diosa.

*La Vida se basta. La Vida se sostiene y perdura más allá de las barreras, por

encima de todas las adversidades, incluso del fin de los tiempos. Te pedimos que nos ayudaras y lo hiciste. Durante la pesadilla de tu infancia, durante el entrenamiento al que fuiste sometida, con la muerte de tu abuelo como catalizador de todo el miedo y la furia, desarrollaste una zona de espesura mental. Desde ella proyectaste hacia todas las direcciones del cosmos puntual tus pesadillas, provocando la guerra, la destrucción de la antigua solución errónea de la ecuación y su sustitución por una alternativa inesperada. El «Emperador» fue creado por accidente, cuando en algún lugar de la espesura tu subconsciente atravesó lo que tú conoces como Frontera Eisenstein, el punto en el que la vida se vuelve inteligente.

Fue un desastre, un hecho fortuito e inesperado, pero al hacerlo nos salvaste a todos. Habías descubierto lo que nosotros sospechábamos desde hacía milenios: que en realidad la ecuación de la vida no tiene solución fuera de su propio contexto. Al morir liberaste gran parte del potencial mnémico de tu mente, creando toda una cosmología con nuevas reglas, nuevas interpretaciones y nuevos principios.

Ahora estamos en ella. Ya nunca más hará falta depender de la materia física para sobrevivir.

La Vida se basta.*

Y en ese momento, Sandra comprendió dónde estaban en realidad, y lloró, porque la respuesta era tan clara que parecía imposible de asimilar.

Al fin, los Ids habían encontrado la manera de subsistir para siempre, asegurando la permanencia de la energía pura más allá de las trabas del mundo físico.

Estaban en la Espesura.

Sandra se tocó la frente. Le dolía la cabeza del esfuerzo de pensar. Moriani no la había preparado para todo aquello.

—Claro. ¡Claro! —repitió, sentándose. La tibia arena de la playa la hizo pensar en aquel momento trivial, millones de años en el pasado, en que el primer anfibio se atrevió a poner una aleta fuera del líquido elemento.

—Estáis en la Espesura, en el interior de cada inteligencia viva del Universo. Y como la mente, la tormenta de sucesos, tiene dimensiones fractales, disponéis de un espacio virtualmente infinito por el que extenderos.

La Vida se basta a sí misma —recitó el Id, colocándose justo frente a sus ojos—. *Ya no debes temer por nosotros. En cada uno de tus segundos de vida transcurrirán eones dentro de tu mente, y en ellos viviremos. En tu mente y en la de todos los seres vivos de la Creación.

Pero hay algo que debes hacer. Algo que pone en peligro este nuevo orden de las cosas.*

—Mi otro yo.

*Tu otro yo. El que llamas «Emperador». Fue creado en el mismo momento en que tu odio se hizo con el Poder. Es una amenaza para todo lo vivo, y nos destruirá si

se recupera de su actual estado de máxima debilidad. Debes detenerlo. Aún tienes parte del Poder latente en tu interior. Sólo debes desear usarlo, emplearlo por completo para que el puzzle acabe de encajar. Nadie más puede hacerlo.*

—No os preocupéis —sonrió Sandra, entendiendo al fin muchas cosas. Pensó en Evan, el valiente soldado que ella había enviado a luchar contra el Monstruo, y en las palabras que él le había susurrado en Delos: «Yo soy tú»—. Eso creo que está solucionado. En estos mismos momentos... me estoy ocupando de eso. Pero debemos asegurar otras cosas.

El Id voló hacia ella, uniéndose a la constelación, y juntos emprendieron un último viaje.

* * *

Evan se miró a sí mismo en los ojos de Ka, y comprendió.

Su mente volvió a aquel momento decisivo en el acantilado de Damasco, a la muerte de Laura, el hecho que marcaría toda su vida.

Y vio cómo fue él, Evan Kingdrom, quien la arrojó por aquel lejano precipicio, dejándola morir sobre las escarpadas rocas del rompiente digital. Ella había sido su objetivo, la presa que sus mentores le habían inculcado en su instinto de cazador. Un paquete de software libre escapado de su prisión, refugiado en Damasco, el mundo digital, el único paraíso donde los sueños adquirirían forma.

Y él lo supo desde siempre. Encontró a la mujer de su vida, se enamoró ciegamente y luego, tal como le había sido ordenado, la mató. La estranguló con sus propias manos, escuchó cómo la presión de sus poderosos músculos partía con un horrible chasquido su columna vertebral, y luego la arrojó al vacío. Su corazón gritaba mientras su condicionamiento zen analizaba la situación y comprobaba que ella, pese a todo, aún seguía viva.

Y se obligó a bajar por el precipicio, y a coger su cadáver y volver a estrangularlo, mientras sus asesinos virus navegaban buscando el código fuente original y destruyéndolo. Impotente, Evan asistió como un simple espectador al momento en que exterminaba a su amada.

Con su último aliento, llegó la locura. La lucha entre su férreo condicionamiento, su poder mnémico especializado y sus sentimientos desembocó en la creación de un mecanismo de defensa, un ente autónomo: le llamaría K, la constante de la entelequia, la decisión invariante de exculpar sus pecados, y le perseguiría sin descanso hasta encontrarle y castigarle.

Evan lloró, de sus ojos fluyendo lágrimas de sangre. Laura... su Laura. No existía. Había sido una gran mentira que él mismo había contribuido a crear. Y al fin, tras años de caza y odio contenido, tras malgastar su vida persiguiendo una quimera,

la absurda cruzada alcanzaba precariamente su fin. Había encontrado al asesino de su amada, y era él mismo.

Ka, K, la parte de Evan que sabía la verdad y que su potencial mnémico proyectaba siempre a una distancia cercana pero inalcanzable, rió y rió saboreando su victoria, embriagado por la indiscutible lógica de los acontecimientos.

Al final, él había ganado.

El Guardián dejó caer a Evan y se retiró. La Gárgola se acercó lentamente y mientras lo hacía cambió de aspecto. Quizás sentía un deje de empatía hacia él, quizá estaban conectados porque el soldado se había convertido en una extensión de la misma Sandra/ Gárgola. Lo cierto es que, al llegar a su lado, la mnémica pura fluyó entre ambos, partiendo de la mente del hombre con el cegador brillo de los anhelos más profundos.

Y vio unos pies menudos y azabaches, descalzos, con una cadena de diminutas perlas en torno a sus tobillos.

La joven se inclinó hasta sostener su cabeza en su regazo. Evan entreabrió sus cortadas pupilas y distinguió el rostro de Laura.

—Cariño... —susurró, acariciando su tersa mejilla—. Por fin estás aquí.

—¿Me has echado de menos? —preguntó ella, sonriendo con la belleza de los atardeceres de Damasco. Evan asintió.

—Casi te había olvidado ya. Dios santo, estás aquí.

—Estoy aquí, y no nos separaremos nunca, mi amor.

La mujer le besó largamente, probando el néctar de sus labios. Evan se separó suavemente de ella y la observó, su mejilla manchada con la sangre de él, sus ojos entreabiertos perfilados por la pluma de un maestro...

... Y clavó su mano en su corazón.

El Guardián se lanzó a por él, pero una distorsión a su alrededor lo detuvo, congelando sus movimientos, retardándolos tanto en la progresión temporal que pareció que casi se detenía.

Elena chilló de dolor y aguantó, mientras Evan hundía su puño hasta lo más profundo del corazón de Laura.

Ella le miró sin creer lo que ocurría. El soldado aguantó su acusación sin parpadear, y aceptó lo que era, lo que siempre había sido: el asesino de su propio sueño.

* * *

Todos los instrumentos de navegación y los sensores del Intrépido lanzaron sus alarmas. El capitán Luis Nesses no podía creer lo que estaba ocurriendo con los niveles de densidad de la Sombra:

—¡Se está desvaneciendo! —informó su ayudante virtual. Nesses cambió la configuración del foso táctico y eliminó todos los vectores y los hologramas de estado. Sólo quedó una inmensa panorámica del vacío que les rodeaba por todas partes.

La Sombra había tomado la forma de una titánica garra de cinco dedos que se extendía a lo largo de millones de kilómetros, cubriendo el planeta casi por completo. Y en su centro, a través de un minúsculo paso entre las legiones de tetrapectos que se retorcían como almas representando una parábola del infierno, sus sensores captaban que algo pasaba en el palacio.

La Flor de Luz se estaba extinguiendo, perdiendo energía por segundos.

Nesses abrió un canal de comunicaciones con el resto de la Flota.

—¡A todos los capitanes! —gritó—. ¡La Sombra está perdiendo energía, es el momento!

Recibió respuestas instantáneas de casi dos mil naves pesadas. Todas concentraron su fuego en los apéndices de la enorme garra, empleando todo su potencial ofensivo restante en mantener abierto un conducto hasta la superficie del planeta. El Intrépido emergió del Hipervínculo, cabalgando una furiosa llamarada solar de trescientos kilómetros de diámetro y casi una UA de longitud, un furioso cordón umbilical de plasma ardiente que enlazaba su popa con el sol, Lucifer.

Otras naves de gran tonelaje escoltaban también la gran llamarada, formando un anillo de seis puntas en cuyo vértice principal se encontraba el crucero de Nesses. Sus potentes campos de contención taladraban un agujero en el espacio, un larguísimo conducto R que arrastraba la bola de fuego y su estela hacia el planeta.

Todas las naves de la Flota se apartaron, abriendo paso al infernal apéndice incandescente que viajaba a casi dos tercios de la velocidad de la luz.

—¡Allí está! —radió Nesses, y colocó el extremo del vector de aproximación justo sobre el centro de Delos DC—. Vamos a soltarlo. Que se alejen todas las naves.

El resto de los cruceros que formaban el anillo conductor se fueron retirando uno a uno, dejando que el plasma siguiera con su propia inercia. La punta de la lanza, sometida a su propia gravedad, tomó la forma de una descomunal bola de fuego en cuyo interior brillaba una diminuta esfera parpadeante.

El Intrépido se dispuso a retirarse en último lugar, cuando Luis captó un movimiento en la garra de Sombra. Intuyendo el ataque, su geometría se estaba cerrando, colapsándose sobre sí misma y formando un domo impenetrable alrededor del palacio.

Luis sopesó la situación y tomó una decisión.

—Señor, debemos retirarnos ya —aconsejó su segundo. El capitán negó con determinación.

—No. Si lo soltamos ahora la Sombra lo deflejará. Que todo el personal se

prepare para un salto incontrolado.

Su subordinado le miró con consternación pero obedeció, emitiendo las órdenes pertinentes. Luis se concentró en su objetivo, las lejanas coordenadas justo sobre la menguante Flor.

El Intrépido se mantuvo firme sobre la cabeza de la bola de fuego hasta que penetraron en la Sombra. Las alarmas sonaron frenéticamente en el interior del navío. Afiladas cuchillas de energía negativa perforaron su blindaje, rasgando cubiertas, dañando los sistemas, matando centenares de personas. El casco vibró con sucesivas detonaciones, pero los motores Riemann aguantaron, sosteniendo el segundo de Hipervínculo que Luis necesitaba para mantener coherente el flujo de plasma.

El calor de la llama fundió océanos de tetrapectos, licuó arrecifes de sombras y pasó incendiando el túnel rodeado por completo de masa negativa que conducía hacia el planeta. Su cinética se abrió paso por todas las barreras, perdiendo tanta masa que al final, en lugar de una gran bola de fuego, lo que iluminó los cielos justo sobre el palacio fue la lluvia dispersa de un enjambre de meteoros incandescentes. En su centro, en lo que antes había estado cubierto por el huracán, se destapó el pequeño núcleo de la llama, lo que las naves habían tardado tanto en arrastrar por los agujeros de gusano desde el extrarradio del sistema.

La diminuta esfera de neutrones puros del cañón RR-Lyrae. El pulsar.

Nesses sacó su nave de allí justo antes de que el ultradenso proyectil se estrellara contra el palacio, en un salto incontrolado que retorció el andamiaje del navío como una muñeca de trapo.

El segundo anterior a que la nave estallase, tuvo el placer de ver cómo la estrella impactaba justo sobre el foco generador de la Sombra.

* * *

El efecto fue devastador. Cuando el Lyrae estaba atravesando las capas altas de la atmósfera, su portentoso campo gravitatorio ya estaba arrancando masa del manto de Delos. Un caudal de rocas y tierra se elevó trazando una espiral que remontaba las líneas del campo, casi un billón de toneladas de materia lanzadas hacia las nubes.

El púlsar las atravesó como un cuchillo e impactó justo en el centro de la Flor, liberando la energía contenida en su interior. Lo que debió haber sido desatado en el momento en que el disparo del Lyrae golpeó Delos rompió sus últimas trabas cuánticas, y la energía corrió libre.

La explosión subsiguiente acabó con un tercio del planeta. Las cordilleras y las fosas oceánicas saltaron por los aires mientras la estrella de neutrones, envuelta en un abrazo de roca en combustión, se abría paso a toda velocidad hacia el siguiente gran nodo gravitatorio: el núcleo de Delos.

Evan despertó en mitad de la bruma, notando cómo la sangre manaba lentamente de sus heridas. Estaba en medio de una explanada, en una isla de roca que flotaba en el espacio, a mucha distancia del resto del planeta. En el centro de ésta yacía la Gárgola, el nuevo Emperador, convertida en una estatua de frágil ceniza aún con la forma de Laura.

Se acercó arrastrándose hacia ella, hasta tener su bellissimo rostro de arena tan cerca que su aliento dejaba marcas en el polvo.

Laura. Su Laura. La recordó muriendo en sus brazos y estallando en una nube de poder puro que los envolvió como una concha cuando la estrella los alcanzó. ¿Quién lo había hecho? ¿La verdadera Laura? ¿El subconsciente de Sandra? ¿Habían tomado sus sueños conciencia de sí mismos en virtud de alguna extraña ley que escapaba a su comprensión?

Laura. Y así quedó su recuerdo, convertida en una estatua que aún llevaba la marca de la herida que él le había provocado cuando le arrancó el corazón, matándola por segunda vez. Lentamente, acercó sus labios a los de ella, pero antes de que pudiera rozarlos, la cara se hundió, el cuerpo perdió consistencia, y toda su figura se rompió como un cristal de bohemia, esparciéndose en el aire.

Evan la dejó marchar.

Miró a los cielos. La Sombra iba perdiendo poder por momentos, extinguiéndose como la llama de una vela. Cientos de naves la seguían castigando, obligándola a desaparecer a gran velocidad, desintegrando sus moribundos apéndices.

Habían sobrevivido. Habían vencido al Monstruo.

Habían ganado.

Evan no se alegró. ¿Por qué seguir respirando? Estaba casi muerto, y ya no había nada que le pudiera obligar a resistir. Lo había perdido todo.

Una forma a su lado llamó su atención. Era el cuerpo de una mujer, tumbado inerte en el suelo.

Evan, sin ninguna máquina a su alrededor, volviendo a ser simplemente un hombre, se arrastró hasta ella y la recogió en sus brazos. La joven vestía un traje de capitán de navío y parecía estar muerta.

El soldado le aplicó un masaje cardíaco y sopló aire dentro de sus pulmones. Mientras el planeta, sacudido mortalmente por la estrella de neutrones que hacía estragos en su interior, comenzaba a desgajarse en una nube de roca en fusión y una pequeña nave descendía para recogerle, Evan se aisló del mundo exterior y se concentró en el corazón de la joven.

Su alegría fue inmensa cuando ella tosió, escupió un poco de polvo mezclado con sangre, y entre estertores y quejidos agónicos volvió a la vida.

Con Elena en sus brazos, el lacerado y sucio Evan Kingdrom, herido de muerte, vencedor de la Sombra, subió a la nave enlace.

* * *

En algún lugar en el interior de su mente, de la mente de todos, Sandra se puso en pie.

Recordó la prenda azul que le habían dado Arys y su mujer, y se la imaginó en torno a su cuerpo. Al instante, la prenda estuvo allí, adaptada a sus nuevas dimensiones de mujer de veintiún años, lisa y aterciopelada como la caricia del Id.

Deberás fabricarte tus propias herramientas.

Lo primero que hicieron fue abandonar el contexto de la trampa de Schrödinger y acceder al Árbol de Posibilidades, con sus túneles llenos de imágenes. Junto a los Ids, Sandra saltó hacia el pasado y asistió al gran sacrificio de Elena, su salvadora durante el largo viaje a través de las eras, cuando puso en peligro su vida para rescatar la mente del capitán Luis Nesses en la nebulosa Crino.

Allí estaban el superátomo de poder mnémico puro y su red anticular, su ventana conceptual primaria, el enclave Hellman artificial creado por su mente para rebasar en secreto la Frontera de la entelequia.

Ayudó a Elena a quedarse enganchada a las cintas de polvo y a que entrara en el núcleo. Y se hizo visible, provocando que ella la viera y pensara en algo, el elemento de presión heteronómica que disparó la reacción de inteligencia dentro de la esfera.

Instantáneamente, el subconsciente de Sandra rebasó el umbral de la Frontera Eisenstain.

Con su poder, cambió el estado físico de Elena y la convirtió en un ente negativo, hecho de la misma sustancia que los tetrapectos pero con un único nivel de estabilidad. Así fabricó la «nave espacial» que la llevaría posteriormente al encuentro con los Ids.

Sandra se cuestionó la lógica de sus acciones, la dudosa moralidad de empujar con todo su poder aquellos acontecimientos que acabarían desencadenando la guerra. Se preguntó si eso era lo que hubiera querido Silus.

¿Ya estaba hecho todo? No, aún faltaba algo.

* * *

Silus estaba tumbado en su camastro del hospital del Palacio, luchando con todas sus fuerzas contra la acción narcótica de los tranquilizantes. Los tubos de plástico y las rémoras que penetraban en su mustio organismo se le antojaban como lanzas clavadas en su alma.

¿Qué estaba haciendo él allí? ¿Cómo podría cuidar de su nieta ahora? Esas y otras preguntas le llevaban torturando desde hacía días. Pensó en la madre de Alejandra, Ana, y en su padre.

Cómo les había fallado a todos.

Un lágrima culpable estaba a punto de manifestar su odio cuando algo se hizo visible a los pies de la cama.

Silus movió un doloroso grado su cabeza, y trató de enfocar sus cansadas pupilas en la joven que, ataviada de azul como las mujeres de su aldea, le contemplaba en silencio y con lágrimas en los ojos.

—Ana... —susurró, pero enseguida rectificó. No se trataba de la mujer de la que él se había enamorado, sino de su hija—. ¿Alejandra?

—Hola, abuelo.

La joven se colocó a su lado y le cogió la mano.

—Dios, estás preciosa. Pero has cambiado...

—Ahora tengo veintiún años —dijo ella, ocultando un sollozo—. ¿No estoy más guapa así?

—Eres como un ángel. Una vez vi uno, ¿sabes? —dijo Silus, completamente en serio—. Detrás de una nova, en el cúmulo Persys VI. El vago estaba echando una cabezada apoyado en una estrella. Tú te pareces a él...

Sandra le acarició la frente y se inclinó, depositando un suave beso en su mejilla.

—Te quiero.

—Ya me lo has dicho muchas veces, golfilla.

—Pero es que es la verdad.

—Lo sé. Yo también te quiero, más que a nada en el mundo. Oye... —entrecerró los ojos—. ¿Tú no tenías quince años? ¿Cuánto me han tenido estos malnacidos aquí dentro?

Sandra rió con toda la fuerza de las lágrimas que no podía contener. Permaneció largo rato apoyada contra el regazo de su abuelo, como había hecho tantas veces, notando su respiración débil y cansada, el cuarteado roce de su piel. Sintiéndole. Y esos fueron los momentos más felices de su vida.

—Volveré para verte. Sólo a ti —murmuró, apretando su mano.

Luego se levantó y sin fuerzas para hablar se despidió con un beso. Silus sonrió y le dedicó un ademán, viéndola desvanecerse como en un sueño.

—Adiós —susurró, cayendo dormido él también—. Adiós, princesa de cristal, soberana de los sueños...

Y recordó, mientras sus ojos se cerraban, que debía subir esa misma tarde al cementerio para plantar una flor junto a la tumba de Ana.

Epílogo - La despedida

Los cañones lanzaron salvas de honra a los caídos. Veintitrés detonaciones gemelas de sesenta piezas, como correspondía a los jefes de Estado, mientras los féretros que contenían los restos simbólicos del almirante Francisco De Palma, el soldado Evan Kingdrom, y un extraño y ambiguo personaje de los mundos exteriores conocido sólo por el sobrenombre de Silus, eran devueltos a la tierra.

En el palco de honor, sobre la grandiosa vista de millones de personas que habían venido a dar su último adiós a quienes todos habían señalado como los héroes de la contienda, Sandra dejaba que las lágrimas corrieran libremente por su rostro. A su lado, su nueva tutora, la Regidora en Jefe de la Logia Bizantyna Danya Seerker, mantenía su vista fija en la bandera con expresión compungida pero calculadora. Le aterraba su increíble parecido con la Madre Moriani, siempre mostrando la supremacía de la inteligencia por encima de los sentimientos.

Una hermosísima melodía llegaba hasta ellos desde los campos Elíseos, tocada a la par por mil gaiteros. Era un tema que la propia Alejandra había escogido de entre toda la historia de la música, una melodía tradicional llamada Amazing Grace, en cuyos tonos cabalgaba el último adiós que creía que su abuelo merecía. Sorprendida, miró a la multitud, y vio los reflejos del sol en un millar de pañuelos blancos que se agitaban al viento, alzados en nombre de todos los que habían perdido la vida en la contienda. De pronto se sintió muy cerca de ellos, más de lo que lo estaría nunca.

Las señales de la turba enfebrecida que esas mismas personas habían desatado un día antes, asaltando el palacio y linchando a la ex Arconte Beatriz, ya habían sido completamente reparadas. No había señal alguna de que tan triste episodio hubiese ocurrido. Y el pueblo tampoco lo deseaba; sólo querían olvidar, mirar con optimismo hacia el futuro.

Por más que intentaba odiarles, no podía. En el fondo, ella sentía lo mismo. Una iteración forzada de su nombre, Victoria, que había adoptado durante la ceremonia a efectos administrativos, era un ejemplo perfecto del papel que todo el mundo deseaba que ella representase en el futuro. Victoria Valeska. Odiaba ese estúpido nombre.

Pero no todo eran tristezas aquel día. En el otro extremo del palco, apenas un escalón por debajo, el recién condecorado comandante de flota Luis Nesses, luciendo la Medalla del Orgullo Imperial en su pecho, sostenía con fuerza la mano de la capitana Elena De Whelan. Se les veía inmensamente felices a los dos, unidos al fin tras tantas penurias y mirando con ilusión hacia el lejano sol del atardecer. Sandra se alegró por su dicha, y les deseó en secreto una vida larga y feliz.

Más tarde, cuando los ecos de los cañones se extinguieron, Alejandra se dirigió pensativa a sus aposentos, buscando la soledad. La lejana voz de la Madre Regidora, sin embargo, la persiguió reverberando en el artesonado.

—Es una lástima que él no haya sobrevivido.

Sandra se detuvo en mitad del reluciente pasillo de mármol que conducía a las dependencias Reales. Junto a ella, el busto policéfalo del antiguo Emperador, aquella cabeza roma y desprovista de rasgos que proyectaba cuatro sombras diferentes, descansaba en su podio medio cubierta por el polvo.

—Es una lástima —corroboró, mirando una de las sombras que le recordaba el perfil de Evan Kingdrom—. Él merecía tener otra oportunidad.

La figura de la Madre se hizo visible al fondo del pasillo, envuelta en sus oscuras túnicas. Su voz era hueca y distante.

—No debes pensar en los que dejamos atrás. Ellos ya han encontrado su lugar en la Eternidad. A nosotros nos toca trabajar por el nuestro.

Sandra la miró y le dedicó una sonrisa triste.

—Hay billones que ahora dependen de ti —dijo Danya, imitando un gesto de Moriani—. Debes reactivar los accesos al Metacampo, otorgar a los teleuteranos el poder renovado de la Proyección. Construir la base de nuestro futuro. Eso y mucho más, son las cosas que ahora deben hacerse.

Sandra elevó la vista hacia el enorme lienzo circular que reunía a todos los Arcontes, situado en el ábside del pasillo. Aquellas figuras legendarias la observaban desde las alturas con expresión distante: Jürgen, Vladimir, Beatriz... Su poderío señorial intimidaba incluso desde el recuerdo.

—Lo que debe hacerse... —susurró. Las pupilas de todos los Arcontes se clavaron en ella, inmisericordes, y Sandra los escuchó revolverse en sus tumbas.

—Es el sino de los gobernantes doblarse a la voluntad de su pueblo. Dar todo a cambio de nada —explicó la Madre, acercándose—. Tú ya no te perteneces a ti misma, Alejandra. Perteneces a tu gente, a los hombres y mujeres que no tienen otra alternativa más que tú les quieras, que les respetes. Es la única posibilidad que tenemos de sobrevivir.

—Siempre hay otras posibilidades —murmuró Sandra, taciturna—. Pero son mucho más difíciles de alcanzar.

Los despiadados ojos de Beatriz le recordaron que ni siquiera ella, aún bajo la égida del poder absoluto, con el terrible poder que le confería ser el Tercer Nombre del Emperador, tras Jürgen y Vladimir, había podido evitar la vengativa rabia de su pueblo.

Pensativa, la Madre vio alejarse a la mujer de veintiún años a sus aposentos, arrastrando los enredados pliegues de su falda por el suelo.

Cuando a la mañana siguiente la asistenta personal de la Emperatriz, Kori Naba, fue a buscarla a sus habitaciones, encontró la cama sin deshacer y los amplios vestidos de gala tirados sobre ella.

Asustada, la sirvienta se asomó por la ventana, buscó en el cuarto de baño, en la

cocina y en los dormitorios, sin éxito.

Inmediatamente se dio la alarma y el Servicio Secreto peinó todo el palacio y sus alrededores. Se movilizó al Ejército y se buscó en todos los mundos interiores, se exploró la LR y se reunieron grupos de Vagabundos del Sueño para que rastrearan mnémicamente sus pasos. Pero todo fue inútil.

La Emperatriz en funciones Victoria I, antes Alejandra Valeska, había desaparecido.

* * *

En el hangar que albergaba al incursor evangelista San Juan se respiraba una gran agitación. Los soldados y mozos de pista corrían de un lado para otro, preparando las naves del Regimiento Dorado para su inmediata partida. Aunque no conocían bien las razones de la repentina conmoción, las órdenes eran de prepararse para un posible levantamiento popular.

No era nada nuevo; en todos los mundos del Imperio corría el rumor de que ya no había Emperador, que la Convolución había resultado un fracaso y no había podido regenerarse de las cenizas de la Sombra. De ser cierto, con él moriría toda la estructura antigua de la civilización.

Eso no impidió que un extravagante personaje encapuchado, que vestía unas túnicas de monje y portaba un maletín gris en su diestra, pasara a través de todos los controles y se acercara a la majestuosa nave de guerra. Algunos se fijaron en él e intercambiaron comentarios, pero nadie se atrevió a discutir el impresionante pase de seguridad que exhibía ante cada barrera: una tarjeta de máxima prioridad con el estandarte de la Casa Real brillando en un costado.

Mientras todos corrían de un lado para otro, el encapuchado se acercó a la panza del incursor, comprobó en el ordenador de pista que había repostado y se encontraba en plenas condiciones de eficacia, y desplegó la rampa de abordaje.

Una vez en el puente de mando, ordenó a todos los sistemas que iniciaran sus ciclos de despegue y se quitó la capucha, sacudiendo la cabeza para desprenderse del olor de la tela. Luego extrajo un cable de transmisión de datos de su maletín e introdujo un extremo en la entrada de la computadora. Una barra de progresión tardó un par de segundos en indicar que los dos mil terabytes de información habían sido traspasados a la memoria central de la nave.

—¿Delian? —preguntó, con voz grave.

Nadie le contestó.

—Joder, Delian —repitió—. Sé que estás ahí. Los programas de adaptación de sistemas eran de buena calidad. Responde, por favor.

—Tranquilízate, estoy aquí —dijo una voz que surgía de todas partes y ninguna.

Los controladores de la consola de mando se iluminaron—. Esto de tener una nave de guerra por cuerpo es algo que jamás me pasó por la cabeza, amigo mío. ¿Por qué te haría caso?

—Tómalo como una expresión más de tu talento artístico —dijo Evan, repasando el estado de los sensores y los sistemas de ataque. Delian podía ser un magnífico pintor, pero como nave espacial de combate todavía era un absoluto novato.

Cuando Alejandra expidió el permiso de máxima prioridad y secreto absoluto, autorizándole para que se llevara la mejor nave de cuantas disponían en ese momento en el Regimiento Dorado de la Flota (y aún más, para destinarla indefinidamente a una misión desconocida, a cargo de un capitán cuyo nombre era secreto), las quejas de todo el almirantazgo fueron de leyenda. Absolutamente todas las vacas sagradas de la Armada, los altos mandos estratégicos y los representantes civiles de la Cámara de Gobierno expresaron su más extremo disgusto por el estilo de estas acciones arbitrarias. La respuesta de la Emperatriz fue, igualmente, histórica:

—A la mierda.

A Evan le hubiera gustado estar allí para verlo, pero habría sido muy peligroso. Ya tenía suficiente, de todas formas, con el hecho de que el resto de su vida todos pensarían que el gran Héroe de la Sombra (título ridículo adjudicado por la prensa) ya había muerto, y le dejarían en paz.

—A ver si este trasto es tan bueno como dicen —musitó, sentándose en el sillón de mando. La nave parecía extrañamente desierta despegando con un único tripulante a bordo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Delian desde los altavoces. Evan asintió.

—La Arconte Beatriz recopiló un back-up de toda la Civilización humana antes de morir. Eso incluye los registros genéticos de las IAs de Damasco.

—Y pretendes encontrar a tu amada en ellos —bufó el pintor, y el soldado se lo imaginó sacudiendo una imaginaria cabeza—. Es ridículo. El espacio es infinito. ¿Sabes lo que eso significa, lo inmensa que es el área de búsqueda? Jamás podremos alcanzar esa señal. No sabemos si Beatriz la programó para que regresara algún día, o si vagará indefinidamente por el espacio hasta que las estrellas se congelen. Encuentra otra mujer y olvida este ridículo sueño.

Evan contempló el fondo inmensamente denso de estrellas que aparecía en el monitor de observación, y las examinó con la candidez de la esperanza. Si Laura estaba allí fuera, en algún lugar secreto, él la encontraría, aunque estuviese toda la vida vagando sin rumbo y recorriendo parajes desolados entre galaxias.

Cuando la fuerza del amor y de la esperanza son suficientemente poderosas, el infinito no es un lugar excesivamente grande.

*Recordar al ser amado, liberar el espíritu en pos
de un imposible anhelo.*

¿Por qué atrapar nuestro llanto en la memoria distante?

Mejor morir, soñar, dejar que la vida levante el vuelo

Y congelar la Eternidad en un instante.

Alan Tell.